

Onoba

Revista de Arqueología y Antigüedad

2013 . N° 01

ÍNDICE

ARTÍCULOS

- EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA EN EL DOLMEN DE LA FUENTE DEL CORCHO (BELMEZ, CÓRDOBA)
B. Gavilán Ceballos, Y. Rodríguez Espinosa, R. Maura Mijares3
- A CERÂMICA PINTADA DA II IDADE DO FERRO DO CASTELO DE CASTRO MARIM
F. B. Gomes, A. M. Arruda.....19
- «BRASEROS» DE BRONCE PROTOHISTÓRICOS EN EXTREMADURA. VIEJOS Y NUEVOS HALLAZGOS;
NUEVAS Y VIEJAS IDEAS
J. Jiménez Ávila55
- CONTACTOS DEL MEDITERRÁNEO ORIENTAL EN EL SUROESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA DURANTE
LOS SIGLOS XIV-VIII A.C. ¿MARINOS ORIENTALES O FENICIOS ATEMPORALES?
F. Gómez Toscano.....79
- TRAJANO FUNDADOR. EL ÚLTIMO IMPULSO COLONIZADOR DEL IMPERIO
J. Bermejo Meléndez, S. Robles Esparcia, J. M. Campos Carrasco99
- LAS TERMAS Y EL *SUBURBIUM* MARÍTIMO DE BAELO CLAUDIA. AVANCE DE UN RECIENTE
DESCUBRIMIENTO
D. Bernal, A. Arévalo, A. Muñoz, J.A. Expósito, J.J. Díaz, J. Lagóstena, J.M. Vargas, M. Lara,
E. Moreno, A.M. Sáez, M. Bustamante115
- EL *POMERIUM* INVISIBLE. A PROPÓSITO DE LAS CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DE LOS
RECINTOS AMURALLADOS DE LA *COLONIA ROMULA HISPALIS*.
D. Jiménez Maqueda, P. Pérez Quesada.....153
- EL MUNDO FUNERARIO EN LA CIUDAD ROMANA DE *ONoba*:
LAS MANIFESTACIONES ARQUITECTÓNICAS DE LA NECRÓPOLIS NORTE
L. Fernández Sutilo, J. M. Campos Carrasco, N. de la O Vidal Teruel175
- LA RUPTURA FUNERARIA DEL *POMERIUM* DESDE SU NACIMIENTO Y HASTA SU DESAPARICIÓN.
ENTERRAMIENTOS *IN URBE*
M. D. Ruiz Bueno187
- SALSAMENTUM SUR-HISPANO: APUNTES PARA SU ESTUDIO
P. Corrales Aguilar.....205
- LA *FODINA* DE AGUAS TEÑIDAS (ALMONASTER LA REAL, HUELVA)
J. A. Pérez Macías, D. González Batanero, A. García González, A. Echevarría Sánchez219
- LA ALMUNIA CORDOBESA, ENTRE LAS FUENTES HISTORIOGRÁFICAS Y ARQUEOLÓGICAS
F. López Cuevas243

ALGUNAS NOTAS SOBRE ARQUEOLOGÍA Y COLONIALISMO.

LA ZONA ESPAÑOLA DEL PROTECTORADO MARROQUÍ, 1912-1945

E. Gozalbes Cravioto, M. J. Parodi Álvarez, J. Verdugo Santos.....261

SECCIÓN VARIA

A DATAÇÃO PELO RADIOCARBONO DE ELEMENTOS DE RODAS ROMANAS DE MADEIRA

PARA ELEVAÇÃO DE ÁGUA NAS MINAS DE RIO TINTO

A. Delgado Domínguez, A. M. Monge Soares, P. F. Queiroz.....275

EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA EN EL DOLMEN DE LA FUENTE DEL CORCHO (BELMEZ, CÓRDOBA)

BEATRIZ GAVILÁN CEBALLOS
YESSICA RODRÍGUEZ ESPINOSA
RAFAEL MAURA MIJARES
Universidad de Huelva

Recibido: 12/12/2012
Revisado: 18/01/2013

Aceptado: 24/01/2013
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

Presentamos en este trabajo los resultados derivados de la excavación arqueológica efectuada en el Dolmen de la Fuente del Corcho, en Belmez (Córdoba). Aunque esta sepultura fue saqueada a finales del siglo pasado, ha proporcionado interesantes datos, sobre todo referentes a la decoración de algunos de sus ortostatos.

PALABRAS CLAVE

Túmulo, Ajuar, Ortostatos, Cazoletas, Calcolítico.

ABSTRACT

We present in this work the results derivatives of the archaeological excavation issued within the Dolmen de la Fuente del Corcho, in Belmez (Córdoba). Although this burial was sacked to late last century, has provided interesting data, especially referents to decoration of some of its orthostats.

KEYWORDS

Barrow, Trousseau, Orthostats, Bowls, Chalcolithic.

I. INTRODUCCIÓN

SITUACIÓN

El Dolmen de la Fuente del Corcho se localiza en las coordenadas geográficas 38° 13' 51" y 1° 31' 02", de la Hoja 879 (Fuente Obejuna) del M.T.N. E. 1: 50.000. Se accede hasta él por la carretera comarcal de Belmez al Entredicho, a unos 15 m de distancia del poste kilométrico 3,600 (fig.1) y a unos 2 km del arroyo Fresnedoso, tributario del Guadiato. Fue construido sobre una ligera elevación de unos 523 m.s/n.m., extendiéndose hacia el norte y el este una zona llana que dota a esta estructura megalítica de amplia visibilidad en dichas direcciones, divisándose varios de los poblados calcolíticos que jalonan



Fig. 1. Situación del Dolmen de la Fuente del Corcho.

el Alto Valle del Guadiato en su margen izquierda, como El Peñón (Peñarroya-Pueblonuevo), El Castillo de Belmez y Sierra Palacios I, a cuya necrópolis pertenece este dolmen (figs. 2 y 3) (Gavilán, 2003-2004). Hasta el momento, y junto con el Dolmen de las Casas de Don Pedro (Gavilán, 2003-2004; Gavilán y Vera, 2005), son los únicos sepulcros megalíticos pertenecientes a dicha necrópolis que han sido excavados, aunque otros han sido objeto de remociones no autorizadas.

CAUSAS DE LA INTERVENCIÓN.

Los trabajos de excavación, realizados entre julio y agosto de 2005, fueron motivados por las actividades clandestinas cometidas en 1988, que afectaron al interior y al exterior de la cámara -según pudimos comprobar en los primeros días de excavación-, así como por la destrucción de parte del lado norte del túmulo que cubría la estructura megalítica, arrasado por una retroexcavadora que ocasionó el desplazamiento de varios bloques de su lugar original, entre ellos los que formaban el lateral norte de la cámara funeraria que, carente de relleno, bascularon hacia el interior (fig. 4 B y C). Además, varias piedras sueltas, igualmente desplazadas y de gran tamaño, se encontraban sobre la zona del corredor.



Fig. 2. Situación del poblado de Sierra Palacios I, el Dolmen de la Fuente del Corcho y otros sepulcros de la necrópolis dolménica del asentamiento.



Fig. 3. Dolmen de la Fuente del Corcho y Sierra Palacios desde el dolmen.

II. DESARROLLO DE LA EXCAVACIÓN

Tras la medición del túmulo - de 19'3 m, de este a oeste, y 17'1 m, de norte a sur- procedimos a trazar una gran cuadrícula, de 20x18 ms, que comprendía toda la masa tumular, subdividiéndola en dos en dirección este-oeste: A, de 8 m de ancho, y B, de 10 m, medidas que responden al eje de orientación de la cámara funeraria; y en 10 de norte a sur, de 3 m de anchura las dos primeras, al oeste, y de 2 m. las restantes (fig. 5).

A continuación retiramos las piedras sueltas de gran tamaño que habían sido desplazadas por la máquina hacia la zona central norte del túmulo, (fig. 4 B y C), dejándose entrever una cámara aún de forma indeterminada y con bloques desplazados en su interior, sin que se apreciaran los elementos constructivos del corredor. Seguidamente comenzamos la excavación, interviniendo simultáneamente en el túmulo y la cámara, y finalmente en el corredor.

Al tratarse de una sepultura megalítica bastante afectada por remociones clandestinas y por la extracción de tierra de parte del túmulo, fuimos rebajando este sector por alzadas artificiales, que estable-

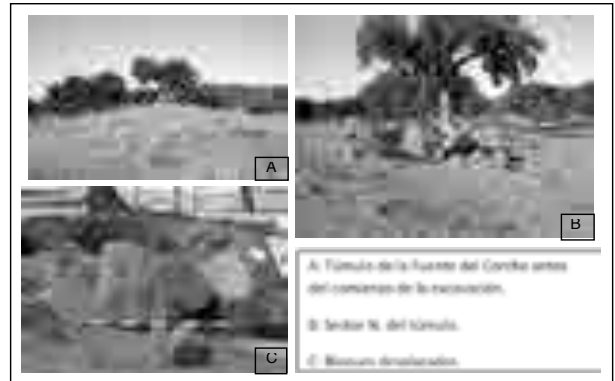


Fig. 4. Túmulo de la Fuente del Corcho y destrozos ocasionados por una retroexcavadora.

cimos en 10 cm. En el caso de la cámara era de todo punto imposible plantear al principio una excavación por niveles naturales o artificiales, ya que estaba colmatada por tierra revuelta y por los bloques que habían basculado hacia el interior. Finalmente, el corredor, que tras la intervención en la cámara se vislumbraba como el único espacio intacto, fue excavado por niveles naturales, aunque estableciendo alzadas artificiales dentro de éstos porque contábamos con una visión frontal de la estratigrafía, que quedó al descubierto después de retirar los bloques y la tierra suelta del interior de la cámara.

La tierra fue cribada en seco, desistiendo del empleo de criba de agua ante la ausencia de restos de carbones y, en general, cualquier tipo de evidencia de combustión que permitiese la posible recuperación de macro y microrrestos vegetales.

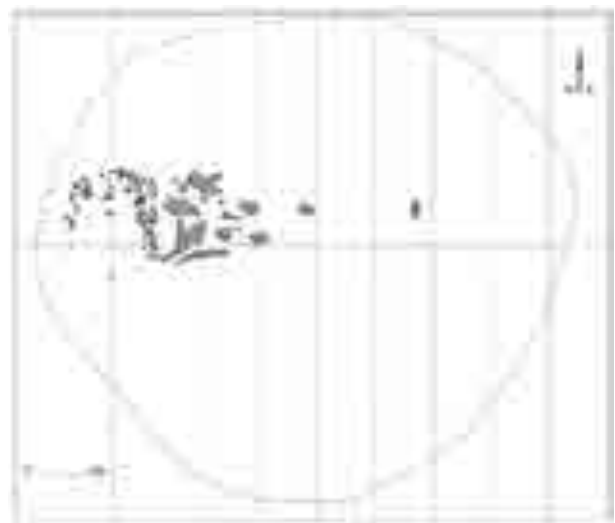


Fig. 5: Estado del Dolmen de la Fuente del Corcho al comienzo de la excavación.

EXCAVACIÓN DEL TÚMULO.

La retirada de la tierra suelta del túmulo dejó a la luz una capa de piedras de mediano tamaño que afloraba en los lados noroeste y norte, aumentando en cantidad y volumen hacia la base del mismo, pero sin llegar a formar un verdadero anillo perimetral (fig. 6). Ante esto, excavamos una alzada de unos 8 cm de espesor, comprobando que la capa de piedras, embutidas en una tierra de color beige-amarillento, se extendía hacia el resto del túmulo. En su cota más elevada, tras retirar una primera capa de tierra y descarnar las piedras, apareció un cuenco de cerámica casi completo y varios fragmentos de otros, uno de ellos de cerámica campaniforme (fig. 7). Estos ítems no estaban asociados a restos óseos humanos que se hayan conservado, pero evidencian la continuidad en el funcionamiento de esta estructura megalítica con el cambio de ritual a comienzos del II milenio. Aparte de este ajuar, en la tierra del túmulo localizamos, en la zona este, escasos materiales prehistóricos y restos actuales, que aparecían en diferentes sectores del mismo entre la tierra de descarnado de las piedras, encontrándose varios fragmentos de vidrio a escasos cm del cuenco más arriba citado. La remoción que evidencian estos restos puede ser una de las causas de la ausencia de restos óseos humanos asociados al ajuar prehistórico del túmulo.

En el lado sur, en contacto con los bloques de la cámara, practicamos una cata con la intención de documentar las zanjas de inserción de estos ortostatos que estaban *in situ*, poniéndose de manifiesto el intenso expolio que se había efectuado en este dolmen, ya que localizamos una gran cantidad de

basura que alcanzaba parte de la cámara funeraria al haberse deslizado por los intersticios existentes entre los ortostatos. Retirados los desechos, y tras una primera capa de escasos cm de potencia, comenzó a aparecer una tierra de color marrón-rojizo (que después excaváramos en parte del corredor, Nivel 2) y algunas piedras de mediano tamaño hasta alcanzar una profundidad de -75 cm, cota en la que apareció una capa de piedras, igualmente de tamaño medio (fig. 8), que cubría toda la extensión de la cata. Esta capa posiblemente circundaba parte de la estructura funeraria ya que en el lado norte, arrasado en gran medida, se apreciaban piedras de similares dimensiones y a la misma cota en la zona intacta.

EXCAVACIÓN DE LA CÁMARA.

La denominación de este sector del espacio funerario obedece a que al iniciarse los trabajos no era posible determinar la forma completa de la estructura megalítica, que parecía corresponder a un característico dolmen de cámara y corredor diferenciados.

Comenzamos retirando la tierra revuelta del interior de la cámara, donde se encontraban los bloques del lado norte, empujados por la retroexcavadora. Entre éstos y los del lado sur, *in situ*, localizamos restos de basura que se extendía hacia los amplios intersticios existentes entre los bloques, circunstancia que motivó la excavación, ya referida, de una franja de tierra del túmulo a partir de la cara externa de los bloques de dicho lateral, detectándose la zanja abierta por los clandestinos (fig. 9) y gran cantidad de basura.



Fig. 6. Piedras de mediano tamaño que forman parte de la costra que cubría el túmulo. Sector norte y zona superior del túmulo.

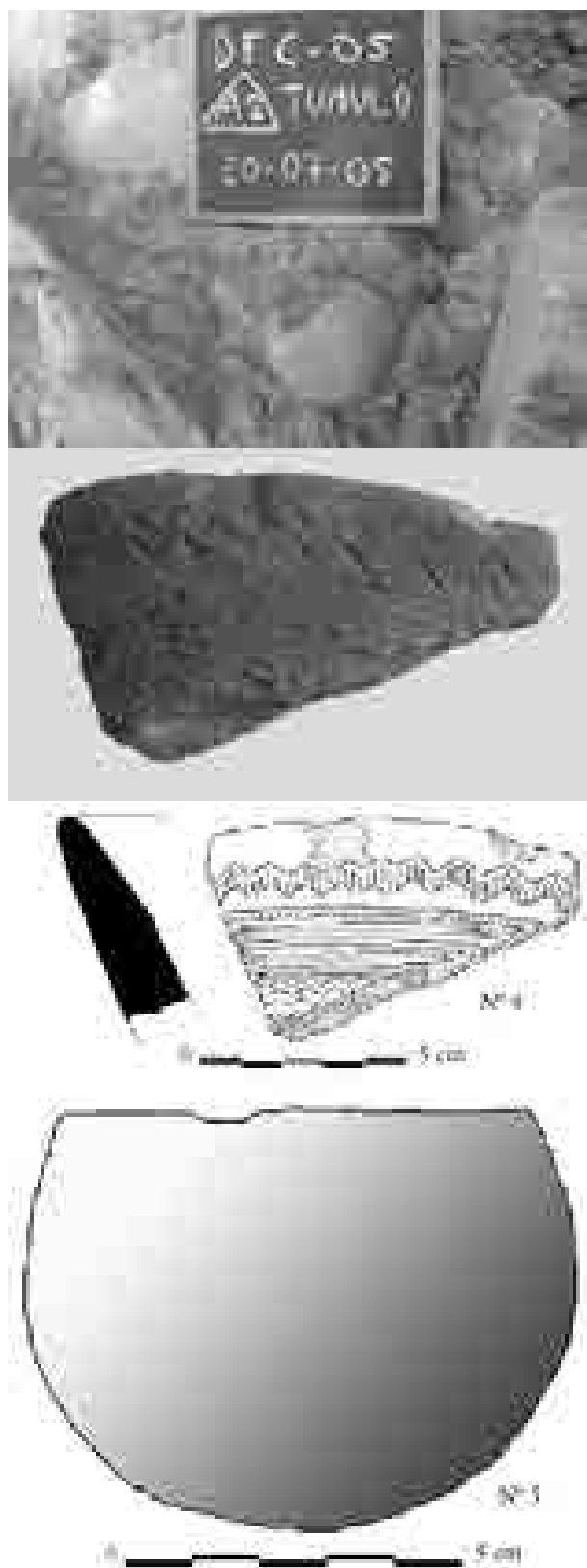


Fig. 7. Ajuar recuperado en el túmulo: fragmento de campaniforme y cuenco.



Fig. 8: capa de piedras que circundaba la cámara al exterior.

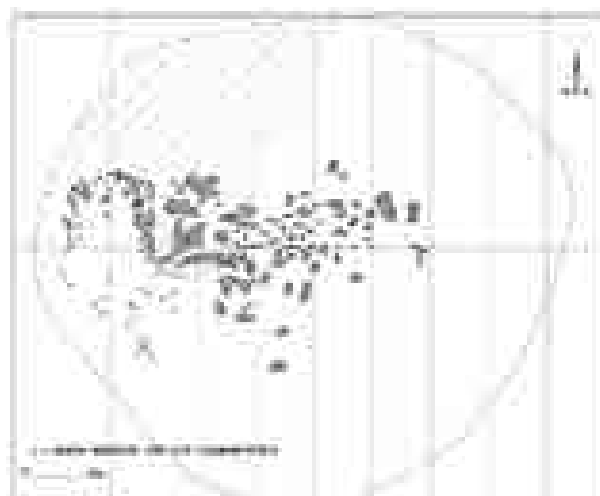


Fig. 9. Situación de la zanja abierta por los clandestinos.

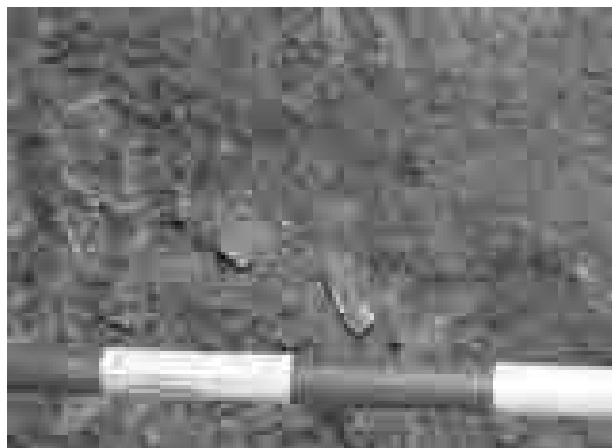


Fig. 10. Restos óseos del interior de la cámara.

Seguidamente pasamos a retirar los bloques del lateral norte, apreciándose que los clandestinos habían arrasado prácticamente la totalidad de la cámara, llegando hasta la base, en cuyo interior sólo pudimos documentar escasísimos restos del ajuar funerario: 2 puntas de flecha, 1 hacha y varios fragmentos de cerámica, como elementos más significativos, así como restos óseos reducidos a fragmentos y esquirlas no identificables (fig. 10), que se encontraban en el escaso sedimento intacto, adherido éste a los bloques del lado sur, casi en su base, tratándose de una tierra de color rojo que excavamos en el corredor como nivel 2.

Algunos de los bloques del lado norte de la cámara ofrecían las huellas dejadas por la retroexcavadora, otros presentaban una serie de surcos, profundos y lineales, posiblemente debidos a los trabajos relacionados con la extracción de las lajas de piedra destinadas a formar esta estructura megalítica, y otro, grabados y cazoletas. Cuando se excavó el corredor pudimos comprobar que el segundo bloque de los conservados en este espacio funerario, y también en el lado norte, ofrecía igualmente cazoletas y grabados, que han sido objeto de una exhaustiva documentación (figs. 11-13).

Con la finalidad de documentar las zanjas de inserción de los bloques del lado norte de la cámara para poder determinar la forma de ésta, y plantear la posibilidad de restituirlas, rebajamos unos 15 cm de la base, formada por una tierra de color amarillento y totalmente estéril. Sin embargo dichas zanjas no resultaron apreciables al haberse rellenado con la misma tierra. Así, pues, centramos los trabajos en el corredor, que parecía intacto, simultaneando su excavación con el descarnado de las piedras del túmulo.

EXCAVACIÓN DEL CORREDOR

Con una potencia estratigráfica de poco más de 1 m, se observaban 3 niveles (fig. 14):

Nivel 1: Tierra beige-amarillenta, arcillosa. Era la misma que formaba la primera capa del túmulo, alcanzando aquí una potencia de unos 40 cm. Excavada una capa de unos 10-12 empezaron a aflorar los bloques que formaban el corredor, ligeramente orientado hacia el noreste. A partir del inicio de la cámara y final del corredor se disponían cuatro bloques al norte y otros tantos al sur, abarcando una longitud de unos 2'20 m, cuyas características, formales y líticas, eran semejantes a los de la cámara funeraria. En toda la potencia de este nivel aparecían en el interior del corredor piedras de mediano y pequeño tamaño, entre 25-35 y 10-12 cm de diámetro, respectivamente. Superada la citada longitud y hacia el noreste, se encontraban piedras de gran tamaño que, en esta fase de la excavación,



Fig. 11. Ortostato en el que se observan surcos profundos y lineales ocasionados por los trabajos de extracción de los bloques de piedra.

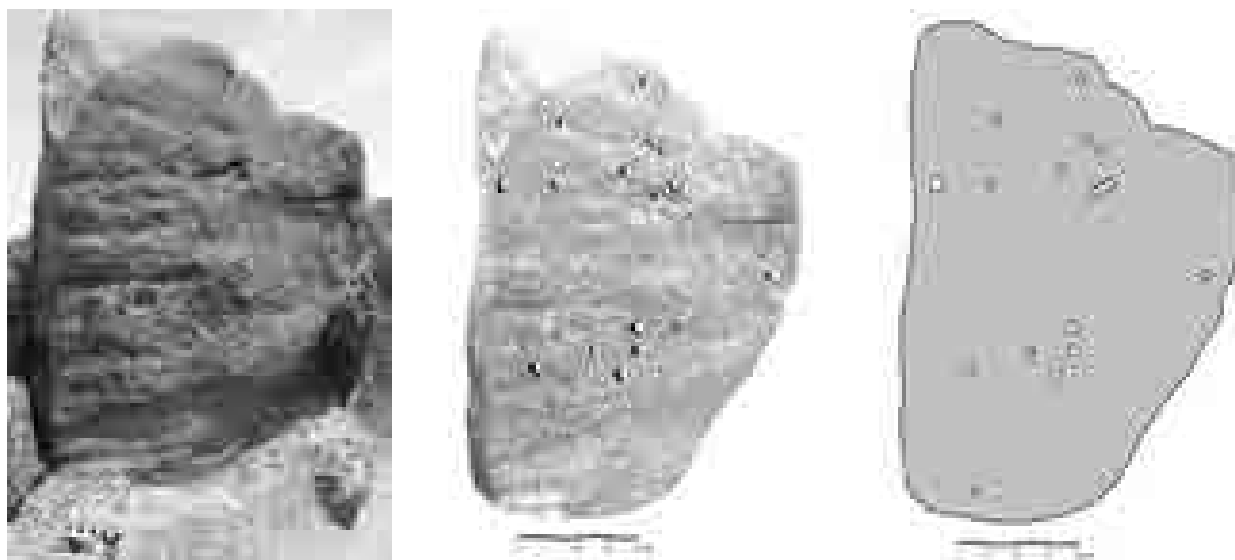


Fig. 12. Ortostato n° 1, del lado norte del corredor.

consideramos como pertenecientes al túmulo, aunque de mayores dimensiones, al concordar con ellas en el tipo de piedra elegido y por el hecho de haberse empleado en bruto, sin modificación. Este nivel resultó completamente estéril.

Nivel 2: Tierra roja, arcillosa y de rápida oxidación, de unos 60 cm de potencia. Adquiría una tonalidad más marrón en el tramo del corredor formado por las piedras semejantes a las de túmulo, diferencia que nos llevó a separar el sedimento de ambos tramos, empleando denominaciones distintas. Al igual que el nivel anterior, este contenía también bastantes piedras, aunque de menor tamaño, que aparecieron en los primeros 20-30 cm de potencia.

Este nivel proporcionó unos restos óseos en pésimo estado de conservación que se encontraban en el inicio de la primera parte del corredor, la conse-

cutiva a la cámara, localizándose la mayoría al final de la segunda, y en ambos casos en los laterales del mismo, mientras que los fragmentos cerámicos estaban más próximos a la cámara e igualmente arrinconados en los laterales. Aunque este nivel era fértil, el escaso material que contenía estaba reducido a fragmentos, recuperándose, sobre todo, restos cerámicos, localizándose debajo de uno de ellos un resto óseo imposible de determinar por su reducido tamaño.

A lo largo de la excavación de este segundo nivel quedó patente que las piedras situadas en el sector más alejado del inicio de la cámara, que creíamos correspondientes al túmulo, formaban parte del corredor aunque eran virtualmente diferentes, en forma y material pétreo, a las del tramo en contacto con la cámara. Así, a partir del

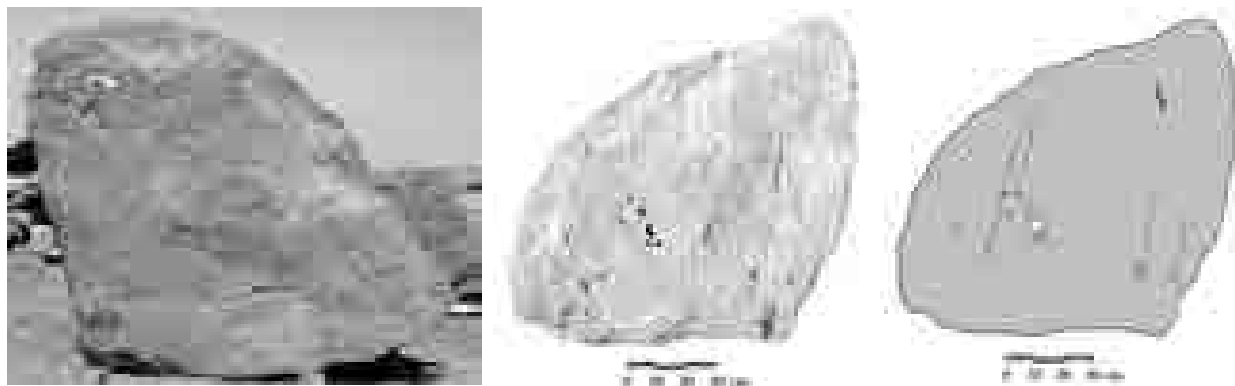


Fig. 13. Ortostato n° 2, posiblemente perteneciente al lado norte de la cámara, con cazoletas. Este ortostato se ha orientado atendiendo a la disposición del 1, in situ.



Fig. 14. Potencia estratigráfica del corredor.

inicio de ésta se erigían hacia el este una serie de bloques semejantes a los empleados en ella hasta alcanzar una distancia de 2'20 m, interrumpiéndose bruscamente la disposición de más bloques de estas características, tras los cuales aparecían algunas piedras que prolongaban el corredor en 1'25 m más, y a continuación se encontraban otras que cerraban este espacio, finalizando en una gran losa, de 1'80 m de longitud dispuesta transversalmente al eje del corredor, que casi apoyaba directamente en un último bloque, que comparte las características presentes –desbastado y material pétreo– en los bloques de la cámara y primer tramo del corredor, el contiguo a ésta (fig. 15).

Nivel 3: Amarillento, era el mismo que el de la base de la cámara e igualmente estéril, tratándose de un nivel de preparación sobre el que se erige la



Fig. 15. Diferencia del material pétreo constitutivo del corredor y bloque de cierre.

estructura funeraria. Rebajamos unos 15 cm con la intención de documentar las zanjás de inserción de los ortostatos, no siendo esto posible en ningún caso puesto que también aquí se habían rellenado con la misma tierra. Este nivel, de escasa potencia en algunos sectores, descansaba directamente sobre la roca madre, muy deleznable y pizarrosa.

III. ELEMENTOS ARQUITECTÓNICOS DECORADOS

Básicamente se observan tres tipos de grabados:

- a) Líneas rectas y anchas, con una anchura media de 1 cm, y generalmente largas (fig. 11).
- b) Líneas estrechas, con una anchura media de 0,5 cm. y de longitud variable
- c) Cazoletas con tendencia circular, generalmente de pequeño diámetro, entre 1 y 4 cm. que tienden a formar grupos (figs. 12 y 13).

Los dos primeros plantean interrogantes acerca de su categorización, dado que no conforman motivos identificables o definibles. Las cazoletas, en cambio, sí constituyen elementos gráficos conocidos del arte megalítico.

III.1. DESCRIPCIÓN DE LOS MOTIVOS GRABADOS.

Las cazoletas grabadas se presentan en las caras interiores de dos ortostatos. El ortostato al que hemos designado el nº 2 fue desplazado por la retroexcavadora y formaba parte del lateral norte de la cámara, siendo el primero en el que observamos la presencia de este tipo de manifestación. El otro, nº 1, es el segundo del corredor, situado igualmente en el lado norte. En ambos, la cara con cazoletas se dispuso hacia el interior.

ORTOSTATO 1 (FIG. 12):

Consta de un total de 17 cazoletas de un tamaño bastante regular (en torno a 1 cm.). Se observan dos grupos bien definidos y otras dos cazoletas separadas de ambos. El primer grupo, localizado en el tercio superior del ortostato, está formado por diez cazoletas, siendo el más numeroso. Tres de sus unidades se presentan unidas entre sí y claramente alineadas.

ORTOSTATO 2 (FIG. 13):

Registra un total de 9 cazoletas que hemos separado en dos grupos: Uno a la izquierda, en torno a la mayor cazoleta del conjunto (4 cm.), y una pareja a la derecha. La gran cazoleta parece haberse querido alinear con otras dos en una sucesión decreciente de mayor a menor tamaño.

III.2. VALORACIÓN DEL CONJUNTO.

Respecto a los surcos anchos del primer tipo, pensamos que podrían ser resultado de los trabajos de desbastado de los bloques, ya que son perfectamente rectilíneos y aparecen tanto en las caras interiores como exteriores de los ortostatos. Por la forma de los surcos, en “V”, pensamos que se utilizó un instrumento con filo en bisel, como hacha o azada.

Las líneas estrechas son mucho más problemáticas. Aunque su pátina las diferencia de otros surcos modernos, hecho que resulta indicativo de su mayor antigüedad, encontramos argumentos tanto a favor como en contra de que se trate de manifestaciones gráficas propiamente dichas; por otra parte, las características, grosor y limpieza de las líneas así como su recto trazado permite interpretarlas como producto de los trabajos relacionados con la extracción de los bloques y su traslado.

Por lo que respecta a las cazoletas, hay numerosos paralelos asociados no sólo en arquitecturas megalíticas, donde son muy características, sino también, aunque en menor medida, en el arte esquemático en general. Se trata de una tipología relativamente bien documentada, aunque no conocemos hipótesis sólidas en cuanto a su interpretación. Valga el ejemplo próximo del Dolmen de Viera, con decenas de estas concavidades en las caras internas de varios ortostatos del corredor.

En el caso del Dolmen de la Fuente del Corcho parece interesante la aparente disposición intencionada de algunas alineaciones, aunque éstas no constituyen aquí la pauta general. Sí se observa, en cambio, una decidida tendencia hacia el ordenamiento a partir de agrupaciones, antes que hacia la dispersión o el abigarramiento.

IV. CONSIDERACIONES FINALES

El Dolmen de la Fuente del Corcho pertenece a los sepulcros de cámara y corredor indiferenciado, constituyendo éste una mera prolongación de los laterales norte y sur de aquella. La estructura presenta un ensanchamiento hacia el oeste que se potenció, además, por la colocación inclinada de los bloques hacia el interior -sin duda también para favorecer una cubierta más reducida- y dejarse una distancia mayor entre los bloques del lado sur y los del norte, dando cuerpo a una cámara de unos 3 m de oeste a este por unos 1'50 aproximadamente de norte a sur (siendo esta medida estimativa al no haberse documentado las zanjas de inserción de los

ortostatos del lateral norte), mientras que el corredor, cuyos bloques se instalaron sensiblemente más verticales, cuenta con una anchura comprendida entre 1'30, en contacto con la cámara, y algo menos de 1 m en la zona más estrecha.

Directamente sobre la tierra virgen, muy pizarrosa y deleznable, se dispuso un suelo de preparación de tierra amarillenta y completamente estéril para acoger la estructura funeraria. En este suelo los bloques se erigieron según su altura decreciente, hecho que confiere una profundidad mayor a la cámara, 1'40, frente al corredor, cuya altura disminuye a medida que se alejan de aquella, no superando los últimos de éste los 50 cm, muy escasa.

Sobre este nivel se encontraba una tierra roja, nivel 2, sobre la que se encontraban los escasos restos óseos recuperados y el ajuar que les acompañaba. Estaba presente en un reducido sector intacto de la cámara funeraria, donde localizamos exiguos restos de ajuar funerario y restos óseos muy fragmentados, y en el corredor. En este sector de la sepultura, y como indicamos al tratar del desarrollo de la excavación, se observaba una ligera diferencia entre el sedimento del tramo del corredor consecutivo a la cámara y el del sector más próximo a la losa dispuesta transversalmente al eje oeste-este de dicho espacio.

Atendiendo a esta disimilitud en el sedimento del nivel 2 en el corredor, y teniendo en cuenta que la mayor cantidad de restos óseos aparecían en el segundo tramo, junto con la diferencia existente entre los bloques que integran ambos tramos del corredor, que atañe tanto a la materia lítica elegida como al hecho de disponerse las piedras del segundo sin tratamiento previo, planteamos que esta estructura funeraria fue remodelada tras su utilización.

El primer tramo del corredor, en contacto con la cámara funeraria, era una mera prolongación de sus lados norte y sur, alcanzando una longitud de 2'20 m; de hecho, los bloques eran semejantes a los empleados en aquella (fig. 17 y 18), y fueron objeto del mismo tipo de tratamiento, desbastados y ligeramente suavizados. Por el contrario, a partir de la citada distancia se encontraba una serie de piedras, que no bloques, semejantes a las del túmulo sólo que de mayor tamaño, que cubrían un trayecto de 1'25 m, y que asentaban directamente sobre la tierra, pero a mayor altura que las del tramo anterior (fig. 17). Tras ellas, se dispusieron otras que cierran el acceso al corredor, finalizando en una gran losa de 1'80 m de largo colocada perpendicularmente, de

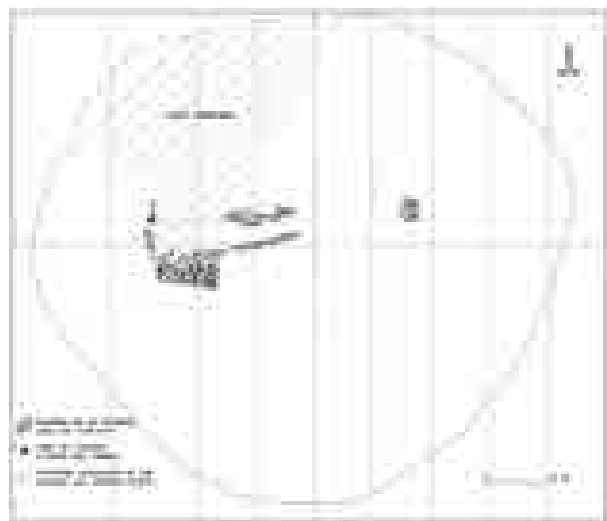


Fig. 16. Forma primigenia del Dolmen de la Fuente del Corcho.

norte a sur, a escasos cm del bloque final, erigido en relación al eje este-noreste. A esto hay que sumar una serie de factores: la reducida anchura del final de este tramo -hasta el punto de que algunas piedras estaban en contacto o bien dejaban un espacio pero sin comunicación con el anterior-, la escasa profundidad -una media de 30 cm-, la ruptura de la homogeneidad -tanto simétrica como pétrea- con respecto al primer tramo y, finalmente, la desigual tonalidad que ofrecía la tierra del nivel 2.

De este modo, la forma primigenia de esta sepultura (fig. 16), homogénea y simétrica, comprendía una cámara y corredor, indiferenciado, de 5'20 m de longitud hasta los dos últimos bloques del corre-



Fig. 17. Piedras del segundo tramo del corredor, colocadas directamente sobre la tierra, ya en la cota más baja del túmulo.

dor conservados, y de 8'50 desde el bloque de cabecera hasta el situado en el extremo opuesto, que debió constituir un elemento señalizador, puesto que la declinación del túmulo alcanzaba escasa potencia en dirección este. Desconocemos si entre aquellos dos y éste se alinearon otros conjuntos pétreos. A partir del bloque de cabecera, la cámara se configuró añadiéndose cuatro más al sur y seguramente otros tantos al norte, uno de los cuales pudo ser el que está decorado mediante una serie de cazoletas, desplazado de su lugar original por la retroexcavadora; seguidamente se disponen los del corredor, que se inicia con dos lajas dispuestas casi en paralelo en el lateral norte (fig. 19), a continuación se encuentra el bloque con mayor número de cazoletas (fig. 12) y, tras éste, otros dos. La disposición de los ortostatos se interrumpe bruscamente en dirección este, encontrándose, en dicho lado antes del primer bloque, una capa de piedras de reducido tamaño ocasionadas por un derrumbe y/o remodelación, y sobre éstas las del túmulo (fig. 18).

Al exterior, a media altura de los bloques, se colocó una capa de piedras que, al menos, debía rodear la cámara funeraria (figs. 8 y 20), cubriéndose la estructura resultante mediante el túmulo de tierra. Los bloques que forman esta primera fase son homogéneos en lo que se refiere a la materia elegida y al tratamiento de desbastado y regularizado, siendo dos de los correspondientes a esta primigenia arquitectura los que presentan cazoletas y trazos.

Tras la deposición de los cadáveres, el dolmen es objeto de saqueo. Si bien no resulta factible precisar cuánto tiempo transcurrió entre aquella y el expolio, esta acción conllevó la remoción y desplazamiento de aquellos de su lugar original, al menos en parte. Desconocemos, por el alto grado de fragmentación de los restos óseos localizados, si las inhumaciones fueron de primer o segundo grado, pero quizá no resulte descabellado inclinarse a favor de inhumaciones secundarias a juzgar por el reducido tamaño de los escasos restos óseos, hecho que favorecería su fragmentación y dispersión durante la violación, siendo desplazados hacia los bloques del corredor y, en el caso de los localizados en la reducida zona intacta de la cámara, hacia los del lado sur.

En buena lógica cabe suponer que este acto de violación fue el factor causal de la ligera diferencia entre el sedimento del nivel 2 en ambos tramos del corredor, de la disimilitud existente entre los bloques del primer tramo de éste con respecto a

las piedras del segundo y del derrumbe de piedras, comportando el saqueo el destrozo del acceso al interior, que se reestructura añadiendo piedras irregulares y sin tratamiento posterior a su extracción hasta enlazar con el bloque final, el dispuesto en eje con el corredor y el bloque de cabecera de la cámara.

Estas piedras se colocaron directamente sobre la tierra (fig. 17), confirmando este hecho que la remodelación se llevó a cabo tras el desvalijamiento. De este modo, en el lateral norte se depositaron tres piedras y cuatro en el sur, cubriendo una distancia de 1'25 m hasta finalizar en una situada en el centro, tras la cual se dispusieron otras también en el centro que cierran el acceso al interior de la sepultura, así como la gran losa de 1'80 de longitud, dispuesta transversalmente al eje del corredor y que clausura el acceso al interior, ya casi a ras de la base del túmulo (fig. 15). De este modo, la estructura, en parte desmantelada, se completa y clausura hasta el bloque de señalización (figs. 15 y 16).

Siguiendo con el criterio de la diferente elección del tipo de materia pétreo, nos planteamos si no resulta lógico atribuir a esta “remodelación” las piedras que cubren buena parte del túmulo, puesto que son más abundantes hacia el este.

Hasta ahora, nada hemos mencionado acerca del sistema de cubrición de la cámara y el corredor. Al respecto, hemos de hacer notar que, a pie de excavación, consideramos la posibilidad de que uno o más de los bloques desplazados al interior de la cámara pudiesen formar parte de la cubierta de este espacio, sin embargo, teniendo en cuenta que su número se corresponde con los del lado sur, opinamos que deben constituir el norte, a lo que hay que sumar que, aunque los bloques *in situ* que forman este espacio se colocaron inclinados para acortar la distancia superior y permitir una cubierta mediante una o más losas de dimensiones más reducidas, sus longitudes no resultan suficientes para tal finalidad. Por su parte, y asimismo, las piedras sueltas que se encontraban encima o próxima a la zona del corredor tampoco resultaban adecuadas para formar la cubierta de este sector, ya que no alcanzan la longitud necesaria para apoyar en los bloques de ambos lados.

De este modo, y teniendo en cuenta lo anterior, opinamos que la cubierta de esta sepultura fue desmantelada hace tiempo. Al respecto debe tenerse en cuenta que el corredor, no afectado por el expolio clandestino reciente, no ofrecía cubrición de ninguna clase, presentando en toda la potencia del nivel

1 y los primeros 20 cm del 2 piedras de mediano tamaño, entre 20-30 cm y de las mismas características que las del túmulo, continuando éstas hasta la mitad del citado nivel y que difícilmente se hubieran podido filtrar por los intersticios dejados entre un bloque y otro de la cubrición pétreo de este sector. Ante esto cabe pensar que la cubierta de este espacio pudo ser desmantelada si no en época prehistórica, al menos hace bastante tiempo ya que en las cercanías del dolmen sólo pudimos localizar un bloque, de características similares a los del segundo tramo del corredor, que hubiera podido formar parte de la cubierta. Pensar en un sistema de cubierta a base de materiales orgánicos no resulta acertado desde nuestro punto de vista porque no hubieran soportado el peso de la tierra y las piedras del túmulo, desplomándose pasado un tiempo y dejando, por tanto, evidencias en el sedimento, no observadas en ningún momento.

Finalmente, en cuanto al uso de la sepultura megalítica, el ajuar resulta excesivamente parco para precisar la cronología, pero las puntas de flecha, de base cóncava, remiten a la plenitud del Calcolítico si atendemos a la estratigrafía de Sierra Palacios I, en la que dominan este tipo de foliáceos, y a cuya necrópolis dolménica pertenece este dolmen. Por otra parte, y por las mismas razones, no resulta factible plantear un dilatado tiempo de utilización de la sepultura, no apreciándose en el nivel 2 ningún tipo de evidencia que plasmase una segunda etapa de deposición de cadáveres tras el saqueo del ajuar y remoción de los restos óseos humanos, de manera que ocurrida la violación el dolmen fue objeto de



Fig. 18. Los dos tramos del corredor. Obsérvese la diferencia en el material pétreo empleado, y la costra de piedras que cubre el túmulo.

remodelación y cierre definitivo, clausurándose el interior de este espacio funerario, que volverá a acoger un enterramiento hacia finales del III milenio y comienzos del II, de cuya evidencia ha quedado un cuenco y un fragmento de cerámica campaniforme, manifestando de este modo una continuidad, si no en el rito –individual o colectivo– sí en el espacio elegido, denotando este hecho que estas arquitecturas siguen teniendo un significado simbólico importante en el seno de estas sociedades, de manera que aunque se acojan al nuevo ritual individual, el cadáver se deposita en el mismo espacio funerario que el de los antepasados, revalidándose así, como indican algunos autores (Bueno *et alii*, 1999), la continuidad en el derecho a la posesión, uso y control del territorio.

Si bien, como hemos indicado más arriba, al haber sido expoliado tanto en momentos prehistóricos como actuales, el ajuar recuperado no permite una definición arqueológica precisa, sí que podemos apuntar que una comparación con el procedente del de Casas de Don Pedro remite a un momento posterior en el uso del Dolmen de la Fuente del



Fig. 19. Losas en paralelo que indican el comienzo del corredor.

Corcho. Por otra parte, este difiere también con respecto a aquel en el tamaño de los ortostatos empleados, siendo los de éste sensiblemente menores, hecho que resta monumentalidad a este sepulcro. Pese a ello, cuenta con dos bloques decorados mediante cazoletas, ausentes en el primero. Aunque la disposición que presentan las cazoletas de ambos ortostatos está siendo analizada desde una óptica arqueoastronómica, cuyo resultado es objeto de un trabajo en curso de realización, queremos señalar que la distribución que presentan algunas de ellas, sobre todo en el ortostato nº 1, permite plantear su posible relación con la constelación de Orión, como se ha hecho en el caso de otras estructuras megalíticas, caso del círculo de la Pasada del Abad, aunque con otras constelaciones (Vera *et alii*, 2010).

Por último, en cuanto a su situación, cabe destacar que se encuentra muy próximo a la cabecera de dos arroyos que, discurriendo hacia el norte, desembocan en el Fresnedoso uno y en el Guadiato el otro, y constituyen una vía natural de comunicación entre la zona sur y suroeste, más montañosa, y la norte, notoriamente más llana y sobre la que se distribuyen otros sepulcros megalíticos pertenecientes a la necrópolis de Sierra Palacios I (fig. 2), como los de Sierra Palacios IV y V, hasta alcanzar el Dolmen de las Casas de Don Pedro y el de Sánchez Pastor, situados, el primero, en la margen derecha del Fresnedoso y, el segundo, en la izquierda; ambos dólmenes, perfectamente visibles el uno desde el otro, están ejerciendo un control sobre el Fresnedoso y sobre el acceso hacia el Guadiato. Como hemos planteado en otro trabajo (Gavilán, 2003-2004), esta necrópolis, al igual que otras de la zona, se distribuye por la margen derecha del Guadiato, excepción hecha del Dolmen de Cabeza de Vaca (fig.2), mientras que los poblados se localizan en cerros aislados situados en la margen izquierda del mismo curso fluvial.

Así, pues, el Dolmen de la Fuente del Corcho, por su ubicación, pudo actuar como elemento simbolizador de posesión territorial, función que se vería reforzada al ser construido sobre un cerro que, aunque de escasa altura, domina una amplia panorámica hacia el sur, en dirección a Sierra Palacios (Mapa 1), al tiempo que el túmulo fue provisto de una capa de piedras de mediano tamaño que debió contribuir a su visualización desde cierta distancia y desde antes de acceder hacia la zona llana que acaba, con una ligera caída, en el Fresnedoso y el Guadiato, sobre el que se encuentra el poblado de Sierra Palacios, que

constituyen vías naturales de comunicación, siendo la del Guadiato la más importante del sector noroccidental de la provincia de Córdoba. En definitiva este sepulcro, junto con los restantes de esta necrópolis están ejerciendo un control desde las zonas más cerradas de sierra hasta el poblado de Sierra Palacios.

V. CATÁLOGO DE MATERIALES.

Evidentemente, al tratarse de un dolmen expoliado tanto en época prehistórica como actual, los exigüos restos materiales se encontraban desplazados de su lugar original de deposición. A esto obedece, sin duda, el hecho de que la mayor parte del ajuar recuperado corresponda a fragmentos cerámicos, siendo las industrias líticas y ornamentales francamente escasas, no descartándose la posibilidad de que los cadáveres estuviesen acompañados por otros elementos menos usuales y directamente relacionados con el prestigio.

V.1. TÚMULO:

Cerámica (fig. 7):

Nº 4: Fragmento de cerámica campaniforme impreso e inciso. Buena calidad exterior e interior; cocción reductora, desgrasante fino, color negruzco al exterior y marrón al interior.

Nº 5: Cuenco completo. Buena calidad exterior e interior; cocción reductora; desgrasante fino, color marrón en ambas caras.

Nº 6: Fragmento de vasija ligeramente carenada. Buena calidad en ambas caras. Cocción alternante; desgrasante medio, color marrón. Presenta una capa de almagra en la cara interna.

Nº 26: Fragmento de borde, redondeado de dirección y diámetro no determinables. Baja calidad; cocción alternante; desgrasante grueso y de tonalidad negruzca.

Nº 28: Fragmento de borde, labio indicado, de dirección y diámetro no determinables. Buena calidad; cocción reductora; desgrasante medio. Color negruzco.

Nº 21: Fragmento de asa de cinta. Buena calidad, cocción alternante, desgrasante grueso, color marrón en ambas caras.

Nº 33: Fragmento de cuernecillo.

19 fragmentos atípicos sin decoración.

Industria lítica tallada (fig. 21):

Nº 1: Lasca laminar, completa, bulbo extraído, sin talón. Retoque abrupto directo derecho, abrupto inverso izquierdo. 32/15/6. Sílex gris.

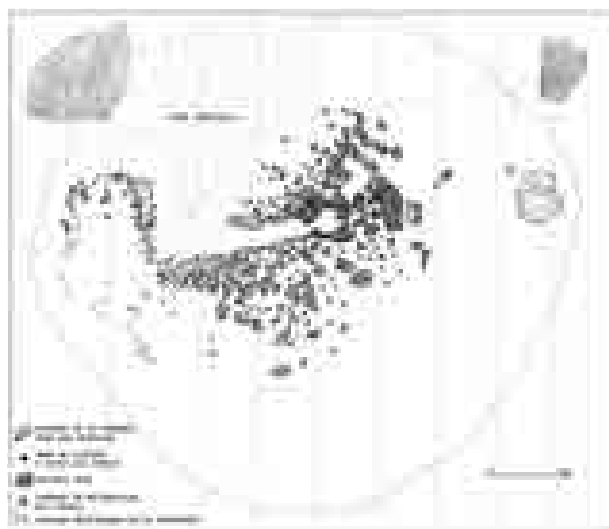


Fig. 20. Planta final. Se señalan las distintas fases constructivas.

Nº 2: Truncadura sobre fragmento de hoja. mm. Retoque abrupto inverso derecho. 72/21/4. Sílex crema.

Nº 3: Lasca. Retoque semiabrupto directo izquierdo. 34/25/4 mm. Sílex cuarzoso.

Materiales recuperados en las inmediaciones del túmulo:

- Azada.
- Fragmento de cuarcita con talla y evidencias de haber sido utilizada como percutor.

V.2. CÁMARA:

Cerámica:

Nº 3-4 (fig. 22): Fragmentos de cuenco. Borde redondeado, recto, diámetro 14'8 cm. Buena calidad exterior e interior; cocción alternante, desgrasante grueso; color marrón en ambas caras.

Nº 1, 2 y 6 (fig. 22). Tres fragmentos de cuenco hemisférico. Borde redondeado, recto, 13'4 cm. de diámetro. Buena Calidad; cocción oxidante; desgrasante medio: Color rojizo.

Nº 7-8: fragmento de asa, no determinable.

Nº 11: Fragmento de borde, redondeado, saliente, diámetro no determinable. Buena calidad exterior e interior; nervio de cocción, desgrasante medio, color marrón en ambas caras.

Nº 19, 21 y 25 (fig. 22): Tres fragmentos de una misma cazuela carenada. Buena calidad exterior e interior; cocción reductora, desgrasante muy grueso, color rojizo exterior y beige al interior.

11 fragmentos atípicos sin decorar, uno de ellos a torno.

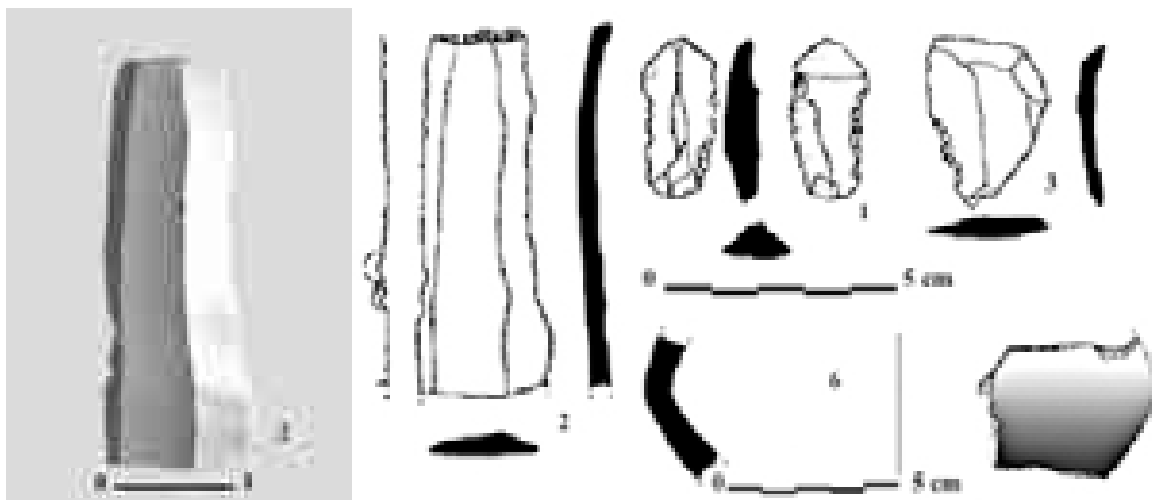


Fig. 21. Restos procedentes del túmulo.

Industria lítica tallada:

Nº 17: Fragmento de hoja, sin retoque, córtex III. 19/11/2 mms. Sílex beige grisáceo.

Nº 16: Fragmento de núcleo, extracción de láminas. Sílex gris.

Nº 24 (fig. 22): Fragmento de punta de flecha; 12/9/3 mms. Cuarzo blanco.

Nº 28 (fig. 22): Punta de flecha. 25/18/4 mm. Sílex negro local.

Piedra pulimentada:

Nº 30 (fig. 22): Hacha pulimentada, conserva restos de piqueteado. 9'2/4'2/1'8 cms.

Piedra exógena:

Nº 31: Fragmento de piedra, sin señales de manipulación. Cabe destacar que en las inmediaciones del Pantano de Sierra Boyera comprobamos la existencia de piedras semejantes, y que tenemos dudas acerca de esta pieza, ya que al estar la cámara expoliada pudo llegar hasta allí por múltiples causas.

V.3. CORREDOR

Cerámica:

Nº 80 (fig. 23): Cocción reductora; desgrasante medio; color gris; grosor 5 mm.

Nº 81 (fig. 23): Cuenco, cocción reductora, desgrasante medio, color gris, grosor 4 mm.

Nº 51 (fig. 24): Fragmento de cuenco, borde re-

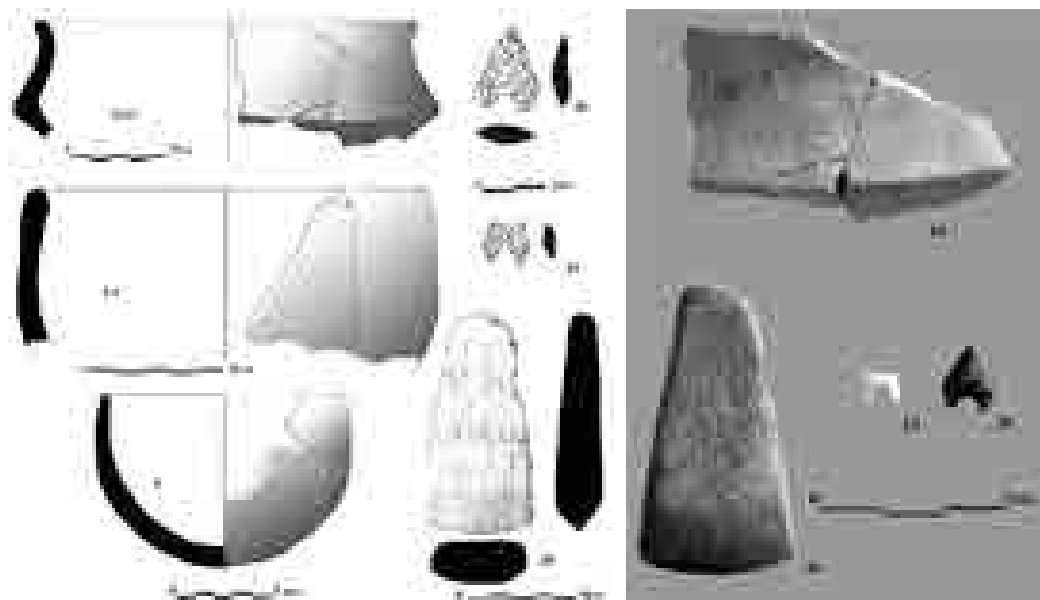


Fig. 22. Ajuar procedente del interior de la cámara.

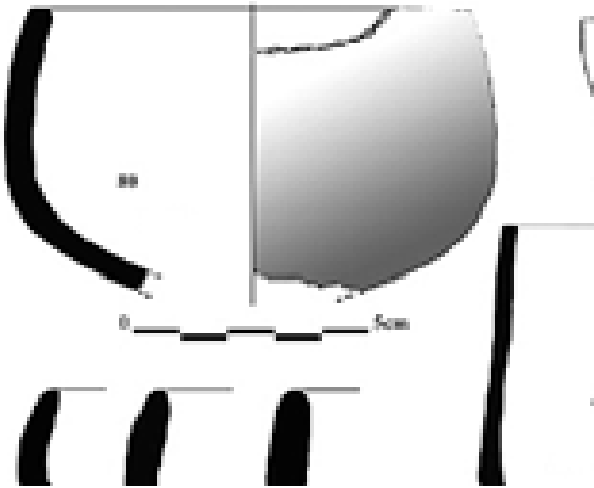


Fig. 23. Ajuar recuperado en el corredor.

dondeado, saliente, de 25 cm. De diámetro. Buena calidad en ambas caras, cocción oxidante; desgrasante fino, color marrón.

Nº 43 (fig. 23): Varios fragmentos pertenecientes a la misma vasija. Borde semiplano, ligeramente entrante, de 19 cm. De diámetro. Buena calidad exterior e interior, cocción oxidante, desgrasante grueso, color marrón en ambas caras.

Nº 40 (fig. 24): Fragmento de plato de borde engrosado. 26 cm de diámetro. Buena calidad exterior e interior; cocción oxidante, desgrasante muy grueso, color rojizo.

Nº 53 (fig. 23): Fragmento de borde, redondeado, de dirección y diámetro ignorados. Buena calidad exterior e interior, cocción alternante y desgra-

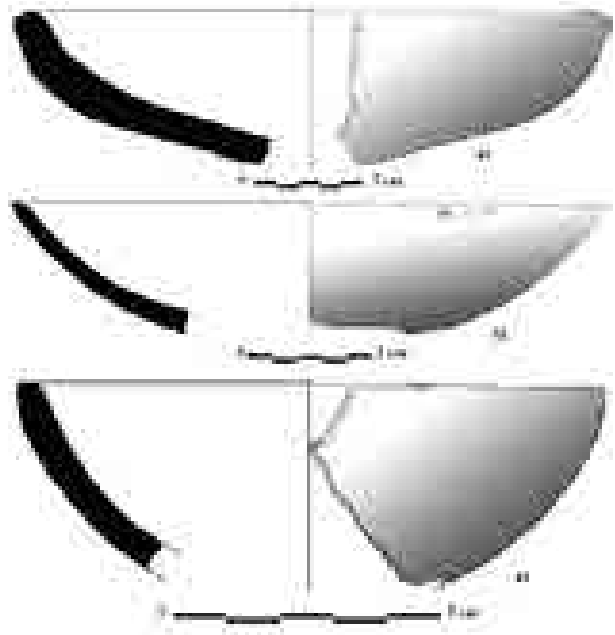


Fig. 24. Ajuar procedente del corredor. Cuencos.

sante grueso. Color marrón al exterior y negruzco al interior.

Nº 47 (fig. 23): Fragmento de borde, redondeado, entrante, de diámetro no determinable. Baja calidad exterior e interior, cocción alternante, desgrasante fino, color rojizo.

Nº 62 (Fig. 21): Fragmento de borde, apuntado, entrante, diámetro no determinable. Baja calidad en ambas caras, cocción oxidante, desgrasante medio, color marrón exterior e interiormente.

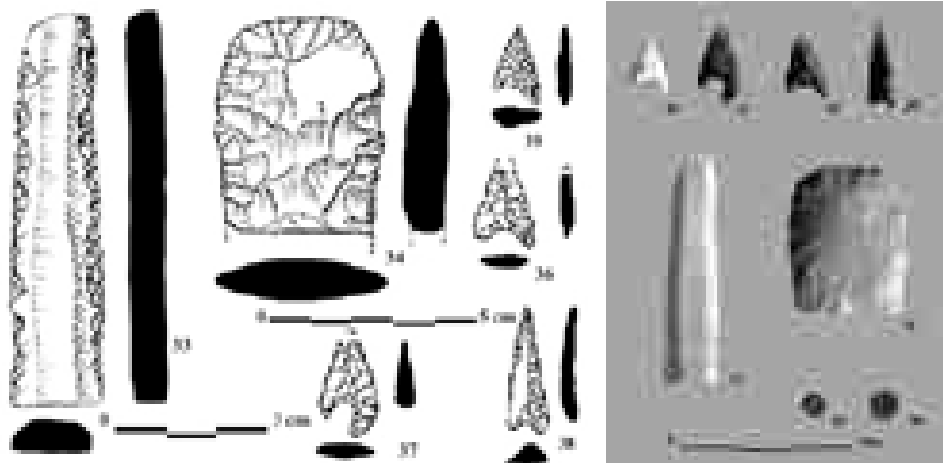


Fig. 25. Corredor, industria lítica tallada y ornamental.

Nº 52 (fig. 23): Varios fragmentos pertenecientes a la misma vasija. Borde, redondeado, entrante, de 18'6 cm. De diámetro. Presenta un mamelón elíptico macizo. Buena calidad exterior e interior, cocción reductora, desgrasante muy grueso, color negruzco en ambas caras.

Nº 41 (fig. 24): Fragmento de cuenco, borde redondeado, saliente, de 12 cm. De diámetro. Buena calidad en ambas caras, cocción oxidante, desgrasante medio, color negruzco.

Nº 102: Fragmento de cuernecillo.

38 fragmentos atípicos sin decorar.

Industria lítica tallada:

Nº 33 (fig. 25): Fragmento de hoja, sin talón ni bulbo. Retoque abrupto directo bilateral. 79/19/6 mm. Sílex beige.

Nº 34 (fig. 25): Fragmento de lámina. Retoque laminar directo e inverso. 55/46/10 mms.; sílex gris.

Nº 35: Lasca completa, talón cortical y bulbo. 31/22/3'5 mms. Sílex gris.

Nº 36 (fig. 25): Fragmento de punta de flecha. 20/14/3 mms. Sílex gris oscuro.

Nº 37 (fig. 25): Punta de flecha. 27/14/3. Sílex gris oscuro.

Nº 38 (Fig. 23): Punta de flecha. 33/9/5'5. Sílex gris oscuro.

Nº 39 (fig. 25): Punta de flecha. 20/11/3. Sílex blanco.

Adorno:

Nº 83 (fig. 25): Cuenta de collar.

Nº 84 (fig. 25): Cuenta de collar.

BIBLIOGRAFÍA

- Bueno, P., Balbín, R., de, Barroso, R., Alcolea, J.J., Villa, A. y Moraleda, A. (1999), *El Dolmen de Navalcán. El poblamiento megalítico en el Guadyerbas*, Toledo.
- Gavilán, B. (2003-2004), "El Alto Valle del Guadato durante la Prehistoria reciente: el poblamiento Neolítico y Calcolítico", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 16-17, 119-160.
- Gavilán, B. y Vera, J.C. (2005), "Neolítico y megalitismo prefunerario en Andalucía," *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica* (P. Arias, R. Ontañón, y C. García-Moncó, Eds.), Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, 1, 535-

541.

- Vera, J.C., Linares, J.A., Martín, D., Camalich, M^a.D., y González, P. (2010), "Los inicios de la producción de alimentos en Huelva. Pasado y presente", En *Os últimos caçadores-recolectores e as primeiras comunidades productoras do sul da Península Ibérica e do norte de Marrocos* (J.F. Gibaja y A.F. Carvalho, Eds.), Promontoria Monográfica, 15, 119-129.

A CERÂMICA PINTADA DA II IDADE DO FERRO DO CASTELO DE CASTRO MARIM

FRANCISCO B. GOMES

ANA MARGARIDA ARRUDA

UNIARQ – Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa

Recibido: 16/11/2012
Revisado: 20/11/2012

Aceptado: 05/12/2012
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

Apresenta-se o conjunto da cerâmica pintada da segunda metade do I milénio a.n.e. exumada durante os trabalhos de escavação realizados no Castelo de Castro Marim entre 1983-1988 e 2001-2003. Com base na análise formal, produtiva e estilística do conjunto estudado, discute-se ainda a integração cultural, económica e política da antiga *Baesuris* em época pré-romana, e em particular a sua relação – e a do território algarvio em geral – com *Gadir*.

PALABRAS CLAVE

Cerâmica pintada, «II Idade do Ferro», Castro Marim, Turdetania, Gaditanização.

ABSTRACT

In this paper we present the painted pottery from the second half of the first millennium BCE recovered during the excavations undertaken in the Castle of Castro Marim between 1983-1988 and 2001-2003. Based on the formal, productive and stylistic analysis of these pieces, we discuss also the cultural, economic and politic integration of ancient *Baesuris* in pre-roman times, and especially its relation – and more broadly that of the Algarve region – with *Gadir*.

KEYWORDS

Painted ware, «Late Iron Age», Castro Marim, Turdetania, Gaditanization.

1. INTRODUÇÃO: ACERCA DA RELEVÂNCIA DE UM OBJECTO DE ESTUDO

Graças à multiplicação dos trabalhos arqueológicos desenvolvidos no território algarvio nos últimos anos, que tem sido acompanhada pela progressiva construção de sínteses e por um permanente levantar de novas hipóteses interpretativas, dispomos hoje de uma base de discussão e de reflexão muito alargada para a análise da Idade do Ferro daquele território (cf. Arruda, 2005; 2007; 2008). Justamente por essa razão, é-nos permitido no momento presente reflectir sobre questões muito específicas, como seja a das identidades culturais das populações que, ao longo do I milénio a.n.e., interagiram no território meridional português, ou mais especificamente na franja litoral desse território, uma vez que para outros contextos, do Barrocal e da Serra, os dados até ao momento permanecem muito escassos (Veiga, 1891: 250 e ss.; Freitas e Oliveira, 2006).

Discutir identidades culturais e étnicas a partir de um registo material que não conserva o seu contexto humano e social é uma tarefa difícil, perigosa, e que, não poucas vezes, se salda em desaires ou em falsas certezas mais ou menos persistentes, que em casos extremos, mas não raros, perduram no tempo, mascarando complexidades e conferindo ao que outrora foi dinâmico e multifacetado um aspecto estático que só existe num espaço mental próprio do presente interpretativo (Arruda *et al.*, 1995; Arruda, 2005).

Quer isto dizer que não devemos – que não podemos – discutir a identidade das populações sidéricas do actual território algarvio (ou quaisquer outras)? A Antropologia Cultural conta hoje com um corpo importantíssimo de estudos sobre as formas – múltiplas – como as identidades são exibidas e mesmo manipuladas através da cultura material (Jones, 1997; Insoll, 2007). A principal lição a retirar dessa aturada reflexão prende-se com a necessidade de ler criticamente a cultura material, fonte privilegiada para um discurso histórico que é o objectivo último da ciência arqueológica. E, como é evidente, leitura crítica é algo muito distinto de cepticismo.

Compreender o que é a Idade do Ferro no extremo sul do território hoje português passa pela interiorização de que num território ainda assim reduzido, e de forma dinâmica, conviveram, interagiram e evoluíram (num sentido não *darwiniano* do termo...), ao longo de uma diacronia de cerca de cinco séculos (*grosso modo* séculos VII-III a.n.e.), populações com matrizes culturais e traços identi-

tários diferenciados. Na chamada “I Idade do Ferro” (VII-VI a.n.e.), a questão coloca-se sobretudo ao nível das modalidades que assumiu a presença de populações oriundas do Mediterrâneo Oriental e a interacção destas com as populações autóctones; já no período subsequente, vulgarmente designado “II Idade do Ferro” (séculos V-III a.n.e.), ao qual se reportam os materiais tratados no presente estudo, as questões são significativamente mais complexas, na medida em que os dados permanecem ainda bastante nebulosos – a traços largos, e porque adiante se desenvolverá este tema, pode dizer-se que, aparentemente, os pólos do litoral algarvio já ocupados anteriormente terão, nesta fase, permanecido muito ligados ao mundo da Baixa Andaluzia, dito *Turdetano* (Escacena Carrasco e Belén, 1994; Arruda, 1999-2000; 2005; García Fernández, 2007; Sousa e Arruda, 2010), embora sofrendo uma clara e muitíssimo expressiva influência político-económica (e cultural? É social?) de *Gadir*, importante metrópole de fundação fenícia que, do século V a.n.e. em diante, estruturou uma ampla área de influência às portas do atlântico (Arteaga, 1994; Niveau, 2001; Domínguez Pérez, 2006); por outro lado, uma pequena constelação de novos sítios surgiu no até então (tanto quanto sabemos) escassamente ocupado Barlavento algarvio, a partir do século V a.n.e. e, sobretudo, durante o IV a.n.e. (Arruda, 2005: 70 e ss.; Arruda *et al.*, 2005; Sousa e Arruda, 2010).

Permanece hoje por clarificar qual o papel dos pólos de ocupação mais antiga do Algarve Oriental (Tavira e Castro Marim) nestas novas fundações, estando presentemente também em cima de mesa a questão do papel fulcral (senão mesmo decisivo) de *Gadir* na fundação desses novos pólos (Sousa e Arruda, 2010), que consubstanciaram dinâmicas que, sendo complexas, parecem, não obstante, ter como um dos seus principais motores a exploração dos recursos marinhos (Arruda, 2005; 2006). Toda a reflexão sobre este leque de problemas inerentes à dinâmica histórica do território algarvio na segunda metade do 1º milénio a.n.e. se baseia, quase exclusivamente, em fontes materiais, arqueológicas, sendo as referências escritas de autores clássicos a estes territórios escassas e maioritariamente tardias.

É, pois, neste problemático e estimulante quadro que se insere, de forma lata, o tema deste trabalho. A análise do repertório da cerâmica pintada permite, além naturalmente de outras vertentes de análise tecnológica possíveis, aferir relações (culturais, por um lado, e comerciais, por outro) com mundos

confinantes, quer com o da Baixa Andaluzia quer com o especificamente Gaditano, bem como avaliar a proximidade com os novos pólos do ocidente algarvio, entre os quais destacaríamos Faro (Arruda *et al.*, 2005) e o Monte Molião (Arruda *et al.*, 2008; no prelo). Estudar a cerâmica comum pintada é, pois, um contributo, ainda que modesto, para a leitura de uma fase histórica de grande vitalidade e dinamismo, para compreender relações, proximidades e afastamentos, culturais, económicos, sociais e políticos: para restituir todo um período histórico que antecedeu a Romanização e no qual se forjaram afinidades culturais, estruturas populacionais e estratégias de exploração do território que subsistiram na Romanidade, e mesmo para lá dela.

2. O CASTELO DE CASTRO MARIM

Erguendo-se 42m acima do nível médio do mar, o cabeço, de forma aproximadamente circular, sobre o qual se construiu o Castelo medieval, situa-se na margem direita do Guadiana, a pouca distância da sua foz (fig. 1), numa posição privilegiada a vários títulos: se, por um lado, o seu carácter de elevação isolada o torna facilmente defensável e lhe possibilita o domínio visual de um amplo território (Arruda, 1999-2000, 37), a sua proximidade relativamente ao Guadiana confere-lhe, por outro, uma capacidade de controlo da circulação pelo rio, navegável durante a Antiguidade pelo menos até Mértola (*idem*, 53). As condições topográficas da envolvente imediata de Castro Marim alteraram-se seguramente de forma marcada desde a Antiguidade: actualmente cercado por terra firme, no período que nos ocupa (e, de facto, até ao século XVI), Castro Marim terá tido valências portuárias, apresentando-se como uma península, praticamente cercada pelas águas do Guadiana, salvo um estreito istmo a SSW (Arruda, 2007, 119), configuração que reforçou indubitavelmente os aspectos estratégicos a que acima nos referimos.

Entre 1983 e 1988, e novamente entre 2000 e 2003, realizaram-se dez campanhas de escavações arqueológicas no sítio, que totalizaram 293 m² de área intervencionada (Arruda, 1983-1984a; 1983-1984b; 1986; 1988; 1999-2000; 2003; 2005; Arruda *et al.*, 2007). Estes trabalhos de campo resultaram na identificação de uma sequência ocupacional longa, plasmada numa sequência estratigráfica complexa mas legível, com início nos momentos finais da Idade do Bronze. A esta primeira fase, mal caracterizada dada a exiguidade dos vestígios arqueológicos

exumados a ela associados, segue-se uma ocupação sidérica que recobre virtualmente toda a diacronia do I milénio a.n.e., bem atestada tanto ao nível arquitectónico e urbanístico como no que se refere aos espólios. Foi assim possível verificar que a sequência da Idade do Ferro se dividia em dois grandes momentos: um primeiro, «Orientalizante», com relações intensas com o mundo fenício ocidental e que poderá datar-se entre os inícios do século VII e os finais do VI a.n.e.; e um segundo, que poderá designar-se de «Turdetano», que se inicia na segunda metade do século V, terminando nos finais do III a.n.e., altura em que se inicia a ocupação romana do sítio.



Fig. 1. Localização de Castro Marim no actual território português

3. NOTA SOBRE A FILIAÇÃO CULTURAL DO CASTELO DE CASTRO MARIM NA 2ª METADE DO I MILÉNIO A.N.E.

«*La obsesión por hacer coincidir etnias con “culturas arqueológicas”, incluso cuando los nombres de aquellas provienen de fuentes escritas ajenas o desconocedoras (en su mayoría) de la realidad indígena peninsular, ha dado lugar a no pocos errores y contradicciones.*» (García Fernández, 2007, 118)

É quase redundante recordar que, em meados do I milénio a.n.e., mais concretamente durante o século VI a.n.e., o mundo meridional peninsular, que, pelo menos desde o século VIII a.n.e., sofrera o impacto da colonização fenícia, entrou num processo de profunda transformação – que assumiu, de facto, aspectos de marcada retracção económica, urbanística, provavelmente mesmo demográfica – a que se vem chamando genericamente “crise do século VI” (Niveau, 2001, 325; Martin Ruiz, 2003), fenómeno para o qual se têm sugerido causas muito distintas, desde as que o conectaram com factos da “grande história” do Mediterrâneo Oriental, nomeadamente a queda de Tiro às mãos de Nabucodonosor II em 573 a.n.e. (cf. Alvar, 1991), até às que procuraram ver a sua causa última numa crise da exploração mineira – quer por deficiências tecnológicas que impediavam a continuação da exploração dos depósitos de prata em profundidade; quer por uma queda na procura, justificada por uma superabundância deste metal nos mercados próximo-orientais (Aubert, 1994, 293; Ruiz Mata, 1994, 340-1). A tendência da investigação parece hoje pender no sentido de afastar qualquer tipo de explicação simplista, bem como a re-conceptualizar a importância dos factores internos (González Wagner, 1983; Alvar, 1991).

Não cabe no escopo deste trabalho analisar as causas do fenómeno a que nos vimos referindo. Contudo, os seus resultados, em termos sociais, económicos, políticos e culturais conformaram a chamada “II Idade do Ferro” da Andaluzia Ocidental, com a qual o sítio estudado neste trabalho tem evidentes conexões. Por isso surge-nos como imprescindível uma sumaríssima análise do mundo dito Turdetano, especificamente direccionada no sentido de avaliar em que medida se pode englobar o Castelo de Castro Marim nessa esfera cultural.

A bibliografia arqueológica só recente e paulatinamente vem reconhecendo a individualidade da

Andaluzia Ocidental no contexto da segunda metade do I milénio a.n.e., tendo-se vindo a abandonar – ainda que não por completo – a designação de “Ibérico” para o horizonte cultural “pós-tartéssico”, por assim dizer, adoptando, por sua vez, o termo “Turdetano” (García Fernández, 2002, 222), bem atestado nas fontes clássicas (García Fernández, 2003). A opção por este termo conhece, contudo, não poucas dificuldades e contrariedades: a informação das fontes greco-latinas, ainda que inestimável, traduz necessariamente uma visão exógena da realidade em causa, e parece legítimo pensar que o apelativo *Turdetanos* corresponda, em última análise, a mais uma das designações empregues de forma algo arbitrária pela literatura – e pela administração – romana, no sentido de organizar, compartimentando, as realidades peninsulares com que se via confrontada no momento da conquista (*idem*, 187).

Por outro lado, mesmo entre os arqueólogos, não há consenso sobre o processo de etnogénese das comunidades turdetanas, que têm sido consideradas tanto o produto de uma miscigenação total entre as populações semitas que na primeira metade do 1º milénio a.n.e. haviam aportado às costas andaluzas e a população autóctone (Ruiz Mata, 1994, 350), como, em explícita oposição a esta perspectiva, o substrato endógeno, com claras conexões ao mundo atlântico do Bronze Final que, uma vez abandonados os hábitos “importados”, “orientalizantes”, das elites, retomaram (se é que alguma vez as abandonaram) tradições ancestrais, sem desdenhar contudo as inovações tecnológicas introduzidas no momento anterior, como o torno de oleiro ou o *know-how* metalúrgico (Escacena Carrasco, 1987; García Fernández, 2007).

Estas dificuldades não justificam, na nossa opinião, uma posição essencialmente céptica em face deste problema; gostaríamos, não obstante, de sublinhar a necessidade de abordar, com um sentido crítico redobrado, as questões da identidade étnica, sobretudo aplicadas ao registo arqueológico (Jones, 1997).

Feitas estas ressalvas, é indispensável sublinhar que as relações entre o Castelo de Castro Marim (como, de resto, o restante território litoral algarvio, cf. Arruda, 2007) e os territórios da Andaluzia ocidental na segunda metade do 1º milénio a.n.e. foram inegáveis (Arruda, 2005, 61-7), a vários títulos. Uma abordagem recente, integrando conjuntos cerâmicos de Castro Marim, Faro e Monte Molião,

proporcionou dados que permitiram equacionar a proposta de o Algarve ter sofrido, na segunda metade do I milénio a.n.e., um verdadeiro processo de “*gaditanização*” (Sousa e Arruda, 2010), facto já sugerido por estudos anteriores que haviam incidido sobre as importações da área da Baía de Cádiz – quer contentores anfóricos destinados ao transporte de preparados de peixe (Arruda *et al.*, 2006), quer cerâmicas ditas “finas” (Arruda, 2000) quer ainda ao nível da própria cerâmica comum (Sousa, 2009, 77-83) – tendência que, como adiante discutiremos, também se observa no conjunto em estudo.

Por outro lado, as transformações de meados do 1º milénio a.n.e. encontram-se nitidamente plasmadas no registo arqueológico, notando-se naquela que foi denominada *Fase V*, com início no século V a.n.e., uma reformulação urbanística profunda, cronologicamente consentânea com processos semelhantes verificados em outros sítios andaluzes (*cf. supra*; Arruda *et al.*, 2007, 471). É também este o momento em que se verifica a chegada a Castro Marim, em quantidades assinaláveis, de cerâmica grega, especificamente produções áticas (Arruda, 1995; 1997), que constituem mais uma evidência da inscrição deste povoado nas dinâmicas comerciais globais que se verificaram no território da actual Andaluzia neste período (Cabrera Bonet, 1994; Arruda, 1997, 141). De igual modo, e em linha com o que se vem propondo para os sítios do âmbito “turdetano” da Andaluzia Ocidental (Escacena Carrasco e Belén, 1994, 143-5), também para Castro Marim parece sustentável afirmar que a retoma verificada após os momentos de retrocesso económico do século VI a.n.e. assentou num desenvolvimento significativo da exploração dos recursos marinhos (Arruda, 2006).

Que dizer, pois, da identidade cultural da população de Castro Marim na segunda metade do 1º milénio? Os estudos que têm procurado isolar os elementos passíveis de identificar uma matriz “turdetana” no registo arqueológico (nomeadamente, Escacena Carrasco, 1992; García Fernández, 2007) sublinham a incapacidade de certos elementos materiais – como por exemplo, a cerâmica pintada, de que este estudo se ocupa – para individualizar os grupos turdetanos. Por outro lado, são consensuais ao identificar como elementos caracterizadores a língua, por um lado, e, por outro, a matriz religiosa, consubstanciada em certos modelos arquitectónicos e em certas práticas rituais.

Parece-nos possível afirmar que ambos estes elementos são rastreáveis no caso de Castro Marim, em particular, e do Algarve, em geral: linguisticamente, a área do Vale do Guadalquivir e da Andaluzia Ocidental têm como um dos seus elementos caracterizadores a profusão dos topónimos em -oba/-uba, que se estendem efectivamente para o Algarve (*cf. Ossonoba*) (Guerra, 1998, 707 e mapa 3); a nível religioso, o edifício com um provável cariz de culto identificado no Castelo de Castro Marim (Arruda, 2005; Arruda *et al.*, 2009; Gomes, 2012, 91-98), tem os seus paralelos mais próximos, quer a nível arquitectónico quer no que se refere a certos aspectos rituais, justamente na área da Andaluzia Ocidental.

Assim, e seguindo estes critérios, que têm sido adoptados e validados pela investigação, e conjugando-os com os aspectos de evidente conexão – nalguns casos revestindo-se de um aspecto quase de dependência – com o território andaluz em termos materiais (Sousa e Arruda, 2010), é possível hoje aceitar como provável a inscrição de *Baesuri* na matriz cultural que vem sendo designada como “Turdetana”, não obstante as reservas que colocamos ao termo (*cf. supra*). Apesar disso, torna-se necessário assinalar o facto de que parte significativa das importações verificadas no sítio terá uma proveniência gaditana (Sousa e Arruda, 2010), não podendo *Gadir*, em nenhuma circunstância, ser considerada como um pólo “Turdetano”, pelo menos num qualquer sentido étnico estrito. Adiante discutiremos de forma mais alargada esta questão, mas deve desde já notar-se esse facto, sugestivo do alcance da influência exercida por aquela colónia fenícia.

4. O ESTUDO DA CERÂMICA PINTADA

As produções cerâmicas da “II Idade do Ferro” decoradas com recurso a pintura, fazendo uso de motivos essencialmente geométricos (bandas paralelas, círculos concêntricos, arcos, etc.) e de linhas ondulantes e zigzagueantes, desde cedo reconhecidas nos sítios com ocupações deste período na Baixa Andaluzia (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 201), foram longamente englobadas nas produções ditas Ibéricas (*cf. Pericot, 1980*).

Só bastante mais tarde, com o decorrer da investigação sobre a Proto-história daquele território espanhol, e em paralelo com a tendência, a que já aludimos, de individualizar a Baixa Andaluzia, “Turdetana”, da Alta Andaluzia e Levante, ditos

“Ibéricos”, se valorizaram as diferenças entre ambas as produções cerâmicas, que são, contudo paralelas, tendo em comum uma origem nas produções pintadas de âmbito fenício (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 204-5).

Não empregámos até aqui, e não empregaremos, o termo “cerâmica turdetana” (*idem*) pelas reservas que já explicitámos quanto ao uso do etnónimo, reservas essas que, de resto, foram bem formuladas em trabalhos de síntese recentes sobre este tipo de produções (*idem*, 201-2). Além disso, o emprego do termo para designar este repertório cerâmico, cujo valor étnico foi já refutado (Escacena Carrasco, 1992, 325-7), torna-se ainda mais problemático quando se percebem os claros paralelismos apresentados entre a cerâmica “turdetana”, as produções gaditanas (Sáez Romero, 2005; 2008) e até a cerâmica deste mesmo período de sítios norte-africanos, como Kuass (Ponsich, 1968; Alaoui, 2007, esp. 107-145), que se explicam pelas raízes comuns, entroncando no período “orientalizante”, e pela activa circulação comercial no chamado “Círculo do Estreito”, que determinou a interpenetração dos distintos repertórios formais, sem contar com as influências externas que, no período em questão, lhes são comuns, nomeadamente a da cerâmica grega (Alaoui, 2007, 107).

Outro ponto que merece destaque prende-se com a pertinência da individualização das produções pintadas do domínio da cerâmica comum: técnica e formalmente, a cerâmica pintada e a cerâmica dita “comum”, não pintada, apresentam uma enorme similitude (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 203). Naturalmente, esta questão mereceria um estudo específico, que não cabe no contexto deste trabalho, que as avaliasse em conjunto, na linha do que foi já ensaiado justamente para Castro

Marim, Faro e Monte Molião (Sousa, 2009, 77-84; Arruda e Sousa, 2010; Arruda *et al.*, no prelo), no sentido de identificar eventuais padrões de incidência da pintura em formas específicas.

O modelo de produção que tem sido proposto para a cerâmica comum, pintada e não pintada, deste período assenta em pequenos *ateliers* com um modo de produção artesanal, especializado mas não massificado, com características semelhantes às propostas por A. M^a. Niveau (2004, 190-3) para a oficinas da área “púnico-gaditana”, o que introduziu nestas peças uma grande variabilidade, quer ao nível da sua qualidade quer no que se refere aos pormenores morfológicos, ainda que o repertório formal seja, em si mesmo, relativamente reduzido (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 204).

Ainda no respeitante à produção, a ideia defendida para os sítios da Baixa Andaluzia de produções eminentemente destinadas ao consumo local (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 204), testemunhada pela descoberta de um forno em *Italica* (Luzón, 1973, 17), três no Cerro Macareno (Ruiz Mata e Córdoba, 1999) e oito em Albolón, Carmoña (Rodríguez, 2001 *apud* Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 204), choca com a constatação de que uma percentagem muito avultada da cerâmica comum e da cerâmica pintada exumada em Castro Marim, bem como aliás em Faro e mesmo em Monte Molião, parece poder identificar-se como proveniente da área genérica da Baía Gaditana (Sousa, 2009, 73-74; Sousa e Arruda, 2010; cf. tb. *infra*). Só uma parte relativamente reduzida do conjunto estudado pode atribuir-se a uma produção local/regional de Castro Marim (cf. *infra*), correspondendo assim a esse hipotético modelo produtivo de âmbito local.

5. DEFINIÇÃO E QUANTIFICAÇÃO DA AMOSTRA

O conjunto de cerâmica pintada cujo estudo agora se apresenta foi exumado durante os trabalhos arqueológicos realizados no Castelo de Castro Marim; incluem-se aqui as peças oriundas de contextos estratigráficos enquadráveis na segunda metade do I milénio a.n.e. (séculos V-III a.n.e.), bem como outros materiais que, apesar de aparecerem em contextos secundários, de cronologia romana ou mesmo moderna, podem, pelas suas características formais, ser atribuídos a este mesmo período. Incluíram-se também neste estudo algumas peças já anteriormente dadas a conhecer (Arruda, 1997, 115 e Figs. 7 e 8; Arruda e Freitas, 2008, Fig. 17; Sousa, 2009, 77-84).

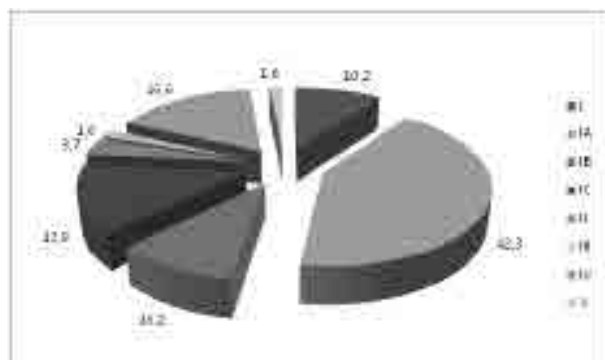


Fig. 2. Distribuição do conjunto estudado por grupos de fabrico

Para a quantificação deste conjunto seguiram-se as normas propostas pelos investigadores reunidos na Mesa Redonda de Mont Beauvray (Protocole Beauvray, 1998), tendo-se contabilizado o número de fragmentos e, realizadas as colagens possíveis, o número de elementos morfológicos significativos (no caso presente, bordos e fundos). Uma vez separados por grupos técnicos de fabrico, estabeleceu-se o número mínimo de indivíduos (NMI) que equivale à contagem dos elementos morfológicos mais abundantes dentro de cada um deles (em todos os casos, no presente trabalho, os bordos). Chegou-se, assim, a um número total de 185 NMI.

5.1. OS GRUPOS DE FABRICO

A definição dos grupos técnicos de fabrico foi feita por análise macroscópica das pastas, tendo-se tomado em consideração a cor, de que daremos a indicação com a referência ao código de cores da *Munsell Soil Color Charts*, a natureza da matriz argilosa, as características dos elementos não plásticos presentes (a sua identificação mineralógica, quando possível, as suas dimensões, configuração e abundância relativa), a compactação da pasta, a sua textura e o aspecto da fractura.

Assim, considerados todos estes elementos, chegou-se à individualização de cinco grupos, designados I (sub-dividido nos fabricos IA, IB e IC), II, III, IV e V (fig. 2). Alguns dos exemplares em apreço, correspondentes a um conjunto estudado anteriormente (Sousa, 2009, 76-84), e que perfazem um NMI de 19 (10,2% do conjunto total), pertencem ao Grupo I, não tendo contudo sido possível distribuí-los pelos vários fabricos em que agora dividimos este grupo (IA, IB ou IC).

No conjunto em estudo, o Grupo IA conta com 79 NMI (42,3%). A sua comparação com outras produções bem conhecidas, nomeadamente anfóricas, sugere uma origem na área da Baía Gaditana. A mesma origem pode avançar-se o grupo IB, que se encontra representado por 19 NMI (10,2%), bem como para o IC, com 26 NMI (13,9%).

Os fabricos que definimos por Grupos II e III, com 7 NMI (3,7%) e 3 NMI (1,6%), respectivamente, foram considerados indeterminados quanto à origem. De facto, as características físicas das suas pastas não fornecem informações que permitam a adscrição de uma qualquer área de produção concreta.

O Grupo IV, que contabiliza 31 NMI (16,6%) deve corresponder às produções locais/regionais de

Castro Marim, bem identificadas no decurso dos trabalhos arqueológicos no sítio.

Finalmente, o Grupo V, residual no conjunto em análise ao contar com apenas 3 NMI, o que perfaz 1,6% do conjunto total, poderá tratar-se também de uma produção gaditana; este grupo de fabrico está apenas atestada em grandes recipientes carenados da Forma 2.2 (cf. *infra*), forma muito característica da produção oleira da Baía de Cádiz, facto que conjugado com as características da pasta permitem, ainda que com reservas, propor uma origem para estas peças nessa área.

Dito isto, parece obrigatório comentar aqui a predominância das importações atribuíveis à Baía Gaditana no conjunto analisado. Os números falam por si: o Grupo I, que totaliza 76,6% da amostra estudada, corresponde com grande probabilidade a produções oriundas dessa área (a que poderiam acrescentar-se, talvez, os 1,6% do Grupo V), ao passo que as produções locais/regionais (Grupo IV) não ultrapassam os 16,6%, representando aquelas para as quais não estamos em condições de propor uma origem (Grupos II e III) os restantes 5,3 %.

Muito vincada na amostra em estudo, esta tendência ecoa o que se vem verificando para o Castelo de Castro Marim relativamente a outras classes cerâmicas, como os contentores anfóricos destinados aos preparados piscícolas (Arruda *et al.*, 2006, 171) ou a própria cerâmica comum (Sousa, 2009, 96 e ss.; Sousa e Arruda, 2010). Não se afigura fácil explicar esta esmagadora predominância dos produtos gaditanos no registo arqueológico do Castelo de Castro Marim, especialmente em materiais de uso tão quotidiano como a cerâmica comum. Em todo o caso, são um eloquente testemunho de estreitas ligações comerciais, e hipoteticamente sociopolíticas, que unem o território algarvio à metrópole de fundação fenícia de *Gadir* (Arruda, 2007, 128; Sousa e Arruda, 2010; sobre a importância de *Gadir* no Sudoeste peninsular, v. tb. Chic García, 2004).

5.2. REPERTÓRIO FORMAL

5.2.1. Nota prévia

A definição do repertório formal representado na amostra em estudo depara-se com distintos problemas e limitações metodológicas que necessariamente reduzem a informação que dela podemos extrair. Desde logo, trata-se de um conjunto relativamente reduzido, em termos quantitativos, e que se encontra, além disso, num estado bastante fragmentário, nem sempre sendo possível entrever

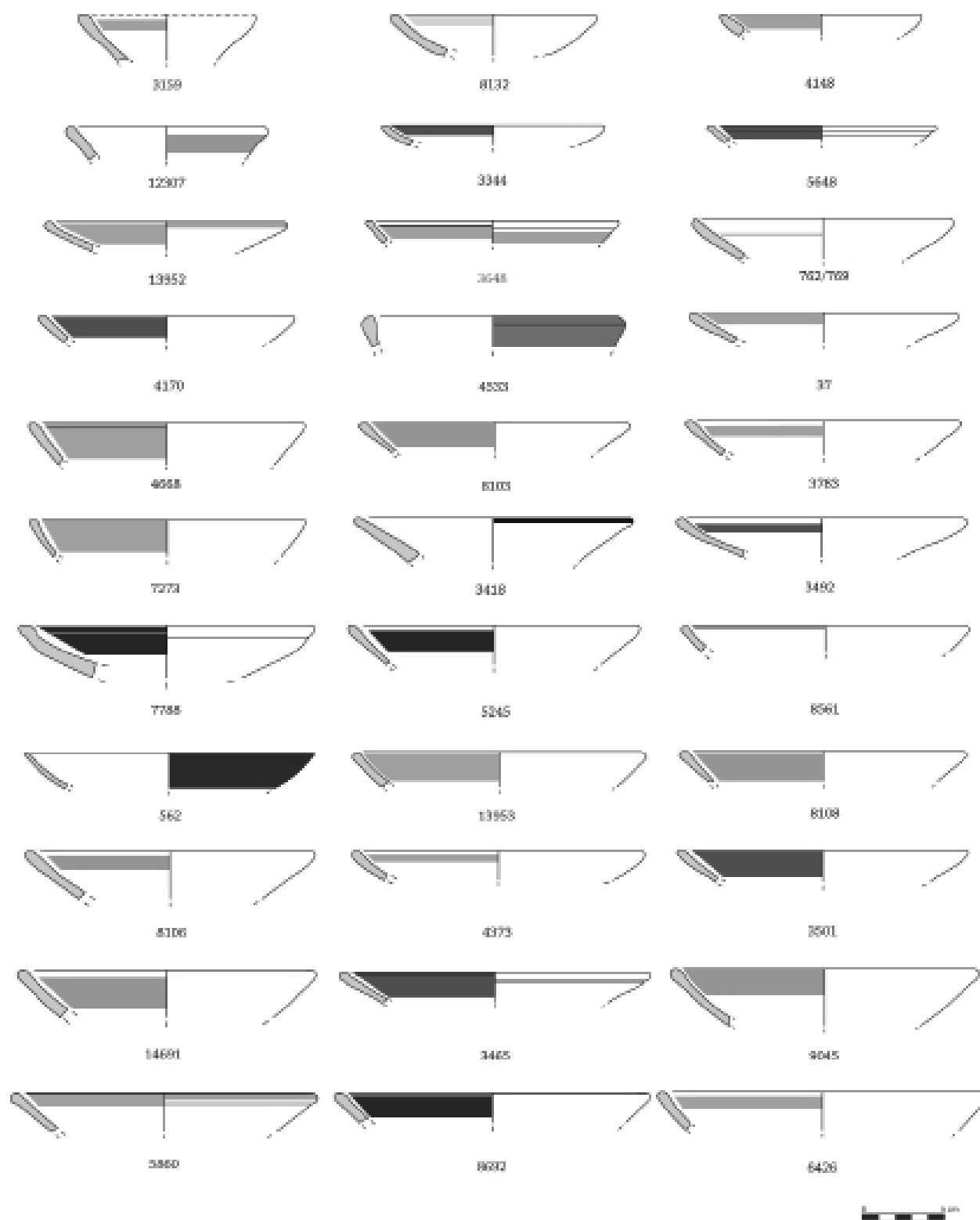


Fig. 3. Forma 1.1. (Tigelas)

o desenvolvimento das peças, enquadrando-as assim num tipo bem definido.

Outra dificuldade substancial que se coloca ao estudo de uma amostra de cerâmica pintada da Idade do Ferro prende-se com a enorme variabilidade que, dentro de um repertório formal relativamente circunscrito, se verifica ao nível dos detalhes morfológicos, não sendo possível, na maioria dos casos, atribuir a estas variações um valor cronológico ou cultural. Trata-se de um produto da grande margem de liberdade de acção dos oleiros, dado que, como referimos anteriormente, a produção se realiza sobretudo em pequenos *ateliers*, de forma especializada mas artesanal (Niveau, 2004, 190-3; Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 204).

Assim, para evitar a proliferação de tipos, especialmente em face da pequena dimensão da amostra, optámos pela definição de grupos amplos, baseando-nos primeiramente em critérios morfológicos, e seguindo de perto propostas recentes de arrumação tipológica que acompanham esse mesmo critério simplificado (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 206-12; Sousa, 2009, 77-86; Sousa e Arruda, 2010, 963-967).

Para a construção da tipologia que seguidamente apresentamos distinguiram-se inicialmente as formas abertas das formas fechadas. Em cada um destes grandes grupos, as diferentes morfologias atestadas são apresentadas genericamente da mais simples para a mais complexa. O primeiro número da designação que atribuímos a cada Forma aproxima tipos com características afins, que poderíamos designar grupos formais, servindo o segundo número para assinalar as formas específicas existentes dentro deles. Assim, por exemplo, o Grupo 2 corresponde a grandes recipientes abertos, enquanto que a Forma 2.1 classifica grandes recipientes de bordos horizontais e a Forma 2.2 grandes recipientes carenados.

A presente tipologia é, necessariamente, aberta, e outras formas poderão, naturalmente, vir a acrescentar-se com o progresso da investigação. Tal facto é, de resto, expectável em face da riqueza do repertório da cerâmica pintada na Baixa Andaluzia “Turdetana” (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008) ou na área gaditana (Sáez Romero, 2005; 2008), ambas com grande ressonância no conjunto em estudo.

5.2.2. Forma 1.1 – Tigelas (fig. 3 a 5)

As peças que genericamente designamos tigelas correspondem a recipientes em calote de esfera

simples, mais ou menos profundos. Os exemplares estudados apresentam diâmetros de abertura entre os 11,2 e os 24,8 cm, sendo a média de 18,4 cm, havendo apenas uma excepção, com 38 cm, que corresponde a uma peça excepcional no conjunto que, com maior propriedade, se poderia designar de pátera; não é possível, na ausência de qualquer exemplar com perfil completo, avaliar a profundidade média destes recipientes, pelo que alguns poderiam corresponder mais propriamente a pratos simples. Na amostra, contabilizaram-se 76 NMI (41,1%), enquadráveis nos grupos de fabrico I, IA, IB, IC e IV.

Quanto à morfologia geral, gostaríamos de ressaltar que existem no conjunto algumas peças (13051, 13938 e mesmo 12186 e 3925) que, pelas suas grandes dimensões, mais parecem aproximar-se de formas de tipo pátera e/ou de tipo “alguidar”. Embora do ponto de vista estritamente geométrico se assemelhem à forma em apreço, haverá que considerá-los como uma sub-categoria específica.

A maioria dos exemplares desta forma foi exumada em contextos atribuíveis ao final do século IV/século III a.n.e. (especialmente, Corte 1, QQ. D3/E3, U.E. [4], cf. Freitas, 2005, vol. II, 3 e 5), embora muitos provenham igualmente de contextos secundários formados em Época Romana ou Moderna, pelo que o seu valor cronológico é reduzido. Outros, contudo, podem atribuir-se com relativa segurança a contextos do século III a.n.e. pela sua associação a cerâmica de tipo “Kuass” (Sousa, 2009, 77-84).

A contextos mais antigos pertencem as peças 8064, associada a um fragmento de cerâmica ática de verniz negro da segunda metade do século V a.n.e. (Corte 3, Q. C6, U.E. [3], cf. *idem*, 7), que apresenta uma morfologia única no conjunto em estudo, mostrando um perfil ligeiramente extroverso e um bordo espessado exteriormente, e provavelmente também a 5648, de um contexto estratigraficamente anterior ao daquela (Corte 3, Q. C6, U.E. [6], cf. *idem, ibidem*), que exhibe também uma morfologia pouco comum, com um acentuado estrangulamento, que assinala a diferença entre bordo e parede. Igualmente ao século V a.n.e. pertencem os exemplares anteriormente publicados por A. M. Arruda e V. T. de Freitas (2008, Fig.17, 10649; 12583; 12587).

A estas peças devem ainda acrescentar-se o recipiente nº 145, de um nível (Corte 1, Q. E3, U.E. [5]) com uma cronologia centrada no século IV (*idem*, 5-6), com um perfil e uma decoração igualmente

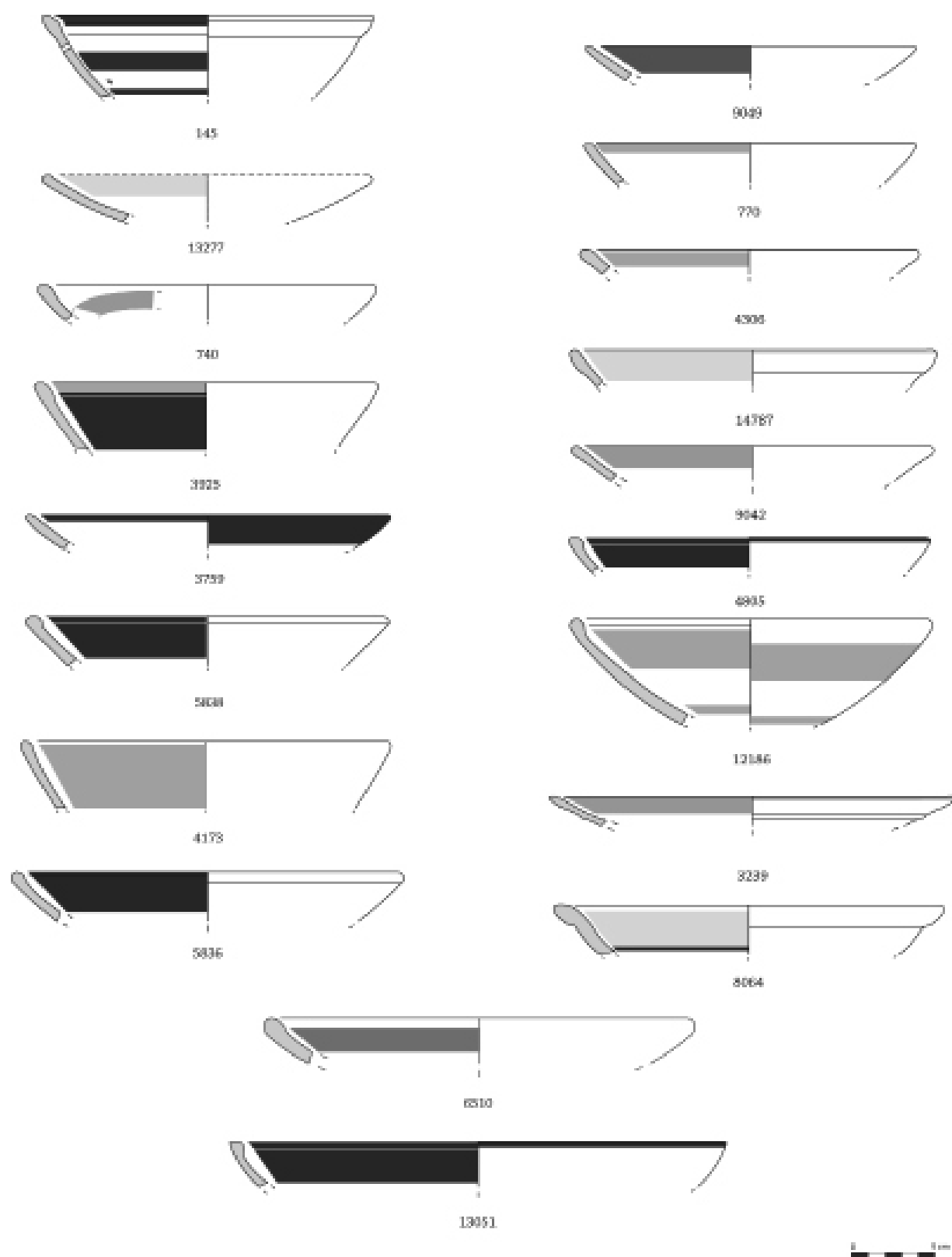


Fig. 4. Forma 1.1. (Tigelas)

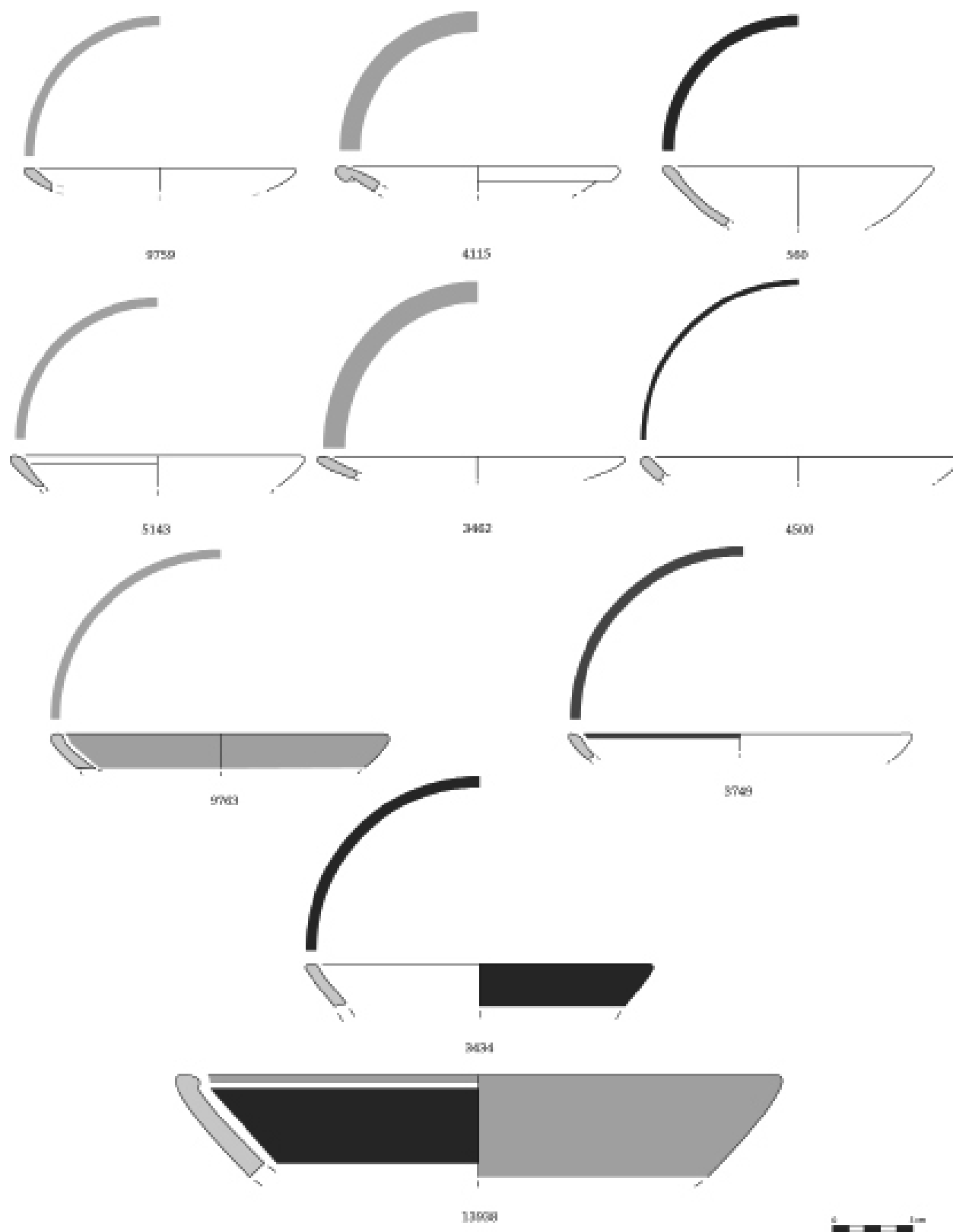


Fig. 5. Forma 1.1. (Tigelas)

individualizáveis no universo da amostra, apresentando um bordo espessado exterior e interiormente e biselado no interior, bem como marcas de uma reparação com “gatos”; o nº 3759, do mesmo contexto, mas sem qualquer peculiaridade morfológica; o nº 3749, ainda do mesmo nível, com um perfil simples, mas paredes muito finas, o que lhe confere um aspecto delicado; e ainda, possivelmente, os nn. 9763, exumado num nível (Corte 1, QQ. E2/F2, U.E. [5]) sem elementos datantes relevantes mas ao qual se sobrepunha um outro (U.E. [4]) datado do século IV-III a.n.e. (*idem*, 5), e 9759, que se encontra na mesma situação, embora num nível ainda anterior (U.E. [7]).

Quanto à decoração, é de assinalar a raridade da bicromia, presente em apenas quatro exemplares; não deixa de ser significativo que a peça contextualmente mais antiga (8064) apresente este tipo de decoração, com uma faixa larga de cor alaranjada na superfície interna, delimitada na sua parte inferior por uma banda de cor negra, cuja espessura é impossível determinar. Uma outra, a 13938, que se destaca do restante conjunto pelas suas dimensões e particular morfologia, apresenta igualmente pintura bícroma, podendo talvez representar uma produção antiga; a última peça bícroma, 3925, foi exumada infelizmente em níveis superficiais.

Outra peça relativamente antiga dentro da amostra (145) apresenta igualmente uma decoração *sui generis*, com bandas negras na parte interior do bordo e na superfície interna, havendo igualmente indícios de que exibiria um outro motivo mais complexo no fundo interno de que se conserva apenas uma parte ínfima junto à fractura.

É igualmente importante referir que a pintura exclusivamente a negro está representada em apenas dezassete exemplares, contando com o que acabamos de referir, dispondo-se esta geralmente na face interna das peças e/ou no topo do bordo, preferencialmente em bandas largas embora estejam atestadas algumas decorações com bandas finas. A pintura em distintos tons de vermelho, do violáceo ao alaranjado, é predominante, dispondo-se na superfície interna e ocasionalmente sobre bordo, sendo bastante mais raras as peças com pintura na superfície externa. A peça 769 poderá constituir um bom exemplo da redução e simplificação da decoração no período mais tardio da Idade do Ferro que pôde ser verificada no estudo de outros conjuntos (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 203).

Seria ocioso enunciar a relação dos sítios em que este tipo de recipientes está presente; de facto, pela sua adaptabilidade e hipotética polifuncionalidade, estes recipientes são praticamente omnipresentes nos sítios com ocupação da “II Idade do Ferro” no Algarve e na Baixa Andaluzia, evoluindo pouco ao longo de toda a diacronia sidérica (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 208). Sublinharemos apenas, pelo seu valor cronológico, a presença das peças de bordo cortado (770, 3501, 5191 e 7273), característica morfológica que pode associar-se a uma baliza cronológica bastante curta, no século III a.n.e., como o indicam peças semelhantes de Montemolín (Tipo IIB, García Vargas *et al.*, 1989, 223-4 e fig. 1, IIB), facto que, no conjunto em análise, parece corroborado pela associação estratigráfica de pelo menos um exemplar com esta característica morfológica (5191) a cerâmica de tipo “Kuass” (Sousa, 2009, peça 384).

5.2.3. Forma 1.2 – Pratos (fig. 6)

As peças que englobamos no Grupo 1.2 são muito características dos contextos ditos “turdetanos” (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, Fig.1, 1 e 3). Correspondem a pratos com paredes divergentes e bordos horizontais (peças 4145), sub-horizontais ou ligeiramente pendentes, simples (8122 e 8970) ou facetados (3431 e 778). Os exemplares em estudo têm diâmetros de abertura entre os 14 e os 22,8 cm, sendo a média 19,3 cm. Contabilizam 9 NMI (4,9%), e correspondem a produções dos grupos I, IA, IB, IC e IV.

Quanto à decoração, a pintura, sempre em tons de vermelho, do alaranjado ao violáceo, distribui-se pela superfície externa e pelo bordo. As peças 778, 4145 e 8970 apresentam ainda pintura na superfície interna; no primeiro caso o bordo foi deixado em reserva, bem como a porção da superfície externa imediatamente abaixo deste; o segundo caso é, nesta forma, o único exemplo de bicromia, apresentando uma banda negra na superfície interna e bandas alaranjadas na externa e no topo do bordo; no último caso, a pintura na superfície interior corresponde tão-somente a um prolongamento da banda que cobre o bordo.

Os exemplares de Castro Marim contam com bons paralelos na maioria dos sítios cronológica e culturalmente afins, como Monte Molião, Lagos (Bargão, 2008, Fig. 11, 1-2; cf. tb. Arruda *et al.*, no prelo), área urbana de Huelva, em níveis que se estendem do chamado “Turdetano I”, datável ainda dentro do século VI a.n.e., até, pelo menos, ao “Turdetano III”

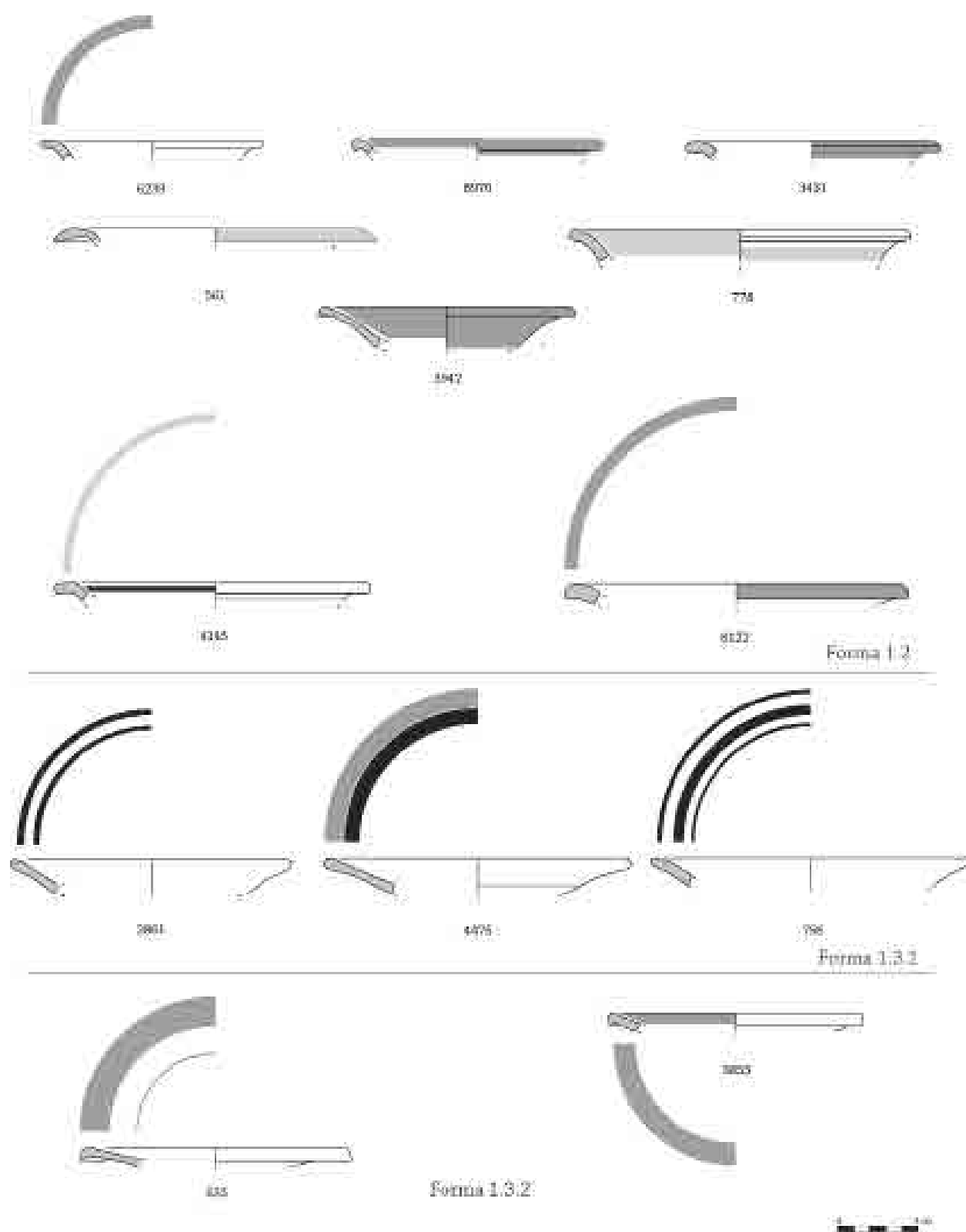


Fig. 6. Formas 1.2 (Pratos), 1.3.1 e 1.3.2 (Pratos de Peixe)

(segundo e terceiro quartéis do século IV a.n.e.) (Rufete Tomico, 2002, 163-86), Cerro Macareno, desde meados do século V a.n.e. (Pellicer Catalán *et al.*, 1983, Fig. 48, 1262, 1240) até níveis já de inícios do século II a.n.e. (*idem*, Fig. 23, nn.2015, 2022), Pajar de Artillo, desde as fases mais antigas, dos finais do século III-inícios do II a.n.e. (Luzón, 1973, Lám. X, A), Vico, em níveis datados de inícios do século V a.n.e. (Bandera Romero e Ferrer Albelda, 2002, Fig. 12, n.15), Montemolín (García Vargas *et al.*, 1989, Forma IA), Sevilha, em contexto dos séculos IV-III a.n.e. (García Fernández e González Acuña, 2007, Lám. 3, n.1907) ou Alcalá del Río (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, Fig. 1, n.1).

No Castelo de Castro Marim, os exemplares exumados estendem-se desde níveis relativamente antigos (peça 778, Corte 1, Q. D3, U.E. [7], cf. Freitas, 2005, vol. II, 4), possivelmente relacionados com os momentos finais da “I Idade do Ferro”, até contextos do final do século IV – século III a.n.e. (peça 561, Corte 1, Q. D3, U.E. [4], *idem*, 3), estando atestada a sua presença nesta última centúria com pelo menos um exemplar (7756) estratigraficamente associado a cerâmica de tipo “Kuass” (Sousa, 2009, n. 432).

Embora tenhamos optado por integrá-la no Grupo 1.2, a peça 561 apresenta particularidades morfológicas que claramente a individualizam no conjunto. Dela se conserva apenas um fragmento, correspondendo a um bordo em aba, que assumiria uma posição sub-horizontal. Vasos com características semelhantes foram englobados por M^a. Belén e Juan Pereira (1985, 309-10 e Fig.1) no seu tipo 1.1.A.1, que contudo se refere, sobretudo, a exemplares da 1^a metade do 1^o milénio a.n.e.. A peça castromarinense distingue-se, por outro lado, das apresentadas por aqueles investigadores pela espessura inferior do bordo. Há ainda a salvaguardar a possibilidade de algumas peças (especialmente 3431, 8122 e também 561) poderem hipoteticamente também pertencer a pratos do tipo genericamente designado “prato de peixe”; não os considerámos como tal porque a porção conservada é manifestamente insuficiente para o demonstrar taxativamente, e também porque no caso das duas primeiras a espessura dos bordos não parece consentânea com os típicos recipientes daquele tipo.

5.2.4. Forma 1.3 – Pratos de peixe (fig. 6)

Sob a designação, muito divulgada na literatura arqueológica, de “prato de peixe”, englobam-se realidades algo distintas. No conjunto em análise, pudemos estabelecer uma clara subdivisão deste

grupo; por um lado, sob a designação de Forma 1.3.1., recolhemos recipientes abertos com paredes divergentes, bordos essencialmente simples ou com um ligeiro engrossamento externo e uma depressão central “em poço”, cuja origem pode remontar ao repertório cerâmico introduzido pelas populações fenícias (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 208 e fig. 1, 5); por outro, como Forma 1.3.2., recolhemos recipientes com bordos pendentes, “em pestana”, mais ou menos desenvolvidos, e igualmente com depressão central, cujo protótipo se encontra nas produções áticas (Sparkes e Talcott, 1970, 147-8; fig. 10, nn.1061-76), que, em meados do 1^o milénio a.n.e., chegaram em abundância ao território peninsular (Arruda, 1997, 133-5). No Castelo de Castro Marim, estas formas cerâmicas estão bem representadas em distintas produções (Arruda, 1999-2000, fig. 23; 2000, fig. 2).

Na amostra em estudo, contamos com dez exemplares representativos desta forma, dos quais sete (4,3% do conjunto total) corresponderão a modelos fenícios (1.3.1.) e três (1,6%), de forma mais ou menos directa, a modelos helenísticos (1.3.2.).

Os sete exemplares que julgamos poder aproximar do modelo “fenício” do “prato de peixe” (Forma 1.3.1.), apresentam paredes rectas, divergentes, e bordos simples ou com um ligeiro espessamento no exterior, com diâmetros entre os 17,6 e os 18,4 cm, sendo a média de 16,7 cm. Todos os exemplares correspondem, igualmente, a produções da área da Baía de Cádiz, dos grupos I, IA e IV.

As peças 2861 e 4475 foram exumadas em contextos secundários (Q. C5, U.E. [2] e Q. E2, U.E. [3], respectivamente), pelo que não fornecem dados relevantes para balizar cronologicamente a presença desta forma no Castelo de Castro Marim; felizmente, contudo, as restantes peças do conjunto foram exumadas em níveis seguros da II Idade do Ferro, podendo datar-se pela sua associação contextual a cerâmicas de tipo “Kuass” do século III a.n.e. (Sousa, 2009, 175).

Quanto à decoração, as peças apresentam em geral múltiplas bandas na superfície interna, estando presentes quer soluções decorativas que alternam bandas largas e estreitas, quer outras que apresentam exclusivamente bandas estreitas. A bicromia é bastante frequente nas decorações desta forma, aparecendo normalmente associadas bandas em diversos tons de vermelho com outras pretas. Estão também presentes, contudo, peças com decoração monocromática, com bandas quer vermelhas quer pretas.

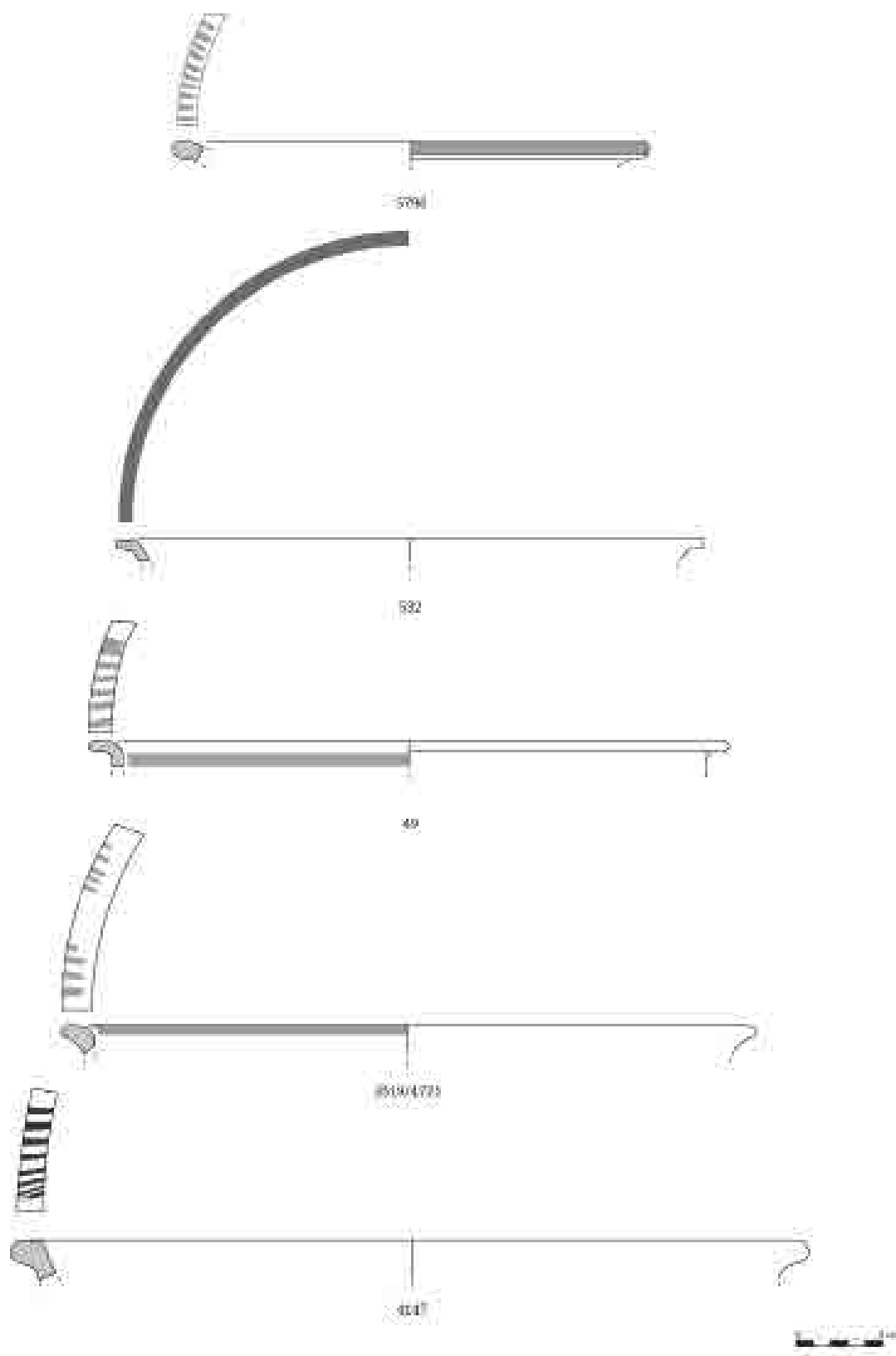


Fig. 7. Forma 2.1 (Grandes recipientes de bordo horizontal)

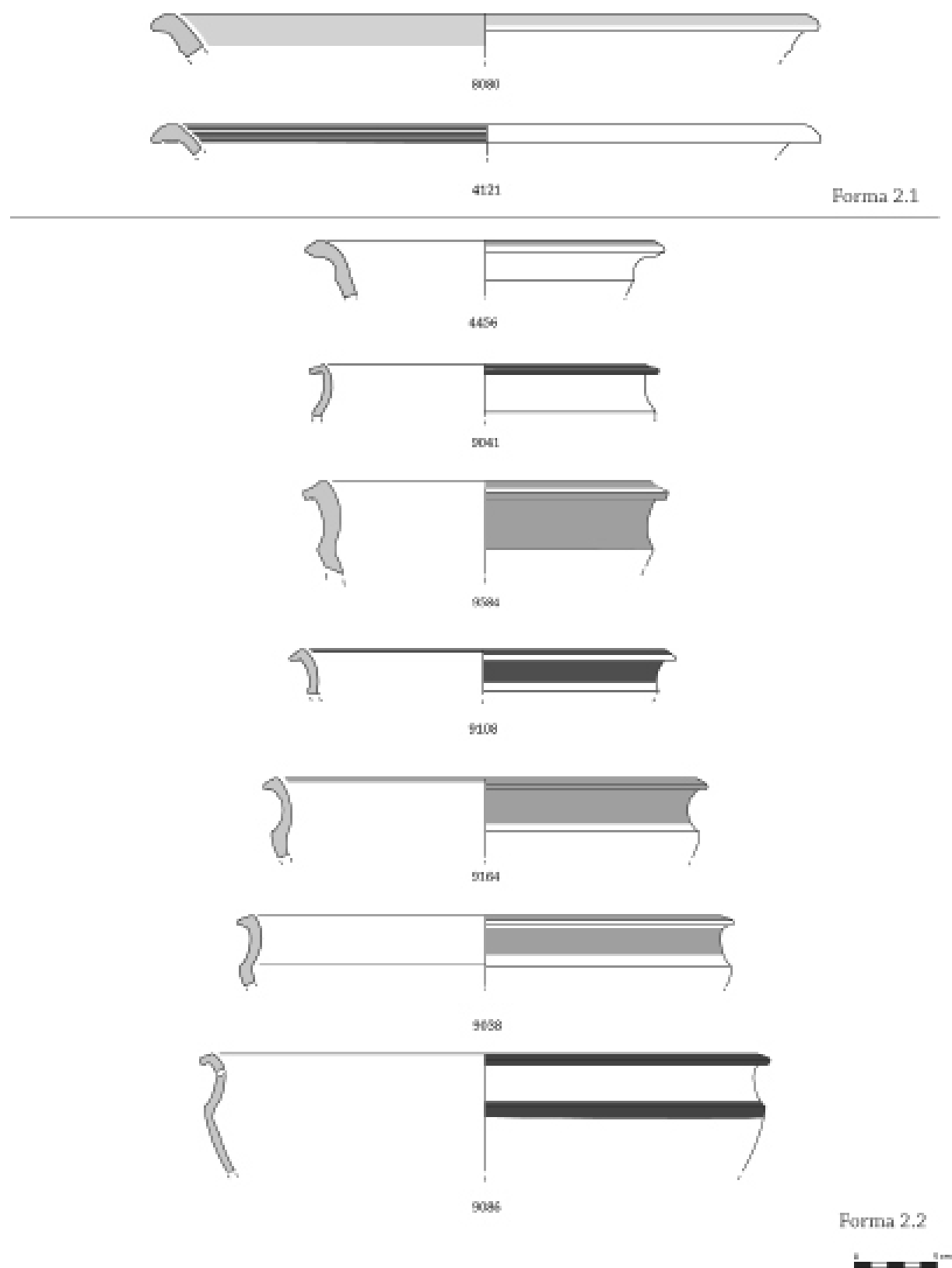


Fig. 8. Formas 2.1 (Grandes recipientes de bordo horizontal) e 2.2 (Grandes recipientes carenados)

Quanto aos exemplares representativos da forma de influência helenística (1.3.2.), apresentam paredes divergentes e um bordo pendente pouco desenvolvido. A pintura, em tons de vermelho (com excepção de uma peça com decoração bícroma, vermelha e preta), distribui-se em bandas pela superfície interna (635) ou na superfície interna e externa (3855). Estas peças apresentam diâmetros entre os 16 e os 17,2 cm, sendo a média de 16,6 cm; correspondem a produções da área de Cádiz, dos grupos I, IA e IC.

Os pratos de peixe estão também representados, por outro lado, por sete fundos (519, 2865, 2866, 4140, 4449, 4702 e 6763), com diâmetros entre os 5 e os 6,4 cm, sendo a média de 5,8 cm. São perfeitamente reconhecíveis pela depressão central que apresentam. A primeira peça apresenta um fundo em disco, bem delimitado do corpo da peça; a segunda apresenta um ressalto interno muito vincado que delimita a depressão central e um fundo indicado simples; na terceira a depressão central é delimitada por uma ligeira reentrância que lhe dá um aspecto mais fechado, facto que também se verifica na peça 4702, sendo que a primeira apresenta um fundo indicado simples e a última um pé em disco; a peça 4140 tem a depressão central particularmente bem marcada e ainda um ressalto vincado na parede externa; apresenta um pé bem destacado e separado do corpo da peça por um ligeiro estreitamento, com uma base plana interrompida por uma estreita canelura; finalmente, as peças 4449 e 6763 apresentam depressões centrais de morfologia simples, delimitadas apenas por uma aresta suavizada, sendo o fundo indicado simples.

A peça 519 apresenta uma decoração singela, consistente numa banda de cor negra próxima da depressão central, para além de um grafito, aparentemente aleatório na sua composição, na base. A peça 2865 ostenta igualmente uma decoração singela, com duas finas bandas vermelhas na superfície interna. Tanto o exemplar 2866 como o 4449 apresentam decoração bícroma, com uma banda larga a vermelho e uma banda mais estreita a negro na superfície interna; já a peça 4140 apresenta decoração bícroma, com a porção vertical da depressão central pintada de vermelho e duas bandas, uma negra e outra vermelha, na superfície interna; a peça 4702 apresenta uma banda larga cor-de-laranja na superfície interna e finalmente a peça 6763 apresenta, também ela, decoração bícroma com duas finas bandas negras e uma mais espessa vermelha na superfície interior.

Uma vez mais, esta forma encontra-se tão disseminada pelos sítios com ocupações da “II Idade do Ferro” no Algarve e Baixa Andaluzia, estando representada em várias produções, desde os protótipos áticos à cerâmica “tipo Kuass”, passando pela cerâmica comum e pintada em bandas, que nos parece ocioso listar os paralelos possíveis.

5.2.5. Forma 2.1 – Grandes recipientes de bordo horizontal (figs. 7 e 8)

Sob esta designação genérica englobamos recipientes abertos de grandes dimensões (entre os 21 e os 43,2 cm de diâmetro de abertura, com uma média de 31,5 cm) com bordos que apresentam uma clara inflexão relativamente ao corpo, cuja tendência é difícil precisar em face do estado fragmentário dos exemplares em estudo. Nalguns casos, o bordo, plano, assume uma efectiva orientação horizontal (peças 49, 532 e 5796) ou ligeiramente pendente (8080); noutros, o bordo é extroverso com um espessamento na parte superior que lhe confere um aspecto *grosso modo* triangular (3519/4721 e também 5789) ou trapezoidal (4121); num único caso, este espessamento é exterior e confere ao bordo um perfil quadrangular com uma ligeira concavidade no topo (4147). Ainda quanto à morfologia gostaríamos de ressaltar a especificidade do exemplar 5789, que aproximamos deste grupo formal com algumas reservas pela profundidade que, aparentemente, teria.

No total, este grupo contabiliza 8 NMI (4,3%) correspondendo a produções dos grupos de fabrico IA, IB, IC e II (os bordos engrossados internamente correspondem exclusivamente a esta última produção).

Quanto à decoração, este tipo apresenta uma tendência que não se verifica em nenhuma outra das formas estudadas: cinco exemplares (49; 3519/4721, 4147, 5796 e 8580) mostram o bordo decorado com traços oblíquos formando sanefas, que pelo menos no caso do primeiro exemplar parecem organizar-se em métopas. Na peça 4146 a pintura ostenta uma tonalidade negra e na 8580 há a assinalar a presença da bicromia; não obstante, os distintos tons de vermelho são predominantes na decoração desta forma. Além desta decoração *sui generis*, as peças deste grupo apresentam ainda decoração na superfície interna e/ou no bordo.

Não é fácil identificar paralelos para este grupo tipológico, especialmente porque fragmentos menos bem conservados, como os de Castro Marim, facilmente se confundem com outras formas,

como os pratos de bordo extroverso, ou os grandes recipientes carenados usualmente designados “*lebrillos*” (cf. *infra*), aos quais algumas das peças que englobamos neste grupo, especialmente as que apresentam sanefas de traços oblíquos no bordo, poderiam pertencer, dado que este tipo de decoração ocorre sobretudo nesse grupo formal; não dispomos contudo de dados suficientes relativamente ao perfil das peças para propor essa integração, pelo que optamos pela sua classificação genérica no grupo que vimos tratando.

Não obstante, peças que se podem aproximar das de Castro Marim ocorrem na área urbana de Huelva, em contextos do “Turdetano I-IIA”, de meados do século VI a meados do século V a.n.e. (Rufete Tomico, 2002, Lám. 23, n.2), e do “Turdetano III” (segundo e terceiro quartéis do século IV a.n.e.) (*idem*, Lám. 69, nn.2-4), em Vico, num contexto de meados do século IV a finais do III a.n.e. (Bandera Romero e Ferrer Albelda, 2002, fig. 17, nn.7-9), e no Cerro Macareno, nos inícios do século IV a.n.e. (Pellicer Catalán, Escacena Carrasco e Bendala Galán, 1983, fig.43, n.1383).

Quanto aos exemplares de Castro Marim, alguns surgiram claramente descontextualizados em níveis Modernos (caso das peças 4121 e 4147). A maioria das peças contextualizadas foi exumada em níveis de finais do século IV-século III a.n.e. (especialmente, Corte 1, QQ. E3/D3, U.E. [4], cf. Freitas, 2005, vol. II, nn.3 e 5-6).

5.2.6. Forma 2.2 – Grandes recipientes carenados (“*lebrillos*”) (fig. 8)

Contando-se entre as mais características formas do repertório morfológico dito “turdetano”, as peças que designamos como grandes recipientes carenados, e que na literatura arqueológica espanhola recebem a designação de “*lebrillos*” (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 209-11 e fig. 2, nn.1-4), são peças em calote de esfera com um estrangulamento marcado que define um colo sub-vertical, destacado do corpo por uma linha de carena mais ou menos marcada; os bordos são extroversos, e, na amostra em estudo, variam entre o biselado (peça 4456) e o inflectido e ligeiramente pendente, simples (9038, 9086, 9108 e 9164) ou com um ligeiro espessamento no final (9041; 12580), estando também presente um bordo de morfologia particular, facetado e ligeiramente pendente, ligeiramente estrangulado na sua porção descendente; as peças apresentam diâmetros de abertura entre os 20 e os 34,4 cm (média de 25,9 cm). Na amostra em estudo,

esta forma totaliza 8 NMI (4,3%), correspondentes a produções dos grupos IA, IC e V, sendo de resto a única forma representada neste último fabrico.

Quanto à decoração, incide geralmente no bordo, mas também nas superfícies externas e, num caso (9086), sobre a carena, aplicando-se quer a pintura a negro (9041 e 9086) quer a vermelho (restantes peças).

Como foi já referido, estes grandes recipientes carenados contam-se entre as peças mais características do repertório do Algarve e Baixa Andaluzia na “II Idade do Ferro”, sendo a sua presença na generalidade dos sítios com ocupação deste período muitíssimo frequente. Assim, surgem, com ou sem pintura, no Monte Molião, Lagos (Sousa e Arruda, 2011; Arruda *et al.*, no prelo), no Cerro da Rocha Branca, em Silves (Gomes, 1993, fig. 14, nn.1-2), em Faro (Sousa, 2009, 83-84), em Tavira (Maia, 2004, 5 e Est. III), em Beja, onde são recolhidos como a forma I.B (Grilo, 2006, 36-7 e Est. XXXVIII, n.0830.0040), em La Tiñosa, ao longo de toda a diacronia de ocupação (entre o século IV e inícios do II a.n.e.) (Belén e Fernández-Miranda, 1978, fig. 9, nn.3,4; fig. 21, nn.13-17; fig. 26, nn.20-1; fig. 29, n.16), na área urbana de Huelva, em níveis do “Turdetano IIb” (segunda metade do século V a.n.e.) ao “Turdetano IV” (século III a.n.e.) (Rufete Tomico, 2002, 174-68), na escavação da Calle Abades, 41-43, no centro histórico de Sevilha, em níveis da segunda metade do século IV-século III a.n.e. (García Fernández e González Acuña, 2007, 540-7 e Ests. 4-6), em Vico, ao longo de toda a diacronia da segunda metade do I milénio a.n.e. (Bandera Romero e Ferrer Albelda, 2002, figs. 8-9 e 17, nn.1-2), em Montemolín, onde foram designados Forma VI, assinalando-se que a sua máxima difusão no sítio ocorre nos séculos III-II a.n.e., embora estejam presentes desde cronologias anteriores (García Vargas *et al.*, 1989, 228-9 e fig. 3), em Pajar de Artillo, do final do século III ao século I a.n.e. (alguns exemplares da Forma 9, Luzón *et al.*, 1973, 43-4 e Ests. XII-XIV), no Cerro Macareno, desde finais do século VI a inícios do século II a.n.e. (Pellicer Catalán *et al.*, 1983, fig. 23, n.2015; fig. 29, nn.1775, 1781, 1780; fig. 33, nn.1642, 1656-1659, 1672; fig. 35, nn.1593, 1581-1, 1575; fig. 38, nn.1535, 1512, 1515, 1514, 1517, 1516, 1536; fig. 40, n.1445; fig. 43; fig. 49, cartela; fig. 51, nn.1147, 1175, 1209; fig. 53, nn.1108, 1119; fig. 55, n.1036), em Las Cumbres (Ruiz Mata e Niveau, 1999, fig.2) e em Alcalá del Río (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, fig. 2, n.3). A sua

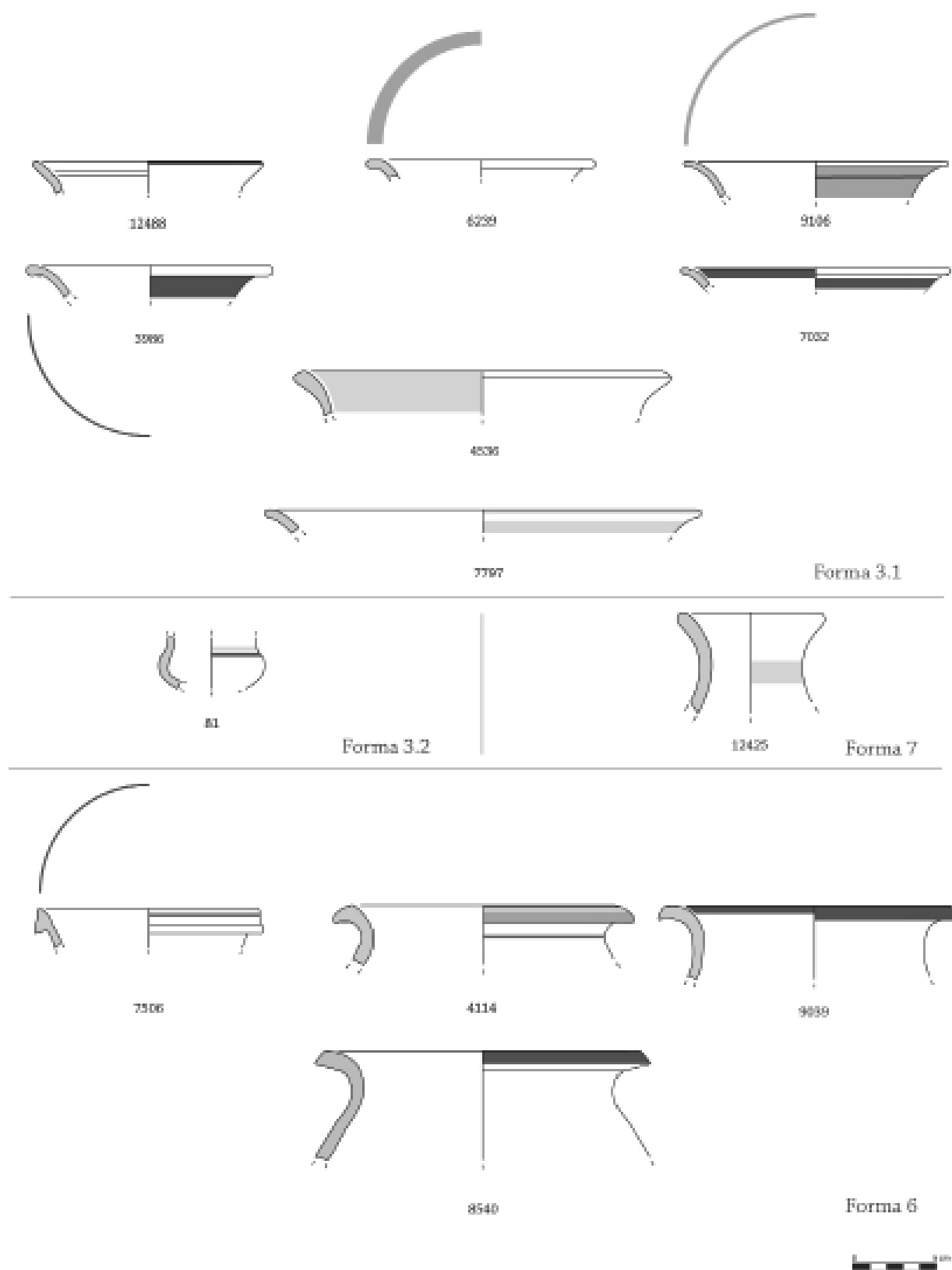


Fig. 9. Formas 3.1 (Recs. tulipiformes), 3.2 (Copo), 6 (Recs. Piriforme) e 7 (Garrafa)

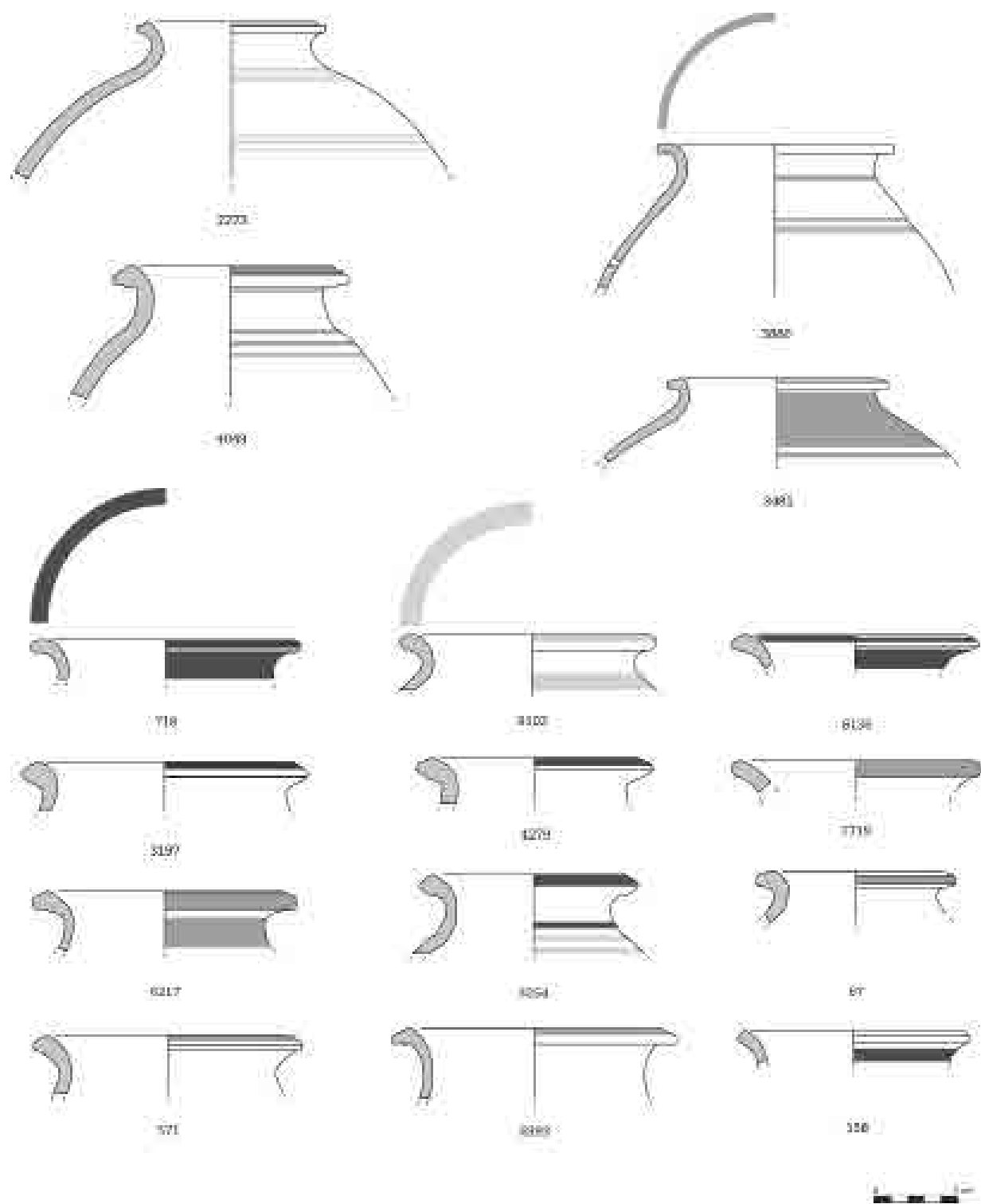


Fig. 10. Forma 5.1 (Potes)

produção encontra-se bem atestada no centro oleiro de Camposoto, (San Fernando, Cádiz), onde são recolhidos nas formas BIIIb1-b6 (Ramon Torres *et al.*, 2007, 74-5 e figs. 147-8) e igualmente no centro oleiro de Torre Alta, onde os exemplares mais semelhantes aos nossos se enquadraram na forma GDR 4.1.1 (Sáez Romero, 2008: 623-635).

Quanto aos exemplares do Castelo de Castro Marim, surgiram infelizmente na sua maioria remobilizados em contextos de cronologias posteriores, Romana e Moderna, pelo que se torna difícil, em face da larga perduração e escasso significado cronológico da variação que este tipo apresenta, apontar-lhes cronologias. O único exemplar exumado em contexto primário (12580) pode, contudo, atribuir-se a uma cronologia relativamente recuada, dentro ainda do século V a.n.e. (Arruda e Freitas, 2008, 439).

5.2.7. Forma 3.1 – Recipientes tulipiformes (fig. 9)

Os recipientes que designamos como tulipiformes apresentam dimensões muito diferenciadas, mas um aspecto genericamente delicado, com paredes pouco espessas, e uma morfologia acampanada, com um corpo hipoteticamente em calote de esfera e um estrangulamento que o separa de um colo divergente, muito aberto, com diâmetros entre os 13 e os 24,2 cm (média 18,8 cm), culminando em bordos simples (peças 7032, 7797, 9106 e 12488) ou espessados exteriormente (3986; 4536).

No Baixo Guadalquivir, são considerados peças características dos séculos III-II a.n.e. (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 208), embora aí a decoração se restrinja geralmente a duas ou três bandas estreitas na superfície externa, enquanto na maioria dos exemplares em estudo as superfícies externas, na parte conservada, se encontram totalmente cobertas por pintura em distintos tons de vermelho, para além de apresentarem, em alguns casos, pintura no bordo, quer no topo quer na parte inferior deste. Só duas peças fogem a esta gramática decorativa: uma delas é, justamente, a única que apresenta também pintura a negro, circunscrita a uma banda estreita no bordo (peça 12488); a outra (6239) mostra igualmente uma banda pintada a vermelho sobre o bordo.

Na amostra em estudo, totalizam 5 NMI (2,7%), correspondendo a produções dos grupos de fabrico IA, IC e IV. Um potencial exemplar desta forma (peça 7797) apresenta um diâmetro superior aos das restantes peças (33,4 cm), pelo que a classificação nos oferece reservas.

As peças desta forma contam com bons paralelos na maioria dos sítios coetâneos da Baixa Andaluzia, de que referiremos Huelva, níveis dos chamados “Turdetano IIb/c” e “Turdetano III” (meados do século V a finais do século IV a.n.e.) (Rufete Tomico, 2002, 174-186), Vico, contextos de finais do século IV-século III a.n.e. (Bandera Romero e Ferrer Albelda, 2002, fig.18, nn.15-7), Montemolín, onde são recolhidas na Forma IV (García Vargas *et al.*, 1989, 227 e fig.2), ou Pajar de Artillo, onde alguns recipientes foram incluídos na Forma 9 (Luzón, 1973, lám. XIII, G). Também no Baixo Alentejo, na Azougada, se exumaram exemplares que podem aproximar-se desta forma, com a particularidade de aí estarem atestadas peças com decorações complexas de linhas zigzagueantes, grinaldas de círculos concêntricos e grupos de linhas verticais (Antunes, 2010, Fig. 214, nn.278 e 279); a baliza cronológica para a ocupação deste sítio indica que esta forma estaria presente também no Guadiana num momento relativamente antigo da segunda metade do primeiro milénio a.n.e..

Os exemplares de Castro Marim foram exumados, na sua maioria, em níveis dos séculos IV e III a.n.e. (especialmente Corte 1, Q. D3, U.E.'s [4] e [6], Q. E2, U.E. [4], cf. Freitas, 2005, vol. II, 3-5), surgindo os restantes remobilizados em níveis de cronologia romana ou pouco expressivos quanto à sua cronologia.

5.2.8. Forma 3.2 – Copos (fig. 9)

A forma que designamos como 3.2 encontra-se representada no conjunto em estudo por apenas duas peças (81 e 1071), correspondendo a apenas 1,1% do conjunto. Trata-se de pequenos recipientes, semelhantes aos recipientes tulipiformes recolhidos como forma 3.1, mas de muito menores dimensões, e que deverão, quiçá, interpretar-se como destinados ao consumo de líquidos. A forma está representada apenas por um fundo e um fragmento de bojo, ambos revelando um perfil em «S», com uma carena pouco acentuada. Quanto à decoração, a peça 1071, já anteriormente publicada, apresenta a superfície externa totalmente pintada a vermelho violáceo (Sousa, 2009, 182), enquanto o exemplar que agora damos a conhecer, 81, apresenta bandas pintadas a cor-de-laranja na área da carena.

Na área Turdetana estes recipientes são razoavelmente bem conhecidos, tendo-se sugerido que a sua cronologia se centraria nos séculos III-II a.n.e. (Escacena Carrasco, 1987, 362 e ss., *apud* Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 208). A natu-

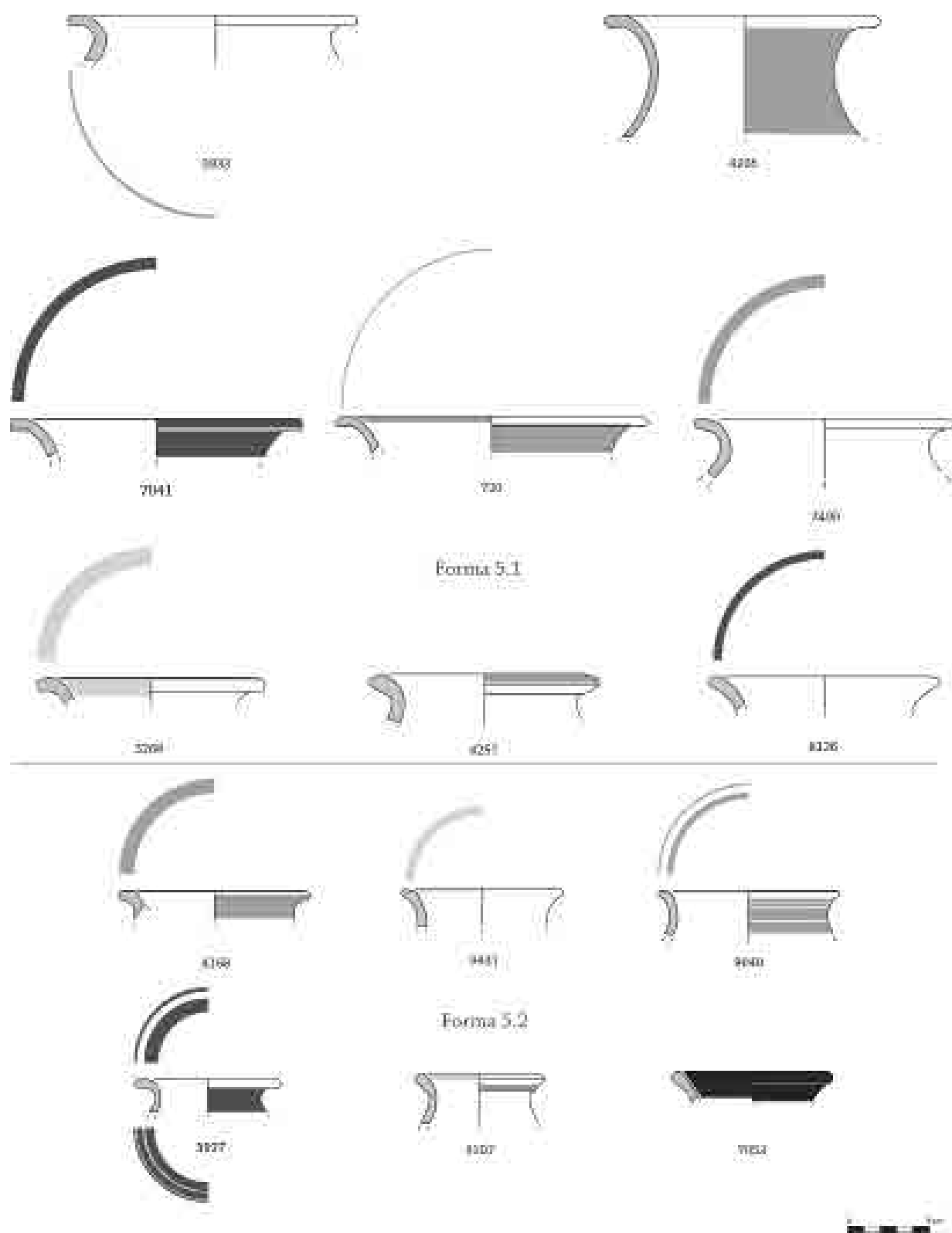


Fig. 11. Formas 5.1 (Potes) e 5.2 (Pequenos Potes)

reza das peças em apreço (um fundo e uma parede, sem qualquer bordo atestado) dificulta a procura de paralelos; não obstante, pudemos identificar em conjuntos emblemáticos da Baixa Andaluzia algumas peças que julgamos se aproximam da nossa: assim, em *Italica*, na área de Pajar de Artillo, que apresenta justamente a cronologia antes mencionada, peças com esta morfologia foram recolhidas como Forma 3 (Luzón, 1973, Lám. IV); em Vico, peças com morfologias que poderão aproximar-se da nossa foram exumadas em níveis mais antigos, de finais do século VI-século V a.n.e. (Bandera Romero e Ferrer Albelda, 2002, Fig.10, nn.10 e 12); do Cerro Macareno provém um copo que, ainda que de maior diâmetro que a nossa, poderia aproximar-se dela, enquadrável nos finais do século V a.n.e. (Pellicer Catalán *et al.*, 1983, Fig.46, n.1299); finalmente, também em Huelva, em contextos do «Turdetano IV» (c. 375-325 a.n.e.), existe pelo menos um exemplar que se aproxima do nosso, embora de maiores dimensões (Rufete Tomico, 2002, Lám. 64, n.6).

Gostaríamos finalmente de salientar que peças com esta morfologia são francamente pouco comuns nos conjuntos da “II Idade do Ferro”, representando uma forma claramente minoritária, facto que se encontra igualmente bem atestado no Castelo de Castro Marim.

5.2.9. Forma 4 – Almofariz (fig. 12)

Julgamos poder aproximar a peça 717 do tipo, muito difundido pelos sítios ditos “Turdetanos”, que geralmente é classificado como almofariz. Trata-se de peças em calote de esfera com bordos relativamente desenvolvidos; no caso de que nos ocupamos, o bordo assume uma configuração quadrada e ligeiramente pendente, apresentando um diâmetro de 17,6 cm. Embora não apresente o apêndice interno muito desenvolvido que caracteriza exemplares análogos, nota-se um certo desenvolvimento da aresta que delimita a abertura da peça. Apresenta pintura a vermelho alaranjado no topo e na faceta externa do bordo. Corresponde a uma produção do grupo de fabrico II.

A nossa peça aproxima-se de outras, de Faro (Sousa, 2009, Figura 109, n.615), Huelva, embora pertencente a um nível já de cronologia romana (Rufete Tomico, 2002, lám. 42, n.4), Sevilha, quer de uma peça que apresenta, contudo, o apêndice interno bastante mais desenvolvido, de níveis dos finais do século III-inícios do século II a.n.e. (García Fernández e González Acuña, 2007, lám.1, n.4511), quer de um outro exemplar, da mesma cidade, de

meados do século III a.n.e. (*idem*, 545-6) ou ainda de uma peça do povoado de Las Cumbres, do século III a.n.e. (Ruiz Mata e Niveau, 1999, fig.3); um exemplar de Montemolín apresenta esse mesmo perfil, mais evolucionado, com apêndice interno muito desenvolvido (García Vargas *et al.*, 1989, fig.2, VB), que está também presente no Cerro Macareno, em níveis com cronologias igualmente tardias (segunda metade do século III a.n.e.) (Pellicer, 1982, Abb. 19, n.23). Em Pajar de Artillo, os almofarizes foram recolhidos na Forma 10, contando com exemplares que se aproximam do nosso (Luzón, 1973, lám. XV, D-E). Também no centro oleiro de Camposoto, em Cádiz, surgem entre a produção exemplares próximos do nosso, recolhidos na forma BId8 (Ramon Torres *et al.*, 2007, 71). O exemplar de Castro Marim foi exumado em contexto de final do século IV – século III a.n.e. (Corte 1, Q. D3, U.E. [4], cf. Freitas, 2005, vol. II, 3).

5.2.10. Forma 5.1 – Potes (figs. 10 e 11)

Com a designação, muito difundida e facilmente inteligível, de pote designamos recipientes de tendência globular com colo diferenciado, mais ou menos curto, e bordos extrovertidos, que apresentam uma grande variabilidade morfológica. Estas peças perduram ao longo de toda a diacronia da “II Idade do Ferro”, com poucas a nenhuma alterações que lhe confirmam valor cronológico.

As peças apresentam dimensões medianas, entre os 11,2 a 17 cm de diâmetro no bordo, com uma média de 13,6 cm; a única excepção a este padrão é um dos recipientes anteriormente dados a conhecer (Arruda, 1997, Fig. 8), com um diâmetro de 34 cm que o afasta dos restantes exemplares embora, em termos formais, nos parece adequada a sua integração nesta forma; este recipiente é, além disso, o único a oferecer o perfil completo, o que nos permite igualmente conhecer a sua profundidade: 54,8 cm. É também através desta peça que podemos concluir que os fundos destes recipientes seriam em ônfalo, o que lhes daria a necessária estabilidade. No conjunto em estudo, os pots perfazem 26 NMI (14,1%). Correspondem a produções dos grupos de fabrico IA, IC, II, III e IV. Aos exemplares agora dados a conhecer devem ainda acrescentar-se dois outros exemplares, já publicados (Arruda, 1997, 201-202),

Estas peças merecem destaque dentro deste grupo pelo facto de serem os únicos exemplares classificáveis que oferecem padrões decorativos complexos. Um destes recipientes (*idem*: Fig.7) apresenta ao nível do bojo um campo decorativo enquadado

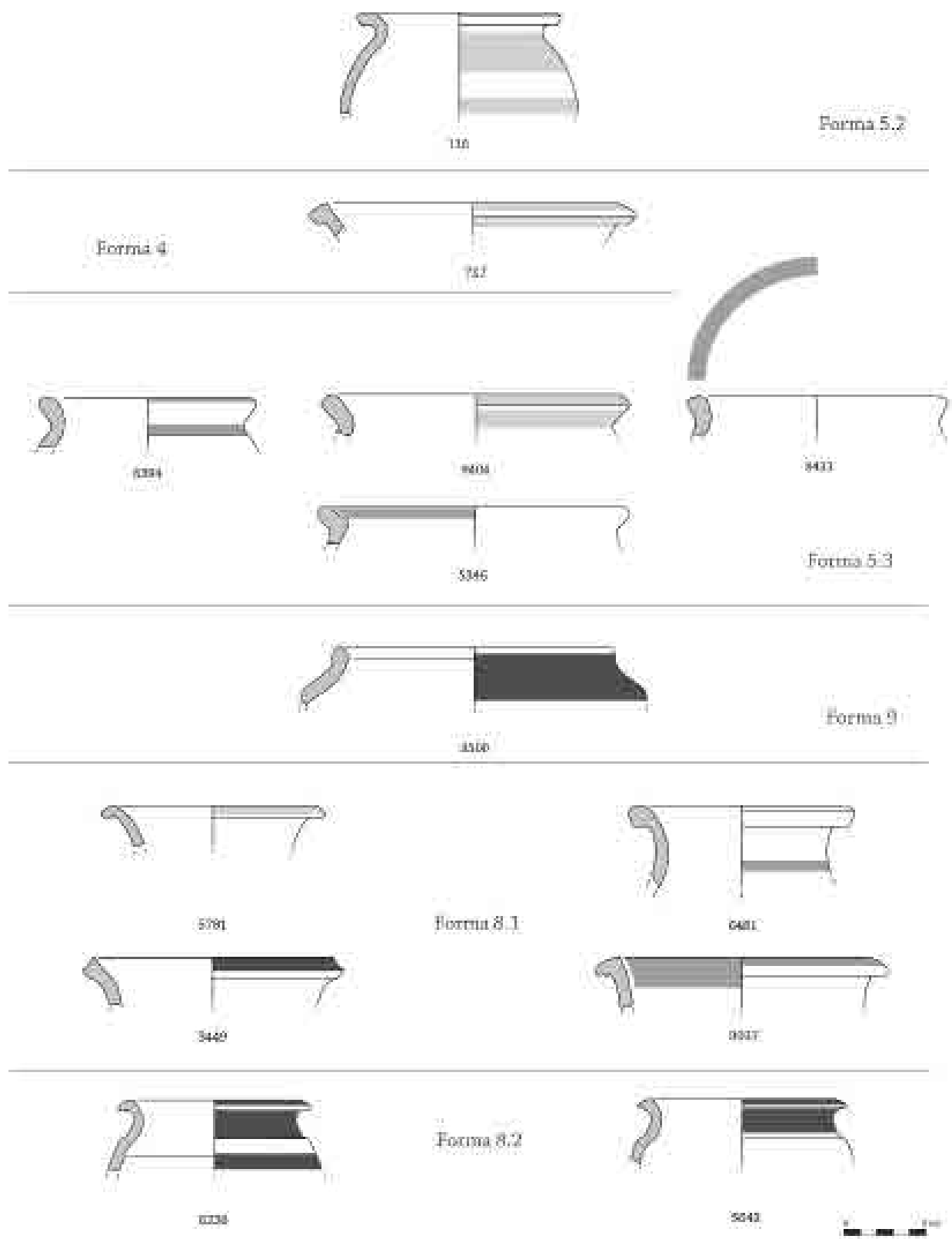


Fig. 12. Formas 4 (Almofariz), 5.2 (Pequenos Potes), 5.3 (Panelas), 8.1 («Urnas» de colo alto), 8.2 («Urnas» sem colo) e 9 (Dolium)

por duas bandas largas de pintura, negra na parte superior e vermelha violácea na inferior, onde se alternam grinaldas de círculos concêntricos e teorias de linhas ondulantes verticais, a negro; o outro (*idem*: Fig.8), por seu turno, apresenta uma solução semelhante mas, em lugar de grinaldas de círculos concêntricos, apresenta antes linhas espiraladas, cortadas pela larga banda que enquadra superiormente o campo decorativo. Estas soluções decorativas, perfeitamente conhecidas na área da Baixa Andaluzia (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008), repetem-se também em dois outros fragmentos inclassificáveis exumados no sítio (cf. *infra*).

Quanto às restantes peças desta forma, a organização da pintura alterna entre grupos de bandas estreitas (por exemplo, peça 2273) e bandas largas (3481). No caso da peça 4205, parece haver resquícios de pintura em toda a superfície externa, encontrando-se o bordo reservado. As peças 571, 4279, 4257, 6393, 7490 e 8126 apresentam as decorações mais simplificadas (uma banda estreita no bordo), simplificação essa que, atendendo aos contextos (o grosso destas peças surgiu em contextos de finais do século IV-século III a.n.e. ou remobilizado já em contextos romanos), poderá ser um indicador de uma cronologia avançada dentro da “II Idade do Ferro”. A gama cromática dos vermelhos tem uma clara predominância sobre os negros, constatando-se igualmente uma maioria de recipientes com pintura monocroma face a uma escassa representação de recipientes bicromos.

Seria impossível proceder a um levantamento de todos os paralelos que os contextos coetâneos oferecem para as peças em estudo, de tal forma são frequentes, como referimos acima, os exemplares morfológica e decorativamente afins que se encontram publicados. Assim, procuraremos apenas indicar paralelos concretos para algumas peças com um interesse particular.

Assim, e começando pelas peças 2273 e 6393, com o seu bordo de forma peculiar, os melhores paralelos encontram-se no Cabezo de La Esperanza, em Huelva, nos já referidos bordos “em bico de pato” a que aludem os investigadores que estudaram o espólio do sítio (Belén *et al.*, 1977, 349). Também na Rua do Sembrano, em Beja, bordos com morfologias semelhantes estão bem representados (Grilo, 2006, Est. XXXVI, n.0730.0006). O contexto da primeira peça do Castelo de Castro Marim permite atribuir-lhe uma cronologia relativamente antiga dentro da diacronia que nos ocupa, talvez dentro

do século IV a.n.e., enquanto a segunda surgiu remobilizada em contextos superficiais.

Outra peça peculiar, pelo desenvolvimento invulgar do seu colo, é o exemplar 4205; conta contudo com um bom paralelo num exemplar morfológicamente idêntico recolhido no nível 14 (finais do século V a.n.e.) do Cerro Macareno (Pellicer, 1982, Abb. 3, n.13; Pellicer Catalán *et al.*, 1983, fig. 46 *bis*). Em Castro Marim, o seu contexto não permite tecer elações sobre a cronologia, pois parece encontrar-se remobilizada em contextos de cronologia romana.

Gostaríamos também de indicar que a peça 3481, com o seu particular bordo facetado, tem paralelos exactos no centro produtor de Torre Alta (Cádiz), onde foi recolhido como Forma 12.2.2 (Sáez Romero, 2008, 654-5 e Fig. 40). A peça em apreço pertence, de resto, ao Grupo de Fabrico IA, cuja origem gaditana é mais que provável.

5.2.11. Forma 5.2 – Pequenos potes (figs. 11 e 12)

Morfológicamente semelhantes às peças recolhidas na Forma anterior, os exemplares que incluímos na Forma 5.2 apresentam, contudo, características volumétricas bastante distintas, sendo de muito menores dimensões, com diâmetros entre os 8 e os 10 cm (média de 9,2 cm); deve considerar-se juntamente com esta Forma também a peça 116 que, embora em termos de diâmetro de abertura (11,4 cm) caiba na Forma 5.1, se encontra suficientemente bem conservada para deixar entrever igualmente o seu pequeno tamanho. Esta Forma conta com um NMI de 8 (4,3% do conjunto total), distribuídos pelos Grupos de Fabrico I, IA, IB, IC e IV.

Morfológicamente, poucos comentários se poderão tecer sobre estes recipientes além daqueles que se avançaram já no ponto anterior, e bem assim a busca de paralelos é, igualmente, ociosa, visto que as peças desta forma são também elas virtualmente ubíquas nos sítios coevos. Referiríamos apenas que a peça 116, bastante bem conservada e de pequenas dimensões, exumada em contexto de finais do século IV/século III a.n.e., tem o seu melhor paralelo numa peça de Faro, embora esta seja de dimensões significativamente menores (Sousa, 2009, Fig.198, 620).

Igualmente, referiríamos que a peça 9107 se poderá aproximar das peças de desenvolvimento piriforme (ditas “*tinajas*”) que recolhemos no Grupo 6, embora as suas dimensões e a morfologia do bordo sejam distintas das peças daquele Grupo, pelo que preferimos mantê-la associada ao Grupo 5.2; de

resto, as características da sua pasta, muito esbranquiçada e porosa (consistente com pastas da Baía de Cádis/Bética Costeira já de Época Romana), e o seu contexto, provavelmente secundário, levantam algumas reservas à sua adscrição à Idade do Ferro, podendo tratar-se de uma peça de âmbito já romano.

Quanto à decoração, predomina esmagadoramente a pintura em diversos tons de vermelho, estando a pintura a negro representada em apenas dois exemplares (601 e 7953); a pintura distribui-se, com frequência, em bandas mais ou menos largas na superfície externa, havendo contudo exemplos de pintura igualmente na superfície interna (7953) ou circunscrita a bandas estreitas no bordo (601, 9107 e 9431).

5.2.12. Forma 5.3 – Painéis (fig. 12)

Embora optemos por recorrer à designação coloquial “panela”, as peças que englobamos na Forma 5.3, pelas características das suas pastas, adaptar-se-iam mal a um qualquer uso ao fogo, do qual não há, de resto, qualquer evidência física nos exemplares em estudo. Não obstante, designamos assim uma forma de recipiente fechado, sem colo, com bordos divergentes (num caso [5346], apresentando uma marcada inflexão e configurando um rebordo interno, não nos parecendo impossível que este pudesse ter servido de apoio a uma tampa), de configuração biselada, que lhes confere um aspecto facetado, quadrangular, tendo os exemplares em estudo diâmetros de abertura entre os 12,9 e os 17,8 cm (média de 14,6 cm). Não dispomos de dados relativamente ao desenvolvimento do corpo, mas provavelmente teria uma morfologia globular ou, mais provavelmente, bi-troncocónica. Totalizam 6 NMI (3,2%), dos grupos de fabrico I, IA, IC e III.

Esta forma tem sobretudo paralelos nas últimas produções manuais ou em produções grosseiras a torno lento, essas sim perfeitamente adaptadas ao uso ao fogo (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 211 e fig. 5, nn.3-6), amplamente difundidas por todos os sítios do Algarve e Baixa Andaluzia com ocupação coetânea. Os exemplares de Castro Marim surgem em contextos pouco fiáveis, não sendo possível adiantar qualquer pormenor cronológico, visto que, por si só, estas formas têm um valor datante praticamente nulo (García Fernández e González Acuña, 2007, 556), embora seja de assinalar a ausência na amostra em estudo de exemplares de bordo engrossado, cuja produção se inicia no século IV a.n.e., prolongando-se até época romana (*idem*).

No que diz respeito à decoração, a pintura utiliza exclusivamente os distintos tons de vermelho, aplicando-se no topo do bordo (8431), no rebordo interno que este configura (5346) ou na sua faceta externa e na restante superfície externa, com uma porção em reserva que divide a pintura de uma e outra parte da peça (9404 e 6394).

5.2.13. Forma 6 – Recipientes piriformes (fig. 9)

Na Forma 6 recolhemos três recipientes (3 NMI/1,6%), produções dos grupos de fabrico IB, IC e III, com uma morfologia *grosso modo* piriforme, desenvolvida verticalmente e alargada no centro, sem colo, e com bordos extroversos e biselados, num dos casos ligeiramente pendente (9039) ou, no caso do exemplar 7506, caracteristicamente triangular; estas peças apresentam diâmetros de abertura de 14 a 18,2 cm. A pintura, predominantemente vermelha, aplica-se nos exemplares em estudo apenas no bordo. A peça 4114 é a única a apresentar pintura bícroma, negra e vermelha, no bordo e numa banda estreita na zona de inflexão entre o colo e o corpo.

Trata-se de uma forma bem conhecida em Cádis, onde a sua produção está bem atestada (Bernal *et al.*, 2006, fig. 10, n.1), sendo recolhida por A. Sáez Romero (2005, 158-9) como a forma 8.1.1.1., embora a morfologia triangular dos bordos, característica das produções gaditanas, só esteja atestada num dos nossos exemplares (7506). Está presente nomeadamente em contextos do século IV ao II a.n.e., perdurando mesmo até ao período romano imperial (*idem*). É também uma presença comum nos sítios algarvios e da Baixa Andaluzia. Estão bem atestados no Monte Molião, Lagos (Arruda *et al.*, 2008, fig. 15, n.2275; Arruda *et al.*, no prelo) e igualmente em Pajar de Artillo, onde são recolhidos na Forma 7, com cronologias já de início do século I a.n.e. (Luzón Nogué, 1973, 43 e Lám. XI). Também na Azougada se atesta pelo menos um exemplar desta forma (Antunes, 2010, Fig. 216, n.285). Os exemplares de Castro Marim foram identificados em níveis Modernos, claramente em contexto de deposição secundária.

5.2.14. Forma 7 – Garrafa (fig. 9)

A Forma 7, representada por um único exemplar, corresponde a um tipo que, embora invulgar, é genericamente bem conhecido no mundo dito Turdetano, correspondendo a um vaso bastante tardio no Baixo Guadalquivir, presente em contextos do século II-I a.n.e. (já sob domínio romano) (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 211); a sua origem, contudo, deverá buscar-se no mundo dito Ibé-

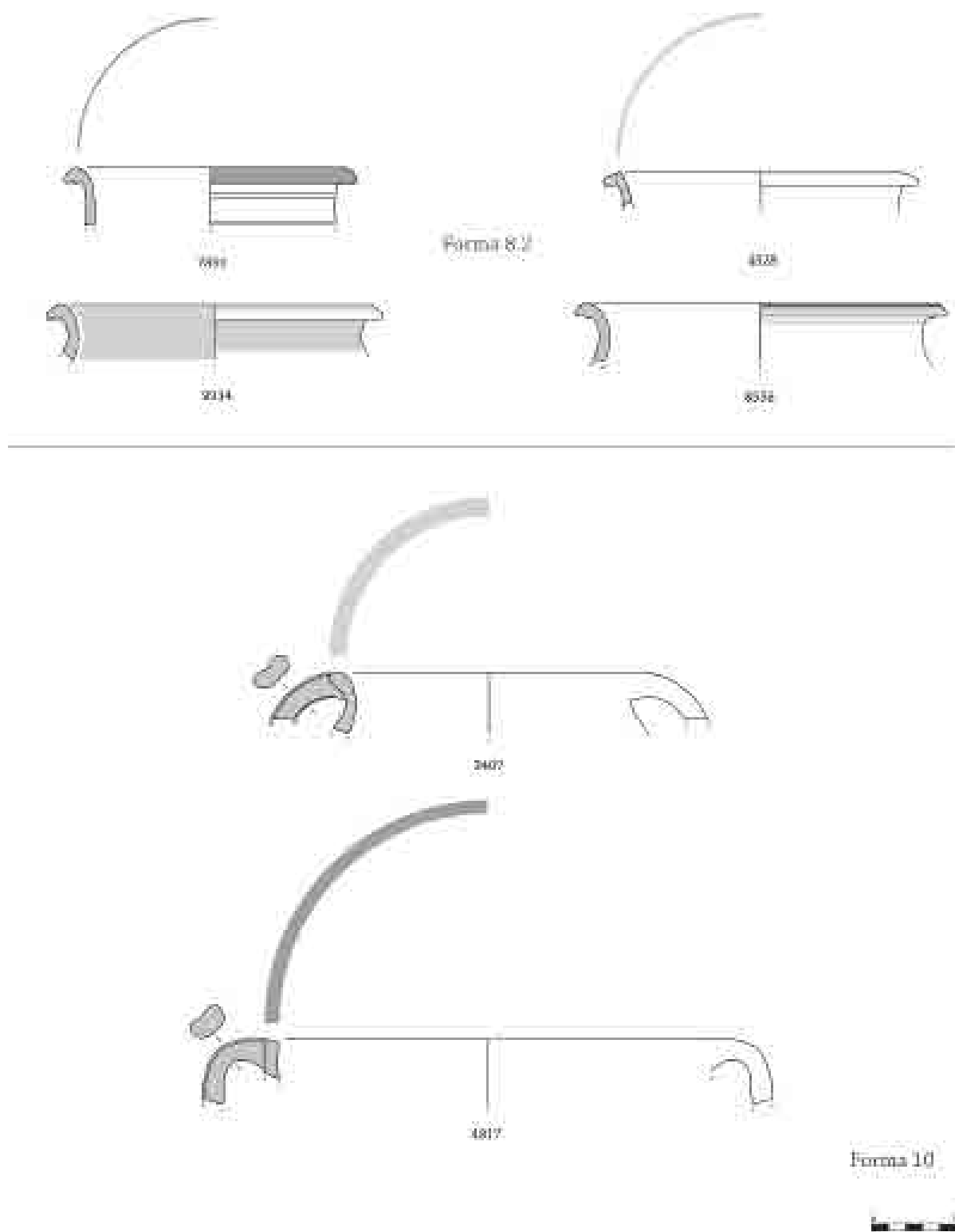


Fig. 13. Formas 8.2 («Urnas» sem colo) e 10 (Grandes recipientes pithóides)

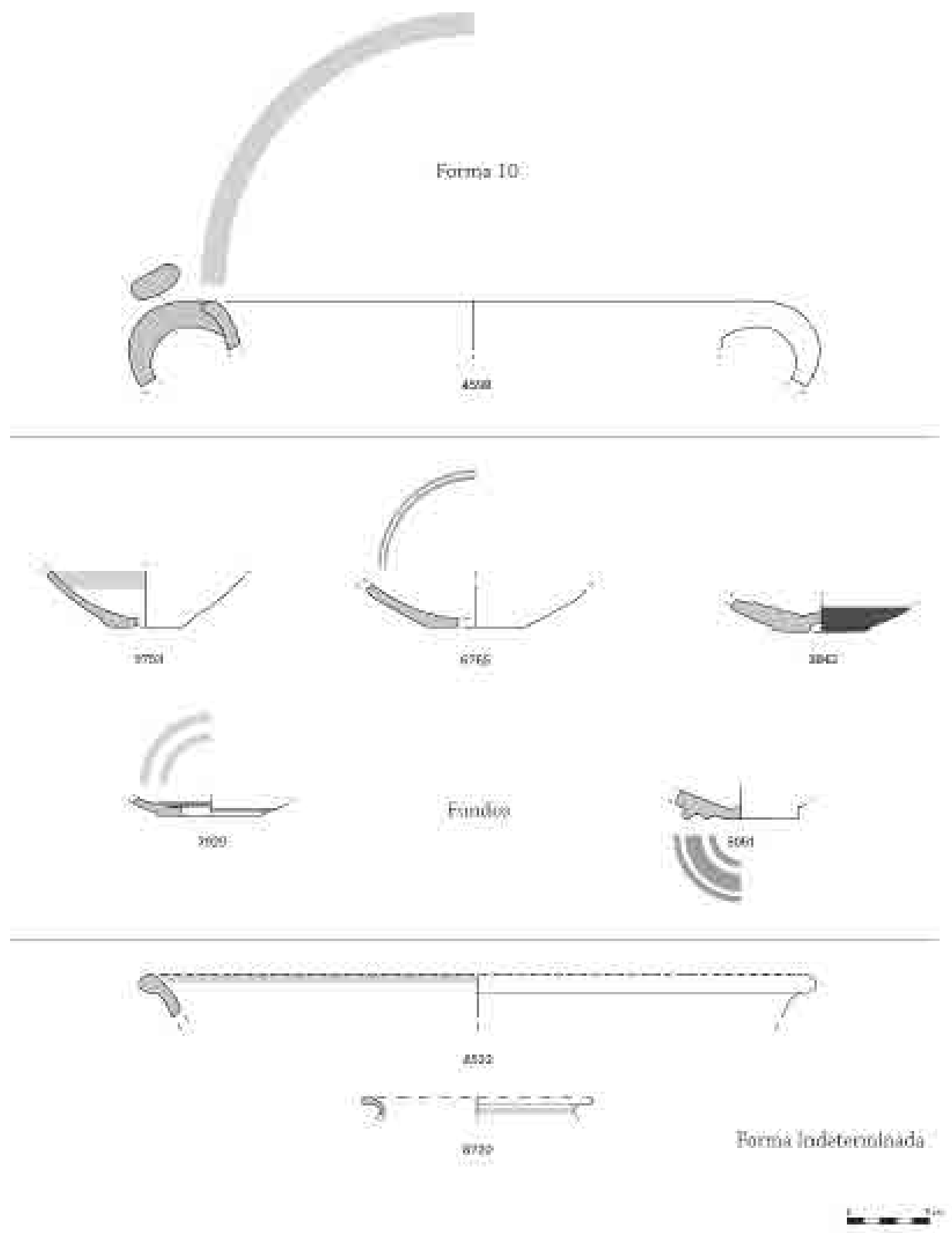


Fig. 14. Forma 10 (Grande Recipiente pithóide), Fundos e Formas Indeterminadas

rico do Levante e Catalunha (Mata e Bonet, 1992). Trata-se de uma peça de morfologia plausivelmente globular, com um colo alto e estreito com bordo simples; o nosso exemplar apresenta uma banda larga de pintura a cor-de-laranja no colo.

Exemplares que poderão aproximar-se morfológicamente do nosso são conhecidos na Azougada (Antunes, 2010, 311-312 e Fig. 220), sítio cuja ocupação se baliza entre finais do século V a.n.e. e inícios do seguinte, embora, infelizmente, as peças aí exumadas correspondam a bojós, o que nos impede de afirmar, taxativamente, que estamos perante vasos totalmente análogos, facto que contudo nos parece provável.

Por outro lado, em Pajar de Artillo, sítio cuja ocupação se inicia nos extremos finais do século III e se prolonga pelo II-I a.n.e., identificou-se uma peça desta morfologia, virtualmente completa (Luzón, 1973, Lám. XIX); há também menção da sua existência em outros sítios do Baixo Guadalquivir, como Carmona e La Algaida (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 211).

A peça de Castro Marim, contudo, foi exumada num contexto (U.E. [650]) bastante antigo, com uma cronologia plausivelmente datada em torno dos meados do I milénio a.n.e., devendo por isso aproximar-se mais das evidências coetâneas da Azougada do que dos exemplares tardios do Guadalquivir.

5.2.15. Forma 8.1 – «Urna» de colo alto (fig. 12)

A Forma 8.1 corresponde a um tipo de recipiente tradicionalmente designado na bibliografia sobre cerâmica pintada como «urna». As peças que englobamos nesta Forma correspondem a recipientes plausivelmente de morfologia complexa, com corpos globulares ou bitroncocónicos. Apresentam, além disso, colos altos de paredes divergentes, culminando em bordos de morfologia variada: ligeiramente pendentes, facetados (5781) ou não (9037); curtos e facetados (594 e 6481); ou biselado e com arestas muito vivas (3449). Esta forma encontra-se representada por 5 NMI (2,7%), distribuídos pelos Grupos de Fabrico I, IA, IB e II.

Este tipo de recipiente não é muito frequente nos conjuntos Algarvios publicados, embora esteja registado em Beja (Grilo, 2006, Est. LII, n.0183.0034), encontrando-se pelo contrário muito bem representado nos sítios da Baixa Andaluzia, onde se prolonga até época romana (cf. exemplares de Carmona, Escacena Carrasco, 2002, 32-3 e fig. 3). Limitar-nos-emos, devido à abundância de

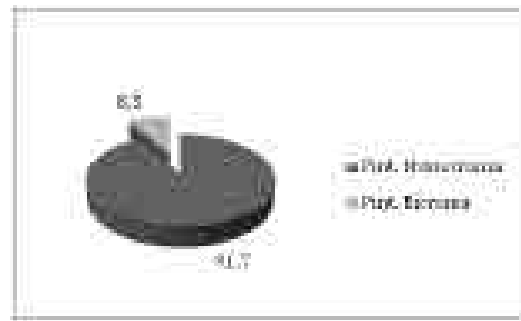


Fig. 15. Mono- e bicromia no conjunto

paralelos que poderíamos aduzir, a indicar que o característico bordo da peça 3449 encontra paralelos numa de Huelva, do chamado “Turdetano I” (segunda metade do século VI-primeiro quartel do V a.n.e.) (Rufete Tomico, 2002, lám.22, n.1), numa outra de Sevilha, exumada em níveis de finais do século IV-século III a.n.e. (García Fernández e González Acuña, 2007, lám. 3, n.1918), ou ainda num exemplar de Vico, exumado em níveis do século V a.n.e. (Bandera Romero e Ferrer Albelda, 2002, fig. 10, n.3). Exemplos de bordos não muito distintos na sua geometria do nosso exemplar, embora mais simples, estão presentes, em contexto de produção de finais do século V – primeira metade do século IV a.n.e., no Cerro Macareno (Ruiz Mata e Córdoba Alonso, 1999). As nossas peças 594 (Sousa, 2009, Fig. 90) e 6481, com a sua morfologia de bordo peculiar, de tendência quadrangular, encontram paralelo no Cerro Macareno, em contextos contudo já de cronologia romana (séc. I a.n.e.) (Pellicer Catalán *et al.*, 1983, Fig. 17, 84-85). Dos exemplares de Castro Marim, apenas três foram exumados em contextos primários, enquadráveis nos finais do século IV ou em pleno século III a.n.e.. Os restantes foram

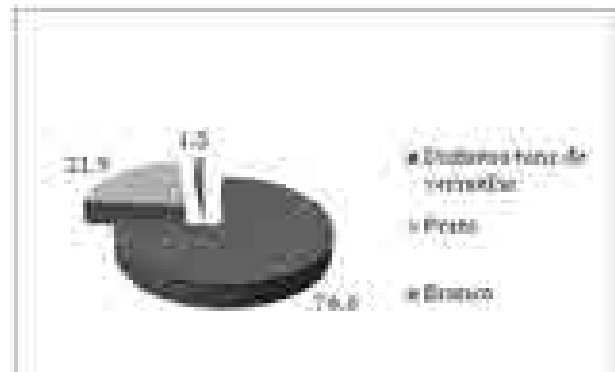


Fig. 16. Incidência das várias gamas cromáticas no conjunto

recuperados em níveis pouco expressivos quanto à sua cronologia.

A decoração, em pintura de tons distintos de vermelho, aplicou-se sobretudo no bordo. Apenas no caso do nº 9037 a decoração do bordo se prolonga por uma larga banda na superfície interna. A peça 6481 é a única a apresentar pintura exclusivamente na superfície externa, limitando-se aquela a uma banda relativamente estreita.

5.2.16. Forma 8.2 – «Urna» sem colo (figs. 12 e 13)

Também os recipientes da morfologia que recolhemos como Forma 8.2 têm sido tradicionalmente designados como «Urnas», tratando-se de recipientes de morfologia bi-truncocónica com bordos extroversos, ligeiramente pendentes, que se aproximam do modelo da chamada “*urna con baquetón*” ou Cruz del Negro (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, fig. 3, nn.6-7), embora a maioria dos fragmentos em estudo não apresente o ressalto na parede externa que caracteriza este tipo de recipientes; só as peças 5643 e 6238 apresentam uma carena alta que poderia associar-se, vagamente, ao dito ressalto. Os vasos deste tipo apresentam diâmetros de abertura entre os 13 e os 23,2 cm, sendo a média de 17,6 cm. A forma conta com um NMI de 9 (4,9%), distribuídos pelos Grupos de Fabrico IA, IB, IC, II e IV.

As peças desta Forma apresentam-se exclusivamente decoradas com pintura em distintos tons de vermelho; a pintura aplica-se no bordo, exclusivamente (4528 e 8536), simultaneamente com bandas largas na superfície externa (5643, 6238, 7891) ou com bandas em ambas as superfícies (9234).

Tal como a anterior, não é uma morfologia bem não representada nos conjuntos publicados do território algarvio, sendo contudo bastante frequente nos sítios da Baixa Andaluzia. Podem indicar-se, sem pretensões de exaustão, exemplares de Alcalá del Río (*idem*, fig. 3, n.6) ou de Pajar de Artillo, onde são recolhidas como a Forma 11 (Luzón Nogué, 1973, 45-6 e Lám. XVI, C). Os exemplares de Castro Marim foram, infelizmente, exumados em contextos pouco expressivos no que à cronologia diz respeito.

5.2.17. Forma 9 – *Dolium* (fig. 12)

A peça 3500, produção do grupo de fabrico IA, parece ter tido uma morfologia globular, de dimensões relativamente grandes, com bordos curtos, verticais, apontados e com um ligeiro espessamento interno. O diâmetro da abertura é de 18,4 cm. A su-

perfície externa encontra-se completamente coberta de um engobe de muito boa qualidade, vermelho violáceo, excepção feita a uma faixa em reserva na face externa do bordo.

Peças em tudo semelhantes à nossa exumadas em Montemolín (García Vargas *et al.*, 1989, 237 e fig. 5, XIIIIE), no Cerro Macareno (Pellicer, 1978, fig.6, n.1954) e em Huelva (Rufete Tomico, 2002, lám 22, n.1) têm sido interpretadas como *dolia*, isto é, grandes recipientes de armazenagem (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 211), sendo características do século III a.n.e..

5.2.18. Forma 10 – Grandes recipientes *pithóides* (figs. 13 e 14)

Como Forma 10 recolhemos um tipo de grande recipiente de armazenagem com asas representado por três exemplares (3 NMI/ 1,6%) dos Grupos de Fabrico IC e IV. As peças, que plausivelmente seriam bastante profundas, apresentam um estrangulamento e um colo curto com paredes divergentes e bordos ligeiramente extroversos e biselados ou, num caso (4817), indiferenciados da parede, perfeitamente vertical, e de configuração quadrada. O diâmetro de bordo oscila entre os 19 e os 33,4 cm. As asas, de fita ou com uma canelura larga que lhes confere uma aparência bífida, partem directamente do bordo. Quanto à decoração, é francamente simples, limitando-se à aplicação sobre o bordo de uma banda pintada relativamente estreita, de cor vermelha violácea ou cor-de-laranja.

As peças em apreço correspondem a vasos que evoluem dos característicos *pithoi* da chamada “I Idade do Ferro”. Sendo a forma geral equiparável, as asas de fita e a morfologia do colo (muito curto e curvilíneo) indiciam uma cronologia baixa, já perfeitamente enquadrável em momentos sidéricos tardios. Peças deste tipo foram integradas por M^a. Belén e J. Pereira no Tipo II.2.B.b.2, de ampla diacronia, registando-se desde o século VIII a.n.e. e perdurando até ao III a.n.e.; aqueles autores recolhem, de resto, numerosos exemplares que poderiam aproximar-se dos que vimos apresentando (Belén e Pereira, 1985, 323-6 e Figs. 9 e 10).

No Castelo de Castro Marim, os *pithoi* típicos, mesmo que com características formais relativamente evoluídas (bordo de secção sub-circular e colo curto) estão presentes nos níveis dos séculos VII e VI a.n.e. (Arruda e Freitas, 2008, 435 e Fig. 4), sendo a forma mais numerosa, entre a cerâmica pintada em bandas desses contextos.

Duas peças do Cerro Macareno são bastante

semelhantes às que vimos apresentando, uma das quais enquadrável nos finais do século V a.n.e. (Pellicer Catalán *et al.*, 1983, Fig.46, n.1552) e a outra de meados da mesma centúria (*idem*, Fig.48, n.1274); também para cronologias da segunda metade do I milénio (final do século VI – inícios do IV a.n.e.) apontaria a presença de peças similares às de Castro Marim na Azougada, embora aí não se tenha identificado a presença de asas, rasgo morfológico que define o grupo em apreço (Antunes, 2010, 312-313).

Importa, contudo, referir que os exemplares em estudo foram exumados em contextos (QQ.E3 e F1, U.E. [5]) com uma cronologia centrada no século IV a.n.e.. Em face dos paralelos antes aduzidos, que apontam preferencialmente para a primeira metade do I milénio a.n.e., é possível que estas peças correspondam a materiais residuais ou remobilizados nos níveis desta cronologia. Não obstante, e tal como referido acima, atestações mais tardias desta forma, entre os séculos V e III a.n.e. não são inéditas.

5.2.19. Fundos (fig. 14)

Comentámos já, no apartado dedicado aos pratos de peixe, os fundos que apresentavam um “poço” central, e que claramente pertenciam a esse tipo formal. Resta pois comentar cinco outros, cuja integração formal não é tão segura. O fundo 3842 é plano, individualizado mas não particularmente destacado do corpo da peça, com um pequeno ônfalo; a superfície externa encontra-se coberta de engobe vermelho violáceo, de muito boa qualidade. O 5061 apresenta uma morfologia complexa, com um pequeno pé destacado e, na superfície externa, um ressalto, com reserva de pintura, que define duas caneluras profundas. O fundo 6765 é plano, e mostra, na superfície interna, duas linhas pintadas. A ligação da parede com fundo 7929, que é plano, é feita através de uma canelura, na superfície externa, e por um ressalto na interna, onde existem duas bandas pintadas de cor-de-laranja. Finalmente, a peça 9753, com paredes bastante delicadas, tem um fundo plano, apenas indicado. O facto de apresentar uma banda vermelho-alaranjada no interior sugere que pertencia a uma peça aberta.

5.3. A DECORAÇÃO

Na descrição de cada um dos grupos, formais, tivemos oportunidade de aludir genericamente, aos padrões de decoração de cada um deles. Referir-nos-emos pois neste apartado final apenas a alguns aspectos muito concretos. Por um lado, é necessário

sublinhar a expressiva predominância das decorações monocromas (91,7%) sobre as bicromas (8,3%) (fig. 15), característica consentânea com a cronologia relativamente tardia dentro da Idade do Ferro do grosso do conjunto em estudo.

Por outro, deve ficar devidamente notada a predominância, igualmente vincada, dos distintos tons de vermelho (76,6%), do laranja ao violáceo, em detrimento da pintura a negro, que surge em pouco mais de um quinto dos exemplares estudados (21,9%), e da pintura a branco, perfeitamente residual no conjunto (1,5%) (fig. 16).

À parte as decorações em bandas, relativamente simples, que caracterizam a vasta maioria do conjunto estudado, são poucos os exemplos de outros motivos decorativos atestados. Referimo-nos acima à existência de duas excepcionais peças pertencentes à Forma 5.1., já anteriormente publicadas (Arruda, 1997, Figs. 7 e 8) que ostentam decorações mais elaboradas, com grinaldas de círculos concêntricos ou espirais associadas a teorias de linhas ondulantes verticais. Além destas peças, contudo, estes motivos só surgem repetidos em dois fragmentos que não oferecem restituição formal: a peça 102 apresenta uma grinalda de segmentos de círculo concêntricos pendendo de uma banda horizontal, a negro. A 8430 apresenta dois grupos de círculos concêntricos e quatro linhas ondulantes, interrompidas por uma linha, todos vermelho violáceo. A orientação da composição não é fácil de compreender em face do estado fragmentário da peça.

Estes motivos, comuns à cerâmica da área Ibérica (Pericot, 1980), são, como já tivemos oportunidade de mencionar, típicos do repertório decorativo da cerâmica pintada da Baixa Andaluzia neste período, sendo ocioso procurar-lhes paralelos, que seriam de resto excessivamente abundantes (Ferrer Albelda e García Fernández, 2008, 203). No território português, encontram-se atestados quer em outros sítios algarvios, nomeadamente no Monte Molião, quer em paragens mais interiores, por exemplo na Azougada (Antunes, 2010, 334-339).

6. REFLEXÕES FINAIS

Os dados que tivemos oportunidade de tratar e apresentar, nomeadamente os respeitantes ao repertório formal, são, julgamos, eloquentes na hora de avaliar a integração cultural das populações que ocuparam o Castelo de Castro Marim e o seu território na segunda metade do I milénio a.n.e., enquanto que a hipotética identificação da proveniência dos

exemplares em estudo permite entrever alguns aspectos da sua dinâmica comercial.

De facto, as considerações que tivemos oportunidade de tecer ao descrever os grupos formais representados na amostra que analisámos apontam claramente para uma estreita ligação, cultural, económica e hipoteticamente institucional ou mesmo étnica não apenas com o restante território algarvio, mas também deste, globalmente considerado, com a Baixa Andaluzia, configurando assim em Castro Marim um horizonte que poderíamos, seguindo uma terminologia algo imprecisa, mas muito difundida, designar “Turdetano” (Escacena Carrasco e Belén, 1994; García Fernández, 2007), que fora já assinalado anteriormente (Arruda, 1999/2000; 2005, 76).

Mas outro aspecto importante, igualmente enunciado anteriormente, encontra eco na análise que apresentámos. Referimo-nos ao papel capital que as importações gaditanas representam no registo arqueológico de Castro Marim, bem como de outros sítios do Algarve (Sousa e Arruda, 2010; cf. tb. Arruda *et al.*, no prelo). Não desejando repetir aqui as considerações anteriormente tecidas sobre este fenómeno tão vincado (Arruda *et al.*, 2006; Sousa e Arruda, 2010), ele merece-nos, contudo, alguns comentários adicionais.

O peso da colónia fenícia de *Gadir* na articulação do mundo colonial ocidental, num primeiro momento, e de um amplo espaço geo-político a que, desde os trabalhos de M. Tarradell, se vem chamando “Círculo do Estreito” (Tarradell, 1960, 61 *apud* Niveau, 2001, 320) é hoje um ponto mais do que assente. Já aquele autor (*idem*) intuía a extensão desse amplo espaço, de vocação eminentemente atlântica, para as costas portuguesas, intuição que, como vimos, a investigação arqueológica vindicou claramente (Sousa e Arruda, 2010). A importância económica, e concomitantemente político-institucional, de *Gadir* na sua esfera de influência, fortemente assente em estruturas produtivas florescentes (Dominguez Pérez, 2006; Frutos e Muñoz, 1996), é sentida em ambas as margens do Estreito de Gibraltar.

A proposta de re-conceptualização dessa área de influência como uma “Liga” (Arteaga, 1994), encabeçada por *Gadir*, eventualmente em torno do santuário de *Melqart*, na qual se reuniriam povoados que, seguindo uma tendência dominante no âmbito Mediterrâneo, terão evoluído no sentido de pólos –

de autênticas *poleis* – aglomeradores e geradores de identidade, apresenta interessantes possibilidades explicativas, nomeadamente para os sítios algarvios (Arruda, 1999-2000, 61).

A ocupação do território envolvente do Castelo de Castro Marim, a sua hipotética *chora*, permanece mal conhecida (Freitas e Oliveira, 2006), mas os dados provenientes do sítio são já suficientemente expressivos para sustentar a evolução de um povoado com uma antiga tradição de ligação ao Mediterrâneo e ao mundo fenício colonial no sentido de um pólo com um cariz de “lugar central” com um papel redistributivo importante (Arruda, 1997; 1999-2000, 53), que em parte ajuda a explicar o peso das importações gaditanas no sítio, enquadradas no quadro de uma ligação político-institucional estreita com *Gadir* assente na existência de uma Liga ou em qualquer outro tipo de espaço geo-político, mais ou menos formal, que acreditamos dinamizaria um comércio institucional (Polanyi, 1976) florescente (Niveau, 2001, 343).

Castro Marim surge assim, à luz do registo arqueológico, como um interessante espaço de interações e como um caso exemplar no que à complexidade das dinâmicas económicas, institucionais e mesmo étnicas da segunda metade do I milénio a.n.e. diz respeito. A matriz cultural, como vimos (*supra*, 3.), aproxima-o desse mundo dito “Turdetano”, cujas raízes profundas radicam com toda a probabilidade no Bronze Final (Escacena Carrasco, 2002, 24-25), período a que pertencem igualmente as primeiras ocupações diagnosticadas no Castelo de Castro Marim (Arruda, 1996, 97; Oliveira, 2006; 2012), havendo indícios respeitantes ao campo simbólico/cultural, considerado um marcador étnico por excelência (Escacena Carrasco, 1992, 329-332), que apontam para uma identidade com os sítios da Baixa Andaluzia (Arruda, 2005; Arruda *et al.*, 2009). Por outro lado, económica e institucionalmente, o peso de *Gadir*, e a inscrição do povoado do Guadiana no seu “Círculo” (Niveau, 2001) ou na sua “Liga” (Arteaga, 1994) surgem atestados no registo arqueológico (Sousa e Arruda, 2010).

Quanto ao papel de Castro Marim no seu território imediato e no território algarvio em geral, pensamos não ser ainda uma questão encerrada: se o seu papel central e redistributivo, assente na sua antiguidade e na clara dinâmica económica que revela na segunda metade do I milénio a.n.e. (Arruda, 1997, 143-7; 2000; 2006, 393-8; Arruda *et al.*,

2006), parece ser um ponto assente, a continuação dos estudos sobre o seu território oferece ainda um potencial de delimitação do processo histórico e da dinâmica de exploração encetada pela população do “lugar central” sobre o seu *hinterland*, a sua hipotética *chora*.

Por outro lado, o papel desempenhado por Castro Marim na criação dos novos aglomerados populacionais (Monte Molião, Cerro da Rocha Branca, Vila Velha do Alvor, Faro) que, a partir de meados do I milénio a.n.e., pontuam o Algarve central e ocidental, cujo povoamento sidérico representava até aí um significativo vazio (Arruda, 2005, 74, Figs. 58-9) permanece uma incógnita. Também na dinâmica político-económica desses novos núcleos parece o protagonismo de *Gadir* ter sido significativo, mas não nos parece despiendo imaginar um papel, ainda por esclarecer, dos “velhos” núcleos sidéricos do Algarve oriental (Castro Marim e Tavira) na fundação destes novos pólos, que parecem registar dinâmicas económicas e comerciais semelhantes à dos núcleos do Sotavento e da Baixa Andaluzia (v. p. ex.: para Faro, Arruda *et al.*, 2005; para o Molião, Arruda *et al.*, 2008; no prelo).

A prossecução da investigação e dos trabalhos arqueológicos e a evolução dos modelos epistemológicos, cada vez mais cientes da necessidade de modelos explicativos que contemplem a diversidade, a complexidade e o dinamismo das sociedades sidéricas, contribuirão sem dúvida para preencher lacunas e desenhar, com cada vez mais nitidez, os traços do grande quadro da “II Idade do Ferro”, em Castro Marim e no Algarve.

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Alaoui, M. K. (2007), *Revisando Kuass (Asilah, Marruecos)*, Saguntum Extra, 7, Valência.
- Alvar, J. (1991), “La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo”, *La caída de Tiro y el Auge de Cartago*, Ibiza, 1927.
- Antunes, A. S. (2010), *Um conjunto cerâmico da Azougada. Em torno da Idade do Ferro Pós-Orientalizante da margem esquerda do Baixo Guadiana*, Lisboa.
- Arruda, A. M. (1983-1984a), “Escavações arqueológicas no Castelo de Castro Marim. Relatório dos trabalhos de 1983”, *Clio/Arqueologia*, 1, 245-248.
- Arruda, A. M. (1983-1984b), “Escavações arqueológicas no Castelo de Castro Marim. Relatório dos trabalhos de 1984”, *Clio/Arqueologia*, 1, 249-254.
- Arruda, A. M. (1986), “Castelo de Castro Marim”, *Informação Arqueológica*, 8, 32-34.
- Arruda, A. M. (1988), “Nota acerca da ocupação romana/republicana do Castelo de Castro Marim”, *Actas do 5º Congresso sobre o Algarve*, Montechoro, 1.
- Arruda, A. M. (1995), “Panorama das importações gregas em Portugal”, *Actas do Simpósio Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad*, Huelva Arqueológica, 13/1, Huelva, 129-154.
- Arruda, A. M. (1996), “O Castelo de Castro Marim”, *De Ulisses a Viriato: o I milénio a.C.* (Alarcão, J. de, Ed.), Lisboa, 95-100.
- Arruda, A. M. (1997), *As Cerâmicas Áticas do Castelo de Castro Marim no quadro das exportações gregas para a Península Ibérica*, Lisboa.
- Arruda, A. M. (1999-2000), *Los Fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 5-6, Barcelona.
- Arruda, A. M. (2000), “As cerâmicas de importação do Castelo de Castro Marim no âmbito do comércio ocidental dos séculos V a III a.C.”, *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, 727-735.
- Arruda, A. M. (2003), “Escavações arqueológicas no Castelo de Castro Marim - balanço e perspectivas”, *Xelb*, 4, 69-88.
- Arruda, A. M. (2005), “O Iº Milénio a.n.e. no Centro e no Sul de Portugal: leituras possíveis no início de um novo século”, *O Arqueólogo Português*, IV/23, 9-156.
- Arruda, A. M. (2006), “Os recursos marítimos na economia da Idade do Ferro do Sul de Portugal: o sal, a pesca e os preparados de peixe”, *Historia de la pesca en el ámbito del estrecho*, Sevilla, 383-406.
- Arruda, A. M. (2007), “A Idade do Ferro no Algarve: velhos dados (e outros mais recentes) e novas histórias”, *Xelb*, 7, 115-130.
- Arruda, A. M. (2008), “O Baixo Guadiana durante os séculos VI e V a.n.e.”, *Sidereum Ana I. El río Guadiana en Época Post-Orientalizante* (Jiménez Ávila, J., Ed.), Madrid, 307-326.
- Arruda, A. M., Bargão, P. e Sousa, E. de (2005), “A ocupação pré-romana de Faro: alguns dados

- novos”, *Revista Portuguesa de Arqueologia* 8/1, 177-208.
- Arruda, A. M., Carretero Poblete, P. A., Freitas, V. T. de, Sousa, E., Bargão, P., Lourenço, P. e Oliveira, C. F. (2009), “Castro Marim: un santuario en la desembocadura del Guadiana”, *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo Occidental* (Mateos Cruz, P. e Celestino Pérez, S., Eds.), Madrid, 79-88.
- Arruda, A. M. e Freitas, V. T. de (2008), “O Castelo de Castro Marim durante os séculos VI e V a.n.e.”, *Sidereum Ana I. El río Guadiana en Época Post-Orientalizante* (Jiménez Ávila, J., Ed.), Madrid, 429-446.
- Arruda, A. M., Freitas, V. T. de e Oliveira, C. F. (2007), “Os Fenícios e a urbanização no Extremo Ocidente: o caso de Castro Marim”, *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental* (López Castro, J. L., Ed.), Madrid, 459-482.
- Arruda, A. M., Guerra, A. e Fabião, C. (1995), “O que é a IIª Idade do Ferro no Sul de Portugal?”, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 35/2, 237-257.
- Arruda, A. M., Sousa, E., Bargão, P. e Lourenço, P. (2008), “Monte Molião (Lagos): resultados de um projecto em curso”, *Xelb*, 8, 137-168.
- Arruda, A. M., Sousa, E., Pereira, C. e Lourenço, P. (no prelo), “Monte Molião (Algarve, Portugal): resultados da investigação num sítio púnico-gaditano”, *Actes du VIIème Congrès International des Études Phéniciens et Puniques*, Tunes.
- Arruda, A. M., Viegas, C., Bargão, P. e Pereira, R. (2006), “A importação de preparados de peixe em Castro Marim: da Idade do Ferro à Época Romana”, *Actas do Simpósio Internacional Produção e Comércio de Preparados de Piscícolas durante a Proto-História e a Época Romana no Ocidente da Península Ibérica*, Homenagem a Françoise Mayet, Setúbal, 153-176.
- Arteaga, O. (1994), “La liga púnico-gaditana. Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa en el mundo Mediterráneo”, *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos*, Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza, 33, Ibiza, 23-57.
- Aubet, M^a. E. (1994), *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Madrid.
- Bandera Romero, M^a. L. de la e Ferrer Albelda, E. (2002), “Secuencia estratigráfica Tartesia y Turdetana de Vico (Marchena, Sevilla)”, *Spal*, 11, 121-150.
- Bargão, P. (2008), “Intervenção de emergência na Rua do Monte Molião: primeiras leituras”, *Xelb*, 8, 169-189.
- Belén, M^a. e Fernández-Miranda, M. (1978), “La Tiñosa (Lepe, Huelva)”, *Huelva Arqueológica*, 4, 197-297.
- Belén, M^a., Fernández-Miranda, M. e Garrido, J. P. (1977), *Las orígenes de Huelva. Excavaciones en Los Cabezos de San Pedro y La Esperanza*, Huelva Arqueológica, 3, Huelva.
- Belén, M^a e Pereira, J. (1985), “Cerâmicas a torno con decoración pintada en Andalucía”, *Huelva Arqueológica*, 7, 307-353.
- Cabrera Bonet, P. (1994), “La presencia griega en Andalucía (siglos VI al IV a.C.)”, *La Andalucía Ibero-Turdetana (siglos VI-IV a.C.)* (Fernández Jurado, J., Rufete Tomico, P. e García Sanz, C., Eds.), Huelva, 367-390.
- Chic García, G. (2004), “La “Gaditanización” de Hispania”, *Las Industrias alfareras y conservas fenicio-púnicas de la Bahía de Cádiz*, Actas de los XVI Encuentros de Historia y Arqueología, Córdoba, 39-62.
- Dominguez Pérez, J. C. (2006), “Estructuras productivas y distributivas del Círculo púnico-gaditano (IV-III): bases locales para un império atlántico-mediterráneo”, *Actas do IV Congreso de Arqueologia Peninsular*, 7. As Idades do Bronze e do Ferro (Morin, J., Urbina, D. e Bicho, N., Eds.), Faro, 295-304.
- Escacena Carrasco, J. L. (1987), “Continuidad y ruptura en las tradiciones alfareras (elementos para el estudio de momentos de transición entre fases culturales en las sociedades antiguas)”, *Anales de la Universidad de Cádiz*, III-IV, 39-53.
- Escacena Carrasco, J. L. (1992), “Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana”, *Spal*, 1, 321-343.
- Escacena Carrasco, J. L. (2002), “Podando a Carmona. Perfiles del sustrato Turdetano”, *Carmona Romana*, II Congreso de Historia de Carmona, Carmona, 21-35.
- Escacena Carrasco, J. L. e Belén, M^a. (1994), “Eco-

- nomía y sociedad en la Turdetania de los siglos V-IV a.C.", *La Andalucía Ibero-Turdetana (siglos VI-IV a.C.)* (Fernández Jurado, J., Ruffete Romico, P. e García Sanz, C., Eds.), Huelva, 137-160.
- Ferrer Albelda, E. e García Fernández, F. J. (2008), "Cerámica Turdetana", *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión* (Bernal Casasola, D. e Ribera i Lacomba, A., Eds), Cádiz, 201-219.
- Freitas, V. T. de (2005), *As cerâmicas de engobe vermelho do Castelo de Castro Marim. Produção, consumo e comércio na Idade do Ferro Orientalizante Peninsular*, Dissertação de Mestrado em Pré-História e Arqueologia apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, 2 volumes, Lisboa.
- Freitas, V. T. de e Oliveira, C. F. (2006), "A Idade do Ferro no Baixo Guadiana", *Actas do IV Congresso de Arqueologia Peninsular, 7. As Idades do Bronze e do Ferro* (Morin, J., Urbina, D. e Bicho, N. F., Eds.), Faro, 409-418.
- Frutos Reyes, G. de e Muñoz Vicente, Á. (1996), "La industria pesquera y conservera púnico-gaditana: balance de la investigación. Nuevas perspectivas", *Spal*, 5, 133-165.
- García Fernández, F. J. (2002), "Los Turdetanos en la historiografía reciente: 25 años de avances y desencuentros", *Spal*, 11, 219-232.
- García Fernández, F. J. (2003), *Los Turdetanos en la Historia: Análisis de los testimonios literarios grecolatinos*, Écija.
- García Fernández, F. J. (2007), "Etnología y etnias de la Turdetania en época prerromana", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 33, 117-143.
- García Fernández, F. J. e González Acuña, D. (2007), "Secuencias estratigráficas y contextos culturales de la Sevilla prerromana", *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica* (Bendala Galán, M. e Belén Deamos, M^a, Dirs.), Carmona, 525-566.
- García Vargas, E., Mora, M. e Ferrer Albelda, E. (1989), "Estudios sobre Cerámicas Ibéricas Andaluzas: Montemolín (Marchena, Sevilla)", *Habis*, 20, 217-243.
- Gomes, F. (2012), *Aspectos do Sagrado na Colonização Fenícia*, Lisboa.
- Gomes, M. V. (1993), "O estabelecimento fenício-púnico do Cerro da Rocha Branca (Silves)", *Estudos Orientais*, IV, 73-108.
- González Wagner, C. (1983), *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid.
- Grilo, C. (2006), *A Rua do Sembrano e a ocupação pré-romana de Beja*, Dissertação de Mestrado apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, 2 volumes, Lisboa.
- Guerra, A. (1998), *Nomes pré-romanos de povos e lugares do Ocidente peninsular*, Dissertação de Doutoramento em História Clássica apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, 2 volumes, Lisboa.
- Insoll, T. (ed.) (2007), *The Archaeology of Identities. A reader*, London.
- Jones, S. (1997), *The Archaeology of Ethnicity. Constructing Identities in the Past and Present*, London.
- Luzón, J. M^a. (1973), *Excavaciones en Italica. La estratigrafía en el Pajar de Artillo*, Excavaciones Arqueológicas en España, 78, Madrid.
- Maia, M^a. G. P. (2004), *Tavira Turdetana, porto do "Círculo do Estreito" nos finais do séc. V a.C.*, Tavira, [<http://www.arkeotavira.com/Estudos/PescaTavira.pdf>] (Consulta 29-X-2011).
- Martin Ruiz, J. A. (2003), *La Crisis del Siglo VI A.C. en los Asentamientos Fenicios de Andalucía*, Málaga.
- Mata, C. e Bonet, P. (1992) "La cerámica ibérica: ensayo de tipología", *Estudios de Arqueología ibérica y romana*, Homenaje a Enrique Pla Ballester, Valencia, 117-173.
- Niveau, A. M^a. (2001), "El espacio geopolítico gaditano en época púnica. Revisión y puesta al día del concepto de "Círculo del Estrecho", *Gerion*, 19, 313-354.
- Niveau, A. M^a. (2004), "Evidencias de la producción de cerámicas barnizadas "tipo Kuass" en la Bahía de Cádiz", *Las Industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la Bahía de Cádiz*, Actas de los XVI Encuentros de Historia y Arqueología, Córdoba, 171-200.
- Oliveira, C. F. (2006), *A cerâmica manual do Castelo de Castro Marim: século IX a III a.n.e.*, Dissertação de Mestrado em Pré-História e Arqueologia apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, 2 volumes, Lisboa.

- Oliveira, C. F. (2012), "O Castelo de Castro Marim durante a etapa final da Idade do Bronze", *Side-reum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final* (Jiménez Ávila, Ed.), Madrid, 345-362.
- Pellicer Catalán, M. (1978), "Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir según el Cerro Macareno (Sevilla)", *Habis*, 9, 365-400.
- Pellicer Catalán, M. (1982), "Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir: evolución y cronología según el Cerro Macareno", *Phönizer im Westen* (Niemeyer, H. G., Ed.), Mainz, 337-406.
- Pellicer Catalán, M., Escacena Carrasco, J. L. e Bendala Galán, M. (1983), *El Cerro Macareno*, Excavaciones Arqueológicas en España, 124, Madrid.
- Pericot, L. (1980), *Céramique Ibérique*, Paris.
- Polanyi, K. (1976), "La economía como actividad institucionalizada", *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos*, Barcelona, 289-315.
- Ponsich, M. (1968), "Alfarerías de época fenicia y púnico-mauritana en Kuass (Arcila, Marruecos)", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 4, 3-25.
- Protocole Beauvray (1998), "Protocole de quantification des céramiques", *La quantification des céramiques. Conditions et protocole* (Arcelin, P. e Tuffreau-Libre, M., Dirs.), Glux-en-Glenne, 141-157 (I a XVII).
- Ramon Torres, J., Sáez Espligares, A., Sáez Romero, A. e Muñoz Vicente, A. (2007), *El taller alfarero tardoarcaico de Camposoto (San Fernando, Cádiz)*, Sevilla.
- Rodríguez, I. (2001), "Las áreas artesanales: los alfares", *Carmona Romana*, II Congreso de Historia de Carmona, Carmona, 311-320.
- Rufete Tomico, P. (2002), *El Final de Tartessos y el periodo Turdetano en Huelva*, Huelva.
- Ruiz Mata, D. (1994), "Fenicios, Tartesios y Turdetanos", *La Andalucía Ibero-Turdetana (siglos VI-IV a.C.)* (Fernández Jurado, J., Rufete Tomico, P. e García Sanz, C., Eds.), Huelva, 325-365.
- Ruiz Mata, D. e Córdoba Alonso, I. (1999), "Los hornos turdetanos del Cerro Macareno. Cortes H.I y H.II.", *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena, 95-105.
- Ruiz Mata, D. e Niveau, A. M^a. (1999), "La zona industrial de Las Cumbres y la cerámica del s. III a.n.e. (Castillo de Doña Blanca - El Puerto de Santa María, Cádiz)", *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena, 125-131.
- Sáez Romero, A. M. (2005), "Aproximación a la tipología de la cerámica común púnico-gadirita de los ss. III-II", *Spal*, 14, 145-177.
- Sousa, E. de (2009), *A Cerâmica de Tipo Kuass no Algarve*, Lisboa.
- Sousa, E. de e Arruda, A. M. (2010), A gaditanização do Algarve, *Los Púnicos de Iberia: proyectos, revisiones, síntesis*, Mainake XXXII(2), Málaga, 951-974.
- Sparkes, B. e Talcott, L. (1970), *Black and Plain Pottery of the 6th, 5th and 4th centuries B.C.*, Princeton.
- Tarradell, M. (1960), *Marruecos Púnico*, Tetuán.
- Veiga, S. P. M. E. (1887), *Antiguidades Monumentaes do Algarve*, 4, Lisboa.

«BRASEROS» DE BRONCE PROTOHISTÓRICOS EN EXTREMADURA. VIEJOS Y NUEVOS HALLAZGOS; NUEVAS Y VIEJAS IDEAS

JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA
Instituto de Arqueología de Mérida

Recibido: 18/01/2013
Revisado: 24/01/2013

Aceptado: 24/01/2013
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

Catálogo actualizado de los «braseros» de metal protohistóricos hallados en Extremadura desde el primer ejemplar (Aliseda) localizado en 1920 hasta las más recientes unidades aún inéditas. El repertorio suma ya más de dos decenas de ejemplares procedentes de nueve yacimientos arqueológicos de las provincias de Cáceres y Badajoz donde, hasta hace unos años, estos objetos eran prácticamente desconocidos. Conjuntamente con la presentación del repertorio se revisan algunas teorías expuestas sobre la significación de estos característicos objetos.

ABSTRACT

The updated catalogue for the so called metallic “braziers” coming from the Spanish region of Extremadura, in the southwestern Iberian Peninsula is presented here. It includes from the oldest findings, like the silver one from the Aliseda Treasure to the latest unpublished items. They are already more than 20 vessels coming from nine archaeological sites both from Cáceres and Badajoz provinces, where until a few years such production were practically unknown. With the presentation of the new repertory, many archaeological theories touching these signaled objects are reviewed too.

PALABRAS CLAVE

Extremadura, Edad del Hierro, Bronces, «Braseros»

KEYWORDS

Iberian Iron Age, Bronzework, Vessels

INTRODUCCIÓN

Los «braseros» de bronce constituyen un tipo de recipiente bien definido y bien caracterizado en la Protohistoria peninsular. Su condición de bienes de Lujo, y a la vez de elementos rituales, los ha convertido en objeto de atención por parte de la investigación arqueológica española desde hace más de un siglo, y su relativa cantidad y homogeneidad han favorecido que se hayan realizado repertorios peninsulares, actualizaciones y añadidos a los mismos a lo largo de varias décadas de estudios y publicaciones (Cuadrado, 1956; 1966; Prada, 1986; Teichner, 1994; Caldentey et alii, 1996; Jiménez Ávila, 2002; 2003).

Su designación más común se debe a la similitud de estos objetos con los tradicionales braseros domésticos de picón, y fue establecida por L. Maraver al descubrir el primer conjunto de estas vasijas en la necrópolis ibérica de Almedinilla (Córdoba) a mediados del siglo XIX (Maraver, 1867). Pero, como ha sido reiteradamente señalado, se trata de una denominación convencional, impuesta por el uso, que no responde a la funcionalidad originaria de estos artefactos, que debía estar más próxima a la de las palanganas o aguamaniles que se han usado hasta hace poco tiempo.

A pesar de que uno de los primeros recipientes de este tipo en ser reconocido –en este caso realizado en plata– pertenece al famoso conjunto del Tesoro de Aliseda (Cáceres), si nos atenemos a los repertorios difundidos, la región extremeña no había sido especialmente pródiga en «braseros» protohistóricos. No obstante, recientes hallazgos, publicados unos e inéditos otros, han venido rellenar de manera sustancial este inicial vacío. De ahí que parezca oportuno realizar ahora el recuento del material aparecido en los últimos años en las provincias de Cáceres y Badajoz e integrarlo en los discursos más recientes que vienen dibujándose para la Protohistoria de Extremadura y de la Península Ibérica en general.

Desde el punto de vista formal, y como ya se ha señalado en anteriores ocasiones (Cuadrado 1956; Jiménez Ávila 2002; 2003), los «braseros» están constituidos básicamente por una copa metálica de contorno circular y escasa profundidad, normalmente inferior a la cuarta parte del diámetro, si bien hay muchos ejemplares que se conservan incompletos y en ellos no es posible verificar esta dimensión. A esta copa se adhieren uno o dos soportes o bastidores rígidos que sostienen otras tantas asas móviles que facilitan su manipulación y su traslado. A estos

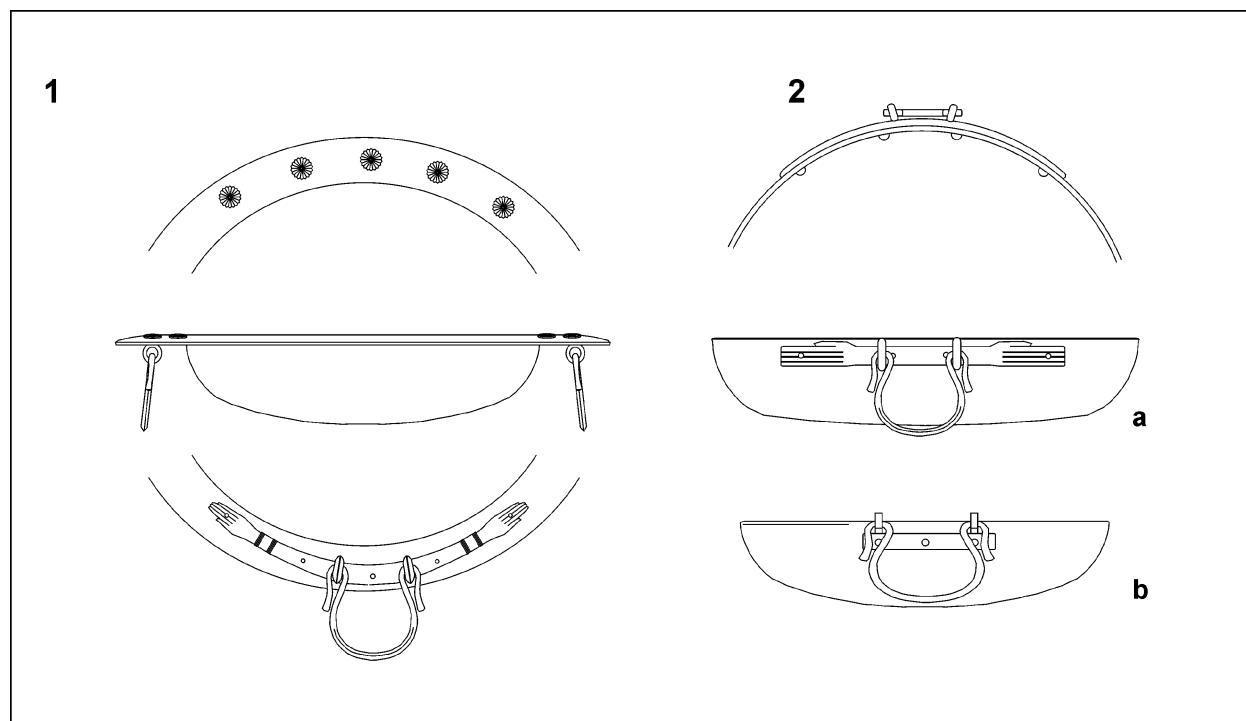


Figura 1. Tipología de los «braseros» protohistóricos peninsulares

rasgos básicos, ya indicados, podríamos añadir la ausencia de base diferenciada, que normalmente se resuelve en forma abombada o semiplana, lo que nos permite separar del grupo de los «braseros» un conjunto de vasijas aparecidas hace algunos años en el entorno de Sanchorreja (Ávila) que, participando de algunos elementos de los mismos, presentan esta peculiaridad en los asientos que los diferencia de los tipos canónicos (González Tablas et alii, 1991-92, 323).

Elemento característico de los «braseros», aunque no está presente en todos los ejemplares reconocidos, es la decoración escultórica que suelen presentar los extremos de los soportes, que adopta la forma de dos manos extendidas que exhiben el dorso, rasgo típico de la producción hispánica que apenas encuentra refrendo en otras zonas del Mediterráneo coetáneo. Esta característica decoración ha hecho que en muchas ocasiones se los denomine genéricamente como «braseros de manos» o «recipientes rituales con asas de manos» (Cuadrado, 1966; Prada, 1986).

También ha sido reconocida por la investigación, prácticamente desde sus inicios (Cuadrado, 1956), la existencia de dos tipos básicos de «braseros»: el Tipo 1, caracterizado por un ancho borde horizontal y por la disposición inferior de las asas y el Tipo 2, que carece de dicho borde y que, consecuentemente, presenta las asas pendidas en disposición lateral (Fig. 1). Esta división comporta componentes cronológicos y culturales ya que al tipo 1, también denominado oriental, se le ha venido atribuyendo una cronología más antigua, correspondiente con el Hierro I y una vinculación con el mundo de las sociedades orientalizantes del sur Peninsular. Por el contrario, el tipo 2, significativamente denominado ibérico, se adscribía más bien a la Segunda Edad del Hierro y a las culturas del Sureste y el Levante peninsulares (Cuadrado, 1956; 1966). Sin embargo, y aún siendo válida esta división en sus líneas generales, hallazgos más recientes han evidenciado que existen señaladas excepciones a la regla original, y que se documentan «braseros» de tipo 1 en contextos que podemos considerar tardíos y «braseros» de tipo 2 en conjuntos claramente arcaicos. A los ejemplos aducidos en anteriores trabajos (Jiménez Ávila, 2003) hay que añadir nuevas evidencias, como la aparición de una vasija, que ha sido considerada como un caldero pero que presenta ciertas analogías con los «braseros», en las excavaciones realizadas por el reciente y tristemente desapareci-

do J.P. Garrido en el Túmulo 2 de la necrópolis del Parque Moret de Huelva (Garrido, 2005, 1209) (Fig. 2.1). O el posterior hallazgo de un curioso «brasero» de tipo 2 asociado a un jarro piriforme en la necrópolis orientalizante de La Angorrilla (Alcalá del Río, Sevilla) (Fig. 2.2), (Jiménez Ávila 2012b; Jiménez Ávila e.p.), ambos ejemplares en contextos que apuntan al siglo VII a. C. Por tanto, conviene tener en cuenta estas consideraciones a la hora de aplicar automáticamente inferencias cronoculturales a los «braseros» a partir solamente de su tipología, si bien, como he señalado anteriormente, el esquema inicial sigue siendo el que se cumple de manera estadísticamente mayoritaria.

También la reciente investigación parece poner de manifiesto la existencia de una subdivisión dentro del tipo 2 que se refiere a la constitución de los bastidores. Así, junto a los «braseros» con soportes terminados en manos, cuyos bastidores aparecen fundidos conjuntamente con las anillas, y que podemos denominar Tipo 2a, comienza a hacerse hueco un segundo subtipo de «braseros» donde los soportes, normalmente de configuración laminar, carecen de manos en los extremos y forman las anillas de sujeción a través de un elemento arrollado que puede fabricarse de dos maneras distintas: 1) a partir del propio soporte, normalmente situados en los extremos y 2) mediante la inserción de un aditamento laminar independiente que queda sujeto al bastidor mediante un remache. Las dos modalidades están presentes en el repertorio extremeño que aquí tratamos. Este subtipo de «braseros» sin manos puede denominarse 2b, y desde el punto de vista simbólico y funcional no debe considerarse aparte de los otros tipos, pues está demostrada su convivencia en los mismos conjuntos en condiciones similares (Jiménez Ávila, 2003) e, incluso, se han documentado ejemplares de tipo 2b formando el típico set ritual jarro-«brasero» en la estancia perimetral N-6 del complejo palacial de Cancho Roano (Celestino y Jiménez Ávila, 1993) (Fig. 3), evidenciando su uso para los mismos fines que los «braseros» con manos. En este trabajo se añaden nuevas y sugerentes evidencias sobre la convivencia y la proximidad de ambos subtipos, gracias al nuevo conjunto de Villanueva de la Vera (Cáceres) que después será tratado.

A pesar del limitado valor cultural de la tipología de los «braseros», habida cuenta de que es el criterio que se ha venido utilizando para los anteriores catálogos, la utilizaré también aquí como criterio

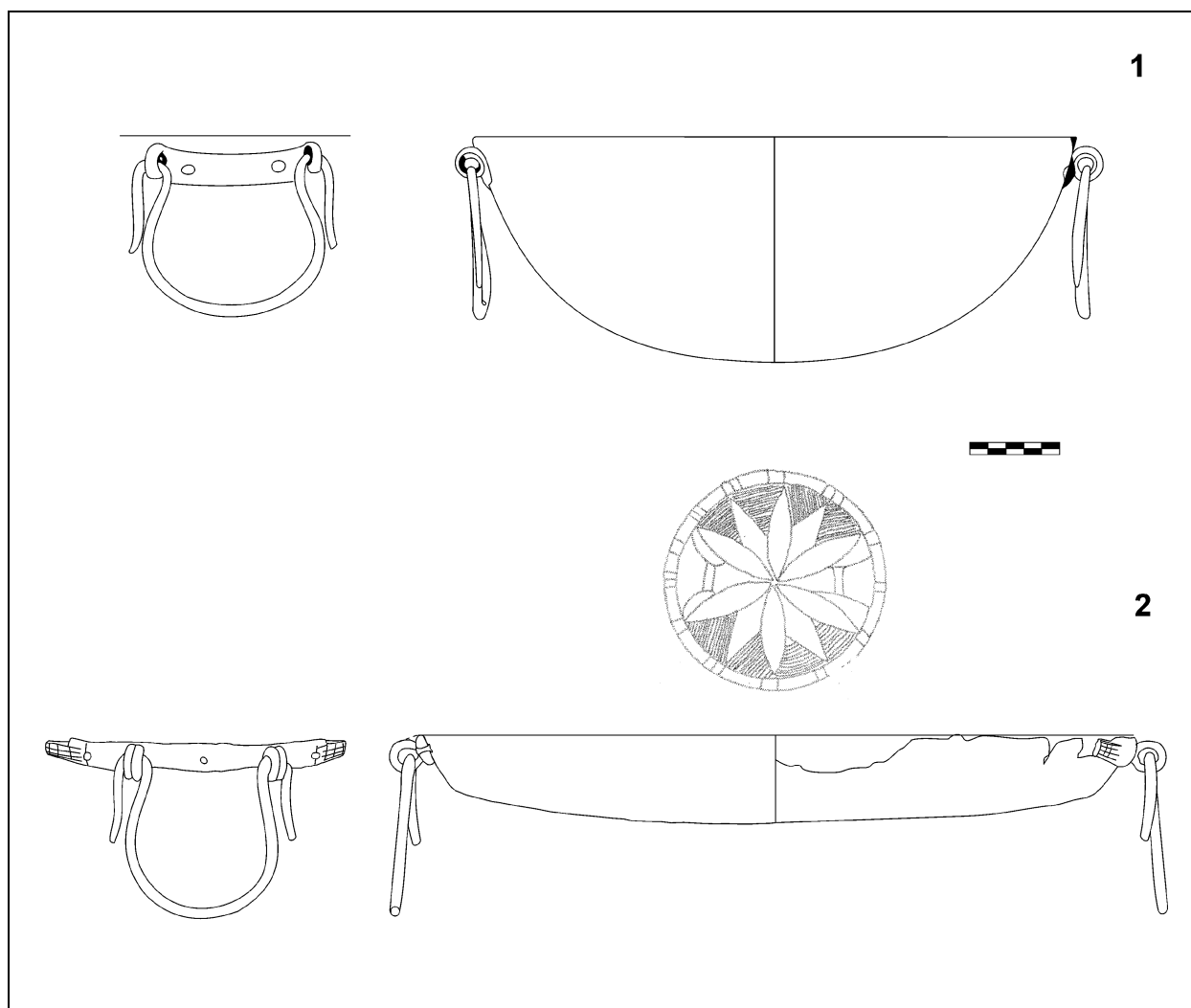


Figura 2. Recipientes del siglo VII con soportes laterales. 1: caldero del túmulo 2 de la necrópolis de Parque Moret - Santa Marta, Huelva (s. Garrido, 2005); 2: «braserо» de La Angorrilla, Acalá del Río, Sevilla

de ordenación en el actual repertorio de «braseros» extremeños.

1. «BRASEROS» DE TIPO 1

En el ámbito de los «braseros» de tipo 1 u “oriental” es donde menos aportaciones cabe realizar en esta actualización de recipientes de Extremadura, pues poco cabe añadir al ya conocido ejemplar de plata de Aliseda, aparecido en 1920 junto al resto de joyas del que sigue siendo unos de los tesoros más fastuosos del orientalizante ibérico (Fig. 4). Algunos nuevos ejemplares de este tipo se han hallado, no obstante, muy cerca de los límites del territorio regional, como en «braserо» de Alanís (Sevilla), conservado en una colección privada (Jiménez Ávila,

2002) o, dentro de Extremadura, muy cerca de los límites formales de lo que podemos considerar un «braserо», como el recipiente de borde horizontal repujado procedente del yacimiento de Pajares (Villanueva de la Vera) al que luego me referiré.

1.1. ALISEDA

El recipiente de Aliseda, único ejemplar extremeño claramente adscribible al tipo 1, continua siendo también un unicum dentro del catálogo de «braseros» metálicos protohistóricos de la Península Ibérica, tanto por su naturaleza argéntea como por algunas peculiaridades de su conformación, destacadamente, por la presencia de seis dedos en las manos de su único y corto soporte (Fig. 5).



Figura 3. Conjunto ritual integrado por un jarro y un «braseiro» de tipo 2b en el complejo palacial de Cancho Roano, Zalamea de la Serena, Badajoz (s. Celestino y Jiménez Ávila, 1993)

Actualmente se están realizando excavaciones en Aliseda, en lo que parecen ser las proximidades del lugar en que apareció el tesoro, que podrían aportar nuevos datos útiles para la interpretación de este célebre conjunto (Rodríguez Díaz et alii, e.p.).



Figura 4. Tesoro de Aliseda (Foto MAN)

Con anterioridad a estos trabajos, prácticamente desde su aparición hasta el día de hoy, se han venido emitiendo opiniones acerca del conjunto aliseño que lo interpretan de modo alternativo a la hipótesis más común: la que lo vincula con un depósito de signo funerario (por ej., recientemente, Celestino y Salgado, 2007). Estas opiniones, que se basan

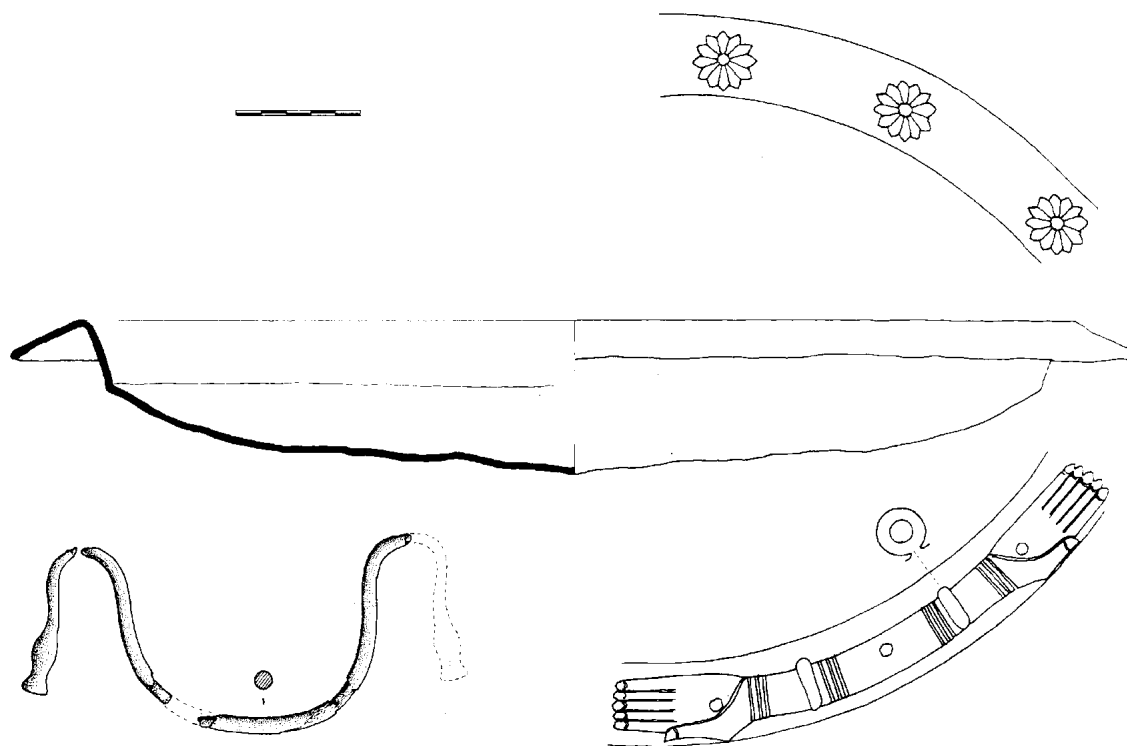


Figura 5. «Braseiro» de plata del tesoro de Aliseda (s. Almagro-Gorbea, 1977)

únicamente en los datos ya conocidos del tesoro, merecen algún comentario, por cuanto afectan al significado del «brasero» que forma parte del lote.

En realidad, son muy pocos los argumentos que se pueden esgrimir (de hecho, son pocos y débiles los que se esgrimen) para considerar una vinculación del Tesoro de Aliseda con ocultaciones rituales o debidas a contingencias históricas, o con ajuares de santuarios o espacios religiosos, que son las hipótesis que más corrientemente se han contrapuesto a la del ajuar de una tumba. La mayoría son de tipo negativo, como la ausencia de referencias a huesos en los relatos de los descubridores del conjunto, algo que no debe resultar extraño en quienes, sin duda, se centraron en los elementos de más valor. Sobre todo si, como resulta verosímil en un contexto de Hierro Antiguo, los huesos habrían sido calcinados como resultado de una cremación. Por otro lado, resulta llamativo que se alegue esta ausencia de restos óseos en trabajos donde, de manera algo forzada, se cuestiona el carácter funerario de otros conjuntos orfebres abundantemente asociados a huesos humanos (2,24 kg, en el conjunto de Talavera la Vieja, por ejemplo). Otro elemento controvertido es la presencia de una construcción de piedras asociada al hallazgo. Ya Mérida señala la posibilidad de que este posible muro formara parte de la construcción de una sepultura (Mérida, 1922: 341). Pero es que, habida cuenta de las circunstancias del hallazgo, tampoco hay nada que obligue a pensar que «muro» y tesoro fueran coetáneos. Ni siquiera la confusa referencia a que algunas de las piezas se hallaban separadas por esa construcción.

Por el contrario, y a la espera de conocer los datos de las nuevas excavaciones, existen elementos que aconsejan seguir considerando el hallazgo de Aliseda como un conjunto funerario. Por ejemplo el carácter completo de las piezas, menos propio de una ocultación. O la presencia de objetos como el jarro y el «brasero», que suelen aparecer, de manera conjunta, en depósitos tumbales. De hecho, en el contexto de la Península Ibérica del siglo VII a. C., fecha que se sigue aceptando unívocamente para el tesoro, todas y cada una de las parejas rituales jarro-«brasero» bien conocidas proceden de sepulturas (Jiménez Ávila 2002; 2012b). A los ejemplos ya estudiados, que se acercan a la decena, hay que añadir algunas nuevas incorporaciones, como las previamente citadas del túmulo 2 de Parque Moret (Huelva) o de La Angorrilla (Alcalá del Río, Sevilla). Los hallazgos de conjuntos de jarros y «brase-

ros» en contextos no cimiteriales, como el aducido de Cancho Roano, corresponden a momentos posteriores y siguen siendo muy minoritarios.

En cuanto a los hallazgos de conjuntos de joyas relacionados con ocultaciones o con tesoros de santuarios, hay que subrayar su escasez en el contexto de la Primera Edad del Hierro peninsular. Escasez que prácticamente se ve reducida al Tesoro del Carambolo (Camas, Sevilla), que también ha sido objeto de recientes estudios y revisiones. De hecho, y aunque no se indique de manera explícita, parece que es la revisión del significado del Tesoro del Carambolo lo que anima a proponer nuevas (o no tan nuevas) vías de análisis para el de Aliseda. En El Carambolo la constitución de las piezas áureas (la mayoría únicas en su género) puede dar verosimilitud a las lecturas que sobre él se han realizado y que han cristalizado en su reciente reconstrucción como parte de la vestidura litúrgica de dos animales llevados al sacrificio (Escacena y Amores, 2011). Pero la constitución del tesoro de El Carambolo y el de Aliseda son muy diferentes. En el caso de Aliseda faltan elementos que pudieran sostener una reconstrucción semejante, tratándose en su totalidad de joyas relacionadas con el adorno corporal humano (diademas, anillos, colgantes...) o de elementos que tienen una clara vinculación con el mismo, como el espejo de bronce, que encuentra difícil acomodo en la explicación del tesoro de un santuario y que, por el contrario, y al igual que sucede con los jarros y los «braseros», suelen aparecer, mayoritariamente, en contextos funerarios.

Por tanto, y a la espera de la publicación de los más recientes trabajos, entiendo que el tesoro de Aliseda debe interpretarse como un ajuar funerario. Y que, incluso aunque las excavaciones verifiquen la existencia de un espacio cultural, como tímidamente se ha propuesto (Rodríguez Díaz *et alii*, e.p.), habría que tener en cuenta una posible relación entre estos espacios de culto y las sepulturas diferenciadas, pues cada día es más claro que uno de los elementos que mejor definen la religión del Hierro Antiguo en el Suroeste peninsular es el culto a los ancestros.

1.2. EL RECIPIENTE DE IMITACIÓN DE PAJARES

Del material publicado de la necrópolis de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) (Celestino, 2000) procede un recipiente que reproduce algunos de los elementos de los aguamaniles de tipo 1, pero presenta peculiaridades atípicas que hacen dudoso

que estemos ante un verdadero «brasero». Se trata de una vasija de copa redondeada y borde horizontal que aparece profusamente decorado con temas geométricos trabajados mediante repujado, aprovechando la fineza de la lámina que ha sido reducida por batido, como es propio de la tradición metalística a la que se adscribe, que se instala en esta zona meseteña a fines de la Primera Edad del Hierro. Los motivos representados son una sucesión de círculos concéntricos encadenados y unas formaciones angulares que ribetea el borde y que carecen de parangón en el repertorio de la bronceística protohistórica peninsular. Los círculos, unidos entre sí por una línea que define la mitad de la anchura del borde, rodean 20 abultamientos en forma de casquete esférico que, en todos los casos, presentan la cúspide perdida, lo que hace sospechar que estos elementos culminaran en algún tipo de adorno incrustado en otro material que fuera extraído antes de su deposición (Fig. 6).

Junto a estas propiedades, las asas (que se han perdido) no se sujetan por un único bastidor, sino mediante parejas de presillas fijadas bajo del borde con remaches, rasgo que resulta anómalo incluso dentro de su propia tradición bronceística.

Desde el punto de vista contextual y funcional, y aunque el «brasero» fue extraído con anterioridad a las excavaciones arqueológicas realizadas en la zona, parece que este recipiente se usó como tapadera en una de las urnas metálicas que componían este extraordinario conjunto, lo cual constituye otra singularidad más que añadir a este vaso.

El contexto de la necrópolis, con cerámicas propias del ámbito vetón (Celestino, 2000) sugiere una cronología avanzada, situable entre finales del siglo V y el IV a. C., que tampoco es la que más conviene a los recipientes de tipo 1, si bien en la misma zona meseteña se encuentran verdaderos «braseros» de tipo 1 que deben presentar una cronología no muy alejada de este ejemplar (González Tablas *et alii*, 1991-92).

En suma, debemos considerar que este vaso de Pajares es una imitación de los «braseros» del tipo 1 adaptado o enriquecido con algunas de las posibilidades que ofrece la técnica artesanal empleada en su confección, en particular, la decoración repujada que ostenta en el borde y que quizá se combinara con la incrustación de elementos ornamentales de otra naturaleza, lo que lo sitúa entre los objetos más singulares y destacables de la bronceística peninsular de su generación.



Figura 6. Recipiente de Pajares (s. Celestino, 2000)

2. «BRASEROS» DE TIPO 2A

Hasta hace pocos años, los únicos ejemplares de «braseros de manos» de tipo 2 procedentes de Extremadura eran los hallados en el complejo palacial de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), algunos de ellos ya incorporados en la última puesta al día del catálogo general realizado por P. Caldentey y sus colaboradores (1996). De este yacimiento se conserva un ejemplar completo hallado por J. Maluquer en 1979, en un sondeo realizado al norte del edificio principal, en lo que, posteriormente, se ha reconocido como la estancia perimetral N-1 (Celestino y Jiménez Ávila, 1993); dos fragmentos de manos correspondientes al extremo de dos soportes diferentes y tres fragmentos de bastidor con anillas (dos de los cuales manteniendo fragmentariamente sus correspondientes asas) que, por estar fundidas, deben corresponder también a este mismo tipo (Fig. 7). Aparte, se conservan algunas asas aisladas y otros fragmentos que podrían pertenecer a vasijas del mismo grupo 2a. La mayor parte del material ha sido recogida en el trabajo conjunto sobre los bronceos de Cancho Roano (Celestino y Zulueta, 2003) con algunos problemas

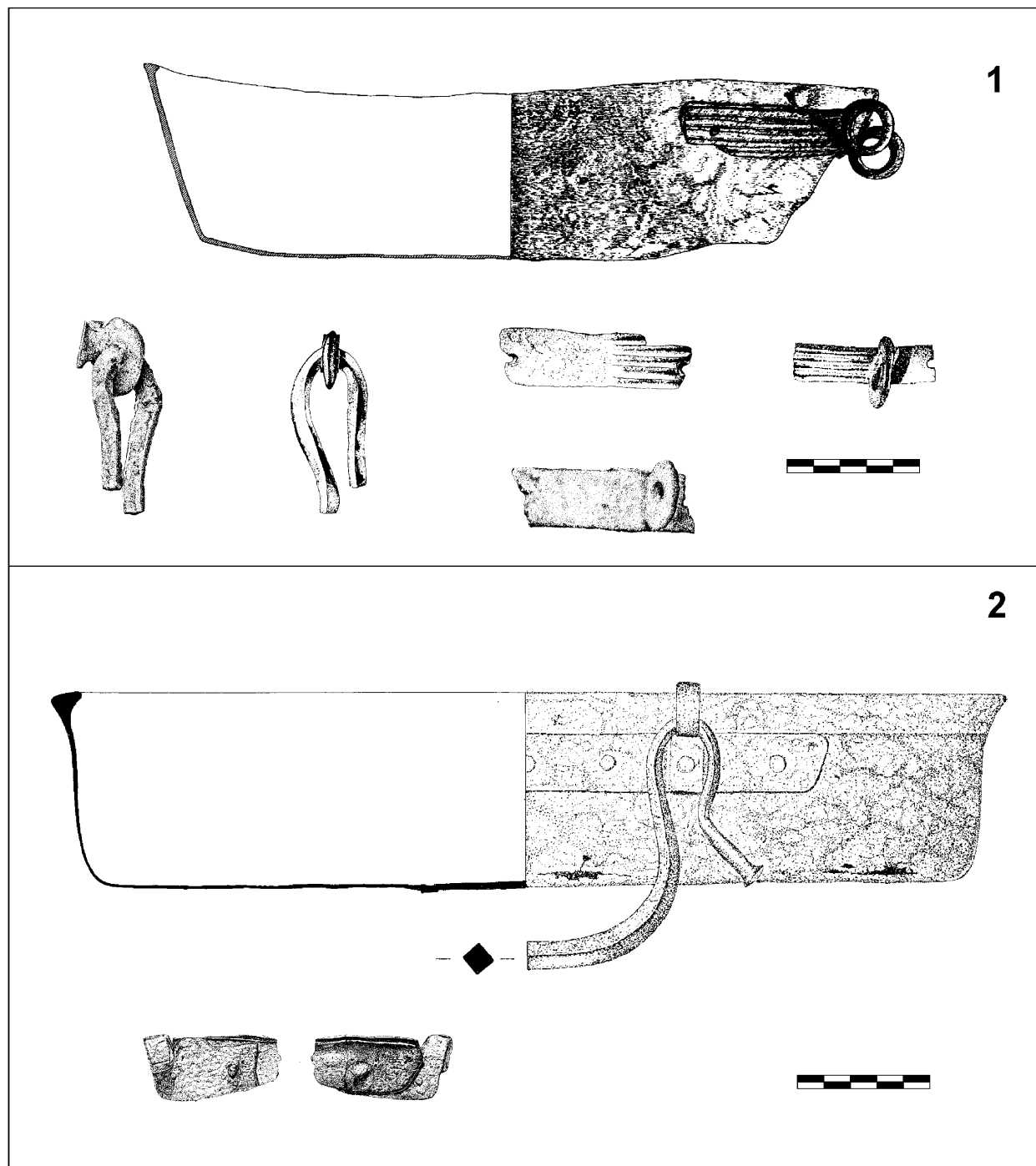


Figura 7. «Braseros» completos y fragmentarios del complejo palacial de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz). 1: Tipo 2a; 2: Tipo 2b (s. Maluquer de Motes, 1981; Celestino y Jiménez Ávila, 1993; 1996; Celestino y Zulueta, 2003)

que ya han sido señalados y que este tipo de material acusa especialmente (Jiménez Ávila, 2012a, 186-188). Es posible que, a pesar de su dispersión por distintas zonas del edificio, el material fragmentario pudiera adscribirse a las mismas vasijas, con lo que el número de individuos reconocibles podría reducirse a tan solo dos o tres ejemplares, aunque es razonable pensar en que fueran algunos o más. La propia morfología de los «braseros» de Cancho Roano obliga a extremar la prudencia a la hora de individualizar unidades en función de la disimilaridad de los componentes, pues el «brasero» completo de N-1 presenta dos soportes completamente distintos, algo seguramente debido a la reutilización y reparación de elementos, que se repite en otras unidades conocidas y que parece ser una constante en este tipo de objetos. No obstante, tampoco es posible una identificación certera del NMI a partir de los datos publicados en el trabajo de conjunto sobre los bronce del yacimiento, que no hacen un análisis de correspondencia y que, incluso, presentan errores en la identificación gráfica de los elementos¹ (Celestino y Zulueta, 2003).

Con posterioridad a estos hallazgos de Cancho Roano se han localizado nuevos «braseros» de este tipo que han sido dados a conocer irregularmente en los alrededores del Castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres), la necrópolis de El Cuco (Guadajira, Badajoz) y la zona de El Jardín, en la comarca de La Serena (Badajoz).

2.1. VILLASVIEJAS DEL TAMUJA

Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres), es un enorme castro de la Segunda Edad del Hierro que constituye una de las referencias clásicas del mundo prerromano en la Alta Extremadura. Objeto de excavaciones en los años 70 y 80 (Hernández et alii, 1989), está rodeado por varias necrópolis de cremación correspondientes a diferentes épocas, alguna de las cuales ha sido también excavada y publicada (Hernández y Galán, 1996).

Desgraciadamente, esta celebridad ha hecho que sea objeto continuo de atracción por parte de furtivos y detectoristas de la zona, que frecuentemente causan importantes daños a los restos arqueológicos, tanto en la zona de hábitat como en los cementerios.

¹ Por ejemplo en el caso del fragmento de la fig. 6.5 identificado con un ejemplar hallado en el sector Oeste y que, en realidad, corresponde al extremo de uno de los soportes del recipiente de N-1.

El material al que ahora nos referimos procede, precisamente, de estas actividades ilícitas y fue incautado por la Policía durante 1999 a un conocido detectoaficionado local durante la tramitación de unos expedientes judiciales que, feliz e inusualmente, culminaron con la orden de depositar la mayor parte del conjunto en el Museo Provincial de Cáceres, si bien el proceso no ha concluido de forma definitiva.

Se trata de dos extremos derechos de otros tantos soportes de bronce correspondientes, por su aspecto, a dos «braseros» distintos, aunque ya se ha advertido más arriba de la prudencia que hay que tener a la hora de realizar inferencias automáticas de este tipo.

La procedencia del entorno del castro de Botija para estos dos hallazgos puede darse por cierta, pues fue reconocida por el autor de los mismos, y coincide con la de la mayor parte del material de la Edad del Hierro incautado en esta operación policial.

Estos dos objetos fueron mencionados en mi trabajo sobre los «braseros» del Museo de Cabra (Córdoba) e incluidos en la tabla de hallazgos y en el mapa adjuntos (Jiménez Ávila, 2003, 182), pero a efectos gráficos y descriptivos permanecían hasta ahora inéditos, por lo que procede su descripción pormenorizada.

Botija 1

Museo Provincial de Cáceres. Depósito judicial. Inv^o (dentro del lote): 28.

Bronce. 10,9 x 1,8 x 1,6 cm. Anilla = 2,45 cm de diámetro 71,1 g.

Fig. 8.1.

Fragmento correspondiente a, aproximadamente, la mitad derecha de un soporte de «brasero» de bronce de tipo 2a. Presenta la mano extendida exhibiendo el dorso, con la parte distal redondeada, reproduciendo la anatomía de modo naturalista si no es porque el número de dedos modelados es de seis, como en el ejemplar de Aliseda. El pulgar aparece bien trabajado, con la curvatura del metacarpo indicada y el extremo puntiagudo. El trabajo escultórico es de buena calidad, aunque no se representan las uñas. En lo que sería el antebrazo presenta dos gruesas molduras de diferente anchura a modo de brazaletes, separados de la parte central del soporte por un ligero abocinamiento del fuste. En este tramo central, cerca de los brazaletes se instala la anilla circular, en posición vertical, fundida solidariamente con el resto del soporte y de 2 cm de diámetro. En el otro extremo conservado, que parece

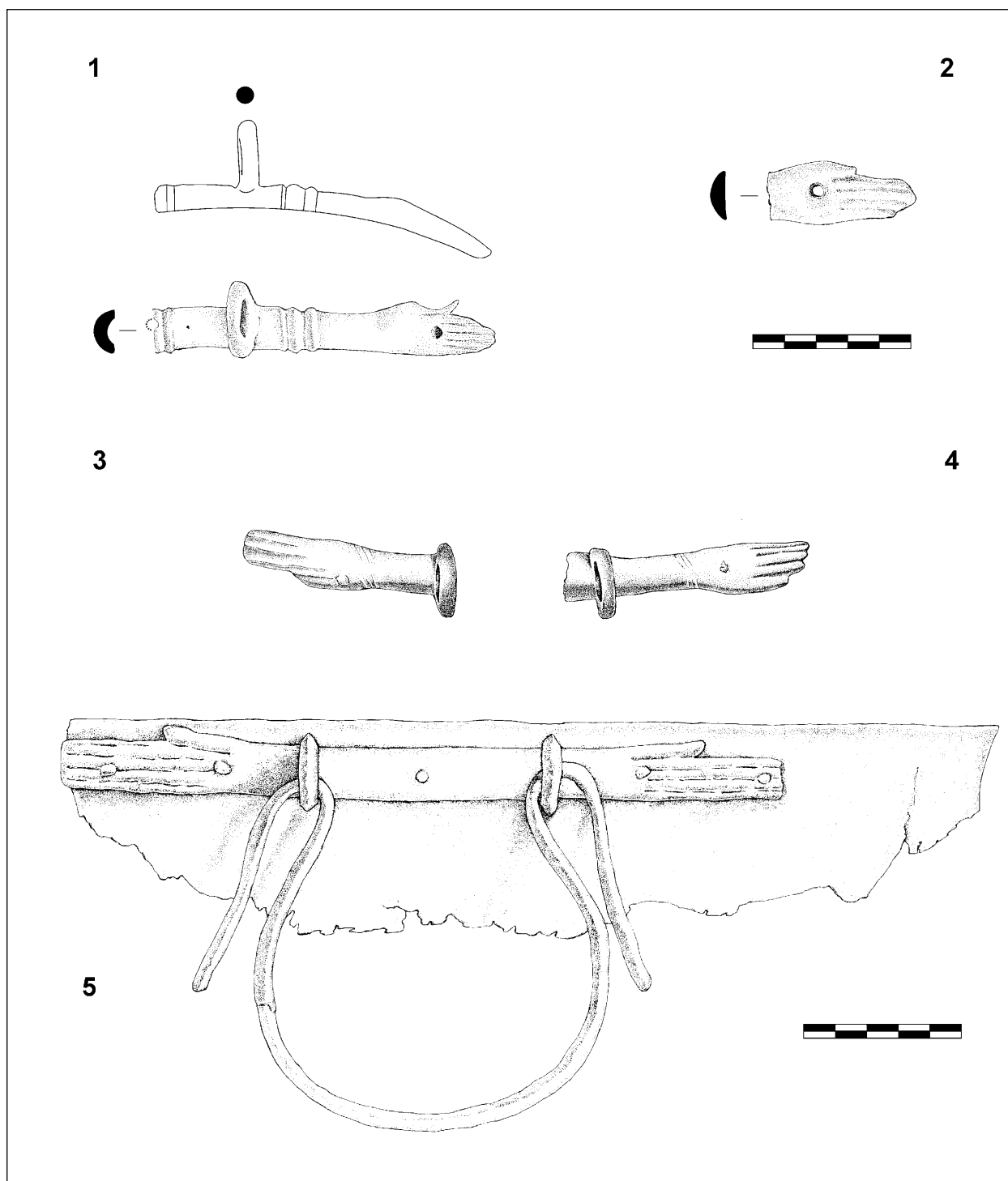


Figura 8. «Braseros» de tipo 2a: 1 y 2. Villasviejas del Tamuja, Botija (Cáceres); 3 y 4. El Cuco, Guadajira (Badajoz); 5. El Quintillo, Benquerencia de La Serena (Badajoz). Dibujos J.M. Jerez.

corresponder con la zona central del bastidor, aparecen otras dos molduras similares a los antedichos brazaletes, pero más finas. En esta zona la sección del soporte es convexa (hueca). Presenta dos perforaciones circulares, una en el arranque de los dedos y otra en las molduras del extremo roto, justo por donde se ha fragmentado. Probablemente tuviera tres remaches. Visto desde arriba presenta la acusada curvatura que denuncia su configuración para ser aplicado en el lateral de una vasija curva.

Botija 2

Museo Provincial de Cáceres . Depósito judicial. Invº (dentro del lote): 29.

Bronce. 4,6 x 2 x 0,5 cm. 18, 4 g.

Fig. 8.2.

Fragmento correspondiente al extremo derecho de un soporte de bronce de un «brasero» de tipo 2a. Se conserva la mano completa, extendida y mostrando el dorso, como es usual en este tipo de bienes. Se ha fragmentado en la zona de intersección del soporte que, conforme a lo conservado, sería de sección planoconvexa. El trabajo escultórico es de buena calidad, habiéndose trabajado con naturalismo la diferente longitud de cada uno de los cinco dedos y una depresión en el pulgar que podría indicar la uña, rasgo que, sin embargo, no aparece en sus compañeros. En la zona central del metacarpo presenta una perforación circular para el remache de sujeción a la vasija.

Estos dos hallazgos de Botija pueden adscribirse, tanto por su morfología cuanto por su “contexto”, a la segunda Edad del Hierro, convirtiéndose de esta manera en los únicos bienes de este subtipo datables dentro de esta cronología que han aparecido hasta ahora en la provincia de Cáceres, donde, no obstante, se conocían los ejemplares del tipo 1 de Aliseda y del tipo 2b de El Risco y Pajares, que se fechan aún en el Hierro Antiguo.

Dentro del espacio que definen el castro y las necrópolis de Botija es difícil aventurar a cuál de las diferentes áreas de hábitat o funerarias podrían corresponder, pues estos objetos barren todo el período cronológico propuesto para el yacimiento, que abarca desde el siglo IV hasta el contacto con el mundo romano (Hernández et alii, 1989; Hernández y Galán, 1996). En cualquier caso, estos recipientes vienen a sumarse al conocimiento de las sociedades prerromanas de la Alta Extremadura y ponen de manifiesto su relación con las costumbres rituales de otras áreas de la Península Ibérica.

2.2. EL CUCO (GUADAJIRA, BADAJOZ)

En el entorno geográfico ocupado por las actuales localidades de Lobón y Guadajira, junto al Gadiana, se asentó un centro importante de población protohistórica que, a juzgar por lo que hoy conocemos, desarrolló un curioso modelo itinerante desde el Bronce Final hasta la Segunda Edad del Hierro, ocupando sucesivos emplazamientos como Los Concejiles, El Pico de Lobón o el propio pueblo de colonización de Guadajira. A los pies de este último, en terrenos afectados por las remociones del Plan Badajoz, se localiza el yacimiento de El Cuco, considerado unas veces como una necrópolis orientalizante (Jiménez Ávila y Ortega, 2004; Jiménez Ávila, 2008) y otras como una zona de vertidos de las tierras del propio poblado, que ha llegado a ser indentificado con la ciudad hispánica de Dipo (Almagro-Gorbea et alii, 2009). De este entorno, ya conocido por haber aportado un interesante lote de cerámicas griegas (Jiménez Ávila y Ortega, 2004; 2006) y una abundante colección de materiales prerromanos que se encuentran en estudio, proceden también los restos de un «brasero» de bronce del que subsisten dos extremos de soporte acabados en manos.

Se conservan en una colección particular de Guadajira a la que no he tenido acceso, por lo que solo se conocen a través de los dibujos que en su día pudo realizar J. Manuel Jerez Linde que sí conoció el material de visu. Estos dibujos son los que han aparecido ya en algunas publicaciones (Jiménez Ávila, 2008, Almagro-Gorbea et alii, 2009) y es a partir de ellos que se puede realizar una sucinta descripción. Estos objetos fueron además mencionados en mi trabajo sobre los «braseros» del Museo de Cabra y, como los anteriormente descritos de Botija, incluidos en el cuadro y en el mapa anexos como material inédito (Jiménez Ávila, 2003).

El Cuco 1a

Colección Particular (Guadajira)

Bronce. 7,5 x 1,7 x 2,2 cm.

Fig. 8.3

Fragmento lateral izquierdo de un soporte de «brasero» de tipo 2a (?). Presenta el extremo distal acabado en la típica mano extendida con los 5 dedos unidos, de corta dimensión y de longitud decreciente en modo escalonado a partir del índice. Lo atraviesa un remache en la zona central del metacarpo. En la muñeca se han trabajado tres finas incisiones oblicuas y discontinuas, imitando pulseras o brazaletes.

En el extremo opuesto del fragmento conservado se mantiene una anilla circular en disposición vertical, un poco antes de la zona por la que se ha roto.

El Cuco 1b

Colección Particular (Guadajira)

Bronce. 6,5 x 1,7 x 2,3 cm.

Fig. 8.4

Fragmento lateral derecho de un soporte de «braser» de tipo 2a (?) similar al anterior. Como rasgo diferencial, la mano presenta los dedos más largos y cortados a ras. El remache se aproxima más al extremo superior que el del otro fragmento. Pero la muñeca presenta las mismas incisiones, que se interrumpen en la parte dorsal, y la misma orientación. Conserva, igualmente, una anilla vertical de similares dimensiones que la del ejemplar 1a situada en la zona donde se ha roto el bastidor. La distancia de la anilla al extremo de la mano es ligeramente inferior a la del otro fragmento de soporte procedente de este sitio.

La falta de análisis directo de estas piezas obliga a mantener algunas reservas en cuanto a lo que aquí propongo para ellas a efectos de inventario y de clasificación, que, consecuentemente, debe ser considerado con carácter de hipótesis en tanto exista la posibilidad de examinar el material en mejores condiciones. Así sucede con su correspondencia a un mismo «braser», que se hace, fundamentalmente, a la vista de la coincidencia de dimensiones en los bastidores y en las anillas, a pesar de una cierta diferencia en las manos. Pero, sobre todo, a partir de las incisiones imitando pulseras que los ambos presentan en la zona de las muñecas y que guardan una gran similitud entre sí. Igualmente, resta en el campo de la hipótesis (aunque en el de la hipótesis más probable) su adscripción al tipo 2a, pues los dibujos no permiten verificar si la vista superior de las piezas es curvada o recta. En este caso ha sido el aspecto general de los soportes, la mayor probabilidad de que se trate de «braser» ibéricos –habida cuenta de la mayor cantidad de estos– y el propio contexto del material en el que aparecen, lo que anima a preferir su inclusión provisional en este tipo.

En cualquier caso, este nuevo ejemplar de «braser» contribuye a subrayar la importancia del asentamiento protohistórico del entorno de Guadajira y a fortalecer las conexiones mediterráneas en esta zona del Valle Medio del Guadiana, tal y como evidenciaban otro tipo de materiales como las cerámicas griegas ya conocidas.

2.3. EL JARDÍN (CABEZA DEL BUEY - BENQUERENCIA, BADAJOZ)

Con el nombre de El Jardín se conoce una vasta zona situada entre los municipios de Castuera y Cabeza del Buey, en la comarca pacense de La Serena. La zona ocupa una amplia llanura justo en el piedemonte septentrional de las sierras que unen estas dos localidades y que condicionan la orientación del Zújar, que fluye al otro lado de las cadenas montañosas, marcando el límite entre las actuales provincias de Badajoz y Córdoba.

En esta zona se produjeron a lo largo de los años 90 una serie de hallazgos arqueológicos fruto de actividades furtivas que, en algunos casos, pudieron ser localizados y recuperados por parte de los servicios de Patrimonio Cultural de la Junta de Extremadura.

A los efectos que aquí nos interesan, destacan una serie de vasos de bronce hallados en dos lugares próximos situados en otras tantas fincas correspondientes a los actuales términos municipales de Cabeza del Buey y Benquerencia de la Serena y que parecen responder a una zona funeraria de la Primera Edad del Hierro que se articula en varios núcleos dispersos. En la primera de ellas, denominada El Quintillo, aparecieron tres vasos de bronce uno de los cuales corresponde a un «braser» de tipo 2a, con soportes de manos (Fig. 8.5). Este recipiente ha sido publicado ya de manera pormenorizada, incluyendo una serie de análisis químicos realizados en el Centro Nacional de Aceleradores de Sevilla (Jiménez Ávila, 2007; 2008). Por eso, me limito aquí a reproducir brevemente las indicaciones sobre cronología y significado cultural que entonces se avanzaron y que lo sitúan en el siglo V a. C. y en relación con las aristocracias rurales que ocuparon la zona en época post-orientalizante y que tienen su manifestación arqueológica más destacada en los complejos palaciales de tipo Cancho Roano, situado en la misma comarca. Remito, en consecuencia, a las publicaciones originales para mayores precisiones.

3. «BRASEROS» DE TIPO 2A

El material extremeño ha sido determinante en la definición del tipo 2b de los «braser» de bronce protohistóricos de la Península Ibérica, ya que fue en el yacimiento de Cancho Roano donde por primera vez se describió el característico sistema de soportes y anillas a base de láminas arrolladas, a partir de una serie de ejemplares que presentaban este rasgo, en particular un «braser» completo,

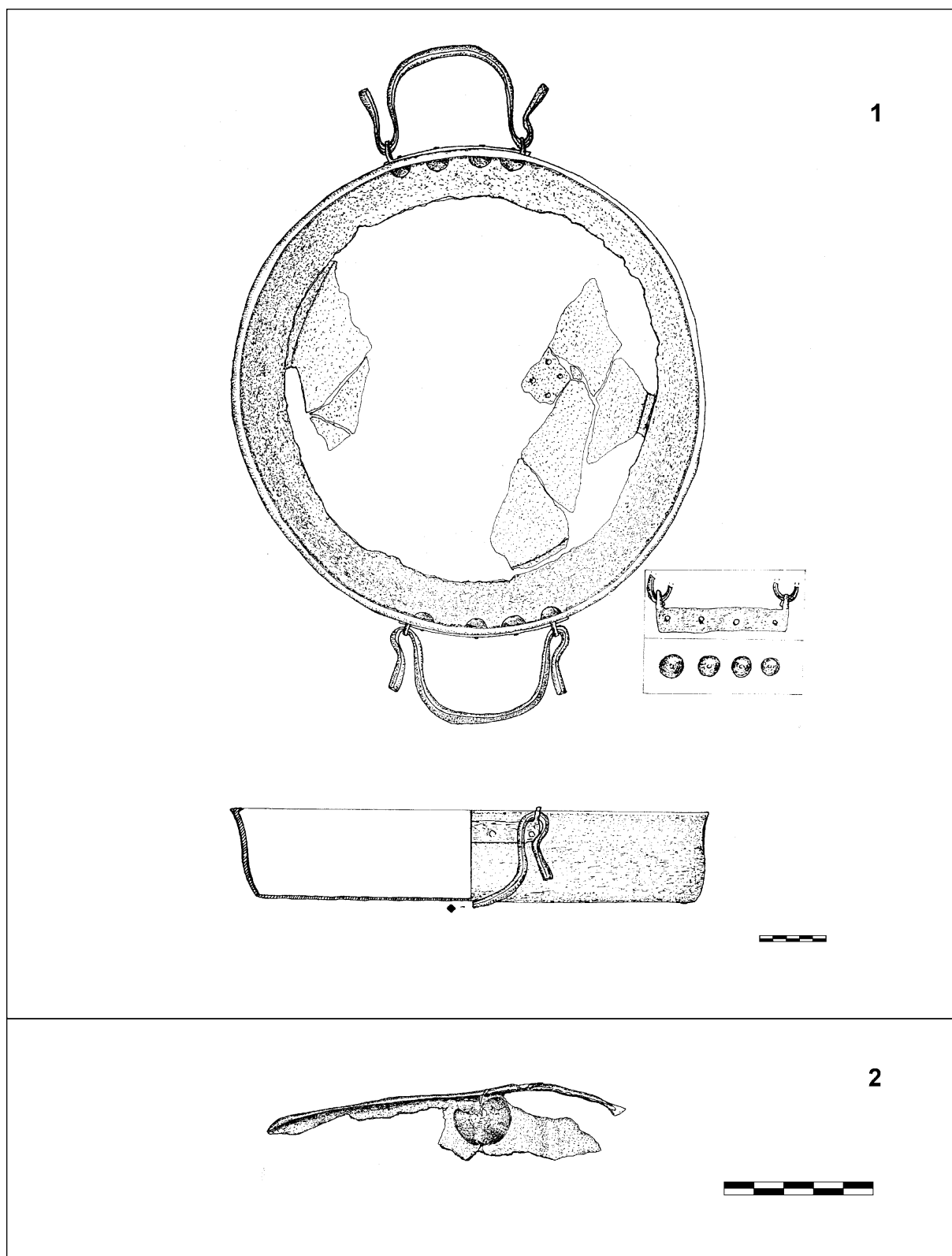


Figura 9. «Braseros» de tipo 2b de Pajares, Villanueva de La Vera (Cáceres). Dibujos A. González Cordero

procedente de la estancia 6 del Sector Norte (Celestino y Jiménez Ávila, 1993: 92-95). No obstante, este sistema ya había sido documentado en la serie de vasijas de Sanchorreja (González Tablas et alii, 1992-93). Con posterioridad se han publicado nuevos restos que pueden corresponder a otros «braseros» de este mismo tipo procedentes de Cancho Roano, hasta completar un catálogo de, al menos, tres ejemplares (Fig. 7), si bien, como en el caso de los recipientes de tipo 2a, el estado fragmentario del material y el nivel de análisis, obliga a establecer un carácter aproximativo para esta cuantificación, pues podrían incluirse en este grupo algunos elementos aislados como asas, casquetes, etc. algunos aún inéditos.

Aparte del material de Cancho Roano, han aparecido restos de «braseros» del tipo 2b en los yacimientos de Pajares (Villanueva de la Vera), El Risco (Sierra de Fuentes) y La Mata (Campanario), todos ellos publicados en los últimos años.

3.1. PAJARES (VILLANUEVA DE LA VERA, CÁCERES)

Del yacimiento de Pajares, ya mencionado a raíz de la aparición allí de un vaso de imitación del tipo 1, se han publicado otros tres «braseros» que merecen una reconsideración, pues hay errores sustanciales de identificación en el trabajo que los ha tratado (Celestino, 2000). De este modo, solo el «braserero» nº 2, hallado en la necrópolis II, corresponde en realidad a lo que de él se ha publicado (Celestino, 2000, 104, fig. 4). Del llamado «braserero» nº 1, aún conservado en la Colección Colores de Villanueva de

la Vera, se reproduce un dibujo erróneo (Celestino, 2000, 103, fig. 3), siendo el que realmente le corresponde el que ahora recojo aquí, realizado por el Dr. A. González Cordero (Fig. 9.1). Finalmente, lo que se reconoce como «braserero» nº 3 (Celestino, 2000, 104, fig. 5) debe de corresponder en realidad al borde horizontal de una urna bitroncocónica de las que se conservan varias unidades en este yacimiento y no a un «braserero», pues el fragmento conservado no encaja con ninguna de las partes de estos bien tipificados recipientes. En su lugar, presento aquí un tercer «braserero» de Pajares, también conservado en la Colección Colores, del que se conserva tan solo un fragmento del borde con un casquete al interior correspondiente a un remache de sujeción del soporte (Fig. 9.2). De este modo, el catálogo de «braseros» conocidos de Pajares no se altera a efectos cuantitativos pero sí se modifica sustancialmente en sus componentes cualitativos.

3.2. EL RISCO (SIERRA DE FUENTES, CÁCERES)

Del conjunto de materiales de bronce procedentes del poblado de El Risco, ya publicado (Jiménez Ávila y González Cordero, 1996, fig. 1.6), procede una pieza lamimar obtenida por el procedimiento de arrollado que puede ser identificada como parte del soporte de un «braserero» de tipo 2b. En este caso, la arandela se ha trabajado de manera independiente del elemento horizontal del soporte, al que se uniría mediante un remache que aún se conserva (Fig. 10.1). Esta arandela presenta el extremo proximal ensanchado en forma de paleta lo que dificulta que se pueda partir al perforarla para introducir el

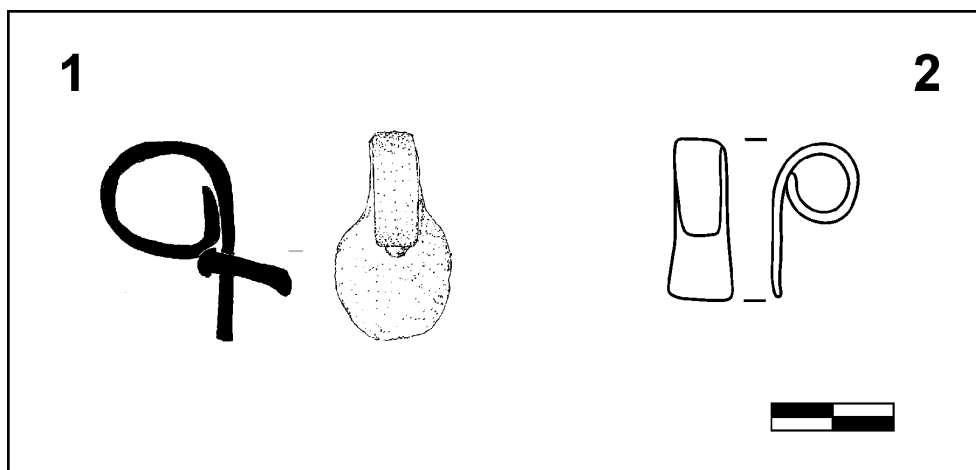


Figura 10. Anillos arrollados correspondientes a «braseros» de tipo 2b. 1. El Risco, Sierra de Fuentes (Cáceres); 2. La Mata, Campanario (Badajoz), (s. Jiménez Ávila y González Cordero, 1996 y Rodríguez Díaz, 2004, respectivamente)

remache. Esta solución de ensanchar el extremo de la lámina debía estar bastante generalizada, como se desliga de las piezas similares que se observan en los soportes de algunos de los «braseros» del grupo de La Chinarrera-Pajares que aquí presentamos, y que, por hallarse desprendidos del cuerpo del recipiente permiten realizar esta observación (ver fig. 12.4). Normalmente, no es posible verificar a simple vista si las arandelas de esta modalidad se ensanchan, al quedar aprisionada esta parte entre el soporte y la copa del «brasero».

La longitud del remache conservado sugiere que éste atravesaría el soporte, el «brasero» y el casquete hemisférico típico de estas producciones. En esto se diferencia de los soportes de La Vera, que primero se constituyen por separado (bastidor horizontal + anillas) y después se fijan al recipiente.

El fragmento de El Risco se incluye en un heterogéneo conjunto de materiales de muy diversa cronología (Bronce Final, Orientalizante, Post-orientalizante) entregados de manera colectiva en el Museo de Cáceres en los años noventa. La naturaleza de este depósito, en el que se incorporan restos de fundición, desechos, etc. no permite asegurar que en este poblado cacereño hubiera «braseros», ya que el fragmento podría haber llegado allí como chatarra o por su valor como desecho metálico.

3.3. LA MATA (CAMPANARIO, BADAJOZ)

Una anilla arrollada de tipo similar a la de El Risco, pero conservada de modo mucho más fragmentario, se halló en las excavaciones del edificio post-orientalizante de La Mata (Campanario) (Fig. 10.2), junto a otros elementos que podrían identificarse como correspondientes a recipientes de tipo «brasero», como un casquete hemisférico y posibles fragmentos de soportes y asas. En estos casos no es posible verificar si corresponderían a vasijas de este subtipo o a «braseros» del tipo 2a. Estos elementos han sido también ya publicados en la memoria de excavaciones de este yacimiento, incluyendo análisis de composición química (Rodríguez Díaz, 2004).

El hallazgo de La Mata refleja la presencia de vajilla ritual de bronce en este edificio en la misma medida y con similar significación a como la encontramos en Cancho Roano, aunque en cantidades y modos mucho menos elocuentes, algo tal vez debido a los diferentes procesos históricos y tafonómicos sufridos por estos dos edificios tan parecidos. Aunque fragmentaria, no deja de ser llamativa la

concentración de estos elementos de prestigio en la llamada estancia 2 de este edificio (Rodríguez Díaz, 2004, fig. 117), un espacio que, si se superpone a la planta de Cancho Roano, coincide grosso modo con la habitación 8, donde también se localizaron grandes cantidades de bronce, lo que podría sugerir unos usos similares para estos dos departamentos en algún momento de su historia (Jiménez Ávila, 2009).

4. EL CONJUNTO DE LA CHINARRERA-PAJARES (VILLANUEVA DE LA VERA, CÁCERES)

He dejado para el final un conjunto de cuatro «braseros» hallados en el lugar conocido como La Chinarrera, dentro del entorno del área arqueológica de Pajares, en Villanueva de la Vera (Cáceres) pero bastante alejado de los núcleos que fueron intervenidos arqueológicamente en los años noventa del siglo XX, tanto las ya publicadas zonas de necrópolis (Celestino, 2000) como los aún inéditos trabajos realizados en áreas de hábitat. Este proceder se debe al carácter mixto de este conjunto, ya que engloba unidades de los subtipos 2a y 2b, y a su estado completamente inédito, pues ni siquiera aparece mencionado en los ya citados trabajos donde los demás sí eran sucintamente referidos (Jiménez Ávila, 2003). Además, una de las unidades de este conjunto, con un sistema de agarres de tipo 2b, presenta en el extremo el tosco trabajo de imitación de unas manos lo que, de nuevo, estrecha la vinculación entre ambos subtipos, al tiempo que acrecienta su interés.

El hallazgo se produjo a finales de los años ochenta del siglo pasado por parte de un vecino de Navalmoral de la Mata, llamado M. Iglesias fallecido algunos años después. Su depósito en el Museo de Cáceres fue realizado por el Dr. A. González Cordero quien se encargó de realizar las oportunas gestiones para su cesión.

El material apareció todo junto, lo que abre algunos interrogantes sobre su significado, pues aleja la posibilidad de que se trate de un depósito funerario o una zona de hábitat. Por otro lado, incorpora elementos que estaban claramente incompletos o fragmentarios, como el «brasero» nº 4, lo que nos pone ante la posibilidad de que estemos ante material de desecho destinado a refundirse, posibilidad ésta que tropieza, no obstante con el carácter monoespecífico de la agrupación, que solo incluye recipientes de tipo «brasero». En cualquier caso, y a la vista de los datos de que hoy disponemos, puede que haya que

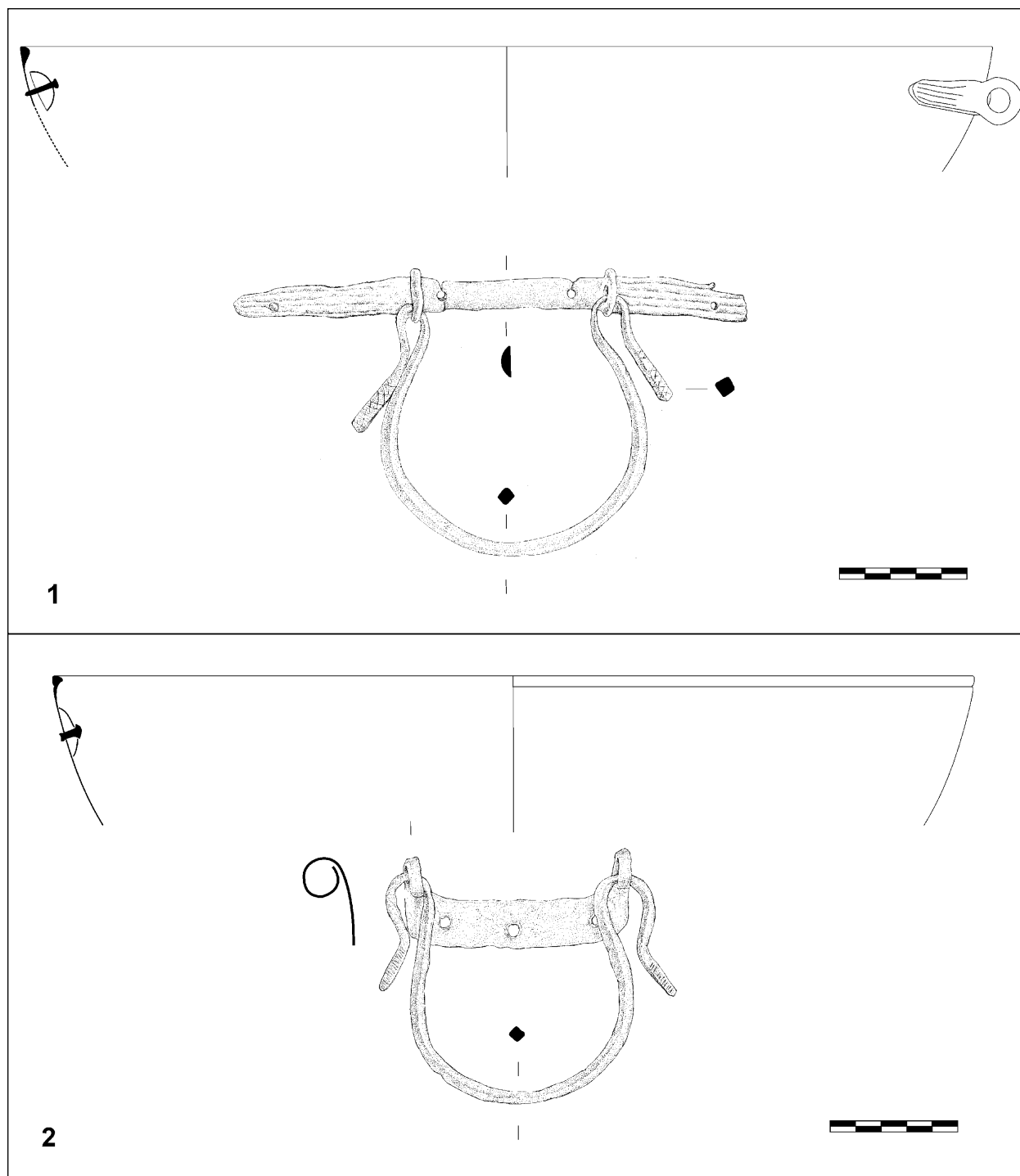


Figura 11. «Braseros» 1 y 2 de La Chinarrera-Pajares. Dibujos J. Jiménez Ávila – J.M. Jerez).

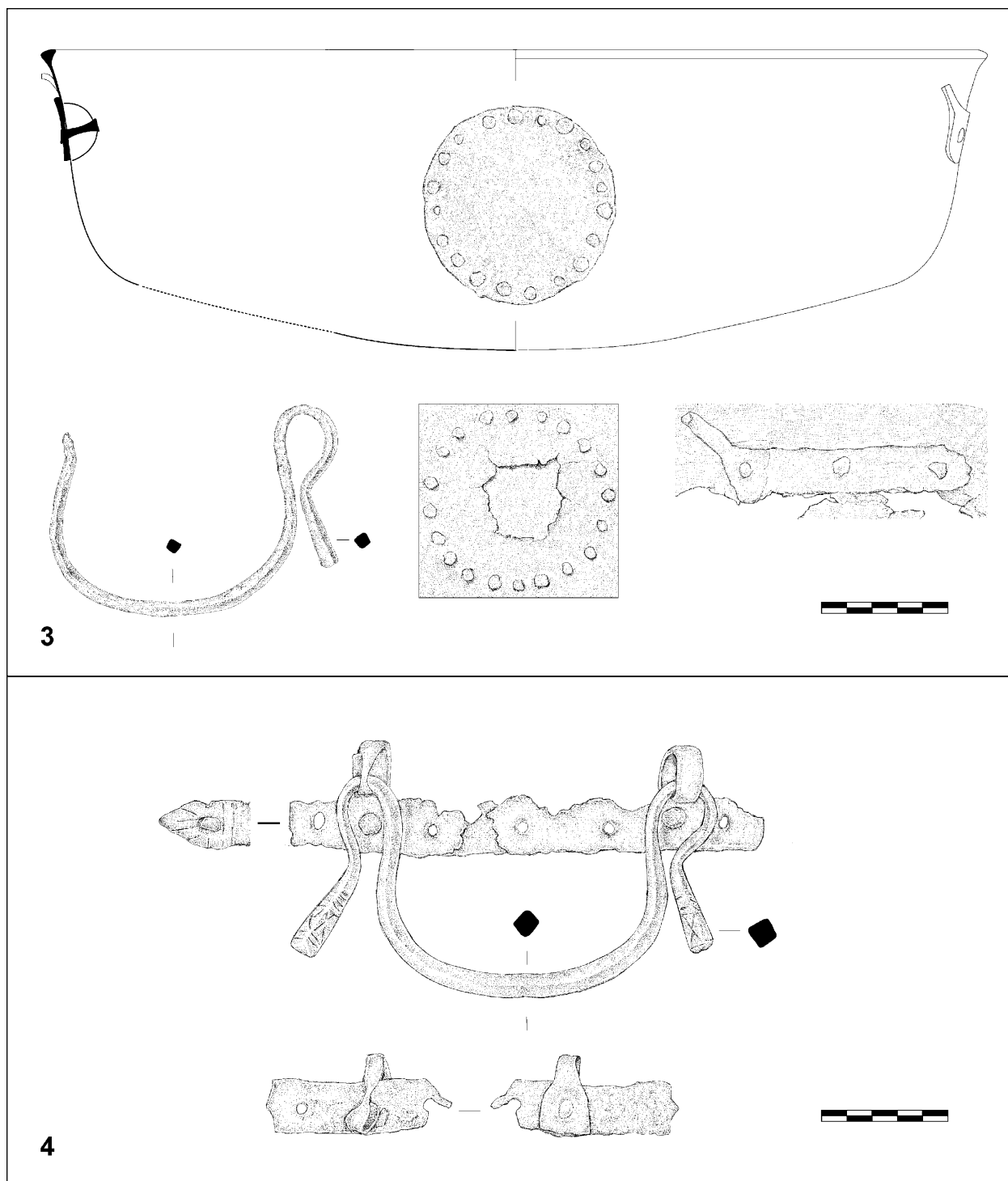


Figura 12. «Braseros» 3 y 4 de La Chinarrera-Pajares. Dibujos J. Jiménez Ávila – J.M. Jerez

valorar este hallazgo en relación a depósitos similares que aparecen en este mismo entorno geográfico hasta finales de la Primera Edad del Hierro y que quizá, haya que relacionar con tradiciones y problemáticas retrotraíbles al Bronce Final.

La Chinarrera 1

Museo Provincial de Cáceres D-3040

Bronce. Copa: 31 x 5 cm; diám. calculado: ca. 38 cm. Soporte: long. 20 cm; anchura máx.: 1,6 cm. Asa: anchura: 10,4 cm. Peso total de lo conservado: 204 g.

Fig. 11.1.

Restos de un «braser» de tipo 2a. Se conserva una estrecha porción del borde, con su curvatura original, que permite calcular un diámetro de unos 38 cm. El labio está engrosado en forma triangular y la chapa es extremadamente fina, obtenida por batido. De los restos de la copa pende un soporte fundido de sección planoconvexa, acabado en manos y sujeto por un único remache situado en el extremo izquierdo, que conserva el casquete esférico. El resto del soporte conserva otras tres perforaciones circulares que denuncian que el número original de remaches era de cuatro. Por la zona de las perforaciones el soporte se ha partido. En la zona central presenta dos anillas verticales de sección plana fundidas solidariamente con el bastidor. Como es habitual en este tipo de producciones, las manos aparecen representadas abiertas, con los dedos juntos y exhibiendo el dorso. Son de perfil rectangular, con los dedos cortados en línea recta. La de la derecha aparece mejor trabajada y definida, habiéndose trabajado la curvatura del pulgar. La de la izquierda sigue el mismo modelo pero está peor tratada desde el punto de vista anatómico. De las anillas cuelga un asa en omega, de bronce macizo y sección cuadrada que se estrecha en la zona de los agarres facilitando el movimiento. Los extremos, de forma troncopiramidal, aparecen decorados con sucesiones de aspas incisas por las cuatro caras. Se conserva un segundo asa que, por sus dimensiones y por la decoración, debe corresponder a este mismo recipiente, aunque aparece deformada respecto de su forma originaria.

La Chinarrera 2

Museo Provincial de Cáceres D-3039

Bronce. Copa: diám.: 36 cm. Soporte: long. 8,7 cm; anchura máx.: 3 cm. Asa: anchura: 11,5 cm. Peso total de lo conservado: 273 g.

Fig. 11.2.

Restos de un «braser» de tipo 2b. Se conserva el perímetro completo del borde, que aparece engrosado triangularmente, y una buena porción del cuerpo de fina chapa obtenida por batido. Separado del cuerpo se conserva un soporte de tipo 2b de chapa batida, aunque más gruesa que la de la copa. Es de tendencia rectangular con las anillas obtenidas por arrollamiento en los extremos, trabajadas en la misma lámina del soporte. Conserva tres perforaciones que coinciden con otros tantos agujeros realizados en la pared del recipiente y que conservan dos casquetes in situ y un tercer casquete suelto. En el extremo opuesto del vaso se conservan otras tres perforaciones que denuncian que tenía dos soportes afrontados, conclusión a la que también se llega debido a la conservación de una segunda asa. Estas otras perforaciones no conservan ni remaches ni casquetes. El soporte mantiene in situ un asa maciza en omega, de sección cuadrada y extremos aguzados decorados con una sucesión de líneas incisas. Como se ha señalado, se conserva una segunda asa similar aunque completamente abierta que debe corresponder a este «braser».

La Chinarrera 3

Museo Provincial de Cáceres D-3038

Bronce. Copa: diám. calc.: 37 cm. Soportes: a) long. 9,5 cm; b) 10,5 cm. Asa: anchura: 11, cm. Peso total de lo conservado: 606 g.

Fig. 12.3.

Restos de un «braser» de tipo 2b. Se conserva una buena porción del recipiente, con el perímetro total del borde, que aparece algo deformado por presión y un fragmento del fondo, que se ha reparado con un parche circular sujeto.

El labio es engrosado, de tendencia triangular y la chapa muy fina, obtenida por batido, dibuja un perfil de paredes rectas de un recipiente que debió alcanzar al menos 10 o 12 cm de profundidad.

Conserva dos soportes afrontados de tipo 2b obtenidos por batido y sujetos por 3 remaches. Los soportes son de tendencia rectangular y tienen las anillas trabajadas en los extremos, sobre la misma lámina, ostensiblemente separados del soporte al proyectarse en diagonal hacia el exterior. En ambos casos las anillas están rotas. Uno de los soportes presenta en un extremo una discontinuidad de la placa que podría corresponder a un añadido o reparación antes del montaje. Solo conserva dos casquetes (uno por cada soporte) siendo visibles en un caso

las improntas de los otros dos, y en el otro solo la de uno. En este caso, el remache central presenta la interposición de una lámina, a modo de arandela, que quizá sustituyera la función del casquete. Se conserva un asa en omega de sección cuadrada a la que le falta uno de los extremos. El otro es ensanchado, de forma troncopiramidal, y aparece liso.

La Chinarrera 4

Museo Provincial de Cáceres D-3041

Bronce. Soportes: a) long. 18,5 cm; b) 7,5 cm.

Asa: long: 16,5, cm. Peso total de lo conservado: 126 g.

Fig. 12.4.

Restos de un «brasero» de tipo 2b del que solo se conservan un soporte completo, con su asa, y un pequeño fragmento del segundo soporte, además de una pequeña lámina correspondiente a la copa que queda adherida al primer soporte. El soporte mayor es una lámina rectangular, muy rota y desgastada, a la que se han unido mediante remaches las dos anillas arrolladas. Esta unión no implica a la copa del recipiente. Es decir, el soporte como tal se ha conformado de manera independiente con anterioridad a su unión con la vasija. El extremo izquierdo del soporte, actualmente doblado, presenta un trabajo de incisión que parece querer reproducir, muy toscamente, los dedos de una mano y un posible brazalete. En esta “mano” se sitúa el último de los remaches, que originariamente serían siete. No se conserva ningún casquete pero sí se observan en el interior de los restos de la lámina correspondiente a la copa, las improntas circulares de los mismos, que serían de 2 cm de diámetro. El asa es de bronce macizo y sección cuadrada, con silueta de amplia U de extremos vueltos, ensanchados en forma troncopiramidal, y decorados con unas aspas flanqueadas por líneas paralelas en sus cuatro caras. Del segundo soporte solo se conserva un pequeño fragmento que incluye la anilla remachada de igual modo que en el soporte completo. Lo conservado permite observar que estas anillas no eran una simple cinta rectangular, sino que ensanchaban en forma de paleta por su extremo proximal para asegurar que al remacharlas no se rompieran.

Como ya he señalado, son varios los factores que contribuyen a incrementar el interés de este depósito de La Chinarrera, independientemente de que proceda de una zona —el área arqueológica de Pajares— donde ya se conocía la existencia de «braseros» de bronce de esta misma época. En primer lugar la

documentación de unidades del tipo 2a, que hasta ahora no se conocían en este yacimiento y que parecen ser objeto de imitación por parte del ejemplar nº 4. En segundo lugar, la convivencia de ambos tipos, que ya se había constatado en otros conjuntos, como Cancho Roano o el del Museo de Cabra (Córdoba). También la constatación de algunas rutinas técnicas, como el proceso de fabricación de los soportes que, en este caso, comporta dos fases diferentes: por un lado se remachan las anillas al bastidor y luego, una vez configurado el soporte, se une éste al recipiente. Este procedimiento parece distinto de que se aplica a otros vasos, como los de El Risco o Cancho Roano (N-6) donde, a juzgar por los datos registrados, parece que las anillas se unen al soporte al mismo tiempo que al recipiente. Este tipo de detalles, pueden permitir diferenciar distintas oficinas o zonas de producción. Por supuesto, en este ámbito, sería necesario contar también con más análisis de composición química. Los «braseros» de

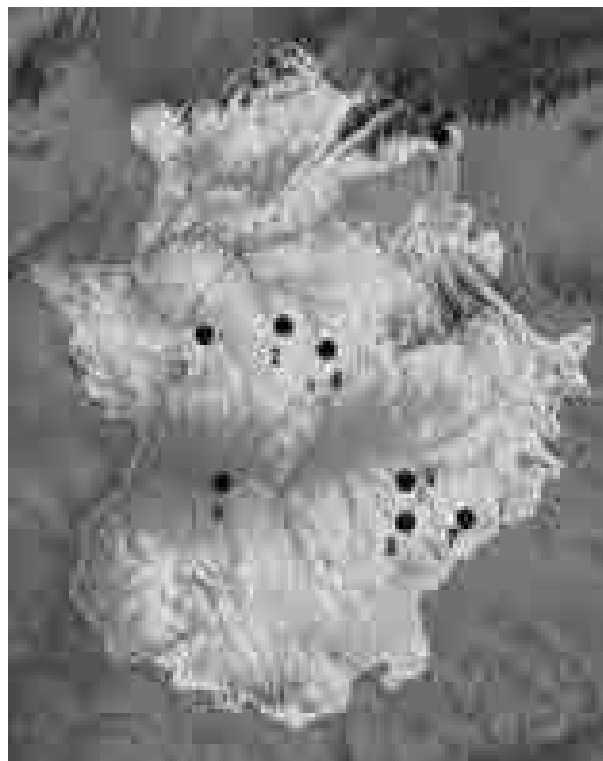


Figura 13. Mapa de dispersión de los yacimientos de Extremadura con «braseros» protohistóricos. 1. Pajares (Villanueva de la Vera); 2. Aliseda; 3. El Risco (Sierra de Fuentes); 4. Villasviejas del Tamuja (Botija); 5. La Mata (Campanario); 6. El Cuco (Guadajira); 7. El Jardín (Benquerencia de la Serena); 8. Cancho Roano (Zalamea de la Serena)

la zona de La Vera (como el resto de los bronce de esta tradición artesanal) tienen componentes tecnológicos muy bien diferenciados, personalizados por los altos niveles de estaño en las aleaciones y por el empleo a ultranza del batido como técnica de fabricación (Rovira y Montero, 2000). Sería conveniente analizar los elementos fundidos, como los soportes (en especial el del «braser» nº 1) o las asas, tan sorprendentemente similares en su forma y decoración a las de otras zonas relativamente alejadas como las de Cancho Roano, para comprobar si proceden de la misma esfera artesanal.

Por último, la constatación de este depósito, aunque sus condiciones contextuales no sean las más deseables, abre una serie de sugerencias e interrogantes que vienen a unirse a la explicación de hallazgos similares producidos en torno a estas sierras del Sistema Central durante los siglos VI y V a. C. y que incluyen pequeños depósitos de bronce, como el registrado hace bastantes años en Sanchorreja (Maluquer, 1957) o el que comprende una sorprendente cantidad de vasijas similares a las nuestras recuperadas, en condiciones contextuales igualmente deplorables, bastantes años después procedentes del mismo yacimiento (González Tablas et alii, 1991-92). Esta reiteración de comportamientos quizá pueda relacionarse con el mantenimiento en determinadas áreas, del fenómeno de los depósitos metálicos que se documentan desde el Bronce Final, y con ellos, de toda su problemática (Ruiz Gálvez, 1995; Vilaça, 2006).

5. CONCLUSIONES

En los últimos años, a través de varios proyectos de investigación o de expedientes administrativos relacionados con el Patrimonio Arqueológico de Extremadura, hemos tenido conocimiento de la existencia de nuevos «braseros» de bronce protohistóricos en el territorio que conforma la actual comunidad autónoma. Son ya ocho los yacimientos de las provincias de Cáceres y Badajoz en que han aparecido estos característicos recipientes rituales, que vienen a rellenar el tradicional vacío registrado para ellos (Fig. 13).

Respecto del denominado Tipo 1, poco cabe añadir a lo ya conocido para esta modalidad de utensilios, que se ven reducidos al «braser» de plata del tesoro de Aliseda, pues he considerado que el recipiente de borde horizontal de Pajares no es propiamente un «braser», sino una imitación. La

falta de novedades sobre este tipo de vasijas, fechadas mayoritariamente en el siglo VII a. C., viene a hacerse eco de la menor circulación de objetos de prestigio en el Período Orientalizante con respecto a los momentos posteriores, como ya ha sido señalado (Jiménez Ávila, 2006-2007). Pero también de la menor evolución de los estudios sobre el orientalizante pleno en Extremadura con relación a estas etapas posteriores.

En cuanto a las ideas recientemente expresadas sobre el carácter de depósito sagrado del Tesoro de Aliseda y, consecuentemente, del «braser» que se integra en dicho conjunto, creo que no tienen su origen en una relectura rigurosa de los datos, sino, más bien, en la interesada conveniencia de adecuar toda la Protohistoria extremeña a la cada vez más minoritaria interpretación religiosa de algunos yacimientos –Cancho Roano en particular– en lugar de corregir la explicación de éstos para amoldarla a las más admitidas (y viables) visiones de aquélla. El intento, bajo mi punto de vista, resulta tan desproporcionado como innecesario. En su lugar, y a la espera de la publicación de los datos de las nuevas excavaciones, creo que la interpretación como depósito funerario del extraordinario hallazgo aliseño sigue siendo, hoy por hoy, la más viable.

Contrastando con esta escasez de recipientes del tipo 1, los «braseros» de tipo 2, en sus dos modalidades a y b, han visto aumentar sus efectivos de manera sustancial. De este modo, sobre el más reciente catálogo de Caldentey y sus colaboradores (1996), que solo recogía los ejemplares de Cancho Roano, han aparecido «braseros» de tipo 2 en Pajares (Villanueva de la Vera); La Chinarrera (en la misma localidad y en relación con el mismo yacimiento); El Risco (Sierra de Fuentes) y en entorno del castro de Villasviejas del Tamuja (Botija) todos ellos en Cáceres. Así como en El Cuco (Guadajira), El Quintillo-El Jardín (Benquerencia de la Serena) y La Mata (Campanario) en la provincia de Badajoz.

La mayoría de estos ejemplares de tipo 2 se pueden fechar en el siglo V a. C., coincidiendo con el esplendor de los complejos palaciales de tipo Cancho Roano en el Guadiana Medio y con el desarrollo de la tradición metalística que aparece en el entorno montañoso del Sistema Central a finales del Hierro Antiguo. A estos procesos responden, por supuesto, los ejemplares de Cancho Roano y La Mata. Pero también, muy probablemente, los de El Risco, que aparecen asociados a los mismos

elementos de bronce que se documentan en estos entornos palaciales; o los de El Jardín, que se han relacionado con las tradiciones funerarias de las aristocracias que ocuparían estos mismos edificios monumentales.

En cuanto a la metalistería de la zona septentrional, los nuevos hallazgos reproducen algunos de los elementos ya conocidos, como el empleo a ultranza del metal batido y el recurso a unas aleaciones muy ricas en estaño que confieren a las superficies de bronce unas pátinas brillantes y unas tonalidades vivas muy características, a veces azuladas, que se reproducen en los nuevos ejemplares que hemos presentado aquí, a pesar de que para ellos no contamos aún con análisis de composición química ni metalografías. Señalar también que a estas pautas tipotécnicas ya conocidas para los «braseros» de la zona de La Vera se añade ahora la presencia de verdaderos soportes de manos en un único ejemplar del grupo de La Chinarrera que, de nuevo, relaciona esta tradición metalística con sus referentes mediterráneos. Sería importante realizar una analítica de composición de este soporte para comprobar si está fundido dentro de los mismos parámetros tecnológicos que el resto de los vasos de esta familia.

Tanto este soporte de La Vera como los cuatro soportes de tipo 2a de Cancho Roano (que serían cinco, si se tiene en cuenta que el «brase-ro» de N-1 está constituido con restos de 3 soportes distintos) presentan un característico tipo de manos que se distingue por su configuración rectangular, con los dedos cortados en línea recta a la misma altura. Esta concentración podría sugerir que este tipo de manos rectas fuera el más usual en la zona extremeña durante el período Post-orientalizante. Por eso, podemos considerar que los fragmentos de soporte de El Cuco y Botija, que presentan las manos labradas de forma mucho más naturalista, puedan corresponder ya a la Segunda Edad del Hierro, coincidiendo con un gran número de unidades de similares características formales que aparecen ya en contextos de esta cronología por toda la Península Ibérica (Cuadrado, 1966). Algo que, en el caso de los «braseros» de Botija, estaría refrendado, además, por el contexto general del yacimiento de Villasviejas del Tamuja y sus necrópolis. Estas unidades vendrían a verificar la incorporación de las poblaciones prerromanas de Extremadura a algunas de las tradiciones culturales que se observan en otras zonas del territorio peninsular.

Varios de los «braseros» extremeños marcan la convivencia de estos aguamaniles con los jarros de bronce, como es característico de muchos contextos, mayoritariamente funerarios, del Hierro peninsular. Es el caso de Aliseda, donde el jarro, de manera excepcional, es de vidrio. Y también de la estancia N-6 de Cancho Roano, donde un «brase-ro» completo apareció junto a un jarro de bronce y donde se hallaron restos de varios jarros más distribuidos por todo el yacimiento. Cancho Roano también marca una excepción, pues lo habitual es que estas parejas se encuentren en tumbas. La proporción entre «braseros» y jarros documentados en el territorio extremeño (que supera el 2/1) sugiere, como ya se ha señalado en otras ocasiones, que fuera el «brase-ro», y no el jarro, el elemento fundamental en los rituales que con estos recipientes se realizaran, lo que decanta los argumentos a favor de una utilidad fundamentalmente lustral.

Por último, conviene resaltar una vez más el interés del hallazgo de La Chinarrera (Villanueva de la Vera) relacionado con el entorno arqueológico de Pajares, tanto por los elementos que intervienen en su composición como porque, a pesar de las limitaciones del registro, podría estar refiriéndose a comportamientos culturales retrotraíbles a épocas más antiguas que han perdurado de manera residual en algunas zonas de la geografía peninsular hasta finales del Hierro Antiguo.

AGRADECIMIENTOS:

Deseo manifestar mi agradecimiento al Dr. Antonio González Cordero, por sus inestimables aportaciones sobre el grupo de «braseros» de La Chinarrera-Pajares, que él mismo depositó en el Museo Provincial de Cáceres en 1990. Al personal de este museo, en particular a su director D. Juan Valadés y a José Miguel González-Bornay por las facilidades dadas para el estudio del material inédito. A José Manuel Jerez por la celeridad con la que realizó los dibujos para un trabajo realizado contra reloj, y al prof. Juan Aurelio Pérez Macías por haberme invitado a participar en este número inicial de la revista Onoba a la que deseo y auguro una larga y fructífera andadura.

BIBLIOGRAFÍA

- Almagro-Gorbea, M. (1977), *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV, Madrid.
- Almagro-Gorbea, M., Ripollés, P.P. y Rodríguez Martín, G. (2009), “Dipo. Ciudad ‘tartésico-turdetana’ en el Valle del Guadiana”, *Conimbriga*, XLVIII, 5-60.
- Caldentey, P., López Cachero, J. y Menéndez, L. (1996), “Nuevos recipientes rituales metálicos: la problemática de su distribución peninsular”, *Zephyrus*, XLIX, 191-209.
- Celestino, S. -Ed.- (2000), *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de la Vera. Cáceres. 1 Las necrópolis y el tesoro áureo*, Memorias de Arqueología Extremeña, 3, Badajoz.
- Celestino, S. y Jiménez Ávila, J. (1993), *El Palacio Santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*, Badajoz.
- Celestino, S. y Salgado, J.A. (2007), “Fenicios e indígenas a través del tesoro de Aliseda”, *Las aguas primigenias: el Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización* (Justel, J.J., Solans, B.E., Vita, J.P. y Zamora, J.A., Eds.), Zaragoza, 587-601.
- Celestino, S. y Zulueta, P. (2003), “Los bronce de Cancho Roano”, *Cancho Roano IX. Los materiales arqueológicos*, II, Badajoz, 11-123.
- Cuadrado, E. (1956), “Los recipientes rituales metálicos llamados «braserillos púnicos»”, *Archivo Español de Arqueología*, XXIX, 52-84.
- Cuadrado, E. (1966), *Repertorio de los recipientes rituales metálicos con «asas de manos» de la Península Ibérica*, Trabajos de Prehistoria, XXI, Madrid.
- Escacena, J.L. y Amores, F. (2011), “Revestidos como Dios manda. El Tesoro del Carambolo como ajuar de consagración”, *Spal*, 20, 107-141.
- Garrido, J.P. (2005), “El túmulo número dos en el conjunto orientalizador de la necrópolis de La Joya (Huelva, España) y el influjo fenicio”, *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, III, Palermo, 1203-1215.
- González-Tablas, F.J., Fano, M.A. y Martínez, A. (1991-92), “Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración”, *Zephyrus*, XLIV-XLV, 301-329.
- Hernández Hernández, F. y Galán, E. (1998), *La necrópolis de El Mercadillo, (Botija, Cáceres)*, Extremadura Arqueológica, VI, Mérida.
- Hernández Hernández, F., Rodríguez López, D. y Sánchez Sánchez, M.A. (1988), *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*, Badajoz.
- Jiménez Ávila, J. (2002), *La Toréutica Orientalizante en la Península Ibérica*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 16, Studia Hispano-Poena, 2, Madrid.
- Jiménez Ávila, J. (2003), “La vajilla metálica entre el Mundo Orientalizador y la Cultura ibérica: los «braseros» de bronce del Museo de Cabra”, *Cerámicas Orientalizantes del Museo de Cabra*, (Blánquez, J., Ed.), Madrid, 142-183.
- Jiménez Ávila, J. (2006-2007), “La vajilla de bronce en la edad del hierro del Mediterráneo Occidental: procesos económicos e ideológicos”, *Revista de Arqueología de Ponent*, 16-17, 300-309.
- Jiménez Ávila, J. (2007), “El Período Post-Orientalizador entre las provincias de Córdoba y Badajoz”, *Anales de Arqueología Cordobesa*, 18, 23-46.
- Jiménez Ávila, J. (2008), “El Final del Hierro Antiguo en el Guadiana Medio”, *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante* (Jiménez Ávila, J., Ed.), Anejos de Archivo Español de Arqueología, XLVI, Badajoz, 101-134.
- Jiménez Ávila, J. (2009), “Arquitectura y Modalidad. La construcción del Poder en el Mundo Orientalizador”, *Archivo Español de Arqueología*, 82, 69-95.
- Jiménez Ávila, J. (2010), “Bronces Fenicios: ¿Los bronce de los fenicios?”, *Aspectos suntuarios del mundo fenicio-púnico en la Península Ibérica*, XXIV Jornadas de Arqueología Fenicio Púnica. Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, 65, 23-46.
- Jiménez Ávila, J. (2012a), *Cancho Roano: Más que palabras. Bibliografía crítica del yacimiento post-orientalizante de Zalamea de la Serena*, Badajoz.
- Jiménez Ávila, J. (2012b), “Fenicios e indígenas en Iberia: arquitecturas y ritos funerarios”, *I Nuragici, i fenici e gli altri. Sardegna e il Mediterraneo tra Bronzo Finale e Prima età del Ferro* (Bernardini, P. y Perra, M., Eds.), Sassari, 221-239.
- Jiménez Ávila, J. (e.p.), “Los bronce rituales de la tumba UE-1006”, *La necrópolis de época tartésica de La Angorilla (Alcalá del Río, Sevilla)*.

- Jiménez Ávila, J. y González Cordero, A. (1996), “Broncística y poblamiento post-orientalizante en la Alta Extremadura: a partir de unos materiales procedentes de El Risco (Sierra de Fuentes, Cáceres)”, *Zephyrus*, XLIX, 169-189.
- Jiménez Ávila, J. y Ortega Blanco, J. (2004), *La Cerámica Griega en Extremadura*. Cuadernos Emeritenses, 28, Mérida.
- Jiménez Ávila, J. y Ortega Blanco, J. (2006), “El comercio Griego en Extremadura (ss. VI-IV a. C.)”, *Revista de Estudios Extremeños*, LXI (I), 105-139.
- Maluquer de Motes, J. (1957), “Un interesante lote de bronce hallado en el castro de Sanchorreja (Ávila)”, *Zephyrus*, VIII, 241-256.
- Maraver, L. (1867), “Expedición arqueológica a Almedinilla”, *Revista de Bellas Artes e Histórico Arqueológica*, II.2, 307-328.
- Mélida, J. R., (1922), “Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional en 1920: notas descriptivas.”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Tercera época, XLIII, 341-353.
- Prada, M. de (1986), “Nuevas aportaciones al repertorio de los recipientes rituales metálicos con «asas de manos» en la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 43, 99-142.
- Rodríguez Díaz, A. -Ed.-, (2004), *El edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres.
- Rodríguez Díaz, A., Duque, D., Pavón, I. y Ortiz, P. (e.p.), “El Tiempo del Tesoro de Aliseda (I): Historiografía y contexto del hallazgo”, *VI Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular. Villafranca de los Barros (Badajoz)*, Octubre 2012.
- Rovira, S. y Montero, I. (2000), “Análisis espectrográficos de materiales de Pajares”, *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de la Vera. Cáceres. 1 Las necrópolis y el tesoro áureo. Memorias de Arqueología Extremeña*, 3 (Celestino, S., Ed.), Badajoz, 191-193.
- Ruiz Gálvez, M. (1995), “Depósitos del Bronce Final: ¿sagrado o profano? ¿sagrado y, a la vez, profano?”, *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*, Complutum Extra, 5 (Ruiz-Gálvez, M., Ed.), Madrid, 21-32.
- Teichener, F. (1994), “Neue Funde Iberischer Henckelattachen mit Stilisierten Handflächen”, *Rivista di Studi Fenici*, XXII (1), 37-49.
- Vilaça, R. (2006), “Depósitos de Bronze do Território Português Um debate em aberto”, *O Arqueólogo Português (série IV)*, 24, 9-150.

CONTACTOS DEL MEDITERRÁNEO ORIENTAL EN EL SUROESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA DURANTE LOS SIGLOS XIV-VIII A.C. ¿MARINOS ORIENTALES O FENICIOS ATEMPORALES?

FRANCISCO GÓMEZ TOSCANO¹
Universidad de Huelva²

Recibido: 04/02/2013
Revisado: 05/02/2013

Aceptado: 06/02/2013
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

Como refutación de posturas extremas que intentan mantener la explicación de la Protohistoria del Suroeste de la Península Ibérica desde presupuesto generados hace medio siglo, que han hecho a fenicios atemporales responsables de todos los cambios que experimentará la sociedad occidental, de forma sintética se analiza cómo se intenta asimilar el término fenicio con todos los orientales que se relacionaron con Occidente desde el II Milenio a.C. De la misma manera, por su relativa importancia para dicha explicación, se reivindica a través del registro arqueológico la existencia de un Bronce Final local previo a la presencia fenicia, tanto en el puerto atlántico de Huelva como en El Carambolo.

PALABRAS CLAVE

Contactos, Cananeos Fenicios, Occidente, Huelva, Carambolo

ABSTRACT

As the refutation to extreme positions clearly issued to maintain Southwestern Protohistory in terms evolved through the last half a century, which try to consider timeless Phoenicians responsible of the whole changes experienced by local western society as from the II Millennia BC is hereby synthetically analyzed. Also, by its relative importance for further explanations, following the archaeological records, the existence prior to Phoenician's arrival of a local Late Bronze society in the Atlantic Port of Huelva and in El Carambolo is also claimed.

KEYWORDS

Contacts, Canaanites, Phoenicians, Farwest, Huelva, El Carambolo

¹ fgomez@uhu.es. Departamento de Historia I. Avda. Fuerzas Armadas s/n. 21007 Huelva.

² Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación Análisis de la implantación y evolución del fenómeno urbano en el Suroeste peninsular: Arqueología Urbana en la Ciudad de Huelva, IIª Fase" (Ministerio de Ciencia e Innovación. Ref HAR2008-04666-HIST) perteneciente al Plan Nacional de I+D.

EL DEBATE ACTUAL DE LA PROTOHISTORIA DEL SUROESTE PENINSULAR.

En los últimos años, para el período comprendido entre los siglos finales del II Milenio a.C. y los cinco primeros del milenio siguiente, los avances obtenidos en el estudio del Mediterráneo en general permiten explicar la Protohistoria de la Península Ibérica desde presupuestos no valorados anteriormente, en especial por el escaso interés que una parte de los especialistas españoles ha prestado a las novedades aportadas por la investigación más allá de nuestro entorno occidental. Esta aseveración puede comprobarse con facilidad si analizamos la bibliografía que se cita en algunas contribuciones recientes, en las que bien se remite a antiguos manuales traducidos al castellano en el caso de comentar algún tema relacionado con el proceso histórico del Próximo Oriente, o bien se citan obras específicas para paralelizar elementos arquitectónicos descubiertos y excavados en Occidente, tales como un edificio con planta cuadrada o rectangular, o se compara la adscripción cultural de algún artefacto, en ambos casos sin prestar demasiada atención al contexto histórico o arqueológico de cada ejemplo, pero en especial de su cronología; lo importante es que tengan un cierto parecido formal o al menos aparente en tierras de los *fenicios* que sirva como paralelo.

De esta manera, parece fácil comprender que, en ocasiones, no sean todavía numerosas, y menos bien acogidas, interpretaciones basadas en planteamientos originados a partir de la abundante bibliografía que ahora modifica, aclara o mantiene interpretaciones del proceso histórico mediterráneo del pasado, las cuales han condenado a ser obsoletas importantes tesis previas que ahora resultan inadecuadas, al haber estado basadas éstas en la reconstrucción de la Historia general a partir de textos escritos muchos siglos después de los hechos que se narran, pero que la investigación pretérita las hacía prácticamente irrefutables dada la validez que simplemente se les reconocía. Como indicaba hace unas décadas Sabatino Moscati (1988: 24), con el tiempo se ha pasado de lo ambiguo a la suposición, y más que tesis expuestas lo que se observan son *teorías presupuestas*.

En esta línea argumental, parece claro que son los avances de la Arqueología moderna los que permiten trabajar ahora con datos objetivos frente a la subjetividad que pudo dimanar de la intención de los autores clásicos, sometidos a demasiadas tensio-

nes políticas, económicas e incluso de pensamiento o de vinculación sociocultural del momento, pero principalmente porque el interés de la mayor parte de ellos no era estrictamente histórico, sino que en los textos se redactaron o en ellos se incluyeron demasiadas cuestiones que tal vez nos impidan entender sus fundamentos. Quizá, en realidad, los cambios no interesan demasiado porque, por comodidad, ha bastado citar a un clásico para que se aceptara una interpretación, como si fuera el veredicto irrefutable dictado por un juez.

Lo que nos parece más importante es que se hayan llegado a simplificar algunas explicaciones históricas en demasía, en especial a la hora de esclarecer a lo largo del período antes mencionado el origen de las influencias orientales que cada vez se observan en número creciente en el conjunto mediterráneo (Stampolidis, 2003) y especialmente en la Península Ibérica (Celestino y otros, 2008), pues, en algún caso, siguiendo paradigmas preconcebidos y aceptados décadas atrás, se ha adjudicado a los *fenicios* el papel de transmisores exclusivos de esas atribuciones, aunque siguiendo planteamientos largamente aceptados por la investigación. Pero para esos *fenicios* debemos estimar un tiempo claro y específico; no pueden seguir siendo una irrealidad temporal.

Como se verá más adelante, no es nuevo que todavía se destaque con ese término a unas gentes orientales que, entre otras bondades supuestas, o mejor es decir presupuestas como expresaba S. Moscati, no solo navegaron fácilmente por el Mediterráneo con barcos de vela y remos inventados y diseñados por ellos, contruidos por primera vez con cuadernas y forro sobre un armazón de quilla, roda, codaste y baos de cubierta¹, sino que también innovaron una nueva forma de comercio que se impondrá durante la Edad del Hierro en contraposición al tipo de intercambio aristocrático de la Edad del Bronce. Además, se les considera responsables de la distribución mediterránea y atlántica del hierro², la de la escritura alfabética, y de tantas novedades que las poblaciones previas mediterráneas aceptaron sin aportar demasiado al imparable y generalizado proceso de cambio y de adaptación a las nuevas exigencias generadas a lo largo del proceso histórico, especial-

1 Como ejemplo previo puede compararse el pecio de Uluburun, un barco del II Milenio que ya fue construido con esas características quinientos años antes (Pulak, 1998).

2 Para comprobar la bibliografía de artefactos en hierro frecuentes en las Veiras portuguesas consultar R. Vilaça (2006; 2008).

mente el comprendido entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro. En esta línea, aunque con importantes matizaciones según los casos, podríamos citar a autores tan relevantes como F.E. Movers (1841), G. Rawlinson (1889), W.B. Fleming (1915), R. Carpenter (1958), D. Harden (1963), M. Tarradell (1963), W. Culican (1966), H.J. Katzenstein (1973), S. Moscati (1983) o M.E. Aubet (1987).

En primer lugar, es evidente que los *fenicios* serían gente originaria de *Fenicia*, un espacio con unos límites geográficos que variarían dependiendo de cada período, aunque siempre en la estrecha franja costera que se extiende al norte de Israel-Palestina. Esos límites alternarán entre la bahía de Haifa al sur y otros accidentes geográficos al norte, como la desembocadura del río Narh el-Kelb en el período de apogeo de Tiro (Aubet, 2009), o a fines del siglo VIII a.C. con la crisis debida a la nueva política asiria y la independencia de Sidón, cuando se ampliarían por el norte hasta el curso de río Litani (Herrera y Gómez, 2004). A estos *fenicios* atemporales se les hace descender directamente de los *cananeos* de la Edad del Bronce, los cuales son citados en un territorio mucho más amplio y prácticamente abstracto, que en general se sitúa al norte de Egipto³, fundamentalmente en la zona más cercana de la costa. Por ello, se ha creído que cananeos, fenicios, y también púnicos posteriormente, serían la misma gente pero estimada en momentos históricos sucesivos y en espacios territoriales y geopolíticos bien distintos. La realidad histórica tuvo que ser otra, según muestra el registro histórico-arqueológico actual y así debemos estimarlo.

En diferentes períodos, estos cananeos-fenicios aparecerán citados desde Ugarit al norte y la bahía de Haifa al sur, incluyendo entre otras a las ciudades de Biblos, de Tiro o de Sidón, las cuales serán consideradas la hegemónica de un momento dado, o al menos diferenciable o superior a las demás por una momentánea y relativa importancia política, económica o comercial. Sin embargo, Tiro será exclusivamente la metrópolis que enarbolará el pabellón responsable de la paradigmática *Colonización Fenicia de Occidente* a partir de la cita de V.

3 En recientes trabajos y en la transición del Bronce al Hierro, entre estos cananeos deben incluirse a gentes que después formarán parte del estado israelita (Ganor, 2009), dado que los estados de la Edad del Hierro son anteriores a su consideración como estados étnicos (Joffe, 2006), que es la que subyace en los textos históricos posteriores y que la investigación ha adjudicado.

Paterculo para la fundación de Gadir (Frutos, 1991: 16; Stampolidis, 2003; Aubet, 2006; 2008), y su conclusión posterior se adjudicará a unos púnicos-cartagineses que sucesivamente representarán en el Mediterráneo central y occidental a los cananeos y a los fenicios, sin tener en cuenta las diferencias políticas, territoriales o temporales que representan los cuatro calificativos⁴, especialmente porque la tardía notoriedad –textual– de Cartago viene dada mucho más tarde por su enfrentamiento con Roma.

Por todo lo anterior, resulta claro que, para evitar problemas de fondo, algunos sectores de la investigación han aprendido hábilmente a valerse de esos agentes atemporales para explicar el proceso de orientalización que experimentó la sociedad occidental desde el II Milenio a.C., calificando de *fenicias* todas las influencias orientales detectadas en las últimas décadas por la Arqueología a partir de elementos de cultura material, los cuales, por su cronología previa, no pueden adscribirse *a priori* como es habitual a los *fenicios* históricos posteriores a Hiram I de Tiro, o al menos a los que así deberán considerarse, es decir, unas gentes perfectamente definidas en un tiempo y en su espacio histórico adecuado como aquí estamos demandando.

Sin embargo, como veremos más adelante, nos parece mucho más grave que en la Protohistoria peninsular, frente a una cuestionable atribución tartésica que se hacía de los materiales orientalizantes conocidos en los años cincuenta del pasado siglo (García y Bellido, 1960: 44, Blanco, 1956; 1960)⁵, ahora esos materiales y otros semejantes quieren hacerse otra vez exclusivamente *fenicios*, fabricados por y para esa clase preponderante y dominante de los indígenas, para así poder negar la existencia en el Suroeste de ocupación local previa del Bronce Final y su continuidad a partir de la manipulación de las evidencias con que se cuenta, o al menos que parezca que la ocupación local previa, si es que la hubo, ésta era irrelevante.

4 Para la presencia de europeos en América, no será lo mismo citar asentamientos vikingos, castellanos, portugueses, ingleses, holandeses o franceses, como tampoco más tarde indagar en la presencia de italianos o irlandeses entre las comunidades norteamericanas del siglo XX. Todos serían europeos desde nuestro punto de vista actual, pero en el momento de su presencia en América Europa no existía. Las diferencias son sustanciales y todo no puede explicarse desde el viaje de Cristóbal Colón a fines del siglo XV.

5 Con las reticencias de M. Almagro Basch (1981: 68; Mederos, 2004: 37). Una evolución del concepto orientalizante y amplia bibliografía puede verse en J.M. Blázquez (2005).

Incluso, tal como ahora estamos empezando a entender el proceso histórico y cómo debió gestarse la orientalización de la sociedad occidental del final de la Edad del Bronce y su gradual inclusión en el mundo mediterráneo, debemos diferenciar entre elementos orientales importados y los que han de adjudicarse a la sociedad oriental asentada ya en el conjunto del territorio occidental (Gómez, 2009), que mejor que *fenicios*, a secas, deben definirse como fenicios occidentales, en especial para diferenciarlos no solo de cómo ésta se va a desarrollar en Oriente a partir de ese momento, sino también de la sociedad local orientalizada a pesar de sus posibles semejanzas; tal vez fuesen esos tartesios mencionados en las fuentes griegas que ha barajado la investigación.

Debemos recordar aquí, en este sentido, que las diferencias en cultura material entre Oriente y Occidente en algunos momentos son bastante claras, pues las formas cerámicas generadas en Occidente en el último cuarto del siglo VIII a.C., como los platos de engobe rojo bruñido, pongamos por ejemplo, nunca se han documentado en la costa siro-palestina, ni antes ni después de ese final del siglo VIII a.C. (Lehmann, 1998), y el resto del repertorio diferirá de tal forma que parece que a partir de esa fecha los fenicios de Occidente no conocieron las formas típicas de la antigua zona metropolitana, como si por cualquier causa se hubieran interrumpido los contactos y, como es lógico esas producciones no son fenicias (Gómez, 2004: 91). Por todo ello, al ser pues los *fenicios* una definición generalizada por la investigación desde el siglo XIX, debemos incidir en cómo explicarlos en la actualidad.

¿QUIÉNES FUERON LOS FENICIOS ATEMPORALES?

Como ejemplo, frente a la escasez de datos escritos y la tardía mención en las fuentes antiguas en general, el desconocimiento de los fenicios históricos por Homero parece evidente a partir de la información que proporciona el texto transmitido, realmente cargado de tópicos creados por la sociedad griega del momento, los cuales deben relacionarse tanto con la propia elaboración como también con la transmisión de los poemas hasta la actualidad, cuando ahora el debate fundamental es saber si se debe aceptar su validez, pues el alcance histórico no puede negarse (Aubet, 2003: 86).

En general, en el esquema que aquí se debate, se ha estimado que los *fenicios* de la Edad del Hierro fueron la continuidad de los *cananeos* de la Edad

del Bronce (Aubet, 1987: 8; Röllig, 1983; 1995: 213). Pero Canaán, independientemente de unos límites ajustados a cada período como se ha visto más arriba, solo es la antigua y ambigua denominación de una provincia o posesión territorial egipcia que se situaba al norte de Siria-Palestina (Dongen, 2010: 477), entre la costa mediterránea y el valle del río Jordán, con supuestos límites entre la Franja de Gaza al sur y el río Orontes al norte.

Se trata entonces de un territorio mal delimitado, relativamente fértil, aunque con apreciables diferencias entre las llanuras costeras al oeste y las más montuosas al este, que no incluye a las zonas desérticas situadas más allá de 100 km de la costa. Como es lógico, las amplias diferencias medioambientales existentes en el territorio darían lugar a gentes bien diferenciadas o bien semejantes en diversos aspectos.

Por tanto, en su día, el término Canaán incluía algunas porciones de las actuales Israel, Palestina, Jordania, Siria y Líbano. Era el lugar donde se encontraban los puertos de los comerciantes o navegantes mediterráneos durante la Edad del Bronce y en momentos posteriores de la Edad del Hierro (Dever, 1989: 107-108.), que ya serán los fenicios históricos mencionados por los autores clásicos. Ello implica, aunque solamente sea una suposición enmarcada en cada contexto, que los comerciantes semitas de la costa siro-palestina fueran primero cananeos y después fenicios, puesto que el término cananeo podría asimilarse en general a comerciante, una denominación que se perdería cuando Egipto dejó de hegemonizar la costa siro-palestina y de ejercer su poder sobre las gentes que la poblaban (Weinstein, 1992; Dongen, 2010: 477), como ya se observa en el texto de Unamón (Aubet, 1987: 303-307), prácticamente un siglo después del inicio de la crisis egipcia.

En relación con la continuidad de la Edad del Bronce en el espacio en cuestión (Gitin y otros, 1998), parece claro que ésta está asegurada en importantes núcleos de población de la antigua Canaán a partir de la denominada *Crisis del 1200 a.C.* (Ward y Joukowsky, 1989), tales como Arvad, Sidón, Tell Abu Hawam o Tiro (Bikai, 1989: 132; Herrera y Gómez, 2004), especialmente esta última a partir de la única excavación practicada en la antigua isla (Bikai, 1978: 74), pero sin duda esa continuidad debemos matizarla en una escala muy particular de acuerdo con cada uno de los casos (Stieglitz, 1990), en especial porque la informa-

ción histórica de la que se dispone para los siglos XIII-XII a.C. es prácticamente nula, y poco más clara para los siguientes XI-X a.C., a no ser el citado texto de Unamón, y algún que otro contexto arqueológico siempre explicado desde el paradigma bíblico.

Entre otros nombres de gentes de la zona, en las inscripciones de Medinet Habu y en otros textos, se reconocen los términos de tipo étnico, posiblemente fenicios o mejor sería decir cananeos por su cronología, de los *Fenkhū* como uno de los enemigos asiáticos de Egipto que vivía al norte, y de los *Hau-nebut*, tal vez de la misma zona, relacionados ambos con *Fenicia* (Bikai, 1989: 135). En realidad, la inclusión de estos términos en textos que únicamente describen a gentes del norte allende el mar, los *sea peoples* de esos textos egipcios, no ayudan demasiado a la hora de identificar una procedencia específica⁶. Entre estos últimos, los filisteos, parece comúnmente aceptada su procedencia egea a través de Chipre, observable en su cultura material en los inicios de su presencia a partir de ca. 1200 a.C., los cuales mantendrán su preponderancia sobre los cananeos originales de la zona para conformar un nuevo estado étnico durante la Edad del Hierro (Finkelstein, 2007), pero, principalmente, será el contraste con los hebreos lo que reforzará la etnicidad de cada uno, al menos hasta el Hierro II (Faust y Lev-Tov, 2011: 20-23), momento en que las posturas se acercarán mutuamente dando lugar a que, además, se pierdan algunos de los aspectos que los diferenciaba. De la misma forma, el término *Habiru*, que aparece como sinónimo de problemas y rebeliones, ha podido relacionarse con hebreos, aunque no resulta claro si únicamente sería una denominación de tipo social o específica más que una etnia (Na'aman, 1986), que ya serían los israelitas históricos. Parece claro, sin embargo, que algunos de los comerciantes de la zona se consideraban a sí mismos *cna'ani* (Sherratt, 1998: 307), pero ello no implica que formaran un país o un estado, pues podría tratarse también de una de las clases sociales que conformaban esas ciudades-estado multiétnicas independientes por definición.

Pero lo que debemos tener en cuenta en relación con el debate actual, es que la consabida etnicidad de los estados secundarios que se formarán a lo largo de la Edad del Hierro (Joffe, 2006), y no antes,

incluyendo a los puertos o ciudades-estado fenicias (Röllig, 1983), es decir, hebreos, arameos, filisteos, moabitas, amonitas, edomitas o los *fenicios* de Tiro o Sidón – los tirios y sidonios pongamos por caso – se asume mucho después de su constitución como tales estados, por lo que desde una denominación generalizada, la cananea de la Edad del Bronce, amplia, ambigua, en parte enigmática y poco explícita como se ha visto, surgirá la base multiétnica de la que nacieron *todos* esos estados excepto el filisteo (Bauer, 1998), formado en principio por inmigrantes del Egeo y Chipre, aunque ese estado también lo integrarían antiguos *cananeos* indígenas de su zona específica, una realidad que solo será asumida como base cierta a partir de la Edad del Hierro, siempre de acuerdo con los autores clásicos y su particular noción o interpretación de la Antigüedad, aunque no podamos conocer en qué número, o en qué porcentaje. En realidad, los *fenicios* no son los únicos que descenderían de los *cananeos*, también lo fueron esos otros que conformaron los nuevos estados, que son los que van a reconocer y por ello transmitirnos los historiadores clásicos.

En cuanto a la génesis del nombre más comúnmente citado para los *fenicios*, los rojos por el color de la piel al ser marinos bañados por el sol y el salitre o el del tinte obtenido por ellos del murex, son trivialidades creadas por la investigación a lo largo de los siglos XIX y XX. Solo es una novedad importante para nosotros que esa denominación pueda relacionarse por su calidad de inventores con la escritura fonética al derivar su nombre en griego *Phoinix* de *phoné* (Φωνή), un sistema de escritura que sí fue trascendental para los griegos de la Edad Oscura, por lo que de ahí podría proceder el nombre con el que los conocemos (Ganor, 2009: 199).

En este sentido y por su relación con el mundo egeo, parece pues suficientemente claro, como ha mostrado M.E. Aubet siguiendo a Rowland (1980: 28), que la importancia dada a los *fenicios* fue por haber sido ellos los que pusieron en práctica las leyes del nuevo tipo de comercio que van a imponer en los lugares que frecuentaban y en los propios de sus ciudades costeras orientales y el Mediterráneo en general, incluso en Occidente, ya que, frente al comercio aristocrático de la Edad del Bronce, extensible al mundo mediterráneo en general pero representado por las gentes del Egeo, todavía en vigor en su Edad Oscura, el tipo practicado por los fenicios históricos ...*amenaza las bases del control aristocrático sobre la producción local de excedente*

⁶ Se puede mencionar como identificación hipotética que su dios era Baal, como el de los Tjekker, otro pueblo del mar.

destinado al intercambio y mina el sistema de alianzas políticas basado en las relaciones de hospitalidad y de intercambio dentro de un sistema cerrado y autosuficiente (Aubet, 2003: 95), y los fenicios históricos rompieron esas bases tradicionales en su propio beneficio. De todas formas, en cada puerto de comercio que se conozca, deberá tenerse en cuenta la propuesta de J. Alvar (2008) para establecer cuál era la relación entre el componente indígena del lugar y los otros comerciantes que lo compartían, además de los fenicios orientales, que no siempre los hegemonizaban.

En concreto, nuestro conocimiento del proceso histórico en el Próximo Oriente viene dado por cómo se ha gestado su reconstrucción a lo largo del siglo pasado, y su aceptación prácticamente generalizada a partir de mediados de ese siglo. Como es lógico, creemos que no es pertinente ni contamos con el suficiente espacio en este trabajo para plantear con profundidad todo el proceso, pero, no obstante, sí es necesario hacer algún tipo de puntualización acerca del estado de la cuestión en el debate actual, relacionado claro está con la cronología absoluta –histórica– del Próximo Oriente, y hasta dónde puede vincularse a ésta con el texto bíblico, que quizá sirva para explicar qué y quiénes eran esos *fenicios* por su relación con el mismo, que es la principal fuente donde se mencionan. En realidad, será nuestra reflexión, la de cada uno en particular, la que nos lleve a explicaciones coherentes o incongruentes.

DEL PARADIGMA BÍBLICO A LA *LOW CHRONOLOGY* DE I. FINKELSTEIN.

De acuerdo con la situación actual, parece ya suficientemente perceptible que el paradigma bíblico que se debe a la genialidad del orientalista W.F. Albright, padre de la arqueología bíblica (Albright, 1954), creado a partir de la interpretación literal de los textos y al uso de los datos arqueológicos como prueba de los hechos históricos (Feinman, 2004), solo comenzará a perder su credibilidad a partir de la década de los noventa del pasado siglo XX. Hasta tal punto que, por la reconocida autoridad del investigador norteamericano, las nuevas corrientes teóricas de los años sesenta no influirían en el paradigma, ni siguiera en los métodos de excavación puestos en práctica en Israel, con lo que la historia bíblica continuará hegemonizando la explicación histórica del Próximo Oriente hasta que comienza a ser efectiva la combinación de la cronología ra-

diométrica con las más modernas técnicas arqueológicas.

A partir de un artículo publicado por I. Finkelstein (1996), basado en su propuesta de una nueva *low chronology* que establecía para el Hierro II en Palestina, se comenzará a ser consciente que la Biblia no fue escrita realmente como libro histórico, sino que se trata de un relato artificial creado con fines religiosos en beneficio de la ideología de sus redactores⁷, por lo que la correlación con el registro arqueológico no podrá mantenerse como hasta ahora se había hecho, en especial si no existen coincidencias claras en ese registro que lo demuestren (Finkelstein, 1998; Finkelstein y Silberman, 2001; 2003)⁸.

Ese sesgo dado por la investigación viene dado porque, a partir de la década de los sesenta, prospecciones arqueológicas realizadas en todo el país daban como resultado un panorama que no aparecía reflejado en el texto bíblico. Principalmente no se confirmaba la existencia del reino unificado por David y Salomón (Finkelstein, 2010), sino que después de la aparición todavía en el II Milenio a.C. de nuevos asentamientos, muy pequeños en extensión, con menos de una hectárea y sin murallas, contrastaba con la continuidad de los grandes asentamientos conocidos desde de la Edad del Bronce (Finkelstein, 2006). Al mismo tiempo, la interpretación del contexto arqueológico de sitios paradigmáticos como Megiddo, Hazor o Geser, con sus impresionantes murallas y puertas *salomónicas* según la interpretación de su excavador (Yadin, 1958; Yadin y Ben-Tor, 1993), puede hacerse ahora a partir de la cronología relativa de sus materiales, especialmente de la evolución de la cultura material detectada en esos sitios y casi en la totalidad de los conocidos del momento. Esa cultura material, muy

7 En realidad, la Biblia sería un proyecto de creación de una *monarquía expansiva y teocrática* por Josías de Jerusalén y su círculo a fines del siglo VII a.C., en el que la minúscula capital de su reino de pastores y agricultores en la estéril y abrupta orografía de Judá tendría que ser el futuro centro político y religioso de todo Israel. Ver G. Puente Ojea, en prólogo a la versión española de *The Bible Unearthen...* (Finkelstein y Silberman, 2007: 14).

8 Además de la aquí citada, está disponible una amplia bibliografía de I. Finkelstein y colaboradores, además de otra semejante debida a A. Mazar y colaboradores (2005, 2010, 2011, entre otros), relacionada con los dos tipos de cronologías imperantes –*high* y *low*– así como la de un gran número de investigadores más o menos independientes que pueden apoyar una u otra, o relacionarse con cualquiera de los tópicos tratados.

similar a la documentada en la Samaria fundada por Omri en los inicios del siglo IX a.C., construida en un promontorio no ocupado con anterioridad, también se documenta en otros ejemplos bien fechados con sistemas defensivos idénticos a los de la propia Samaria, como en Jezreel, Megiddo VA-IVB, Hazor X y Geser VII (Finkelstein y Lipschits, 2010: 32; Bodine, 2010), que por ello no podían ser anteriores.

A partir de ahí, puede decirse que en los últimos años se está escribiendo una nueva historia, basada fundamentalmente en el registro arqueológico del territorio en general y en la utilización de dataciones de C_{14} (Finkelstein, 2008), en la que el texto bíblico no impone sus reglas tradicionalmente aceptadas como ciertas, sino que ésta tendrá que estar basada en datos arqueológicos contrastados (Finkelstein, 2011a), y el papel de los textos será otro. Desde esta perspectiva, entre otros tópicos, es posible explicar la evolución de Jerusalén pero solo desde el siglo IX a.C. (Finkelstein, 2001), la importancia de Samaria como la primera capital del reino norte fundada en ese mismo siglo (Finkelstein, 2011b), las primeras fortificaciones de Israel (Finkelstein, 2000) y de Judá (Finkelstein, 2012), o el paradigma creado en torno a los filisteos (Finkelstein, 2007; Finkelstein y Piasezky, 2007). Además, a través de la cronología radiométrica, imprescindible para estimar los fundamentos históricos que surgieron de los abundantes estratos de incendio y destrucción, se verá que éstos no pueden adscribirse a un episodio histórico conocido y con las cronologías *históricas* preestablecidas para sustentarse con el optimismo anterior o, al menos, deben ser estimadas desde una oportuna crítica constructiva y una duda razonable (Finkelstein y Piasezky, 2009).

Para el interés primordial de este trabajo, en relación con la presencia de los *fenicios* en Occidente, la mención de los barcos de Tarsis (I Reyes, 9: 26-28) puede considerarse ahora el principal punto de desencuentro con el paradigma bíblico. Si para la relación de Hiram I con Salomón en el siglo X a.C. no existen evidencias arqueológicas en el país de origen, difícilmente pudieron llegar allí barcos *fenicios* cargados de plata de Occidente en la primera mitad de ese siglo consignados a Salomón. Por el contrario, si el texto se escribió en momentos posteriores, tal vez en época de Josías de Jerusalén, a finales del siglo VII a.C. o con posterioridad, sí se pudo tener consciencia de una antigua Tarsis, solo un puerto en Occidente, de donde se asimiló hubie-

se llegado en su día gran cantidad de oro, plata o marfil para engrandecer al mítico rey de Israel, el bendecido por su dios único.

Además de la relación con materiales fechados a partir de los inicios del siglo IX a.C. y fundamentalmente del siglo VIII a.C. (Gilboa y otros, 2009: 173), la publicación del reciente hallazgo de la marisma de Huelva ha querido valerse de la cronología radiométrica realizada a tres huesos de bóvidos hallados aparentemente en el mismo contexto (González y otros, 2006; 2008; 2010), que confirmaba lo ya publicado (González y otros, 2004), cuando, de hecho, esa datación fecha únicamente a los huesos y no a *todos* los materiales arqueológicos importados que erróneamente se han relacionado con ...*la primera ocupación humana* [de Huelva] (González y otros, 2004: 25), puesto que el puerto existía mucho antes, al menos desde finales del II Milenio a.C. (Gómez, 2009).

En el debate acerca de la importancia para la Península Ibérica de los *fenicios*, también las excavaciones realizadas desde el año 2002 en el Carambolo representan un importante punto de partida para discutir la denominación *fenicia* atemporal. Principalmente, según se desprende de los autores de los trabajos desde las primeras publicaciones, lo que se cuestiona es el interés por *deconstruir* el paradigma tartésico generado el pasado siglo para transformar al Carambolo desde asentamiento tartésico local a santuario fundado por los *fenicios* de Spal, no sabemos si con el interés final de haber encontrado un Tarteso *fenicio* en Sevilla.

De todo ello, entendiendo que la reconversión que se pretende de ambos asentamientos, tanto Huelva como el Carambolo, considerados hasta ahora los sitios paradigmáticos de la génesis y continuidad local, los inicios de ambos se quieran ahora relacionar con unos *fenicios* que, como hemos visto más arriba, necesitan ser definidos en un tiempo y en un espacio histórico tangibles, pues las dudas superan lo que se había aceptado como cierto. Será pues el análisis del conjunto publicado, que en el caso del Carambolo permanece prácticamente inédito, lo que permita establecer comparaciones con el registro arqueológico del Próximo Oriente y, de ahí, su cronología e integración en el contexto histórico correspondiente. En el caso de Huelva, como reflexión objetiva, si el importante hallazgo de las marismas se hubiese publicado un par de décadas antes no hubiese tenido ningún problema de credibilidad. Ahora ha llegado demasiado tarde.

¿CONTINUIDAD DE LA PREHISTORIA RECIENTE O HIATO POBLACIONAL EN EL SUROESTE? LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA ACTUAL A TRAVÉS DE HUELVA Y EL CARAMBOLO.

Si hasta la década de los ochenta el principal tópico de la Protohistoria del Suroeste fue la búsqueda de Tarteso (Maluquer, 1968), el resultado de su investigación sería el descubrimiento de los *fenicios* a partir de la cultura material detectada en los yacimientos estudiados en el Suroeste (Gómez, 1997). En efecto, durante las últimas cuatro décadas del pasado siglo, la investigación ha explicado el desarrollo protohistórico del Suroeste a partir de la existencia de un sustrato local de la Edad del Bronce, al que se incorporaron los *fenicios* en una fecha que, desde el 700 a.C. (Blázquez y otros, 1970: 11) iría adelantándose a medida que aparecieron paralelos de cultura material cada vez mejor fechados en origen. Sin embargo, mientras que nosotros adelantamos hace tiempo la cronología de los inicios del Bronce Final al II Milenio a.C. (Gómez, 1997), otras líneas de investigación todavía continúan manteniendo la establecida en la década de los sesenta (González y otros, 2004), pero sí han adelantado la de los primeros *fenicios* para llegar a coincidir con la estimada existencia de un vacío poblacional en el Suroeste entre los II-I Milenios a.C. (Escacena, 2008), situado entre una pre-colonización oriental y la paradigmática colonización fenicia del siglo VIII a.C. (Gómez, 2004; Gómez y Fundoni, 2011), es decir que el Bronce Final, en su totalidad, tendría que ser prácticamente sincrónico con la presencia fenicia⁹. Ese 'prácticamente' se destaca al incluir la cronología de la Ría del Huelva en el siglo IX a.C. de acuerdo con las dataciones de C₁₄ pero tal como fue establecida en el momento en que se realizaron los análisis (Almagro, 1977), y se compara con la de otras, pero calibradas, obtenidas de huesos rescatados de la marisma fuera de su contexto original (González y otros, 2006; 2008), para hacerlas 'prácticamente' del mismo momento, aunque, en realidad, al menos puedan estar separadas por un siglo de acuerdo con la teórica amplitud radiométrica, y mucho más por las diferencias crono-tipológicas tradicionales que se observan en el registro arqueológico.

En el caso de la Marisma de Huelva, por su relevancia a la hora de establecer posibles comparaciones con la cronología del Próximo Oriente, en

especial con el reinado de Salomón y el episodio de las naves de Tarsis (1 Reyes, 10, 22), ha sido utilizada, junto con otros sitios del Mediterráneo, como base para mantener la cronología alta oriental y la veracidad histórica de la Biblia (van der Plicht y otros, 2009: 226). Esa interpretación recibió una fuerte pero amable crítica por parte del equipo de I. Finkelstein, que se fundamentaba tanto en el uso problemático que se hacía de las dataciones radio-carbónicas como en la calidad del registro arqueológico que se asumía, en especial porque entienden que los huesos analizados y el conjunto de los materiales estudiados no son de un *...clear archaeological stratum...* como preconizan tanto los autores del hallazgo en Huelva como el equipo de la Universidad de Groningen (Fantalkin y otros, 2011: 184).

En cuanto al uso de la datación de los bronce de la Ría (Nijboer y van der Plicht, 2006; van der Plicht y otros, 2009) se utiliza la cronología alta de A. Mazar para fechar la fíbula de Megiddo y hacer las del conjunto onubense importaciones orientales o, al menos, tipos de génesis *fenicia*, cuando ya sabemos que la cronología de las primeras fíbulas tipo Huelva es anterior al siglo X a.C. como el resto de bronce del fondo de la Ría (1050-950 a.C.), una circunstancia que confirmaría la presencia en Chipre del asador de Amathus (Torres, 2008; 2012: 463), así como la tipología de las fíbulas y su dispersión en la Península Ibérica, puesto que las de Huelva no serían las más antiguas (Carrasco y Pachón, 2006). Cualquier elemento localizado en el registro oriental no tiene por qué ser una producción local y nunca debe desdeñarse la posibilidad de que sea un elemento llevado desde el lejano Occidente. A pesar de ello, esta crítica también ha tenido su respuesta por parte del equipo holandés (Bruins y otros, 2011: 213), estimando que hace falta contar con más dataciones, contextos arqueológicos claros y, por supuesto, no estar de acuerdo con los planteamientos de la *low chronology*, con lo que el debate continuará durante un tiempo.

Desde nuestro punto de vista, nos parece importante reconocer que el meollo del problema se encuentra en la estimación lógica del conjunto de hallazgos publicados y su categoría histórico-arqueológica. Sin cualquier duda, ni los materiales representan un único período histórico, ni fueron hallados en un claro estrato arqueológico; se ha estimado así (González y otros, 2004: 25), pero no es el caso.

⁹ Una circunstancia similar, apoyada por dataciones radio-carbónicas, se observa en una de las interpretaciones recientes de El Carambolo (Fernández y Rodríguez, 2007: 253 y ss.)

Tipos (nº ejemplares)	Tratamiento Interior (nº e.)	Tratamiento Exterior (nº e.)	Decoración Interior (nº e.)	Decoración Exterior (nº e.)	Descripción simple	s/ Ruiz 1979// s/ Gómez 2006
Tipo 1: (5)	Alisado (0)	Bruñido (¿)	(no)	(no)	Borde entrante	(¿)
Tipo 2: (16)	Alisado (¿)	Bruñido (¿)	(no)	(no)	Perfil hemisférico	(¿)
Tipo 3: (20)	Bruñido (5)	Bruñido (5)	(no)	En carena (4 encima y 1 bajo)	Carena media	(¿) / A1a(A)
Tipo 4: (333)	Alisado (>212) Alisado (<212) Alisado (27) Bruñido (68)	Bruñido (>) Bruñido (<) Bruñido (27) Bruñido (68)	Bruñida (>) (no) (27) (no)	(no) (no) (no) (no)	Cuenco Simple	GIb1 / C3(A)
Tipo 5: (1439) Subtipo 5.1. Subtipo 5.2. Subtipo 5.3. “	Alisado (¿) Alisado 108 (¿) Alisado 25 (¿) Alisado 18 (¿)	Bruñido (¿) Bruñido (¿) Bruñido (¿) Bruñido (¿)	(5) (108) (25) (no)	(no) (no) (no) (no)	Cazuela con carena alta	AIa / A2a AIb / A2b AIa / A2a AIa / A2a
Tipo 5: (39) Miscelánea	Alisado 1 (¿) Bruñido 1 (¿) Bruñido 1 (¿) Bruñido 1 (¿)	Bruñido (¿) Bruñido (¿) Bruñido (¿) Bruñido (¿)	(1) (¿) (¿) (1)	(1) (¿) (¿) (no)	Miscelánea	(¿)

Figura1. Cuencos en cerámica local recogidos en la marisma de Huelva (González y otros 2004). Decoraciones bruñidas sobre bruñido del galbo interior pertenecientes al Horizonte Formativo (1200-1000 a.C.) aparecen en 5 ejemplares del Tipo 3; del Tipo 4 un 30% presenta decoración bruñida sobre interior del galbo bruñido; del Tipo 5 solo se menciona que en ocasiones ambas superficies aparecen bruñidas y la decoración es pseudoacanalada; del Tipo 5m un 25% presenta decoración bruñida sobre interior del galbo bruñido. Faltan los cuencos con carena alta A3a conocidos en Huelva en su Horizonte Residual, posterior al 750 a.C. (Gómez 2006).

Como ya hemos mencionado en varias ocasiones (Ruiz Mata y Gómez, 2008: 340), se trata de un conjunto de materiales recolectados en las marismas de Huelva, a donde fueron transportados y descargados con camiones después de haber sido retirados de su contexto original excavados con maquinaria pesada¹⁰; lógicamente ni la retirada de su

lugar de origen ni la descarga en la marisma fueron controladas por arqueólogos, sino que, de forma

el Museo Provincial de Huelva, no pudieron estar situados en un sedimento correspondiente a niveles de ocupación, puesto que su escasa fragmentación y deterioro nunca se observan en niveles antropizados, los *walk on levels* de la terminología anglosajona. Tanto esas características como la transformación del color rojo en las cerámicas tirias de importación nos llevan a estimar se trata del espacio intramareal del puerto.

¹⁰ Los fragmentos publicados, tal como pueden verse en

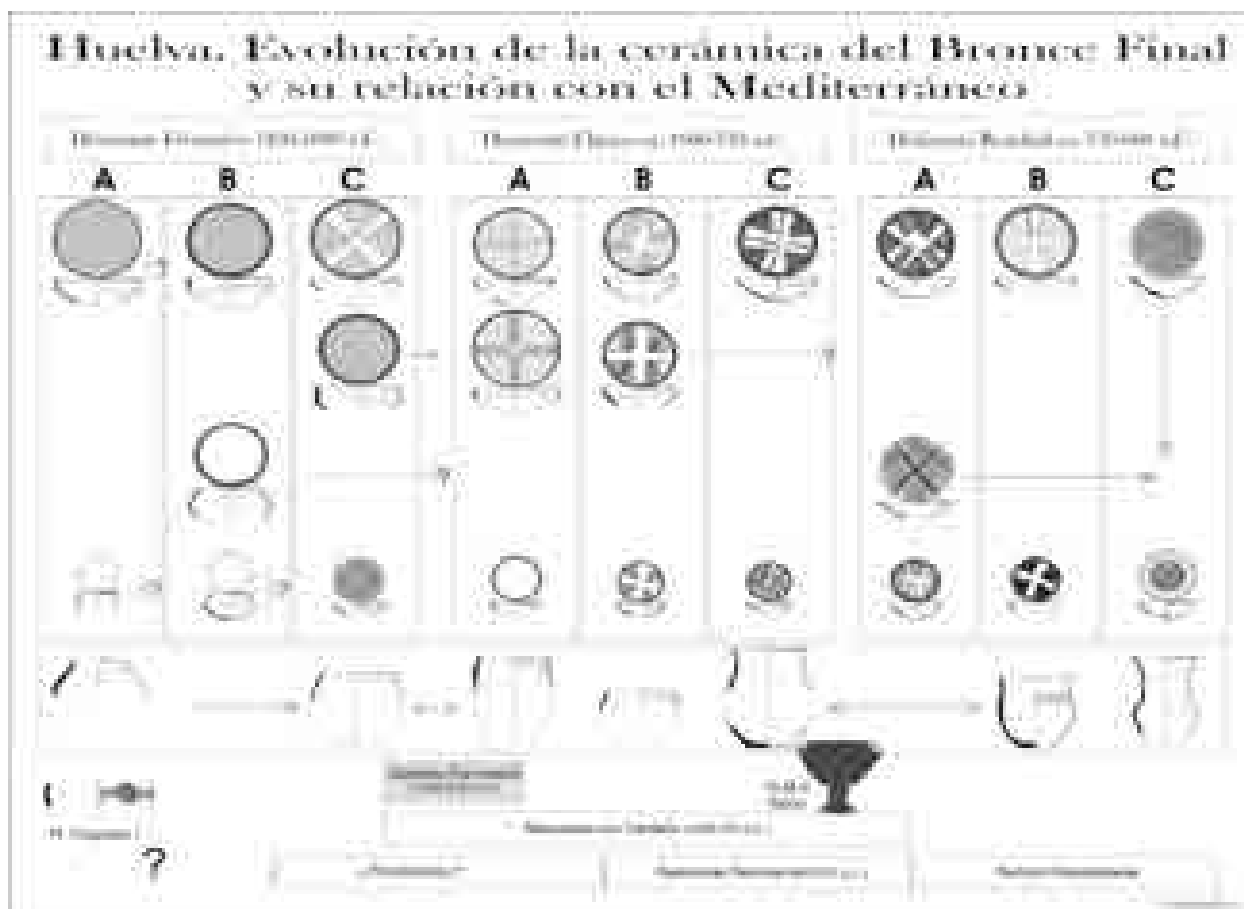


Figura 2. Evolución de las cerámicas del Bronce Final en Huelva: Horizontes Formativo, Clásico y Residual, y su relación con los contactos orientales.

aleatoria y a conveniencia exclusiva de los transportistas, fue amontonado en lugares diferentes de un amplio espacio marismeño y de allí rescatado y estudiado a lo largo de varios años. Ni siquiera sabemos cómo estarían depositados los materiales, a no ser que se ha dicho que aparecían manchados de barro negruzco. ¿Pero se mancharon antes o después de ser extraídos, transportados y descargados cada uno de ellos? No podemos negar aquí, no sería justo, como también hemos mencionado en otros sitios anteriormente, que los autores de la publicación realizaron un estudio casi perfecto de todo el conjunto pero, por cualquier razón que no entendemos, soslayaron aclarar al detalle la procedencia y el método seguido, restando así credibilidad al trabajo en función de que surja una duda razonable en la interpretación de algún tópico.

Entendemos que el principal problema es estimar la cronología radiométrica de los huesos como indicador de cronología absoluta de *todos* los mate-

riales. No vamos a entrar aquí en un debate generalista de los materiales importados, pero, dentro del conjunto, inadvertidamente, se han publicado cerámicas locales que pueden ser, incluso, del II Milenio a.C., pues si observamos la Figura 1, donde aparecen todas las formas a mano de cazuelas y cuencos publicadas, por su decoración bruñida sobre el galbo interior bruñido, algunos ejemplares deben adscribirse a nuestro Horizonte Formativo del Bronce Final de Huelva (Figura 2), que hemos estimado comienza *ca.* 1200 a.C. y finalizaría en el cambio de los II-I Milenios (Gómez, 2008)¹¹, aunque debe existir una fase de transición entre ambos horizontes. Por ello, aunque no se han publicado tipos conoci-

¹¹ Si remitimos a las bases cuidadas en cerámica local (González y otros, 2004:), en las del tipo 3 un 30% también presenta decoración bruñida sobre interior bruñido, y las del tipo 4 hasta un 50%, que aumenta el número de cerámicas locales de momentos prefenicios situadas erróneamente dentro del conjunto.

dos del Horizonte Residual posteriores a mediados del siglo VIII a.C., si se han incluido en el conjunto cerámicas locales de cronología previa a la presencia fenicia¹², por lo que los huesos analizados que han dado lugar a las fechas radiométricas también podrían ser de ese momento anterior y no contemporáneos de la primeras cerámicas fenicias y de las geométricas griegas¹³. Así, a nuestro pesar, deberían desestimarse algunas de las interpretaciones asumidas por la investigación en los últimos años, especialmente las que han dado lugar a razonamientos y conclusiones a nuestro juicio inconvenientes (Antonelli, 2006; Brandherm, 2008), si la cronología del conjunto de materiales fuera la única base para estimar el cambio. Pero, principalmente, entendemos que a partir de las dataciones radiométricas de Huelva no puede asegurarse cualquier implicación en el debate de la cronología del Próximo Oriente, y menos que apoye la ‘cronología alta’ y la relación del reino unificado con Occidente.

A partir de las recientes excavaciones realizadas en El Carambolo, también hemos asistido a un intento vano de *deconstruir* la Protohistoria del Suroeste peninsular desde el paradigma fenicio, el cual ha sido ampliamente aceptado por muchos investigadores (De la Bandera y Ferrer, 2010). Para documentar el contexto donde apareció el famoso tesoro, en el único espacio entonces disponible, en octubre de 1958 se excavaron hasta alcanzar el nivel III dos zanjas aprovechando el hueco realizado por los obreros para rebuscar el hallazgo. A partir de allí y a algo más del metro de profundidad, el nivel IV, como la excavación mostraba rastros de fuego, huesos y trozos de barro endurecido con imprimaciones paralelas de palos o cañas¹⁴, este contexto se relacionó con la superestructura vegetal de un fondo de cabaña estratificado, y todo el nivel se excavó por capas horizontales hasta el sustrato estéril (Carriazo, 1980: 242).

El fondo tendría forma oval con ejes máximos de 6x4'5 m, que fue la delimitación observada en

ambas zanjas. El ajuar rescatado estaba formado por un conjunto de elementos metálicos, tales como dos puntas de flecha, barritas, aros, clavos, y también un masa amorfa de hierro (Carriazo, 1980: 268)¹⁵, molinos y moledera de mano, placa de arquero incompleta, un fragmento de sierra en cuarzo y otros útiles de sílex, muchos huesos de animales consumidos, conchas, fragmentos de huevos de avestruz quemados, un conjunto de fragmentos cerámicos prácticamente desconocido en esos momentos en el Suroeste¹⁶ y, sobretudo, pellas de barro endurecido por el fuego con improntas de cañas, todo ello estructurado en finas capas superpuestas como se ha dicho. Este ajuar llevaría a considerar que los estratos más bajos del Carambolo Alto eran el resultado de la existencia allí de una cabaña protohistórica, que inmediatamente, al tratarse de materiales muy novedosos, fue relacionada con Tarteso, ese mundo mítico del que se desconocía su cultura material¹⁷.

En el informe del Dr. Maluquer, tal cual lo cita Carriazo, ...*puede deducirse que la zona excavada comprende, por una parte, el interior de una vivienda o choza, que pereció en un gran incendio, quizás repetidas veces; y por otra, una zona de vertedero exterior que probablemente estuvo al aire libre durante la vida de aquella casa. Al derribarse incendiada ésta, quedó marcada la oquedad dibujada por su perímetro, y comenzó a formarse lentamente un estrato de relleno, que llegó a regularizar la superficie. O bien se arregló artificialmente, para formar una plataforma sobre la que construir nuevas viviendas* (Carriazo, 1980: 270).

A partir de 2002 se ha realizado una excavación en área para documentar la naturaleza del asentamiento, debido a que se pretendía urbanizar la zona.

15 Ya no es extraña ni *a priori* debe considerarse fenicia la presencia de hierro en el Bronce Final de acuerdo con el registro local. En este sentido puede verse Vilaça, 2006).

16 En la actualidad se cuenta con una amplia bibliografía del Bronce Final, incluso fechado con dataciones de C₁₄ (Gómez, e.p.). Entre esa bibliografía remitimos a la aportación de García y Hurtado (2011) y, especialmente, la de J. Jiménez Ávila y Guerra Millán (2012), donde en Medellín se ajusta la cronología del Bronce allí representado desde los inicios al de la aparición de las cerámicas tipo Carambolo.

17 Entre los materiales recuperados, ...*como es normal en los ajuares domésticos* (Carriazo, 1980: 269), el predominio era de formas desconocidas y faltaban las que se definen por un pequeño fragmento, lo cual fue considerado un inconveniente, pero ratificaba la idea de ser el ajuar de una cabaña que en aquellos momentos no podía relacionarse con otro período histórico que no fuese el tartésico.

12 Se trata de un error lógico al considerar que todas las cerámicas del Bronce Final tenían que incluirse en un corto período del I Milenio a.C.

13 Se cuenta ahora con dos fechas radiométricas obtenidas en cabañas locales que representan la fase de transición entre los Horizontes Formativo y Clásico de Huelva (Beltrán y otros, e.p.), que apoyan la fase local de transición en ese momento.

14 Como se observa en la descripción de J.M. Carriazo, más que las cerámicas, los restos de una cubierta quemada y su contexto arqueológico fueron la base donde se apoyaba la definición de fondo de cabaña.

En un primer trabajo publicado de esta campaña (Fernández y Rodríguez, 2005a), al no disponer de análisis radiométricos, se utilizan las cronología relativas con que se cuenta en esos momentos, se menciona un hiato de ocupación entre el Calcolítico final/Bronce inicial al Orientalizante inicial, y se describen las cinco principales fases del santuario.

En otro trabajo posterior, redactado también antes de finalizar la actividad de campo (Fernández y Rodríguez, 2005b: 842), se menciona la primera fase de ocupación según se ha dicho entre el Calcolítico final y un Bronce antiguo/medio¹⁸, representado por ...*una serie de fosas de planta circular y elíptica y sección de tendencia esférica* (Fernández y Rodríguez, 2005: 846), y no se descarta que existieran estructuras de habitación en esa primera fase. Lógicamente se resalta que entre esta fase prehistórica y el complejo monumental del santuario más antiguo habría un vacío en la ocupación hasta el siglo VIII a.C. (Fernández y Rodríguez, 2005b: 846). En relación con la cabaña del Bronce Final de Carriazo y Maluquer, excavada ahora completamente, se menciona que su contexto es paralelo a las fases III-IV del siglo VIII a.C. y, por ello, no se incluye en momentos anteriores, es decir, no puede ser anterior a la presencia *fenicia* en Occidente, y se insiste en que los materiales que hasta el momento servían para definir el período local previo no podrán ser así utilizados nunca más (Fernández y Rodríguez, 2005a: 136)¹⁹.

Una primera monografía y por ello mucho más elaborada, aparecerá dos años después, en la que se describen los trabajos realizados y se hace una primera interpretación que podríamos denominar global (Fernández y Rodríguez, 2007). En relación con la ocupación previa al santuario, nos interesa aquí como una reiteración de la nueva concepción que se quiere dar al Carambolo, cuando se dice ... *que la cronología e interpretación del Carambolo Alto carecen de fundamento [...] ni la datación dada a los restos recuperados [...] ni su lectura como fondo de cabaña se puede mantener a la luz de las últimas intervenciones arqueológicas* (Fernández y Rodríguez, 2007: 246), espe-

cialmente porque el santuario fenicio ...*se asienta sobre un enclave, al parecer deshabitado desde los últimos momentos del Broce Tardío o Medio, donde el <<fondo de cabaña>> documentado por Carriazo aparece como un simple depósito de relleno dentro de una gran fosa de carácter ritual, en la que se acumularon los restos sacrificales y cultuales que presenta una cronología claramente colonial desde su nivel inferior* (Fernández y Rodríguez, 2007: 246). Sin embargo, en páginas anteriores se reconocía que se habían documentado fosas con restos de sacrificios en una de las zonas excavadas, donde ...*los niveles detectados correspondientes al supuesto <<fondo de cabaña>> excavado por J. M. Carriazo no son más que algunos de los depósitos contenidos en una de estas fosas, que a su vez corta a una fosa previa* (Fernández y Rodríguez, 2007: 231-232), un importante indicador estratigráfico sobre el que volveremos²⁰.

Un nuevo trabajo publicado explicará también de forma global las excavaciones, ahora más matizada al haber estudiado por primera vez materiales pertenecientes a algunos de los contextos (Fernández y Rodríguez, 2010). Otra vez se reitera la nueva interpretación del Carambolo que invalidaba la tesis tartésica mantenida a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, a pesar de que ahora aparecerán nuevos datos que deberían haberse tenido en cuenta. Se parte de que ...*las relaciones estratigráficas de la fosa-basurero, la cronología aportada por los materiales cerámicos recuperados en la misma y las fechas obtenidas por C14, ofrecen una datación claramente colonial para todos los estratos e incluso para la propia interfase, por lo que el repertorio material que sirvió para definir una cultura tartésica previa a la colonización quedó sin fundamento científico, siendo necesaria una nueva caracterización arqueológica de las "posibles" poblaciones precoloniales* (Fernández y Rodríguez, 2010: 204). Sin embargo, más adelante, se menciona que la ocupación del sitio comienza con dos horizontes calcolíticos, quizás pre y campaniforme, formado por fosas, hogueras y un enterramiento, pero no se descarta aquí la existencia de cabañas, y también de fosas.

18 Ahora se amplía la fase final de esta primera fase hasta el Bronce Medio acortando el hiato.

19 En cita a pie de página (8) se menciona la posibilidad de que existiera una antigua ocupación del Bronce precolonial, pero que tal vez fue destruida en trabajos de ampliación para la construcción del santuario, ya que donde se ha podido observar solo aparecen sedimentos de vertido.

20 La existencia de dos fosas superpuestas (¿cabañas/pithouses/basureros?) es muy importante para entender la verdadera estratigrafía del Carambolo Alto, una circunstancia que tal vez no pudo observarse en 1958 y que ahora no se ha tenido en cuenta.

El segundo período, que es el que aquí nos interesa especialmente, comprenderá ahora un Bronce Tardío-Final, que fecharán 1400-1100 A.C. a partir del análisis radiométrico practicado *...al contenido de una de las fosas que en origen se atribuían al periodo Calcolítico* (Fernández y Rodríguez, 2010: 214). Este inesperado horizonte ahora mencionado por primera vez se localiza en el noroeste del cerro, *...en el interior de una gran fosa de planta circular (1210), con un diámetro aproximado de 2,50 m, que muestra en su interior una complicada secuencia de fosas y deposiciones* (Fernández y Rodríguez, 2010: 214), que se identifica como posible silo o basurero, y también se estima su posible uso ritual. La datación radio-carbónica más probable se sitúa entre 1401 A.C. y 1131 A.C. y los materiales arqueológicos son relacionados con el Llanete de los Moros IIIa y IIIb, y el Castillo de Monturque, pero también con Umbria II, aunque asimismo se mencionan el Cabezo de San Pedro (Fase I), Setefilla (Fase IIa) y Colina de los Quemados (estratos 18 a 16), los cuales no cuentan con otras dataciones que las arqueológicas del siglo pasado (Fernández y Rodríguez, 2010: 215-216)²¹, y tal vez por ello no se paralelizan en su adscripción al Bronce Final. El tercer período de ocupación corresponde al santuario desde el siglo IX a.C. y su evolución continuada a través del tiempo.

Nos parece interesante resaltar que, en las conclusiones de este artículo, donde se contemplan tanto los nuevos datos del Carambolo como gran parte del repertorio protohistórico del Suroeste, explícitamente se puntualiza que los datos *...no llevan el afirmar que exista un vacío poblacional en el periodo citado en el suroeste andaluz, sólo intentamos poner de manifiesto que, con los datos disponibles en este momento, no podemos realizar una caracterización arqueológica fundamentada de las poblaciones residentes en este territorio en el periodo indicado, ni siquiera afirmar la presencia ...[sic.]... de las mismas* (Fernández y Rodríguez, 2010: 261).

En primer lugar, después de estas afirmaciones el pretendido vacío poblacional del Suroeste ha desaparecido para siempre, incluso en la antigua desembocadura del Guadalquivir, y segundo, que el

hecho de que los autores no puedan confirmar la existencia de población continuada anterior se debe a problemas propios, relacionados seguramente con la inercia de los años anteriores y no al carácter científico que debe prevalecer en todo proceso de investigación, pues los nuevos datos imponían una corrección a las manifestaciones anteriores.

Nosotros creemos que el principal problema de la explicación de El Carambolo que se había hecho a partir de su excavación ha sido confundir una estructura de tipo *pithouse*,²² como la cabaña excavada por J. M. Carriazo y ahora otras estructuras²³, con una de tantas fosas de vertido que de costumbre aparecen en ciudades medievales y contemporáneas como Sevilla, ambas rellenas de basura. En los dos tipos de estructuras, unidades negativas excavadas en el subsuelo, el relleno –positivo– será siempre posdeposicional en el primero de los casos e invariablemente estará formado por depósitos de génesis natural y también antropizada y, por ello, tendrán que ser sincrónicos a la destrucción o amortización de la cabaña semisubterránea ocupada, sobre la que además se depositará un relleno posterior a su destrucción²⁴ que colmatará el hueco resultante; el segundo caso son solo rellenos antrópicos heterogéneos como vulgar basurero, que pueden o no estar estratificados si los vertidos se hicieron en momentos sucesivos.

22 Para una teórica descripción de las cabañas tipo *pithouse* o *dwelling-pits* ver V. Jiménez Jáimez (2007), con bibliografía; para cabañas semisubterráneas europeas ver Sabjan (2003) entre otros. Lo principal es que no se trata de una vivienda más atrasada con respecto a las construidas con muros de piedra por encima de la rasante y planta regular, sino una estructura más factible en zonas donde la piedra sea difícil de conseguir, como en el entorno del Carambolo. Desde el punto de vista de la interpretación arqueológica de sus rellenos, entendiendo así nuestros ‘fondos de cabaña’, se eliminan muchos de los problemas que esas estructuras han planteado hasta ahora (Gómez y otros, 2009).

23 A pesar de la exigua descripción con que contamos de las estructuras negativas documentadas y explicadas en general como fosas de vertido (Fernández y Rodríguez, 2010: 215 y ss), las adscritas tanto al Bronce Tardío-Final (1400-1100 A.C.) como otras protohistóricas posteriores (1020-810 A.C.), además de indicar continuidad poblacional desde el II Milenio a.C., son sin duda ejemplos a estudiar desde el concepto de *pithouse* o *dwelling-pit*.

24 Por esta morfología postdeposicional, los ejemplos excavados por la geografía del Suroeste nunca presentan una estructura regular, toda vez que, si la cabaña se ha destruido para erigir una nueva, los elementos estructurales, tales como postes y partes vegetales en buen estado, se reutilizan en la erección de una nueva, o para hacerlas leña, con lo que se diluyen aquellos indicios esperados para confirmar su función de vivienda.

21 Los cinco fragmentos presentados en la figura 11, tal vez bruñidos, y su cronología del II Milenio dentro del Bronce Final derriban como un castillo de naipes todas las interpretaciones anteriores.

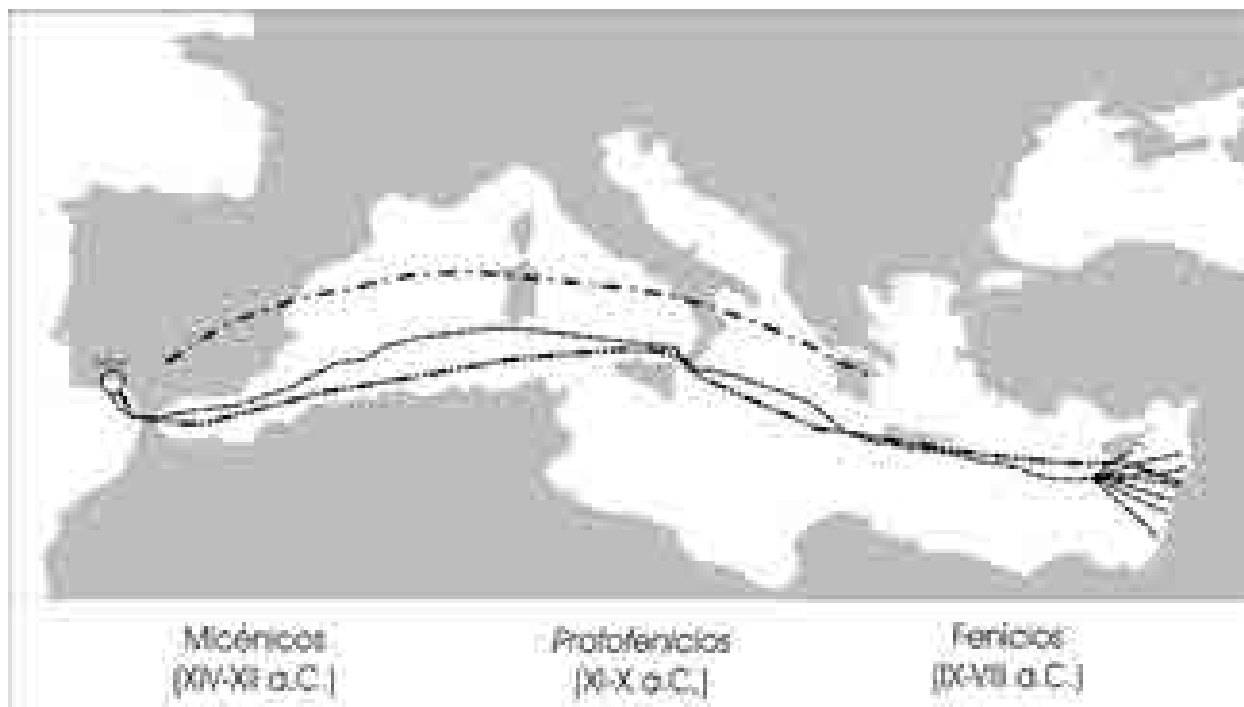


Figura 3.- Fases de contacto entre el Mediterráneo Oriental y la Península Ibérica.

En las últimas décadas se ha debatido demasiado de la existencia o no de materiales orientales en el fondo de cabaña, pero nunca se ha dicho en qué zona habrían aparecido los aparentemente excavados en esos años. En primer lugar, el torno está documentado en el Suroeste desde el hallazgo de Montoro (Martín de la Cruz, 2008); en segundo lugar, la excavación realizada en 1958 no pudo tener la pulcritud que ahora se exige; finalmente, hemos de reiterar que si se trataba de una *pithouse* como parece evidente, los rellenos siempre serán postdeposicionales, es decir, posteriores a la amortización de esa cabaña y de los materiales que se utilizaron en su momento de ocupación, lo cual posibilitaría la presencia de elementos a torno siempre posteriores al momento en que la cabaña estuvo en uso, y nunca significará que fuese coetánea de la presencia del torno; lo importante es delimitar entre sedimentos previos debidos a su ocupación, si es que existen, y rellenos posteriores resultantes de su abandono o amortización.

En relación con la interpretación de la evolución posterior del sitio en particular, como hipótesis a contrastar en el futuro, posiblemente se trate de un santuario de tipo oriental²⁵ generado a partir de un

lugar sagrado o cultural de la Edad del Bronce que, como tantos otros aspectos de la superestructura local previa, fue orientalizado después de varios siglos durante los que se habían mantenido contactos con gentes del círculo próximo-oriental mediterráneo (Figura 3). La cabaña del tipo *pithouse* excavada por J. M. Carriazo (1973), muy bien interpretada estructuralmente en su día por J. Maluquer (1994)²⁶, teniendo en cuenta el lugar que ocupaba, pudo ser uno de los precedentes del santuario orientalizante posterior, tal como en alguna ocasión se había interpretado (Belén y Escacena, 1997), y como ya habían intuido Carriazo y A. Blanco (1979).

cananeo-fenicia, del santuario del Carambolo que a veces hace A. Gómez Peña (2010), en especial por la cronología amplia que cita en relación con el origen de los *ox-hide ingots* en un mundo oriental que denomina *asirio-chipriota*. Precisamente el vacío temporal en el mundo mediterráneo desde el final de la Edad del Bronce y la aparición en la Península Ibérica de los altares de piel de buey en un momento del Período Orientalizante nos debería hacer pensar que nos situamos claramente en la disyuntiva que llevó a S. Moscati (1988: 24) a mencionar cómo tantas ambigüedades y teorías presupuestas planeaban libremente sobre la explicación de la Protohistoria mediterránea.

²⁶ El más importante indicador sería la presencia de pellas de barro endurecidas en un incendio y con impronta de cañas o ramas, que al haber formado parte de la cubierta vegetal no pueden ser basuras de sacrificios o comidas rituales.

²⁵ Nos parece acertada la atribución oriental, no fenicia o

El tamaño de la estructura ahora excavada, si se trata de la primera cabaña y no de la que se le superpone (Fernández y Rodríguez, 2007: 149), sería un buen ejemplo para relacionarla con unos rituales locales que en parte desconocemos (Tejera y Fernández, 2012). En el Bronce Final, el paso de deidades locales a otras ya vinculadas claramente con el mundo mediterráneo nos parece una situación lógica, si pensamos tanto en Reshef como en el Hércules gaditano tal como se desprende de la lastra del museo de Ostia (Corzo, 2005: fig. 16A), donde se representan a esos dioses mediterráneos con la iconografía que los caracterizará a través del tiempo, tal como el lingote de piel de buey grabado sobre la cista de Melkhart o Reshef, de la cual el Hércules gaditano extrae una tablilla, y además su gesto amenazante. ¿Es este ejemplo un recuerdo de los altares orientalizantes o quizá el símbolo de un dios oriental de la Edad del Bronce con uno de los atributos de un *smiting god* como el dios cornudo de Enkomi²⁷?

COMO CONCLUSIÓN ¿UN NUEVO PUNTO DE PARTIDA?

En relación con la probada existencia del período que denominamos Bronce Final prefenicio en el Suroeste, reconocida la antigua presencia de orientales heterogéneos en Occidente como punto crucial del debate, y a quiénes debemos considerar *fenicios*, somos conscientes que cualquier postura extrema será criticable por una u otra línea de investigación. Para los elementos más antiguos del conjunto publicado de Huelva, que aporta una clara novedad digna de tenerse en cuenta, una interpretación lógica razonada es que *...the earliest defendible date for some of Phoenician pieces at Huelva is indeed somewhere around Ir2a. This would mean the tenth century according to conventional Palestine ceramic chronology, or the entire 980-830 range following Mazar's 'extended high chronology' and solely the ninth century by the low chronology we advocate* (Gilboa y otros, 2009: 172). Es decir, al menos existen tres posibles dataciones que pueden satisfacer a los diferentes investigadores para que el debate se prolongue.

Pero, incluso por su datación lógica, y de acuerdo a cómo se manifiesta el proceso histórico en el Próximo Oriente que ahora coloca a los fenicios

históricos en un espacio temporal específico, esas cerámicas *fenicias* previas a mediados del siglo IX a.C. también pudieron llegar en barcos orientales –protofenicios– ya que *...the evidence of Phoenician presence, if not necessarily representing colonisation — are only of later types, not earlier than the eighth century BCE* (Gilboa y otros, 2009: 191), es decir en sincronía con el MG ático, del cual existen bastantes ejemplos localizados en el mismo *contexto* onubense y también en El Carambolo.

Resulta claro pues, que el puerto de Huelva existía en momentos previos a la presencia *fenicia*, como se demostró en el Cabezo de San Pedro hace más de cuarenta años (Blázquez y otros, 1970), y ahora en su rueda agrícola (Beltrán y otros, e.p.), que indica la necesaria convivencia en el lugar de la sociedad de la Edad del Bronce y la presencia de otros agentes comerciales en momentos previos a esos fenicios históricos.

Pero de lo que ya no hay duda, de acuerdo con los propios autores, es que en El Carambolo se ha excavado, y así debe interpretarse, un hábitat de cabañas que muestra la continua evolución de la Prehistoria reciente desde la segunda mitad del II Milenio a.C., con un inicio que podríamos relacionar con nuestro Horizonte Formativo del Bronce Final de Huelva (Gómez, 2008).

Que ese Horizonte continuaría con su propia evolución local durante el Horizonte Clásico del Bronce Final y, en su fase más tardía y algo antes de la presencia *fenicia*, continuaría el registro publicado en su día por J. M. Carriazo (1973) con el ajuar del fondo de cabaña-*pithouse* del Carambolo Alto, según mostrarán los materiales asociados a tantas fosas de vertido –*pithouses*– como mencionan los autores de su reciente excavación, de hecho pertenecientes a un poblado de cabañas relativamente extenso.

En un momento final de este Horizonte Clásico, se asistirá a la presencia definitiva de los fenicios históricos y por ello, a partir de allí, a la orientalización generalizada del Suroeste, incluyendo claro está la fase que le corresponda al santuario, bien sea pre-*fenicia* o bien sea relacionable con los que aquí denominamos fenicios históricos, por supuesto posteriores a Hiram I. En esa fase local, las cabañas muestran materiales de importación, con ejemplos, además de los fenicios, de vasos del Geométrico griego y del Mediterráneo central en general, se-

²⁷ Debe tenerse en cuenta que el lingote de piel de buey no es una imagen *fenicia*, pues desaparece del registro mediterráneo a partir de la crisis del 1200 a.C. (Lo Schiavo y otros, 2009).

gún se desprende del contenido de las cabañas de ese momento (Escacena y otros, 2007)²⁸.

Finalmente, según interpretamos en la Figura 3, cualquier elemento oriental previo al siglo IX a.C. localizado en la Península Ibérica no debe ser considerado *fenicio*, toda vez que se cuenta con suficientes datos contrastados desde el II Milenio a.C. para estimarlo así. Hace falta puntualizar o acuñar una descripción que sea coherente con el nuevo conocimiento fundamentado en el registro arqueológico.

BIBLIOGRAFÍA

- Albright, W. F. (1954), *The Archeology of Palestine* (Ed. Rev.), Harmondsworth.
- Almagro Basch, M. (1981), "La interpretación de la leyenda de Tartessos según los documentos arqueológicos", *Revista de la Universidad Complutense*, 1, 54-73.
- Almagro Gorbea, M. (1977), *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV, Madrid.
- Alvar, J. (2008), "Modos de contacto y medios de comunicación, los orígenes de la expansión fenicia", *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. La precolonización a debate (S. Celestino, N. Rafel, y X.L. Armada, Eds.), Serie Arqueológica, II, Madrid, 19-25.
- Antonelli, L. (2006), "Da Tarsis a Tartesso. Riflessioni sulla presenza greca oltre Gibilterra durante l'età arcaica", *Gerión*, 24/1, 7-26.
- Aubet Semmler, M^a.E. (1987), *Tiro y las colonias fenicias en Occidente*, Bellaterra, Barcelona.
- (2003), "El comercio fenicio en Homero", *Estudios de Arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia* (S.M. Ramallo, Ed.), 85-101.
- (2006), "El sistema colonial fenicio y sus pautas de organización", *Mainake*, XXVIII, 35-47.
- (2008), "Political and economic implications of the new Phoenician chronologies", *Beyond the Homeland. Markers in Phoenician Chronology* (C. Sagona, Ed.), Ancient Near Eastern Studies, Suppl. 28, Lovaina, 247-259.
- (2009), "Byblos y Tiro. Desarrollo y reestructuración urbanísticas en Fenicia", *Phönizisches und punisches Städtewesen* (S. Helas y D. Marzoli, Ed.), Iberia Archaeologica, 13, Mainz, 21-37.
- Bauer, A. A. (1998), "Cities of the Sea, Maritime Trade and the Origin of Philistine Settlement in the Early Iron Age Southern Levant", *Oxford Journal of Archaeology*, 17/2, 19-168.
- Belén, M^a. y Escacena, J.L. (1997), "Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía Occidental", *Spal*, 6, 103-131.
- Beltrán, J.M., Gómez, F., Vera, J.C. y González, D. (en prensa), "Secuencia estratigráfica de un conjunto de fondos de cabaña del Bronce del yacimiento La Orden-Seminario (Huelva)", *Huelva Milenaria, Homenaje a Javier Rastrojo Lunar*, Universidad de Huelva.
- Bikai, P.M. (1978), *The pottery of Tyre*, Warminster.
- (1989), "The Phoenicians", *The Crisis Years, The 12th Century B.C. From Beyond the Danube to the Tigris* (W.A. Ward y M.S. Joukowsky, Eds.), Dubuque, 132-141.
- Blanco, A. (1956), "Orientalia, Estudio de objetos fenicios y orientalistas en la Península", *Archivo Español de Arqueología*, 29, 3-51.
- (1960), "Orientalia II", *Archivo Español de Arqueología*, 33, 3-43.
- (1979), *Historia de Sevilla, I (1). La ciudad antigua (De la Prehistoria a los Visigodos)*, Universidad de Sevilla.
- Blázquez, J.M^a. (2005), "Evolución del concepto orientalista en los últimos 50 años en la investigación hispana", *El período orientalista. Protohistoria del Mediterráneo Occidental* (S. Celestino y J. Jiménez, Eds.), Anejos de Archivo Español de Arqueología 35, Madrid, 129-148.
- Blázquez, J.M^a., Luzón, J.M^a., Gómez, F., y Clauss, K. (1970), *Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro*, Huelva.
- Bodine, J.J. (2010), "Gates, Dates, and Debates. A Review of Megiddo's Monumental Gate and the Debates over Archaeology and Chronology in Iron Age Palestine", *Studia Antiqua*, 8/1, 5-23.
- Brandherm, D. (2008), "Vasos a debate, La cronología del Geométrico Griego y las primeras colonizaciones en Occidente", *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. La precolonización a debate (S. Celestino, N. Rafel y X.L. Armada, Eds.), Serie

²⁸ En relación con la posible maqueta de barco publicada, considerada un *hippos* fenicio (Escacena y otros, 2007), según se observa a simple vista, la pasta en que se fabricó indica ser una fabricación sarda.

- Arqueológica II, Madrid, 93-106.
- Bruins, H.J. Nijboer, A.J. y Plicht, J. van der (2011), "Iron Age Mediterranean Chronology. A Reply", *Radiocarbon*, 53/1, 199-220.
- Carpenter, R. (1958), "Phoenicians in the West", *American Journal of Archaeology*, 62/1, 35-53.
- Carrasco, J.A. y Pachón, J.A. (2006), "Sobre la cronología de las Fíbulas de Codo tipo Huelva", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXVI, 245-291.
- Carriazo, J. de M. (1973), *Tartessos y El Carambolo*, Madrid.
- (1980), *Protohistoria de Sevilla. En el vértice de Tartessos*, Sevilla.
- Celestino, S., Rafel, N. y Armada, X.L., -Eds.- (2008), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*, La precolonización a debate, Serie Arqueológica, II, Madrid.
- Corzo, R. (2005), "Sobre las primera imágenes y la personalidad originaria de *Hercules Gaditanus*", *Spal*, 14, 91-122.
- Culican, W. (1966), *The First Merchant Venturers, The Ancient Levant in History and Commerce*, London.
- De La Bandera, M^a.L. y Ferrer, E. (2010), *El Carambolo, 50 años de un tesoro*, Sevilla.
- Dever, W.G. (1989), "The Late Bronze-Iron I Horizon in Syria-Palestine, Egyptians, Canaanites, 'Sea Peoples', and Proto-Israelites", *The Crisis Years, The 12th Century B.C. From Beyond the Danube to the Tigris* (W.A. Ward y M.S. Joukowski, Eds.), Dubuque, 99-110.
- Dongen, E. van (2010), "Phoenicia. Naming and Defining a Region in Syria-Palestine", *Interkulturalität in der Alten Welt Vorderasien, Hellas, Ägypten und die vielfältigen Ebenen des Kontakts* (R. Rollinger, B. Guffler, M. Lang e I. Madreiter, Eds.), Wiesbaden, 471-488.
- Escacena, J.L. (2008), "Cantos de sirena. la Precolonización Fenicia de Tartessos", *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. La precolonización a debate (S. Celestino, N. Rafel, y X.L. Armada, Eds.), Serie Arqueológica, II, Madrid, 301-322.
- (2005), "El Templo y la Ciudad, Que trata de cómo los fenicios poblaron Sevilla y su entorno", *Catedral de Sevilla*, Avla Hernan Rviz, 1-21.
- Escacena, J.L., Fernández, A. y Rodríguez, A. (2007), "Sobre El Carambolo. Un *Híppos* sagra-
- do del santuario y su contexto arqueológico", *Archivo Español de Arqueología*, 80, 5-28.
- Fantalkin, A., Finkelstein, I. y Piasezky, E. (2011), "Iron Age Mediterranean Chronology, A Rejoinder", *Radiocarbon*, 53/1, 179-198.
- Faust, A. y Lev-Tov, J. (2011), "The Constitution of Philistine Identity. Ethnic Dynamics in Twelfth to Tenth Century Philistia", *Oxford Journal of Archaeology*, 30/1, 13-31.
- Feinman, P.D. (2004), *William Foxwell Albright and the Origins of Biblical Archaeology*, Andrews University Press, Berrien Springs.
- Fernández, A. y Rodríguez, A. (2005a), "El complejo monumental del Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizador en la paleodesembocadura del Guadalquivir", *Trabajos de Prehistoria*, 62/1, 111-138.
- (2005b), "Nuevas excavaciones en el Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Resultados preliminares", *El Período Orientalizador en la Península Ibérica* (S. Celestino y J. Jiménez, Ed.), Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV, Madrid, 843-861.
- (2007), *Tartessos desvelado, La colonización fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*, Almuzara, Córdoba.
- (2010), "El Carambolo, secuencia cronocultural del yacimiento. Síntesis de las intervenciones 2002-2005", *El Carambolo, 50 años de un tesoro* (M^a.L. de la Bandera y E. Ferrer, Coords.), Sevilla, 203-270.
- Finkelstein, I. (1996), "The Archaeology of the United Monarchy. An alternative view", *Levant*, XXVIII, 177-187.
- (1998), "Bible Archaeology or Archaeology of Palestine in the Iron Age? A Rejoinder", *Levant*, XXX, 167-74.
- (2000), "Omride Architecture", *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, 116, 114-138.
- (2001), "The Rise of Jerusalem and Judah, the Missing Link", *Levant*, 22, 105-115.
- (2006), "The Iron I-IIA in the Highlands and Beyond: 14C Anchors, Pottery Phases and The Shoshenq I Campaign", *Levant*, 38, 45-61.
- (2007), "Is the Philistine Paradigm still viable?", *Contributions to the Chronology of the Eastern Mediterranean. The Synchronisation of Civilizations in the Eastern Mediterranean in the Second Millennium B.C.* (M. Bietak y E. Czerny, Ed.), Viena, 517-523.

- (2008), "Una Actualización de la Cronología Baja. Arqueología, Historia y Biblia", *Antiguo Oriente*, 6, 115-136.
- (2010), "A Great United Monarchy? Archaeological and Historical Perspectives", *One God – One Cult – One Nation* (R.G. Knatz y H. Spieckermann, Ed.), Archaeological and Biblical Perspectives, Beihefte zur Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft, 405, Berlin, 3-28.
- (2011a), "Stages in the Territorial Expansion of the Northern Kingdom", *Vetus Testamentum*, 61, 227-242.
- (2011b), "Observations on the Layout of Iron Age Samaria", *Tel Aviv*, 38, 194-207.
- (2012), "The Great Wall of Tell en-Nasbeh (Mizpah). The First Fortifications in Judah, and 1 Kings 15:16-22", *Vetus Testamentum*, 62, 14-28.
- Finkelstein, I. y Piasetzky, E. (2007), "Radiocarbon Dating and Philistine Chronology", *Egypt and the Levant* (M. Bietak, Ed.), Viena, 73-82.
- (2009), "Radiocarbon Dating Destruction Layers: A Skeleton for Iron Age Chronology in the Levant", *Oxford Journal of Archaeology*, 28/3, 255-274.
- Finkelstein, I. y Lipschits, O. (2010), "Omride Architecture in Moab, Jahaz and Ataroth", *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, 126/1, 29-42.
- Finkelstein, I. y Silberman, E. (2001), *The Bible Unearthed. Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts*, Nueva York.
- (2003), *La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, Trad. Esp. de *The Bible Unearthed*, Madrid.
- Fleming, W.B. (1915), *The History of Tyre*, Columbia University Oriental Studies, X, Lancaster/New York.
- Frutos, G. de (1991), *Cartago y la política colonial, Los casos norteafricano e hispano*, Sevilla.
- Ganor, N.R. (2009), *Who were the Phoenicians?*, Kotarim International Publishing Ltd, Eisenbrauns, Winona Lake.
- García y Bellido, A. (1960), "Inventario de los jarros púnico-tartésicos", *Archivo Español de Arqueología*, 33, 44-63.
- García, L. y Hurtado, V. (2011), "Las dataciones radiocarbónicas de El Trastejón en el marco de la cronología absoluta de la Edad del Bronce (c. 2200-850 A.N.E.) en el Sur de la Península Ibérica", *El asentamiento de El Trastejón (Huelva). Investigaciones en el marco de los procesos sociales y culturales de la Edad del Bronce en el Suroeste de la Península Ibérica* (V. Hurtado, L. García y M. A. Hunt, Coords.), Sevilla, 138-160.
- Gilboa, A., Sharon, I. y Boaretto, E. (2009), "Tel Dor and the chronology of Phoenician "pre-colonization" stages, *Beyond the Homeland, Markers in Phoenician Chronology* (C. Sagona, Ed.), Monograph Series of Ancient Near Eastern Studies, Lovaina, 113-204.
- Gitin, S., Mazar, A. y Stern, E. (1998), *Mediterranean Peoples in transition. Thirteenth to Early Tenth Century BCE*, Jerusalén.
- Gómez Peña, A. (2010), "Así en Oriente como en Occidente. El Origen Oriental de los Altares taurodérmicos de la Península ibérica", *Spal*, 19, 128-148.
- Gómez, F. (1997), *Formas de ocupación del territorio durante los primeros siglos del I Milenio a.C., El Suroeste como marco de definición y contrastación*, Tesis Doctoral, Edición Electrónica, 15, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, Huelva, 1-577.
- (2004), "Cerámicas Fenicias en el Suroeste Atlántico Andaluz, Una reflexión crítica", *Mirando al Mar, Perspectivas desde el Poniente Mediterráneo, II y I Milenios A.C.* Revista de Prehistoria, 3, 63-114.
- (2008), "Cerámicas del Bronce Final en Huelva (1200-600 a.C.). Nueva tipología para explicar su amplitud cronológica", *Homenaje a Pilar Acosta*, Tabona, 16, 85-100.
- (2009), "Huelva en el año 1000 a.C., un puerto cosmopolita entre el Atlántico y el Mediterráneo", *Gerión*, 27/1, 33-65.
- (en prensa), "El mundo mediterráneo y Tarteso a la luz de nuevas evidencias", *Actas I Congreso Internacional Tarteso el emporio del metal*, Universidad de Huelva.
- Gómez, F. y Fundoni, G. (2011), "Relaciones del Suroeste con el Mediterráneo en el Bronce Final (siglos XI-X a.C.). Huelva y la isla de Cerdeña", *Anales de Arqueología Cordobesa*, 21/22, 17-56.
- Gómez, F., Linares, J.A. y De Haro, J. (2009), "Fondos de cabaña del Bronce Final-Orientali-

- zante en la Tierra Llana de Huelva”, *Actas IV Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*, Huelva, 606-647.
- González, F., Serrano, L., y Llompart, J. (2004), *El Emporio Fenicio Precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*, Madrid.
- (2006), “The pre-colonial Phoenician emporium of Huelva ca. 900 – 700 B.C.” *Bulletin Antieke Beschaving*, 81, 13-29.
- (2008), “The emporium of Huelva and Phoenician chronology, present and future possibilities”, *Beyond the Homeland, Markers in Phoenician Chronology* (C. Sagona, Ed.), Monograph Series of Ancient Near Eastern Studies, Lovaina, 631-655.
- (2010), “El inicio de la Edad del Hierro en el Suroeste de la Península Ibérica, las navegaciones precoloniales, y cuestiones en torno a las cerámicas locales de Huelva”, *IV Encuentro de Arqueología del Suroeste*, Huelva, 648-698.
- Harden, D. (1963), *Los Fenicios*, Barcelona.
- Herrera, M^a.D. y Gómez, F. (2004), *Tell Abu Hawam (Haifa, Israel), El Horizonte fenicio del Stratum III Británico*, Huelva.
- Jiménez, J. y Guerra, S. (2012), “El Bronce Final en Medellín. Estudio preliminar del Corte SMRO”, *Sidereum Ana II, El río Guadiana en el Bronce Final* (J. Jiménez Ávila, Ed.), *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, LXII, 65-110.
- Jiménez, V. (2007), “*Pithouses versus pits*. Apuntes para la resolución de un problema arqueológico”, *Portugalia*, Nova Série, XXVII-XXVIII, 35-48.
- Joffe, A. H. (2002), “The rise of Secondary States in the Iron Age Levant”, *JESHO* 45/4, 426-467.
- Katzenstein, H.J. (1973), *The History of Tyre. From the Beginning of the Second Millennium B.C.E. until the Fall of the Neo-Babylonian Empire in 538 B.C.E.*, Jerusalén.
- Lehmann, G. (1998), “Trends in the Local Pottery Development of the Late Iron Age and Persian Period in Syria and Lebanon, ca. 700 to 300 B.C.”, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 311, 7-37.
- Lo Schiavo, F., Muhly, J. D., Madding, R. y Giumlia-Mair, A. (2009), *Oxhide Ingots in the Central Mediterranean*, Instituto di Studi sulle Civiltà dell'Egeo e del Vicino Oriente, Roma.
- Maluquer de Motes, J. (1968), *Tartessos. La ciudad sin historia*, Barcelona.
- (1994), *Excavaciones de El Carambolo, Sevilla. Notas y experiencias personales 1958*, Ed. Facsimil, Clásicos de la Arqueología de Huelva, 5, Huelva.
- Martín de la Cruz, J.C. (2008), “El Valle Medio del Guadalquivir”, *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e)*, *La precolonización a debate* (S. Celestino, N. Rafel, y X.L. Armada, Eds.), Serie Arqueológica, II, Madrid, 289-299.
- Mazar, A. (2005), “The Debate over the Chronology of the Iron Age in the Southern Levant. Its history, the current situation, and a suggested resolution”, *The Bible and Radiocarbon Dating, Archaeology, Text and Science* (T.E. Levy y T. Higham, Ed.), London, 15-30.
- (2010), “Archaeology and the Biblical Narrative: The Case of the United Monarchy”, *One God—One Cult—One Nation, Archaeological and Biblical Perspectives* (R. G. Kratz y H. Spiekermann, Ed.), *Beihefte zur Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft*, 405, Berlín, 29-58.
- (2011), “The Iron Age chronology debate, is the gap narrowing? Another viewpoint”, *Near Eastern Archaeology*, 74, 105-110.
- Mederos, A. (2004), “Fenicios evanescentes, Nacimiento, muerte y redescubrimiento de los fenicios en la península Ibérica, II (1936-1968)”, *Saguntum*, 36, 35-46.
- Moscatti, S. (1983), “Precolonizzazione greca e precolonizzazioni fenicia”, *Revista di Studi Fenici*, 11/1, 1-7.
- (1988), “Chi furono i Fenici”, *I Fenici* (S. Moscati, Dr.), Milán, 24-25.
- Movers, F.E. (1841), *Die Phonizier I*, Bonn.
- Na’Aman, N. (1986), “Habiru and Hebrews. The Transfer of a Social Term to the Literary Sphere”, *Journal of Near Eastern Studies*, 45/4, 271-288.
- Nijboer, A.J. y van der Plicht, J. (2006), “An interpretation of the radiocarbon determinations of the oldest indigenous- Phoenician stratum thus far, excavated at Huelva, Tartessos (south-west Spain)”, *Bulletin Antieke Beschaving*, 81, 41-46.
- Pulak, C. (1998), “The Uluburun shipwreck, an overview”, *The International Journal of Nautical Archaeology*, 27/3, 188-224.
- Plicht, J. van der, Bruins, H.J. y Nijboer, A.J. (2009), “The Iron Age around the Mediterra-

- nean: A High Chronology Perspective from the Groningen Radiocarbon Database”, *Radiocarbon*, 51/1, 213–242.
- Rawlinson, G. (1889), *History of Phoenicia*, Oxford.
- Röllig, W. (1983), “On the Origin of the Phoenicians”, *Berytus*, 31, 79–93.
- (1995), “Phoenician and the Phoenicians in the Context of the Ancient Near East”, *I Fenici, ieri, oggi, domani*, Accademia Nazionale dei Lincei, Commissione per gli studi Fenici e Punici, Roma, 203–214.
- Rowlands, M.J. (1980), “Kinship, alliance and exchange in the European Bronze Age”, *Settlement and Society in the British Later Bronze Age* (J. Barret & R. Bradley, Eds.), B.A.R. 83, Oxford, 15– 55.
- Ruiz Mata, D. y Gómez, F. (2008), “El final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico y los inicios de la colonización fenicia en Occidente”, *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. *La precolonización a debate* (S. Celestino, N. Rafael, y X.L. Armada, Eds.), Serie Arqueológica, II Madrid, 323–353.
- Sabján, T. (2003), “Reconstruction of Medieval pit-houses”, *Památky Archeologické*, Ruralia, IV, Supplementum, 15320–332,
- Sherrat, S. (1998), “Sea Peoples” and the Economic Structure of the Late Second Millenium in the Eastern Mediterranean”, *Mediterranean Peoples in Transition, Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE* (S. Giti, A. Mazar y E. Stern, Eds.), Jerusalén, 292–313.
- Stieglitz, R.R. (1990), “The Geopolitics of the Phoenician Littoral in the Early Iron Age”, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 279, 9–12.
- Stampolidis, N. C. (2003), “A summary glance at the Mediterranean in the early Iron Age (11th–6th c, BC)”, *Sea Routes...From Sidon to Huelva. Interconnectios in the Mediterranean 16th–6th c. BC* (N. Chr. Stampolidis, Ed.), Atenas, 41–79.
- Tarradell, M. (1963), “Los fenicios en Occidente. Nuevas perspectivas”, *Los Fenicios* (D. Harden), Barcelona, 277–314.
- Tejera, A. y Fernández, J. (2012), *Los dioses de los tartesios*, Bellaterra-Arqueología, Barcelona.
- Torres, M. (2008), “Los «tiempos» de la Precolonización”, *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. *La Precolonización a debate* (S. Celestino, N. Rafael y X.L. Armada, Eds), Madrid, 59–106.
- (2012), “La Precolonización en Extremadura”, *Sidereum Ana II.El río Guadiana en el Bronce Final* (J. Jiménez Ávila, Ed.), Anejos de Archivo Español de Arqueología, LXII, 455–474.
- Vilaça, R. (2006), “Artefactos de ferro em contextos do Bronze Final do Território português: Novos contributos e reavaliação dos dados”, *Complutum*, 17, 81–101.
- (2008), “Reflexões em torno da «presença mediterrânea» no Centro do território português, na charneira do Bronze para o Ferro”, *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. *La Precolonización a debate* (S. Celestino, N. Rafael y X.L. Armada, Eds), Madrid, 371–400.
- Ward, W.A. y Joukowsky, M.S., -Eds.- (1989), *The Crisis Years: The 12th Century B.C. From Beyond the Danube to the Tigris*, Dubuque.
- Weinstein, J. (1992), “The Collapse of the Egyptian Empire in the South Levant”, *The Crisis Years: The 12th Century B.C. From Beyond the Danube to the Tigris* (W. Ward y M.S. Joukowsky, Eds.), Dubuque, 142–150.
- Yadin, Y. (1958), “Solomon’s City Wall and Gate at Gezer”, *IEJ*, 8, 80–86.
- Yadin, Y. y Ben-Tor, A. (1993), “Hazor”, *The New Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, 2 (E. Stern, Ed.), Israel Exploration Society & Carta, Jerusalén, 595.

TRAJANO FUNDADOR. EL ÚLTIMO IMPULSO COLONIZADOR DEL IMPERIO

JAVIER BERMEJO MELÉNDEZ
SANTIAGO ROBLES ESPARCIA
JUAN M. CAMPOS CARRASCO
Universidad de Huelva

Recibido: 05/02/2013

Aceptado: 12/02/2013

Revisado: 11/02/2013

Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

El principado de Trajano se conoce como uno de los periodos de máximo esplendor del imperio romano por el proceso expansionista que se desarrolla a nivel económico, político y territorial. Es en éste último aspecto en donde la labor del *optimo principe* supuso uno de los últimos capítulos en donde Roma tuvo un papel protagonista en el concierto del mundo antiguo al conseguir su máxima expansión así como por protagonizar un efervescente periodo de reorganización territorial y administrativo que llevó parejo la creación de numerosas fundaciones coloniales, urbanas y rurales, especialmente en los nuevos territorios conquistados.

ABSTRACT

Trajan's principality is known as one of the periods of maximum brilliance of the Roman empire by the expansionist process that develops to level, economically, politically and territorial. It is in the latter aspect where the labor of the ideal prince supposed one of the last chapters where Rome had a role protagonist in the concert of the ancient world on having obtained his maximum expansion as well as for leading an effervescent period and administrative of territorial reorganization that took equally the creation of numerous colonial, urban and rural foundations, specially in the new conquered territories.

PALABRAS CLAVE

Trajan, Municipalización, Colonización

KEYWORDS

Trajan, Municipalization, Colonization.

TRAJANO COMO FUNDADOR

La figura de Trajano ha sido, de manera tradicional, objeto de importantes estudios que encuentran en la literatura científica numerosas referencias a cuestiones como la iconografía del emperador y toda su estatuaría (Beltrán y Loza, 1993), sus orígenes, con la clara intención de indagar en su ascendencia itálica-bética (Caballos, 1987-1988; 1989; Canto, 2003), los aspectos económicos y políticos de principado (González-Conde Puente, 2010; Montero Díaz, 1955; Cortés Copete, 2008; Chic García, 2000) así como obras monográficas específicas de su reinado (Blázquez Martínez, 2003; González Fernández, 1993). Sin embargo actualmente no existe ningún trabajo o estudio que muestre de manera general o específica la labor fundacional del óptimo príncipe producto de sus políticas administrativas y territoriales en el imperio, y de manera especial en los nuevos territorios conquistados, más aún cuando supone el último episodio a gran escala de carácter colonizador en el mismo, cuya actividad lo entronca directamente con la labor del propio Augusto.

En esta línea desde Augusto y hasta Trajano, al principio con más fuerza y luego con bastante menos, Roma se reprodujo a sí misma en las *coloniae* que iba estableciendo con especial incidencia en el área occidental del imperio. Sin duda esa producción se decidió según necesidades fundamentalmente político-administrativas y se hizo siguiendo los esquemas más conocidos. En esta línea tras el importante impulso colonizador del periodo augusteo los sucesores Julio-Claudios apenas dejarán sentir su impronta con fundaciones coloniales, limitándose en buena medida a mantener lo establecido por Augusto salvo contadas excepciones. Para el periodo Flavio se sucederá una misma política, donde lo más importante que legará esta dinastía radicarán en la extensión del *ius latti* y la consiguiente promoción ciudadana para provincias, especialmente las *Hispaniae*. De esta forma los nuevos núcleos promocionados comenzarán un proceso de asimilación a las antiguas *coloniae* o *municipia* y se regirán por medio de unas aristocracias locales que competirían entre sí por obtener el apoyo de los ciudadanos con vistas a ocupar los honores, aunque para ello tuvieran que responsabilizarse de una serie de cargas que se consideraban inherentes a su cargo (Chic García, 2000, 76). Por tanto como vemos, salvo en el periodo Augusteo, durante la casi totalidad del s. I d.C. se asiste a una caída en el impulso y

establecimiento de fundaciones coloniales tendencia que se verá modificada con Trajano quien se mostrará en cierta medida como el continuador de las políticas de Augusto al encontrar bajo su reinado, como acción directa de sus políticas, un amplio elenco de nuevas fundaciones en provincias como África, Germania y por supuesto Dacia, así como todo un proceso de implantación en nuevas y antiguas áreas basado en una reestructuración territorial y administrativa. Desde este punto de vista es aquí donde podría residir una de las características que más lo acercan a Augusto dado que el conjunto de procesos administrativos ligados a la ordenación del imperio que éste llevó a cabo incidían en una misma dirección, desde la constitución de nuevas provincias, a los controles y censos de cara a los tributos, la posible articulación de los *conventus*, o la reestructuración de las fronteras provinciales, con las implicaciones de revisión de territorios y del catastro basados en la implantación del sistema *fundus/pagus* uniendo los aspectos fiscales, censales y catastrales (Wulff, 1996, 48), aspectos que como veremos serán la piedra angular del proceso de fundaciones coloniales y reajustes que introducirá Trajano en áreas de África, Germania, Dacia y Siria, en esta línea a fin de conseguir el proceso romanizador hizo aplicar los mismos métodos que se habían seguido en otros lugares: distribución de tierras a las poblaciones locales, y/o a otros venidos de fuera así como el asentamiento de las mismas en una *civitas* o en un *vicus*, lo que implicaba una compleja elaboración del censo de personas y bienes. Al tratarse de territorios que no contaban con una tradición urbana fue preciso construir ciudades, centros de mercado, redes viarias y puertos fluviales en donde el ejército contribuyó a la realización de múltiples actividades edilicias. A su vez, las ciudades y los campamentos militares sirvieron de estímulo para el desarrollo de los mercados locales además de que junto a éstos fueron surgiendo núcleos de población civil (Mangas Manjarrés, 2003, 151). Así pues, Trajano se presenta como el último emperador en desarrollar una importante labor fundacional, es más se podría decir que el movimiento colonizador concluyó con él. En este contexto de colonización y nuevas fundaciones urbanas en territorios recientemente conquistados, como Dacia, o ya existentes, como África y Germania, Trajano tenía que disponer cada vez más de la existencia de *curatores civitatem* para que crearan o reordenaran unas finanzas municipales que tendían a encenagarse, ante

la existencia de un erario municipal que se acercaba cada vez más al endeudamiento, es decir reajustar las políticas administrativas y económicas, con lo que habría que indicar que el desarrollo del Estado Central, en este periodo, incidió bastante en el hecho de que las últimas colonias de facto se realizaran durante el reinado de Trajano en unos momentos en los que comenzaba a evolucionar el sistema evergético desde un sentido honorífico a otro cada vez más impositivo (Chic García, 2000, 77).

Desde esta perspectiva el sentido de estado y la preocupación por las cuestiones de gobierno serán una constante desde los primeros momentos de su ascenso al solio imperial, en este sentido cuando Trajano es elegido emperador se encuentra en la frontera germánica, como gobernador de *Germania Superior*, donde permanece durante más de un año antes de ir a Roma, periodo en el que se preocupa en reordenar el *limes* antes de su partida a la capital, al desarrollar un programa de estructuración que le valdría al emperador el sobrenombre de *Germanicus*. Trajano sería sucesivamente *Germanicus*, *Dacicus* y *Parthicus*, epítetos que aluden al emperador como *uictor*, en los dos últimos la vinculación militar del emperador queda clara, sin embargo no ocurre así en el caso de *Germanicus* (González Conde, 1991, 10 y 20). En la frontera del Rin Trajano no destaca por sus dotes militares en el campo de batalla, sino como administrador, de hecho una de sus principales acciones es la reducción de efectivos militares, claramente con la vista puesta en las conquistas de las zonas danubianas y en las fronteras orientales del Imperio, comportándose más como un administrador que reordena el territorio que como un militar conquistador. Las razones pues para este epíteto imperial deben ser bien esclarecidas: aunque pueda pensarse que la nomenclatura de *Germanicus* venga dada por la vinculación de Trajano con esta área en el momento de su elección como emperador, nos parece más adecuado, como ya han señalado otros autores (Mangas Manjarrés, 2003, 153-154), pensar que viene determinada por la labor que allí emprende y que permitirá tanto su mantenimiento bajo la órbita romana, al menos dos siglos más, como la disponibilidad de más efectivos militares para las conquistas posteriores.

En las páginas que siguen se expondrá de manera detallada la labor colonizadora y fundacional desarrollada por Trajano en distintos territorios del imperio fundamentalmente Germania, Dacia y África sin dejar de lado las reorganizaciones terri-

toriales de la zona más oriental del imperio con la creación de la provincia de Arabia.

GERMANIA

La presencia de Roma en este *limes* comienza ya en los últimos años del s. I a. C. de modo que para cuando se produce el gobierno de Trajano en la zona ya existe una larga tradición de contactos con los pueblos limítrofes, con una fuerte vinculación con el ámbito militar. Este *limes* germano siempre había supuesto un grave problema para la estabilidad del Imperio y su conservación requería un constante esfuerzo militar y económico; en esta zona las legiones se levantan contra el poder central para promocionar a sus generales al principado, momentos que eran aprovechados por los pueblos limítrofes para sublevarse contra el poder de Roma, como en el caso de la revuelta bátava en el año 69 o la revuelta de Saturnino del 89. Para solucionar esta situación los distintos emperadores recurrirían a varias soluciones, desde las expediciones de castigo organizadas por Augusto, a la política de alianzas de Tiberio o el aumento de efectivos militares que realiza Vespasiano, que llega a practicar una política de fortificación fronteriza. Finalmente, las reformas emprendidas por Domiciano serán las que creen la situación heredada por Trajano en *Germania*, al establecer un sistema viario eficaz y la división provincial en una *Germania Superior* y una *Germania Inferior*.

A esta dinámica, de establecimiento de centros militares de control del territorio, hay que añadir la promoción de núcleos de población como forma de consolidar la presencia de Roma en la frontera del Rin, sobre todo desde que el propio emperador redujera de cuatro a dos las legiones destacadas en esta frontera. Asimismo las provincias germanas ya habían vivido una estrecha relación con el mundo mediterráneo de Roma, a través de una serie de canales:

- Mediante las propias tropas auxiliares que servían en los ejércitos imperiales, como en el caso de los bátavos, que habrían favorecido una incipiente latinización de estos pueblos (Roymans y Dersk, 2006, 123, 132).

- A través de las políticas fundacionales iniciadas por Claudio, con la fundación de la *Colonia Agrippensis* (Colonia, Alemania) (Mangas Manjarrés, 2003, 150).

- Otra vía era la comercial, que dentro de las políticas imperiales tendían a la relación entre todas

las provincias y de estas con la propia Roma. En el caso de Germania con una clara vinculación hacia el abastecimiento militar, especialmente desde las áreas ricas en recursos agropecuarios como la *Baetica*, pero que se mantendría cuando algunos de estos enclaves perdieran ese carácter militar a favor de unas formas propias del mundo civil (Remesal Rodríguez, 1986).

Sobre esta base, Trajano aplicará el mismo sistema establecido desde hacía varias décadas en otras áreas del Imperio, al continuar con la labor iniciada por los emperadores y generales pertenecientes a la dinastía Julio-Claudia, realizando distribuciones de tierras, construcción de nuevas poblaciones, pero con la particularidad de que aquí el elemento militar tendría un papel fundamental (Mangas Manjarrés, 2003: 151). Es bajo estas condiciones en las que se ejecuta la política fundacional de Trajano, que va a estar fundamentada en la creación de dos colonias en *Germania Inferior* (*Colonia Ulpia Noviomagus*

Batavorum y *Colonia Ulpia Trajana*) y de una serie de *civitates* en *Germania Superior* (Fig. 1).

Germania Inferior

Aquí la obra fundacional de Trajano va a focalizarse en torno a dos núcleos de población que, bajo el principado del emperador, obtienen la categoría colonial. Esta había sido tradicionalmente una de las áreas más conflictivas del *limes* germano, por lo que el establecimiento de colonias aquí queda justificada como una obra destinada a la pacificación y consolidación del dominio romano sobre la misma.

Algunos autores han señalado las colonias como el modelo ideal de romanización de áreas especialmente conflictivas, como espacios de convivencia e integración entre colonos e indígenas, que se van incorporando poco a poco a las formas de vida propias de Roma. Eran el lugar central para la administración, el culto y la economía, el foco al que todos los habitantes de la zona tenían que dirigirse

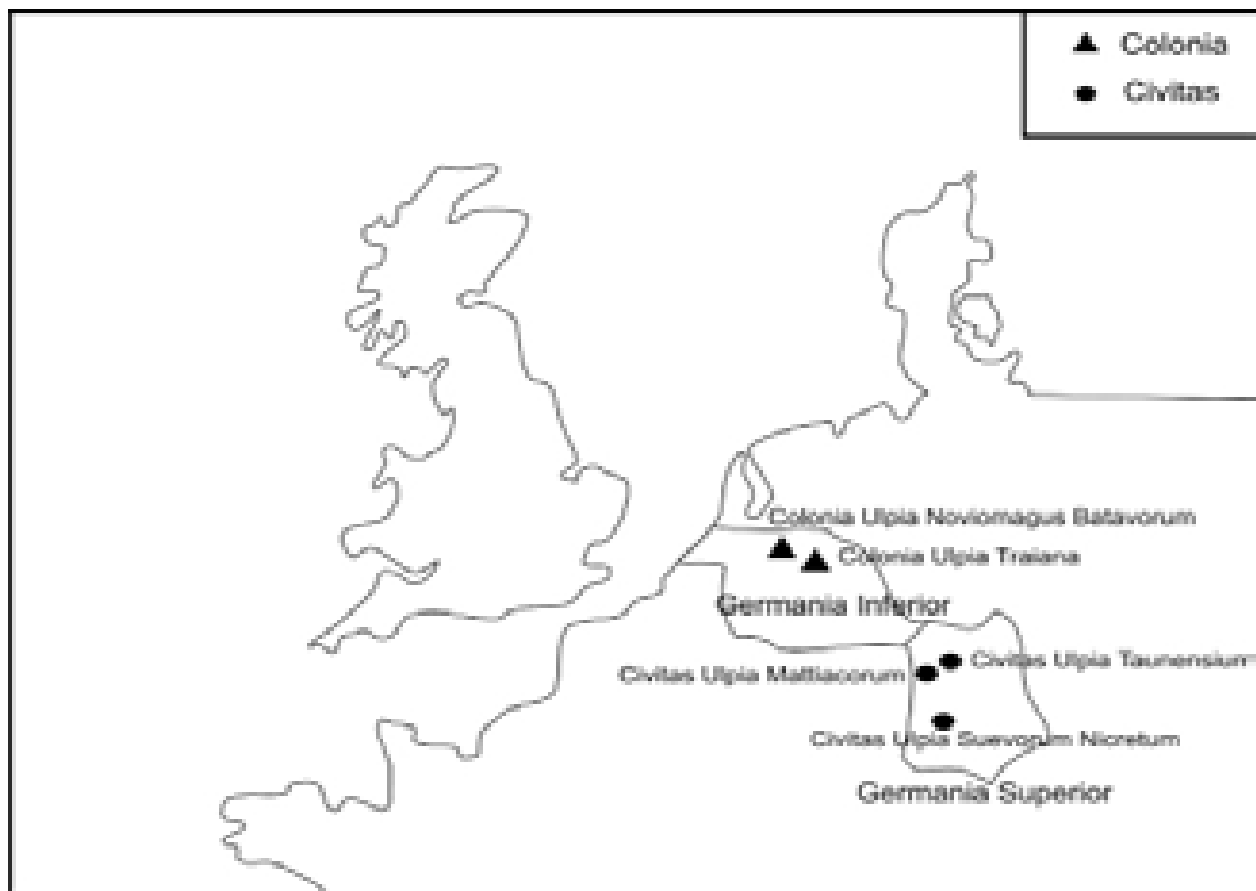


Fig. 1 Núcleos creados por Trajano en Germania

para realizar sus principales actividades (Blázquez Martínez, 2003, 128)

Colonia Ulpia Noviomagus Batavorum (Nijmegen, Holanda)

Esta colonia surge a partir de la existencia de un campamento próximo a un núcleo de población indígena, el *oppidum batavorum*. En el 69 d. C. se produce una revuelta de los bátavos y el núcleo de población es destruido, sin embargo, tras la pacificación de la zona, el área del campamento es remodelada para acoger a la *Legio X Gemina* y poco después aparecería una nueva *cannabae* en torno al campamento de la legión.

Al amparo del campamento se consolida el núcleo de población, que paulatinamente va cobrando entidad, incluso recibiría derechos latinos hacia el 98 d. C. La importancia estratégica de este núcleo quedará patente en su supervivencia y promoción aún cuando los efectivos de la legión sean trasladados y reciba de Trajano la categoría de colonia en el 104 d. C. No obstante, pocos datos más se conocen sobre la vida urbana en la *Colonia Ulpia Batavorum*, ya que la mayoría de las intervenciones realizadas en Nijmegen han estado centradas en la evolución del campamento romano, más que en su evolución como núcleo urbano civil.

Colonia Ulpia Trajana (Xanten, Alemania)

La *Colonia Ulpia Trajana* (Xanten) es la fundación germana de Trajano mejor conocida en la actualidad, gracias a las investigaciones realizadas en su solar y creación en 1988 de un Parque Arqueológico, un Museo Romano y un Centro de Recreación Histórica.

El establecimiento de Roma en el entorno de Xanten arranca entre los años 13 a. C. y 12 a. C. con el establecimiento de las primeras legiones en la zona y la creación de *Castra Vetera* y un puerto base para la *Classis germanica* por Druso como cabeza de puente ante la conquista de *Germania*. Su ocupación se intensifica a partir de la llegada de nuevos contingentes militares durante el s. I d. C. y del establecimiento de la tribu de los *cunergi* en el 8 a. C. por orden de Tiberio.

La revuelta de los bátavos, entre el 69 d. C. y el 70 d. C., provoca la desaparición del asentamiento. Poco después de la pacificación de la región, la población se recuperaría, con la construcción de *Castra Vetera II*, por las tropas de la *Legio VI Victrix*, y recibiría la categoría colonial en el 98 d. C., recibiendo el nombre de *Colonia Ulpia Trajana*.

Sin embargo, la vida de la colonia sería muy breve, ya que sufriría un periodo de destrucción por las invasiones de los francos, a finales del s. III d. C. y ya en el s. IV d. C. la vida de la colonia se agotaría totalmente y sería utilizada como cantera para la construcción de la ciudad medieval.

La ciudad desplegará un programa edilicio, poco después de su promoción al rango colonial, que guarda todos los cánones urbanísticos propios de Roma. A tal efecto, el conjunto principal de la ciudad, el foro, presentará todas las unidades edilicias necesarias para el desarrollo de la vida civil, tales como una curia y una basílica ubicado además en el cruce de las vías principales de la ciudad herencia de una castramentación. Merece la pena destacar los edificios relacionados con el culto, ya que se puede constatar la convivencia de un culto oficializado con la presencia de un capitolio y por otra parte, a partir de la pervivencia de cultos indígenas, el culto a las *Matres Aufaniae*, unas divinidades femeninas relacionadas con la fecundidad que serían veneradas por personas de toda condición jurídica y cuyo mejor exponente son los restos de su santuario (García Martínez, 1999, 74); la documentación de ambos templos en la colonia es tremendamente interesante. Se ha documentado un conjunto termal de grandes dimensiones (106 x 107) asociado a una palestra y un *valetudinarium*, así como letrinas que evacuarían sus desechos al Rin. Destaca también la construcción de un anfiteatro, de madera en los primeros años, con capacidad para acoger a unos 10.000 espectadores. El sector de viviendas de las élites locales se ubica en la zona occidental de la ciudad y viene caracterizado por una tipología de *domus* de unos 400 m², algunas de las cuales presentan sistemas de calefacción. Finalmente, es preciso destacar la existencia de un sector dedicado a actividades comerciales y artesanales. Destacan dos *insulae* de 700 m², de planta alargada y subdivididos en 20 compartimentos iguales (Blázquez Martínez, 2003, 127-133).

Germania Superior

En esta provincia, la política de Trajano será bien distinta, en cuanto a su aplicación, aunque, sin dudas, persigue los mismos fines y se encuentra motivada por las mismas causas. Aquí, el *Princeps* optará por la creación de una serie de *civitates*, para reforzar la presencia de Roma y a las que otorga su propio nombre, dejando clara su vinculación con ellas. Son los casos de la *Civitas Ulpia Mattia-*



Fig. 2 Principales colonias creadas por Trajano en el área balcánica

corum (Wiesbaden, Alemania) y la *Civitas Ulpia Sueborum Nicretum* (Ladenburg, Alemania).

En ambas provincias germanas se observa una voluntad por parte del emperador de lograr una integración con la población local en dos aspectos concretos: el primero de ellos, al observarse como el topónimo de las fundaciones, en muchas ocasiones, equivale a una latinización de uno local; y, en segundo lugar, como aún dentro de las colonias se puede observar lugares de culto a divinidades indígenas como el caso ya comentado del santuario dedicado a las *Matres Aufaniae*.

* Dacia

Las formas en las que se desarrollará el proceso de romanización dácica tienen mucho que ver con las circunstancias del proceso de anexión al Imperio. Éste se produce por la vía de la conquista en dos guerras que emprende el emperador Trajano contra el reino dácico de Decébalo, la primera entre el 101 y el 102 y, la segunda, entre los años 105 y 106, tras la cual se produce la total derrota del rey Decébalo y la conquista de su capital *Sarmizegetusa*.

Muchas han sido las causas esgrimidas para

comprender los motivos que empujaron a Trajano a emprender la guerra y conquista de Dacia. Desde las propias motivaciones personales del emperador, dado su marcado carácter militar, a las económicas, propiciadas por las enormes riquezas que se obtendrían con la victoria; sin embargo, cobraría fuerza una motivación eminentemente política, en la que Trajano habría buscado eliminar el reino de Decébalo, cuya fuerza suponía una amenaza constante para las fronteras romanas (Carbó García, 2010, 276), aunque no es posible tampoco esgrimir esta causa como el único motor de la conquista e ignorar las que antes hemos apuntado. Es preciso, además, señalar que la provincia de Dacia en tiempos de Trajano comprendía solo la parte central del reino de Decébalo, donde destacan las áreas mineras y los centros de *Sarmizegetusa* y *Apulum*, así como las tierras septentrionales junto a *Porolissum*, dado que el resto de áreas quedarían unidas a *Moesia Inferior* y *Moesia Superior*¹.

1 M. Macrea (1967) señala que las tierras conquistadas por el general *Laberius Maximus* en el transcurso de la primera

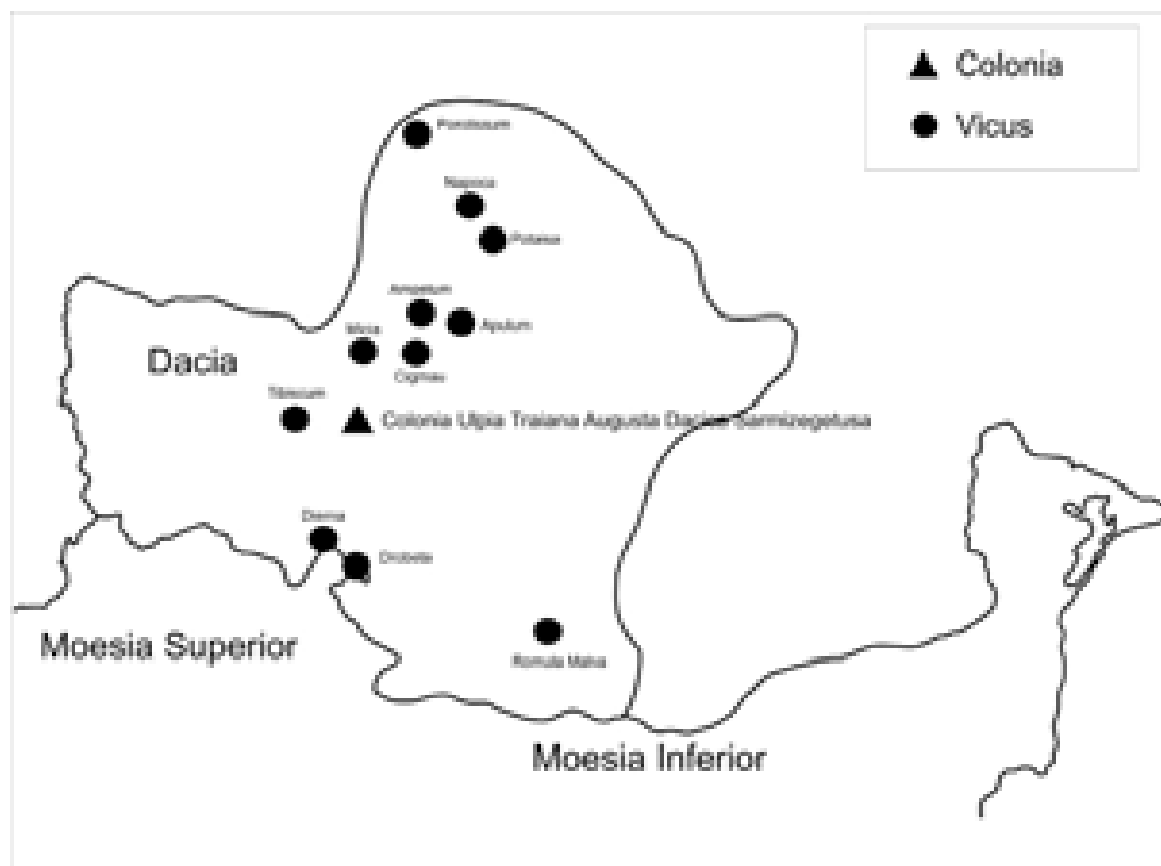


fig. 3. La provincia de Dacia bajo el principado de Trajano

Este proceso de conquista supondría un importante esfuerzo económico y humano para el estado romano, que procuraría compensar con una rápida y eficaz asimilación del territorio recién anexionado, sobre todo mediante una intensa colonización y creación de nuevos asentamientos en el área de la provincia recién asimilada (fig. 2), además de una extensa red de comunicaciones determinada por las necesidades militares de cara a la definitiva pacificación y asimilación del territorio (Bennet, 1997: 165, 166), así como a la explotación de sus recursos naturales. Este aporte poblacional será el principal vehículo para la romanización de este ámbito, como se refleja en el hecho de que ninguna de las ciudades romanas, que se desarrollan en este espacio, vaya a ser heredera de asentamientos dácicos (Carbó García, 2010, 280-281).

Roma en este territorio se va a caracterizar fundamentalmente por ser el motor impulsor de un

guerra dácica, las más orientales, serían las que pasan a quedar bajo la administración de *Moesia Inferior* y *Moesia Superior*.

proceso urbanístico al estilo mediterráneo sin precedentes en la zona, que no había vivido un fenómeno semejante, salvo por la presencia de algunas ciudades de tradición griega en las inmediaciones del mar Negro (Carbó García, 2002, 119-121). Así, mediante el establecimiento de colonos, la mayoría veteranos de guerra, Dacia va a vivir un intenso proceso de urbanización que va a ser la base de su posterior desarrollo histórico. Este proceso se debe, fundamentalmente, a la obra tanto de Trajano, como de *D. Trencius Scauranius*, su legado en la zona y primer gobernador de la provincia (Macrea, 1967: 123; Petolescu, 1985, 48-49), quienes emprenderán la labor colonizadora, de urbanización y de administración de los nuevos territorios.

Como ya se ha mencionado, la principal herencia dejada por Roma en Dacia va a ser el carácter urbano que le imprime al territorio. En tiempos de Trajano la única colonia va a ser *Colonia Ulpia Traiana Augusta Dacica Sarmizegetusa*, en torno a la cual el territorio se articularía en *pagi* y

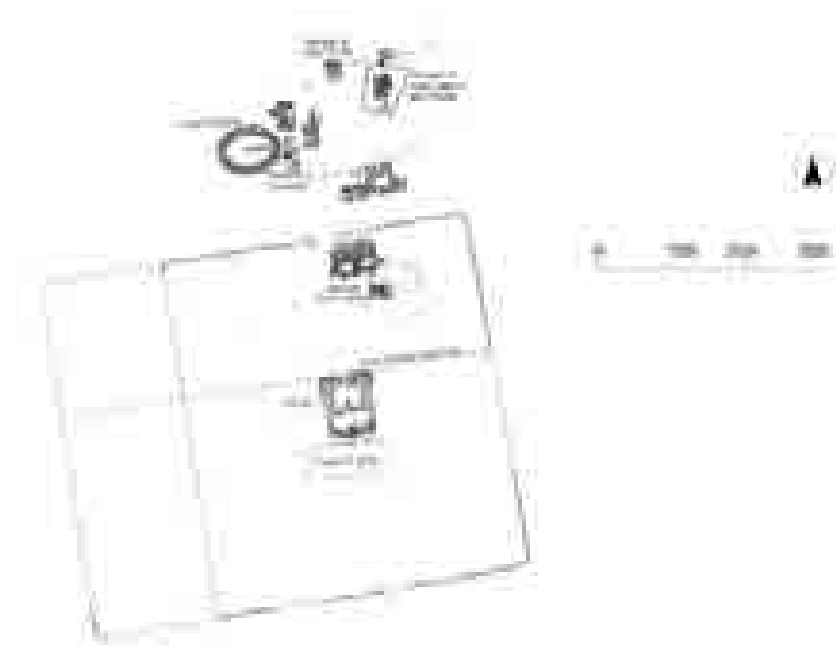


Fig. 4 Planimetría de Colonia Traiana Sarmizegetusa según Oltean (2008)

en numerosos *vici*, cuya evolución hacia formas de organización plenamente urbanas va a estar muy vinculada al propio desarrollo de la provincia.

COLONIA ULPIA TRAIANA AUGUSTA DACICA SARMIZEGETUSA (Sarmizegetusa, Rumanía)

Es la ciudad romana mejor conocida de Dacia en la actualidad, siendo estudiada desde mediados de la década de 1970, aunque no es hasta finales de la década de 1990 cuando se descubre una inscripción en el foro de la ciudad en la que se nombra la titulación completa de la ciudad (Oltean, 2008, 165).

Es la única ciudad romana fundada por Trajano en suelo dácico, en algún momento inmediatamente posterior a la conquista de Dacia, como *colonia deducta* de veteranos, que hubieron de participar en la guerra y que serían inscritas en la tribu *Papira* (Macrea, 1967, 124), sin guardar ninguna vinculación con ningún campamento militar aunque la presencia militar en la zona sea segura (Carbó García, 2002, 129). La ciudad se convertiría, desde el primer momento, en el símbolo de Roma en la provincia recientemente conquistada. Esta característica se vería reforzada por ser la sede permanente del procurador provincial. Una vez que se produce la definitiva pacificación de la zona hacia el 112, con la partida de D. Terencio Scaraunio y el poder político provincial pasa a establecerse en la ciudad de

Apulum, la colonia va a destacar como centro del culto imperial de Dacia durante el dominio romano, y llegaría a convertirse en el origen de casi todas las fundaciones posteriores de la Dacia (fig. 3), llegando a obtener el apelativo de metrópolis a principios del dominio de Severo Alejandro, durante cuyo reinado la mayoría de las ciudades de Dacia alcanzan su esplendor (Carbó García, 2002, 130; Oltean, 2008, 165).

Aunque aún no se dispongan de suficientes datos para el estudio de las primeras fases de *Colonia Ulpia Trajana Dacica Sarmizegetusa* (Oltean, 2008, 170), se pueden distinguir algunas de sus características más evidentes. Así, urbanísticamente destaca su tamaño de 22'5 hectáreas, aunque posiblemente alcance un mayor tamaño, difícil de aproximar dada la continuada ocupación en el lugar. El perímetro acoge una ciudad con un trazado típicamente ortogonal, estructurado en torno a dos ejes principales, el *cardo maximus* y el *decumanus maximus*, en el que destacan los elementos urbanísticos característicos de la ciudad romana. Así en primer lugar, destaca el recinto forense principal, el sitio mejor conocido de la ciudad, donde se han realizado un mayor número de intervenciones, las cuales han permitido documentar la existencia de hasta tres foros superpuestos realizados en distintos materiales: mármol, piedra y madera (fig. 4),

este último asociado a elementos de ámbito militar, tales como armas de hierro, elementos de bronce y armaduras, a pesar de lo cual, el elemento militar no sería el determinante para la constitución urbanística del foro urbano (Étienne, Piso, Diaconescu, 1990, 107; 1994, 147, 149). El complejo se localiza en el cruce de las dos vías principales de la ciudad, aquí se han podido identificar algunos de los elementos típicamente forales, como la basílica, la curia, el *aerarium* y el *tabularium*, así como diversas estancias para distinto *collegia*.

La ciudad es objeto de un programa edilicio con marcado carácter monumental, ya que, junto al foro, destacan las calles porticadas y el programa escultórico que se desarrolla, además de un segundo foro. La ciudad también se va a dotar de un *macellum*, dado su carácter comercial. Por otra parte, la vida de los colonos requeriría de espacios lúdicos, de esta forma se construye, en las afueras de la ciudad, un anfiteatro. Junto a este edificio se documenta un amplio espacio de culto, donde se encuentran templos dedicados a *Nemesis*, *Liber Pater*, *Aesculapius* e *Hygia*, además de otros espacios entre los que se incluye un taller para la realización de exvotos y otros objetos relacionados con el culto (Bennet, 1997, 168), cuya advocación o funcionalidad no ha podido ser precisada con claridad. En cuanto a los espacios privados, dentro de las murallas de la *Colonia Sarmizegetusa* se han documentado varias *domus* e *insulae*, además, hay que destacar como se ha podido definir la existencia de hasta 15 *villae* en las inmediaciones de la ciudad. Esta ciudad sería el eje en los primeros años de la presencia de Roma en Dacia, de la que se convertiría en el centro político, administrativo y religioso. Manteniendo su papel predominante como centro religioso y económico aún después de la división de la provincia en tiempos de Adriano (Oltean, 2008, 165-172).

Pagi y Vici

La fundación de *Colonia Ulpia Traiana Augusta Dacica Sarmizegetusa* se vería complementada con la creación de distintos *pagi* y *vici*, que contribuirían a la articulación del territorio de la nueva provincia recién constituida. El *pagus* se constituye como una unidad administrativa parte de un conjunto territorial identificable con una colonia o un *municipium*; mientras que el *vicus* es una población desarrollada de forma espontánea, carente de una sistematización urbanística en la que se combinarían elementos propios del mundo

rural con aquellos pertenecientes al ámbito urbano. Durante el principado de Trajano se constituirían, en la Dacia romana, diversos *vici* y *pagi*, fruto de la acción colonizadora del emperador, muchos de estos establecimientos se desarrollarían como verdaderos centros urbanos y lograrían tal categoría jurídica en momentos posteriores en los que jugarían un importante papel como centros del poder romano en Dacia. Estos asentamientos se desarrollarían como unidades administrativas dependientes de *Colonia Sarmizegetusa*.

En primer lugar va a destacar el sitio de *Apulum*, que se desarrolla a partir de dos núcleos vecinos, dos *cannabae* desarrolladas al amparo de campamentos romanos. En primer lugar, destaca el enclave de *Apulum I*, que se desarrolló como *vicus* de la *Colonia Sarmizegetusa*, aunque recientes investigaciones señalan que nacería como asentamiento civil asociado al campamento de la *Legio I Adiutrix*. A falta de la confirmación de esta hipótesis, el enclave se desarrolla como un asentamiento civil, a partir de la recepción de unos colonos que se dedicarían a la explotación del territorio, principalmente los recursos agropecuarios y a la organización de la explotación minero-metalúrgica (Carbó García, 2002, 130-131), actividades que se verían beneficiadas de la posición privilegiada de *Apulum* en el territorio para el comercio como puerto fluvial. Prueba del esplendor alcanzado por este enclave va a ser, sobre todo su conversión en el centro político de las tres Dacias como la sede del *praetorium consularis*, hecho que contribuirá sin dudas a atraer a ciudadanos desde los primeros momentos (Oltean, 2008, 195 y 199).

En cuanto al estatuto municipal del núcleo no queda del todo claro en la historiografía, que no acaba de identificarlos como un único núcleo o como dos distintos; de tomarlos como núcleos independientes *Apulum I* viviría su promoción a *municipium* en algún momento del principado de Marco Aurelio y sería promocionada a la categoría colonial bajo Comodo, recibiendo el nombre de *Colonia Aurelia Apulensis*, ya en el s. III obtendría el apelativo de *Chrysopolis*, mientras que *Apulum II* recibiría el estatuto de *municipium* por parte de Septimio Severo y en los años del emperador Decio alcanzaría el rango de colonia, con el nombre de *Colonia Nova Apulensis* (Carbó García, 2002, 131). Investigaciones más recientes señalan hacia un progresivo acercamiento físico de ambas poblaciones, en un proceso de conurbación que habría acabado por convertirlas en uno de los

centros de población más destacados de la Dacia Romana (Oltean, 2008, 170). Sin embargo, en el estado actual de las investigaciones se pueden ofrecer pocas interpretaciones al respecto; aunque de lo que no cabe ninguna duda es del rápido desarrollo urbanístico que viven ambos núcleos, que los convertirá en la sede política de Dacia.

Por otra parte, existen varios enclaves relacionados con *Colonia Sarmizegetusa* que tendrían su origen en asentamientos relacionados con destacamentos militares, es el caso de *Drobeta*, *Romula Malva*, *Potaissa*, *Dierna*, *Tibiscum*, *Ampelum*, *Micia* y el *vicus* de Cigmau. La categoría jurídica de estos núcleos, así como el nivel de relación entre ellos, no puede establecerse con claridad, dadas las escasas investigaciones que se han realizado sobre estos asentamientos. Sin embargo, sí se conocen características de algunos de estos enclaves, como el caso de *Drobeta*, que se desarrollaría como *vicus* al amparo de la guarnición que protege el puente construido por Apolodoro de Damasco, o los casos de los *vici* de Cigmau y de *Micia*, que desarrolla una edilicia urbana con termas y un anfiteatro (Oltean, 2008, 155-162); *Ampelum*, un enclave que ha sido relacionado con la explotación de las minas de oro y para el que se plantea la categoría de *pagus* de *Colonia Sarmizegetusa*; o *Dierna*, de la que Ulpiano tiene constancia de su categoría colonial, hecho que no puede sustentarse arqueológicamente. Para otros asentamientos, en cambio, se ha planteado su origen en enclaves poblacionales dácicos, tal es el caso de *Napoca*, *vicus* de *Colonia Sarmizegetusa*, cuya rápida promoción a *municipium* en tiempos de Adriano llevó a pensar a la investigación en que fuera un centro poblacional del reino de Decébalo. Otro caso interesante es el de *Porolissum*, que crecerá a partir de un *vicus* militar y para el que también se plantea una conexión con algún núcleo dácico, en cualquier caso la ciudad alcanzaría el rango de *municipium* con Septimio Severo. Estos dos núcleos son precisamente los *vici* más meridionales que se desarrollan en Dacia, y que tiene, además, una fuerte vinculación militar (Carró García, 2002, 130-137).

A partir de estos núcleos, la Dacia de Trajano se configura como una provincia que se articularía en torno a un núcleo principal, la *Colonia Ulpia Trajana Augusta Dacica Sarmizegetusa*, y a uno de carácter secundario, *Apulum I*, que heredaría algunas de las funciones políticas de la colonia; entorno a ambos enclaves, se van a desarrollar una serie de

estructuras administrativas menores, *pagi* y *vici*, al amparo de las guarniciones militares, que buscarán la explotación de los abundantes recursos naturales del territorio y que constituirán el germen para la profunda urbanización de Dacia, a partir del despegue vivido durante el principado de los Severos.

* *Tracia*

Las noticias que tenemos sobre la organización urbanística y territorial de Tracia durante el principado de Trajano son muy escasas, debido fundamentalmente a que las investigaciones en este territorio se han centrado bien en el pasado autóctono, bien en las transformaciones sufridas a partir de los siglos III y IV.

Sin embargo, existen indicios de una vinculación del *princeps* con esta provincia, tanto por su proximidad geográfica con Dacia, como por la presencia de algunas poblaciones que señalan hacia una estrecha vinculación con el emperador. A este respecto contamos para el estudio de las ciudades de Tracia con la obra de referencia de Velkov (1977) quien llamó la atención sobre los núcleos: *Augusta Traiana* y *Traianapolis*; cuyos nombres señalan hacia una estrecha vinculación con el emperador. Su construcción se realiza en estrecha vinculación con núcleos anteriores, como en el caso de *Traianapolis*, que se emplaza en las cercanías de la antigua población de Doriskos (1977, 125). Ambas ciudades alcanzarían un cierto desarrollo a partir del s. III, cuando *Augusta Traiana* vive un proceso de monumentalización, con la erección de estatuas y la construcción de mosaicos en ámbitos privados, además ambas se dotan en estos años de nuevos recintos amurallados (1977, 213-217).

* *Africa Proconsularis*

Al igual que sucede con Germania, desde el comienzo de su reinado Trajano mostró especial preocupación por el área africana tanto desde el punto de vista militar como político. En esta línea Trajano sentó las bases para el despegue y promoción de las comunidades africanas las cuales a lo largo del s. II irán mostrando un cada vez mayor sentido de romanidad, a la vez que un importante peso económico y político por parte del partido senatorial africano, cada vez más influyente, que culminará con la ascensión al solio imperial de un africano y el inicio de una nueva dinastía tras los antoninos a comienzos del s. III. En esta línea con Trajano encontramos fundaciones en zonas habitadas por nómadas, tales como los municipios de *Capsa*, *Khamisa* y *Diana Veteranorum* al norte de la re-

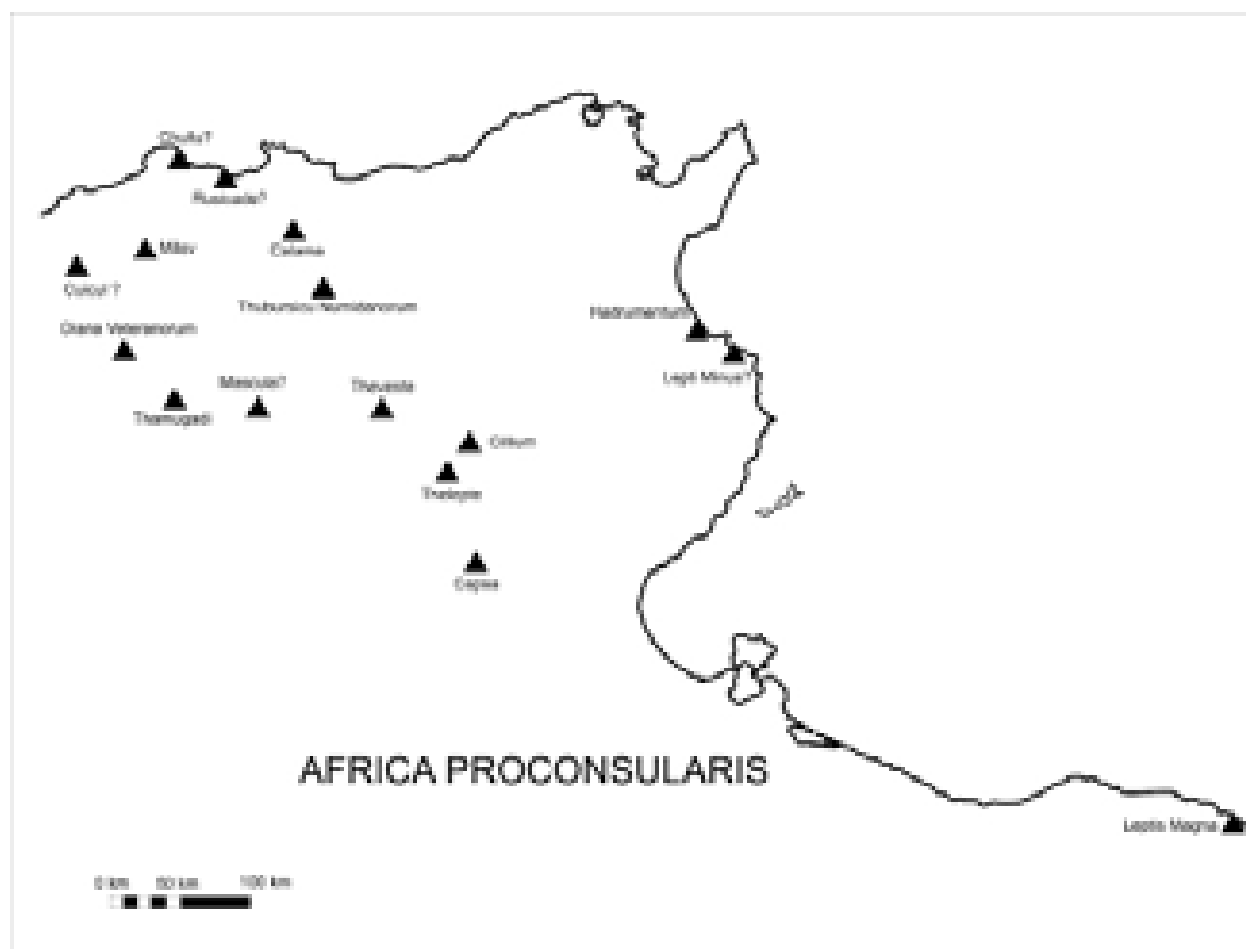


Fig. 5 Mapa con indicación de las fundaciones coloniales y municipales de Trajano en el territorio de la Proconsularis

gión de los musulames (López Pulido, 2010, 22). La labor de Trajano en África, especialmente en la *Proconsularis*, es tremendamente importante, significativa y fecunda, las fundaciones y promociones de colonias y municipios son numerosas y justifican la presencia del ejército en unos territorios conflictivos con una población nómada hostil y no enmarcada en las estructuras urbanas (fig. 5).

Debemos tener en cuenta que desde la creación de la *Provincia Africa Vetus*, las fundaciones augusteas se limitaron al norte de la provincia, esencialmente en las inmediaciones de Cartago, posteriormente bajo los emperadores siguientes no hay trazas de fundación alguna en el *Africa Proconsularis*. Ya inmersos en el periodo Flavio se asiste a un cierto número de creaciones municipales y coloniales tales como *Ammaedara*, *Madauros*, *Hippo Regius*, *Bulla Regia* o *Suffetula*, para Nerva en este territorio la única colonia segura es *Sitifis*, en *Mauritania Caesarensis*, dado que la colonia de

Cuicul pudo ser en realidad fundación de Trajano quien iniciará ya en su reinado, como contraposición a los periodos anteriores, una importante actividad fundacional (Gascou, 1972, 140)². Desde ese punto de vista la labor iniciada fue todo un éxito dado que contribuyó a afianzar las posiciones de Roma y por ende estabilizar la zona así como permitir el desarrollo y florecimiento del mundo urbano, piedra angular de la administración romana. Desde este punto de vista encontramos las siguientes fundaciones y promociones en el *Africa Proconsularis*:

En este área destaca la que, probablemente, sea la más antigua fundación colonial de Trajano, *Co-*

² Para el caso africano contamos con los estudios de J. Gascou (1972a y b), quien puso de relieve la actividad de Trajano en este territorio, ciertamente desde su estudios no se han producido obras compiladoras al respecto sobre el proceso de fundaciones y municipalización en África para este periodo siendo por tanto una obra de referencia.

lonia Ulpia Marciana Thamugadi, fundada en el 100 d.C. se trata de una colonia de estilo clásico con un ordenamiento ortogonal según los principios gromáticos (Cagnat, 1904), aspecto que habría que relacionar con la importancia del ejército en su fundación, aunque habría que considerarla *ex nihilo* dada la perduración del nombre prerromano y lo incierto del establecimiento precolonial (Chausa Sáez, 1997, 50). La ciudad se ubicará en una zona de especial relevancia oleícola y cerealística lo que permitiría su rápido crecimiento y despegue en el área africana. Próxima a este área se crea el *Municipium Diana Veteranorum*, a medio camino entre la anterior y *Cuicul* posible fundación trajanea, que surge ante el asentamiento de veteranos para garantizar la seguridad de una zona de especial relevancia económica. En la misma zona occidental de la proconsularis, posteriormente *Numidia*, se deja entrever la acción fundacional de Trajano con la creación del *Municipium Ulpium Traianum Thubursicum* (ILAlg. I, 1240) ubicado en territorio de los musulames en donde se constata un *princeps gentis numidarum* lo que reafirma la posibilidad de una promoción estratégica en un área tradicionalmente hostil y que contaría a par-

tir de ahora con un nuevo periodo de tranquilidad en donde las estructuras indígenas quedan insertas por medio de la creación de un núcleo urbano de raigambre indígena. El municipio fue erigido entre el 100 y el 117 d.C. siendo el 113 d.C. el momento en el que se construyó el capitolio coincidiendo quizás con su ascenso a *municipium*. Algo similar sucede con *Calama* ciudad de importante raigambre púnica, elevada a municipio poco después de la muerte de Trajano y con la fundación de la *Colonia Ulpia Traiana Augusta Theveste* más al sur de la anterior que surge como *statio* en el traslado de la *legio III* desde *Ammaedera* a *Lambaesis* en área de especial importancia estratégica para el control de las rutas (Gascou, 1972a, 143; 1972b, 94, 104, 106). Estas fundaciones van delimitando un área de penetración romana cada vez más meridional en el territorio de la proconsularis y es en este contexto donde se comprende la fundación al sur de la dorsal tunecina de la *Colonia Ulpia Traiana Augusta Thelepte* muy posiblemente de veteranos, creada sobre el emplazamiento de una pequeña ciudad indígena y con un importante papel de control viario y humano al estar muy próximo al área de influencia del territorio de los *musunii regiani* programa que se completará con la creación del municipio de *Capsa*, el establecimiento urbano romano más al sur de esta provincia (Chausa Sáez, 1997, 52).

Ya inmersos en la zona oriental y costera de la proconsular se constatan distintos núcleos que muestran una preocupación especial por parte de la administración romana en favorecer su promoción, es el caso de distintos enclaves portuarios de especial relevancia que desde ahora jugarán un papel muy significativo en el peso económico de la provincia. Así existe constancia de la transformación de *Hadrumentum* en *Colonia Concordia Ulpia Traiana Augusta Frugifera Hadrumentina*, como así nos transmiten distintos epígrafes hallados en la ciudad (CIL, VI, 1687) y la existencia de la *tribu papiria*, o la *Colonia Leptis Minus* y la erección en colonia de *Leptis Magna*, *Colonia Ulpia Traiana Augusta Fidelis Septimiae Salominae Leptis Magna*, todas ellas consideradas colonias honorarias, es decir, no eran colonias deducidas y de creación militar como *Thamugadi* lo que podría reflejar muy bien una serie de motivos económicos y comerciales que jugaron un papel fundamental en su creación, con la intención de reconocer y afirmar el poderío e influencia de los puertos de la zona oriental de la proconsularis

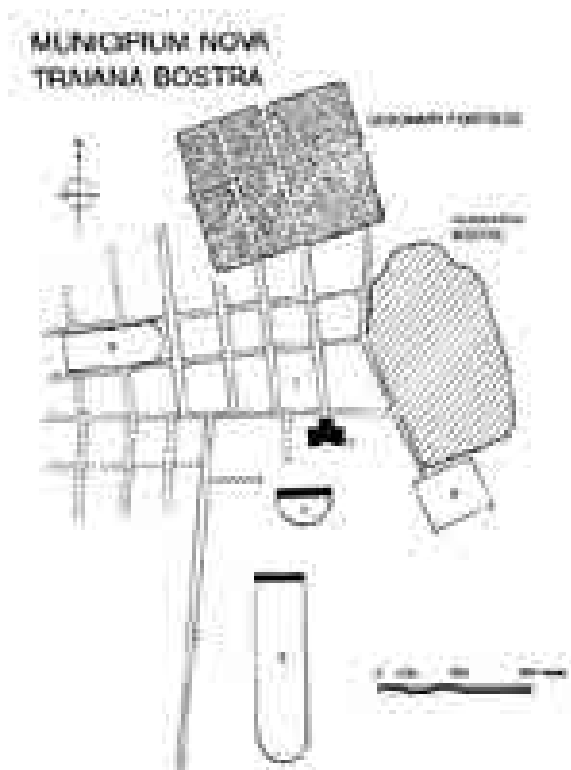


Fig. 6 Planta del Municipium Nova Traiana Bostra (Bennet, 1997: 180, fig. 10)

(Gascou, 1972a, 142). Con todas las actuaciones de Trajano en África estaban destinadas a establecer de manera eficaz la ocupación militar del área de *Numidia* meridional, poniendo la frontera al sur del Aurés y estableciendo la Legión III Augusta en Lambesis, al norte de la montaña, con ello dio seguridad a una zona que conoció una larga paz desde entonces, al contrario de lo que sucedió en la *Mauritania*, provincia que como indican algunos autores tras las medidas de Trajano inaugurará en tiempos de su sucesor un proceso lento pero continuo de sublevaciones y altercados que deberán ser sofocados a lo largo de todo el s. II d.C. (Chic García, 2000, 79).

* Oriente y la creación de la *Provincia Arabia*

Por lo que se refiere a Oriente, Trajano también dejó su impronta al actuar de manera directa y decisiva sobre los reinos existentes desde la estrecha franja siropalestina hasta el antiguo reino de los Partos. Sobre los territorios de la zona de la actual Jordania realizó una serie de reformas administrativas que desembocaron en la anexión del antiguo reino Nabateo en el 106, conocido a partir de este momento como *Provincia Arabia*. Esta actuación supuso un hecho de especial importancia dado que este territorio era atravesado por las rutas caravaneras, que desde el sur de Arabia llegaba a Damasco y Antioquía. Una de las medidas más significativas con respecto al establecimiento de nuevas fundaciones fue trasladar la capitalidad desde Petra a Bostra, siendo reconstruida esta última con el nombre de *Nova Bostra Traiana*, una refundación en la que se enmarcaron los antiguos cuadros poblacionales y a la que se dotó de una gran extensión de territorio (Blázquez Martínez, 2003, 214).

Municipium Nova Traiana Bostra

En este antiguo enclave nabateo fue estacionada una legión y además pasó a convertirse de facto en el cuartel general del gobernador provincial y sus oficinas administrativas. La epigrafía y especialmente la numismática muestran que el enclave pasó a denominarse como *Nova Traiana Bostra*. Los muy limitados testimonios de su urbanismo sugieren que una nueva ciudad fue iniciada por Trajano al oeste del antiguo asentamiento nabateo. Este nuevo enclave fue fundado con un parcelario semi-regular en donde las alineaciones estuvieron condicionadas por la existencia del viario de la ciudad nabatea, no obstante los principales ejes axiales, en los cuales se ubican *tabernae* y manzanas de casas las cuales se construyeron siguiendo un diseño arquitectónico

novedoso para esta provincia, reflejan un estilo de planta funcional (fig. 6). A lo largo de un gran área abierta y construida, la cual parece haber cobijado funciones administrativas y comerciales, se establecieron unas grandes termas. Otros edificios debieron ser construidos justamente en el mismo periodo, la llamada *naumachia* y el hipódromo. Éstos sugieren directamente la intervención del emperador aunque se asemejan a construcciones existentes en la provincia para momentos correspondiente a los últimos momentos de los antoninos. Sin embargo, los testimonios arquitectónicos de la ciudad, junto con otros, recuerdan un planeamiento trajaneo que lleva a pensar que obtuvo una constitución presumiblemente como municipio ya en estos momentos, como se refleja en su posterior ascenso colonial a fines del s. II d.C. (Bennet, 1997, 182).

CONSIDERACIÓN FINALES

La ascensión de Trajano como nuevo emperador inaugurará un nuevo periodo de prosperidad y afianzamiento en el imperio, sus territorios y fronteras, así como en sus aspectos económicos y políticos. Esta nueva era, sin embargo, no pudo llevarse a cabo más que con un amplio programa de reformas que vinieron a solucionar los primeros síntomas de estancamiento y crisis de la administración romana en los momentos finales del s. I d.C., en esta línea las conquistas iniciadas por Trajano en los *limites* del imperio y la incorporación de nuevos territorios provinciales supuso uno de los mejores acicates para el despegue en estos momentos. En última instancia este periodo de expansión, que llevó a ocupar nuevos territorios y afianzar la presencia de Roma en antiguas áreas no pudo llevarse a cabo más que a través de un intenso programa de reajustes territoriales que cristalizaría en todo un programa de nuevas fundaciones y promociones coloniales y municipales en las provincias de *Germania*, *Dacia*, *Tracia*, *Africa* y *Arabia*, con lo que se puede afirmar, sin ningún género de dudas que con la obra de Trajano se asiste al último gran impulso colonizador del imperio romano.

Ya en las páginas precedentes se ha hecho alusión al fecundo programa de fundaciones en áreas como *Germania* en donde se organiza la ciudad de *Vindovona* (Viena), se establece la fundación de *Colonia Ulpia Traiana* (Xanten) y de *Cibernetonum* en *Germania Inferior*. Más al sur se organizaron como ciudades *Moguntiacum*, *Colonia Augusta Vindalium* como capital de la provincia

de *Raetia*, que tuvo también otras ciudades importantes como *Cambodunum* (Kempten), *Castra Regina* y *Aquium* que se convirtió en la capital de Panonia Superior, todo ello acompañado de una estructuración territorial apoyada en la creación y surgimiento de entidades menores, *vici*, que se convertían en pequeñas unidades de control del territorio dedicadas a la explotación del mismo.

Para los territorios dácicos es aquí donde se observa en toda su magnitud la obra de Trajano, desde la conquista de los territorios hasta la creación de la provincia. En esta línea podemos establecer que la política de Trajano en la frontera renana, los campos decumates y el alto y medio Danubio supera las simples medidas destinadas a preparar las campañas dácicas para presentarse como la culminación de una política de integración de las poblaciones locales, iniciadas por los emperadores anteriores (Mangas, 2003, 153). En Dacia, Trajano inició una importante labor de integración dentro de las estructuras urbanas, desde este punto de vista se produjo una reorganización a todos los niveles, censales, catastrales, políticos y económicos, prueba de ello es que contó con una abundante base poblacional colonizadora venida de otras partes del imperio como así lo testimonia Eutropio (8.6.2)³. Como indica Carbo García el establecimiento de ciudades representó en el área danubiana una nueva forma de habitación y unas nuevas concepciones políticas, sociales y económicas que condujeron a la desaparición del modo de vida tradicional prerromano (2010: 283). Los resultados de este proceso de integración y creación provincial se mostraron ya en momentos de Adriano, quien completaría el programa iniciado por su antecesor al otorgar nuevas concesiones municipales a ciudades *Napoca*, *Drobeta*, *Porolisiu*, *Dierna*, *Romula*, *Ampe-lum* síntoma inequívoco de la culminación del mismo (Mangas Manjarrés, 2003, 158).

Si las repercusiones de las acciones llevadas a cabo por Trajano en el área dácica son fundamentales e importantes dentro de las medidas de reajustes territoriales y administrativos que llevó a cabo, no menos significativas fueron las que desarrolló en África. En los territorios de la antigua Proconsularis se desplegó todo un programa, iniciado en cierta medida por sus antecesores flavios, tendente a des-

plazar paulatinamente la línea de presencia y ocupación romanas al sur. El establecimiento de este nuevo limes llevó parejo la implicación del ejército herramienta fundamental del programa de fundaciones en estos territorios africanos, en los cuales existieron áreas tradicionalmente conflictivas, caso de los musulames. Así destacarán fundaciones coloniales como *Thamugadi* o *Thelepte* con el aporte de veteranos que garantizaran la permanencia y seguridad en el territorio. Ello se verá acompañado de la organización de enclaves municipales que jalonarán las principales rutas de la provincia caso de *Capsa*, *Diana Veteranorum* permitiendo la explotación de un área de especial relevancia ceramista y oleícola. Del mismo modo se potenciarán los puertos de la zona oriental de la proconsularis con el ascenso al rango colonial, desde el punto de vista honorífico, de enclaves como *Hadrumentum* o *Leptis Minus*, en la línea de reafirmar la importancia económica que los mismos representaban en el comercio de esta zona del imperio. Como se aprecia las medidas tendentes desarrolladas durante el periodo de Trajano en los territorios africanos pasaba por asegurar la línea de penetración al sur, lo que garantizaba la puesta en explotación de importantes áreas agrícolas, y la potenciación de núcleos comerciales portuarios. A diferencia del área danubiana, África formaba parte desde hacía tiempo del territorio provincial, sin embargo con Trajano se reorganiza administrativa y económicamente este territorio potenciándolo de tal manera que la *Provincia Africa* estará llamada a jugar un papel destacado dentro de la historia del imperio a comienzos del s. III d.C. dando una nueva dinastía, hecho que solo se puede entender dentro del desarrollo económico y político que alcanza durante el s. II como consecuencia de las medidas iniciadas por Trajano.

Tras la desaparición de Trajano, su obra expansionista e integradora se mantendrá de manera general en la evolución del alto al bajoimperio, afianzándose en áreas como África, el Danubio y Oriente, sin embargo no volverá a producirse un proceso de fundaciones y promociones urbanas como los que se experimentó durante su reinado marcando el cenit del imperio y comenzando, ya desde los momentos de su sucesor Adriano, un proceso lento de descomposición política, económica y territorial.

3 "...Trajano vencida la Dacia, trasladó a un gran número de personas de todo el orbe romano para instalarlas en los campos y en las ciudades".

BIBLIOGRAFÍA

- Beltrán Fortés, J. y Loza Azuaga, M^a L. (1993), "Apuntes sobre la iconografía del retrato de Trajano", *IMP. CAES. NERVA TRAIANVS AVG* (J. González Fernández, Ed.), Sevilla, 9-33.
- Bennet, J. (1997), *Trajan. Optimus Princeps. A life and times*, London.
- Blázquez Martínez, J. M^a. (2003), *Traiano*, Barcelona.
- Caballeros Rufino, A. (1987-1988), "Trahianus C. F. Magistrado de la Italia tardorrepública", *Habis*, 18-19, 299-318.
- (1989), "M. Ulpius Traianus pater", *Archivo Hispalense*, 219, 9-28.
- Cagnat, R. (1904), "Le trace primitif du Thamugadi". *Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 48, 460-469.
- Canto de Gregorio, A. M^a. (2003), *Las raíces béticas de Trajano. Los "Traii" de la Italia turdetana, y otras novedades de su familia*, Sevilla.
- Carbó García, J. R. (2002), "Algunas observaciones sobre el proceso de urbanización en la Dacia romana", *Studia Historica. Historia Antigua*, 20, 115-138.
- (2010), "Dacia Capta, particularidades de un proceso de conquista y romanización", *Habis*, 41, 275-292.
- Chausa Sáez, A. (1997), *Veteranos en el África Romana*, Colección instrumenta, 13, Barcelona.
- Chic García, G. (2000), "Trajano y el arte de comerciar", *Traiano Emperador de Roma* (J. González Fernández, Coord.), Sevilla, 71-101.
- Cortés Copete, J. M. (2008), "Ecúmene, Imperio y Sofística", *Studia Storica. Historia Antigua*, 26, 131-148.
- Étienne, R., Piso, J. y Diaconescu, A. (1990), "Les propylées du forum civil de Sarmizegetusa (Roumanie)", *Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, 1, 91-113.
- (1994), "Le forum en bois de Sarmizegetusa", *Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, 138/1, 147-164.
- García Martínez, M^a R. (1999), *Germania Romana. Las estructura sociales*, Valladolid.
- Gascou, J. (1972a), «Leptis Minus, colonia de Trajan?», *Antiquités africaines*, 6, 137-144.
- (1972b), *La politique municipale de l'empire romain en Afrique proconsulaire, de Trajan a Septimie Severe*, École Française.
- González-Conde Puente, M^a. P. (1991), *La guerra y la paz bajo Trajano y Adriano*, Madrid.
- (2010), "A propósito de la imagen dinástica de Trajano", *Classica et Christiana*, 5/2, 335-349.
- González Fernández, J. (1993), *IMP. CAES. NERVA TRAIANVS AVG*, Sevilla.
- López Pulido, A. (2010), "Sedentarización y nomadismo en el África romana: deportaciones, traslados y movimientos poblacionales", *Non-nollus. Revista Digital de Historia*, 6, 5-33.
- Macrea, M. (1967), "L'organisation de la Province de Dacie", *Dacia*, XI, 121-141.
- Mangas Majarrés, J. (2003), "Trajano y las fronteras del Imperio", *Traiano, Optimo Principe. De Itálica a la corte de los Césares* (González Fernández, J., Ed.), Sevilla, 140-171.
- Montero Díaz, S. (1955), "El Estado universal de Trajano", *Estudios Clásicos*, 14, III, 10-24.
- Oltean, I. A. (2008), *Dacia. Landscape, colonisation, romanisation*, Nueva York.
- Petolescu, C. C. (1985), "L'organisation de la Dacie sous Trajan et Hadrien", *Dacia*, XXIX/1-2, 45-55.
- Remesal Rodríguez, J. (1986), *La Annona Militaris y la exportación de eaceite bético a Germania*, Madrid.
- Roymans, N. y Derks, T. (2006), "Returnig auxiliary veterans, some methodological considerations", *Journal of Roman Archaeology*, 19/1, 121-136.
- Velkov, V. (1977), *Cities in Thrace and Dacia in Late Antiquity (Studies and materials)*, Amsterdam.
- Wulff, F. (1996), "La acción colonizadora de Augusto en la Bética", *Revisiones de Historia Antigua II. Teoría y práctica del ordenamiento municipal en Hispania*, Vitoria, 41-52.

LAS TERMAS Y EL *SUBURBIUM* MARÍTIMO DE BAELO CLAUDIA AVANCE DE UN RECIENTE DESCUBRIMIENTO

D. BERNAL*, A. ARÉVALO*, A. MUÑOZ**, J.A. EXPÓSITO**, J.J. DÍAZ*, J. LAGÓSTENA*,
J.M. VARGAS*, M. LARA*, E. MORENO*, A.M. SÁEZ*, M. BUSTAMANTE*

*Universidad de Cádiz

**Conjunto Arqueológico de *Baelo Claudia*

Recibido: 08/11/2012
Revisado: 16/11/2012

Aceptado: 22/11/2012
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

Entre los años 2010 y 2012, la Universidad de Cádiz y la Junta de Andalucía han desarrollado investigaciones arqueológicas en la zona extramuros de la ciudad hispanorromana, en el marco del Proyecto General de Investigación “La economía marítima y las actividades haliéuticas en *Baelo Claudia*”. Se presentan en esta sede los primeros resultados, que han permitido identificar la existencia de un *suburbium* occidental en la ciudad, entre el cauce del arroyo de las Villas, la playa y la necrópolis oeste, cuya existencia se ha podido confirmar por datos geofísicos y arqueológicos. En él han podido ser excavadas parcialmente unas estructuras que se han identificado con unas termas suburbanas, activas entre el s. II y el V d.C., habiéndose excavado una *piscina* del *frigidarium* y algunas estancias calefactadas, con hallazgos muy significativos como parte de la decoración marmórea y escultórica del complejo, que en época tardorromana fue amortizado intencionalmente por motivos posiblemente religiosos. Estos hallazgos son de gran interés, pues además de verificar la existencia de un segundo complejo balneario público en la ciudad plantean la importancia del poblamiento periurbano, una línea de investigación totalmente inédita hasta la fecha.

PALABRAS CLAVE

Baelo Claudia. Termas romanas. *Suburbium*. Prospecciones geofísicas.

ABSTRACT

Between the year 2010 and 2012, the University of Cadiz and the Regional Government (Junta de Andalucía) have developed archaeological activities in the zone outside the hispano-roman city, in the frame of the General Project of Research titled “The maritime economy and the halieutic activities in *Baelo Claudia*”. We are presenting in this paper the first results, which have allowed to identify the existence of a western *suburbium* outside the city, between the riverbed of the so called “arroyo de las Villas”, the beach and the western necropolis, whose remains have been confirmed by geophysical and archaeological techniques. Inside this area a few structures have been excavated, identified as a Roman baths complex, active from the 2nd up to the 5th century a.D. A big pool, part of the *frigidarium* and some heated rooms have been unearthed, with very significant findings as part of the marmoreal and sculptural decoration of the complex, which in late roman times was intentionally broken into pieces possibly by religious motives. These findings are of great interest, since beside confirming the existence of the second public *thermae* of the city they raise the importance of the peri-urban buildings, a new line of research up to date.

KEYWORDS

Baelo Claudia. Roman baths. *Suburbium*. Geophysical survey.

“...et l'on peut objecter la rareté, sinon l'absence, des piscines monumentales à l'époque romaine en dehors des bains publics et des thermes”
(Paris *et alii*, *Fouilles de Belo I*, 1923, 106)

INTRODUCCIÓN¹

Desde el año 2010 la Universidad de Cádiz desarrolla el Proyecto General de Investigación (en adelante PGI) denominado “La economía marítima y las actividades haliéuticas en *Baelo Claudia*. Problemas de atribución funcional en el barrio meridional”, autorizado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y desarrollado en colaboración con el Conjunto Arqueológico de *Baelo Claudia*, vigente durante un sexenio.

En el desarrollo del Plan Director de *Baelo Claudia*, este proyecto se enmarca en el estudio y valorización de la industria pesquera-conservera de la ciudad, uno de los aspectos fundamentales de su razón de ser y su singularidad, tratando a medio plazo de avanzar en el conocimiento histórico de la ciudad y permitir una mayor comprensión de los restos inmuebles conservados, facilitando su integración en los itinerarios de visita. En concreto, este PGI deriva y constituye el natural desarrollo del estudio precedente acometido entre los años 2000 y 2004 en el barrio meridional de la ciudad hispanorromana, en el cual se actualizó la topografía urbana de los edificios de ámbito pesquero-conservero, habiéndose detectado la existencia de algunos inmuebles de uso/funcionalidad indeterminada, como era el caso de los denominados E.M. II, E.M. III o E.M. VIII (Bernal *et alii*, 2007, 188-210), actividades que continuaron hasta el año 2009, encontrándose estas últimas en fase de publicación actualmente. Como objetivos generales del proyecto, se trata de proceder a la delimitación del perímetro exterior del barrio meridional y de profundizar en el conocimiento de la articulación interna del mismo en *insulae* y/o edificios, estrategia extensible a la totalidad de la zona urbana localizada al sur del *Decumanus Maximus*; y de determinar la funcionalidad de algunos ámbitos totalmente excavados a techo de muro, e integrados en el circuito de visita. Indicar, por último, que también se aspira a conti-

nuar la línea de estudio sobre las *cetariae*, la pesca y la industria conservera baelonense, habiendo sido éste el tema neurálgico de interés de la Universidad de Cádiz desde el inicio de las investigaciones arqueológicas en este yacimiento (Arévalo y Bernal, 1999, 2006 y 2007, eds.; Bernal, 2011, ed.).

En este trabajo se presentan los primeros resultados de las investigaciones realizadas entre los años 2010 y 2012 en el área localizada al oeste del arroyo de las Villas², en la cual existían una serie de estructuras emergentes (figura 1 A), sobre las cuales no se había intervenido en ningún momento, y cuyo aislamiento de la topografía de la ciudad y del actual circuito de visitas era manifiesto (figura 1 B), lo que aconsejaba su evaluación para una futura integración en el itinerario visitable. El hecho de tratarse de un supuesto edificio aislado, junto a otros factores que analizaremos con detalle a continuación, habían hecho plantear la hipótesis de que el mismo se pudiese corresponder con un posible faro o *thynnoskopeion*/avistadero de túnidos (Bernal, 2009, 103-104), llegando incluso a plantear dicho paisaje cultural en la reconstrucción ideal de esta zona extramuros de la ciudad (figura 1 C, según Alonso *et alii*, 2007, 537, fig. 16). Como veremos a continuación, los resultados de las actividades arqueológicas acometidas hasta la fecha en este sector *extra moenia* de la ciudad han confirmado la existencia de una gran área periurbana, que consideramos un *suburbium* marítimo por su localización entre la ciudad y la playa, además de haber individualizado en su interior un complejo balneario, del cual se presentan los primeros testimonios en este trabajo.

EL *SUBURBIUM* MARÍTIMO DE LA CIUDAD. CARACTERIZACIÓN Y DELIMITACIÓN

La zona localizada al oeste del arroyo de las Villas ha sido tradicionalmente considerada como

¹ Este trabajo se enmarca en el curso de desarrollo del proyecto SAGENA (HAR2010-15733), del Plan Nacional I+D+i y del PGI “La economía marítima y las actividades haliéuticas en Baelo Claudia” (Universidad de Cádiz – Junta de Andalucía).

² Desde los trabajos de síntesis de P. Sillières (1997, 189) se ha denominado en la bibliografía a este curso de agua que rodea la ciudad por el oeste como “de las Viñas”. Nosotros utilizamos la denominación “de las Villas” pues es ésta la que se mantiene en la tradición oral local (como recuerdan miembros de la familia Otero) y además se puede contrastar en la cartografía (Planimetría Digital de la Consejería de Obras Públicas y Transporte. Junta de Andalucía. Instituto de Cartografía de Andalucía. Mapa Topográfico de Andalucía 1:10.000. Provincia de Cádiz. ISBN 84-8095-303-9; N° Registro: JAOP/CA-21-2002; Depósito Legal: SE-1.866-2002. Imagen h107712; Planimetría de la Ensenada de Bolonia. Escala 1: 5.000. Centro de Estudios Territoriales y Urbanos. Consejería de Obras Públicas y Transporte. Junta de Andalucía. Vuelo Escala 1:18.000, junio 1990).



Figura 1. A

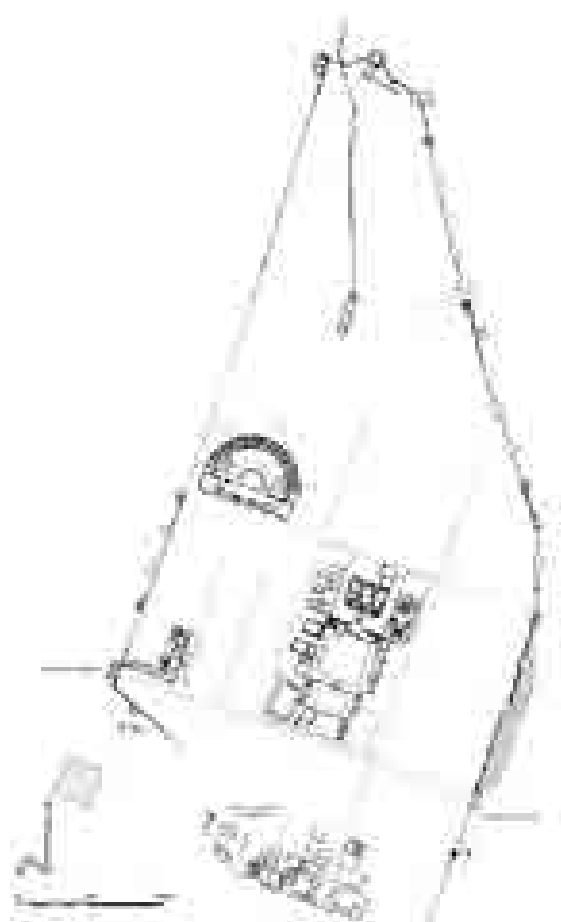


Figura 1. B



Figura 1. C

Figura 1. Vista aérea con la localización de las estructuras al oeste del arroyo de las Villas (A), con detalle de las mismas en relación a la planimetría de la ciudad de *Baelo Claudia* (B), y reconstrucción de la zona occidental (C.-según Alonso *et alii*, 2007, fig. 16).

parte de la necrópolis occidental de la ciudad, excavada parcialmente por el jesuita J. Furgus a unos trescientos metros de la Puerta de *Gades* y cuyo inicio “debía extenderse más cerca de la ciudad y comenzar poco después del arroyo de las Viñas” (Sillières, 1997, 189). La total ausencia de actividades arqueológicas en la zona, a excepción de algunas trincheras realizadas en su momento por P. Paris sobre las cuales luego volveremos, había provocado que esta parte de *Baelo Claudia* cayese en el olvido, no siendo nunca representada en la topografía publicada de la ciudad, considerando que al quedar extramuros debía constituir un ámbito periurbano vinculado, como decimos, al mundo funerario.

La atención prestada en el ámbito del PGI sobre la economía marítima de *Baelo Claudia* derivaba de la posible interpretación de este edificio exento con un faro. A favor de dicha hipótesis contábamos con la constatación de que el mismo constituía un edificio rectangular aislado de unos 50 m² de superficie, ubicado sobre una paleo-elevación en primera línea de playa (a unos 6-7 mts. *circa* sobre el nivel del mar), que en función de los estudios geo-arqueológicos realizados parecía una pequeña isla sobre-elevada sobre el terreno circundante (Alonso *et alii*, 2007). Con potentes muros perimetrales (de en torno a un metro de potencia), daba la impresión de que podría tratarse de la cimentación de un edificio de cierto porte, lo que unido a la total ausencia de edificaciones en las inmediaciones cuadraba con la posibilidad de que se tratase de un faro, planteando su posible dualidad como torre para el avistamiento de atunes, ante la importancia de las pesquerías y almadrasas que debió tener la ciudad hispanorromana, hipótesis planteada en su momento (Bernal, 2009, 103). A pesar de su interés, carecíamos de información arqueológica fiable para avanzar sobre su determinación funcional, pues en el mismo o en su entorno más inmediato no había sido realizada intervención arqueológica alguna en fechas recientes.

En el mes de octubre del año 2010, y en el marco de la Fase I de las actividades del PGI, se acometió una prospección geofísica en el barrio meridional de la ciudad y en el sector al oeste del arroyo de las Villas objeto de atención ahora³, a cargo de la empresa Eastern Atlas (Meyer, 2010). Cuestiones de índole

presupuestaria limitaron la zona de intervención al sector oriental del barrio meridional –entre el posible *cardo maximus* y las instalaciones exteriores a la delimitación oriental, siendo sectorizada la zona por la complejidad de acceso–, así como a un área en torno al edificio al oeste del arroyo de las Villas (figura 2, sector L), siendo en total la zona intervenida de unos nueve mil metros cuadrados, ya que cinco mil aproximadamente de los inicialmente planteados no fueron practicables.

La prospección geofísica fue realizada con georadar, utilizando un equipo GSSI SIR-3000, dotado de una antena de 270 MHz., con una distancia de perfiles de 0,5 mts. Los datos fueron registrados en perfiles cubriendo la totalidad de la superficie objeto de estudio, cuyo procesado y lectura posterior ofrece ocho secciones horizontales (figuras 3 y 4), que representan respectivamente capas del subsuelo con una potencia aproximada de 30 cms. cada una entre la superficie y la profundidad máxima de lectura alcanzada (2,4 mts.). La existencia de suelos naturales de naturaleza arenosa, y estructuras y pavimentos antrópicos con derrumbes provocó una baja absorción de las ondas electromagnéticas, por lo que las lecturas han sido bastante profundas, llegando aproximadamente a los 2,5 mts. No obstante, en este yacimiento diversos elementos ambientales dificultaron el trabajo, como la escasa homogeneidad de la matriz del subsuelo, resultado de un asentamiento con múltiples ocupaciones a lo largo del tiempo, lo que se traduce en superposiciones de estructuras diversas (además construidas con materiales diferentes) alternantes con capas deposicionales de derrumbes y otra naturaleza que provocan la dispersión de las ondas de georadar debido a la cantidad de superficies reflejadas en el suelo. Este efecto se manifiesta en datos borrosos, de compleja interpretación, con superposiciones de reflexiones de intensidad variable que vuelven compleja su hermenéutica. Asimismo, la presencia de vallados y estructuras modernas ha obligado a la división del área investigada en retículas individuales de reducidas dimensiones (24 en el barrio meridional), lo que disminuye la coherencia en la interpretación (Meyer, 2010).

El área investigada que nos interesa ahora, denominada con la letra L (figura 2, izda.), constituye un polígono irregular, de unos 2000 m², cuya singular morfología deriva de la existencia de desniveles y piedras sueltas en superficie durante la prospección, a pesar de que todo el sector fue in-

³ Autorizada por la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía por Resolución de 7 de julio de 2010, y dirigida por uno de los miembros del equipo (J.J.D.).

tensamente desbrozado previamente a la ejecución de los trabajos de campo. Como se puede advertir en los planos (figuras 2, 3 y 4), se han representado los muros septentrional y occidental emergentes del citado edificio (sin trama interna), habiéndose prospectado especialmente hacia el norte, sur y ante todo hacia el oeste de dichos paramentos, aprovechando la zona llana amesetada de la parte alta del promontorio y los calveros sin vegetación.

La interpretación que podemos hacer de los resultados geofísicos resulta de gran interés para la comprensión del cerro sobre el cual se asienta el pequeño edificio, y para aclarar muchos interrogantes sobre esta zona de la ciudad. Valorando las ocho secciones horizontales de manera combinada (figuras 3 y 4), podemos concluir al menos los siguientes aspectos.

El primero y más evidente es que el edificio emergente no constituye un elemento aislado en dicho cerro, ya que hay estructuras arquitectónicas de notable entidad (tramas lineales opacas en las

figuras), asociadas a potentes niveles de derrumbe (polígonos con reticulado interno en las ilustraciones) por toda la superficie investigada (como ilustra la figura 3 D, por ejemplo). Es decir, había que descartar que el supuesto “faro” constituyese una construcción aislada, más bien la misma se asociaba a otros complejos edilicios. Incluso la densidad de estructuras debe ser mucho mayor que la reflejada en la interpretación de las lecturas de los datos del georadar (figuras 3 y 4), pues, como decimos, hay zonas, como el área central del sector investigado, que no han aportado datos al haber sido inaccesibles durante la campaña de prospección (figura 5, áreas en blanco).

En segundo término, que las estructuras se proyectan mucho más allá del área objeto de investigación geofísica, ya que se localizan bien muros o derrumbes cortados o coincidentes con el final de las áreas objeto de estudio con el georadar tanto al norte (figuras 3 C, 3D y 4C) como al este (figuras 3 A, 3D, 4A, 4C) y al oeste (figuras 3 y 4 comple-

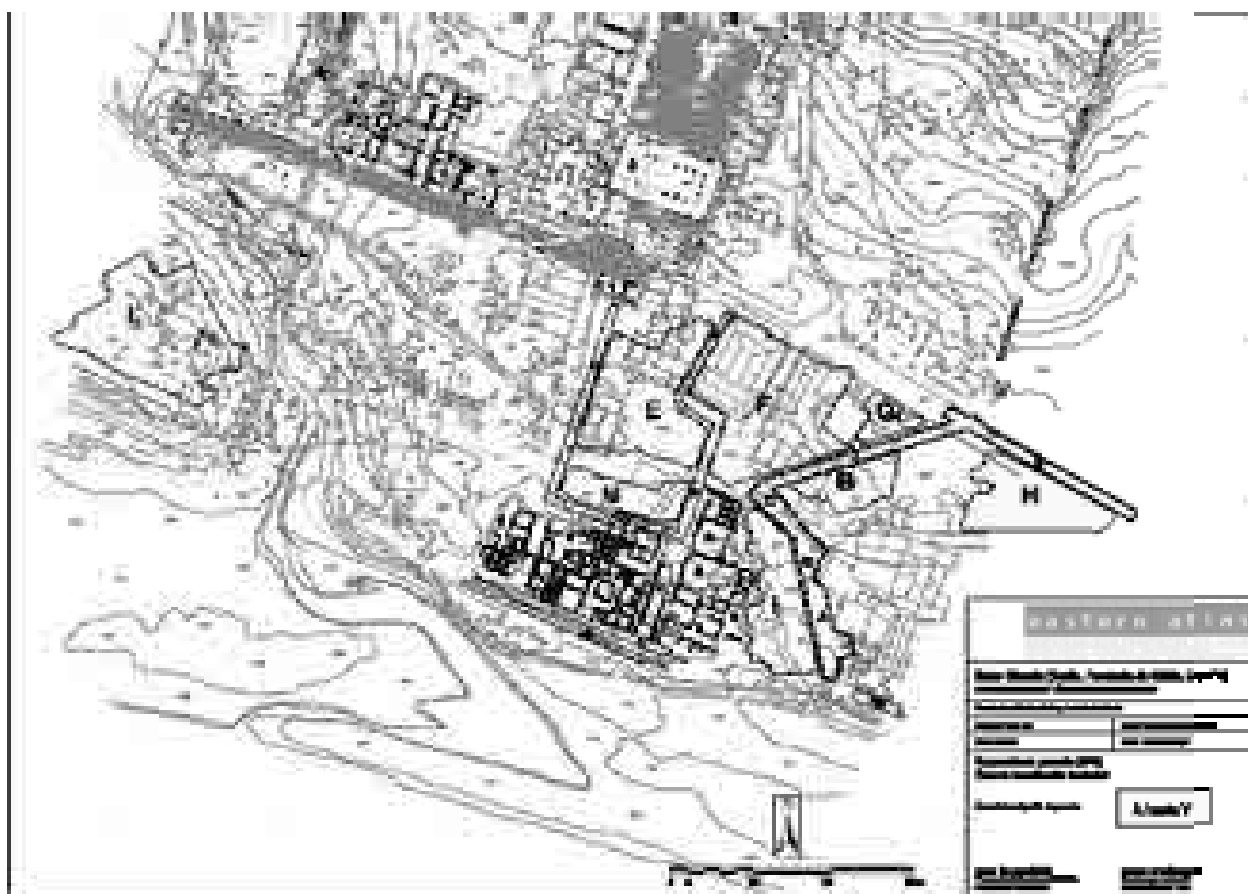


Figura 2. Planimetría de *Baelo Claudia* con la localización de las áreas objeto de prospección geofísica durante el año 2010 (polígonos opacos numerados con las letras A a V).



Figura 3. Planos con la interpretación de los resultados de la prospección con georadar en el área al oeste del arroyo de las Villas, con lecturas cada 30 cms. de profundidad (A.- 0-30 cm.; B.- 30-60; C.- 60-90; D.- 90-120; Meyer, 2010, BC1034211 a BC1034214).

tas). Al sur, además de los resultados de la geofísica, especialmente derrumbes proyectados a todo lo largo de esta zona, contamos adicionalmente con la existencia de un gran muro sobre un amasijo de *opus caementicium*, de notable entidad, al exterior del vallado perimetral del yacimiento, junto a la pasarela de la playa (figura 6), que confirma la prolongación de las estructuras en dicha dirección. Todo ello permite verificar que en el entorno amesetado situado al oeste del arroyo se localiza una concentración de estructuras de notable entidad, cuyas dimensiones no resulta posible determinar

con precisión sin realizar una prospección geofísica con sondeos de comprobación. No obstante, y valorando la extensión de la meseta hasta la aparición del cambio de rasante del terreno e inicio del pinar –que podría estar determinando el inicio de la necrópolis occidental excavada parcialmente por Furgus– estamos hablando de una superficie mínima aproximada de una hectárea (200 mts. aprox. E-O por 50 N-S), lo que da una idea de la entidad del área geográfica objeto de análisis.

Otro elemento a tener en cuenta es la gran densidad de estructuras que parecen documentarse en



Figura 4. Planos con la interpretación de los resultados de la prospección con georadar en el área al oeste del arroyo de las Villas, con lecturas cada 30 cms. de profundidad (A.- 120-150; B.- 150-180; C.- 180-210; D.- 210-240; Meyer, 2010, BC1034215 a BC1034218).

el interior del área analizada por georadar, de lo que parece deducirse que no se trata de unidades murarias aisladas sino verdaderamente de una auténtica trama urbanizada. Especialmente significativas a estos efectos parecen las lecturas en torno al metro o metro y medio de potencia, en cada una de las cuales se han individualizado 25 y 17 nuevas estructuras murarias respectivamente (figuras 3 D y 4A), bajo las correspondientes áreas de derrumbe que pueden estar enmascarando otras. De ahí que pensemos en la existencia de edificios y ambientes

con varias habitaciones más que en un poblamiento disperso y atomizado.

Otro aspecto a tener en cuenta en las lecturas interpretadas del georadar es la notable potencia de los restos hallados que, como hemos indicado, al menos se desarrollan a lo largo de la totalidad de los 2,5 mts. de profundidad que han dado resultados de lectura. En las diversas secciones horizontales se advierte cómo algunas estructuras, con sus correspondientes derrumbes, aparecen y desaparecen, documentándose otros restos más abajo, de lo que es fá-

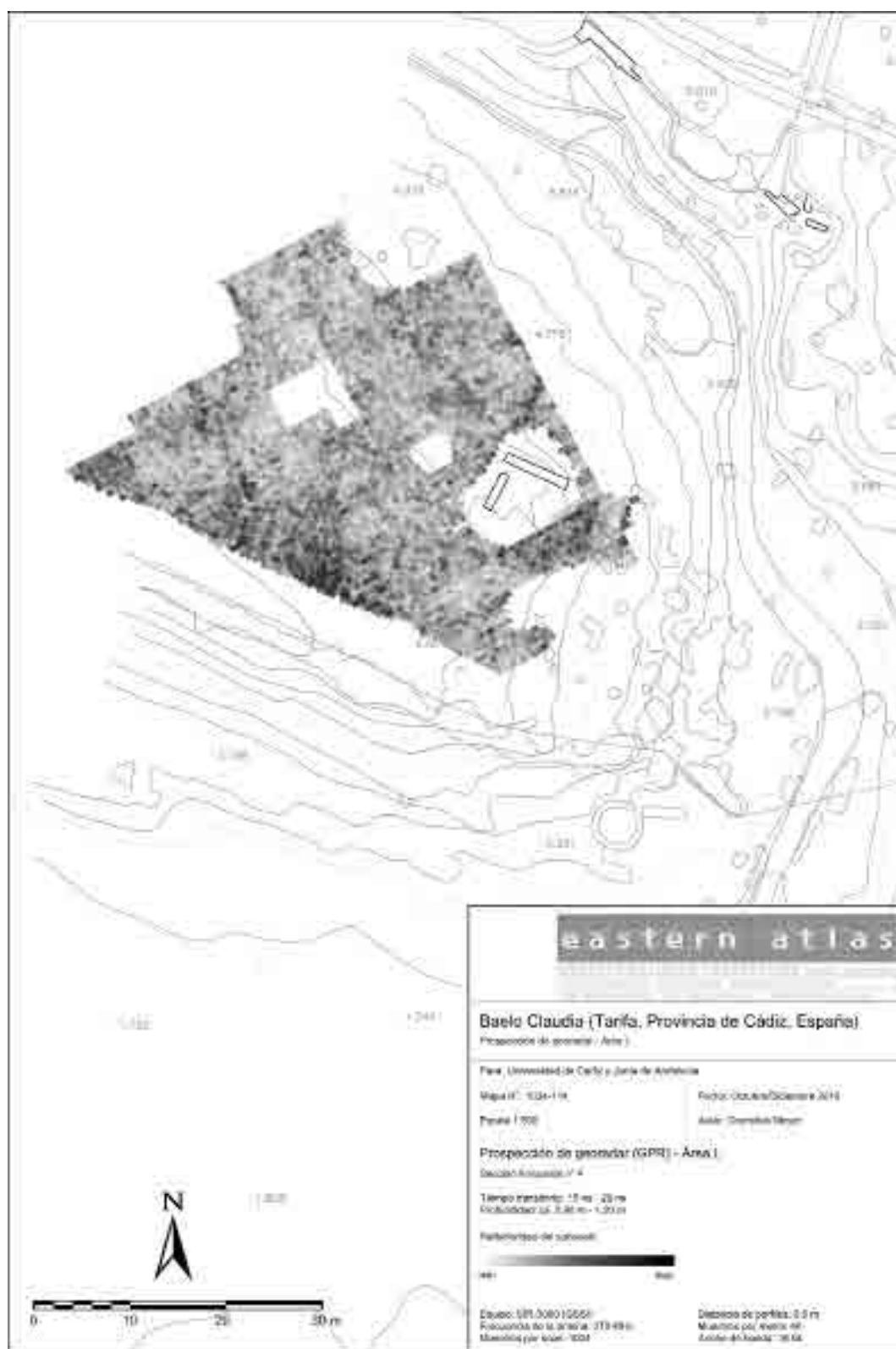


Figura 5. Mapa de la reflectividad del subsuelo (más oscuro, mayor) del área L, a una profundidad entre 0,9 y 1,2 mts. (Meyer, 2010, sección horizontal 4, mapa BC1034-114).



Figura 6. *Caementa* y restos de estructuras arquitectónicas de notable porte al sur del área objeto de estudio, junto a la pasarela de la playa.

cil inferir la existencia de varias fases constructivas. Así se confirma, por ejemplo, en el ángulo suroeste del Área L, en el cual inicialmente contamos con un derrumbe (figura 3 A), bajo el cual aparecen estructuras (figura 3 B y C), volviéndose a una cota inferior a documentar otro derrumbe, aparentemente de gran entidad (figuras 3 D, 4A, 4B), el cual vuelve a desaparecer (figura 4C), documentándose al final de la secuencia, ya a más de dos metros de potencia, otro nuevo nivel deposicional con restos de escombros-derrumbes (figura 4D). Algo, por otro lado, evidente, ya que el estado de conservación de las estructuras en la ciudad no suele llegar a una dimensión media superior al metro de altura, salvo excepciones (muralla, muros de aterrazamiento o cimentaciones/alzados de edificios públicos).

No resulta ni aconsejable ni prudente realizar una interpretación funcional de los restos sin haber procedido a una diagnosis arqueológica adicional, pues como ya hemos indicado anteriormente diversos factores han complicado la legibilidad de los resultados. No obstante, sí parece conveniente indicar, por analogía con la dinámica de ocupa-

ción que conocemos en otras zonas de la ciudad, que es más que probable que existan estructuras de época romano-republicana en esta zona, situadas a bastante profundidad (en torno a los 2 mts. respecto a la cota actual, figuras 4C y 4D). Recordamos que en el Sondeo 1 realizado bajo la pavimentación del Conjunto Industrial VI se documentó una secuencia con al menos 4 mts. de potencia y cinco horizontes constructivos –Fases IV a VIII– fechados en la segunda mitad del s. II a.C., sin haber llegado a agotar la estratigrafía por el afloramiento del nivel freático (Bernal, Arévalo y Sáez, 2007, 264, fig. 40). Asimismo, en la parte superior de la secuencia (figura 3 A), da la impresión de que algunas estructuras en la zona central y centro-occidental del ambiente presentan una orientación discordante respecto a todas las demás, pudiendo corresponder a las fases bajo-imperiales o tardoantiguas. Por último, reseñar que da la impresión de que la mayor parte de las unidades murarias que aparecen definidas como tales presentan una orientación NE-SO (con sus correspondientes trazados perpendiculares), en general totalmente



Figura 7. Resultados de la prospección geofísica realizada en el arroyo de la Villas entre 1999 y el año 2001 por técnicos del IAPH de la Junta de Andalucía (Alonso *et alii*, 2007, 526, fig. 3).

compatible con los ejes básicos del urbanismo de la ciudad *intra moenia*, dando la impresión de que el trazado de estas construcciones está íntimamente relacionado con el proceso de edificación de la ciudad altoimperial.

Por último, apuntar, como líneas de trabajo a desarrollar en el futuro, que la alineación de estructuras localizadas en la parte meridional del área investigada parece definir una especie de *iter* o *via* en dirección SE-NO, especialmente visible en los perfiles entre 1,2 y 1,8 mts. (figuras 4 A y 4 B); así como la posible existencia de un edificio o habitación de grandes dimensiones en el sector central del área investigada (figura 3 B, 3 C y 4 B), aparentemente similar en dimensiones a las estructuras emergentes conocidas previamente en la zona.

A estos datos hay que sumarles los conocidos previamente, derivados de las investigaciones de otros autores. De una parte, se trata de una posible estructura circular de grandes dimensiones identificada en esta zona, a la cual estaría circunscrita la emergente visible en la actualidad, tal y como los resultados de otra prospección geofísica, mediante técnicas magnéticas y de resistividad eléctrica, pusieron de manifiesto (Alonso *et alii*, 2007, 526, fig. 3, nº 3). Se trata de un círculo u óvalo, sin cerrar en su parte suroriental, de compleja interpretación, que habrá que tratar de localizar arqueológicamente

en el futuro mediante sondeos arqueológicos⁴ (figura 7).

Además de ello, conviene traer a colación unas estructuras localizadas por P. Paris a inicios del siglo pasado en esta zona, y que constituyen posiblemente una de las problemáticas arquitectónicas más importantes de *Baelo Claudia*: se trata del denominado por el hispanista francés “édifice indéterminé: amphithéâtre ou nymphée” (Paris *et alii*, 1923, 99-110, pl. XVII y XVIII). La importancia de los hallazgos indujo a estos investigadores a inicios del s. XX a dedicar en el volumen I de las *Fouilles de Belo* un capítulo monográfico (el nº VI) a este monumento, tratándose actualmente de la única gran área excavada por ellos en la ciudad hispanorromana cuya funcionalidad resta indeterminada, y sobre la cual los diversos investigadores con posterioridad no han vuelto a incidir.

En primer lugar, los datos sobre su localización restan imprecisos: según P. Paris, se sitúa “à une centaine de mètres à l’ouest et en dehors de l’enceinte, et tout près de la plage, à l’endroit où débouche par une trouée de la dune, au pied d’un cortijo abandonné, un arroyo presque complètement à sec (pl. XVII)”. Es evidente que todas estas indicaciones coinciden con el ámbito situado al oeste del arroyo de las Villas, si bien algunas de las imágenes publicadas (figuras 8 A y D) permiten valorar que posiblemente se sitúe más al noroeste del área excavada, pues en ellas se advierte que los restos están bastante al oeste de una choza⁵, cuyos restos no se conservan y que en cualquier caso confirman que no se localizaba justo sobre el cauce del arroyo, ya que la vegetación de fondo visible indica el paleocauce del curso de agua. Por otra parte, la ausencia de restos de edificaciones de gran amplitud y de trazado elíptico en las geofísicas confirma indirectamente que no hemos localizado dichos restos excavados por el equipo franco-español⁶.

Respecto a la interpretación de la principal estructura excavada (figura 8 A), tanto en 1919 como en 1921, interesa destacar que la misma está hueca

4 Que quizás corresponda, en parte, con las estructuras superficiales de trayectoria curvilínea identificadas al oeste del área que investigamos con técnicas geofísicas (figura 3 a).

5 Una de las posibilidades es que la reocupación contemporánea de la habitación denominada H-1, que luego veremos, se corresponda exactamente con dicha vivienda.

6 Actualmente se está trabajando sobre el material documental y gráfico de las antiguas excavaciones para intentar precisar al respecto.



Figura 8.- Estructuras exhumadas por P. Paris al oeste del arroyo de las Villas (Paris *et alii*, 1923, 101, fig. 32 -A-; lám. XVII -B-; 104, fig. 33 -C- y lám. XVIII -D-).

y parece subterránea, cubierta al interior con media bóveda de cañón, cuya parte aérea habría sido arrasada; a pesar de no haber localizado accesos o conductos para la circulación de agua, los investigadores la interpretaron como una fuente o cisterna, si bien parecería más bien la segunda posibilidad al localizarse exactamente el edificio en la desemboca-

dura del arroyo, aunque no se descarta la otra posibilidad (Paris *et alii*, 1923, 99-100). La continuidad de las excavaciones en la zona permitió detectar la existencia en el paramento norte de la misma de un vano, totalmente decorado al exterior con pintura mural (figura 8 B), interpretado como el dintel de acceso a la estancia, que no pudo ser excavado por-

que se colmataba completamente de agua, a pesar de los diversos intentos en una campaña adicional realizada al efecto en 1921, concluyendo que sin bomba de succión no era posible hacerlo (Paris *et alii*, 1923, 100-101). Abandonando dicha tarea de vaciado de la estructura, se realizaron excavaciones en extensión, que permitieron concluir lo siguiente. En primer lugar, que en torno a la citada estructura se desarrollaban muros en disposición elíptica, tanto hacia un lado como hacia el otro, en una longitud difícil de verificar por ausencia de planos pero que al menos se extendía por unos 15 mts. lineales. Y en segundo término que dichos muros elípticos se relacionaban con un canal, visible en algunas de las fotografías, que se desarrollaba a lo largo de una amplia superficie (figura 8 C y D). Hacia el oeste las estructuras iban quedando cada vez menos visibles, en parte por una inclinación (basculamiento) ya detectada, así como por el progresivo amalgamado de las mismas por su contacto con agua con mucha cal, que hacía la excavación muy compleja. La interpretación dada por Paris a este complejo monumento fue considerarlo bien un anfiteatro –cuyo *eyrypus* sería el canal– bien un posible ninfeo con pórticos, aportando paralelos en uno y otro sentido, aunque siempre con dudas (Paris *et alii*, 1923, 102-110).

Es evidente que sin nuevas actuaciones en el lugar no resulta posible decantarse al respecto, si bien resulta manifiesto que estas estructuras son monumentales y de gran porte –recordamos el empleo de sillería y el amplio aparato decorativo–, lo que de nuevo vuelve a incidir sobre la existencia de un auténtico *suburbium* en esta zona. La relación de este/os edificio/s con el agua es patente, como parece demostrar el canal excavado y la continua presencia y afloramiento hídrico. Y es evidente que se trata de un edificio con un programa decorativo cuidadoso, como se deduce de la ornamentación pictórica fitomorfa y recreando falsos mármoles en fachada.

Podríamos encontrarnos ante parte de un complejo termal, algo más que lógico si lo unimos a los datos que presentaremos en el siguiente epígrafe, en el cual se tratase de amplias habitaciones absidadas, a modo de exedras semicirculares, propias de este tipo de establecimientos balnearios, como encontramos en las grandes termas de Roma, desde época de Trajano en adelante (Yegül, 1995, 143, 149 o 156), a una escala, evidentemente, menor y adaptada al entorno provincial. O incluso parte de una gran palestra, como es el caso de la circular porticada de los baños occidentales de *Gigthis* en la Pro-

consular, datada en la segunda mitad del s. II d.C., cuyos muros perimetrales curvilíneos precisamente se interconectan con una habitación dotada de umbral (Yegül, 1995, 221-222). Tampoco hay que descartar su interpretación como una fuente monumental, pues la presencia de *nymphaea* en relación directa con baños es una realidad bien constatada arqueológicamente (Yegül, 1995, 395). Ni considerar que el canal localizado, el cual se proyecta a lo largo de varias decenas de metros en dirección hacia el oeste, constituya quizás el final del *specus* del acueducto que debió traer agua a esta zona periurbana de la ciudad.

Por todo lo comentado, una conclusión importante que se deriva de los nuevos hallazgos realizados en la zona, conectando la gran potencialidad de la geofísica con los datos de las antiguas excavaciones de P. Paris es que toda esta zona situada al oeste de la desembocadura del arroyo de las Villas se corresponde con un ambiente periurbano, densamente ocupado en la Antigüedad, y que consideramos un auténtico *suburbium* marítimo, por integrarse el mismo entre la ciudad y la línea de costa.

Respecto a sus límites, el que resulta más evidente es el localizado al norte y al este, definido por el propio curso del arroyo. Es importante valorar que la conexión de este ambiente periurbano con la ciudad debía hacerse a través de algún puente que permitiese el paso hacia la otra orilla del arroyo y hacia la cercana Puerta de *Gades*, abriendo interesantes líneas de investigación para el futuro en este sentido; otra de ellas es la conexión con las estructuras excavadas en el año 1999 al oeste del barrio industrial, que quizás podrían esconder tras de sí una torre de la muralla o el bastión de una puerta, como ha sido sugerido (Alarcón, 2007, 231), lo que permitiría un tránsito en dirección este-oeste entre el barrio industrial y esta aglomeración periurbana; y la tercera línea de investigación a desarrollar es que este paleocauce del arroyo debió disponer de muros de contención de sus orillas, pues la entidad de las estructuras a ambos lados del río no permite entender este curso de agua de otra manera, al menos en su tramo final, entre la Puerta de *Gades* y el mar.

El límite sur es evidente, coincidiendo con la propia línea de costa, difícil de trazar actualmente debido a la notable erosión de la parte meridional del yacimiento y a las playas de neo-formación que colmatan todo este sector⁷ (Alonso *et alii*, 2007),

7 Han sido de gran utilidad las fructíferas conversaciones

lo que permite entender el brusco cambio de rasante entre las estructuras arqueológicas más meridionales del yacimiento y la playa actual. Al menos las estructuras se proyectaban hasta el actual inicio de la playa, como demuestran los *caementa*, aparentemente en posición primaria, aunque algo basculados, ya citados (figura 6).

La delimitación occidental nos parece, por el momento, la más compleja, ya que tradicionalmente se hace coincidir el inicio de la necrópolis occidental con el entorno suroccidental de la Puerta de *Gades*, utilizando como argumento los trabajos de inicios de siglo del jesuita belga Furgus, que excavó varias tumbas en esta zona (1907 y 1908). Esta propuesta parece mantenerse en los últimos trabajos realizados sobre el mundo funerario en la ciudad, interpretando estructuras en superficie en la zona con tumbas altoimperiales –unas siete unidades funerarias– (García Jiménez, 2008, 106-107, lámina 2; 61-62; Muñoz, García y Prados, 2009, 61-63). Pensamos que a la luz de todos estos hallazgos conviene realizar la limpieza de las estructuras y un estudio micro-espacial en la zona antes de decantarse al respecto, algo no posible en la actualidad, conscientes de la existencia de estas importantes estructuras urbanas entre el cauce del arroyo y el inicio de la necrópolis occidental. Una atenta lectura de los citados trabajos del jesuita belga –muy similares entre sí– confirma que la localización de la que hoy llamamos necrópolis occidental se sitúa “sur une petite colline couverte d’une couche de sable épaisse parfois de 2 à 3 mètres, ne renfermait que des urnes cinéraires”, habiendo excavado una treintena de cremaciones (Furgus, 1907, 11); La “Necrópolis de Poniente, algo más distante de la ciudad que la primera, está situada sobre una ligera elevación o colina... las excavaciones practicadas repetidas veces en aquel sitio han dado a conocer que una extensa muralla separaba la necrópolis de la vecina playa, y cimientos puestos al descubierto, junto a la misma muralla, revelan la existencia en aquel lugar de un pequeño pero macizo edificio” (Furgus, 1908, 210). De dichas descripciones podemos inferir que la necrópolis occidental, según el autor, arranca en la ladera de la duna consolidada⁸,

mantenidas con C. Alonso Villalobos al respecto, que han enriquecido sustancialmente la versión final de este texto.

⁸ A este respecto es de gran interés una fotografía de la necrópolis occidental recientemente publicada, conservada en el Archivo General de Andalucía (AA.VV., 2009, 134, n° 74), en la que se advierte la entidad de las estructuras murarias ex-

y no desde la plataforma llana situada al suroeste de la Puerta de *Gades*; además de la existencia en el propio entorno funerario de estructuras de notable entidad, junto a la playa, que quizás no tengan que ver nada con la necrópolis. Por último, indicar que los ajuares que presenta el autor (Furgus, 1907, 12-15, figs. I-III) –sigilatas clásicas, quizás algún plato de ARSW A, cerámicas comunes y ungüentarios– así como las monedas que cita permiten plantear una cronología para ella entre Augusto y el s. II d.C.

Aunque sea por tanto complejo valorar con precisión las dimensiones de esta área suburbana baelonense, pensamos que una estimación en torno a una hectárea es la propuesta más viable en la actualidad, con la duda de su cierre exacto por el área occidental. Esta dinámica según la cual las necrópolis baelonenses no arrancan directamente desde el área de muralla también se ha constatado en el lienzo oriental, en torno al cual existe un amplio sector de vertedero de residuos sólidos, excavado y bien documentado en los últimos años (Bernal *et alii*, 2011), que también proyecta el inicio del cementerio altoimperial oriental a varias decenas de metros al este de la Puerta de *Carteia*.

En segundo término, indicar que en principio se descarta la posibilidad de que nos encontremos ante una villa periurbana de grandes dimensiones ya que, como veremos en el siguiente apartado, la notable entidad de las estructuras balnearias aparecidas hace pensar más en edificios de carácter público que en una residencia privada. Y tampoco conocemos otros ejemplos de este tipo de poblamiento en ámbito periurbano en el área objeto de estudio, ya que las escasas *villae* en la ensenada de Bolonia, como la de La Torre, con ocupación alto y bajoimperial, se sitúan en ámbitos bastante alejados de la ciudad (Arévalo, Bernal y Lorenzo, 2007, 42-45, fig. 5). En el ámbito del *Fretum Gaditanum* las *villae* periurbanas se sitúan alejadas del *pomerium*, al menos en los ejemplos conocidos, como sucede con la de los Cuarteles de Varela en Cádiz, aún inédita, y en otras ciudades cercanas como *Carteia* la notable alteración del área inmediata a la muralla no permite aportar muchos datos, aunque es cierto que ni siquiera hay indicios de este tipo de patrón de asentamiento villático periurbano (Roldán *et alii*, 2006).

cavadas en la zona por P. Paris y G. Bonsor, confirmando los hallazgos de J. Furgus en las inmediaciones.

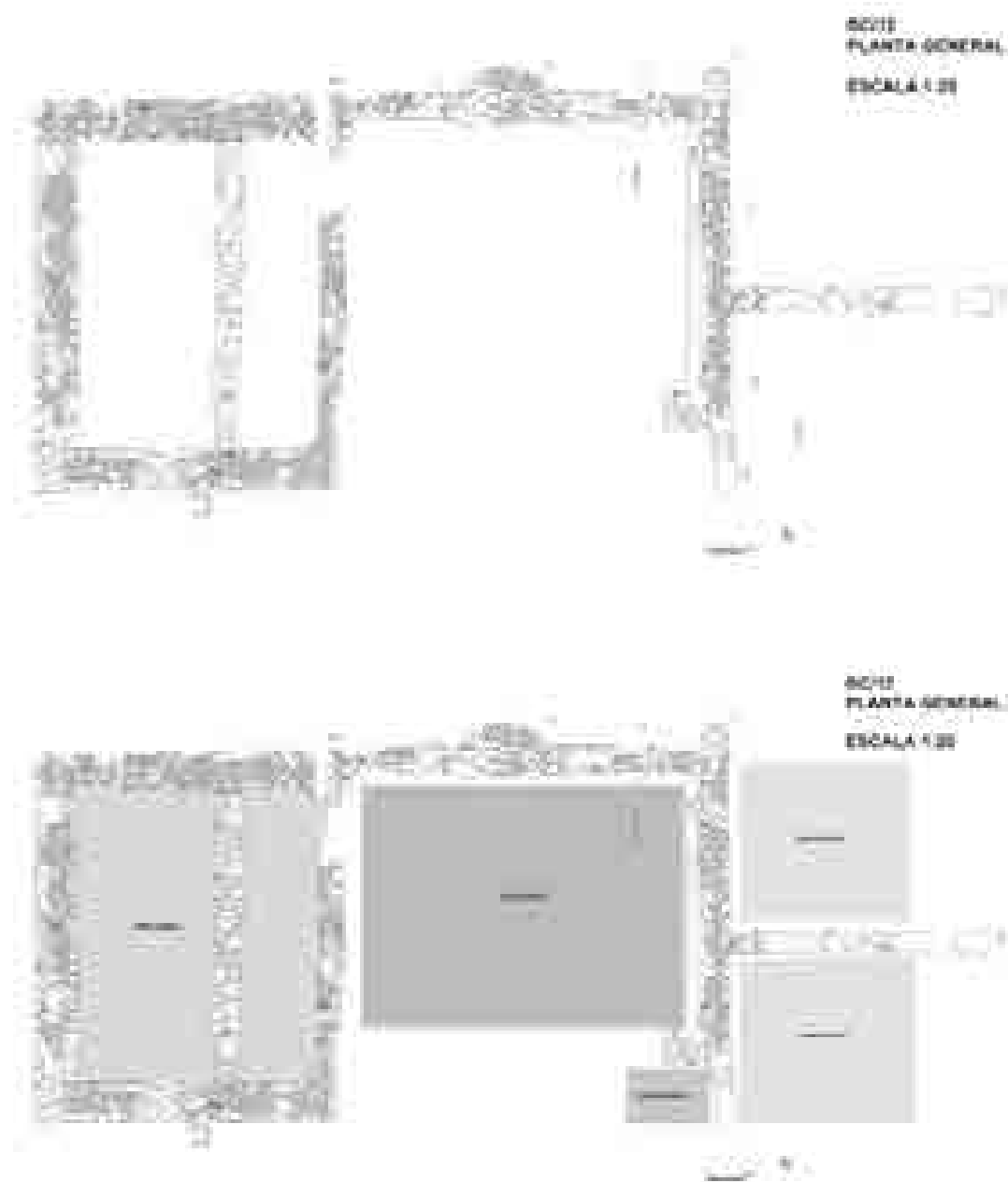


Figura 9. Planimetría general de las estructuras (H-1 a H-5) del edificio termal suburbano de *Baelo Claudia*, con la numeración de las unidades murarias y los cuatro sondeos arqueológicos realizados (22 a 25).

Este es el primer caso constatado en *Baelo Claudia* de un auténtico *suburbium*, y conscientes de la dinámica poblacional en otras zonas podría ser el único, al menos de esta entidad. Aunque indicios diversos permiten valorar que al sur de la necrópolis oriental existen algunas estructuras de entidad que

quizás haya que relacionar con un patrón poblacional similar, aunque de menor entidad y extensión. Se trata éste de un tipo de poblamiento que no ha sido objeto de estudio intensivo en nuestras ciudades hispanorromanas hasta fechas muy recientes (Vaquerizo, 2010, ed.), monografía en la cual se analizan



Figura 10. Vista general desde el sur de la habitación excavada en julio de 2011 (Sondeos 22 y 23).

algunos casos singulares como los de *Complutum*, *Barcino*, *Tarraco*, *Segobriga*, *Carthago Nova*, *Baetulo* o *Augusta Emerita*, analizando en *Baetica* la problemática de *Colonia Patricia* (Murillo y Vaquerizo, 2010) y *Onoba Aestuarina* (Campos, 2010). En el ámbito litoral más cercano a nosotros el único ejemplo parangonable es el del área suburbial de *Carteia*, con dos ambientes: Villa Victoria, de carácter industrial y cuya lejanía respecto a la ciudad –más de un kilómetro– hace pensar más en un pequeño *vicus* alfarero y pesquero-conservero, con sus instalaciones portuarias independientes y su propia necrópolis (Bernal *et alii*, 2004; Blázquez *et alii*, 2005), y el barrio suburbano pesquero-conservero que discurriría inmediatamente al sur de las murallas de la ciudad, excavado parcialmente por Santa Olalla y Woods y recientemente objeto de actuación arqueológica (Expósito y García, 2012, 301, fig.1); y evidentemente *Gades*, con un patrón de ocupación suburbial disperso y también centrado en actividades pesquero-conserveras y alfareras, que alternan con las funerarias (Bernal y Lara, 2012).

Sobre todas estas cuestiones habrá que profundizar en el futuro, si bien se abre una nueva línea de investigación para esta ciudad marítima, que no había sido abordada hasta la fecha por la ausencia de evidencias.

LAS TERMAS SUBURBANAS DE *BAELO CLAUDIA*: PRIMEROS DATOS.

Tras la ejecución de la ya citada prospección geofísica, se decidió realizar una serie de sondeos y transectos de comprobación en torno a los paramentos emergentes del edificio situado sobre la cota más alta del promontorio, a través de una actividad arqueológica que se ha acometido durante los años 2011 y 2012⁹, cuyos primeros datos presentamos en

⁹ Autorizada por la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y dirigida por uno de los miembros del equipo (J.J.D.), la primera fase de la misma se desarrolló en julio de 2011, en el ámbito del *XII Curso Internacional de Arqueología Clásica en Baelo Claudia*, prolongándose hasta mediados de agosto; y la segunda fase entre el 9 y el 27 de julio del año 2012.



Figura 11. Detalle de los paramentos interiores sur y este de la habitación H-1, totalmente revestidos de *opus signinum* (Sondeo 23).

estas páginas, con una planimetría esquemática de las estructuras identificadas (figura 9)¹⁰.

En primer lugar se pudo intervenir sobre la habitación cuyos paramentos eran emergentes, y que es la que propiciaba la intervención, habiendo podido aclarar su planta por completo, mediante una limpieza superficial y la excavación alterna en su cuadrante NO (Sondeo 22) y SE (Sondeo 23), como se aprecia en la figura 10. Se pudo confirmar la totalidad de su planimetría, tratándose de una habitación completamente rectangular, que denominamos H-1, de unos 47 mts de superficie interior (8,4 en dirección norte-sur por 5,6 este-oeste), descartando que el muro de ostionera interno, que dividía la habita-

¹⁰ Son los denominados Sondeos 22, 23, 24 y 25, cuya problemática específica y de detalle dejamos para posteriores trabajos, así como la nomenclatura específica a las UU.EE. y UU.CC, que simplificamos para esta primera presentación.

ción en dos compartimentos, fuese coetáneo. En un primer momento se había especulado con la posibilidad de que dicho muro pudo generar la caja de una escalera para acceder a la parte alta (parte oriental, de mucha menor anchura) del edificio. Sin embargo, tras los trabajos arqueológicos de campo, se ha comprobado que se correspondía con una *refectio* contemporánea, a la cual también se asociaba el gran pavimento de losas de jabaluna (piedra local), asociadas a la reutilización del edificio con posibles fines militares, como se deducía del hallazgo de munición en los niveles de abandono. El segundo aspecto de interés es que el interior del mismo estaba totalmente revestido de *opus signinum*, como se confirmó en los cuatro muros perimetrales interiores, en cuya parte interior se documentaba un amplio cuarto de bocel que recorría horizontalmente la totalidad de los extremos perimetrales de su planta, para evitar filtraciones (figura 11). Es evidente que la H-1 se relaciona con el tránsito y contención de agua, cuyos puntos de admisión y desagüe no han sido localizados al haberse excavado la zona parcialmente, pero que quizás se correspondan con una discontinuidad detectada en su paramento meridional o M-3, y en la conexión con la H-2, por el este. Las amplias dimensiones de sus muros perimetrales, aproximadamente en torno a 1 m. de anchura, a excepción del oriental (M-2), de 50 cms. de espesor, permitían plantear que podríamos encontrarnos ante una cisterna o receptáculo hídrico de cierto porte, menor que la gran cisterna de la ciudad (aproximadamente una cuarta parte de su capacidad), situada al norte del área intramuros y con una superficie de unos 180 m² (30 x 6, con un lateral absidado al sur; Sillières, 1997, 145), pero de mayores dimensiones que las restantes conocidas (Alarcón, 2002; Bernal *et alii*, 2011, 67-73). Dos aspectos resultaban un poco anómalos en relación a esta interpretación: de una parte su carácter aéreo, al menos parcialmente, y de otra el menor espesor de su compartimentación oriental, lo que unido a otras estructuras visibles en superficie hacia el curso del arroyo permitían plantear la conexión de la misma con otros edificios hacia el este.

La excavación al exterior de la H-1 en su ángulo NO (ampliación del Sondeo 22 hacia occidente) permitió documentar su amplia potencia estratigráfica exterior, superior al metro de altura conservada, documentando su zapata constructiva, aparecida a un metro aproximado de profundidad bajo la cota actual y caracterizada por una rebaba de argamasa (figura 12).



Figura 12. Vista desde el sur de la ampliación occidental del Sondeo 22, con la zapata de la H-1 y las estructuras infrayacentes.

Especialmente significativa fue la posibilidad de haber podido fechar el momento de construcción de esta estructura, gracias a la cata estratigráfica en profundidad acometida al exterior del M-4. La cimentación de la H-1 parte a varios estratos precedentes, los cuales aportan un *terminus post quem* para su erección. El más profundo de los afectados o U.E. 2218 presenta una datación en época augustea avanzada o tardoagustea, según se desprende de la presencia de TSI de la forma *Conspectus 7-AA.VV.*, 2002, 64- (figura 13, 1), junto a ánforas de época tardorrepública como una posible Ovoide del Valle del Guadalquivir (figura 13, 2), el borde y quizás la carena de una Dr. 1C, ambas con pastas de tipo El Rinconcillo (figura 13, 4 y 5) junto a un ánfora de tipo indeterminado (figura 13, 3) documentada en abundancia en la ciudad en los niveles republicanos (sondeos de Domergue, 1973), así como una pared de un ánfora ebusitana (figura 13, 6), algunas de ellas quizás residuales. Asimismo, sobre él se situaba la U.E. 2217, cuya datación situamos en época posiblemente tardo-neroniana (60/70), guiados por la convivencia de TSG (figura

13, 9-11) ya con algunas formas de hispánica del valle del Najerilla (figura 13, 12-13), con algunas pervivencias de sigilatas itálicas (figura 13, 8), en un contexto cerámico con escasas ánforas y multitud de cerámicas comunes (figura 13, 14-17), momentos en los cuales aún no habían hecho su aparición las cerámicas africanas (ni finas ni africanas de cocina). Estos niveles anteriores (especialmente la U.E. 2218) depararon muchos restos de pintura mural, haciendo pensar quizás en un uso tampoco industrial en estos momentos.

Sobre ellos se localizan los estratos que se asocian a la construcción propiamente dicha de la H-1, tanto el nivel de uso primigenio exterior de la habitación tras la construcción, horizontalizando dicho espacio (U.E. 2211; pues su preparación o U.E. 2216 no aportó materiales datantes), como un relleno que creó una elevación posterior inmediata a su erección¹¹ (U.E. 2207). En ambos casos las dataciones tienden

¹¹ Es interesante el hallazgo de un fragmento de una esponja de mar en este estrato, que debemos asociar posiblemente a las actividades higiénicas vinculadas al edificio balneario.

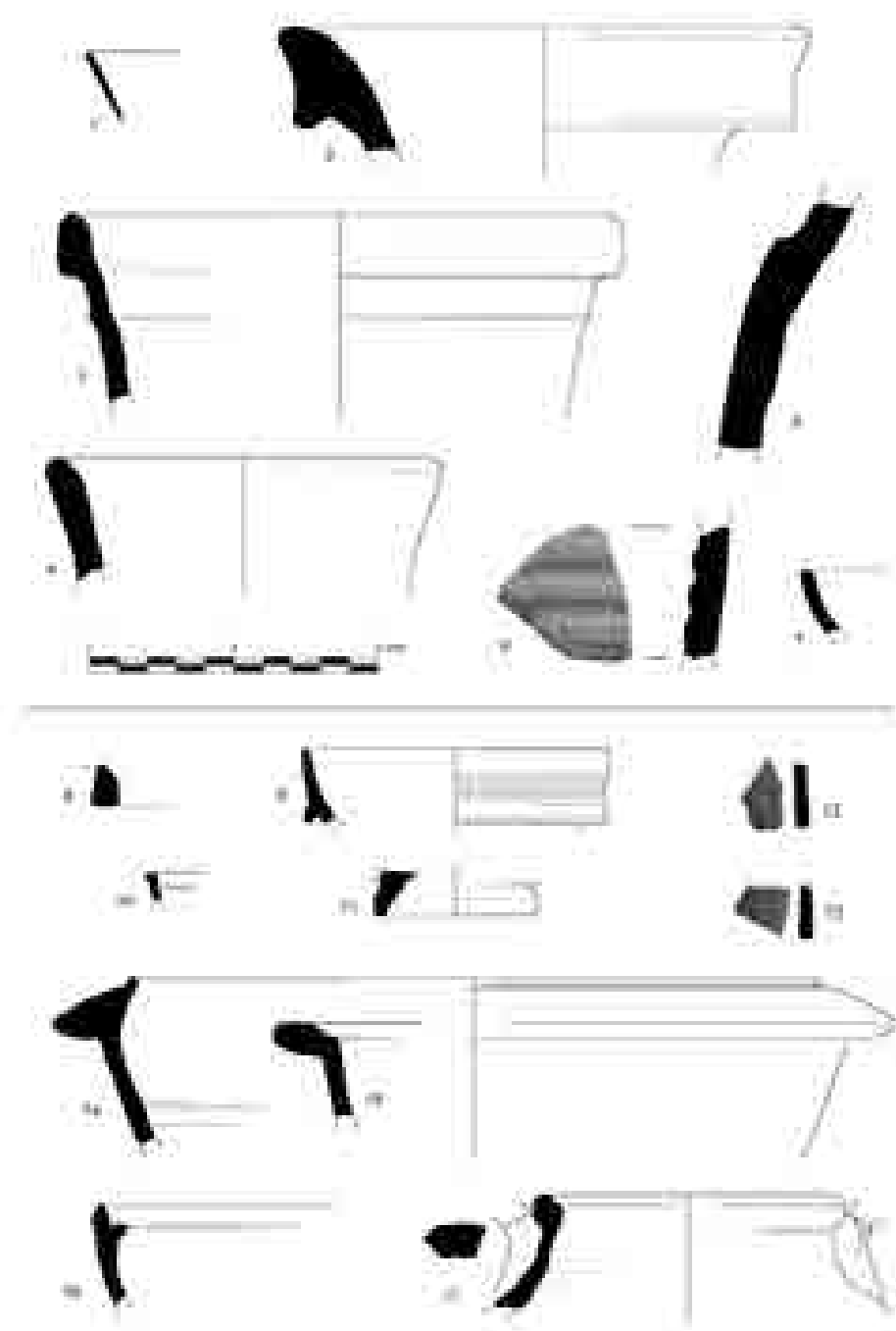


Figura 13. Selección de los contextos cerámicos de las fases previas amortizadas por la construcción de la H-1 (UU.EE. 2218 y 2217). 1.- Borde de Conspectus 7 en TSI (BC/11/2218/1); 2.- Borde de posible ánfora ovoide (BC/11/2218/2); 3.- Borde de ánfora tardorrepública indeterminada (BC/11/2218/3), emparentada con las Dr. 21/22; 4.- Borde de posible ánfora del tipo Dr. 1 C (BC/11/2218/4); 5.- Carena de ánfora republicana (BC/11/2218/5); 6.- Pared de ánfora ebusitana (BC/11/2218/6); 7.- Borde de cuenco en común a torno (BC/11/2218/7); 8.- Fondo de pátera en TSI (BC/11/2217/1); 9.- Borde de Drag. 24/25 en TSG (BC/11/2217/2); 10.- Borde de Drag. 27 a en TSG (BC/11/2217/3); 11.- Fondo de copa Drag. 27 en TSG (BC/11/2217/4); 12.- Pared decorada de la forma 30 en TSH, con cruces de San Andrés (BC/11/2217/5); 13.- Pared decorada de Hispánica 30 (BC/11/2217/6); 14.- Olla de común a torno (BC/11/2217/7); 15.- Mortero en común a torno (BC/11/2217/8); 16.- Cazuela en común a torno (BC/11/2217/9); 17.- Olla en común a torno (BC/11/2217/10).

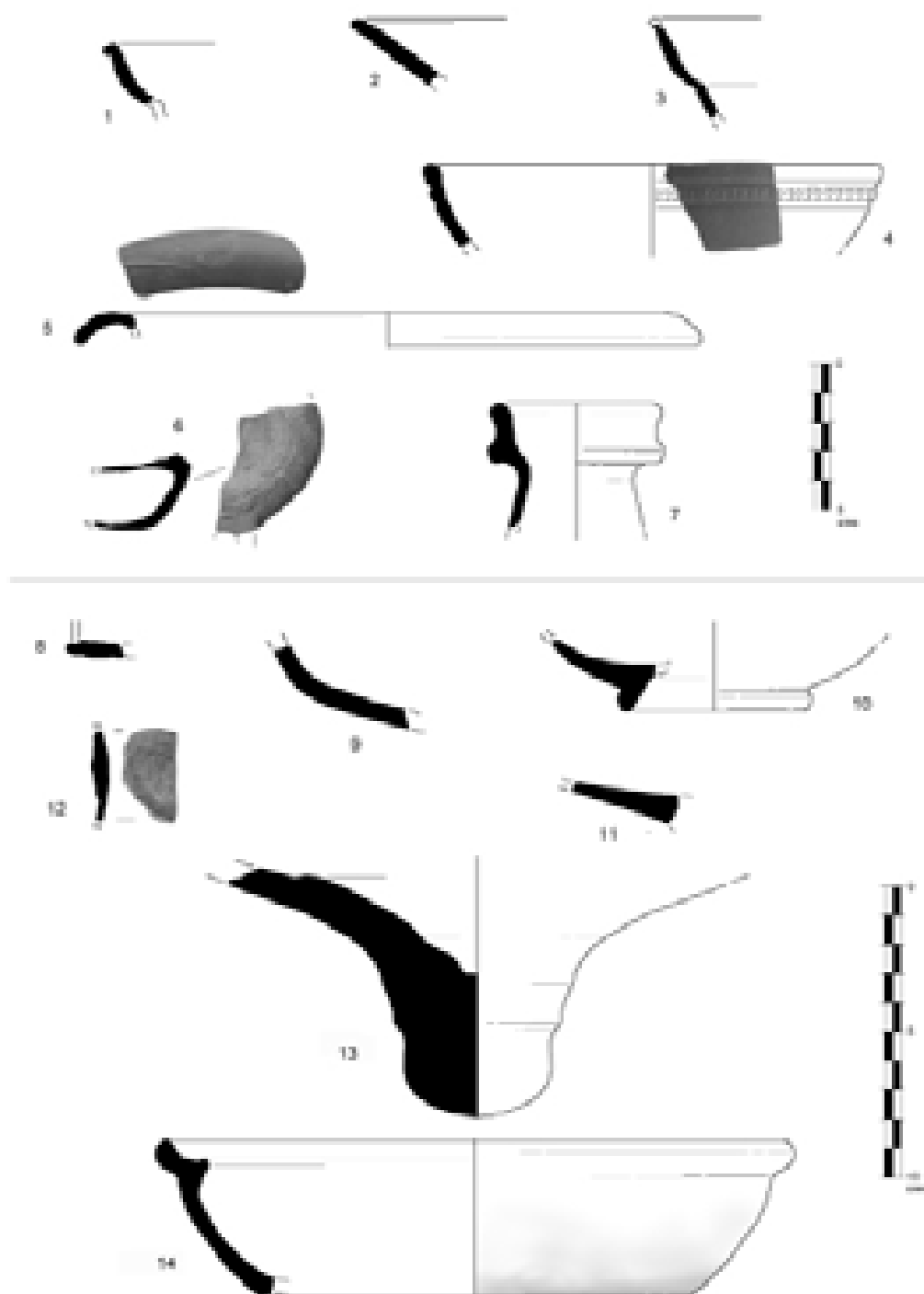


Figura 14.- Selección de los contextos cerámicos asociados a la construcción de la H-1 (UU.EE. 2207 y 2211).

1.- Borde de Drag, 18 en TSG (BC/11/2207/1); 2.- Borde de forma 15/17 en TSH (BC/11/2207/2); 3.- Pared de forma 27 en TSH (BC/11/2207/3); 4.- Borde de Hayes 9 en ARSW A (BC/11/2207/4); 5.- Borde de Hayes 3C en ARSW A (BC/11/2207/5); 6.- *Rostrum*, orla y disco de lucerna del tipo Dr. 20 (BC/11/2207/6); 7.- Boca de jarra en común a torno (BC/11/2207/7); 8.- Borde de Hayes 6 en ARSW A (BC/11/2211/1); 9.- Pared de Hayes 9 en ARSW A (BC/11/2211/2); 10.- Fondo de 24/25 o 27 en TSH (BC/11/2211/3); 11.- Pared de 15/17 en TSH (BC/11/2211/4); 12.- Disco decorado de lucerna altoimperial (BC/11/2211/5); 13.- Pivote de ánfora africana (BC/11/2211/7); 14.- Borde de cazuela en común a torno (BC/11/2211/6).

a situar la construcción de la cisterna en la primera mitad del s. II d.C. En la U.E. 2211 encontramos la convivencia de TSH –como una copa de la forma 24/25 o 27 o parte de una pátera de hispánica 17 (figura 14, 10 y 11)– junto a varias formas de ARSW A, concretamente el borde de una Hayes 6, de variante indeterminada (figura 14, 8), fechada habitualmente entre finales del s. I y finales del s. II (Hayes, 1972, 31); y una pared en A¹ de una Hayes 9 (figura 14, 9), posiblemente de las variantes precoces y datable por ello entre el 100 y el 160 d.C. (Hayes, 1972, 37), junto a una lucerna de disco (figura 14, 12), el borde de una cazuela de borde bifido en común (figura 14, 14) y el pivote de un ánfora africana (figura 14, 13), todo ello coherente con unas fechas de la segunda centuria. La convivencia en la U.E. 2207 de sigilatas clásicas con cerámicas africanas es, de nuevo, patente: como el borde de una Drag. 18 en TSG (figura 14, 1), una Hispánica 15/17 evolucionada (figura 14, 2) y una forma 27 con el lóbulo superior muy desarrollado (figura 14, 3), junto a una Hayes 9 A en ARSW A¹ (figura 14, 4), también de la variante A (100-160 aprox.) y al borde con una hoja de agua de una Hayes 3 B –sin acanaladura pero decorada– (figura 14, 5), datada entre el 75-150 (Hayes, 1972, 25), además de una lucerna del tipo Dr. 20 –Deneauve VII subtipo 1, variante A (figura 14, 6), propia del s. II (Bonifay, 2004, 322), y el cuello de una jarra en común a torno (figura 14, 7). Por todo ello consideramos que la cisterna H-1 se debió construir posiblemente en época de Trajano o Adriano, pues algunas formas de sigilatas africanas no existían previamente al cambio de siglo (como la Hayes 9), al tiempo que buena parte de ellas (Hayes 3B y 9) son sustituidas por variantes más tardías a partir de entonces. Es posible que dentro de este intervalo la erección se centrara en los años del primer cuarto, dada la elevada presencia aún de sigilatas gálicas, el carácter arcaizante de las formas de TSH (como la moldura interior aún visible en la forma 15/17 o la escasa inclinación exterior del lóbulo superior de la copa 27) y por la ausencia de formas propias del repertorio de mediados del s. II en ARSW A (como la Hayes 14), aunque por prudencia preferimos, a esperas de ulteriores estudios, proponer una datación entre el 100 y el 150 d.C.

El periodo de actividad de esta estructura se mantiene hasta momentos avanzados del s. V d.C., como confirma la presencia de un contexto cerámico muy homogéneo asociado a los diversos estratos de colmatación interior de la H-1, detectados en ambos sondeos interiores, y que coincide con los

datos obtenidos en otros ambientes intervenidos en el año 2012 (figuras 19 y 20), por lo que consideramos ésta como la fecha de definitivo abandono de este edificio.

La ampliación occidental del Sondeo 22 permitió, asimismo, confirmar que previamente a la construcción de este edificio existían sobre este cerro, generado y sobre-elevado de manera artificial durante el Alto Imperio como resultado precisamente de estos programas edilicios, otras fases precedentes, caracterizadas por estructuras que seguían una orientación diversa y que además se asentaban sobre niveles de dunas fósiles. La intervención sobre estas fases precedentes fue epidérmica, sin llegar a agotar la estratigrafía, a pesar de lo cual se pudo confirmar la existencia en los estratos más profundos de restos de ictiofauna de bastante entidad, asociados a fosas y canalizaciones con ímbrices sobre la arena. Es un contexto muy similar a los detectados en el año 2001 bajo el Conjunto Industrial VI citados más arriba, que además, por la presencia de barnices negros, permiten prolongar su datación hasta momentos pre-augusteos. Esta constatación es de gran importancia en relación a los objetivos generales del proyecto, ya que confirma que previamente a la construcción de estas edificaciones el uso de la zona era diverso, vinculado –al menos en la parte excavada– con la explotación de recursos marinos¹². Indicar, por último, que estas estructuras documentadas previamente a la construcción de la H-1 confirman que la entidad de las fases constructivas precedentes es incluso más consistente de lo intuido por los resultados de las prospecciones geofísicas, ya que en esta zona únicamente se habían identificado algunos estratos de derrumbe al oeste del edificio (figuras 4 C y 4 D), con resultados negativos en la zona intervenida.

Durante la intervención del año 2011 también se procedió a la limpieza superficial de la zona más oriental, en la cual aparecieron los restos de una segunda habitación o H-2, la cual se excavó parcialmente (figura 15), pudiendo identificar en ella la presencia de sendos contrafuertes exteriores, uno rectangular y otro semicircular, así como la existencia de un revestimiento interior de hormigón

12 Recordamos que en las fases augusteas y del s. I intermedias, representadas por la U.E. 2217 y por otros estratos, el hallazgo de abundante pintura mural de varios colores hace pensar en una funcionalidad ajena a lo haliéutico (¿vinculada también a un uso termal, al cual se asociaría el fragmento de *pila* realizado en ladrillos recuperado en la U.E. 2219?).



Figura 15.- Vista desde el oeste de las estructuras de la H-2 localizadas en el Sondeo 25, con indicación de las placas de revestimiento marmóreo (flecha).

hidráulico, desde la parte alta a la baja, a modo de cubeta y/o piscina.

El contrafuerte semicircular exterior, posible refrendo de una hornacina que tuviese la habitación al interior, era un elemento clave para la interpretación del edificio como un complejo termal, ya que en el *alveus* occidental del *frigidarium* de las termas urbanas de *Baelo*, de planta rectangular, existe uno de idéntica morfología, aunque de menores dimensiones (1,2 de diámetro, frente al nuestro que es de 2 mts.). Otros elementos parecían apuntar también a que nos encontrábamos ante un complejo balneario, como sucedía con un pilar de ladrillo revestido con argamasa exterior, a modo de *pila* de un hipocausto, aparecido en un nivel de relleno (U.E. 2219) y por ello en posición secundaria; o la aparición de teselas en varios estratos (como en la U.E. 2207, de vidrio), elementos musivarios tremendamente singulares en la edificación baelonen-

se; una placa de mármol de grandes dimensiones, fragmentada, destinada a ser colocada en el suelo (U.E. 2504, derrumbe de la H-2), muy similar en factura y dimensiones a la existente *in situ* sobre el pavimento de la piscina semicircular del *frigidarium* de las termas baelonenses. Algunos fragmentos de material constructivo latericio, tanto ladrillos con escotaduras (como sucede con un ejemplar reutilizado en una reforma detectada en el ángulo noroeste en la H-2) como *testae* con rebordes retranqueados, destinados a la generación de dobles paredes (diversos contextos) eran otros indicios de entidad, pues su tipología se vincula con claridad a complejos balnearios, tanto en *Baetica* como en otros lugares del Imperio (Roldán, 2008, 754-760, fig. 5). Asimismo, la documentación en la parte superior de la H-2 de un embellecimiento a base de pequeñas placas marmóreas en disposición vertical (figura 15, flecha), prácticamente idénticas a las aún situadas *in situ* en las paredes del *frigidarium* de las termas de Bolonia, constituía otro elemento adicional al respecto.

En julio de 2012 se planteó la continuidad de la actividad arqueológica para intentar confirmar que nos encontrábamos ante unas termas propiamente dichas, para lo cual se decidió ultimar los sondeos iniciados la anualidad precedente tanto en la zona septentrional de la H-2 (Sondeo 25) como a lo largo de su perímetro oriental (Sondeo 24), de manera que fuese posible determinar las dimensiones totales de dicha piscina. El resultado ha sido satisfactorio, ya que se han podido confirmar los vértices NO y SE de la habitación, lo que unido al ya existente (NE) permiten plantear una superficie aproximada de unos 52 m² (6,5 mts. N-S por 8 E-O), suponiendo que la misma fuese totalmente rectangular y no contase con un retranqueo y/o con escaleras de acceso hacia el sur/suroeste, como es probable (figura 16). Se ha realizado un sondeo estratigráfico en su interior, para poder determinar así su sistema constructivo y características edilicias, habiendo confirmado que la misma dispone de una profundidad de 1,3 mts., por lo que su volumetría total sería de más de 65 m³, lo que da una idea de su entidad (figura 17).

Se han podido determinar algunos detalles edilicios significativos, como sucede con el revestimiento de placas marmóreas que tuvo la piscina en una primera fase, las cuales fueron casi totalmente expoliadas en la Antigüedad. De ellas quedan sobre el suelo sus huellas, al menos en la zona excavada, cu-



Figura 16.- Vista cenital desde el norte de la H-2, con la delimitación de su perímetro.

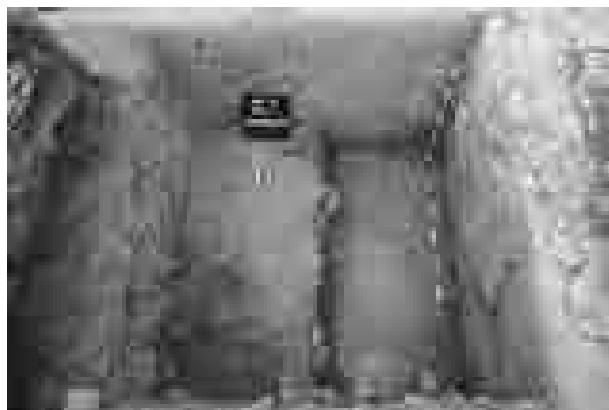


Figura 17.- Detalle desde el sur de la ampliación sureste del Sondeo 25 para documentar la pavimentación de la H-2.



Figura 18.- Vista del ángulo sureste de la H-2, con las placas de revestimiento parietal y la reforma que cubre el hormigón hidráulico original.

yas rebabas de argamasa del llagado entre una y otra permiten restituir unas dimensiones aproximadas de unos 60 mts. de lado (*bipedales*) para las mismas, las cuales eran situadas en horizontal, utilizando para ello pequeñas placas marmóreas fragmentadas como elementos de nivelación; un sistema bien conocido además de en *Baelo* en otras *thermae* de la Bética como en las de *Carteia*, cuya piscina nº 24, fechada en el último momento del complejo balneario (¿s. IV?) presenta las mismas características constructivas en suelo y pared, además de estar dotada de escaleras para su acceso lateral (Roldán, 1992, 108 fig. 26 y 119-120). Asimismo, se advierten en la pared norte y este una serie de orificios realizados ex profeso, de unos 2-3 cms. de dimensiones y otro tanto de profundidad, que deberían estar destinados a albergar los pernos que a su vez anclarían las placas marmóreas del revestimiento parietal, de las cuales *in situ* solamente resta el arranque de la parte inferior (figura 17). Da la impresión de que dichas placas, de mármol blanco, serían asimismo de grandes dimensiones, al menos en la parte alta, pues la distancia entre estos huecos de encaje es, una vez más, aproximadamente de unos 60 cms.

En la parte inferior del revestimiento hidráulico de la piscina y a unos 40 cms. sobre el suelo, se detecta un retranqueo horizontal del revestimiento hacia el interior de unos 2-3 cms., quizás realizado para el apoyo de las placas superiores, sin duda de gran peso, aunque sobre todo ello habrá que profundizar cuando se cuente con más datos sobre la estructura. Se ha confirmado la existencia de una reforma en el revestimiento interior de la piscina, consistente en el repellido interior de la misma, el cual aparentemente ocultó los huecos de pernos, por lo que quizás en este segundo momento las paredes no estaban marmorizadas, aunque sí el paramento sobre el reborde exterior de la estructura, en el cual se localizan pequeñas placas alineadas en torno a su pared oriental, de mármol blanco o veteado en rojo, también localizadas hasta la esquina sureste de la habitación (figura 18). La presencia de placas marmóreas sobre el reborde de la piscina y el suelo de la misma en este segundo momento constructivo nos permite confirmar que la estructura mantuvo su uso primigenio hasta su total abandono, o al menos carecemos de evidencia alguna para plantear lo contrario.

La H-2, por tanto, se corresponde con una habitación rectangular de grandes dimensiones, por lo que la interpretamos como una piscina de agua fría

de un *frigidarium* de grandes dimensiones. Resta determinar en el futuro su acceso, aunque todo parece indicar que se realizaba desde el sur, por dos motivos. El primero porque arquitectónicamente el usuario se encontraría frente a la puerta la/s hornacinas decorativas, documentadas al norte, en el M-9; y por otro lado por exclusión, porque en los laterales norte y este no hay indicios de escaleras, y al oeste la *natatio* se encuentra adosada al H-1, situado adicionalmente a mayor altura, por lo que no tiene sentido la ubicación aquí de las escaleras. Más bien, en esta zona, se habría instalado el acceso del agua que debería llenar el estanque.

Los restos excavados de las H-1 y H-2 permiten confirmar que nos encontramos ante el ángulo norte del edificio, pues la continuidad de los muros perimetrales septentrionales de ambas habitaciones define un paramento lineal de gran longitud (de casi 16 metros lineales), al norte del cual no hay estructuras a la misma cota. Asimismo, la piscina de la H-2 está dotada al exterior de contrafuertes, indicando que su paramento de apoyo se corresponde con el exterior del inmueble.

La excavación de la ampliación suroriental del Sondeo 25 permitió, asimismo, documentar los niveles de abandono definitivo de este edificio, que han podido ser fechados con claridad en la segunda mitad del s. V gracias al contexto cerámico del nivel de colmatación de la piscina (U.E. 2512). Concretamente sendas Hayes 87 A de módulos diversos (figura 19, 1 y 2), respectivamente en ARSW D² y D¹, fechadas entre el 450-500 (Hayes, 1972, 136), apareciendo a finales de dicho siglo las formas que evolucionan hacia la 87 A/88 (Bonifay, 2004, 177, fig. 93), más tardías que las nuestras; así como un fragmento de borde de un posible cuenco del tipo Hayes 70 (figura 19, 3), datado habitualmente en la primera mitad de dicha centuria (Hayes 1972, 119). Las restantes formas en D¹ (figura 19, 4 y 5), correspondientes con un pátera (con restos de lañado) y una copa de forma indeterminada, conviven con un cuenco en C⁵ (figura 19, 6), como parece propio de estos contextos (Bonifay, 2004, 175). También se recuperó la orla de una lucerna de disco muy tardía (figura 19, 7), posiblemente residual, junto a multitud de cerámicas a mano/torno lento de importación centro-mediterránea (figura 20, 15-17), características de contextos del s. V y VI¹³. Entre las

cerámicas a torno, y junto a formas abiertas como los lebrillos (figura 20, 13), destacan los cuencos carenados en pasta beige/blanquecina (figura 20, 14), de la variante B-C de los morteros tipo Fulford 22-23, fechados en la primera mitad o mediados del s. V (Bonifay, 2004, 258); además de fragmentos de jarras de cuello estriado de posible producción oriental (figura 20, 12) junto a cerámicas pintadas (figura 20, 11), excepcionales en estos contextos.

Por último, indicar que las ánforas aparecidas se adecúan bien a momentos avanzados del s. V, caso de la Almagro 51c sudhispánica (figura 20, 8), de pequeño módulo, estrecho cuello y posible producción bética, junto a una probable LRA 8 oriental (figura 20, 10), envases estos últimos que en Occidente se comercializan entre el s. IV y finales del s. V (Pieri, 2005, 133). Especialmente interesante es la localización de un ánfora onubense del tipo Huelva/La Orden, variante A (figura 20, 9), cuya producción y exportación ha sido recientemente objeto de análisis, siendo fechadas habitualmente en la primera mitad del s. VI, aunque como se indica expresamente son escasos los contextos de hallazgo aún (O'Kelly, 2012, 288), siendo ésta la primera constatación de este tipo de exportaciones en el *Fretum Gaditanum*.

Por todo ello –y teniendo en cuenta los similares resultados obtenidos en los estratos de colmatación de la H-1– consideramos que el edificio estuvo en uso hasta un momento impreciso de mediados o la segunda mitad del s. V d.C. (450-500), siendo éste el momento en el cual se amortizó completamente, abandonándose, al menos, en el área excavada.

Durante la excavación de esta cata en profundidad de la H-2, se produjo un hallazgo excepcional, concretamente los restos de un torso y un pie de una estatua de mármol de grandes dimensiones (figura 21). La escultura de mármol blanco, se corresponde con un personaje masculino de porte atlético, con los rasgos anatómicos muy bien marcados y totalmente desnudo –como también se aprecia en el pie, estante y en una postura intencionalmente forzada, dando la impresión de que cuenta con un brazo flexionado y con otro extendido portando un objeto, por lo que es muy probable que se corresponda con una copia romana de un original griego¹⁴. La

13) similares a las “toscas” de Cartagena. En el futuro se realizará su caracterización arqueométrica para poder avanzar al respecto.

14) La escultura y la problemática de la marmorización del edificio está siendo objeto de estudio conjunto con la Dra. Isabel

13 La variedad de pastas permite plantear la existencia de varios centros de producción, siendo algunas de ellas (figura 20,

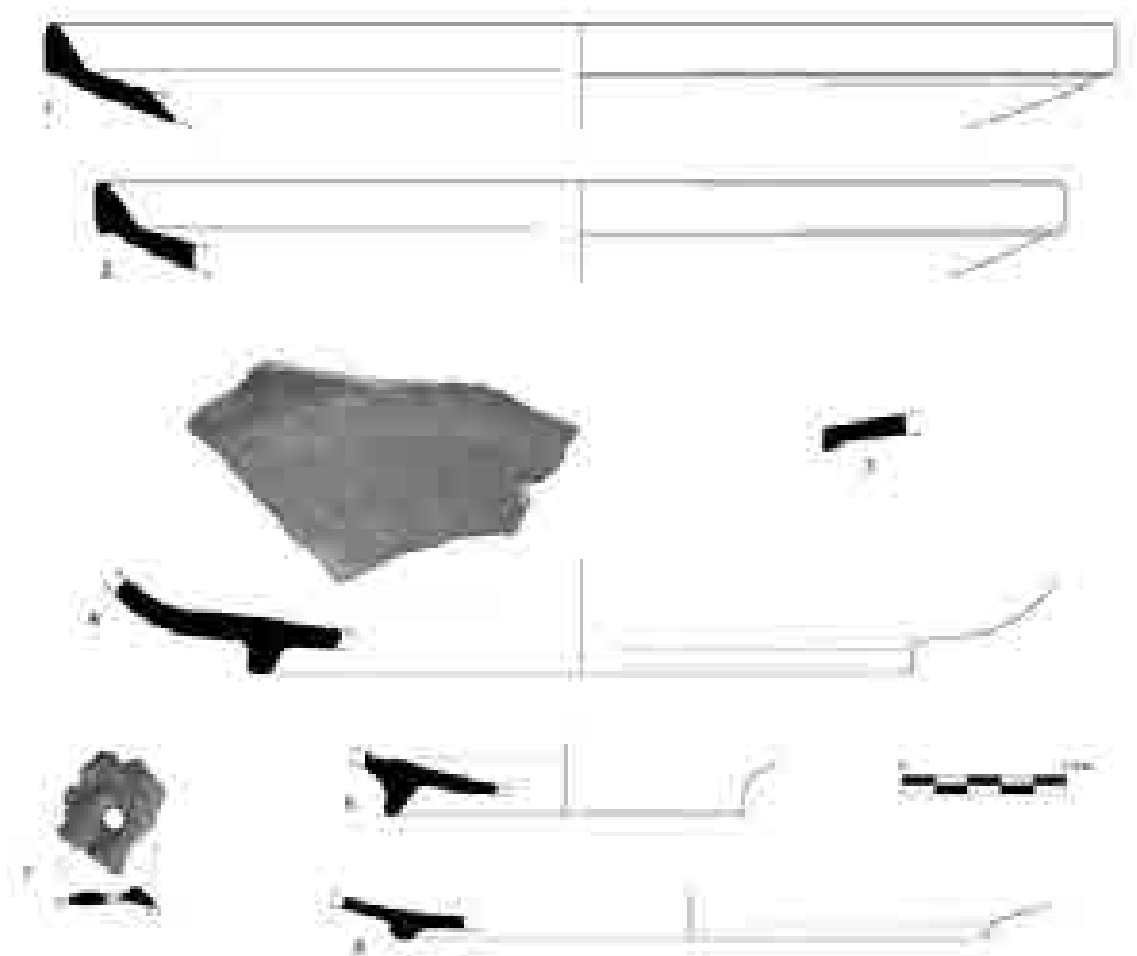


Figura 19.- Selección del contexto cerámico asociado a la colmatación de la H-2 (U.E. 2512).

1.- Borde de Hayes 87 A en ARSW D² (BC/12/2512/1); 2.- Borde de Hayes 87 A en ARSW D¹ (BC/12/2512/2); 3.- Borde de posible Hayes 70 (BC/12/2512/3); 4.- Fondo de pátera en ARSW D¹ (BC/12/2512/4); 5.- Fondo de copa en ARSW D¹ (BC/12/2512/5); 6.- Fondo de cuenco en ASRW C (BC/12/2512/6); 7.- Disco decorado de lucerna de disco (BC/12/2512/7).

pieza de mayores dimensiones conserva el cuerpo desde el arranque del cuello hasta la rodilla de la pierna izquierda, presentando la otra fragmentada a la altura de la ingle. El brazo derecho, conservado en una menor longitud, da la impresión de encontrarse extendido, mientras que de la tensión de la musculatura del izquierdo parece inferirse que el mismo estaba flexionado. Por su parte, el pie con-

servado, aparecido a la altura del hombro derecho de la pieza anterior, es el izquierdo, conservando parte del pedestal al que estuvo unido, el cual está asimismo fragmentado. Las dimensiones de la pieza se corresponden con una estatua prácticamente de tamaño natural, ya que las dimensiones máximas del fragmento mayor son de algo más de un metro. Aunque no conserva adherencias perceptibles de pigmentos, se ha guardado todo el sedimento en contacto con la estatua para futuros análisis arqueométricos. Constituye una pieza de notable importancia, tanto por su notable calidad artística

Rodà, del Institut Català d'Arqueologia Classica. Actualmente está siendo limpiada y consolidada preliminarmente por parte de M.L. Millán, restauradora del Conjunto Arqueológico de *Baelo Claudia*.

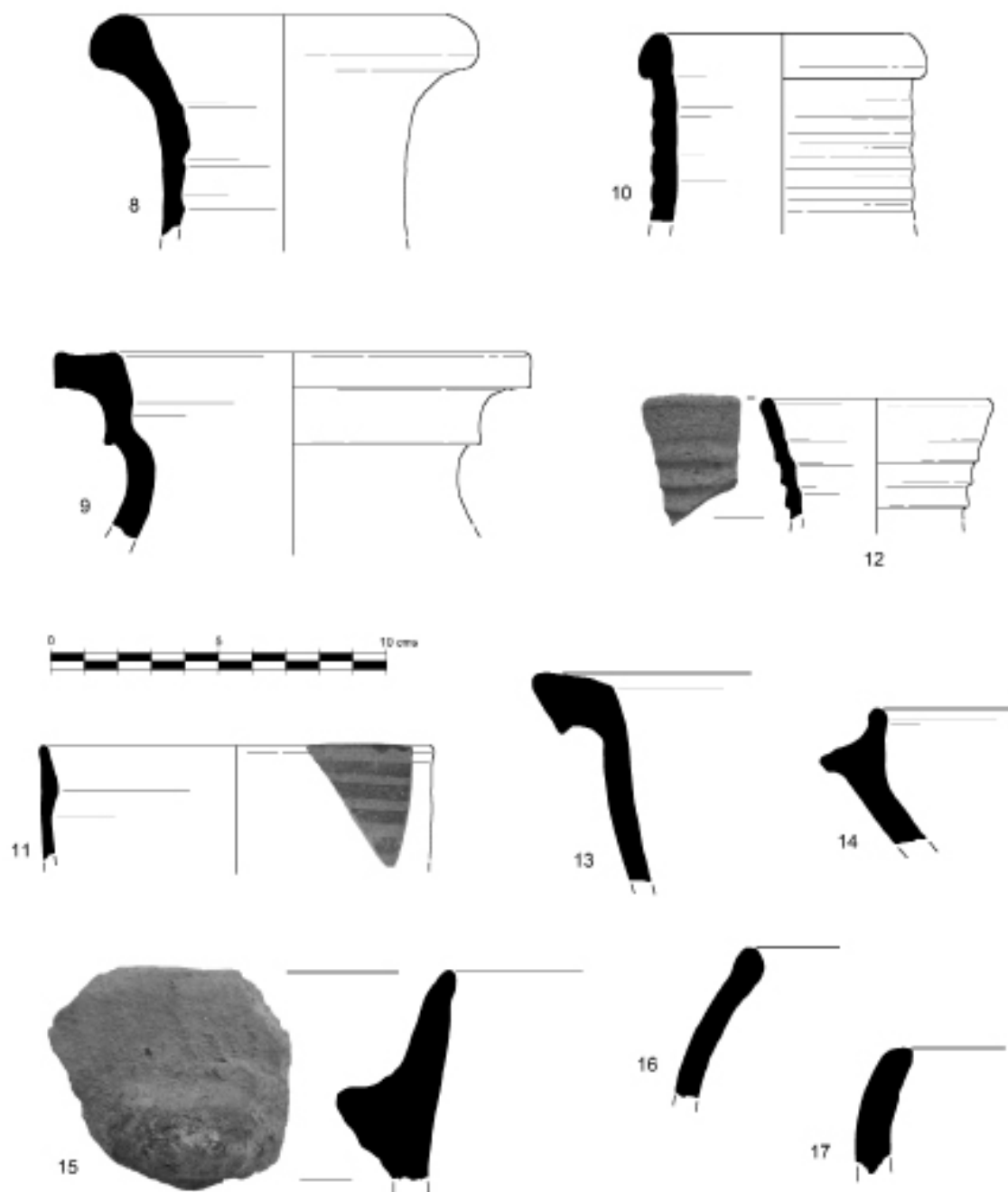


Figura 20.- Selección del contexto cerámico asociado a la colmatación de la H-2 (U.E. 2512).

8.- Borde de ánfora sudhispánica del tipo Almagro 51c (BC/12/2512/8); 9.- Borde de ánfora onubense tipo La Orden (BC/12/2512/9); 10.- Borde de ánfora oriental tipo LRA 8 (BC/12/2512/10); 11.- Borde de cerámica pintada (BC/12/2512/11); 12.- Borde de jarra de cerámica posiblemente oriental (BC/12/2512/12); 13.- Borde de lebrillo en común a torno (BC/12/2512/13); 14.- Borde de cuenco carenado en común a torno (BC/12/2512/14); 15.- Borde de olla a mano con mamelón (BC/12/2512/15); 16.- Borde de olla a mano (BC/12/2512/16); 17.- Borde de cuenco a mano (BC/12/2512/17).



Figura 21.- Detalle de los restos escultóricos aparecidos en el interior de la H-2 (U.E. 2512).

como por el hecho de que en *Baelo Claudia* la estatuaria conservada se relaciona mayoritariamente con emperadores divinizados, posibles magistrados y/o matronas, la mayor parte realizados con mármoles hispanos, siendo especialmente frecuentes los de Almadén de la Plata y Mijas, correspondientes con obras asociadas a talleres locales (Sillières, 1997, 87, 93, 95, 100, 111, 118 y 137; Loza, 2010).

Parece evidente que debió haber formado parte del programa de decoración escultórica de las termas, quizás de esta propia piscina, pues no olvidemos la existencia de una hornacina junto al hallazgo. El hecho de que se corresponda con un individuo de grandes dimensiones constituye un hallazgo indirecto más para pensar que nos encontramos ante un edificio de carácter público, ya que la ornamentación escultórica de los edificios privados suele ser de dimensiones mucho menores, como ilustra, por ejemplo, el excepcional conjunto escultórico bajoimperial de la villa lusitana de la Quinta das Longas, en Elvas, en el cual las esculturas casi completas conservadas, destinadas a la ornamentación del ninfeo –como la masculina angüpeda o la

Venus sujetando la sandalia– apenas alcanzaban los 50 cms. (Nogales, Carvalho y Almeida, 2005).

Otro elemento muy significativo es la fracturación que presentan las piezas, que parece claramente intencional. Por un lado y tras su limpieza, se ha podido verificar con absoluta claridad que los órganos sexuales habían sido intencionalmente martilleados. Quizás la amputación del pene es lo que habría provocado la fragmentación de la pierna derecha a la altura del pliegue inguinal, y en los pectorales se ha prestado especial atención a la amortización en exclusiva de los pezones. Además de ello, la atenta excavación del contexto arqueológico de hallazgo (U.E. 2512)¹⁵ ha permitido excluir que la escultura hubiese sido fragmentada una vez tirada a la piscina, ya que no se ha conservado fragmento alguno de esquirlas o de fragmentos de mármol con ella relacionada. Asimismo, el carácter aristado que presentan las fracturas de la misma, tanto en el cuello como en todas las extremidades,

¹⁵ Cuya excavación ha incluido el cribado de la totalidad del sedimento aparecido en las inmediaciones de la escultura.

parece indicar que la misma fue arrojada al interior de la pequeña *natatio* inmediatamente después de haber sido fragmentada. No olvidemos que los restos aparecidos se proyectan sobre el perfil meridional del sondeo (figura 21), lo que unido a la escasa superficie excavada (apenas 4 m²), permiten intuir que en la parte no excavada de la piscina es muy probable que queden restos de la misma escultura y quizás de otros restos del programa escultórico del complejo termal.

La piscina fue colmatada en un único momento en las fechas anteriormente indicadas (450-500), a pesar de haber definido diversos estratos de colmatación o UU.EE., cuya diferencia únicamente es que se corresponden con vertidos diversos. En el nivel de hallazgo de la escultura los numerosos restos de malacofauna, unidos incluso a instrumental pesquero (anzuelo de bronce) parecen indicar que la estructura se utilizó como receptáculo –vertedero– de residuos diversos, entre ellos aquellos derivados de actividades haliéuticas. Con posterioridad se detecta un potente nivel deposicional de abandono y, sobre él, los derrumbes de las estructuras perimetrales de las habitaciones, ya en época moderno-contemporánea.

La fragmentación intencional de la escultura en la segunda mitad del s. V encuentra una explicación relativamente sencilla en relación al cristianismo y a los fenómenos de intolerancia religiosa, que se tradujeron en la eliminación violenta de estatuaria de temática pagana y/o mitológica, como parece ser el caso. Recientes estudios realizados en algunos contextos arqueológicos de la provincia de Córdoba parecen demostrar que esta costumbre estaba ampliamente difundida, al menos en época teodosiana, como se refleja en los casos de las termas privadas de la c/ Duque de Hornachuelos en Córdoba capital, transformadas en iglesia en el s. V; en la conocida villa de Mitra en Cabra, reconvertida asimismo en Iglesia; y quizás en la villa de El Ruedo en Almedinilla (Sánchez Velasco, 2012)¹⁶. A ellos debemos unir otros en la *Hispania* meridional, como es el caso de las conocidas esculturas aparecidas en la amortización de la *natatio* de las termas del foro de *Astigi*, producida en los momentos iniciales del s. IV. Tal es el caso de la Amazona hallada completa

pero fragmentada, interpretada como resultado de un ocultamiento intencionado, vinculado a un posible episodio iconoclasta en la Écija de la época: se partieron varias esculturas en el mismo momento, y varios fragmentos anatómicos sexuados se recuperaron con profundos cortes transversales (Romo, 2002, 166-168). En *Hispania* constituye ésta una incipiente línea de investigación, que como se ha visto anteriormente presenta una notable potencialidad. En otros lugares del Imperio, como en el Egipto tardorromano, contamos con mucha más literatura especializada al respecto, que además de ver en estas amortizaciones intencionales fenómenos de intolerancia religiosa –prácticas iconoclastas vinculadas con la destrucción de los ídolos paganos, bien atestiguadas en las fuentes–, plantean tras de sí complejos fenómenos sociales, como la presunción de que las estatuas constituían la encarnación de dioses, semidioses, héroes..., poseyendo por ello las mismas propiedades corporales que ellos: de ahí que se les tratase de aplicar castigos ejemplares similares (como quemarlas o “desmembrarlas” para evitar que respirasen –nariz–, conseguir la pérdida de su autoridad religiosa –amputación de orejas–, y de otras propiedades mediante la *damnatio* en los ojos o en los pies como sucede en Egipto) para eliminar todo su poder corporal: conocemos casos bien ilustrativos como el famoso episodio del *Serapeum* de Alejandría en el 392 (Kristensen, 2009, con amplia bibliografía). No olvidemos que nuestra estatua baelonense también está intencionalmente decapitada, y la “desmembración” de la que parece haber sido objeto podría ser interpretada como una acción intencional para aniquilar su poder, no únicamente como un acto de idolatría. No presenta signos,



Figura 22.- Vista desde el sur de la habitación calefactada (H-3).

¹⁶ Agradecemos a J. Sánchez tanto la cesión del original de este trabajo en prensa previamente a su publicación como el interesante intercambio de ideas, bibliografía y opiniones sobre estos interesantes fenómenos de amortización de esculturas paganas por cristianos en la Antigüedad Tardía.

como otras, de cristianización intencional mediante grabados simbólicos sobre ella, aunque sobre todas estas cuestiones habrá que volver más adelante cuando dispongamos de más datos sobre el edificio.

Por último, indicar que en la zona sureste del área intervenida (Sondeo 24) se ha podido excavar parcialmente una habitación (H-3), adosada por el sur a la gran piscina, que presenta la particularidad de presentar un suelo de argamasa bajo el cual se localiza un sistema de hipocaustis (figura 22). La pavimentación de la H-3 se encuentra aproximadamente a un metro de altura respecto a la de la H-2, habiendo sugerido inicialmente tal hipótesis. La posibilidad de exploración del ángulo nororiental de dicha estancia, gracias a la existencia de un vano cuadrangular en dicho ángulo, ha permitido confirmar que la pavimentación de argamasa es muy potente (unos 10-20 cms.), bajo la cual parecen documentarse dos grandes lajas de caliza (jabaluna posiblemente) que descansan sobre una sustentación que al menos en esta zona parece corresponderse con muros en dirección E-O, a modo de glorias, bien documentadas en yacimientos del norte de la Península Ibérica, un sistema también conocido y alternativo al empleo de las características *pilae* de ladrillos (Yegül, 1995, 357). No obstante, la abundante presencia de ladrillos de grandes dimensiones embutidos incluso en las paredes (figura 22), los cuales se han recuperado completos en elevado número en los niveles de destrucción del edificio (figura 23 A, con 29 x 23 x 6,5 cms.) permiten intuir su empleo en el sistema de calefacción, que deberá ser confirmado en futuras actuaciones. No olvidemos el habitual empleo de ladrillos rectangulares completos, muy similares a los hallados en esta actuación, en las estancias calefactadas de las termas urbanas de la propia *Baelo*, de dimensiones variables pero similares (28-30 x 20-22 x 4,5-6; 20-21 x 14-15 x 3-4,5; 23 x 13 x 5,5), además de los rectangulares (60 x 38 x 6) de Munigua o los *bipedales* y *sesquipedales* también característicos de las *suspensurae* en *Baelo* o *Carteia* (Roldán, 2008, 754 y 756, Cuadro 1). Asimismo, una gran grieta longitudinal en la parte central del pavimento de la estancia H-3 ha permitido confirmar que el mismo se encuentra sobre-elevado, confirmando que se trata de una *suspensura*, al tiempo que los ladrillos para crear dobles paredes, con oquedades en sus vértices para ser claveteados en la pared (figura 23 B) confirman que algunas de las paredes de estas habitaciones te-

nían *concameraciones*. Esta habitación presentaba las paredes decoradas con grandes placas de calizas, adosadas al enfoscado del muro, en las cuales un retalle longitudinal inferior simulaba la presencia del zócalo. Por último, indicar que la presencia de abundantes placas de mármol y teselas de mosaico en los niveles de derrumbe (UU.EE. 2405, 2408, 2411 y 2412), algunas de ellas insertadas en la cama de argamasa (figura 23 C), permiten inferir la presencia en las inmediaciones de estancias decoradas con recubrimientos musivarios, posiblemente pavimentales, un detalle edilicio asimismo de gran interés para *Baelo Claudia*, ya que son prácticamente inexistentes los mosaicos localizados en la ciudad, excepción hecha de los testimonios parciales documentados en las conocidas termas urbanas.

Al encontrarse adosada la H-3 a la piscina de agua fría, pensamos en interpretarla de manera preliminar como un *tepidarium*, confirmando que la proyección de las estancias calefactadas se desarrollaría hacia el sur. De ahí que la actuación de limpieza realizada al este no haya deparado los restos de los *praefurnia*, sino otra pavimentación análoga, que confirma la existencia de otra habitación hacia este sector (H-4).

Indicar que hacia el este, y en la ladera que suavemente desciende hacia el curso del arroyo, se ha documentado la continuidad de las habitaciones (figura 9), ya que se ha definido la existencia de una estructura (M-7), perpendicular a la piscina del *frigidarium*, que se proyecta al menos a lo largo de una extensión de seis metros (figura 24). El repellido interior de esta estructura define al menos una habitación hacia el norte (H-5) que debe ser sincrónica –al menos parcialmente– con el uso de las termas, pues la unidad muraria presenta las mismas características edilicias, además de trabar con el muro oriental de la pequeña *natatio*. Inicialmente pensamos que estas estructuras deben relacionarse con los acondicionamientos de las riberas del pequeño curso de agua, o con la existencia de estructuras portuarias tipo embarcadero, para facilitar el varado de embarcaciones, ya que la bajada de cota (ahora a unos 4 mts. sobre el nivel del mar) y la cercanía al arroyo las situaban junto al agua en la Antigüedad.

Se procedió en el verano del 2011 a la conservación preventiva de los revestimientos parietales interiores de algunos paramentos (figura 25) y a la cubrición de los restos con geotextil. Tras un nivel



Figura 23.- Ladrillo completo (A.- U.E. 2405), *testae* de *concamerations* (B.- U.E. 2412) y restos de mosaicos (C.- U.E. 2405) documentados en los niveles de derrumbe de la habitación H-3.

de abandono debido a génesis natural, detectado en toda la zona y que descarta la reocupación del sector excavado desde el s. V, se documentan potentes desplomes de los muros perimetrales de los edificios, una actividad que acontece a finales del s. XIX o en las primeras décadas del s. XX. Estos derrumbes son de buena parte del alzado perimetral de las habitaciones, ya que los muros se han localizado desplomados sobre los niveles de abandono (figuras 15, 16 o 24), especialmente sobre las estancias meridionales excavadas (H-2, H-3, H-4).

VALORACIÓN GENERAL Y PERSPECTIVAS

En primer lugar, indicar, para finalizar, que la intervención arqueológica realizada durante los años 2011 y 2012 ha permitido documentar el ángulo noreste de un complejo termal, el cual se proyecta hacia la playa y hacia el oeste. El hallazgo de estancias calefactadas y de la piscina de un *frigidarium* revestida con ornamentación marmórea y escultórica ha permitido aclarar la funcionalidad de este espacio periurbano de la ciudad hispanorromana de

Baelo Claudia, habiendo por ello permitido la correcta consecución de los objetivos planteados en las fases iniciales del proyecto general de investigación.

Los restos aparecidos se corresponden con al menos cinco habitaciones, algunas exhumadas de manera totalmente parcial (H-3 a H-5), todas ellas en un espacio aproximado en torno a los doscientos metros cuadrados -16 E-O por 12 N-S- (figura 9). Es por ello que se considera aún pronto y arriesgado proponer un esquema de funcionamiento tipológico para el edificio (lineal, axial, anular) y para el itinerario de baño (retrógrado, circular), y tampoco saber si disponía de todas las estancias protocolares para realizar su clasificación (problemática actualizada sobre la nomenclatura en García-Entero, 2005, 747), aspecto éste que dejamos para futuros estudios, aunque sí nos parece significativo señalar que el baño frío se sitúa al final del recorrido.

Sí podemos avanzar que dispone de una posible cisterna o receptáculo hídrico (H-1), ya que el mismo se sitúa a una cota mucho más elevada que la restante parte de las estructuras excavadas, y

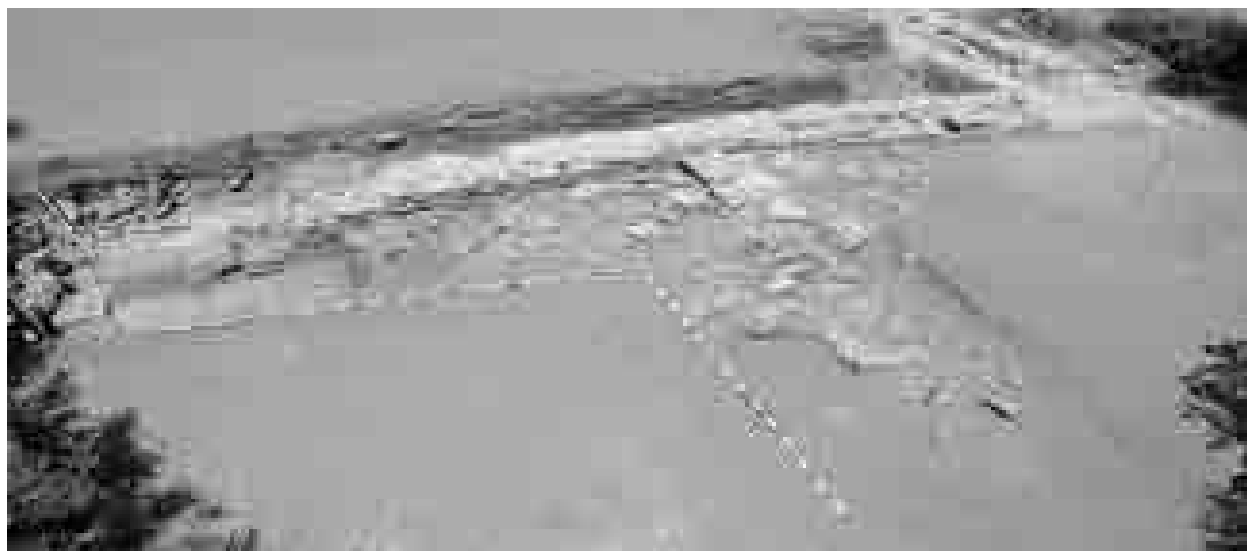


Figura 24.- Vista desde el sureste de las estructuras que se proyectan hacia el cauce del arroyo de las Villas (M-7).

no hay indicios, al menos por el momento, de que constituya otra piscina termal de agua fría. Conocemos algunas cisternas asociadas a conjuntos termales, también dotadas de contrafuertes exteriores y en el límite perimetral del edificio, como sucede con las denominadas termas septentrionales del foro de *Complutum* (Fernández Ochoa, Morillo y Zarzalejos, 2000, 64), aunque la interpretación más reciente es que este edificio se pudo haber correspondido con un criptopórtico bajoimperial (Rascón, 2000); o la documentada en el yacimiento marroquí de Sidi Bou Hajel, donde un pequeño *alveus* estaba conectado con una cisterna anexa, formando parte de un *balneum* privado asociado quizás con una *villa* (Bernal *et alii*, 2011).



Figura 25.- Consolidación preventiva del revestimiento hidráulico del paramento interior del muro perimetral oriental de la H-1, a cargo de M.L. Millán.

También se ha identificado una piscina de agua fría, que constituye un *alveus* del *frigidarium*, y que por su morfología casi cuadrangular, a pesar de sus dimensiones amplias (unos 50 m²) consideramos mejor definir como tal más que como una verdadera *natatio*, las cuales son normalmente rectangulares, de mayores dimensiones y suelen estar al aire libre y aisladas, no pareciendo tal la situación en nuestro caso. Unos buenos ejemplos de *natationes* son los de las termas de la *nova urbs* de *Italica* (Roldán, 1993, 109, fig. 11, P y 115) de 18,4 x 17,5 mts. y planta en forma de T; la recientemente excavada de las termas del foro de *Astigi*, de unos 140 m² (6 x 23,8, y una profundidad de 1,29-1,38 mts), con cinco peldaños en uno de sus lados cortos (Romo, 2002, 155); o una de las de *Carteia*, la habitación nº 6, rectangular con escaleras en una de sus esquinas (Roldán, 1992, 109, fig. 27, nº 6 y 168). Da la impresión por el momento de que es la única piscina de agua fría, a excepción de que las mismas se proyecten hacia el sur o suroeste, teniendo en cuenta la cercanía de las estancias calientes (H-3 y H-4), y otras hacia el este, de momento de funcionalidad indeterminada. No obstante, este detalle no es concluyente, pues en las propias termas de *Carteia* las diversas piscinas de agua fría no son tangentes entre sí, rodeando las mismas a las estancias calefactadas (Roldán, 1992, 109, fig. 27, nº 6, 20 y 24). Indicar, por último, que algunos edificios balnearios urbanos, como el de *Labitola*, contaron con termas, una de las cuales –las

llamadas Termas I- contaban con un *frigidarium* con contrafuertes de refuerzo exterior, en tal caso tres rectangulares y dispuestos sobre el lado largo de la estancia (Fernández Ochoa, Morillo y Zarzalejos, 2000, 62; Sillières *et alii*, 2000, 194). Detalles edilicios por tanto similares a los refuerzos exteriores documentados en el caso baelonense.

Como ya hemos indicado a lo largo del trabajo, diversos aspectos inducen a pensar que no constituyen unas termas privadas o asociadas a una *villa*, de las cuales conocemos múltiples ejemplos en la *Hispania* romana (García-Entero, 2005). Por un lado, las amplias dimensiones de las mismas, que parecen hacer pensar en un edificio incluso de mayor tamaño que las termas urbanas de la propia *Baelo* (Etienne y Mayet, 1971), si tomamos como referencia las dimensiones de la piscina del *frigidarium* recientemente excavada (unos 50 m²) frente a las dos piscinas de la sala de agua fría de las termas urbanas, de respectivamente unos 8 y 17 m² de superficie (medidas según Sillières, 1997, 154). El tamaño del contrafuerte exterior semicircular de dicho *lacus*, que duplica en diámetro al de la piscina occidental del *frigidarium* de las termas interiores, constituye también un argumento a tener en cuenta. Asimismo, como también hemos indicado, el hallazgo de escultura de tamaño natural en ella, perteneciente a un programa escultórico de cierta envergadura, constituye otro elemento a favor de que nos encontremos ante un edificio público.

Esta constatación de unas temas suburbanas en Bolonia, a sumar al medio centenar aproximadamente de edificios públicos balnearios conocidos en la península Ibérica (Fernández Ochoa, Morillo y Zarzalejos, 2000, 63), es de gran interés para la ciudad hispanorromana, pues además de la nueva identificación de un edificio, permite considerar a *Baelo* entre aquellas ciudades dotadas de dos o más complejos termales, de las cuales conocemos diversos ejemplos en *Hispania* (Mora, 1981; Fernández Ochoa *et alii*, 2004) y en la Bética en particular, como *Italica* (Roldán, 1993) o *Astigi* (Romo, 2002, 153), entre otras, siendo habitual que las grandes ciudades dispongan de varias *thermae* y *balnea*, como sucede con las dos termas públicas y los tres baños privados *intra moenia*, además de las termas públicas suburbanas, conocidas actualmente en *Barcino* (Miró y Puig, 2000), algo por otro lado también usual en ciudades norteafricanas al otro lado del Círculo del Estrecho como ejemplifica el caso de *Banasa*.

Otro elemento a tener muy en cuenta es el carácter suburbano del edificio, que esconde tras de sí un modelo bien conocido y propio de ciudades marítimas, en las cuales el habitual trasiego poblacional y las actividades pesqueras y haliéuticas convertían a estos inmuebles en necesarios para las tareas cotidianas de ocio e higiene. Uno de los mejores ejemplos que ilustran este modelo es el de la ciudad de Pompeya, que contaba con un imponente edificio termal en el acceso a través de Porta Marina, junto a las estructuras portuarias, termas suburbanas construidas a finales del s. I a.C. e inconclusas aún en algunos ambientes en la época de la erupción pliniana (Jacobelli, 1995; Pesando y Guidobaldi, 2006, 88-89). Su ubicación, con imponentes vistas sobre el mar, era muy similar a la del edificio baelonense recientemente identificado. Un ejemplo hispanorromano de mucha mayor envergadura es el ilustrado por las termas públicas del área portuaria de *Tarraco* (finales s. II/inicios s. III hasta el s.



Figura 26.- Sillares alineados en la ladera este del pinar occidental de Bolonia.

V), excavadas en fechas recientes (Díaz, García y Macías, 2000) y publicadas íntegramente, ajustadas al modelo de terma imperial, con paralelos en las ostienses de Porta Marina y en las llamadas Termas Marítimas (Macías, 2004, eds.). En el caso tarracense es de reseñar, asimismo, su ubicación junto a la muralla, en el área portuaria, y en las inmediaciones de edificaciones de otra naturaleza, entre ellos almacenes y otros conjuntos con baños privados, que definían el *suburbium* occidental de *Tarraco* (Macías, 2004, 169, fig. 155). Una situación, por tanto, prácticamente análoga a la documentada en *Baelo Claudia*.

Este modelo de termas suburbanas debió caracterizar el paisaje costero de buena parte de ciudades marítimas del Mediterráneo antiguo, documentándose en muchos otros casos como en la propia *Barcino* -Correu Vell-Regomir 7-9, fechadas desde el s. II en adelante, muy cerca de la muralla- (Miró y Puig, 2000, 177, figura 7). Cronológicamente, los paralelos citados coinciden, *grosso modo*, con el periodo de actividad que podemos plantear ac-

tualmente para estas nuevas termas baelonenses, situado entre la primera mitad del s. II y la segunda mitad del s. V d.C. (100-500). Un abandono de los edificios balnearios en dichos momentos cuadra en general con la dinámica general en *Hispania*, ya que la fase tardía de las termas se mantiene en buena parte de casos hasta finales del s. IV/inicios del s. V, con algún caso excepcional que se prolonga hasta el s. VI, en *Cartagena* (Fuentes, 2000, 140).

Interesante también a desarrollar en los próximos años es la relación entre *thermae* y complejos haliéuticos, pues conocemos casos como Troia en los cuales unas grandes termas se construyeron en el s. III d.C., adyacentes a las fábricas conserveras ("usine Ic"), activas las mismas durante todo el Bajo Imperio, en consonancia con la actividad conservera (Etienne, Makaroun y Mayet, 1994, 121-156). O el *balneum* del s. IV construido junto al complejo conservero y las *cetariae* de la isla de Pessegueiro, en la costa atlántica de Portugal (Silva y Soares, 1993, 142-144). Y son evidentes en ambos casos las funciones balnearias de los complejos por la presencia



Figura 27.- Vista desde el sur de las estructuras excavadas (H-2) y de su alineación con los edificios localizados al oeste del *cardo* de las termas.

de *alvei*, no pudiendo tratarse de áreas calefactadas relacionadas con la maceración del pescado –como en Cotta o Tahadart–, en la *Tingitana* atlántica.

Otro de los aspectos importantes ha sido el hallazgo de los elementos de decoración escultórica (figura masculina desnuda) y marmórea utilizados como parte del programa de decoración del edificio. El hallazgo escultórico es de gran interés, además de por lo que aportará cuando se ultime su estudio en curso de desarrollo actualmente, por constituir un elemento cuyo contexto arqueológico ha sido bien definido, sumándose así a los escasos ejemplos de escultura mayor contextualizada, que en Andalucía son muy escasos, siendo los ya citados de la Plaza del Salón de Écija junto a los de la Villa de El Ruedo en Córdoba los más significativos. Ya ha sido señalado por varios autores que el carácter hipogeico de las *natationes* y estructuras similares propicia la conservación de este tipo de elementos, que en medio urbano suelen ser sistemáticamente expoliados y saqueados para su reconversión en cal. En el ámbito del *Fretum Gaditanum* su importancia es aún mayor, ya que la decoración escultórica vinculada a edificios termales es muy reducida, limitándose a los antiguos hallazgos en las termas de *Carteia*, siendo especialmente significativa una estatua de Apolo (Rodríguez Oliva, 1977), recientemente revisada y cuyo contexto preciso de hallazgo ha podido ser atribuido a la esquina noroeste del *caldarium* (Roldán, 2011). Adicionalmente, la escasa extensión del área excavada de la piscina del *frigidarium*, menos del 10 % del total, unido al hecho de que los restos escultóricos se adentraban en los perfiles de la excavación, permite plantear como muy probable la documentación de más restos del programa escultórico del edificio cuando avancen las excavaciones arqueológicas.

Asimismo, será importante caracterizar los mármoles utilizados en la decoración arquitectónica por técnicas arqueométricas, pues además de profundizar sobre las canteras de procedencia de los mismos, se podrán aclarar algunas cuestiones de interés, como sucede con el caso del gran *labrum* marmóreo circular situado al norte del *Decumanus Maximus*, tradicionalmente atribuido a las termas urbanas por su cercanía (recientemente recogido por Morillo y Salido, 2011, 160, fig. 8), si bien al tratarse de una pieza de notables dimensiones (más de dos metros de diámetro) podría haber sido reutilizado de las termas suburbanas.

Otra de las líneas a desarrollar en el futuro es la relacionada con el aprovisionamiento hídrico del complejo termal. Ya se ha indicado que la excavación parcial de las estructuras no ha permitido aún resolver el funcionamiento del ciclo del agua en el edificio, si bien resulta evidente que las estancias de agua fría debían disponer de canales (posibles *fistulae* de plomo) embutidas en la parte baja de los paramentos, a la altura de la moldura de cuarto de bocel, como sucede, por ejemplo, en la ya citada *natatio* astigitana (Romo, 2002, 155). No obstante, encontrándose rodeadas por el curso del arroyo (norte y este) y por la costa (al sur), la única zona de la cual podrían haberse aprovisionado de agua es el área occidental. Y en dicha zona ya sabemos que se ubica una de las fuentes de aprovisionamiento de uno de los tres acueductos de la ciudad, el del Molino de Sierra Plata (Sillières, 1997, 146). Pensamos que más que un ramal meridional de dicho acueducto, que debería cruzar el curso del arroyo de las Villas con la consecuente complicación técnica, es más probable que la ciudad contase con un cuarto acueducto, procedente asimismo de la Sierra Plata, cuyas estribaciones más meridionales presentan suficiente potencialidad hidrogeológica, teniendo en cuenta la tradicional existencia de fuentes. Esta hipótesis, que habrá que verificar arqueológicamente en el futuro con estudios monográficos al efecto, encuentra su primera apoyatura en la localización de una serie de elementos de sillería en la zona del pinar de la playa, a unos trescientos metros al oeste de la zona excavada y en la ladera que desde la necrópolis occidental asciende a Sierra Plata¹⁷. Se trata de la presencia de sillares, alineados, situados en la ladera de la pendiente que asciende hacia la sierra, prácticamente equidistantes entre sí –entre 5 y 10 mts.– y de los cuales se aprecian al menos una decena en superficie (figura 26). Dichos elementos podrían constituir la sustentación del *specus* del acueducto, teniendo en cuenta la alineación de los mismos hacia el área excavada (dirección NO – SE).

17 Agradecemos a P. Otero habernos facilitado las primeras referencias al respecto, citando la existencia de varios manantiales al norte de la duna de Bolonia, aprovechados hace un decenio para el suministro hídrico a las viviendas de la Ensenada de Bolonia, así como la localización en la zona de restos de un *specus*, actualmente no visible. A Myriam Fincker su gentileza al aportarnos datos diversos al respecto, y a Iván García Jiménez por su compañía para localizar estos elementos de sillería, que poco tienen que ver, aparentemente, con un área de funcionalidad funeraria.

Una necesaria limpieza y georreferenciación de los elementos en la zona, así como una prospección superficial intensiva posiblemente darán muy buenos resultados en el futuro.

Asimismo, es interesante recordar ahora los largos canales documentados a principios del s. XX por P. Paris en la zona (figuras 8 C y 8 D), que podrían también relacionarse con la distribución hídrica de estos edificios, y cuyo largo recorrido indica que el flujo de agua era notable. Nosotros nos limitamos, por el momento, a plantear esta hipótesis, pensando que el área-fuente estaría en las estribaciones meridionales de Sierra Plata y que el trazado discurriría, al menos, por la ladera donde se han localizado los citados sillares, culminando en la parte baja del *suburbium* occidental, donde pudo haber desaguado en la H-1 y/o en otras cisternas análogas.

Otro aspecto sobre el cual habrá que profundizar en el futuro es en la orientación de las estructuras excavadas, aparentemente ortogonales con los ejes mayores de los grandes edificios urbanos intramuros. Efectivamente, los muros perimetrales exteriores de la H-1 y de la H-2 están alineados en dirección N-S con los *cardines*, al tiempo que el edificio parece totalmente escuadrado respecto a los inmuebles localizados al oeste del *cardo* de las termas (figura 27). Es muy probable que ambos edificios termales estuviesen concebidos *ab initio* en el programa constructivo de la ciudad altoimperial, para lo cual serán necesarios próximamente estudios topográficos de detalle que permitan profundizar en esta propuesta. Además, la cronología de funcionamiento de ambos complejos públicos baelonenses parece prácticamente sincrónica, ya que la rectificación en los últimos años del periodo de funcionamiento para las termas interiores plantea actualmente un funcionamiento entre inicios del s. II y quizás mediados del s. IV d.C. (Sillières, 1997, 163), siendo la fecha final la más dudosa. Es por ello probable que ambos edificios fuesen proyectados o bien por el mismo arquitecto o, en cualquier caso, en fechas similares. El periodo de actividad termal constatado en *Baelo Claudia* coincide, *grosso modo*, con el de otras ciudades cercanas como es el caso de la propia *Carteia*, cuyas termas se fechan entre finales del s. I y el s. IV d.C. (Roldán, 1992, 129).

De gran interés resulta, asimismo, la fase más tardía del edificio, relacionada con el momento en el cual se abandona el uso termal, en la segunda mitad del s. V d.C. Sabemos que las termas en *Hispania* sufren, durante el Bajo Imperio, todo tipo de

reconversiones, en parte propiciadas por la actitud negativa de la Iglesia hacia ellas, pues se veía en los baños una incitación a la lujuria y a la corrupción, a excepción de su uso terapéutico. En *Hispania* sabemos que algunas de ellas se amplían en estos momentos, ocupando parte del espacio público –como sucede igualmente en las urbanas de *Bolonia*–, como ilustra el caso de las de Morería en Mérida, siendo mucho más frecuente durante el Bajo Imperio su transformación en iglesias, como así sucede en Ampurias, en Barcelona o en León, fenómeno interpretado por algunos autores como resultado de las donaciones de espacio público a cristianos para la erección de sus conjuntos episcopales o religiosos, siempre en ámbito urbano (Fuentes, 2000, 142). Para otros autores, la aparición de iglesias y/o necrópolis sobre antiguos edificios termales es muy abundante en la Antigüedad, también en *Hispania*, y tras ello se esconderían fenómenos complejos de carácter religioso, tratando con dichas actividades de exorcizar estos tradicionales reductos de idolatría, previamente corruptos e impíos (Jiménez y Sales, 2004; Sánchez Velasco, 2012).

La escasez aún de evidencias en el caso de las termas suburbanas baelonenses invita a la prudencia, si bien es cierto que la ya comentada fragmentación intencional de la estatua recuperada –con los pezones clara y “limpiamente” eliminados– es una muestra incontestable de la presencia de una comunidad cristiana intransigente en la zona, en momentos avanzados del s. V d.C. Dicha eliminación ritualizada de las esculturas paganas no tuvo por qué llevar aparejada la conversión del recinto en un ambiente cristiano de tipo funerario y/o litúrgico, o al menos carecemos de evidencias arqueológicas por el momento que lo demuestren. Como ya hemos comentado anteriormente, cuando se abandonan las termas en la segunda mitad del s. V ya no hay evidencias de nuevas actividades edilicias ni de otro tipo en la zona hasta época moderna-contemporánea –a excepción de los muros individuados por la geofísica en la parte más superficial (figura 3 A), si es que son tardorromanos–, lo que tampoco excluye la existencia de un posible recinto monacal y/o una iglesia en otras áreas del *suburbium* baelonense (al modo del conocido ejemplo malacitano de Vega del Mar o del tradicionalmente citado de Ampurias), por lo que habrá que esperar a futuros hallazgos para poder decantarse al respecto.

Como se ha visto al inicio del trabajo, estas termas constituyen un edificio identificado dentro de

una amplia superficie que hemos definido como el *suburbium* marítimo de *Baelo Claudia*, pensando que fue posiblemente la única aglomeración periurbana existente en la ciudad gaditana, dada su potencialidad marinera y su relación con el mar. No podemos, por el momento, confirmar si el único edificio existente en la zona fueron estas grandes termas, aunque tendemos a considerar que no. Parece evidente la necesidad, al menos, de que la ciudad dispusiese de estructuras de carácter portuario, parte de las cuales debieron estar al amparo de este ámbito suburbial. En dicho sentido, otra de las interesantes líneas de investigación para el futuro es tratar de confirmar la necesaria existencia en las inmediaciones de sistemas de contención de las orillas del arroyo, al menos en el tramo final de su desembocadura, así como la presencia de uno o varios puentes para poder acceder desde el *suburbium* occidental al barrio pesquero-conservero. En este sentido, son muy prometedores los hallazgos de estructuras en la zona más oriental del área excavada, ya que algunos muros (el M-7 especialmente) prácticamente se insertan en la zona inundable, debiendo corresponderse con embarcaderos o zonas de amarre. A pesar de que ha sido descartada la existencia de un faro y/o *thynnoskopeion* en la zona excavada, parece evidente que este tipo de estructuras debieron existir en la ciudad, por lo que no se descarta su hallazgo en las inmediaciones en los próximos años.

Sí da la impresión de que este *suburbium* marítimo no tuvo una vocación industrial, como el ya citado de Villa Victoria en el caso de *Carteia*, cuyas actividades en *Baelo Claudia* parecerían haber sido centradas y reorganizadas en el barrio meridional intra-murario. Ello no descarta la existencia de alguna *cetaria* aislada, como quizás suceda con las piletas localizadas en la línea de playa por algunos autores, hacia el oeste del área excavada (Alonso *et alii*, 2007). Aunque también es cierto que las mismas podrían haber formado parte de instalaciones precedentes, relacionándose con el uso haliéutico confirmado en la zona antes de la erección del complejo balneario –o bien ser posteriores al abandono de las termas, constituyendo fábricas conserveras tardorromanas aisladas y gestionadas por particulares no sometidos ya a la normativa de las leyes municipales-. Por todo ello será necesario profundizar en el futuro sobre el conocimiento y la problemática interna del *suburbium*, cuyas primeras pinceladas ya han sido trazadas.

Por último, indicar que durante la excavación del año 2011 se localizó una interfaz de destrucción del ángulo sureste de la habitación H-1, la cual comportó el desmantelamiento parcial de una obra de notable porte, con *caementa* muy sólidos. Esta actividad se realizó en el s. XVI o XVII –a esperas de ultimar el estudio de materiales-, según indica el contexto cerámico y algunas monedas. Estos datos puntuales son de gran interés para el yacimiento arqueológico, ya que de esta época no restan prácticamente evidencias arqueológicas, a pesar de que hay documentación sobre actividades poliorcéticas además de la habitual continuidad poblacional vinculada a las pesquerías. Tal es el caso del proyecto de fortificación de la ensenada de Bolonia de 1664, en época de Carlos II, para prevenir ataques ingleses, que aunque la amplia documentación conservada en el Archivo General de Simancas parece indicar que nunca llegó a ser ejecutado (Sáez, 1999 y 2000)¹⁸, no excluye frecuentaciones en la zona y actividades al efecto. Éste es otro de los aspectos a desarrollar en las investigaciones de los próximos años.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (2002), *Conspectus Formarum Terrae Sigillatae itálico modo confectae*, Bonn.
- AA.VV. (2009), *Jorge Bonsor y la recuperación de Baelo Claudia (1917-1921)*, Catálogo de la Exposición (Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia), Sevilla.
- Alarcón, F. (2002), “El agua en la ciudad de Baelo Claudia”, *Patrimonio Histórico Hidráulico de la Cuenca del Guadalquivir*, Sevilla, 461-493.
- Alarcón, F. (2007), “La ocupación de la ensenada de Bolonia en época republicana. Estado de la cuestión”, en Arévalo, A. y Bernal, D., eds., *Las cetariae de Baelo Claudia. Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000-2004)*, Sevilla, 225-235.
- Alonso, C., Ménanteau, L., Gracia, F.J. y Ojeda, R. (2007), “Geoarqueología y paleomorfología litoral de la ensenada de Bolonia. Primeros resultados y nuevas propuestas”, en Arévalo, A. y Bernal, D., eds., *Las cetariae de Baelo Claudia. Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000-2004)*, Sevilla, 521-538.
- Arévalo, A. y Bernal, D. (1999), “La factoría de sa-

¹⁸ Agradecemos a I. García Jiménez sus útiles indicaciones relacionadas con esta temática.

- laciones de *Baelo Claudia*, balance historiográfico, y novedades de la investigación”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 25, 73-127.
- Arévalo, A. y Bernal, D. (2006), “Docencia e investigación en *Baelo Claudia*. Balance de los Cursos Internacionales de Arqueología Clásica (2000-2004)”, *Actas de las I Jornadas Internacionales de Baelo Claudia. Balance y perspectivas (1996-2004)*, Sevilla, 207-232.
- Arévalo, A. y Bernal, D. (2007, eds.), *Las cetariae de Baelo Claudia. Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000-2004)*, Sevilla.
- Arévalo, A., Bernal, D. y Lorenzo, L. (2007), “Actuaciones arqueológicas”, en Arévalo, A. y Bernal, D., eds., *Las cetariae de Baelo Claudia. Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000-2004)*, Sevilla, 39-70.
- Bernal, D. (2009), “El faro romano de *Gades* y el papel de los *thynnoskopeia* en el *Fretum Gaditanum*”, en F. Arias, C. Fernández Ochoa y A. Morillo eds., *Torre de Hércules, Finis Terrae Lux*, Simposio sobre los faros romanos y la navegación occidental en la Antigüedad (La Coruña, junio, 2008), *Brigantium* 20, 87-107.
- Bernal, D. (2011, ed.), *Pescar con Arte. Fenicios y romanos en el origen de los aparejos andaluces*, Catálogo de la Exposición (Baelo Claudia, 2011-2012), Monografías del Proyecto Sagena 3, Cádiz.
- Bernal, D., Arévalo, A., Aguilera, L., Lorenzo, L., Díaz, J.J., y Expósito, J.A. (2007), “La topografía del barrio industrial. *Baelo Claudia* paradigma de la industria conservera urbana hispanorromana”, en Arévalo, A. y Bernal, D. (eds.), *Las cetariae de Baelo Claudia. Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000-2004)*, Sevilla, 91-224.
- Bernal, D., Arévalo, A., Muñoz, A., García, I., Bustamante, M. y Sáez, A. (2011), “*Baelo Claudia*”, en J.A. Remolà Vallverdú y J. Acero Pérez (eds.), *La gestión de los residuos urbanos en Hispania*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, LX, 65-92.
- Bernal, D., Arévalo, A. y Sáez, A. (2007), “Nuevas evidencias de la ocupación en época republicana (ss. II-I a.C.)”, en Arévalo, A. y Bernal, D. (eds.), 2007, *Las cetariae de Baelo Claudia. Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000-2004)*, Sevilla, 237-354.
- Bernal, D., El Khayari, A., Raissouni, B., Díaz, J.J., Bustamante, M., Sáez, A.M., Lara, M., Vargas, J.M., y Escalón, D. (2011), “Del poblamiento litoral romano en la Tingitana mediterránea. Excavaciones preventivas en Metrouna y Sidi Bou Hayel”, en D. Bernal, B. Raissouni, M. Arcila, M.Y. Idrisi, J. Ramos, M. Zouak, J.A. López, M. Maatouk, A. El Khayari, B. El Moumni, M. Ghotte y A. Azzariohi (Eds.), *Arqueología y Turismo en el Círculo del Estrecho. Estrategias para la Puesta en Valor de los recursos patrimoniales del Norte de Marruecos*, Colección de Monografías del Museo Arqueológico de Tetuán (III), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Diputación de Cádiz. F.P.C. Servicio de Publicaciones y Dirección Regional de Cultura Tánger-Tetuán del Reino de Marruecos, 405-462.
- Bernal, D. y Lara, M. (2012), “Desenterrando a *Gades*. Hitos de la Arqueología Preventiva, mirando al futuro”, *Congreso Hispaniae Urbes*, Sevilla, 421-471.
- Bernal, D., Roldán, L., Blánquez, J., Prados, F. y Díaz, J. J. (2004), “Villa Victoria y el barrio alfarero de Carteia en el s. I d.C. Avance de la excavación del año 2003”, D. Bernal y L. Lagóstena (eds.), *Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*, Actas del Congreso Internacional Figlinae Baeticae, British Archaeological Reports, i.s. 1266, 457-472.
- Blánquez, J., Bernal, D., Roldán, L., Díaz, J. J., y Prados, F. (2005), “Primeros datos acerca de las posibles instalaciones portuarias de *Carteia* y de la producción tardorromana de púrpura. Excavación de urgencia en el Callejón del Moro”, *Caetaria*, 4-5, 315-317.
- Bonifay, M. (2004), *Études sur la céramique romaine tardive d’Afrique*, British Archaeological Reports, i.s. 1301, Oxford.
- Campos Carrasco, J. M. (2010), “Los suburbios de *Onoba Aestuaria*”, en Vaquerizo, D., ed., *Las áreas suburbanas en la ciudad histórica. Topografía, usos, función. Monografías de Arqueología Cordobesa*, 18, 267-288.
- Díaz, M., García, M. y Macías, J.M. (2000), “Las termas públicas de *Tarraco*, estudio preliminar”, en C. Fernández Ochoa y V. García-Entero eds.,

- Termas romanas en el Occidente del Imperio*, Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, 5, Gijón, 163-169.
- Domergue, C. (1973), *Belo I. La stratigraphie*, Madrid.
- Etienne, R., Makaroun, Y. y Mayet, F. (1994), *Un gran complexe industriel a Tróia (Portugal)*, Paris.
- Etienne R. y Mayet, F. (1971), "Briques de Bélo. Relations entre la Mauretanie Tingitane et la Bétique au Bas Empire", *Mélanges de la Casa de Velázquez* 7, 59-74.
- Expósito, J.A. y García, M.E. (2012), "Novedades sobre la pesca y la industria salazonera en el Estrecho. Las *cetariae* de *Carteia*", en Bernal, D. ed, Catálogo de la Exposición (Baelo Claudia, 2011-2012), Monografías del Proyecto Sagena 3, Cádiz, 299-318.
- Fernández Ochoa, C., García-Entero, V., Morillo Cerdán, A. y Zarzalejos Prieto, M. (2004), "Proyecto Termas Romanas en *Hispania*. Balance de una década de investigación (1993-2003)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 30, 167-195.
- Fernández Ochoa, C., Morillo Cerdán, A. y Zarzalejos Prieto, M. (2000), "Grandes conjuntos termales públicos en *Hispania*", en C. Fernández Ochoa y V. García-Entero eds., *Termas romanas en el Occidente del Imperio*, Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, 5, Gijón, 59-72.
- Fuentes Domínguez, A. (2000), "Las termas en la Antigüedad Tardía, reconversión, amortización, desaparición. El caso hispano", en C. Fernández Ochoa y V. García-Entero eds., *Termas romanas en el Occidente del Imperio*, Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, 5, Gijón, 135-145.
- Furgus, J. (1907), "Les ruines de Belon, province de Cádiz (Espagne)", *Annales de la Société d'Archéologie de Bruxelles*, XXI, 149-160.
- Furgus, J. (1908), "Antigüedades romanas en la costa gaditana", *Razón y Fé*, XXI, 2, 205-217.
- García Jiménez, I. (2008), "Una aproximación al mundo funerario en *Baelo Claudia*", en Guzmán Armario, F.J. y Castañeda Fernández, V., *Vida y muerte en la Historia de Cádiz*, Chicla, 103-124.
- García-Entero, V. (2005), *Los balnea domésticos -ámbito rural y urbano- en la Hispania romana*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXVII, Madrid.
- Hayes, J.W. (1972), *Late Roman Pottery. A catalogue of Roman Fine Wares*, London.
- Jacobelli, L. (1995), *Le pitture erotiche delle Terme Suburbane di Pompei, Roma*.
- Jiménez Sánchez, J.A. y Sales Carbonell, J. (2004), "Termas e iglesias durante la Antigüedad Tardía, ¿reutilización arquitectónica o conflicto religioso? Algunos ejemplos hispanos", *Antigüedad y Cristianismo*, XXI, 185-201.
- Kristensen, T.M. (2009), "Embodied images, Christian response and Destruction in Late Antique Egypt", *Journal of Late Antiquity*, 2/2, 224-250.
- Loza Azuaga, M.L. (2010), "Nuevas esculturas femeninas icónicas de la ciudad romana de *Baelo Claudia* (Bolonía, Tarifa, Cádiz)", *Actas de la VI Reunión de Escultura romana en Hispania*, Murcia, 119-135.
- Macías, J.M. (2004, ed.), *Les termes publiques de l'area portuaria de Tarraco. Carrer de Sant Miquel de Tarragona*, Institut Català d'Arqueologia Clàssica, Documenta 2, Tarragona.
- Meyer, C. (2010), *Informe sobre la prospección geofísica en el área oriental del barrio meridional de Baelo Claudia (Tarifa, provincia de Cádiz, España)*, Eastern Atlas, Informe 1034/2010, Berlín, inédito.
- Miró i Alaix, C. y Puig i Verdager, F. (2000), "Edificios termales públicos y privados en *Barcino*", en C. Fernández Ochoa y V. García-Entero eds., *Termas romanas en el Occidente del Imperio*, Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, 5, Gijón, 171-178.
- Mora, G. (1981), "Las termas romanas en *Hispania*", *Archivo Español de Arqueología* 54, 37-89.
- Morillo Cerdán, A. y Salido Domínguez, J. (2011), "Labra de época romana en *Hispania*", *Archivo Español de Arqueología*, 84, 153-178.
- Muñoz Vicente, A., García Jiménez, I. y Prados Martínez, F. (2009), "Espacios jerarquizados y áreas funerarias en la necrópolis oriental de *Baelo Claudia* (Tarifa, Cádiz). Nuevas perspectivas de estudio", *Jorge Bonsor y la recuperación de Baelo Claudia (1917-1921)*, Catálogo de la Exposición, Sevilla, 59-77.
- Murillo, J.F. y Vaquerizo, D. (2010), "Ciudad y

- suburbia en Corduba. Una visión diacrónica (siglos II a.C. – VII d.C.)*”, en Vaquerizo, D. eds., *Las áreas suburbanas en la ciudad histórica. Topografía, usos, función*, Monografías de Arqueología Cordobesa, 18, 455-522.
- Nogales Basarrate, T., Carvalho, A. y Almeida, M.J. (2005), “El programa decorativo de la Quinta das Longas (Elvas, Portugal), un modelo excepcional de las villae de la Lusitania”, *Actas de la IV Reunión sobre Escultura Romana en Hispania*, 103-156.
- O’Kelly Sendrós, J. (2012), “Las ánforas onubenses de época tardorromana”, en D. Bernal y A. Ribera eds., *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*, Cádiz, 180-205.
- Paris, P., Bonsor, G., Laumonier, A., Ricard, R., y Mergelina, C. de (1923), *Fouilles de Belo (Bolonía, province de Cadiz) (1917-1921). La ville et ses dépendances*, París.
- Pesando, F. y Guidobaldi, M.P. (2006), *Pompei, Oplontis, Ercolano, Stabiae. Guide Archeologique Laterza*, Roma-Bari.
- Pieri, D. (2005), *Le commerce du vin oriental à l’époque byzantine (V-VII siècles). Le témoignage des amphores en Gaule*, Beirut.
- Rascón, S. (2000), “Termas complutenses”, en C. Fernández Ochoa y V. García-Entero eds., *Termas romanas en el Occidente del Imperio*, Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, 5, Gijón, 237-243.
- Rodríguez Oliva, P. (1977), “Estatua de Apollon procedente de Carteia”, *Carteya. Revista de Estudios Campogibraltares*, 13, 33-37.
- Roldán, L. (1992), *Técnicas constructivas romanas en Carteia (San Roque, Cádiz)*, Monografías de Arquitectura Romana 1, Madrid.
- Roldán, L. (1993), *Técnicas constructivas romanas en Italica (Santiponce, Sevilla)*, Monografías de Arquitectura Romana 2, Madrid.
- Roldán, L. (2008), “El material constructivo late-ricio en Hispania. Estado de la cuestión”, en D. Bernal y A. Ribera, *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Cádiz, 749-773.
- Roldán, L. (2011), “Esculturas romanas de Carteia (San Roque, Cádiz). Las excavaciones de Julio Martínez Santaolalla en los años 50”, *XI Congreso Internacional de arte romano provincial, 2010*, Mérida.
- Roldán, L., Bendala, M., Blánquez, J. y Martínez, S. (2006, dir.), *Estudio histórico-arqueológico de la ciudad de Carteia. 1994-1999*, Madrid.
- Romo Salas, A. (2002), “Las termas del foro de la Colonia Firma Astigi (Écija, Sevilla)”, *Romula* 1, 151-174.
- Sáez Rodríguez, A.J. (1999), “Una nueva población en Bolonia, el proyecto de Juan Bernardino de Ahumada de 1664 (I)”, *Aljaranda*, 35, 9-13.
- Sáez Rodríguez, A.J. (2000), “Una nueva población en Bolonia, el proyecto de Juan Bernardino de Ahumada de 1664 (II)”, *Aljaranda* 36, Tarifa, 6-10.
- Sánchez Velasco, J. (2012), “Cristianización y violencia religiosa en la Bética, tres casos de eliminación de escultura pagana y mitológica en torno a época teodosiana”, *El mundo teodosiano (379-455) y el final del Imperio de Occidente*, II Coloquio internacional nuevas perspectivas sobre la Antigüedad Tardía, Universidad de Leicester, en prensa.
- Sillières, P. (1997), *Baelo Claudia. Una ciudad romana de la Bética*, Madrid.
- Sillières, P., Magallón, A., Fincker, M., Navarro, M., Rico, C., Labarthe, J.M. y Sáenz, C. (2000), “Las termas de la ciudad hispano romana de Labitolosa, avance a su estudio”, en C. Fernández Ochoa y V. García-Entero eds., *Termas romanas en el Occidente del Imperio*, Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, 5, Gijón, 193-198.
- Silva, D. Tavares da y Soares, J. (1993), *Ilha do Pessegueiro. Porto romano da costa alentejana*, Lisboa.
- Vaquerizo, D. (2010, ed.), *Las áreas suburbanas en la ciudad histórica. Topografía, usos, función*, Monografías de Arqueología Cordobesa, 18, Córdoba.
- Yegül, F. (1995), *Baths and Bathing in Classical Antiquity*, Nueva York.

EL *POMERIUM* INVISIBLE. A PROPÓSITO DE LAS CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DE LOS RECINTOS AMURALLADOS DE LA *COLONIA ROMULA HISPALIS*

DANIEL JIMÉNEZ MAQUEDA

PEDRO PÉREZ QUESADA

Consejería de Educación y Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía

Recibido: 16/11/2012

Aceptado: 29/11/2012

Revisado: 23/11/2012

Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

El presente artículo tiene como objetivo la reconstrucción de las características arquitectónicas de los recintos amurallados de la *Colonia Romula Hispalis*. No obstante, como quiera que nunca se ha documentado de forma inequívoca un lienzo de aquellos, hemos denominado este artículo “El *pomerium* invisible”. En este sentido, se defiende la existencia de al menos dos recintos amurallados. El primero sería contemporáneo de la concesión por César del estatuto colonial a *Hispalis*, en el 45 a.C., o de la segunda deducción de colonos por parte de Augusto, hacia el 15-13 a.C. El segundo sería erigido durante el siglo II d.C., consecuencia del espectacular auge que experimentó la ciudad con los Antoninos.

ABSTRACT

This article is intended to rebuild the architectural features of *Colonia Romula Hispalis*' walls. Since they have never been documented, so it will be called 'The invisible *pomerium*'. In this respect, it is upheld the existence of a least two walls, the first one would have been erected when *Hispalis* was granted the colonial status by Caesar in 45 BC, or with the second deduction of settlers by August in 15-13 BC. On the other hand, the second wall would have been erected in the 2nd century, as a result of the big importance of the city with the Antonines.

PALABRAS CLAVE

Hispalis, *Pomerium*, Murallas.

KEYWORDS

Hispalis, *Pomerium*, Walls.

1. ENTORNO A LOS FRAGMENTOS DE LAS MURALLAS DE HISPALIS.

En el siguiente epígrafe efectuamos una relación de todos los restos que la historiografía sevillana y la arqueología han vinculado con el recinto amurallado de la *Colonia Romula Hispalis* (figura 1). El conocimiento de la mayoría de ellos se debe a hallazgos casuales, consecuencia de la realización de obras de infraestructura en el siglo pasado, o a noticias extraídas de bibliotecas y archivos¹. Los proporcionados por las intervenciones arqueológicas, salvo las de la Encarnación y el Patio de Banderas del Alcázar, muestran una marcada indefinición cronológica y/o las descripciones que ofrecen sus excavadores no permiten identificarlos de forma inequívoca con los recintos amurallados de *Hispalis*. Por ello no conocemos ni su cronología ni sus características constructivas (Jiménez Martín, 2002, 474-475; González Acuña, 2005, 82; Beltrán Fortés *et alii*, 2005, 69).

1.1. PARROQUIA DE SANTA CATALINA.

Cuando en 1721 se procedió a la apertura de los cimientos de la capilla del Rosario y del Sagrario de la Parroquia de Santa Catalina, se detectaron los restos de un muro de piedra labrada de más de 3 varas de grueso (2'50 m). Estos discurrían en dirección a la Plazuela de la Paja, denominación que se corresponde con la actual Ponce de León (Collantes de Terán, 1977, 73).

1.2. MERCADO DE LA ENCARNACIÓN.

En el transcurso de la vigilancia de movimientos de tierra efectuados en la V fase de intervención arqueológica en el Mercado de la Encarnación, se documentó una estructura identificada por sus excavadores con un fragmento de muralla en virtud de sus características morfológicas, constructivas y orientación. Dichas características consisten en una

estructura erigida con sillares de piedra alcoriza dispuestos en *opus quadratum*, unas dimensiones de 6 m de longitud por 4 m de anchura y orientación en diagonal. Estas características permitieron a sus excavadores plantear que se tratara de una esquina de la cerca o una de las torres de una puerta (figura 2) (González Acuña, 2005, 82-83; 2011, 61-62; Amores, 2005, 148; Amores y González Acuña, 2004; 2006a, 206).

Aunque no fue posible determinar el momento en que fue erigida, pues no se llevó a cabo su registro estratigráfico completo, sus excavadores defienden que su inserción dentro de una trama urbana programada permitiría sostener que su erección formó parte del diseño global del sector. Se fecharía pues a mediados del siglo I d.C. (Amores y González Acuña, 2006b, 219; González Acuña, 2011, 62).

En cuanto al análisis de este hallazgo, se trata del que *a priori* tiene mayores posibilidades de pertenecer a la cerca de *Hispalis*. Sin embargo, los argumentos al respecto no parecen definitivos, a lo que cabría añadir el peligro de formular una propuesta sobre el *pomerium* de la *Colonia Romula* en virtud de tan escasa evidencia arqueológica. En esta línea, el cercano caso cordobés alerta sobre lo aventurado que resulta atribuir una única cronología a la totalidad del recinto amurallado en función de la datación de un lienzo concreto. Así, se han documentado lienzos con un amplio marco cronológico, que ponen de manifiesto que la formalización del recinto de la *Colonia Patricia* no obedeció a un único impulso constructivo.

1.3. PARROQUIA DE SAN MARTÍN.

Santiago Montoto observó que la torre del campanario de dicha parroquia se erigía sobre muros más antiguos de 2'70 m de espesor (Montoto, 1981, 109). Juan Campos relacionó este extremo con los restos de la muralla romana (Campos, 1991, 45; 1993, 188).

1.4. CASA DE MIGUEL DE MAÑARA.

En el transcurso de las obras de restauración se localizó, aunque no se documentó en su totalidad por la aparición del freático a 3'10 metros de profundidad, un muro de sillares ciclópeos anterior a las construcciones islámicas. En virtud de su emplazamiento sus excavadores lo relacionaron con la cerca imperial (Ojeda, 1993, 133; 1995, 212; Ojeda y Tabales, 1994, 138).

¹ El presente artículo constituye la adaptación de un capítulo de la tesis doctoral de uno de nosotros. Con el título *Sevilla amurallada. Ensayo de reconstrucción del trazado y las características arquitectónicas de los recintos defensivos de la Colonia Iulia Romula Hispalis y madīnat Išbīlīa (siglo I a.C.-siglo XIII)*, fue defendida el día 23 de marzo de 2012 en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla. Bajo la dirección de don Fernando Amores Carredano y de don Miguel Ángel Tabales Rodríguez, obtuvo la calificación de sobresaliente por el tribunal compuesto por don Julio Navarro Palazón, don Rafael Valencia Rodríguez, don Alfonso Jiménez Martín, don Alberto León Muñoz y don Pedro Mateos Cruz.

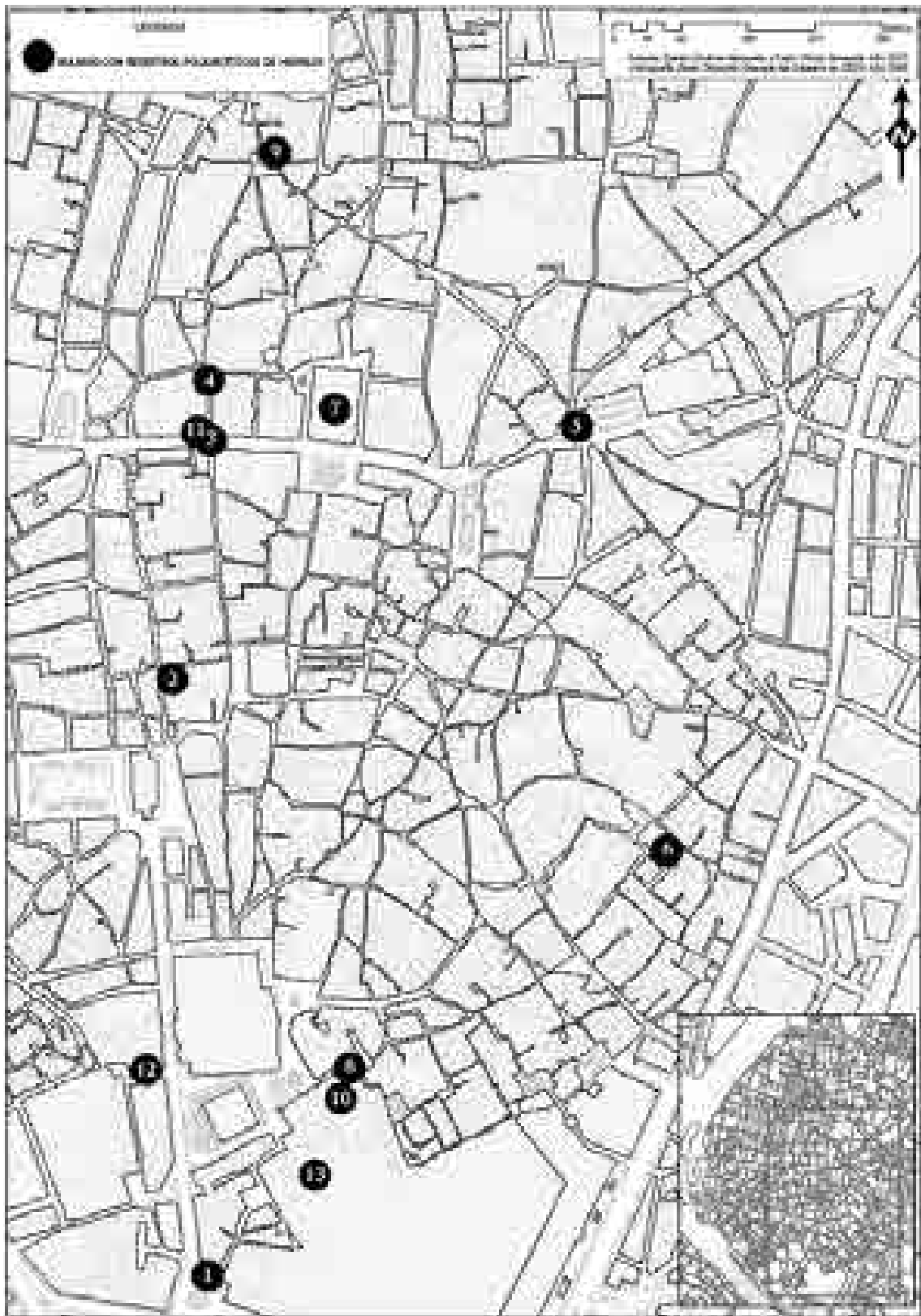


Figura 1. Estructuras que se han vinculado con registros.



Figura 2. Estructura documentada en la V fase de intervención en el Mercado de la Encarnación (fotografía cortesía de Fernando Amores).

1.5. PATIO DE BANDERAS DEL ALCÁZAR N° 16.

Durante los trabajos de rehabilitación del inmueble, se documentó con metodología arqueológica una alineación de sillares isódomos, de módulo romano (codo de 0'52) y de piedra alcoriza, con llagas irregulares y cuñas de grava (figura 3) (Tabales, 2002a, 205; 2002b, 204-206; 2002c, 153; 2010b, 82-83). Dichas características, de las que puede inferirse el empleo de material de acarreo a base de sillares de módulo romano enripiados, no permiten plantear reflexiones más sólidas en lo que a su cronología se refiere. Así pueden ir desde lo tardoanti-



Figura 3. Muro de sillares documentado en el número 16 del Patio de Banderas del Alcázar de Sevilla (fotografía cortesía de Miguel Ángel Tabales).

guo (González Acuña, 2011, 63) hasta casi cualquier momento del período omeya.

1.6. PATIO DE BANDERAS DEL ALCÁZAR.

En la campaña de 2010 se ha documentado una alineación de sillares con dirección este-oeste, una anchura de 1'20 m, aparejo de *opus quadratum* de sillares de piedra alcoriza almohadillados, dispuestos en hiladas alternas a saga y tizón, tomados con mortero de barro, cuñas de piedra en las llagas y un *emplecton* interior a base de mampuestos de pequeñas dimensiones y cerámicas colocados en tongadas horizontales. En su extremo occidental, la coincidencia exacta en la alineación vertical de las diferentes hiladas es interpretada como la jamba de un acceso (figura 4) (Tabales, 2010c, tomo I, 67; Vargas Lorenzo, 2010, tomo II, 19 ss.). Sus excavadores le asignan una cronología comprendida entre el 60 y el 30 a.C., aunque perduraría hasta mediados del siglo V d.C., y la identifican como la hoja interior de un muro de mayor espesor que formaría parte de las murallas erigidas por César (Tabales, 2010c, tomo I, 88).

1.7. PORTADA DE LA MONTERÍA DEL ALCÁZAR.

En este punto del Alcázar se documentó con metodología arqueológica una estructura de sillares calizos, trabados mediante argamasa, cuñas de ladrillo, dispuestos sobre un *emplecton caementicio*, que empleaba ladrillos y cascotes de roca alcoriza como asiento, y cuya cronología no iría más allá del siglo I a.C. (figura 5). Su excavador sugiere que formara parte de una torre o lienzo de muralla



Figura 4. Estructura de sillares documentada en el Patio de Banderas del Alcázar de Sevilla (fotografía cortesía de Miguel Ángel Tabales).

en función de su técnica constructiva y su emplazamiento en el límite del promontorio original de la ciudad, si bien sin descartar otros usos (Tabales, 2006, 14-15; 2010a, 2721-2722; 2010b, 58-59).

1.8. PLAZA DE VILLASÍS.

Al efectuar en 1950 la apertura de la zanja del alcantarillado del Teatro Álvarez Quintero, se localizó en la Plaza de Villasís, a un metro por debajo de la rasante y sin agotar su potencia, pues dicha zanja concluía a 4'30 m, un muro de sillares de caliza de 3 m de espesor. Este muro parecía cruzar la plaza desde la calle Cuna hacia la de Orfila (Collantes de Terán, 1977, 75).

1.9. CALLE ORFILA.

Cuando en 1952 se levantó el adoquinado para proceder a su pavimentación, se documentó, a muy escasa profundidad, un muro de derretido de 2 m de espesor y unos 20 m de longitud. Este discurría por el centro de la calle y practicaba frente a la capilla de San Andrés un pequeño quiebro hacia la calle Daoíz (figura 6) (Collantes de Terán, 1977, 75). Una reciente vigilancia de obras ha descartado que se tratara de un lienzo del recinto amurallado de *Hispalis*, pues su técnica constructiva es el tapial (figura 7) (Oliva, 2008).

1.10. CALLE MARTÍN VILLA.

En 1950 se localizó, a unos 80 m de los restos documentados en la Plaza de Villasís y frente a los números 7 y 8, un muro transversal al eje de la calle. Con un espesor de 1'95 m estaba erigido a base



Figura 5. Estructuras de sillares documenta en la Portada de la Montería del Alcázar de Sevilla (fotografía cortesía de Miguel Ángel Tabales).



Figura 6. Estructura localizada en la calle Orfila en el transcurso de obras de pavimentación llevadas a cabo en 1952 (Collantes de Terán, 1977).



Figura 7. Estructura documentada en la calle Orfila en el transcurso de obras de saneamiento llevadas a cabo en 2008 (fotografía cortesía de Pablo Oliva).

de paramentos de piedra con un relleno de piedra y argamasa (Collantes de Terán, 1977, 75).

1.11. CALLE GALLEGOS.

Juan Campos se hizo eco de un documento, localizado en el Archivo de la Comisión de Monumentos, en el que se alude al hallazgo de muros de sillares de gran espesor, uno de ellos identificado con el dado del espigón de una puerta (Campos, 1991, 46).

1.12. PLAZA DEL CABILDO.

Ramón Corzo publicó una fotografía en la que se observa cómo al excavar los cimientos del edificio Plaza del Cabildo, junto al Postigo del Aceite, se localizó una estructura de *opus caementicium*, paralela a la línea de fachada de aquel e identificada con los restos de la cerca romana (figura 8) (Corzo, 1997, 211). Sin embargo, por su emplazamiento debe corresponder con los recintos almohades del Alcázar (Ordóñez, 2003, 68-69; González Acuña, 2011, 419).



Figura 8. Muralla romana en el sector del Postigo del Aceite de Sevilla según Corzo (1997).

1.13. AVENIDA DE LA CONSTITUCIÓN.

En el escueto resumen que Carriazo publicó sobre su inspección de la zanja que en 1960 se excavó para el alcantarillado desde la Puerta de Jerez a la Plaza de San Francisco, se hace alusión al hallazgo de la muralla romana frente a la puerta principal de Zahara, “correspondiendo al estrangulamiento de la calle San Gregorio, donde estuvo una puerta”. Dicha muralla habría estado paramentada de sillería, aunque tan sólo se documentó el mortero del interior, y junto a ella se localizó una sepultura de inhumación con cubierta de *tegulae* (Carriazo, 1974-1975, 92-93). Sin embargo, hay quien ha sugerido que se trata de estructuras de carácter portuario, tales como malecones (Ordóñez, 1998, 157-159).

2. RECONSTRUYENDO LAS MURALLAS DE *HISPALIS*.

Del análisis de los restos que la historiografía atribuye a la cerca de la *Colonia Romula* sólo se pueden hacer algunas sugerencias en relación a la fecha de su erección. Para ello nos basamos tanto en el contexto histórico como en las características arquitectónicas.

2.1. EL CONTEXTO HISTÓRICO DE LAS MURALLAS DE *HISPALIS*.

Si se tiene en cuenta el contexto histórico, tres habrían sido los períodos en los que fue necesaria la erección de fortificaciones en *Hispania* durante el dominio romano (Hauschild, 1994).

Las fortificaciones de entidad dejaron de ser necesarias cuando finalizó la conquista y la pacificación de la Península. Las murallas erigidas a partir de este momento no se concibieron para hacer frente a ataques militares sino tan sólo para delimitar el *pomerium*, con un marcado carácter simbólico (Gros, 1992; Hauschild, 1994).

Durante la segunda mitad del siglo II d.C., justificarían la erección de nuevas construcciones defensivas las incursiones de los *mauri* procedentes del Norte de África (García y Bellido, 1955; Gozalbes, 1979; Santos, 1980). El hecho de que los ataques tuvieran un ámbito de afección limitado en el tiempo y en el espacio explica que los ejemplos sean muy escasos (Hauschild, 1994).

Desde fines del siglo III d.C. hasta finales del IV, las ciudades hispanas se vieron obligadas a construir nuevas fortificaciones para hacer frente a las incursiones de las tribus germánicas (Hauschild, 1994; Fernández Ochoa y Morillo, 1991; 1992; 2002).

Esta cronología se atribuyó a la muralla detectada en *Italica* en las prospecciones arqueológicas de los años 90 (Rodríguez Hidalgo, 1997, 108; Rodríguez Hidalgo *et alii*, 1999, 79, 81 y 94; Caballos *et alii*, 1999, 62). Del mismo modo, esta datación se sostuvo en un principio para la estructura documentada en la Encarnación (Amores, 2005, 148; Amores y González Acuña, 2006a, 206).

En relación a las murallas sevillanas se puede afirmar que se erigieron al final del primero de los periodos mencionados, a lo largo de la segunda mitad del siglo I a.C. Serían consecuencia de la concesión del estatuto colonial a *Hispalis* por César, en el 45 a.C., o contemporáneas de la adscripción por Augusto de nuevos colonos (*adscriptio nouorum colonorum*), hacia el 15-13 a.C. (Ordóñez, 1998, 64-68; 2002, 14; 2005, 110).

En este sentido, pese a que en líneas generales existe un evidente hilo conductor entre la política colonial de César y la de Augusto, son también manifiestas las diferencias entre ambas. En contraste con la política de César, quien en parte procedió a la creación de las denominadas colonias titulares, es decir sin que tuviese lugar *deductio* alguna, la de Octavio tuvo un carácter fundamentalmente militar, consistente en el asentamiento de veteranos (González Román, 1991, 98-100). De este modo, en función del número de individuos participantes en la fundación colonial, se pueden inferir las necesidades de espacio para los mismos. Para ello es preciso conocer también el destino de la población autóctona.

En lo que se refiere al primer aspecto, se han hecho cálculos relativos al número medio de colonos por colonia, postulándose cifras que irían desde los 3000-4000 para las ciudades italianas (Keppie, 1983, 98), los 2000-3000 para cada colonia (Brunt, 1971, 238 y 259-261) hasta apenas los 1000 colonos (Mann, 1983, 59). A los colonos cabría añadir la posibilidad de participación civil, tanto de *proletarii* como de romanos asentados con anterioridad a la creación de la colonia. En cuanto al segundo, el establecimiento de colonos en lugares ya habitados, como en el caso de *Hispalis*, suponía la puesta en práctica de diversas alternativas para la población autóctona. Entre estas posibilidades se pueden mencionar su expulsión en masa, su admisión en la colonia con el derecho a un cierto grado de participación en la vida pública o su conversión en mano de obra dependiente, es decir los denominados *in-*

colae; esta última posibilidad se ha constatado en la *Colonia Romula*.

Por lo tanto, la cuestión que cabe preguntarse es la de si el espacio englobado por el *pomerium* turdetano-republicano fue suficiente para dar cabida tanto a los colonos de César como a los de Augusto. La posibilidad de que *Hispalis* fuese inicialmente una colonia titular, unido a la circunstancia de que la fundación cesariana tuviese lugar como consecuencia del apoyo de la ciudad al bando pompeyano durante la guerra civil, indicio del trágico destino de parte de su población, permitiría sugerir que la concesión del estatuto colonial por César no llevó aparejada modificación alguna en su perímetro amurallado.

Por el contrario, los estudios relativos a la colonización augustea han puesto de manifiesto que la labor de Augusto se centró en obtener unas bases más estables y menos traumáticas que las de César, procediendo al asentamiento de soldados licenciados. En esta misma línea, se ha sugerido que del texto de Estrabón tradicionalmente utilizado para sostener la teoría de la doble fundación sería posible inferir ciertas deficiencias demográficas, que llevarían a Augusto a efectuar una nueva adscripción de colonos (Ordóñez, 1998, 70; 2005, 110). Por esta razón, se podría sostener también que fuera el asentamiento de veteranos por Octavio, en 15-13 a.C., el responsable de la erección de un nuevo dispositivo defensivo más extenso para la *Colonia Romula Hispalis*. Esta circunstancia acontecía en *Corduba* por esas mismas fechas (Ventura *et alii*, 1996, 93-94; Murillo, 2004, 45; Vaquerizo *et alii*, 2011, 28).

Asimismo, para efectuar una aproximación a las consecuencias urbanísticas que para *Hispalis* tendría la concesión del estatuto colonial se puede utilizar la información procedente de asentamientos que experimentaron un proceso similar. Para ello es preciso tener en cuenta las siguientes variables: un ámbito espacial semejante, es decir en el Bajo Guadalquivir; un marco temporal parecido, esto es colonias fundadas por César y Augusto; y una misma realidad urbanística, es decir asentamientos de relativa entidad y antigua fundación elevados a la categoría de *colonia civium romanorum*, pues la fundación de una colonia *ex novo* solía ir acompañada por la erección de una cerca a lo largo de su *pomerium*². Así aconteció en *Emerita Augusta*

2 Son abundantes los ejemplos de colonias que carecerían

(Mateos, 2004, 28 y 30) o *Caesaraugusta* (Martín, 1993, 118-119; Beltrán Lloris, 1999, 412). Por el contrario, no tenemos la certeza de que en el caso de antiguos núcleos de población la fundación colonial supusiera una ampliación del perímetro amurallado.

De esta manera, y teniendo en cuenta las tres variables que acabamos de mencionar, las colonias a las que se puede recurrir para establecer un paralelismo con la *Colonia Romula* serían la *Colonia Augusta Firma Astigi* y la *Colonia Genetiva Iulia Urso*. Los datos disponibles en relación al impacto en el urbanismo del establecimiento de ambas colonias no son abundantes ni concluyentes. En *Urso* los escasos datos parecen sugerir una ampliación del espacio urbano como consecuencia de la concesión del estatuto colonial (Corzo, 1979, 121; Campos, 1989, 108-109; Pachón, 2011, 195-197). En *Astigi* la fundación colonial fue acompañada de un incremento de su superficie, con un urbanismo de nueva planta a base de calles que se cortan en ángulo recto (Sáez *et alii*, 2004, 27 ss.; 2005, 90-93; García-Dils, 2010, 87 ss.; 2011, 107 ss.; 2012: 122 ss.).

Por otra parte, el Principado de Augusto supuso una transformación del paisaje urbano como consecuencia de la intensificación de la actividad constructiva (Bendala, 1999, 131-132; Jiménez Salvador, 1999, 146; Ordóñez, 2002, 16-17; 2005, 113-114). Dicha actividad se plasmó en la monumentalización de determinados ámbitos arquitectónicos, entre los que destacan los conjuntos forenses y las murallas. Ambos elementos representan el escenario privilegiado en el que se manifiestan tanto el dominio ideológico y cultural de Roma, en cuanto que cosmos nuevo y perfecto que se impone al caos representado por los bárbaros y la naturaleza, como la voluntad de representación de las nuevas élites locales; éstas van a utilizar el evergetismo o mecenazgo cívico como fórmula de promoción política (Melchor, 1994, 153). Es en este contexto donde habría que situar lo que se ha denominado “la remilitarización simbólica del paisaje” (Gros, 1996, 39).

Aunque no es posible afirmar que la citada monumentalización afectara al *pomerium* de *Hispalis* en época cesaraugustea, las termas excavadas

por Collantes en la Cuesta del Rosario sugieren que sí afectó a su conjunto forense³. Además en Abades 41-43 se documentaron los cimientos de una estancia trapezoidal de reducidas dimensiones, delimitada por cuatro muros de *opus incertum* dotados de zapatas de mamposería careada; su excavador le asigna una cronología que oscilaría entre mediados del siglo I a.C. y el siglo I d.C. y la relaciona con el desarrollo arquitectónico que para la ciudad debió suponer su transformación en colonia romana (Jiménez Sancho, 2002, 142-144). Estos datos, unidos a las intervenciones augusteas en la cerca de *Car-mo*, en concreto en las puertas de Córdoba (Jiménez Martín, 1977, 235; Ojeda, 2001, 183) y de Sevilla (Jiménez Martín, 1989, 196; Schattner, 2005), permiten inferir que algo se haría en las murallas de la *Colonia Romula*. Sin embargo, a día de hoy no es posible determinar su naturaleza y características.

De cualquier modo, fueran César (Jiménez Martín, 1981, 16) o Augusto (Corzo, 1997, 210) los impulsores de la ampliación del perímetro amurallado en la segunda mitad del siglo I a.C. esta no obedeció a una realidad urbanística. Salvo contadas excepciones, las intervenciones arqueológicas no han proporcionado estructuras de dicha cronología. Podríamos paralelizar su erección con la del siglo XII, pues en ella se incluyeron amplios espacios sin urbanizar. Si se aborda la cuestión desde esta perspectiva, se puede argumentar que las intervenciones con restos que se remontan a los siglos I-II d.C. encuentran su justificación en un emplazamiento intramuros desde la segunda mitad del siglo I a.C. Del mismo modo, en los siglos XIV y XV se urbanizaron extensas superficies intramuros desde el siglo XII.

Se puede afirmar también que en el siglo II d.C. se erigió un nuevo recinto amurallado en *Hispalis*. Dicha cronología encontraría un argumento a favor en el contexto histórico, puesto que es ahora cuando se erigen las murallas de la *nova urbs* italicense y las de *Munigua* (Grünhagen, 1982, 324). Sería también contemporánea de varios cambios urba-

de murallas (Gros, 1996, 39), a las que se ha denominado “ciudades abiertas” (Gros y Torelli, 1988, 255). Incluso se pueden mencionar casos de algunas que se negaron a erigirlas (González Acuña, 2011, 50).

3 Las más recientes investigaciones niegan el carácter de termas a dichos restos, vinculándolos con un amplio espacio con piletas perteneciente a una edificación de carácter diverso. Para ello se basan en la anómala disposición de las piscinas, la ausencia de muros y el carácter artesanal de los contextos precedentes (González Acuña, 2011, 483). Asimismo, estas investigaciones descartan la presencia de un espacio forense en el entorno del Salvador y la Plaza de la Alfalfa (González Acuña, 2011, 170-173).

nísticos producidos en la *Colonia Romula* (González Acuña, 2011, 193).

Dichos cambios consisten en una importante transformación en la distribución de las necrópolis (González Acuña, 2011, 540), en una sustitución generalizada de los antiguos ámbitos productivos/comerciales por una ocupación doméstica (González Acuña, 2011, 558) y en la construcción de diversas edificaciones de carácter singular. Entre éstas se incluyen varios complejos termas⁴, las columnas de la calle Mármoles⁵ y el edificio de planta rectangular documentado en la Plaza de la Pescadería e identificado con el *castellum aquae*⁶ (García García, 2007a, 11 y 19; 2007b, 137). En esta misma línea, se pueden añadir las estructuras documentadas en Alemanes 25 y parcelas aledañas, donde en época antonina se erigió una edificación de grandes piedras calizas sobre una superficie aterrizada (Vázquez, 2010, 3170), Placentines 7, con una estructura de hormigón sobre el que se dispuso como cimentación un encofrado de la misma naturaleza, mientras que el alzado consistiría en una fábrica de ladrillo, fechada en torno al siglo II d.C. (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2003, 962 ss.), la reforma adrianea de la edificación documentada en Francos 41 (Rodríguez Hidalgo, 1998) y tal vez la reorganización urbanística que se ha sugerido en la Plaza de la Virgen de los Reyes entre Tiberio y los Severos (Romo, 1999, 432).

Por lo tanto, la erección de la muralla en este momento sí que obedecería a una realidad urbanística. Son muy numerosas las intervenciones arqueológicas, llevadas a cabo al interior del hipotético *pomerium* imperial, que han revelado una estructura urbana plenamente consolidada a mediados del siglo II d.C.

4 Las termas documentadas en la *Colonia Romula* se localizan en la Cuesta del Rosario (Collantes de Terán, 1977, 63 y 70-72; Vera Reina, 1987, 55; González Acuña, 2011, 487), la calle Abades (Jiménez Martín, 1985, 8-9; Corzo, 1991, 74 ss.; González Acuña, 2011, 491) y el Palacio Arzobispal (Larrey y Verdugo, 1995, 566 ss.).

5 La historiografía sevillana atribuye a las columnas de la calle Mármoles una cronología del siglo II d.C. (Blanco, 1972, 20; 1979, 135; Blanco y Corzo, 1976, 143; Jiménez Martín, 1985, 8; Campos y González, 1987, 129; Márquez, 2003). No obstante, las últimas investigaciones al respecto vinculan su erección con un gran complejo eclesiástico, identificado con la sede episcopal y fechado hacia el siglo VI d.C. (González Acuña, 2011, 181-192 y 196).

6 Hay quienes han sugerido que se trate de una cisterna de almacenamiento y depósito de agua que formara parte de la red de distribución (Ordóñez y González Acuña, 2009, 70).

2.2. LAS CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS DE LAS MURALLAS DE HISPALIS.

Si centramos nuestra atención en las características arquitectónicas de los restos que se han vinculado con las murallas de *Hispalis*, de su análisis resulta evidente que no todos se erigieron con la misma técnica (Valor, 1991, 60). A pesar de que la historiografía sevillana haya considerado que todos los restos identificados con la muralla de la *Colonia Romula* pertenecen a la cerca imperial de *Hispalis* (Campos, 1993, 194), no es posible sostener la hipótesis de que pertenecieron a un mismo recinto defensivo. Por el contrario, lo que aquí sostenemos como más plausible es que dichos restos no formaron parte al mismo tiempo de la cerca de la *Colonia Romula*, puesto que *Hispalis* habría dispuesto de al menos dos recintos amurallados. El principal argumento para sostener la existencia de sendos recintos romanos, aparte de ciertas consideraciones de carácter arqueológico que hemos expuesto en otro lugar, lo constituye las descripciones de los restos vinculados con las defensas de la Sevilla romana. Es posible detectar en ellos distintas técnicas constructivas que podrían representar diferentes cronologías.

- Lenzos erigidos con lo que parecía ser *opus caementicium*. Al respecto Collantes aludió a derretido de 2 m de grosor en la calle Orfila, aunque ahora sabemos que se trata de tapial (Oliva, 2008). Asimismo, los restos de la Avenida de la Constitución podrían pertenecer a estructuras de carácter portuario (Ordóñez, 1998, 157-159).

- Lenzos erigidos con dos paramentos de piedra con un relleno de argamasa y piedra de no muy buena calidad, como en la calle Martín Villa. Para este lienzo Collantes ya apuntó la posibilidad de que constituyese la evidencia de una ampliación del perímetro amurallado en este punto (Collantes de Terán, 1977, 75). Por su parte, Carriazo hace mención a fortísimo mortero que estuvo paramentado de sillería al final de la Avenida de la Constitución.

- Lenzos erigidos con sillares y una anchura similar, como el lienzo de piedra labrada de más de 2'50 m de anchura de Santa Catalina, el de la Plaza de Villasís, cuyo espesor alcanzaba los 3 m, y el de la Encarnación, con sillares de piedra alcoriza dispuestos en *opus quadratum* y 4 m de anchura.

Una vez que hemos evidenciado las diferencias existentes en las técnicas empleadas en los lienzos vinculados a las defensas hispalenses, el siguiente paso consiste en determinar la cronología de cada

uno de ellos. Para esta tarea utilizaremos las murallas del entorno más inmediato de *Hispalis*, comparando las técnicas constructivas documentadas en ellas con las sevillanas (figura 9). Ahora bien, la mayor dificultad al respecto estriba en que la datación tipológica requiere analogías datables (Lander, 1984, 151) y estas no son especialmente abundantes en Andalucía Occidental⁷. Además, en lo que se refiere a las fortificaciones romanas no es muy conveniente trasladar la casuística de una zona a otra, ni siquiera de un recinto a otro. Al respecto, parece muy probable que en la erección de cada recinto desempeñaran un papel determinante las circunstancias peculiares de cada ciudad. Entre dichas circunstancias se pueden mencionar su actividad económica, su vitalidad, supuestas amenazas exteriores e incluso razones de prestigio (Rebuffat, 1986).

En primer lugar, el posible empleo del *opus caementicium* en el recinto más antiguo permitiría sugerir una cronología augustea para el mismo, basándonos para ello en dos argumentos. No es posible relacionar con ningún resto sevillano las murallas republicanas de *Urso*, erigidas durante las Guerras Civiles entre el 50 y el 45 a.C., si bien hay investigadores que sostienen una cronología más antigua (Escacena, 2002, 85, 88 y 89; Salas, 2002, 99; Hourcade, 2003; Pachón y Ruiz Cecilia, 2005). Estas murallas se caracterizan por un núcleo a base de varios muros de piedra, que conforman espacios rellenos de tierra, arena y piedras, paramento exterior en talud, un terraplén en su cara interior y torres semicirculares (figura 10) (Engel y Paris, 1906, 380 ss.; Corzo, 1977a, 13 ss.; 1977b, 137). Por su parte, hay cierta similitud entre alguno de los restos atribuidos al *pomerium* de *Hispalis* y la muralla más antigua de *Italica* y la de *Ilipa Mag-*



Figura 11. Muralla de la *vetus urbs* de *Italica*, Santiponce, Sevilla (fotografía cortesía de José Manuel Rodríguez Hidalgo).

na. Así tradicionalmente se ha sostenido que la de *Italica* se habría erigido en *opus caementicium* con paramento de *opus incertum*, dotada de torres circulares (figura 11) y se habría fechado tanto a finales de época republicana (Corzo, 1982, 310; Jiménez Martín, 1977, 230) como en época de Augusto (Roldán, 1993, 42; Caballos *et alii*, 1999, 58 y 63). No obstante, recientemente se ha interpretado la torre circular junto al teatro como una *exedra* exterior perteneciente a una plaza pública (Jiménez, 2009: tomo 1, 32). En cuanto a la de *Ilipa Magna*, con una cronología de principios del siglo I d.C., consiste en una obra de *opus caementicium*, a base de piedras de mediano tamaño unidas con mortero que contiene una alta proporción de cal, y torres cuadrangulares que se proyectan a ambos lados de la cerca (figura 12) (Izquierdo, 2007; 2009; Prados, 2007; Romo *et alii*, 2002; Villa, 2010, 4139). Recientemente se ha documentado una torre circular (Taylor, 2010).

Por otra parte, la presencia entre los lienzos sevillanos de restos erigidos con dos paramentos de sillares e interior de argamasa y piedra permite plantear tres hipótesis relativas a su cronología. La primera consiste en que su erección fuese contemporánea de las fortificaciones romanas de Niebla y Tejada la Nueva en Huelva y Alcalá del Río, Gerena (figura 13) y Carmona en Sevilla⁸. Para todas ellas se ha sostenido como cronología el siglo II d.C. (Blanco y Corzo, 1976, 159-160; Corzo, 1977a,

⁷ Las intervenciones de Engel y Paris y Corzo en Osuna (Engel y Paris, 1906; Corzo, 1977a; 1977b); las del Instituto Arqueológico Alemán en *Munigua* (Grünhagen, 1982; Schattner, 2003, 52 ss.); la del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico en la Puerta de Córdoba en Carmona (Ojeda y Tabales, 1996; Ojeda, 2001); las de la Puerta de Sevilla (Gómez *et alii*, 2001, 115, 117 y 119; Campos *et alii*, 2006, 219) y sus lienzos inmediatos en Niebla (Gómez y Beltrán Pinzón, 2006, 647-648; Campos *et alii*, 2006, 273-274); las llevadas a cabo en diversos puntos de Alcalá del Río (Izquierdo, 2007; 2009; Prados, 2007; Taylor, 2010; Villa, 2010); la de San Juan de Aznalfarache en el transcurso de las obras de la línea 1 del metro de Sevilla (Pozo *et alii* 2006, 208); y las efectuadas en el casco histórico de Córdoba (Ibáñez, 1990; Botella, 1995; Aparicio, 2001; Ruiz Nieto, 2002; 2003; López, 2002; Roderio *et alii*, 2003; Carrasco *et alii*, 2003; Molina, 2005; 2009; Valdivieso, 2010).

⁸ Niebla (Jiménez Martín, 1977, 224-226), Tejada la Nueva (Jiménez Martín, 1977, 226-227), Alcalá del Río (Hernández *et alii*, 1939, 92; Thouvenot, 1940, 390; Jiménez Martín, 1977, 231-233), Gerena (Hernández *et alii*, 1955, 170, 178 y 179; Jiménez Martín, 1977, 227-229) y Carmona (Thouvenot, 1940, 392 ss.; Jiménez Martín, 1977, 233-226; 1989, 187 ss.).

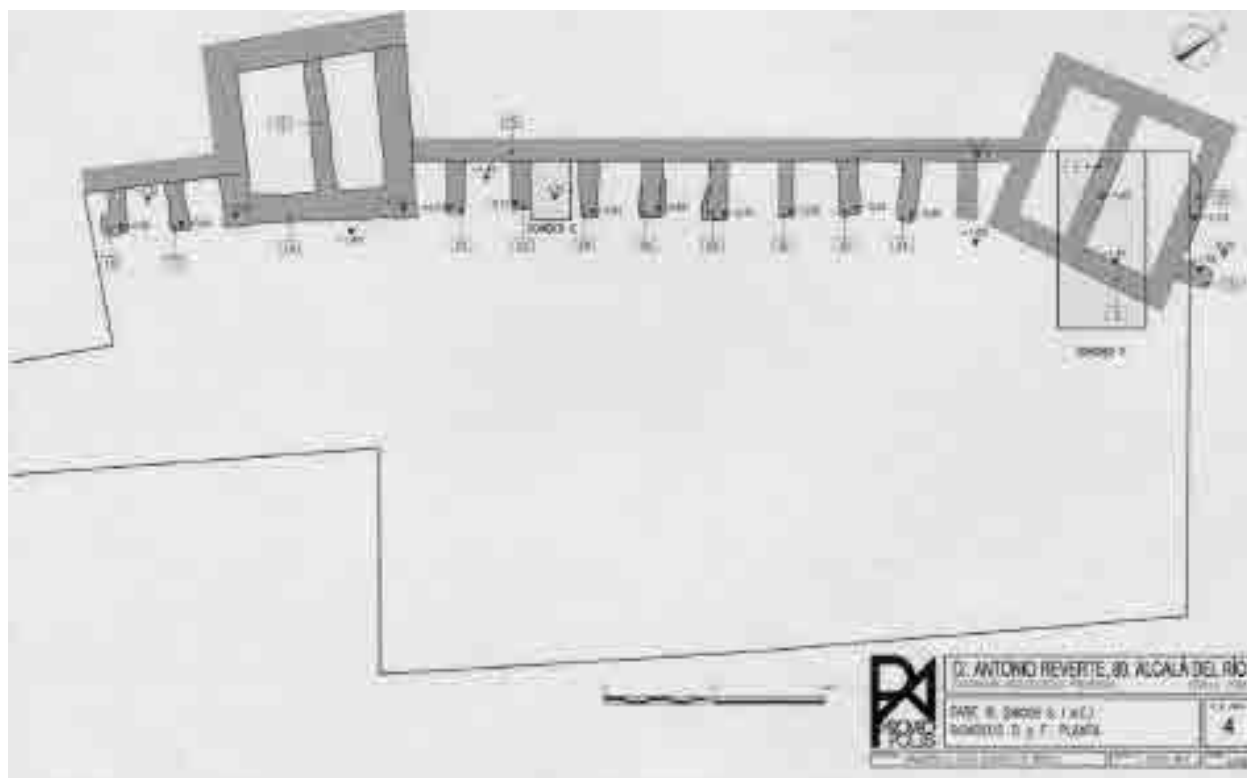


Figura 12. Planta de la muralla romana documentada Antonio Reverte 80 de Alcalá del Río, Sevilla, según Izquierdo (2009).

17-18) y las guerras sertorianas (Jiménez Martín, 1977, 237). Esta última datación parece demasiado precoz para el caso hispalense, aunque hace años Blanco sostuvo incluso que las sevillanas se erigieron como consecuencia de las incursiones lusitanas en la *Ulterior* en el siglo II a.C. (Blanco, 1972, 14-15; 1979, 116). En relación a este punto, las intervenciones arqueológicas efectuadas en Córdoba han documentado diversos tramos de la muralla erigida a lo largo del segundo cuarto del siglo II a.C. Todos ellos se caracterizan por sendos lienzos paralelos, el exterior muestra una anchura entre los 2 y 3 m y está configurado por grandes sillares dispuestos en hiladas alternas de saga y tizón. El interior es más bajo y estrecho, separado del primero por un terraplén de 6 m de anchura y cantos rodados, mampostería y arcilla (Escudero *et alii*, 1999, 202-203; Murillo y Jiménez Salvador, 2002, 187; Murillo, 2004, 43; 2006, 349-350; Molina y Valdivieso, 2007; Vaquerizo *et alii*, 2011, 12-13).

La segunda hipótesis consiste en defender una cronología similar a la de la muralla de la *nova urbs* italicense, erigida en la primera mitad del siglo II d.C. (figura 14) (Jiménez Martín, 1977, 230;

Roldán, 1993, 47; Caballos *et alii*, 1999, 32 y 62). Todos los investigadores coinciden en señalar que no tendría carácter defensivo, sino tan sólo simbólico y administrativo (Jiménez Martín, 1977, 231; Corzo, 1982, 315; Pellicer, 1982, 233; Roldán, 1993, 42 y 47; Caballos *et alii*, 1999, 63). Con ella parece compartir varias características el lienzo registrado por Collantes en el transcurso de las obras de



Figura 13. Torre del recinto romano de Gerena, Sevilla (fotografía cortesía de José Manuel Rodríguez Hidalgo).

alcantarillado de la calle Martín Villa. En *Italica* la anchura oscila en torno al 1'50 m (Roldán, 1993, 46), mientras que en Sevilla no supera los 2 m; estas diferencias las hay que atribuir a la desaparición de los sillares en *Italica*. En lo que al relleno se refiere, en ambos casos la obra no es de gran calidad constructiva, pues en *Italica* la argamasa es poco consistente (Roldán, 1993, 45), mientras que Collantes alude a un relleno de no muy buena calidad en Martín Villa.

La tercera hipótesis supone la posibilidad de que la nueva cerca hispalense fuera contemporánea de la de *Munigua*, erigida de manera apresurada para hacer frente a las incursiones de los *mauri* en la Bética, a comienzos de la década de los años setenta del siglo II d.C. (figura 15) (Grünhagen, 1982; Schattner, 2003, 52 ss.). Dicha cronología se defendió hace años para las murallas andaluzas erigidas a base de dos paramentos de sillares y relleno de *opus caementicium* (Corzo, 1977a, 17-18).

Finalmente, la presencia de restos en los que tan sólo se alude a la piedra como material de construcción se puede interpretar de tres maneras. La concesión del estatuto colonial a *Hispalis* fue acompañado de la erección de un nuevo recinto amurallado en el que se emplearon sillares. Con dicho recinto se podrían relacionar los hallazgos de la Parroquia de Santa Catalina y la Plaza de Villasís y los restos excavados en la Encarnación y en el Patio de Banderas del Alcázar. Como quiera que para ambas estructuras se ofrece una datación diferente, aquéllas de mediados del siglo I d.C. mientras que éstas entre los años 60-30 a.C., se puede sostener que la cerca de la *Colonia Romula* no se levantara en un



Figura 14. Muralla de la *noua urbs* de *Italica*, Santiponce, Sevilla (fotografía cortesía de José Manuel Rodríguez Hidalgo).



Figura 15. Lienzo septentrional del recinto amurallado de *Munigua*, Villanueva del Río y Minas, Sevilla (fotografía cortesía del Instituto Arqueológico Alemán).

único impulso constructivo. Sabemos que así aconteció en la ampliación del recinto amurallado de *Corduba* hacia el río, pues sería proyectada y quizás comenzada en época de Augusto, pero concluida bajo sus sucesores⁹ (Murillo, 2004, 45 ss.; León Muñoz *et alii*, 2008, 266 y 268). En virtud del emplazamiento de alguno de ellos en puntos donde la historiografía sevillana se muestra unánime en localizar sendos accesos de la cerca imperial romana, en segundo lugar se puede plantear la hipótesis de que los restos de la Parroquia de Santa Catalina y la Plaza de Villasís formaran parte del dispositivo defensivo de alguno de los accesos de *Hispalis*. En relación a este punto, cabe recordar cómo en la Puerta de Córdoba de Carmona, erigida según sus excavadores a fines del siglo I a.C. o comienzos del I d.C., se utilizó el *opus quadratum* (Ojeda, 2001, 166). La última posibilidad supone que los lienzos de Santa Catalina y la calle Villasís pertenecieran a la cerca erigida por 'Abd al-Rahmān II en el 844, tras el saqueo de *Išbīlia* por los normandos.

⁹ Las excavaciones efectuadas en el lienzo meridional de la ampliación augustea han documentado, en el Paseo de la Ribera, muros erigidos con sillares de calcarenita, dispuestos a soga y tizón, tomados con mortero de cal y arena y calzados con ripios y cantos, a los que se atribuye una cronología julio-claudia (Rodero *et alii*, 2003).



Figura 16. Restos de la muralla romana de Niebla, Huelva (fotografía cortesía de Juan Manuel Campos).



Figura 17. Torres 5 y 6 del recinto romano de Tejada la Nueva, Escacena del Campo, Huelva (fotografía cortesía de Juan Manuel Campos).

3. A MODO DE SÍNTESIS.

En relación al *pomerium* de la *Colonia Romula* sugerimos la existencia de al menos dos expedientes constructivos. A este respecto resultan muy sugerentes las ideas de Vioque, Vera y López, quienes ya en los años 80 dibujaron sendos recintos diferentes para el 50 a.C. y para el siglo II d.C. (Vioque *et alii*, 1987, 210-213). Igualmente resultan de sumo interés las afirmaciones de Amores relativas a que *Hispalis* habría dispuesto de varias cercas entre la República y la conquista musulmana, calificando de entelequia la existencia de una sola muralla romana (Amores, 2005, 157).

En este sentido, a lo largo de la segunda mitad del siglo I a.C. se debió intervenir en el recinto amurallado de *Hispalis*. Esta intervención sería contemporánea de la concesión del estatuto colonial por César, en el 45 a.C., o de la segunda deducción de colonos por parte de Augusto, hacia el 15-13 a.C.



Figura 18. Muralla romana documentada, en el transcurso de las obras de la línea 1 del metro de Sevilla, en San Juan de Aznalfarache, Sevilla (fotografía cortesía de Laura Mercado).

En el estado actual de nuestros conocimientos no es posible determinar en qué medida se ampliaron las dimensiones de la cerca turdetano-republicana. En cuanto a su aspecto, la primera muralla de la *Colonia Romula* se erigiría en *opus caementicium* con paramentos de *opus incertum*. En esta afirmación nos basamos en las características arquitectónicas de las estructuras tradicionalmente identificadas con la muralla de la *vetus urbs* de *Italica*, para la que se ha sostenido una cronología tanto de finales de época republicana como augustea, y en las de *Ilipa*, fechada a comienzos del siglo I d.C. Sin embargo, los restos que más recientemente se han identificado con el *pomerium* de *Hispalis* en la Encarnación y tal vez en el Patio de Banderas se erigieron con sillares, como aconteció en la ampliación del recinto amurallado de *Corduba* hacia el río. Por otra parte, los datos proporcionados por las intervenciones arqueológicas ponen de manifiesto la ausencia de niveles de la segunda mitad del siglo I a.C. Si se hubiese producido entonces una ampliación del perímetro amurallado se trataría de una decisión fundamentalmente política.

Asimismo, durante el siglo II d.C. se procedería a erigir una nueva cerca que abarcase una superficie más amplia que el recinto cesaraugusteo. Al respecto es posible plantear dos posibilidades. En primer lugar, que dicha cerca fuese contemporánea de la erigida alrededor de *nova urbs* italicense por el emperador Adriano. De esta manera su función sería administrativa y simbólica más que propiamente defensiva. En segundo, que se cons-

truyese con una funcionalidad defensiva para hacer frente a las incursiones de los *mauri* del otro lado del Estrecho. Si se toman en consideración las características arquitectónicas de la muralla de la *noua urbs* italicense, la de *Hispalis* constaría de un núcleo de *opus caementicium* y paramento de sillares. A dicha tipología parece responder algún lienzo vinculado por la historiografía con la muralla imperial romana, como el de la calle Martín Villa. Por lo tanto, el recinto amurallado de *Hispalis* sería similar al de varios recintos de la *Baetica*, para los que se ha sostenido una cronología tanto del primer cuarto del siglo I a.C. (Jiménez Martín, 1977, 237) como del siglo II d.C. (Blanco y Corzo, 1976, 159-160; Corzo, 1977a, 17-18). En esta línea, algunos se han excavado en los últimos años con dataciones diversas¹⁰. Además, y al contrario de lo que acontecía para la segunda mitad del siglo I a.C., la arqueología revela la presencia habitual en el registro sevillano de niveles del siglo II d.C. A este extremo, habría que añadir la remodelación urbanística a gran escala que experimentó la *Colonia Romula* entre finales del siglo I y mediados del II d.C. (González Acuña, 2011, 193).

En fin, en vista de los datos de los que se dispone hoy en día es posible sostener la existencia de al menos tres recintos amurallados durante la dominación romana de *Hispalis*¹¹.

10 El de Niebla, que consta de paramentos de sillares de disposición irregular y núcleo de mampostería trabada con barro y dispuesta en tongadas horizontales de 0'50 metros de altura media, se fecha a fines del siglo I o principios del II d.C. (figura 16) (Gómez y Beltrán Pinzón, 2006, 647-648; Campos *et alii*, 2006, 273-274 y 351); el de Tejada la Nueva, con un *podium* realizado a base de sillares sobre el que se superpone un cuerpo de *opus caementicium* forrado de sillares, se fecha en el cambio de Era (figura 17) (Campos y Vidal, 1999, 231-232; 2003, 55-56; Vidal, 2007, 209); el de San Juan de Aznalfarache es de carácter monumental, con forro de sillares y al que se asigna una cronología julio-claudia (figura 18) (Pozo *et alii*, 2006, 208); y en Alcalá del Río se ha sugerido una reforma de la cerca de principios del siglo I d.C. en virtud de las diferencias documentadas en los materiales y técnicas constructivas de los lienzos de la calle Pasaje Real 2-4 en relación a los restantes (Izquierdo, 2007, 204), mientras que en la cara norte de una de las torres excavadas en Antonio Reverte 80 se documentó un sillar de piedra alcoriza, adosado a una de sus caras y dispuesto a soga, y el negativo de otro no conservado dispuesto a tizón (Izquierdo, 2009, 3053).

11 No se pueden descartar modificaciones en época tardorromana y/o visigoda, si bien en este último caso excedería de los límites temporales de nuestro trabajo. Sabemos que así aconteció en *Italica*, en Córdoba o en Mérida, por citar sólo los ejemplos más cercanos. En este orden de cosas, algún autor ha relacionado la estructura documentada en el número 16 del

El más antiguo lo constituye el que se menciona en sendos pasajes relativos al enfrentamiento entre César y los partidarios de Pompeyo (*Bell. Hisp.* 35-36). Su trazado sería muy similar al prerromano, por lo que lo denominamos turdetano-republicano, extremo en el que coincidimos con González Acuña (González Acuña, 2011, 65).

El segundo sería contemporáneo de la concesión por César del estatuto colonial a *Hispalis*, en el 45 a.C., o de la segunda deducción de colonos por parte de Augusto, hacia el 15-13 a.C. La formalización de este recinto pudo comprender un amplio lapso temporal, como sucedió en la ampliación del recinto amurallado de *Corduba* hacia el río, proyectada y quizás comenzada en época de César o Augusto, pero concluida bajo sus sucesores. De este modo si la estructura documentada en la Encarnación fuese un lienzo de la cerca se podría vincular con este proceso¹². Por último, en el estado actual de nuestros conocimientos, no es posible determinar en qué medida se aumentaron las dimensiones del *pomerium* del recinto turdetano-republicano. Con todo

Patio de Banderas del Alcázar con dichas modificaciones (González Acuña, 2011, 63).

En *Italica* las prospecciones de los años 90 del pasado siglo detectaron una potente muralla, a la que se asignó una cronología de fines del siglo III o principios del IV d.C. y que reduce su superficie a menos de 27 hectáreas (Rodríguez Hidalgo, 1997, 108; Rodríguez Hidalgo *et alii*, 1999, 79, 81 y 94; Caballos *et alii*, 1999, 62). En el siglo VI d.C. las fuentes históricas informan de una restauración de las murallas efectuadas por el soberano visigodo Leovigildo.

En Córdoba en los siglos VI-VII d.C. se procedió al cerramiento de uno de los vanos laterales de la puerta del puente, erigida en época julio-claudia, que comunicaba el pórtico con la escalinata de acceso a la ribera del Guadalquivir (Carrasco *et alii*, 2003, 290). En el siglo VI d.C. se erigió una fortificación en la esquina sudoccidental del recinto amurallado de la *Colonia Patricia*, realizado con sillares e identificado con un *castellum* (León Muñoz *et alii*, 2008, 269-270).

En Mérida la muralla augustea experimentó una reforma hacia el siglo V d.C. Consistió en tapiar las puertas o disminuir la amplitud de sus vanos y en forrar aquella con un muro de material reutilizado a base de sillares de granito, con abundante material funerario (Mateos, 2004, 31-32; Álvarez, 2007, 655).

Por otra parte, son diversas las localidades de *Hispania* que se dotaron de recintos amurallados en época bajoimperial (Fernández Ochoa y Morillo, 1991; 1992; 2002).

12 La lectura de la tesis doctoral de uno de sus excavadores sugiere la posibilidad de que se vinculase a la tercera asignación de colonos promovida por el emperador Otón, en el año 69 d.C. (González Acuña, 2011, 403, 555 y 556). Como se ha señalado que la misma no la pudo llevar a cabo de modo efectivo el propio Otón (Ordóñez, 1998, 167 ss.; 2002, 20; 2005, 115-116) habría que atribuir la erección del supuesto lienzo de la Encarnación a la labor de la dinastía flavia.

CÓDIGO	LOCALIZACIÓN	BIBLIOGRAFÍA	CARACTERÍSTICAS
1	Avenida de la Constitución	Carriazo (1974-1975)	Mortero con paramentos de sillería
2	Calle Gallegos	Campos (1991)	Muros de sillares de gran espesor con el dado del espigón de una puerta
3	Calle Martín Villa (frente a los números 7 y 8)	Collantes de Terán (1977)	Paramentos de piedra con un relleno de piedra y argamasa de 1'95 m de espesor
4	Calle Orfila	Collantes de Terán (1977)	Muro de derretido de 2 m de espesor
5	Capilla del Rosario y del Sagrario de la Parroquia de Santa Catalina	Collantes de Terán (1977)	Piedra labrada de más de 3 varas de grueso
6	Casa de Miguel de Mañara	Ojeda (1993 y 1991) y Ojeda y Tabales (1994)	Muro de sillares ciclópeos
7	Mercado de la Encarnación (V fase de intervención)	Amores y González Acuña (2004, 2006a y 2006b) y González Acuña (2011)	Sillares de piedra alcoriza dispuestos en <i>opus quadratum</i>
8	Número 16 del Patio de Banderas del Alcázar	Tabales (2002a, 2002b, 2002c y 2010b)	Alineación de sillares de piedra alcoriza y módulo romano con llagas irregulares y cuñas de grava
9	Parroquia de San Martín (torre del campanario)	Campos (1991y 1993)	Muros de 2'70 m de espesor
10	Patio de Banderas del Alcázar	Tabales (2010c) y Vargas Lorenzo (2010)	Alineación de sillares almohadillados, aparejo de <i>opus quadratum</i> en hiladas alternas a soga y tizón, cuñas de piedra y <i>emplecton</i> interior
11	Plaza de Villasís	Collantes de Terán (1977)	Muro de sillares de caliza de 3 m de espesor
12	Plaza del Cabildo	Corzo (1997)	Estructura de <i>opus caementicum</i>
13	Portada de la Montería del Alcázar	Tabales (2006, 2010a y 2010b)	Estructura de sillares calizos trabados con argamasa y cuñas de ladrillo sobre <i>emplecton caementicio</i>

Tabla 1. Estructuras vinculadas con registros de carácter poliorcético de *Hispalis*

se puede sugerir que dicha ampliación tuviese lugar en su flanco septentrional.

El tercero se erigiría durante el siglo II d.C., como consecuencia del espectacular auge que experimentó la ciudad desde Claudio y sobre todo con los Antoninos. Sería contemporáneo por tanto de una importante transformación en la distribución de las necrópolis y de un ambicioso programa de reordenación urbanística. Este tiene sus hitos más espectaculares en los diversos complejos termale documentados en la Cuesta del Rosario, el Palacio Arzobispal y la calle Ababes, en las columnas de la calle Mármoles y en el *castellum aquae* de la Plaza de la Pescadería. Su trazado coincidiría *grosso modo* con el que la historiografía asigna a la *Hispalis* imperial

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, J.M. (2007), "Consideraciones acerca del recinto amurallado emeritense", *Murallas de ciudades romanas en el Occidente del Imperio. Lucus Augusti como paradigma*, Lugo, 651-670.
- Amores, F. (2005), "La cristianización de la ciudad de Sevilla en la tardoantigüedad", *La catedral en la ciudad (I). Sevilla, de Astarté a San Isidoro*, Sevilla, 140-160.
- Amores, F. y González Acuña, D. (2004), *Informe de la intervención arqueológica de urgencia en el solar del antiguo Mercado de la Encarnación (Sevilla). V fase*. Documento interno de la Delegación Provincial de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía en Sevilla.
- (2006a), "V Fase de intervención arqueológica en el Mercado de la Encarnación (Sevilla). Contextos tardoantiguos", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2003, III-2*, Sevilla, 197-206.
- (2006b), *Memoria preliminar de la actividad arqueológica preventiva Proyecto de emergencia Plaza de la Encarnación (Sevilla). VI fase de intervención arqueológica*, Documento interno de la Delegación Provincial de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía en Sevilla.
- Aparicio, L. (2001), "Intervención arqueológica de urgencia en el Paseo de la Victoria nº 49 recayente a la c/ Tejón y Marín nº 6, en el lienzo oeste de la muralla romana de Córdoba", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1999, III*, 172-181.
- Beltrán Fortés, J., González Acuña, D. y Ordóñez, S. (2005), "Acerca del urbanismo de *Hispalis*. Estado de la cuestión y perspectivas", *Mainake*, XXVII, 61-88.
- Beltrán Lloris, M. (1999), "Colonia Caesaravgvsta", *Hispania. El legado de Roma*, Zaragoza, 411-415.
- Bendala, M. (1999), "La paz augustea y la romanización", *Hispania. El legado de Roma*, Zaragoza, 127-137.
- Blanco, A. (1972), "La Sevilla Romana. Colonia Iulia Rómula Hispalis", *Historia de urbanismo sevillano*, Sevilla, 1-22.
- (1979), *Historia de Sevilla. La ciudad antigua (de la Prehistoria a los visigodos)*, Sevilla.
- Blanco, A. y Corzo, R. (1976), "El urbanismo romano de la Bética", *Symposion de ciudades augusteas*, Zaragoza, 137-165.
- Botella, D. (1995), "Intervención arqueológica de urgencia en plaza de Colón 8, Córdoba", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1992, III*, 235-243.
- Brunt, P.A. (1971), *Italian Manpower. 226 BC-14 AD*, Oxford.
- Caballos, A., Marín, J. y Rodríguez Hidalgo, J.M. (1999), *Itálica arqueológica*, Sevilla.
- Campos, J.M. (1989), "Análisis de la evolución espacial y urbana de Urso", *Estudios sobre Urso. Colonia Genitiva Iulia*, Sevilla, 99-111.
- Campos, J.M., Gómez, F. y Pérez, J.A. (2006), *Ilip-la-Niebla. Evolución urbana y ocupación del territorio*, Huelva.
- Campos, J.M. y González, J. (1987), "Los foros de Hispalis Colonia Romvla", *Archivo Español de Arqueología* 60, 123-158.
- Campos, J.M. y Vidal, N. (1999), "El urbanismo de las ciudades romanas del territorio onubense: el caso de Iptucci (Tejada la Nueva)", *II Congreso de Arqueología Peninsular. Arqueología romana y medieval, IV*, Madrid, 229-236.
- (2003), "Las ciudades hispano-romanas del territorio onubense. Estado de la cuestión", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 13, 41-81.
- Carrasco, I., Murillo, J.F., Rodero, S., González, M.L. y Garriguet, J.A. (2003), "Informe-memoria de la I.A.U. en el Paseo de la Ribera (1999-2001). I. Sector de la Puerta del Puente", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2000, III-1*, 283-298.
- Carriazo, J. de M. (1974-1975), "Una zanja en el

- suelo de Sevilla”, *Cuadernos de la Alhambra*, 10-11, 91-97.
- Collantes de Terán, F. (1977), *Contribución al estudio de la topografía sevillana en la antigüedad y en la edad media*, Sevilla.
- Corzo, R. (1977a), *Osuna de Pompeyo a César. Excavaciones en la muralla republicana*, Sevilla.
- (1977b), “Osuna. Excavaciones en la muralla republicana”, *Noticiario Arqueológico Hispánico* 5, 137-143.
- (1979), “Arqueología de Osuna”, *Archivo Hispalense* 189, 117-137.
- (1982), “Organización del territorio y evolución urbana en Itálica”, *Excavaciones Arqueológicas en España*, 121, 300-319.
- (1991), “Las termas, la ciudad y el río de Sevilla en la antigüedad. Excavaciones en la calle Abades”, *Temas de Estética y Arte*, V, 67-99.
- (1997), “Sobre la topografía de Hispalis”, *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría*, XXV, 193-211.
- Engel, A. y Paris, P. (1906), “Une forteresse ibérique à Osuna (fouilles de 1903)”, *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques*, XIII, 357-491.
- Escacena, J.L. (2002), “Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista”, *Spal*, 11, 69-106.
- Escudero, J.M., Morena, J.A., Vallejo, A. y Ventura, A. (1999), “Las murallas de Córdoba (el proceso constructivo de los recintos desde la fundación romana hasta la Baja Edad Media)”, *Córdoba en la Historia: La construcción de la Urbe*, Córdoba, 201-224.
- Fernández Flores, A. y Rodríguez Azogue, A. (2003), “Intervención arqueológica en calle Placentines 7 de Sevilla. Aportación al conocimiento de Hispalis, su delimitación, topografía y el carácter de las edificaciones del sector oeste de la ciudad romana”, *Anuario Arqueológico de Andalucía/ 2000, III-2*, 952-970.
- Fernández Ochoa, C. y Morillo, A. (1991), “Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18, 227-259.
- (1992), “Fortificaciones urbanas de época bajoimperial en Hispania. Una aproximación crítica”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 19, 319-360.
- (2002), “Entre el prestigio y la defensa: la problemática estratégico-defensiva de las murallas tardorromanas en Hispania”, *Arqueología militar romana en Hispania*, Gladius, Anejos 5, 577-589.
- García-Dils, S. (2010), “El urbanismo de *colonia Augusta Firma Astigi* (Écija-Sevilla). Muralla, viario y red de saneamiento”, *Romvla*, 9, 85-116.
- (2011), “*Colonia Augusta Firma Astigi* (Écija, Sevilla). La estructura urbana de una fundación romana en la *Baetica*”, *Colonias de César y Augusto en la Andalucía romana*, Roma, 99-128.
- García García, M.A. (2007a), “El castellum aquae de Hispalis”, *La Catedral en la ciudad (III). Los Caños y los difuntos. Primer tomo*, Sevilla, 5-20.
- (2007b), “Aqua Hispalensis. Primer avance sobre la excavación de la cisterna romana de la Plaza de la Pescadería (Sevilla)”, *Romvla*, 6, 125-142.
- García y Bellido, A. (1955), “Las primeras invasiones moras (época romana) en España”, *Archivo del Instituto de Estudios Africanos*, 33, 31-39.
- Gómez, F. y Beltrán Pinzón, J.M. (2006), “Seguimiento arqueológico de apoyo a la restauración de las murallas de Niebla (Huelva): Fases de amurallamiento en el tramo Puerta de Sevilla-torre 26”, *Anuario Arqueológico de Andalucía/ 2003, III-1*, 640-652.
- Gómez, F., Campos, J.M., Guerrero, O. y Benabat, Y. (2001), “Arqueología urbana en Niebla. Actuación de apoyo a la restauración de la puerta de Sevilla”, *Anuario Arqueológico de Andalucía/ 1998, II*, 112-120.
- González Acuña, D. (2005), “Imágenes de *Hispalis*. De la visión mítica al conocimiento científico”, *La catedral en la ciudad (I). Sevilla, de Astarté a San Isidoro*, Sevilla, 59-99.
- (2011), *Forma Urbis Hispalensis. El urbanismo de la ciudad romana de Hispalis a través de los testimonios arqueológicos*, Sevilla.
- González Román, C. (1991), “Las colonias romanas de la Hispania meridional en sus aspectos socio-jurídicos”, *La Bética en su problemática histórica*, Granada, 87-110.
- Gozalbes, E. (1979), “Incursiones de moros contra la Bética en el mundo antiguo”, *Jabega*, 26, 50-53.
- Gros, P. (1992), “*Moenia*: aspects défensifs et aspects représentatifs des fortifications”, *Fortificationes antiquae*, Amsterdam, 211-215.

- (1996), *L'Architecture Romaine. 1. Les Monuments Publics*, París.
- Gros, P. y Torelli, M. (1988), *Storia dell'urbanistica. Il mondo romano*, Bari.
- Grünhagen, W. (1982), "Cronología de la muralla de Munigua", *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Madrid, 315-328.
- Hauschild, T. (1994), "Murallas de Hispania en el contexto de las fortificaciones del área occidental del Imperio Romano", *La ciudad en el mundo romano*, XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica, Tarragona, 223-232.
- Hernández, J., Sancho, A. y Collantes de Terán, F. (1939), *Catálogo Arqueológico y Artístico de la provincia de Sevilla, I*, Sevilla.
- (1955), *Catálogo Arqueológico y Artístico de la provincia de Sevilla. Tomo IV*, Sevilla.
- Hourcade, D. (2003), "Les murailles des villes romaines de l'Hispanie republicaine et augustéenne: enceintes ou fortifications du territoire urbain?", *Defensa y territorio en Hispania de los Scipiones a Augusto*, León, 295-324.
- Ibáñez, A. (1990), "Intervención Arqueológica de Urgencia en la Ronda de los Tejares 6 de Córdoba", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1987, III*, 176-181.
- Izquierdo, R. (2007), "*Fortissimum oppidum*. Investigaciones en la muralla romana de Alcalá del Río", *Ilipa antiqva. De la Prehistoria a la época romana*, Actas del I Congreso de Historia de Alcalá del Río, Alcalá del Río, 193-209.
- (2009), "Intervención arqueológica preventiva en la calle Antonio Reverte nº 80 de Alcalá del Río (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2004.1*, 3048-3059.
- Jiménez Martín, A. (1977), "Arquitectura romana de la Bética I. Introducción al estudio de las fortificaciones", *Segovia y la Arqueología Romana*, Barcelona, 223-238.
- (1981), "Análisis formal y desarrollo histórico de la Sevilla medieval", *La arquitectura de nuestra ciudad*, Sevilla, 11-29.
- (1985), "Arquitectura de la Sevilla preislámica", *Breve historia de la arquitectura en Sevilla*, Sevilla, 7-14.
- (1989), *La puerta de Sevilla en Carmona*, Sevilla.
- (2002), "Síntesis a modo de epílogo", *Magna Hispalensis (I). Recuperación de la aljama almohade*, Granada, 473-481.
- Jiménez Salvador, J.L. (1999), "Urbanismo y obras públicas", *Hispania. El legado de Roma*, Zaragoza, 143-149.
- Jiménez Sancho, A. (2002), "Excavación en C/ Abades 41-43 (Sevilla); del siglo III a.C. al siglo IV", *Romvula*, 1, 125-150.
- Keppie, L. (1983), *Colonisation and veteran settlement in Italy. 47-14 B.C.*, London.
- Lander, J. (1984), *Roman Stone Fortifications. Variation and Change from the First Century A.D. to the Fourth*, Oxford.
- Larrey, E. y Verdugo, J. (1995), "Intervención arqueológica de urgencia en el tercer patio del Palacio Arzobispal de Sevilla. El corte de la estancia 10", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1992, III*, 553-574.
- León Muñoz, A., León Pastor, E. y Murillo, J.F. (2008), "El Guadalquivir y las fortificaciones urbanas de Córdoba", *Las fortificaciones y el mar*, Actas 4º Congreso Internacional sobre Fortificaciones, Alcalá de Guadaira, 261-290.
- López, N. (2002), "Nuevos datos sobre la muralla este de Córdoba", *Arte, Arqueología e Historia*, 9, 103-108.
- Mann, J.C. (1983), *Legionary recruitment and veteran settlement during the Principate*, London.
- Márquez, C. (2003), "Los restos romanos de la calle Mármoles en Sevilla", *Homenaje a Pierre Gros*, 2, Romvula, 127-148.
- Martín, M. (1993), "La ciudad hispanorromana en el valle del Ebro", *La ciudad hispanorromana*, Barcelona, 108-127.
- Mateos, P. (2004), "Topografía y evolución urbana", *Las capitales provinciales de Hispania 2. Mérida. Colonia Augusta Emerita*, Roma, 27-39.
- Melchor, E. (1994), *El mecenazgo cívico en la Bética. La contribución de los evergetas al desarrollo de la vida municipal*, Córdoba.
- Molina, J.A. (2005), "Nuevos datos sobre el lienzo septentrional de la muralla de Córdoba", *Romvula*, 4, 99-114.
- (2009), "Actividad arqueológica preventiva en Ronda de los Tejares, 11 (Córdoba)", *Anuario Arqueológico de Andalucía 2004.1 Córdoba*, 628-636.
- Molina, J.A. y Valdivieso, A. (2007), "Aportaciones sobre la evolución de las murallas de la Córdoba romana a partir de los datos arqueológicos", *Romvula*, 6, 29-50.
- Montoto, S. (1981), *Parroquias de Sevilla*, Sevilla.
- Murillo, J.F. (2004), "Topografía y evolución ur-

- vana”, *Las capitales provinciales de Hispania 1. Córdoba. Colonia Patricia Corduba*, Roma, 39-54.
- (2006), “Fases de desarrollo urbanístico y modelos monumentales en las ciudades hispanas I. Desde la fundación de Gadir a César”, *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo, I*, Homenaje a la profesora Pilar León, Córdoba, 327-390.
- Murillo, J.F. y Jiménez Salvador, J.L. (2002), “Nuevas evidencias sobre la fundación de Córdoba y su primera imagen urbana”, *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*, Valencia, 183-193.
- Ojeda, R. (1993), “Un edificio islámico en el solar de la Casa de Mañara”, *Casa-Palacio de Miguel de Mañara. Restauración*, Sevilla, 120-138.
- (1995), “Un edificio almohade bajo la Casa de Miguel de Mañara”, *El último siglo de la Sevilla islámica (1147-1248)*, Salamanca, 203-216.
- (2001), “Nuevos datos sobre la Puerta de Córdoba en época romana”, *Carmona romana*, Actas del II congreso de historia de Carmona, Carmona, 159-187.
- Ojeda, R. y Tabales, M.A. (1994), “Estudio diacrónico de la ocupación del edificio islámico bajo el Palacio de Mañara (Sevilla): tres usos, tres culturas (siglos XII-XV)”, *IV Congreso de Arqueología Medieval Española, II*, Alicante, 137-145.
- (1996), “La investigación arqueológica en Bienes Inmuebles. Metodología aplicada en la Puerta de Córdoba de Carmona”, *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 15, 41-52.
- Oliva, P. (2008), *Vigilancia arqueológica de movimientos de tierra en calle Orfila, Sevilla*, Documento interno de la Delegación Provincial de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía en Sevilla.
- Ordóñez, S. (1998), *Los primeros pasos de la Sevilla romana (siglo I a.C.-siglo I d.C.)*, Sevilla.
- (2002), “Sevilla romana”, *Edades de Sevilla. Hispalis, Isbiliya, Sevilla*, Sevilla, 11-38.
- (2003), “El puerto romano de Hispalis”, *Puertos Fluviales Antiguos: Ciudad, Desarrollo e Infraestructuras*, IV Jornadas de Arqueología Subacuática, Valencia, 59-79.
- (2005), “Hispalis. Perfil histórico”, *La catedral en la ciudad (I). Sevilla, de Astarté a San Isidoro*, Sevilla, 100-139.
- Ordóñez, S. y González Acuña, D. (2009), “Colonia Romula Hispalis: Nuevas perspectivas a partir de los recientes hallazgos arqueológicos”, *Andalucía romana y visigoda. Ordenación y vertebración del territorio*, Roma, 65-98.
- (2011), “Colonia Romula Hispalis. Líneas esenciales de su dinámica histórica y arqueológica”, *Colonias de César y Augusto en la Andalucía romana*, Roma, 47-97.
- Pachón, J.A. (2011), “De la Urso tardo-republicana a la Colonia Genetiva Iulia. Un análisis desde la historiografía y la arqueología”, *Colonias de César y Augusto en la Andalucía romana*, Roma, 187-222.
- Pachón, J.A. y Ruiz Cecilia, J.I. (2005), “La muralla Engel/Paris y la necrópolis protohistórica de Osuna”, *Florentia Iliberritana*, 16, 383-423.
- Pellicer, M. (1982), “Excavaciones en Itálica (1978-1979). Muralla, cloacas y cisterna”, *Excavaciones Arqueológicas en España*, 121, 206-224.
- Pozo, F., Hunt, M. y Mercado, L. (2006), “Actuaciones arqueológicas en la construcción de la Línea 1 de Metro de Sevilla”, *El patrimonio arqueológico y paleontológico en las obras de ampliación del Metro de Madrid (2003-2007)*, Madrid, 205-215.
- Prados, E. (2007), “Intervención arqueológica en el sector este de Alcalá del Río. La muralla de la calle Pasaje Real 2-4”, *Ilipa antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Actas del I Congreso de Historia de Alcalá del Río, Alcalá del Río, 267-282.
- Rebuffat, R. (1986), “Les fortifications urbaines romaines”, *La fortification dans l'histoire du monde grec*, París, 345-361.
- Rodero, S., González Virseda, M.L., Garriguet, J.A. y Murillo, J.F. (2003), “Informe-memoria de la I.A.U. en el Paseo de la Ribera (1999-2001). II. Sondeos arqueológicos efectuados en el Paseo de la Ribera con motivo de la instalación del colector marginal del río (Plan Urban-Ribera)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía/ 2000, III-1*, 251-267.
- Rodríguez Hidalgo, J.M. (1997), “La nueva imagen de la Itálica de Adriano”, *Italica MMCC*, Actas de las Jornadas del 2200 Aniversario de la Fundación de Itálica, Sevilla, 87-114.
- (1998), *Informe previo de la tercera fase de la intervención arqueológica en el solar n° 41 de la calle Francos de Sevilla*, Documento

- interno de la Delegación Provincial de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía en Sevilla.
- Rodríguez Hidalgo, J.M., Keay, S. K., Jordan, D., Greighton, J. y Rodá, I. (1999), "La Itálica de Adriano. Resultados de las prospecciones de 1991 y 1993", *Archivo Español de Arqueología*, 72, 73-97.
- Roldán, L. (1993), *Técnicas constructivas romanas en Itálica (Santiponce, Sevilla)*, Madrid.
- Romo, A.S. (1999), "El sondeo estratigráfico de la Plaza Virgen de los Reyes (Sevilla). El registro deposicional", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1994, III*, 422-432.
- Romo, A.S., Vargas Jiménez, J.M. y Rodríguez Hidalgo, J.M. (2002), "El recinto fortificado de *Ilipa Magna* (Alcalá del Río)", *Castillos de España*, 125, 35-38.
- Ruiz Nieto, E. (2002), "Nuevo seguimiento del recinto murado de *Colonia Patricia Corduba* (I.A.U. en Paseo de la Victoria, 17)", *Arte, Arqueología e Historia*, 9, 95-102.
- (2003), "Intervención Arqueológica de Urgencia en el Paseo de la Victoria, 17", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2000, III-1*, 475-482.
- Sáez, P., Ordóñez, S. y García-Dils, S. (2005), "El urbanismo de la Colonia Augusta Firma Astigi: nuevas perspectivas", *Mainake*, XXVII, 89-112.
- Sáez, P., Ordóñez, S., García Vargas, E. y García-Dils, S. (2004), *Écija. 1: La ciudad: carta arqueológica municipal*, Sevilla.
- Salas, J. (2002), *Imagen historiográfica de la antigua Vrso (Osuna, Sevilla)*, Sevilla.
- Santos, N. (1980), "Las invasiones de los moros en la Bética del siglo II d. N. E.", *Gades*, 5, 51-62.
- Schattner, T.G. (2003), *Munigua. Cuarenta Años de Investigaciones*, Sevilla.
- (2005), "La Puerta de Sevilla en Carmona y otras puertas romanas en la Península Ibérica", *Romvla* 4, 67-98.
- Tabales, M.A. (2002a), "Investigaciones en la primitiva puerta del Alcázar de Sevilla", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1999, II*, 95-211.
- (2002b), *La primitiva puerta del Alcázar de Sevilla. Memoria arqueológica*, Madrid.
- (2002c), *El Alcázar de Sevilla. Primeros estudios sobre estratigrafía y evolución constructiva*, Sevilla.
- (2006), "Investigaciones arqueológicas en la portada de la Montería del Alcázar de Sevilla", *Apuntes del Alcázar de Sevilla*, 7, 6-39.
- (2010a), "Alcázar de Sevilla. Campaña 2005. Investigaciones arqueológicas en la portada de la Montería", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2005. Sevilla*, 2716-2741.
- (2010b), *El Alcázar de Sevilla. Reflexiones sobre su origen y transformación durante la Edad Media. Memoria de Investigación Arqueológica 2000-2005*, Sevilla.
- (2010c), *Informe proyecto general de investigación Análisis Arqueológico del Alcázar de Sevilla II Patio de Banderas. Fase I noviembre 2010*, Documento interno de la Delegación Provincial de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía en Sevilla.
- Taylor, R. (2010), "Nuevos datos sobre la muralla romana de Alcalá del Río: intervención arqueológica en calle Sol 50", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2005. Sevilla*, 4012-4022.
- Thouvenot, R. (1940), *Essai sur la province romaine de Bétique*, París.
- Valdivieso, A. (2010), "Actividad Arqueológica Preventiva en la Avda. Ronda de los Tejares nº 9 de Córdoba", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2006. Córdoba*, 752-764.
- Valor, M. (1991), *La arquitectura militar y palatina en la Sevilla musulmana*, Sevilla.
- Vaquerizo, D., Murillo, J.F. y Garriguet, J.A. (2011), "Novedades de arqueología en Corduba, Colonia Patricia", *Colonias de César y Augusto en la Andalucía romana*, Roma, 9-46.
- Vargas Lorenzo, C. (2010), "Estudio cronotipológico y constructivo", *Informe proyecto general de investigación Análisis Arqueológico del Alcázar de Sevilla II Patio de Banderas. Fase I noviembre 2010*, Documento interno de la Delegación Provincial de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía en Sevilla.
- Vázquez, J. (2010), "Nuevos datos arqueológicos para el conocimiento de la topografía romana y medieval de Sevilla: los niveles islámicos y romanos de la calle Alemanes nº 25 de Sevilla", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2005. Sevilla*, 3165-3176.
- Ventura, A., Bermúdez, J.M., León, P., López, I.M., Márquez, C. y Ventura, J.J. (1996), "Análisis arqueológico de la Córdoba romana: Resultados e hipótesis de la investigación", *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica*, Córdoba, 87-118.
- Vera Reina, M. (1987), "Aportación al conocimiento de la Sevilla antigua. Revisión de la excavación

- de Cuesta del Rosario”, *Archivo Hispalense*, 215, 37-60.
- Vidal, N. (2007), *Análisis arqueológico de la romanización del territorio onubense*, Huelva.
- Villa, C. (2010), “Control arqueológico de los movimientos de tierra en obras de renovación de la red de abastecimiento y saneamiento en tramo c/ Maestra Aurora Martel-Pasaje Real de Alcalá del Río”, *Anuario Arqueológico de Andalucía/2006. Sevilla*, 4129-4142
- Vioque, R., Vera Rodríguez, I. M^a y López, N. (1987), *Apuntes sobre el origen y evolución morfológica de las plazas del casco histórico de Sevilla*, Sevilla.

EL MUNDO FUNERARIO EN LA CIUDAD ROMANA DE *ONOBA*: LAS MANIFESTACIONES ARQUITECTÓNICAS DE LA NECRÓPOLIS NORTE¹

LUCÍA FERNÁNDEZ SUTILO
JUAN M. CAMPOS CARRASCO
NURIA DE LA O VIDAL TERUEL
Universidad de Huelva

Recibido: 06/02/2013
Revisado: 06/02/2013

Aceptado: 07/02/2013
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

En el presente artículo se presenta el paisaje funerario de la necrópolis norte de *Onoba*, articulado en torno a una serie de construcciones monumentales de carácter público y privado dispuestas a lo largo de una de las principales vías de acceso a la ciudad con el fin de servir de escaparate de representatividad ante propios y ajenos.

ABSTRACT

In the present article it is a question of the architectural landscape of Onoba's north necropolis. This one would be articulated around a series of monumental constructions of public and private character arranged along one of the principal exit ramps to the city.

PALABRAS CLAVE

Necrópolis, Recintos Funerarios, Sepulturas, Vía Sepulcral, *Onoba*.

KEYWORDS

Cemetery, Funeral Enclosures, Graves, Sepulchral Route, *Onoba*

¹ Este artículo se inscribe dentro del Proyecto de Investigación "Funus Onobense: el mundo funerario romano en el occidente de la Baetica" (Ministerio de Ciencia e Innovación. Referencia HAR 204; 23247), perteneciente al Plan Nacional de I+D+I en el marco del Plan Nacional de I+D+I (2008-2011), bajo la dirección del Prof. Dr. Juan M. Campos Carrasco. Igualmente se enmarca dentro del Subproyecto de Investigación I2TEP "MORSUDES", liderado por la Universidad de Huelva, recibe apoyo de la Unión Europea y cofinanciación del Programa Operativo de Cooperación Transfronteriza España-Portugal a través del Fondo Europeo de Desarrollo Regional bajo la dirección del Prof. Dr. Juan M. Campos Carrasco.

INTRODUCCIÓN

A pesar de la importancia que el mundo de los muertos tuvo para la población en época romana, las intervenciones arqueológicas desarrolladas sobre este tipo de patrimonio no han pasado en el caso de Huelva de simples informes y memorias en las que se incluyen listados interminables de ajuares y restos óseos, sin que se haya intentado avanzar desde ese análisis microespacial basado en la estructura o la pieza en sí, a uno macroespacial del cual trascender desde las creencias individuales hacia representaciones de la identidad colectiva como podían ser la existencia de sentimientos de etnicidad, el grado de adhesión de la población a la causa romana, así como la manera en la que se afrontaron los cambios políticos, económicos y sociales acontecidos en cada momento.

Es por ello que a partir de este artículo pretendemos plantear un primer acercamiento a las creencias funerarias de *Onoba*, ciudad que estaría definida por un fuerte sincretismo poblacional del que emanaría una cultura funeraria híbrida.

NECRÓPOLIS NORTE¹

Esta necrópolis estuvo ubicada en su día en torno a una de las principales vías de acceso a la ciudad, concretamente la que unía la zona minera y la campiña con la ciudad de *Onoba* y el puerto, con una ocupación diacrónica comprendida entre el siglo II a. C. y al menos mediados del siglo IV d. C. (Fig. 1).

1 Esta área cementerial ha sido objeto de diferentes intervenciones arqueológicas a cargo de diversos equipos de investigación. Concretamente, la primera de ellas desarrollada durante los primeros años de la década de los años 70 (Amo, 1976), pondría al descubierto parte de los enterramientos bajoimperiales de esta necrópolis. Décadas más tarde, en el solar colindante al anterior, se ejecutarían 7 fases distintas de intervención a cargo de dos equipos diferentes de arqueólogos entre los años 2000-2007, merced a las cuales se conocería la evolución estratigráfica y constructiva de esta necrópolis desde época republicana hasta la bajoimperial (Gómez *et alii*, 2002: Inédito; De Haro, López y Castilla, 2007, Inédito y De Haro, Castilla y López, 2004, Inédito). De manera simultánea se llevarían a cabo dos nuevas excavaciones en sendos solares ubicados algo más hacia el sur, la primera de ellas en la c/ San Andrés nº5 y Plácido Bañuelos nº 4-6 (García y Delgado, 2001), donde se detectaría parte de una construcción funeraria no identificada como tal por su excavador, y una segunda en la Plaza San Pedro no publicada salvo el pertinente informe del anuario (González y Guerrero, 2008: Inédito y - González, Guerrero y Echevarría, 2006), donde sólo parte de las construcciones del cambio de Era serían relacionadas con el mundo funerario, quedando el resto vinculadas a un ámbito doméstico con el cual discrepamos como expondremos a continuación.

A diferencia de otras ciudades como las de *Cor-duba*, *Baelo Claudia*, *Tarraco* u *Ostia Antica* donde probablemente los enterramientos de época republicana fueron amortizados por el propio crecimiento de la ciudad (Vaquerizo, 2002a,150), las primeras evidencias funerarias de *Onoba* datan del siglo II a. C., posiblemente porque a la llegada de los primeros colonos romanos, éstos se encontraron con una ciudad amurallada desde época protohistórica, lo que favorecería que desde época republicana hasta la bajoimperial se perpetuara el uso funerario de los terrenos próximos al lienzo murario.

A este respecto, las manifestaciones funerarias iniciales llegadas hasta nosotros hablan de un conjunto de sepulturas de incineración practicadas directamente sobre el suelo, acompañadas por una serie de restos materiales procedentes de la celebración de la propia liturgia funeraria, así como a su uso posterior², junto a las cuales se localizaría un paramento asociado a una gran cantidad de nódulos de carbón, fragmentos de metal, malacofauna, restos óseos, *opus signinum*, una moneda de bronce (De Haro, López y Castilla, 2007, Inédito; De Haro, Castilla y López, 2004, Inédito; González y Guerrero, 2008: Inédito), así como variadas piezas cerámicas fechadas entre los siglos II-I a. C. - Fig. 2-. A pesar de lo escueto de esta información, el hecho de que el único uso constatado en este extremo de la ciudad se circunscriba al ámbito funerario, nos lleva a plantear la posibilidad de que esta construcción formase parte de algún tipo de recinto sepulcral, basándonos para ello tanto en las evidencias materiales anteriormente descritas, como en la presencia de este tipo de construcciones en las provincias occidentales del Imperio desde finales del siglo II a. C. (Hesberg, 1994, 73-ss), caso de la estructura constatada bajo uno de los monumentos de Puerta de Gallegos en *Corduba* de la primera mitad del siglo I a. C., consistente en la planta de un edificio rectangular al que se asociaban importantes restos correspondientes a los desechos de los banquetes funerarios celebrados en su interior, concretamente fragmentos de ánforas, copas de ce-

2 A pesar de que las sepulturas de la Plaza Iyonne Cazenave y San Pedro presentan las mismas características, éstas últimas se recogen en la memoria bajo la denominación de manchas de combustión u hogares. Este hecho nos genera bastantes reservas de cara a la identificación de estas unidades con una sepultura o bien con una hoguera ritual, lo que sin embargo no explica su vinculación con hogares dispersos a lo largo de un espacio extramuros ocupado, entre otras construcciones, por una sepultura monumental de planta circular.

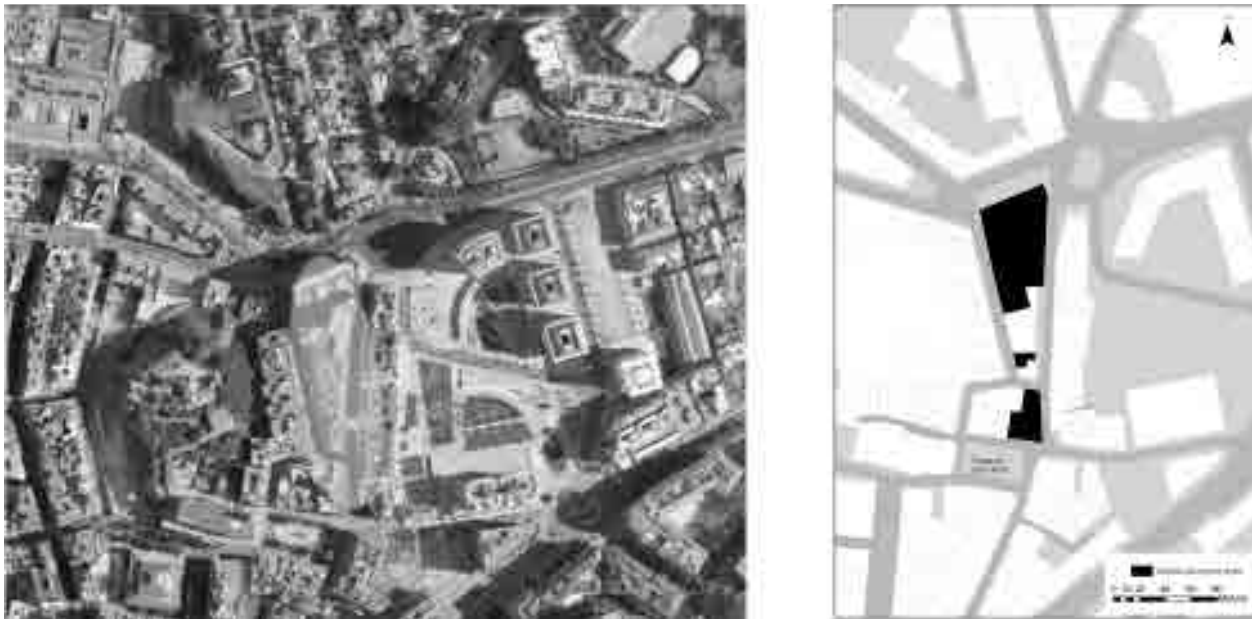


Fig. 1. Localización de la necrópolis norte de *Onoba*.

rámica campaniense y huesos quemados de ovicápridos y suidos, todos ellos mezclados con cenizas y carbón vegetal (Murillo y Carrillo, 1999, 369)³.

Hacia mediados del siglo I a. C., este paisaje funerario se vería sustancialmente modificado a consecuencia de las transformaciones experimentadas en los patrones socioeconómicos y políticos de la ciudad, motor de desarrollo de un intenso programa arquitectónico destinado a ensalzar el poder de la misma a partir de la imagen externa ofrecida por sus necrópolis. Paralelos de este despegue edilicio se documentan en otras ciudades del sureste hispánico, concretamente en *Corduba* y varias poblaciones localizadas en el alto Guadalquivir como *Cástulo*, *Iliturgi*, *Salaria*, *Ossigi*, *Tucci* y *Urgavo*, donde el proceso de colonización/municipalización emprendido por Roma ante el interés de controlar y administrar las riquezas mineras favoreció la planificación de grandes empresas constructivas destinadas a la monumentalización de las principales vías funerarias, sufragadas por una importante oligarquía local que importaría los modelos sepulcrales itálicos de época tardorepublicana (Beltrán, 2000, 114 y 2002, 233- ss., Ruiz, 2005, 80).

³ En cualquier caso, la falta de intervenciones en la zona intermedia de esta necrópolis limita nuestro conocimiento de esta fase a los dos sectores que con casi toda probabilidad marcaron el inicio y el final de ésta, que no son otros que los enclavados en la Plaza San Pedro nº 4-5 y en la Plaza Ivonne Cazenave.



Fig. 2. Tumbas republicanas practicadas en la Plaza Ivonne Cazenave.



Fig. 3. Monumento sepulcral de planta circular de la Plaza San Pedro.

Precisamente en esta línea, pero en el extremo occidental de la provincia *Baetica*, se enmarcaría el programa edilicio desarrollado en la ciudad de *Onoba*, pues a pesar de la clara diferencia cultural y urbanística existente entre ambos ámbitos territoriales, la importancia de las minas de Sierra Morena, y por ende del puerto de la ciudad como enclave de comercialización de los productos mineros, agrícolas y pesqueros, supondría la puesta en marcha de un importante proceso de control por parte del Estado que culminaría probablemente con la consecución del estatuto de colonia latina en época augustea (Campos, Vidal y Ruiz, 2010, 67).

Dentro de este programa, la construcción que por antonomasia destacaría en esta necrópolis durante época altoimperial sería el edificio sepulcral de planta circular localizado en el solar de la Plaza San Pedro (Fig. 3), sin duda un claro referente dentro de este espacio funerario dado que a su ubicación



Fig. 4. Panorámica de excavación del interior del acotado imperial.

justo a la salida de la ciudad, debemos unirle una fisonomía monumental acorde a la de los numerosos edificios de cuerpo cilíndrico de menos de 7m de diámetro que florecieron por toda la Península Itálica durante el siglo I d. C. (Sacchi, 2003, 157), precisamente tras la elección de Augusto de esta tipología monumental como sepultura (Zanker, 1992; Vaquerizo, 2002a, 181).

En este caso, los restos conservados han permitido conocer una estructura circular de 3,6m de diámetro por 2,5m de altura conservada, para cuya construcción se empleó el *opus incertum*, intercalando mampuestos de pizarra con ladrillos, sillarejos de calcarenita, téglulas y mortero de cal, todos ellos dispuestos en tongadas más o menos regularizadas y perfectamente careadas (González y Guerrero, 2008, Inédito). Al interior, su cámara funeraria gozó de una mayor majestuosidad gracias al revestimiento de todas sus paredes mediante mortero de cal con pintura roja, coronada por una cúpula de *opus signinum* asentada sobre una aproximación de hiladas de lajas de pizarra (González y Guerrero, 2008, Inédito). En ella, el rito empleado debió ser el de la cremación⁴, si bien la falta de documentación impide conocer si se practicó uno o varios enterramientos, ofreciendo en su lugar una intensa actividad ritual definida por un suelo con importantes manchas de adobe y tierras rubefactadas asociadas a carbones, restos óseos, vidrios, malacofauna y variado material cerámico. Sobre él sería depositado a modo de ofrenda una lucerna Dressel 15 con decoración en bajorrelieve de dos figuras humanas portando una jarra junto a lo que parece una especie de altar, una moneda frustra y un ánfora Beltrán II prácticamente completa (González y Guerrero, 2008, Inédito).

La construcción de esta tumba debió ser acometida hacia el cambio de Era, probablemente en época tiberiana, cuando el crecimiento económico de la ciudad permitió la edificación de este tipo de estructuras promocionadas por la élite local, en uso hasta su expolio y amortización a comienzos del

⁴ Aunque sus investigadores defienden la dualidad de ritos en su interior, algo que como veremos se encuentra constatado en otros sectores de la necrópolis, creemos que las evidencias al respecto de la existencia de una inhumación resultan insuficientes, ya que sólo se cuenta con un fragmento óseo adherido a la lucerna, el cual además de ser ínfimo, bien pudo adherirse durante la propia cremación, los banquetes funerarios realizados con posterioridad, e incluso pertenecer a un animal consumido durante los mismos.

siglo II d. C. Esta misma situación se experimentaría en otras ciudades como la de *Tarraco*, donde el crecimiento económico favoreció el desarrollo de una élite local que comenzó a sufragar los primeros mausoleos y recintos (Ciurana y Macías, 2010, 329).

Enfrentado a este sepulcro se articuló un conjunto de tres recintos funerarios de *opus incertum*, con una vida funcional comprendida entre el cambio de Era y finales del siglo I d. C. destinados a la deposición de enterramientos de cremación directamente sobre el suelo⁵. Como norma general, los tres poseen unas dimensiones superiores a la media constatada en *Hispania*, donde estos edificios rondaron entre los 10/20 pies *in fronte* (de 3 a 6m), por 8/20 pies *in agro* (de 2,40 a 6m), para aproximarse en su lugar a las dimensiones constataadas en ciudades como *Bolonia* (10/30 pies *in fronte* e *in agro*) o *Sarsina* (18/20 pies *in fronte*), donde la existencia de una presión urbanística menor a la de otras ciudades como *Corduba* o Roma, hizo que el suelo funerario fuese un bien abundante, y por tanto de menor coste económico de cara a la existencia de grandes edificios (Rodríguez, 1991, 74).

No obstante a pesar de la magnificencia y el privilegio del que debió gozar esta área cementerial, así como los individuos allí sepultados, ésta se vería amortizada con motivo de la revalorización urbanística de este *suburbia* en época altoimperial mediante la construcción de una zona industrial a finales del siglo I d. C., optándose por el desmantelamiento conjunto de todas las estructuras, en un intento por borrar de la memoria colectiva una imagen funeraria convertida ya en pasado. Si bien, este fenómeno no resulta exclusivo de *Onoba*, de hecho en otras ciudades hispanas como *Corduba*, la construcción de numerosos *vici* junto a las principales vías de acceso a la ciudad en época flavia supondrían la amortización de importantes sectores funerarios (Vaquerizo, 2002a, 151), algunos de cuyos monumentos fueron desmontados, tapados o incluso integrados en las nuevas construcciones (Vaquerizo y Murillo, 2010, 476). Igualmente, en *Emerita Augusta* los importantes cambios urba-

5 Estos recintos se identifican en la memoria con diversas habitaciones y un patio central correspondientes a una casa de época romana, en cuyo interior se encontrarían diferentes manchas de combustión y hogares, en algunos de los cuales, además de material cerámico y restos óseos, aún se conservaban los listones de madera dispuestos en perpendicular (González y Guerrero, 2008, Inédito).

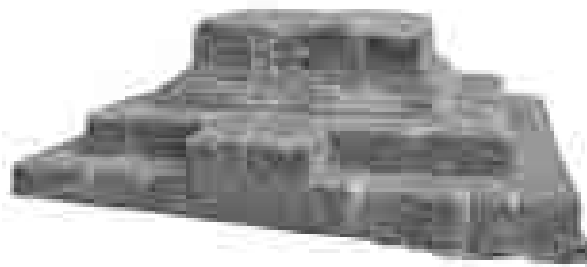


Fig. 5. Monumento escalonado de sillares.

nísticos generados ante la necesidad de crecimiento de la ciudad conllevaron la anulación de las áreas funerarias más próximas a sus murallas, destacando el caso de los Columbarios, amortizados por el propio vertedero de la ciudad (Márquez, 2010, 147-148).

Por su parte, en el otro extremo conocido de esta necrópolis (Plaza Ivonne Cazenave), este programa arquitectónico estuvo representado por el alzamiento de una serie de recintos funerarios destacados por su grandiosidad visual, con cuya construcción no sólo se otorgaba calidad monumental a este espacio sacro, sino que se emprendía una importante obra destinada a cobijar y proteger a las sepulturas practicadas en su interior de las continuas arrolladas experimentadas en esta necrópolis⁶.

De todas ellas la que llama especialmente la atención es el denominado acotado imperial (Fig. 4). Concebido con carácter monumental, su fin fue acondicionar su espacio interior de cara a la práctica de sepulturas individuales directamente sobre el firme. Concretamente, y en oposición a las incineraciones que se practicarían para estas fechas en los recintos funerarios anteriormente analizados, las primeras deposiciones al interior de este espacio consistieron en inhumaciones bajo cubierta de tégulas entre mediados del siglo I d. C. mediados del II d. C., las cuales aparecían asociadas espacialmente a una estructura de sillares de morfología piramidal⁷ (Gómez *et alii*, 2003, 658; De Haro, Cas-

6 La topografía sobre la que se asentó esta necrópolis estuvo caracterizada por un horizonte de elevaciones (o cabezos) constituidos de arenas y arcillas con cobertura de gravas bastante deleznales (Mayoral, 1990), lo que suponía una intensa dinámica erosiva, traducida en un continuo cambio topográfico del paisaje circundante a corto plazo.

7 Una estructura de similares características a ésta fue documentada en el solar de la c/ San Andrés nº5 y c/Plácido Bañuelos nº 4-6 (García y Delgado, 2001). No obstante, lo reducido del área de intervención, unido a la no identificación de esta estructura impidieron conocer la posible existencia de tumbas



Fig. 6. Reconstrucción en 3D del acotado imperial.

tilla y López, 2006, 583), situada junto a la vía que cruzó de norte a sur toda la necrópolis (Fig. 5). En este sentido, la elección de esta práctica ritual, así como la presencia de este tipo de estructuras está más que atestiguada en ciudades como *Carmo* o *Baelo Claudia*, donde la pervivencia de la inhumación como rito de enterramiento se atribuye al fuerte sentimiento de etnicidad que su población demostró de cara a la muerte (Bendala, 1995, 282; Sillières, 1997, 201). Si bien, existe la corriente que aboga por un influjo suritánico de fuerte tradición helenística llegado a la península de la mano de los primeros colonos (Vaquerizo, 2002a, 151), interpretación en la que se incluye la sepultura de Zoísmo documentada en *Emerita Augusta*⁸, morfológicamente similar al monumento escalonado existente en esta necrópolis (Nogales y Márquez, 2002, 134). No obstante, la documentación de un importante horizonte cultural fenopúnico/turdetano previo a la llegada de los primeros colonos en la ciudad de *Onoba* y su área de influencia, nos lleva a decantarnos por una continuidad de las tradiciones ya existentes, y no por un influjo importado, lo cual no excluye que éstas se viesan revitalizadas con motivo de la llegada de estos contingentes poblacionales.

Con el cambio de centuria se asiste a la coexistencia de ambos ritos funerarios⁹, si bien mientras

que las inhumaciones se siguen practicando en el mismo espacio, las incineraciones se organizan en torno a dos áreas funerarias diferenciales. De ellas, la primera se ubica en el extremo noreste del acotado, compuesta por cinco enterramientos con cubierta de téngulas en la mayoría de los casos, y un menaje funerario conformado tanto por elementos rituales, como por objetos de adorno personal (Gómez *et alii*, 2003; De Haro, Castilla y López, 2006, 585). Frente a ésta, la segunda área localizada en el espacio central estuvo configurada por nueve tumbas definidas mayoritariamente, y en exclusividad, por la fosa de cremación y las propias cenizas del difunto, acompañadas excepcionalmente por un ajuar de escasa calidad compuesto por alguna pieza de cerámica común, a excepción de una de las sepultura de la que se recuperó una moneda de bronce (Gómez *et alii*, 2003; De Haro, Castilla y López, 2006, 585).

A pesar de estas diferencias rituales, ambos grupos debieron darse de manera simultánea a lo largo del siglo II d. C., donde enterrarse en uno u otro sector vendría de la mano del poder adquisitivo de la persona finada. Concretamente, el área noreste sería la elegida por los individuos más preeminentes dentro del elenco social allí sepultado, al presentar su última morada una imagen exterior cuidada, así como un menaje funerario destacado en objetos personales. Frente a ellos, los individuos económicamente menos solventes se vieron obligados a optar por una tipología y ritual menos ostentoso, emplazando sus sepulturas en un espacio que a todas luces debió resultar poco atractivo al ubicarse sobre un antiguo paleocauce, razón por la cual, además de verse constantemente arrasados por las arroyadas, debieron sufrir una mayor concentración al ser un área altamente demandada (Fig. 6).

En resumen, si por algo se definió el mundo funerario articulado al interior de este acotado fue por la existencia de un paisaje sepulcral abigarrado en torno a tres áreas deposicionales pese a la existencia de grandes espacios libres de enterramientos. No obstante, esta característica no es exclusiva de este espacio cementerial dado que en esta misma línea se encuentra la necrópolis oriental de *Baelo Claudia*, donde se observa cómo las sepulturas más antiguas, generalmente cremaciones, aparecen agrupados sin delimitar un paisaje funerario orde-

en su área próxima. Sin embargo, su ubicación marca el margen oriental de la vía sepulcral que debió cruzar esta necrópolis.

⁸ Debemos especificar que a diferencia de la sepultura de Zoísmo, el monumento escalonado de esta necrópolis no contenía enterramiento alguno ni en su interior, ni bajo ella.

⁹ Nos referimos a las tumbas practicadas al interior del acotado, pues como ya se ha comentado, enterramientos de incineración se venían practicando en el interior de los diferentes

recintos funerarios, así como en sus proximidades desde al menos el cambio de Era.

nado en torno a vías funerarias, lo que en palabras de sus investigadores recuerda a las necrópolis púnicas y a las primeras afrrorromanas, cuyas tumbas aparecían agrupadas en el interior de un espacio visualmente delimitado por una pequeña cerca, caso de Tingis o el Cabo Espartel en Marruecos (Muñoz, García y Prados, 2009, 67-68). Del mismo modo, otra característica de esta necrópolis baelonense es la disposición de sepulturas en distintos sectores separados por grandes espacios estériles, probablemente reflejo post mortem de unidades gentilicias o familiares –quizás étnicoidentitarias–, que pudieron constituir el sistema de agrupamiento tradicional de los habitantes de *Baelo Claudia* en ese periodo (Muñoz, García y Prados, 2009, 70).

Tampoco debemos ignorar la existencia de una práctica ritual atípica a las necrópolis romanas de éste momento como es la ausencia de *terra sigillata* en sus ajuares (Vidal y Campos, 2006, 27), los cuales estuvieron constituidos por piezas de cerámica común; en ocasiones imitaciones de paredes finas; lucernas, ungüentarios, y de manera destacada, elementos de adorno personal. Esta misma situación se aprecia en otras necrópolis de clara influencia púnica, caso de la existentes en la ciudad de *Gades*, donde los ajuares de las sepulturas tanto de inhumación como de cremación estuvieron compuestos por joyas (pendientes, anillos, collares, pulseras...), amuletos, objetos de tocador y monedas, las cuales al igual que en nuestro caso resultaron poco frecuentes, en su mayoría pertenecientes al periodo comprendido entre la segunda mitad del siglo I y la primera del siglo II d. C. (Gómez, 2007, 61-ss.), o en la propia ciudad de *Carmo*, donde se aprecia el no seguimiento de rituales y fórmulas propiamente romanas como sugiere la ausencia generalizada de monedas, o la sistemática marginación del uso de *sigillatas* por la preferencia de formas de gusto tradicional (Bendala, 2002, 142-ss.).

Más allá del acotado imperial, el paisaje de este sector de la necrópolis estuvo definido por la presencia de cuatro recintos funerarios¹⁰. El primero de ellos; ubicado en el extremo noreste; posee una planta de tendencia triangular adecuada a la orografía del terreno. Aunque su morfología difiere del común, por norma general de tendencia rectangu-

lar o cuadrangular, en ocasiones este tipo de construcciones fue demandado por las exigencias urbanísticas de las necrópolis, ya fuera por el trazado de una vía, o como en nuestro caso, por cuestiones topográficas –Fig. 7– (Bendala, 1972, 234; Rodríguez, 1991, 62).

Con posterioridad, y aprovechando uno de los paramentos ya existentes de la anterior edificación, se levantó un nuevo recinto con una extensión aproximada de unos 80m² –Fig. 8– (1000 p.c). Sus medidas, superiores a las documentadas en otros acotados existentes en *Hispania*, lo convierten en un caso excepcional escasamente constatado en otras ciudades romanas (Rodríguez, 1991, 77), concebido o bien como un cementerio público en sí mismo, dentro del cual se distinguirían secciones más pequeñas de enterramiento (Purcell, 1987, 38), o bien como el terreno adquirido por una familia de gran poder económico o un *collegia*, destinado en el primer caso a cobijar las sepulturas de todos sus miembros; incluidos esclavos y libertos; y en el segundo a todos sus socios (Donati, 1965, 94).

Según los restos constatados ambos edificios debieron ser construidos en época republicana, para



Fig. 7. Recintos funerarios ubicados al noreste del acotado imperial (Foto cedida por la empresa privada de arqueología G.I.R.H.A.).

¹⁰ Estos recintos funerarios se corresponden con el denominado Edificio 240 (Gómez *et alii*, 2003 y De Haro, Castilla y López, 2006), a nuestro parecer correspondiente a tres construcciones independientes, con usos y cronologías diferentes.



Fig. 8. Reconstrucción 3D de los recintos funerarios.



Fig. 9. Monumento circular de sillares de la Plaza Ivonne Cazenave (Foto cedida por la empresa privada de arqueología G.I.R.H.A.).

alcanzar su momento de mayor esplendor entre mediados del siglo I d. C. principios del II d. C., fecha a partir de la cual serían abandonados y amortizados como consecuencia de la construcción de uno de los ramales del acueducto que abasteció de agua a la ciudad. Aunque no se han podido documentar sepulturas en el interior de ninguno de los dos, la intensa vida ritual no deja lugar a dudas sobre su uso funerario, posiblemente destinados a la deposición de cremaciones en urnas¹¹.

Entrado el siglo II d.C. se adosaría a este conjunto un nuevo recinto por el extremo septentrional

¹¹ Algunas de estas urnas han sido localizadas entre los cascos empleados en la cimentación del edificio circular de época bajoimperial. Su presencia supone la existencia de una nueva opción de enterramiento distinta a la desarrollada en el interior del acotado imperial, así como la posible existencia de espacios/cementerios independientes, con ritos y costumbres diferentes.

que vendría a coincidir con la evolución ideológica de estos espacios desde simples construcciones concebidas con el doble objetivo de proteger y resaltar las tumbas de su interior, hacia sepulturas monumentales en sí mismas (Vaquerizo, 2002b, 170-171). De hecho, la existencia de esta construcción supone una respuesta a la ubicación de uno de los enterramientos más suntuosos de esta necrópolis, en cuanto a tipología y ritual, fuera de los límites establecidos por el acotado imperial¹².

El cuarto de estos recintos, ubicado en contraposición a los anteriores en la margen occidental de la vía que atravesó esta necrópolis, contó con una planta rectangular de unos 10m² (Gómez *et alii*, 2003, 660; De Haro, Castilla y López, 2006, 580). Aunque en un primer momento fue fechado en el siglo III d. C. por emplear una edilicia de ladrillos distinta a los anteriores (Gómez *et alii*, 2002, Inédito; De Haro, Castilla y López, 2004, Inédito), sus restos materiales nos hablan de una construcción emprendida hacia el cambio de Era, probablemente planeado dentro del programa de monumentalización que venimos comentando.

Del mismo modo, aunque las evidencias recogidas en la memoria de investigación resultan escasas y bastantes confusas, se habla de la existencia de un paramento de sillares sobre cimentación de pizarras al interior del acotado imperial (Amo, 1976, 97), casi con toda probabilidad perteneciente a un recinto funerario desmontado en época bajoimperial para proveer de materiales al monumento circular levantado en sus proximidades. Aunque se desconoce su fecha de construcción, ésta debió ser algo más tardía que la aportada para las dos primeras edificaciones, dado que los recintos de sillería evolucionarían desde los de mampostería y tapial hacia mediados del siglo I d. C. (Ruiz, 2007, 57).

En época bajoimperial, concretamente hacia mediados del siglo II d. C., tendría lugar la última gran remodelación constructiva de esta necrópolis consistente en la edificación de un nuevo acotado funerario algo más al sur que el anterior, precedido por un monumento de sillares de planta circular, última manifestación del poder de una élite urbana que comenzaba ya su declive.

Concretamente, ésta última sepultura monumental contó con un cuerpo principal de sillares de calarenita dispuestos a soga y tizón, del que se conser-

¹² A partir del siglo II d. C. todas las sepulturas serían practicadas al interior del acotado imperial.

vaban un total de cinco tongadas con una longitud mínima de 4,50m y una anchura de 1,90m, rodeado a nivel de cimentación por un potente anillo de materiales constructivos que le conferían una gran solidez¹³ -Fig. 9- (De Haro, Castilla y López, 2006, 581). Todos sus elementos pétreos fueron reaprovechados de otras edificaciones¹⁴, de ahí que presentara diferentes tratamientos como adintelamientos y molduras en bajorrelieves, así como marcas de cantería y estrías verticales en los materiales utilizados en su cimentación (De Haro, Castilla y López, 2006, 582; De Haro, Castilla y López, 2004, Inédito).

Por su parte, el nuevo acotado nacería de la necesidad de prolongar el uso de este espacio como necrópolis una vez agotado funcional y espacialmente el imperial como consecuencia de las constantes arrolladas, en cuyo interior se experimentaría una progresiva evolución de las tumbas impulsada por las diversas transformaciones que se estaban produciendo en los esquemas socioeconómicos del momento. En este sentido, las sepulturas más tempranas se corresponden con las localizadas en las proximidades del paramento norte de esta edificación, continuación tipológica y ritual de las practicadas en época altoimperial (Gómez *et alii*, 2003, 658; De Haro, Castilla y López, 2006, 582).

Localizadas al sur de éstas se documentarían tres sepulturas de inhumación, dos de ellas en los límites de la Plaza Ivonne Cazenave (De Haro, Castilla y López, 2006, 583) y la otra en la c/Plácido Bañuelos fechadas en la primera mitad del siglo III d. C. (Amo, 1976, 92). En este caso su tipología y ritualidad suponen una evolución con respecto al esquema anterior, al constatare una nueva forma de enterramiento consistente en cajas de ladrillos o tégulas, así como por una sustitución del rito de la cremación por el de la inhumación, del que además vendría de la mano una reducción del número de piezas que conformarían el ajuar.

¹³ Sólo se ha podido conocer un tercio del total de la estructura por aparecer justo en la medianera de dos solares. Pese a ello, sabemos que el resto de la edificación debió desaparecer en la década de los 70 destruida durante el vaciado del solar de la c/ Onésimo Redondo (actual Plácido Bañuelos), ya que a la llegada del equipo sólo se encontraron numerosos materiales constructivos dispersos en superficie correspondientes probablemente a esta edificación, al recinto bajoimperial, así como a las posibles tumbas que éste pudiese haber albergado en su espacio interior (Amo, 1976).

¹⁴ Posiblemente, y como ya comentamos líneas más arriba, procedentes del recinto de sillares de época altoimperial ubicado a escasos metros de esta nueva construcción.

El último episodio de este recinto estuvo representado por las sepulturas localizadas en el solar de la c/Plácido Bañuelos en la década de los 70, definidas por un amplio abanico tipológico en el que se incluyen desde las estructuras de tégulas empleadas durante los siglos altoimperiales, hasta las cajas de ladrillos y los enterramientos infantiles en ánfora -Fig. 10- (Amo, 1976, 93-ss.). A pesar de que la tónica general de esta última fase fue la práctica desaparición de los elementos de ajuar del interior de las sepulturas, la aparición de algunas piezas permiten fechar esta última fase entre mediados del siglo III-IV d. C.

En definitiva, la necrópolis norte de la ciudad de *Onoba* inició su andadura en época republicana con un área cementerial extendida desde los pies de la muralla de época protohistórica, hasta el extremo más septentrional documentado en la Plaza Ivonne Cazenave. A pesar de ello, desconocemos el patrón de concentración de las sepulturas, así como su dispersión a lo largo del espacio, circunstancia ésta que sólo futuras intervenciones podrá dilucidar. En cualquier caso, estamos en condiciones de hablar de una primera fase comprendida entre finales del siglo II a.C.-mediados del I a. C., caracterizada por la presencia de enterramientos de incineración en fosa carentes de ajuar, asociadas a una estructura muraria probablemente perteneciente a un recinto funerario. En este sentido, y a pesar del mal estado



Fig. 10. Tumbas bajoimperiales excavadas en los años 70 en la calle Plácido Bañuelos (Amo, 1976, Lám. 14).

de conservación de los restos como consecuencia de la amortización del espacio a lo largo de los siglos, se puede observar como desde el primer momento se importaron modelos de enterramientos romanos procedentes de las provincias occidentales.

Será ya hacia mediados del siglo I a. C. cuando este horizonte de contacto alcance su cenit con la ejecución de un importante programa arquitectónico que vendría a reflejar el influjo cada vez mayor de *Onoba* en el panorama económico del Imperio, otorgándole a la ciudad de los muertos una imagen monumental acorde con la evolución que se estaba experimentando en la ciudad de los vivos. Si bien, frente a esa imagen exterior monumental basada en patrones heredados de la tradición romana, tales como los recintos funerarios o el monumento de planta circular, nos encontramos con la existencia de una ritualidad mucho más personal e íntima cargada de perduraciones de una cultura previa, de cuyo contacto nacería una nueva realidad funeraria que caracterizaría este extremo de la provincia *Baetica*. En este sentido, debemos hablar de la coexistencia ritual de incineraciones e inhumaciones durante los siglos altoimperiales, así como la exclusión consciente de sus ajuares de una pieza tan significativa como era en el momento la *terra sigillata*, sustituida por imitaciones en cerámica común y objetos de adorno personal, más próximas a la tradición púnica detectada en necrópolis como la de *Carmo*, *Baelo Claudia* o *Gades*.

Ya en época bajoimperial, aunque la necrópolis se vio mermada estilísticamente por la crisis económica siguió gozando de una imagen monumental cimentada en modelos de enterramientos típicamente romanos, localizados a partir de este momento al sur de la Plaza Ivonne Cazenave como consecuencia de la progresiva reducción de la extensión de la ciudad por la caída de gran parte de su entramado económico. Al margen de ello, a nivel ritual la llegada del cristianismo impondría de manera exclusiva la inhumación, así como una progresiva reducción del número de piezas incluidas en los ajuares.

BIBLIOGRAFÍA

- Amo y de la Hera, M. Del (1976), *Restos materiales de la población romana de Onuba*, Huelva Arqueológica, II, Madrid.
- Beltrán Fortes, J. (2000), "Mausoleos romanos de Torreparedones (Castro del Río/Baena, Córdoba)", sobre la tumba de los Pompeyos y otro posible sepulcro monumental", *Habis*, 31, 113-136.
- (2002), "La arquitectura funeraria en la Hispania meridional durante los siglos II a. C.-I d. C.", *Espacios y usos funerarios en el Occidente Romano*, vol. II (Vaquerizo Gil, D., Ed.), Córdoba, 233-258.
- Bendala Galán, M. (1972), "Los llamados columbarios de Mérida", *Habis*, 3, 223-253.
- (1995), "Necrópolis y ritual funerario en la Hispania Alto-Imperial", *Arqueoloxia da Morte na Península Ibérica desde Orixes ata o Medio*, Xinzo de Limia, 277-290.
- (2002), "Perduraciones y romanización en Hispania a la luz de la arqueología funeraria, notas para una discusión", *Archivo Español de Arqueología*, 75, 137-158.
- Campos, J. M., Vidal, N. y Ruiz, J. M. (2010), "Acerca de la condición jurídica de Onoba Aestuaria", *Pyrenae*, 41/1, 50-75.
- Ciurana, J. y Macías, J. M. (2010), "La ciudad extensa, usos y paisajes suburbanos de Tarraco", *Las áreas suburbanas en la ciudad histórica. Topografía, usos, función* (Vaquerizo, D., Ed.), Monografías de arqueología cordobesa, 18, Córdoba, 309-334.
- De Haro, J., Castilla, E. y López, M. Á. (2004), *Intervención arqueológica de urgencia en la Plaza Ivonne Cazenave nº 1 (Huelva). Control arqueológico sobre vaciado del solar. 4º y 5º fase de actuación. Memoria científica, Vol. I-II*, Delegación Provincial de Cultura. Junta de Andalucía, Inédito.
- (2006), "Intervención arqueológica en Plaza Ivonne Cazenave nº 1 (Huelva). 4º y 5º fase de actuación", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2003, III*, 577-587.
- De Haro, J., López, M. Á. y Castilla, E. (2007), *Intervención arqueológica preventiva en Plaza Ivonne Cazenave nº1 (Huelva). 6ª fase de actuación. Excavación previa a la consolidación e integración de restos emergentes en el sector III. La plaza arqueológica. Memoria científica*, Delegación Provincial de Cultura. Junta de Andalucía, Inédito.
- Donati, A. (1965), "Cippi e misure dei sepolcreti romani di Bologna", *Strenna Storica Bolognese*, XV, 89-97.
- García Fernández, M. y Delgado Domínguez, A. (2001), *Memoria de Intervención Arqueológica*

- ca de Urgencia. *Excavación Comprobatoria Solar c/San Andrés nº5 y Plácido Bañuelos nº 4-6. Memoria científica*, Delegación Provincial de Cultura, Junta de Andalucía, Inédito.
- Gómez Fernández, V. (2007), *Una aproximación al estudio de la necrópolis del Gades Altoimperial*, Trabajo de Investigación Inédito, Cádiz.
- Gómez, F., Campos, J. M., Beltrán J. A., López, M. Á. y Gómez, Á. (2002), *Intervención arqueológica de urgencia en el solar Plaza Ivonne Cazenave, 1 (Huelva). Memoria Científica*, Delegación Provincial de Cultura, Junta de Andalucía, Inédito.
- Gómez, F., López, M. Á.; Beltrán, J. M., Gómez, Á., y Campos, J. M. (2003), "Intervención arqueológica en el solar Plaza Ivonne Cazenave, 1 (Huelva)", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2000, III*, 577-587.
- González, B. y Guerrero, O. (2008), *Memoria científica de la intervención arqueológica de urgencia en el solar de Plaza San Pedro 4-5 de Huelva*, Delegación Provincial de Cultura, Junta de Andalucía, Inédito.
- González, B., Guerrero, O. y Echevarría, A. (2006), "Intervención arqueológica de urgencia en Plaza de San Pedro nº 4-5 de Huelva", *Anuario Arqueológico de Andalucía/ 2003, III*, 543-549.
- Hesberg, H. Von (1994), *Monumenta. I sepolcristi romani e la loro architettura*, Milano.
- Márquez Pérez, J. (2006), *Los Columbarios, arquitectura y paisaje funerario en Augusta Emerita*, Atacina, Instituto de Arqueología de Mérida, Colección de estudios históricos de la Lusitania, Mérida.
- Mayoral Alfaro, E.J. (1990), "Geología de la depresión inferior del Guadalquivir", *El Cuaternario en Andalucía Occidental*, Aequa Monografías, 1, Sevilla, 7-20.
- Muñoz Vicente, A., García Jiménez, I., y Prados Martínez, F. (2009), "Espacios jerarquizados y áreas funerarias en la necrópolis oriental de Baelo Claudia (Tarifa, Cádiz). Nuevas perspectivas de estudio, Jorge Bonsor y la recuperación de Baelo Claudia (1917-1921)", *Catálogo de la Exposición celebrada en el Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia entre el 4 de junio y el 30 de septiembre de 2009*, Sevilla, 59-77.
- Murillo, J. F. y Carrillo, J. R. (1999), "Aspectos de la monumentalización de la necrópolis de Colonia Patricia. El monumento funerario de Puerta de Gallegos", *Ciudades privilegiadas en el Occidente Romano* (González, J., Ed.), Serie Historia y Geografía, 42, Sevilla, 365-378.
- Nogales, T. y Márquez, J. (2002), "Espacios y tipos funerarios en Augusta Emerita", *Espacios y usos funerarios en el occidente romano*, I (Vaquerizo, D., Ed.), Córdoba, 113-144.
- O'Kelly Sendrós, J. (2012), *Figlina romana. Producción y comercio cerámico en el territorio onubense*, Tesis Doctoral, Universidad de Huelva, Inédita.
- Purcell, N. (1987), "Tomb and Suburb", *Römische Gräberstrassen. Selbstdarstellung-Status-Standard* (Von Hesberg, H. y Zanker, P., Eds.), München, 25-41.
- Rodríguez Neila, J. F. (1991), "Espacios de uso funerario con indicación de medidas en las necrópolis romanas", *Conimbriga*, XXX, 59-94.
- Ruiz Osuna, A. B. (2005), "La via sepulchralis occidental, un ejemplo de monumentalización funeraria en Colonia Patricia", *Anales de Arqueología Cordobesa*, 16, 79-104.
- (2007), *La monumentalización de los espacios funerarios en Colonia Patricia Corduba (Ss. I a. C.-II d. C.)*, Colección Arqueología Cordobesa, 16, Córdoba.
- Sacchi, F. (2003), *Ianua leti, l'architettura funeraria di Milano romana*, Milano.
- Sillières, P. (1997), *Baelo Claudia. Una ciudad romana de la Bética*, Madrid.
- Vaquerizo Gil, D. (2002a), "Espacios y usos funerarios en Corduba", *Espacios y usos funerarios en el Occidente Romano*, vol. II (Vaquerizo Gil, D., Ed.), Córdoba, 141-200.
- (2002b), "Recintos y acotados funerarios en Colonia Patricia Corduba", *Madrid Mitteilungen*, 43, 168-206.
- Vaquerizo, D. y Murillo, J. F. (2010), "Ciudad y suburbio en Corduba. Una visión diacrónica (siglos II a. C.-VII d. C.)", *Las áreas suburbanas en la ciudad histórica. Topografía, usos, función* (Vaquerizo, D., Ed.), Monografías de Arqueología Cordobesa, 18, Córdoba, 455-522.
- Vidal, N. de la O. y Campos, J. M. (2006), "Las necrópolis de Onuba", *Anales de Arqueología Cordobesa*, 17, II, 13-34.
- Zanker, P. (1992), *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid.

LA RUPTURA FUNERARIA DEL *POMERIUM* DESDE SU NACIMIENTO Y HASTA SU DESAPARICIÓN. ENTERRAMIENTOS *IN URBE*¹

MANUEL DIONISIO RUIZ BUENO
Universidad de Córdoba

Recibido: 07/02/2013
Revisado: 07/02/2013

Aceptado: 11/02/2013
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

El objetivo de la presente contribución es exponer la evolución, desde una perspectiva funeraria, de uno de los límites más característicos de las ciudades romanas, es decir, el *pomerium*. Gracias a un variado elenco de testimonios arqueológicos y textuales procedentes, principalmente, de la *Italia Annonaria* y, en especial, de *Hispania*, se ha podido restituir el nacimiento, consolidación y decadencia de dicho límite.

Un proceso que se prolongó durante varios siglos, y que no sólo supuso la pérdida de su significado original, sino, sobre todo, la aparición de enterramientos dentro del *pomerium* (*in urbe*). Sepulturas que, en un primer momento, fueron excepcionales y minoritarias pero que, con el paso del tiempo y debido a varios factores, acabaron generalizándose a lo largo de la Antigüedad Tardía.

PALABRAS CLAVE

Pomerium, Enterramientos, Sepulturas, Tumbas, *In Urbe*, *Intra Moenia*, Intramuros.

ABSTRACT

The aim of this contribution is to show the evolution, from a funerary perspective, of one of the most characteristic limits of the roman cities, that is to say, the *pomerium*. Thanks to a wide variety of archeological testimonies and documented writings, mainly from the *Italia Annonaria* and, specially, *Hispania*, it has been possible to restore the rise, development, and decadence of that limit.

That process, which extended through some centuries, involved not only the loss of its initial meaning, but mainly, the emergence of graves inside the *pomerium* (*in urbe*). At first, those burials were exceptional and for minorities, but due to different reasons, they became common in the Late Antiquity.

KEYWORDS

Pomerium, Burials, Graves, *In Urbe*, *Intra moenia*, Within the Walls.

¹ El presente artículo forma parte de una investigación más amplia que estamos desarrollando en el marco de nuestro Doctorado, focalizado en el estudio de las transformaciones topográficas que tuvieron lugar en la superficie *in urbe* de las principales ciudades béticas durante la Antigüedad Tardía (con especial atención al caso de Córdoba), financiado mediante una Beca de Formación del Profesorado Universitario (FPU) y dirigido por el prof. Dr. Desiderio Vaquerizo Gil.

Una labor de análisis e interpretación inserta a su vez dentro del Proyecto de Investigación del Grupo PAIDI HUM-236 “De la *urbs* a la *civitas*: transformaciones materiales e ideológicas en suelo urbano desde la etapa clásica al Altomedievo. Córdoba como laboratorio”, financiado por la Dirección General de Investigación y Gestión del Plan Nacional I+D+I. Ministerio de Ciencia e Innovación. Gobierno de España, en su convocatoria de 2010 (Ref.: HAR2010-16651; Subprograma HIST) y dirigido también por el prof. Dr. Desiderio Vaquerizo Gil.

I. INTRODUCCIÓN

Entre los principales elementos característicos de las ciudades romanas no podemos olvidar dos límites sacros con un gran significado ideológico: el *pomerium* y el *sulcus primigenius* (Fig. 1). El primero era una línea finita, invisible y cerrada que delimitaba una superficie (*urbs*); el segundo era una línea abierta, obtenida mediante el trazado de un surco por fuera del trazado anterior, monumentalizada a través de la construcción de un recinto amurallado que seguía su recorrido, e interrumpida en determinados puntos perfectamente regulados y orientados, es decir, las puertas (Annibaletto, 2010, 32-35). Precisamente, dada la cercanía de ambos límites, éstos tendieron a superponerse desde una perspectiva espacial¹ en la mayor parte de los núcleos urbanos, salvo honrosas excepciones como el *municipium* hispano de *Munigua* (Schattner, 2003, 60) o la propia Roma, donde desde el siglo VI a.C. hasta la segunda mitad del III d.C. siguieron recorridos divergentes (Annibaletto, 2010, 132).

Entre las distintas funciones del pomerio nos interesa su carácter diferenciador entre el espacio *inaugurato* (*urbs*) y el que no lo era (*suburbium* y *ager*), al quedar vetadas las actividades con una carga negativa, incluyendo las funestas, dentro de la *urbs*. Esta clara separación entre un mundo dedicado exclusivamente a los vivos y otro en el que coexistían actividades diversas (funerarias, domésticas o artesanales) se basó inicialmente en una serie de fundamentos de diversa índole:

1º) Religiosos. Para F. Casavola² (citado en López Melero, 1997, 111), las motivaciones sacras fueron las más importantes, ya que la muerte suponía un hecho impuro que podía contagiar las cosas puras, siendo necesario limitarla a un espacio específico. Cuando no se podía evitar este fatídico destino en el interior de las murallas, era obligatorio poner en marcha una serie de ritos de purificación con el fin de mantener el “bienestar” de la comunidad, en especial de sacerdotes y magistrados.

2º) Legales. El único modo de proteger los derechos de la comunidad cívica en su conjunto, de los particulares y, por último, de los propios muertos fue establecer unos emplazamientos específicos

destinados a los fallecidos. Ni los espacios públicos (a excepción de los dedicados en exclusiva a dicho fin), ni las propiedades particulares de una persona (salvo expreso deseo de su propietario) podían ser el lugar de descanso final de la población (Fernández Fernández, 1989, 84-85), ya que en cualquiera de dichas circunstancias las tumbas no estaban protegidas por el derecho romano.

3º) Pragmáticos. Diversos autores clásicos adujeron razones prácticas, como el peligro de incendio derivado de la localización de los *ustrina* dentro de la ciudad (Cicerón³), o higiénico-sanitarias (Isidoro de Sevilla⁴), si bien, R. López Melero (1997, 110) considera el planteamiento del obispo hispalense demasiado racionalista y “poco consonante con la realidad sociológica de la época”.

4º) ¿Económicos? Para la mentalidad romana cualquier sitio donde se producía una deposición funeraria pasaba a convertirse en *locus religiosus*, por lo que a la hora de venderlo su precio no podía ser el mismo que el de un *locus purus*. Aunque este factor no ha sido analizado directamente por otros investigadores, quizás también motivó la exclusión del orbe fúnebre de la *urbs*, limitándolo a espacios cercados en el suburbio y el territorio. En este sentido, según ha señalado R. M.^a Fernández Fernández (1989, 85), si en un espacio agrícola acaecía un rito asociado a la muerte, a partir de ese momento ya no se podía cultivar más (por lo que perdía parte de su valor económico), panorama que, con matices, pudo extrapolarse al interior de la urbe.

II. EVOLUCIÓN DEL *POMERIUM* DEL SIGLO VIII A.C. AL VIII D.C.II. 1. SIGLOS VIII-V A.C. LA INSTAURACIÓN DE UN NUEVO *MODUS VIVENDI*

La primera ciudad que se dotó conjuntamente de pomerio y *sulcus* fue Roma, en concreto con motivo de su mítica fundación por parte de Rómulo, quien, en el segundo cuarto del siglo VIII a.C., decidió llevar a cabo dicha empresa en una zona ya habitada que recibía el nombre de *Septimontium*. Para ello decidió aunar y combinar un límite sacro de origen latino (*pomerium*) con otro de procedencia etrusca (*sulcus*), dando como resultado un ritual fundacional genérico que acabó empleándose en la fundación de cualquier núcleo urbano por

1 De ahí que, por lo general, los investigadores tendamos a utilizar, de forma indistinta, vocablos como *pomerium* y *sulcus/mura*, al igual que los términos *in urbe*, *intra moenia* o *intramuros*.

2 F. Casavola (1958): *Studi sulle azioni popolari romane*, Napoli.

3 *De Legibus*. 2, 58 (Blasi, 2008, 1047).

4 *Etymologiae*. 15.11.1 (López Melero, 1997, 110).

de su interpretación para investigadores como A. Carandini (2008, 706), P. Carafa (2008, 675-677) o A. Sevilla (2010-2011, 205) son ejemplos o reminiscencias de sacrificios infantiles. Desde un punto de vista cronológico, los ejemplos más antiguos en el *Caput Mundi* se llevan a los siglos VIII y VII a.C., habiéndose identificado tanto dentro -Palatino- como fuera -Capitolio o Foro Romano- del primigenio *pomerium* (Carafa, 2008; Gusberti, 2008).

II. 2. SIGLO IV A.C. - II D.C. CONSOLIDACIÓN Y AUGE DEL MODELO

Esta etapa conoció una profusa legislación que, por lo general, no hizo más que ratificar la derivación del mundo de los muertos al *suburbium*. Entre los textos más antiguos tenemos el decreto emitido por el Senado⁷ hacia mediados del siglo III a.C., de cuyas líneas se extrae que parte de la clase aristocrática continuó apostando por la sepultura *intra moenia* como modo de reforzar la unión familiar y el nexo con el pasado a través de la proximidad topográfica entre hábitat y lugar de descanso final. Dicha modalidad debió alcanzar tonos preocupantes, pues el Senado se vio obligado a intervenir (Annibaletto, 2010, 54), siendo tan sólo permitida a algunos hombres que habían destacado por sus hazañas como el político y militar Gaio Gabricio Luscino († 275 a.C.), (Blasi, 2008, 1048).

Si dejamos a un lado el capítulo 73 de la *Lex Ursonensis* (44 a.C.), donde, “en ningún caso se permite enterrar dentro del recinto amurallado de la colonia *ursonensis*” (Fernández Fernández, 1989, 80), el siguiente hito jurídico se sitúa en las primeras décadas del siglo II d.C., cuando se promulgó el *Corpus Iuris Civilis*, vol. I, *Digesta*, XLVII, 12, 3 (117-138 d.C.). La importancia de esta ley es que, por primera vez, se impuso un castigo al magistrado responsable de permitir las inhumaciones *intra moenia* (Fernández Fernández, 1989, 83), ordenándose además el traslado inmediato de aquellos fallecidos ilegalmente inhumados o cremados dentro de la *civitas* (López Melero, 1997, 113-114). Asimismo, esta disposición refleja la existencia de comunidades -se ignora cuáles- cuyas leyes particulares permitían los enterramientos *in urbe* (Lambert, 1997, 287), lo que desencadenó un debate entre los juristas acerca de la “superior autoridad -o no- de las disposiciones de los emperadores, sobre

las leyes particulares de las comunidades” (Fernández Fernández, 1989, 90).

A lo largo del siglo II d.C. contamos con otras medidas legislativas -*Constitutiones* de Antonino Pío (138-161 d.C.) y Marco Aurelio (161-180 d.C.)- que reflejan el incumplimiento de la legislación⁸.

La minoritaria e intermitente, pero continua, invasión funeraria de la *urbs* por parte de sepulcros ajenos a las excepciones permitidas, quizás se pueda poner en relación con la propia modificación y superación del término *pomerium* como límite sacro. Para M. Annibaletto (2010, 84 y 111), a partir de época tardorrepública el concepto originario se vio sometido a una cierta tergiversación y simplificación debido a una utilización indistinta de *sulcus* y *pomerio*; a la visión del segundo como un espacio⁹; a la concepción -a partir del siglo II d.C.- de las murallas como *sanctae* debido no a su carácter sacro, sino a la sanción derivada de cualquier acto contrario a la reglamentación y, por último, al incremento del peso de lo profano sobre lo sacro a la hora de separar las esferas urbana y suburbana.

Lamentablemente, desde un punto de vista arqueológico los testimonios de sepulturas *intra moenia* con los que contamos para momentos tardorrepúblicanos y altoimperiales se limitan únicamente a inhumaciones permitidas por la legislación.

Por un lado, como ejemplos más significativos de *clari viri* tenemos a varios emperadores¹⁰ de la dinastía Flavia y Antonina, quienes se arrogaron el derecho de yacer para la perpetuidad dentro de las murallas debido a una concepción autocrática del poder (Arce, 1990, 88-89). Por otro, en regiones como la Península Ibérica contamos con un variado elenco de yacimientos donde se han identificado niños enterrados tanto en el interior o en el exterior de viviendas privadas -*Carmo* (Román Rodríguez, 2009, 3140), *Bilbilis*, *Celsa* y *Veleia* (Mínguez Morales, 1989-1990; Sevilla, 2010-2011, 202 y 203)-

8 M. Annibaletto (2010, 120) plantea una posible conexión entre esta persistente repetición de la ley y la casuística propia de Roma -cuyo pomerio se amplió de forma continua desde el siglo VI a.C. al III d.C.-, por lo que áreas hasta entonces ocupadas por propiedades residenciales y actividades nocivas (residuos urbanos, cementerios, etc.) pasaron a formar parte de la ciudad, siendo necesario “erradicar” su carácter suburbano mediante una continua reiteración de la prohibición.

9 Frente a la idea primigenia según la cual se trataba de una línea o límite sacro.

10 El ejemplo más paradigmático es el del Marco Ulpio Trajano († 117 d.C.), enterrado en la base de la columna honorífica homónima.

7 *Servius Honoratus (in Vergilii) Aeneidos libros. 11, 206* (Annibaletto, 2010, 54).

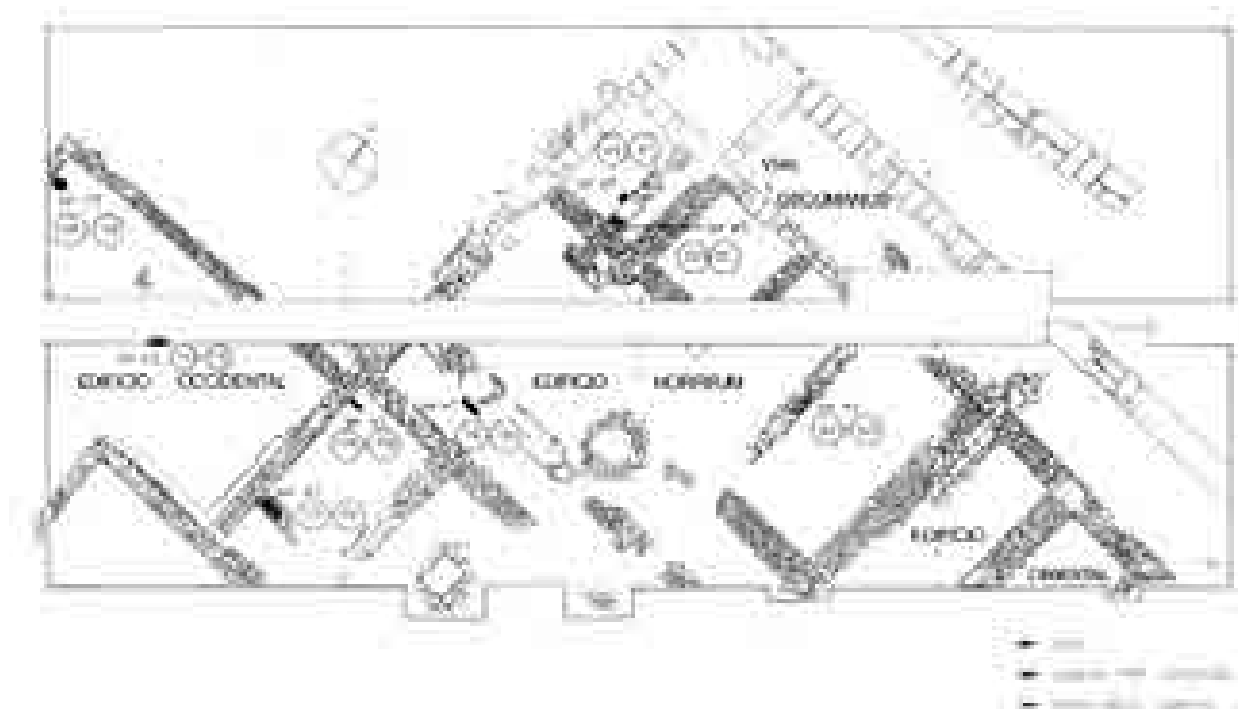


Fig. 2. *Dianium*. Inhumaciones infantiles fundacionales practicadas en el “Edificio *Horreum*” y en el “Edificio Occidental” (Gisbert y Sentí, 1989, 104).

como con motivo de la fundación o destrucción de inmuebles públicos (en especial *horrea*) -Carmo (Román Rodríguez, 2001), *Dianium* (Fig. 2), (Gisbert y Sentí, 1989) e *Ilerda* (Lorencio *et alii*, 1998)-.

II. 3. EL SIGLO III. LA ENTRADA EN ESCENA DE NUEVOS PROTAGONISTAS

Desde la tercera centuria, especialmente a partir de su segunda mitad, los signos de continuidad respecto al Alto Imperio van a ser cada vez mas escasos, destacando la *Constitutio* de Diocleciano y Maximiano -*Cod. Iust.* 3, 44, 12 (290 d.C.)-, que no aporta nada nuevo respecto a lo expuesto en leyes anteriores (Fernández Fernández, 1989, 83).

Por el contrario, vamos a asistir al arranque de diversos cambios en el *suburbium* que, a corto y medio plazo (siglos IV y V), tendrán un gran impacto en la superficie *in urbe*:

a) La movilidad y descentralización de las áreas cementeriales. A partir del siglo III d.C. se ha detectado (Cantino y Lambert, 1998; Sánchez Ramos, 2006 vol. II, 376 ss.; Gurt y Sánchez, 2010) la continuidad de las áreas cementeriales herederas del Alto Imperio, pero también la aparición de necrópolis -de dimensiones variables- en espacios libres, o cuya función previa era doméstica y/o artesanal.

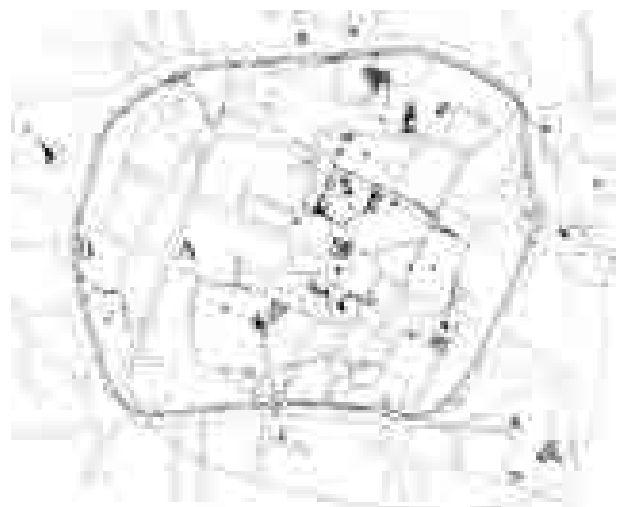


Fig. 3. *Lucus Augusti*. Perímetro amurallado en el Alto Imperio (A) y en el Bajo Imperio (B). Modificado a partir de González Fernández y Carreño, 1999, 1178.

Estas modificaciones topográficas se han puesto en conexión -entre otros factores- con un abandono temporal de los suburbios, una reforma o construcción *ex novo* de los recintos amurallados, y un traslado de la mayor parte de la población hacia el interior de las ciudades. En este sentido, ocasional-

mente, los nuevos recintos defensivos no respetaron el trayecto de las viejas defensas¹¹ (Fig. 3). Como consecuencia, la erección de las nuevas murallas implicó un cambio en el recorrido de los antiguos *pomeria*, cuyo trazado se readaptó al impuesto por las infraestructuras militares recién erigidas, ya que nos encontramos en un momento (siglo III y parte del IV) caracterizado por la vigencia y el funcionamiento -en la mayor parte de las urbes romanas- de la antigua línea de separación entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Precisamente, el refuerzo o construcción *ex novo* de las defensas -iniciado a partir del tercer cuarto de la tercera centuria debido al contexto de inestabilidad existente (Brogiolo, 2011, 89)- influyó en nuestro objeto de estudio, al ser muy frecuente la utilización -como materia prima- de materiales arquitectónicos procedentes de tumbas y monumentos funerarios previos de diversa índole, lo que según G. Cantino y C. Lambert (1998, 103) representa “un rottura degli equilibri tradizionali, tanto sotto il profilo pratico che nelle prospettive mentali”, al cuestionarse -de forma más intensa que en épocas anteriores- la inviolabilidad de las áreas funerarias.

Tampoco podemos olvidar el arranque de un complejo y desigual proceso de aproximación espacial de los *coementaria* suburbanos hacia las murallas de las ciudades, caracterizado por ser progresivo pero discontinuo al haberse identificado, a una considerable distancia de la *urbs*, necrópolis activas durante toda la Antigüedad Tardía. Según G. Cantino y Ch. M^a Lambert (1998, 103), no podemos recurrir a explicaciones como “fattore distanza e delle sue implicazioni pratiche, quali la facilità di accesso o la sicurezza” a la hora de entender este movimiento centrípeto, considerado en muchos casos un paso previo a la ruptura funeraria del *pomerium* (Cantino y Lambert, 1998, 103).

b) La convivencia entre vivos y muertos en el suburbio no sólo continuó en estas centurias, sino que se intensifican los testimonios, al encontrarnos con un variado elenco de tumbas situadas a escasos metros de viviendas que seguían estando habitadas¹².

11 Algunos ejemplos paradigmáticos en la Península Ibérica son *Bracara Augusta* (Franco Ribeiro, 2008, 264), *Lucus Augusti* (Fernández Ochoa *et alii*, 2005, 99), datados en época tetrárquica; o *Termes* (Argente y Díaz, 1996, 156-157), en la segunda mitad del siglo III d.C.

12 Por citar sólo tres ejemplos de las capitales de provincia hispanas, podemos incluir los testimonios funerarios identifica-

c) La cristianización de los *suburbia*. El hábito de sepelir a los difuntos lo más cerca posible de un lugar relacionado de forma directa o indirecta con la memoria de un mártir y/o santo se documenta con claridad a partir del siglo III d.C., adquiriendo un notable auge en las siguiente centuria, cuando se extendió una idea según la cual la proximidad espacial favorecía la protección espiritual de los difuntos, dando lugar al fenómeno conocido como *tumultatio ad sanctos* (Ripoll, 1999, 250; Godoy, 2005).

Inicialmente, los santos, mártires y aquellos individuos de notable importancia dentro de la comunidad cristiana (p.e., altos cargos eclesiásticos) fueron inhumados *extra urbem*, según quedaba dictado en las leyes romanas -todavía vigentes-; por tanto, no debe extrañarnos que los primeros santuarios martiriales surgieran en el suburbio, donde se han constatado dos modalidades: los primarios -escenarios directos de la pasión o del sepelio de los mártires y/o confesores-, y los secundarios -creados a partir de las reliquias a *contactu*¹³ (Godoy, 2005, 64).

Desde fechas muy tempranas ambos se rodearon de enterramientos debido a su importante poder de atracción, si bien, los cambios más importantes tuvieron lugar a partir del edicto de Milán (313), pues desde entonces los hitos suburbanos cristianos fueron sometidos a una progresiva monumentalización¹⁴ que incluyó la construcción de *memoriae/martyria* y su posterior transformación en imponentes basílicas cristianas (Sánchez Ramos, 2006, 378-379; Gurt y Sánchez, 2010, 476 ss.).

La gestión, el servicio y la administración de los inmuebles sacros recayeron en comunidades de clérigos, quienes residían junto a las basílicas y las áreas funerarias, dando lugar frecuentemente a auténticos *vici* (Treffort, 1996, 57). El resultado fue una coexistencia aún más estrecha entre el mundo de los vivos y el de los difuntos que, según H. Galinié (1996, 19), fue decisiva a la hora de anular el *pomerium* puesto que “des vivants vont aux morts, après deux siècles de contacts de plus en plus

dos en la “Manzana de Banesto”, en *Corduba* -siglo IV- (Salinas Villegas, 2005; Sánchez Ramos, 2006, 293); la *domus* “del anfiteatro” en *Emerita Augusta* -siglo III- (Bejarano, 2004, 253) o la parcela 31 PERI 2 en *Tarraco* -siglos IV y V- (Gurt y Macías, 2002, 94; López Vilar, 2006, 251).

13 Es decir, trozos de ropa, óleos, agua, tierra, *ampullae*, lámparas, etc., sometidos a un contacto directo con los mártires.

14 Este proceso generalmente arrancó en las postrimerías de la cuarta centuria, salvo en capitales imperiales como Roma, *Mediolanum* y *Ravenna*, donde se inició a comienzos de la misma (López Quiroga y Martínez, 2009, 152).

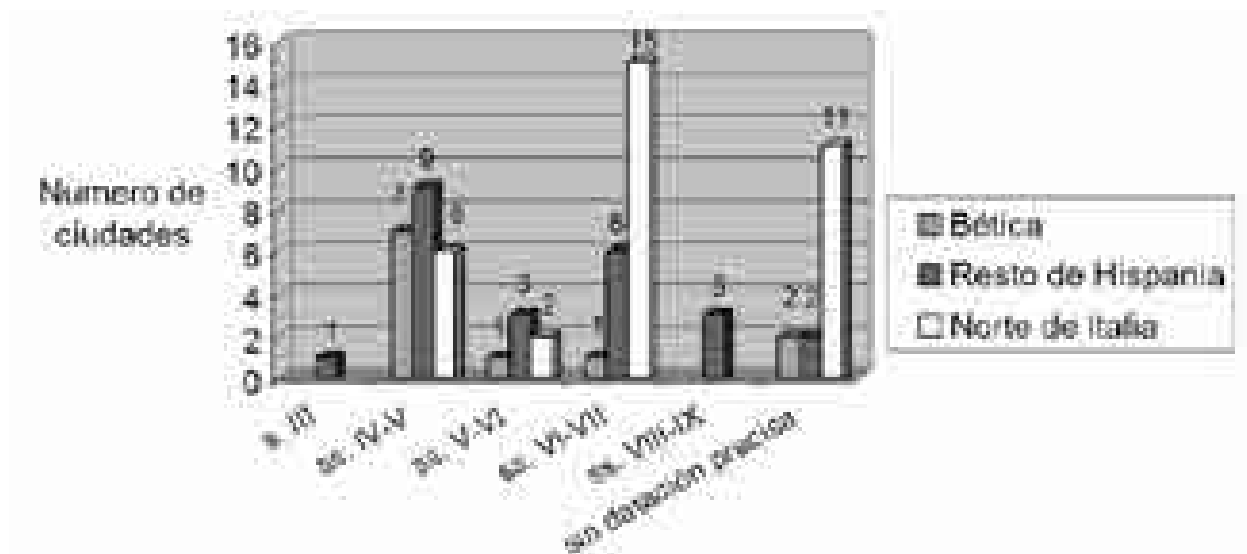


Fig. 4. Mediterráneo Occidental. Cronología de la ruptura funeraria del *pomerium* en 69 ciudades. Elaboración propia

étroits, dans les basiliques funéraires et à leur entour immédiat”.

A pesar de estas importantes novedades, lo cierto es que durante la tercera centuria el *pomerium* siguió siendo una línea respetada y que continuaba vetando -con una efectividad bastante similar a la del Alto Imperio- el mundo funerario dentro de la superficie *in urbe*; de hecho, para este siglo sólo se ha podido individualizar un núcleo urbano (*Carthago Nova*) con sepulturas *intra moenia* (Fig. 4). Dicho ejemplo es muy llamativo¹⁵ al haberse contabilizado hasta la fecha tres sepulturas datadas en la tercera centuria: dos en los *aditus* del antiguo teatro (Ramallo y Vizcaíno, 2007, 511) y otra junto al *Augusteum* (Ramallo *et alii*, 2010, 235).

Las tres se insertan en una coyuntura caracterizada por una contracción desde el siglo II d.C. de la superficie habitada; un abandono y amortización de los edificios e infraestructuras públicas; una colmatación de las áreas portuarias y, por último, una “mayor permeabilidad de los muros ciudadanos, antes infranqueables” dando lugar a “una mayor vinculación, sino plena identidad, entre las zonas urbana y suburbana” (Ramallo *et alii*, 2010, 233-235).

II. 4. LOS SIGLOS IV Y V. EL MOMENTO CLAVE

Si tenemos en cuenta que desde momentos tardorrepublicanos y altoimperiales -en especial a par-

tir del siglo III d.C.- se fue gestando un panorama favorable y propenso de cara a un quebrantamiento funerario generalizado del *pomerium* (al margen de las excepciones permitidas por la ley), no nos debe extrañar que tanto los testimonios escritos como los arqueológicos reflejen una clara y evidente ruptura respecto a las centurias anteriores.

Desde un punto de vista legislativo debemos hacer referencia al *Codex Theodosianus*, lib. IX, tit. XVII, *lex* 6 (a. 381 d.C.) y *lex* 7 (a. 386 d.C.). El texto, redactado en Constantinopla, nos muestra el panorama existente -como mínimo- en la parte oriental del Imperio, siendo de gran importancia para el tema que nos interesa por dos motivos. En primer lugar, porque ordena el desmantelamiento y traslado *extra urbem* de todas las estructuras funerarias que obstruyesen el espacio situado por encima del subsuelo y penaliza la transferencia de reliquias de santos al interior de la ciudad (Lambert, 1997, 287), lo que evidencia la existencia de santuarios martiriales *in urbe* dotados de inhumaciones¹⁶. En segundo, se trata de la última ley que prohíbe -de forma expresa- las tumbas en el interior del pomerio, ya que con posterioridad no contamos con norma jurídica alguna (civil o sacra) que castigue esta

¹⁵ Sin parangón (que sepamos) con otros asentamientos del Occidente Europeo.

¹⁶ A pesar de ser un ejemplo que parece entroncar con el privilegio concedido a los *clari viri* (*vid. supra*), conviene aludir al mausoleo construido por el emperador Constantino († 337 d.C.), en el interior del recinto amurallado de Constantinopla y que sirvió como lugar de sepultura de varios emperadores (Chavarría, 2009, 188).

Asentamiento	Cronología	Bibliografía
<i>Arunda</i>	s. V	(Carrillero y Nieto, 1995)
<i>Astigi</i>	s. V	(García-Dils <i>et alii</i> , 2005, 261 y 263; 2011, 269)
<i>Aurgi</i>	Post. 1ª mitad del s. V	(Serrano, 2004, 93-94)
<i>Auria</i>	2ª mitad del s. VI - s. VII	(López Quiroga y Rodríguez, 1999, 1402)
<i>Baelo Claudia</i>	ss. V-VI	(Sillières, 1997, 197; Arévalo <i>et alii</i> , 2006, 68-69)
<i>Baetulo</i>	ss. V-VI	(Padrós, 1999, 90)
<i>Barcino</i>	s. IV o finales del s. VI	(Puig Verdaguer, 1999, 267; Beltrán de Heredia, 2008a, 246)
<i>Bracara Augusta</i>	¿ss. V-VI?	(Franco Ribero, 2008, 300-303)
<i>Carteia</i>	s. VI "avanzado" - s. VII	(Bernal, 2006, 462)
<i>Carthago Nova</i>	s. III	(Ramallo y Vizcaino, 2007, 511; Ramallo <i>et alii</i> , 2010, 235)
<i>Corduba</i>	ss. IV-V	(Hidalgo, 1993, 109; Molina Expósito, 2003, 44-47; Vargas Cantos, 2005, 12-13)
<i>Clunia</i>	2ª mitad del s. IV - s. V	(Palol 1991-1978, 300; 1994, 75-76)
<i>Emerita Augusta</i>	s. V	(Alba, 1998, 370)
<i>Emporiae</i>	2ª mitad del s. VI	(Aquilué, 2008, 104)
<i>Gades</i>	"hispano-visigoda"	(Bernal y Lagóstena, 2010, 423)
<i>Hispalis</i>	2ª mitad del s. V	(Amores y González Acuña, 2006, 202; González Acuña, 2011, 533)
<i>Iesso</i>	s. IV- 1ª mitad del s. V	(Pera Isern, 1999, 271-272; Pera Isern y Uscatescu, 2007, 241)
<i>Ilerda</i>	"bajoimperial" ¿ss. IV-V?	(Gil Gabernet <i>et alii</i> , 2001, 167)
<i>Iliberris</i>	1ª mitad del s. V	(Pérez Rodríguez-Aragón, 1997, 641-642)
<i>Illunum</i>	s. VII	(López Quiroga, 2010, 317-319)
<i>Iluro</i>	ss. IV-V	(Revilla y Cela, 2006, 99)
<i>Lucus Augusti</i>	ss. IV-V	(López Quiroga y Rodríguez, 1999, 1396)
<i>Malaca</i>	1ª mitad del s. V	(Pérez Rodríguez-Aragón, 1997, 641-642; Corrales, 2007, 74)
<i>Munigua</i>	Principios del s. IV	(Schattner <i>et alii</i> , 2006, 73; Eger, 2006, 144)
<i>Pollentia</i>	Desde el 600 d.C.	(Riera <i>et alii</i> , 1999, 343)
<i>Rhode</i>	ss. IV	(Nolla, 1997, 139; Puig Griessenberger, 1999)
<i>Tarraco</i>	ss. V-VI	(Macías <i>et alii</i> , 2007, 57)
<i>Termes</i>	Finales del s. VI	(Gutiérrez Dohijo, 2007, 157)
<i>Valentia</i>	2ª mitad del s. V	(Alapont y Ribera, 2009, 61)
<i>Veleia</i>	ss. IV-V	(Filloy <i>et alii</i> , 1991, 250; Filloy y Gil 2007, 473-478)
<i>Verurum</i>	2ª mitad del s. VII	(Pedro y Inés, 1995, 345)

Fig. 5. *Hispania*. Cronología de la ruptura funeraria del *pomerium* en las ciudades analizadas. Elaboración propia.

costumbre. Para G. Cantino Wathagin (1999, 157), sorprende dicha «excepcionalidad», en especial si la comparamos con la profusa legislación tardoantigua en ámbitos tan diversos como el traslado de reliquias, la reutilización de material constructivo y decorativo (*spolia*) o la supresión de los sacrificios paganos, lo que evidencia "a scant interest in the matter" (Cantino, 1999, 157) por parte de las autoridades a la hora de impedir esta práctica funeraria.

De hecho, apenas unas décadas más tarde, el emperador León I (457-474 d.C.) promulgó una disposición que para C. Citter (1997, 28) y J. Sales Carbonell (2003, 322) constituye la primera medida legislativa que permite inhumar dentro de la *urbs* (de Constantinopla); no obstante, "se desconoce el alcance e influencia que esta disposición imperial tuvo en la parte occidental del imperio y más concretamente, en *Hispania*" (Sales 2003, 322).

La pérdida del significado y función original del *pomerium* también se observa en la utilización del término por parte de varios autores de la segunda mitad del siglo IV e inicios del V, quienes emplearon dicha palabra con el significado genérico de límite, sin ningún contenido sacro o ritual. Entre los ejemplos (Annibaleto, 2010, 154-155), tenemos a Amiano Marcelino¹⁷ ("borde del camino/carretera"), Macrobio¹⁸ ("límite figurativo"), San Jerónimo¹⁹ ("huerto dotado de una *domus*, *vinea* y *hortus*" o "jardín perteneciente a la casa de una persona acomodada y cercado por un muro"), y ya en el siglo VI, Jordanes²⁰ ("confín territorial"). En

¹⁷ *Rerum gestarum libri XXXI*, 25, 10, 5. (Annibaleto, 2010, 154-155).

¹⁸ *Saturnalia*, 1, 24, 12. (*Idem*).

¹⁹ *Vulgata. eccles.* 2,4-5 y *Vulgata. Dan.* 13,4; 13,7; 13,15-20; 13, 26, 13; 36-38. (*Idem*).

²⁰ *Getica*. 199. (*Idem*).

la pérdida de su acepción inicial debieron influir, entre otros factores, la cristianización de la cultura, la decadencia de los *collegia* augurales a partir de la segunda mitad del siglo IV d.C. o la propia tradición manuscrita (Annibaletto, 2010, 155).

Por su parte, los testimonios arqueológicos confirman lo expuesto con anterioridad, ya que disponemos de varios yacimientos cuyo límite sacro se quebrantó desde un punto de vista funerario (y sin tener en cuenta las citadas excepciones legales) en pleno siglo IV d.C. En *Hispania* contamos con los asentamientos de *Munigua* (inicios de la cuarta centuria), *Rhode* y quizás *Barcino*²¹, mientras que fuera de la Península Ibérica podemos incluir la necrópolis de la segunda mitad del siglo IV en la ciudad argelina de *Sitiffs* (Sánchez Ramos, 2006, 383), o los ejemplos italianos de Módena y Rímini (Baldini, 2003, 180; Ortalli, 2003, 113-114). En cualquier caso, conviene tener en cuenta que los enterramientos *in urbe* de estos núcleos urbanos no parecen responder a una misma casuística, ya que las tumbas de Rímini y probablemente las de *Munigua*, se relacionan con establecimientos residenciales y/o productivos, mientras que en *Rhode* -y quizás en *Barcino*- parecen estar conectadas con construcciones cristianas.

Mucho más frecuentes son las ciudades cuyo *pomerium* se anuló en un momento impreciso de la cuarta y quinta centuria (Fig. 5), o bien, en esta última; se trata de una dinámica registrada claramente en *Baetica* (6 yacimientos sobre un total de 11), y en menor medida en el resto de la Península Ibérica (8 ó 9 sobre un total de 24).

Precisamente, en el siglo V d.C. destacamos la entrada en escena de las “invasiones bárbaras” y de la inestabilidad político-militar derivada de éstas, un nuevo protagonista que pudo favorecer la presencia de inhumaciones *intra moenia*. Este factor se ha considerado especialmente determinante en Roma (Meneghini y Santageli, 2004, 124-125) o en *Emerita Augusta* (Alba, 1998, 370; 2005,

131), -donde, a raíz de los asedios a los que fueron sometidos ambas ciudades, hubo dificultades a la hora de enterrar a los difuntos en el suburbio-, pero tampoco podemos descartar su influencia en otros antiguos *municipia* hispanos como *Iliberris* y *Malaca*, donde curiosamente las inhumaciones *in urbe* más antiguas se datan en la primera mitad de la quinta centuria gracias a los objetos hallados en su interior. Ajuares que, para F. Pérez Rodríguez-Aragón (1997, 641), se “podrían relacionar con la presencia en suelo hispánico de vándalos y alanos”. No obstante, el impacto de las invasiones en la topografía urbana -incluyendo la funeraria- sigue siendo una cuestión sometida a intenso debate, al contabilizarse núcleos urbanos donde la anulación del pomerio tuvo lugar antes o después del siglo V. Además, no todas las ciudades sufrieron el mismo nivel de inseguridad y, de hecho, encontramos estructuras funerarias *intra moenia* “even in cities untouched by the disruptions of war” (Cantino Wataghin, 1999, 14).

Asimismo, a lo largo del s. IV y, sobre todo, en el V d.C. (Mateos, 2005, 55-58), no podemos olvidar el arranque de la cristianización de la topografía *in urbe*. Un proceso que supuso, entre otras transformaciones, la aparición de diversos inmuebles eclesiásticos (en especial los complejos episcopales²²) que gracias a la *tumulatio ad sanctos* y a las reliquias *a contactu* (*vid. supra*), favorecieron la conformación de áreas cementeriales (Godoy, 2005, 66-69), pero cuyo verdadero desarrollo y auge se produjo a partir del siglo VI (Brogiolo, 2011, 144). No obstante, en la actualidad tampoco se descarta (Gurt y Sánchez, 2010, 24) que en realidad, determinadas necrópolis *in urbe*, favoreciesen a su vez la instalación de edificios sacros como la propia *Ecclesia Mater*.

Frente a lo expuesto en la Península Ibérica, en otras regiones del Occidente Europeo como la *Italia Annonaria* nos encontramos ante una situación algo diferente, ya que el *pomerium* sólo se quebrantó, aparentemente, en unos pocos asentamientos durante la cuarta y la quinta centuria (Brogiolo, 2011, 139). Así, de los 34 núcleos urbanos estudiados sólo 6²³ se vieron afectados por

21 En Barcelona se tiene conocimiento de un sepulcro vinculado con un hipotético edificio sacro y datado, con las cautelas necesarias, “al voltant del segle IV” según los fragmentos de lucerna encontrados junto a la tumba (Puig Verdager, 1999, 267). Un argumento indirecto a favor de esta cronología vendría confirmado por el hallazgo, en el entorno de la tumba, de un fragmento de inscripción funeraria del siglo V y un sello (de similar cronología) con la leyenda *Petrus Paulus*, interpretado como “un sello para marcar el pan litúrgico” (Beltrán de Heredia, 2008a, 252-253).

22 El 95% de los conjuntos episcopales del Occidente Romano se emplazaron dentro del *pomerium* (Arbeiter, 2010, 419).

23 Albenga, *Aquileia*, Ivrea, Modena, *Ravenna* y Rímini (Baldini, 2003, 180; Lambert, 2003, 230). A ellos podríamos sumar otros ejemplos aislados identificados en el resto de la Pe-

2010, 155). Por tanto, a partir de los siglos VI-VII d.C., -aunque posiblemente antes-, ya no tiene sentido alguno hablar de *pomerium*, puesto que ya no existe como tal al haber desaparecido definitivamente el límite que estructuraba la ciudad y que separaba un espacio dedicado en exclusiva a los vivos de otro donde convivían con los fallecidos. En estos momentos, en los que ya no existe la ciudad “romana”, el nuevo paisaje urbano presentará un carácter policéntrico, al estar articulado mediante diversos enclaves -ubicados dentro o fuera de la muralla- y comunicados entre sí mediante una liturgia estacional (Gurt y Sánchez, 2008, 191 ss.; 2010, 493 ss.).

Otras fuentes escritas también han permitido rastrear para estos momentos el cambio en la mentalidad de la población respecto a los enterramientos *in urbe*. Un ejemplo paradigmático es el del obispo y santo Gastón de Arrás, fallecido en la década de 540 d.C., quien rechazó descansar dentro de los muros del asentamiento, optando por un pequeño oratorio suburbano; empero, apenas un siglo más tarde (645 d.C.), se consideró indigno el lugar, siendo su cuerpo trasladado al interior de la catedral, erigida en plena *urbs* (Treffort, 1996, 56).

En relación a los testimonios arqueológicos, la información disponible para la Península Ibérica refleja un notable descenso en el número de asentamientos cuyo *pomerium* se quebrantó por primera vez en la sexta y séptima centuria, una tendencia a la baja especialmente llamativa en *Baetica*, donde para el período comprendido entre los siglos VI y VII, solo contamos con un único ejemplo seguro (*Carteia*). En el resto de la Península Ibérica la cifra es algo superior (6 sobre un total de 24), aunque sigue siendo minoritaria respecto a los siglos IV y V (8 ó 9 ciudades) o V y VI (3 yacimientos). Por el contrario, en la *Italia Annonaria* las investigaciones²⁶ han relevado que dicha práctica funeraria parece “affermarsi solo nel sesto e settimo secolo” (Lambert 2003, 229), pues en más de la mitad de los núcleos estudiados (15 de un total de 34) las sepulturas *intra moenia* no se datan hasta la sexta y séptima centuria (Fig. 6²⁷).

26 Destacan los estudios a nivel regional de Ch. M.^a Lambert (1997; 2003), pero también investigaciones locales como las realizadas, entre otros lugares, en Brescia (Brogiolo 1997; 2011, 140-143) o Roma (Meneghini y Santangeli-Valenzani, 1993; 2004).

27 Las recientes investigaciones en Módena y Rímmini sitúan en el inicio de las sepulturas *in urbe* en pleno siglo IV (Baldini, 2003, 180; Ortalli, 2003, 113-114).

En cualquier caso, en ambas regiones es evidente que a lo largo de estos dos siglos se detecta un notable incremento en el número total de sepulturas *intra moenia* -tanto a nivel local, como de la *provincia*-, lo que refleja la consolidación de esta práctica. Así, en la Bética, frente a 4 tumbas datadas en los siglos IV o IV-V, tenemos 13 para los siglos V o V-VI, y por último unas 25 (71 si incluimos las de *Carteia*²⁸) adscribibles a los siglos VI o VI-VII.

En el resto de la Península Ibérica, pero también en otras ciudades italianas, encontramos una tendencia similar, al haberse constatado en *Valentia* 59 sepulcros de la sexta, séptima e inicios de la octava centuria (Ribera y Soriano 1987: 153 y 162; Ribera y Rosselló 2000, 163; Alapont y Ribera, 2009) -frente a 29 tumbas datadas desde mediados del siglo V hasta mediados del VI-; en *Barcino* 35 de la sexta y séptima (Beltrán de Heredia 2008a, 251; 2008b, 280) -frente a una sola adscrita, y con dudas, al siglo IV-, o en Roma, donde se pasó de 7 emplazamientos con estructuras funerarias de los siglos V o V-VI, a 21 de los siglos VI, VI-VII o VII (Meneghini y Santangeli, 1993; 2004, 124).

II. 6. SIGLO VIII EN ADELANTE. HACIA UNA NUEVA REALIDAD

En el siglo VIII se ha datado el arranque formal de un fenómeno conocido como “cristianización de la muerte”²⁹, cuyo triunfo definitivo se sitúa en el s. XII, y que supuso la conversión de los cementerios parroquiales -o episcopales- en el único lugar idóneo donde recibir sepultura (Treffort, 1996, 60-61). Estos inmuebles se situaban, en su mayor parte, dentro de los recintos amurallados, lo que favoreció un incremento en el número de las sepulturas *in urbe* y un paulatino descenso de aquéllas practicadas en el suburbio.

Según A. Azkarate (2002, 136), hasta los siglos VIII-IX d.C. la Iglesia no tuvo especial interés en regular determinados hábitos o costumbres relacionados con la muerte (como por ejemplo el lugar de descanso final de los difuntos). Sin embargo, a partir de dicho momento la situación cambió de forma radical debido a: una nueva concepción de la

28 Las tumbas de *Carteia* han sido excluidas de las estadísticas totales ya que su elevado número sobre la muestra total de inhumaciones *intra moenia* béticas identificadas (46 de un total de 164), podría distorsionar las estadísticas.

29 Entendida como “su apropiación por parte de la Iglesia” (Azkarate, 2002, 129).

sepultura y de los ritos funerarios³⁰. La consolidación de la red parroquial, convirtiéndose ésta en el elemento de referencia durante la vida (y muerte) de los fieles³¹; la desaparición de una gestión privada del momento del fallecimiento, basada en la fortaleza del derecho familiar y privado; y, por último, el establecimiento de nuevas relaciones socioeconómicas características de un contexto feudal, del que los muertos no permanecieron al margen (Treffort, 1996, 59-60; Cantino y Lambert, 1998, 107-108; Chavarría, 2009, 185-188).

Este prolongado proceso se interrumpió o adquirió nuevas características en algunas regiones del Mediterráneo Occidental (incluyendo gran parte de la Península Ibérica), debido al inicio de una nueva coyuntura histórica caracterizada por la islamización de la sociedad. La principal consecuencia será la mayoritaria localización de las áreas funerarias en el suburbio; circunstancia que se explica (León Muñoz y Casal, 2010, 651-653) más por cuestiones prácticas que de otra índole (culturales o jurídicas).

III. REFLEXIONES FINALES

Pese al establecimiento y codificación -desde fechas muy tempranas- de una clara diferenciación entre un mundo dedicado en exclusiva a los vivos, y otro en el que éstos podían convivir con otro tipo de actividades, lo cierto es que, desde un primer momento, nunca se logró una efectiva y total exclusión del mundo funerario. Así, las propias singularidades permitidas por la legislación, junto a las repetidas alusiones en las que se prohibían los enterramientos dentro del *pomerium*, reflejan las dificultades a la hora de aplicar una medida legal que para investigadores como F. Casavola fue impuesta por la religión oficial (*ius pontificium*) y que “no tenía una correspondencia con las ideas de ultratumba, e iba en contra de los intereses de los particulares” (López Melero, 1997, 114). En este sentido, la población aceptaba desde tiempos inmemoriales

la presencia de familiares difuntos junto o dentro de las casas, por lo que el principal hándicap de los enterramientos *in urbe* era el “contagio impuro” derivado de la presencia del cadáver. Una contaminación que, sin embargo, se podía contrarrestar mediante diversos rituales (López Melero, 1997, 114), por lo que no fue impedimento suficiente a la hora de prohibir esta larga tradición.

A pesar de lo expuesto, durante varios siglos el *pomerium* logró excluir -con una efectividad bastante elevada- el mundo funerario al *suburbium*, tal y como reflejan los limitados testimonios arqueológicos que han podido ser identificados. No obstante, ya desde momentos tardorrepublicanos se constatan una serie de factores (especialmente prolíficos e intensos a partir del siglo III d.C.) que favorecieron una progresiva pérdida de su significado y función original, de modo que, ya en los siglos IV y V d.C., se detecta -junto a otras transformaciones topográficas propias de la ciudad tardoantigua- una clara ruptura funeraria del pomerio en muchas ciudades de la Península Ibérica, lo que atestigua el fracaso de la citada legislación.

Esta cronología (cuarta y quinta centuria) contrasta con las de otras ciudades hispanas y, sobre todo, con las procedentes de otras regiones europeas como la *Italia Annonaria*, donde debemos avanzar a los siglos VI-VII d.C. Entre las posibles explicaciones de este amplio marco cronológico podríamos interpretar la citada ruptura del *pomerium* como síntoma evidente de una “crisis” urbana iniciada en tiempos y modos diferentes -una hipótesis a la que parecen apuntar yacimientos como *Carthago Nova* o *Munigua*-; no obstante, en ocasiones la realidad es más compleja y no siempre se conjugan ambos agentes, como en *Emporiae*³² o *Barcino*³³. Tampoco el nivel de importancia de la *civitas* es un criterio fiable, al identificarse enterramientos *in urbe* en la cuarta o quinta centuria tanto en centros episcopales y políticos (*Lucus Au-*

30 “Il valore dell’intercessione del santo lascia il passo alle orazioni e, soprattutto, alle celebrazioni eucaristiche, che diventano determinanti per la salvezza dei defunti”. (Chavarría, 2009, 185).

31 Así, el párroco pasó a ser el encargado de la gestión de los sacramentos a los moribundos, de la celebración de una necesaria liturgia conmemorativa, además del responsable a la hora de elegir el sitio de reposo de sus fieles. En este sentido, con la instauración de esta retícula, la domiciliación de todo individuo se basó en la pertenencia a una parroquia en particular, lo que implicaba a su vez un lugar de inhumación claramente definido (Treffort, 1996, 60).

32 Entre inicios del siglo II y finales del III d.C. dos de los tres sectores del antiguo *municipium* (la *neapolis* y la ciudad romana) se abandonaron. Tan sólo la antigua *paliapolis* mantuvo el “rango urbano”, cuyo recinto amurallado se reforzó en los siglos IV o V (Nolla y Aquilué, 1999, 98), no siendo invadida por enterramientos hasta momentos posteriores al s. VI avanzado (Nolla y Sagra, 1996, 14; Aquilué, 2008, 104).

33 En Barcelona se ha identificado un sepulcro datado, al parecer, y con la prudencia necesaria, en el siglo IV (*vid. supra*) es decir, en un momento en el que aún continuaban levantándose pedestales en el foro, al fecharse el más tardío entre los años 379 y 385 (Beltrán de Heredia, 2008b, 281).

gusti o *Corduba*), como en otros con un papel más secundario (*Clunia*, *Veleia* o *Rhode*).

Del mismo modo, y atendiendo a factores exógenos, el período de tiempo durante el cual un determinado territorio quedó bajo el control de Roma no se puede emplear como único criterio (al remontarse algunas inhumaciones a los siglos III o IV). Asimismo, la mayor o menor presencia de habitantes de Europa central, oriental o septentrional no parece haber sido un agente decisivo, al igual que el grado de pervivencia del sustrato romano, –según ha constatado Ch. M.^a Lambert (2003, 236) en la Italia *Annonaria*–, o el impacto de las “invasiones bárbaras”, que obviamente debió variar dependiendo de cada ciudad.

Por tanto, y en vista de la situación, a la hora de explicar la desigual cronología sólo nos queda recurrir a causas “locales”³⁴ cuyo peso e influencia pudieron variar según cada ciudad, sin poder olvidar tampoco la propiedad aleatoriedad del registro arqueológico.

Si dejamos a un lado la problemática derivada de dicha cronología, es evidente que ya en los siglos VI y VII d.C., los testimonios escritos y arqueológicos impiden que podamos hablar de *pomerium* con su función y significado original. Dos centurias caracterizadas por el incremento en el número de los enterramientos en el interior de los recintos amurallados aún vigentes, lo que apunta hacia la desaparición definitiva de las barreras físicas y simbólicas entre el espacio urbano y suburbano. Una dinámica que se intensificará aún más desde los siglos VIII y IX d.C., con el triunfo de una modalidad de enterramiento asociada a una iglesia episcopal o parroquial.

IV. BIBLIOGRAFÍA

- Alapont Martín, Ll. y Ribera i Lacomba, A. V. (2009), “Topografía y jerarquía funeraria en la Valencia tardoantigua”, en J. López Quiroga y A. M. Martínez (coord.), *Morir en el Mediterráneo medieval*, Archaeological Studies on Late Antiquity and Early Medieval Europe (400-1000 A. D.), Oxford, 5986.
- Alba Calzado, M. (1998), “Consideraciones arqueológicas en torno al siglo V en Mérida: repercusiones en las viviendas y en la muralla”, *Memoria 2: Excavaciones arqueológicas en Mérida*, 1996, 361-385.

- Amores Carredano, F. y González Acuña, D. (2006), “V fase de intervención arqueológica en el mercado de la Encarnación (Sevilla). Contextos tardoantiguos”, *Anuario Arqueológico de Andalucía/2003*, III, 197-206.
- Annibaletto, M. (2010), *Oltre la città. Il suburbio nel mondo romano*, Fondazione A. Colluto, L'album 16, Rubano.
- Aquilué Abadías, X. (2008), “Empúries en l'antiguitat tardana. El pas del món antic al món medieval”, *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*, 39, 101-113.
- Arbeiter, A. (2010), “¿Primitivas sedes episcopales hispánicas en los suburbia? La problemática de cara a las usanzas en el ámbito mediterráneo occidental”, en D. Vaquerizo (ed.), *Las áreas suburbanas en la ciudad histórica. Topografía, usos y función*, Monografías de Arqueología Cordobesa, 18, Córdoba, 413-434.
- Arce Martínez, J. (1990), *Funus Imperatorum. Los funerales de los emperadores romanos*, Madrid.
- Arévalo González, A. et alii. (2006), “El mundo funerario tardorromano en Baelo Claudia. Novedades de las intervenciones arqueológicas del 2005 en la muralla oriental”, *Anales de Arqueología Cordobesa*, 17, II, 61-84.
- Argente Oliver, J. L. y Díaz Díaz, A. (1996), *Tiermes, guía del yacimiento y museo*, Soria.
- Azkarate Garai-Olaun, A. (2002): “De la tardoantigüedad al medioevo cristiano. Una mirada a los estudios arqueológicos sobre el mundo funerario”, en D. Vaquerizo (ed.), *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano*, Córdoba, 115-140.
- Baldini Lippolis, I. (2003), “La fine di domus e palatia. Trasformazioni e cesure attraverso la documentazione archeologica”, en J. Ortalli y M. Heinzelmann (a cura di), *Abitare in città. La Cisalpina tra imperio e medioevo*, Palilia 12, Wiesbaden, 173-186.
- Bejarano Osorio, A. (2004), *El Mausoleo del Dintel de los Ríos: los contextos funerarios tardíos en Augusta Emerita*, Cuadernos Emeritenses, 27, Mérida.
- Beltrán de Heredia Bercero, J. (2008a), “Inhumaciones “privilegiadas” intra muros durante la Antigüedad Tardía en Barcino”, *Anales de Ar-*

³⁴ Mayor o menor permanencia de antiguas costumbres funerarias; desinterés o imposibilidad por parte de las autoridades a la hora de regular esta práctica; fortaleza del derecho familiar; mayor o menor cristianización de sus habitantes; dinamismo de las áreas cementeriales suburbanas, etc.

- queología Cordobesa, 19, 231-260.
- (2008b), "Barcino durante la antigüedad tardía", *Zona Arqueológica*, 9, 273-289.
- Bernal Casasola, D. (2006), "Carteia en la Antigüedad Tardía", en L. Roldán *et alii* (dir.), *Estudio históricoarqueológico de la ciudad de Carteia, (San Roque, Cádiz), 1994-1999*, I, Madrid, 417-464.
- Bernal Casasola, D. y Lagóstena Gutiérrez, J. (2010), "Muriendo en Gades en la Antigüedad Tardía", en A. M. Niveau y V. Gómez (ed.), *Las necrópolis de Cádiz. Apuntes de arqueología gaditana en homenaje a J. F. Sibón Olano*, Cádiz, 407-444.
- Blasi, M. (2008), "Il caso controverso degli onori funebri per Publio Valerio Publicola", en G. Bartolini y M. G. Benedettini (coord.), *Sepolti tra i vivi. Evidenza ed interpretazione di contesti funerari in abitato*, Scienze dell'Antichità, Storia, Archeologia, Antropologia 14.2 (2007-2008), Roma, 1047-1066.
- Brogiolo, G. P. (1997), "Le sepolture a Brescia tra tarda antichità e prima età longobarda (ex. IV-VII)", en L. Paroli (a cura di), *L'Italia centrosettentrionale in età longobarda*, Firenze, 413-424.
- Brogiolo, G. P. (2011), *Le origini della città Medievale*, PostClassical Archaeologies/Studies, 1, Mantova.
- Cantino Wataghin, G. (1999), "The ideology of urban burials", en G. P. Brogiolo y B. Ward Perkins (ed.), *The idea and ideal of the town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, 147-180.
- Cantino Wataghin, G. y Lambert Ch. M.^a (1998), "Sepolture e città. L'Italia settentrionale tra IV e VIII secolo", en G. P. Brogiolo y G. Cantino (a cura di), *Sepolture tra IV e VIII secolo. VII*, Mantova, 89-114.
- Cappelli, F. (1997), "Le origini della cattedrale di Ascoli. Aspetti di urbanistica altomedievale in una città del Picenum", en L. Paroli (a cura di), *L'Italia centrosettentrionale in età longobarda*, Firenze, 81-89.
- Carafa, P. (2008), "Uccisioni rituali e sacrifici umani nella topografía di Roma", en G. Bartolini y M. G. Benedettini (coord.), *Sepolti tra i vivi. Evidenza ed interpretazione di contesti funerari in abitato*, Scienze dell'Antichità, Storia, Archeologia, Antropologia, 14.2 (2007-2008), Roma, 667-703.
- Carandini, A. (2008), "Uccisioni rituali sacrifici umani a Roma, tra centro protourbano e prima cittàtato. Abbozzando una sintesi", en G. Bartolini y M. G. Benedettini (coord.), *Sepolti tra i vivi. Evidenza ed interpretazione di contesti funerari in abitato*, Scienze dell'Antichità, Storia, Archeologia, Antropologia, 14.2 (2007-2008), Roma, 705-710.
- Carrillero Millán, M. y Nieto González, B. (1995), "Aproximación al fenómeno paleocristiano en la depresión natural de Ronda (Málaga)", *IV Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, Barcelona, 185-191.
- Chavarría Arnau, A. (2009), *Archeologia delle chiese: dalle origini all'anno mille*, Roma.
- Citter, C. (1997), "La trasformazione di aree ed edifici pubblici nelle città toscane fra tardoantico e altomedioevo", en S. Gelichi (ed.), *Atti del I congresso di Archeologia Medievale*, Pisa, 27-30.
- Corrales Aguilar, M. (2007), "El teatro romano de Málaga: Evolución de un espacio", *Mainake*, XXIX, 53-76.
- Costantini, A. (2010-2011), "Topografía funeraria e ingresso delle sepolture in urbe nella Toscana tardoantica. I casi di Firenze e Arezzo", *Anales de Arqueología Cordobesa*, 21/22, 173-196.
- Eger, Ch. (2006), "Tumbas de la Antigüedad Tardía en Munigua. Tipos de tumba, ritos de enterramiento y ajuares funerarios en una pequeña ciudad del sur de España en los siglos III/IV a VII", *Anales de Arqueología Cordobesa*, 17, II, 137-160.
- Fernández Fernández, R. M.^a (1989), "La ley de la Colonia Genetiva Iulia en la experiencia romana sobre comunidades: Urso 73, 74, de las XII Tablas al código de Justiniano", en J. González Fernández (coord.), *Estudios sobre Urso. Colonia Iulia Genetiva*, Sevilla, 79-92.
- Fernández Ochoa, C. *et alii* (2006), "La dinámica urbana de las ciudades de la fachada noratlántica y del cuadrante noroeste de Hispania durante el Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía (siglos IIIV d.C.)", *VI Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, Barcelona, 95-119.
- Fillo y Nieva, I. y Gil Zubillaga, E. (2007), "Vida cotidiana al abrigo de las murallas. Novedades de la investigación sobre el recinto amurallado tardorromano de Veleia (Iruña de Oca, Álava, País Vasco)", *Murallas de Ciudades Romanas no Occidente do Impero. Lucus Augusti como*

- paradigma*, Lugo, 469-480.
- Filloo Nieva, I. *et alii* (1991), "Algunas precisiones en torno a la ciudad romana de Iruña", *Cuadernos de Sección de Eusko Ikaskuntza, Prehistoria-Arqueología*, 4, 239-263.
- Franco Ribeiro, M.^a C. (2008), *Braga entre a época romana e a Idade Moderna. Uma metodologia de análise para a leitura da evolução da paisagem urbana*, Tesis Doctoral, Braga.
- Galinié, H. (1996), "Le passage de la nécropole au cimetière: les habitants des villes et leurs morts, du début de la christianisation à l'an Mil", en M. Galinié y E. ZadoraRio (dir.), *Archéologie du cimetière chrétien*, 11e supplément à la Revue Archéologique du Centre, Tours, 17-22.
- García-Dils de la Vega, S. *et alii* (2005), "La tumba visigoda de *Sapatio*", *Spal*, 14, 259-277.
- García-Dils de la Vega, S. *et alii* (2011), "La conversión de una *porticus* monumental de *colonia Augusta Firma* en recinto funerario cristiano", *Habis*, 42, 263-291.
- Gil Gabernet, I. *et alii* (2001), "De la *Ilerda* prerromana a la *Ilerda* tardorromana. Nuevos datos tras dos décadas de investigación continuada en Lérida", *Archivo Español de Arqueología*, 74, 161-181.
- Gisbert Santoja, J. A. y Sentí Ribes, M. (1989), "Enterramientos infantiles fundacionales en el "Edificio *Horreum*" y "Edificio Occidental" del yacimiento romano de *Dianium* (Denia, Alicante)", *Cuadernos de prehistoria y arqueología castellanense*, 14, 95-126.
- Godoy Fernández, C. (2005), "Les ciutats d'*Hispania* sota la protecció del sants màrtirs: transformacions del concepte *espai religiós* entre l' antiguitat tardana i l' edat mitjana", *VI Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, Barcelona, 63-72.
- González Acuña, D. (2011), *Forma Urbis Hispanensis. El urbanismo de la ciudad romana de Hispalis a través de los testimonios arqueológicos*, Fundación FocusAbengoa, 30 Sevilla.
- Gurt Esparraguera, J. M. y Macías Solé, J. M. (2002), "La ciudad y el *territorium* de *Tarraco*: el mundo funerario", en D. Vaquerizo (ed.), *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano*, Córdoba, 87-112.
- Gurt Esparraguera, J. M. y Sánchez Ramos, I. M.^a (2008), "Las ciudades hispanas durante la Antigüedad Tardía: una lectura arqueológica", *Zona Arqueológica*, 9, 183-202.
- Gurt Esparraguera, J. M. y Sánchez Ramos, I. M.^a (2010), "Topografía funeraria de las ciudades hispanas en los siglos IV-VII", *Madrider Mitteilungen*, 52, 457-513.
- Gusberti, E. (2008), "Sepulture in abitato a Roma tra VIII e VII secolo a.C.", en G. Bartolini y M. G. Benedettini (coord.), *Sepolti tra i vivi. Evidenza ed interpretazione di contesti funerari in abitato*, Scienze dell'Antichità, Storia, Archeologia, Antropologia, 14.2 (2007-2008), Roma, 639-651.
- Gutiérrez Dohijo, E. (2007), "La necrópolis hispanovisigoda del área foral de *Termes*", *Pyrenae*, 38, 1, 129-162.
- Hidalgo Prieto, R. (1993), "Nuevos datos sobre el urbanismo de *Colonia Patricia Corduba*: excavación arqueológica en la calle Ramírez de las Casas-Deza, 13", *Anales de Arqueología Cordobesa*, 4, 91-134.
- Lambert, Ch. M.^a (1997), "Le sepolture *in urbe* nella norma e nella prassi (tarda antichità alto medioevo)", en L. Paroli (a cura di), *L'Italia centrosettentrionale in età longobarda*, Firenze, 285-293.
- Lambert, Ch. M.^a (2003), "Spazi abitativi e sepolture nei contesti urbani", en J. Ortalli y M. Heinzelmann (a cura di), *Abitare in città, La Cisalpina tra imperio e medioevo*, Palilia 12, Wiesbaden, 229-239.
- León Muñoz, A. y Casal García, M.^a T. (2010), "Los cementerios de *Madinat Qurtuba*", en D. Vaquerizo y J.F. Murillo (ed.), *El anfiteatro romano de Córdoba y su entorno urbano. Análisis arqueológico (ss. I-XIII d.C.)*, Monografías de Arqueología Cordobesa, 19, II, Córdoba, 651-684.
- López Melero, R. (1997), "Enterrar en *Urso* (*Lex Ursonensis* LXXIII-LXXIV)", *Studia historica. Historia antigua*, 15, 105-118.
- López Quiroga, J. (2010), *Arqueología del mundo funerario en la Península Ibérica (siglos V-X)*, Biblioteca Básica (Ergástula), 3, Madrid.
- López Quiroga, J. y Martínez Tejera, A. M. (2009), "De *Corporibus Defunctorum*: Lectura e interpretación históricoarqueológica del canon XVIII del primer concilio de Braga (a. 561) y su repercusión en la arquitectura hispana de la Antigüedad Tardía", en J. López Quiroga y A. M. Martínez (coord.), *Morir en el Mediterráneo*

- medieval*, Archaeological Studies on Late Antiquity and Early Medieval Europe (400-1000 A.D.), Oxford, 151-170.
- López Vilar, J. (2006), *Les basíliques paleocristianes del suburbi occidental de Tàrraco. El temple septentrional i el complex martirial de Sant Fructuós*, Sèrie Documenta, 4, Tarragona.
- Lorencio, C. *et alii* (1998), "Enterraments infantils a l'edifici imperial de la Magdalena (Lleida)", *Ítaca. Annexos*, 1, 299-315.
- Macías i Solé, J. M. *et alii* (dir.), (2007), *Planimetria Arqueològica de Tàrraco*, Sèrie Documenta, 5, Tarragona.
- Mateos Cruz, P. (2005), "Los orígenes de la cristianización urbana en *Hispania*", *VI Reunión d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, Barcelona, 49-62.
- Meneghini, R. y SantangeliValenzani, R. (1993), "Sepulture intramurane e paesaggio urbano a Roma tra V e VII secolo" en L. Paroli y P. Delogu (ed.) *La storia economica di Roma nell'alto Medioevo alla luce dei recenti scavi archeologici*, Firenze, 89-111.
- Meneghini, R. y SantangeliValenzani, R. (2004), *Roma nell'altomedioevo. Topografia e urbanistica della città dal V al X secolo*, Roma.
- Mínguez Morales, J. A. (1989-1990), "Enterramientos infantiles domésticos en la Colonia Lepida/Celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza)", *Caesar Augusta*, 66-67, 105-122.
- Molina Expósito, A. (2003), *Informe-Memoria de la Intervención Arqueológica de Urgencia en calle Tejón y Marín nº 14, Córdoba*, Informe de la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía, Córdoba (Inédito).
- Nolla i Brufau, J. M. (1997), "Roses a l'antiguitat tardana. El cementiri de Santa Maria", *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*, 30, 107-146.
- Nolla i Brufau, J. M. y Aquilué Abadías, X. (1999), "Necròpoli de la Neàpolis d'Empúries", en P. Palol y A. Pladevall (dir.), *Del romà al romànic. Història, art i cultura de la Tarraconense mediterrània entre els segles IV i X*, Barcelona, 274-275.
- Nolla i Brufau, J. M. y Sagrera i Aradilla, J. (1996), *Civitatis Impuritanae coemeteria. Les necròpolis tardanes de la Neàpolis*, Estudi General, 15, Girona.
- Nolla i Brufau, J. M. y Sureda i Jubany, M. (1999), "El món funerari antic, tardoantic y altomedieval a la ciutat de Girona. Un estat de la qüestió", *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, 40, 13-66.
- Ortalli, J. (2003), "L'insediamento residenziale urbano nella Cispadana", en J. Ortalli y M. Heinzelmann (a cura di), *Abitare in città. La Cisalpina tra imperio e medioevo*, Palilia 12, Wiesbaden, 95-119.
- Padrós i Martí, P. (1999), "Ciutat de Bètul", en P. Palol y A. Pladevall (dir.), *Del romà al romànic. Història, art i cultura de la Tarraconense mediterrània entre els segles IV i X*, Barcelona, 89-90.
- Palol i Salellas, P. (1991-1978), "Noves dades arqueològiques sobre els darrers segles de Clunia", *Clunia VIII. 0. Studia varia Cluniensia*, Burgos, 295-300.
- Palol i Salellas, P. (1994), *Clunia. Historia de la ciudad y guía de las excavaciones*, Burgos.
- Pedro, I. y Inês Vaz, J. L. (1995), "Basílica e necrópole altomedievais de Viseu", *IV Reunión d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, Barcelona, 343-352.
- Pera Isern, J. (1999): "Necròpoli de Iesso", en P. Palol y A. Pladevall (dir.), *Del romà al romànic. Història, art i cultura de la Tarraconense mediterrània entre els segles IV i X*, Barcelona, 271-272.
- Pera Isern, J. y Uscatescu Barrón, A. (2007): "La Antigüedad Tardía en la ciudad de Iesso (Guissona, Lérida). Una aproximación a través del análisis de algunos contextos estratigráficos", *Madrid Mitteilungen*, 48, Madrid, 204-266.
- Pérez Rodríguez Aragón, F. (1997), "Elementos de tipo bárbaro oriental y danubiano de época bajoimperial en *Hispania*", *La Hispania de Teodosio*, II, Salamanca, 629-647.
- Puig Griessenberger, A. M.^a (1999), "Món funerari de Roses", en P. Palol y A. Pladevall (dir.), *Del romà al romànic. Història, art i cultura de la Tarraconense mediterrània entre els segles IV i X*, Barcelona, 273-274.
- Puig i Verdager, F. (1999), "Món funerari de Bàrcino", en P. Palol y A. Pladevall (dir.), *Del romà al romànic. Història, art i cultura de la Tarraconense mediterrània entre els segles IV i X*, Barcelona, 265-270.
- Ramallo Asensio, S. F. *et alii* (2010), "Cartha-

- go Nova y su espacio suburbano. Dinámicas de ocupación en la periferia de la *urbs*", en D. Vaquerizo (ed.), *Las áreas suburbanas en la ciudad histórica. Topografía, usos y función*, Monografías de Arqueología Cordobesa, 18, Córdoba, 211-254.
- Ramallo Asensio, S. F. y Vizcaíno Sánchez, J. (2007), "Evolución del sistema defensivo de Cartagena durante la Antigüedad", *Murallas de Ciudades Romanas no Occidente do Impero. Lucus Augusti como paradigma*, Lugo, 483-522.
- Revilla Calvo, V. y Cela Espin, X. (2006), "La transformación material e ideológica de una ciudad de *Hispania: Iluro* (Mataró) entre los siglos I y VII", *Archivo Español de Arqueología*, 79, 89-114.
- Ribera i Lacomba, A. V. y Rosselló Mesquida, M. (2000), "La ciudad de Valencia en época visigoda", *Los orígenes del Cristianismo en Valencia y su entorno*, Grandes Temas Arqueológicos 2, Valencia, 151-164.
- Ribera i Lacomba, A. V. y Soriano Sánchez, R. (1987), "Enterramientos de la Antigüedad Tardía en *Valentia*", *Lucentum*, 6, 139-164.
- Riera Rullán, M. *et alii*. (1999), "Els últims segles de *Pollentia*", *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana*, 55, 335-346.
- Ripoll López, G. (1999), "El món funerari", en P. Palol y A. Pladevall (dir.), *Del romà al romànic. Història, art i cultura de la Tarraconense mediterrània entre els segles IV i X*, Barcelona, 249-260.
- Román Rodríguez, J. M. (2001), "El almacenamiento de grano en Carmona. El *horreum* de San Blas", en A. Caballos (ed.), *Carmona Romana*, Carmona, 233-250.
- Román Rodríguez, J. M. (2009), "Excavación arqueológica preventiva en el solar nº 3 de la Plaza Juan Facúndez de Carmona (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2004*, I, 3132-3157.
- Sales Carbonell, J. (2003), "Necrópolis cristianas tardoantiguas en el área catalana: estado de la cuestión", en L. A. García Moreno *et alii* (ed.), *Santos, obispos y reliquias*, Alcalá de Henares, 319-333.
- Salinas Villegas, J. M. (2005), "El sector septentrional de la villa romana de Santa Rosa", *Anales de Arqueología Cordobesa*, 16, Córdoba, 35-54.
- Sánchez Ramos, I. M.^a (2006), *La cristianización de la topografía funeraria en las provincias occidentales del imperio: exemplum cordubense*, Tesis Doctoral dirigida por D. Vaquerizo y J. M. Gurt, Córdoba.
- Schattner, T. G. (2003), *Munigua. Cuarenta años de investigaciones*, Junta de Andalucía, Sevilla.
- Schattner, T. G. *et alii* (2006), "Sucinto informe de las investigaciones arqueológicas en *Munigua*", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2003*, II, 66-77.
- Serrano Peña, J. L. (2004), *Aurgi. Estudio del municipio romano desde la arqueología urbana de Jaén, 1985-1995*, Jaén.
- Sevilla Conde, A. (2010-2011), "*Mors inmatura* en el mundo romano. Provincia *Tarraconensis*", *Anales de Arqueología Cordobesa*, 21/22, 197-220.
- Sillières, P. (1997), *Baelo Claudia. Una ciudad romana de la Bética*, Collection de la Casa de Velázquez, 61, Madrid.
- Treffort, C. (1996), "Du *cimiterium christianorum* au cimetière paroissial: évolution des espaces funéraires en Gaule du VI^e au Xe siècle", en M. Galinié y E. Zadora-Rio (dir.), *Archéologie du cimetière chrétien*, 11e supplément à la Revue Archéologique du Centre, Tours, 55-64.
- Vargas Cantos, S. (2005), *AAP en la Unidad de Actuación U12 (Garaje Alcázar)*, Informe de la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía, Córdoba.

SALSAMENTUM SUR-HISPANO:

APUNTES PARA SU ESTUDIO¹

PILAR CORRALES AGUILAR
Universidad de Málaga

Recibido: 13/02/2013
Revisado: 02/04/2013

Aceptado: 03/04/2013
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

El litoral surhispano se configura como uno de los principales núcleos de producción salsaria en la Antigüedad Clásica, algo que se ve refrendado continuamente por los hallazgos que se siguen documentando en su litoral. Desde la obtención de la materia prima necesaria para su realización: sal y pescado, pasando por el análisis de las factorías y su evolución a lo largo del tiempo, diferente según las zonas, así como el desarrollo paralelo de los alfares donde se producían los envases para su comercialización.

PALABRAS CLAVE

Litoral, *Hispania* meridional, *Salsamenta*, *Cetariae*, Ánforas, Comercio

ABSTRACT

The coast surhispana is configured as one of the main centres of salsaria production in Classical Antiquity, which is continually endorsed by findings that are documenting their coast. From obtaining the necessary raw material for its realization: salt and fish, through analysis of the factories and their evolution over time, different according to the areas, as well as the parallel development of the potteries where produced containers for sale.

KEYWORDS

Coast, Southern *Hispania*, *Salsamenta*, *Cetariae*, Amphorae, Trade

¹ Este trabajo se enmarca en el Proyecto de investigación I+D+i HAR2009/12547

Pesca y explotación de sal precedieron a la elaboración de pescado salado o *salsamenta*: Con una pesca abundante en calidad y cantidad (Estrabón, III,2,7), las posibilidades que ofrece la zona son fundamentales para el sistema económico establecido en estas costas desde etapas anteriores. Basándose en la actividad pesquera, se estructura un complejo sistema de organización estatal que englobará tanto la obtención y transformación de la materia prima, como la elaboración de los envases y la comercialización a corta, media y larga distancia del producto resultante. En este contexto hemos de entender la frenética actividad industrial que se documenta en el litoral bético en época tardorrepública y, sobre todo, a partir de Augusto: Desde *Gades* y su entorno, que ya contaba con una consolidada industria a la que se sumaron los cambios originados por la política cesariana y el consiguiente cambio jurídico de la ciudad, las *cetariae* se extienden hacia otros ámbitos costeros ya bajo una óptica plenamente romana (Ponsich y Tarradell, 1965, 222).

Son fundamentalmente cuatro los sistemas de captura del pescado en la Antigüedad (Fig. 1). Lógicamente cada uno de ellos se podía emplear para un tipo de pesca en concreto, según las necesidades propias y según los condicionantes que impone la configuración de la costa y fondo, naturaleza de las aguas y el peso de las piezas a capturar. Una completa descripción de estos sistemas y sus variantes nos la ofrecen obras como las de Eliano (*NA*, 13.43) y Opiano (*H.* III, 71-91): anzuelos, redes, nasas y tridente. De entre estos cuatro sistemas generales de pesca el empleo de redes, gracias a su versatilidad, rendimiento y posibilidades de aplicación, será el que más peso específico tenga en la industria de



Fig. 1 Mosaico con escena de pesca (Detalle). Museo Arqueológico Regional de Alcalá de Henares

procesamiento del pescado (Martínez, 1992, 222 y 229). Hemos de tener en cuenta que el auge de esta actividad debió traer consigo unas nuevas formas de obtención de la materia prima, orientadas a una explotación más intensiva de los recursos marinos necesarios para la fabricación masiva de estos productos. Se desarrollan así nuevos métodos de pesca: la almadraza y los corrales, que se sumarían a los utilizados anteriormente. De las primeras tenemos testimonios escritos de su uso en época romana (Opiano, *H.* III, 597, 641; Eliano, *NA*, 13.6, Filóstrato, *Im.*, 1.12.7-10), y se utilizaban, tal como en la actualidad, para la pesca del atún, aunque desconocemos desde cuándo se conoce la técnica almadraza en el litoral peninsular; distinto es el consumo de la especie que se remonta al menos a contextos protohistóricos y es relativamente habitual en ciertos asentamientos desde entonces.

Pero, el carácter estacional que tiene la pesca del atún ha llevado a algunos autores a considerar la posibilidad de que la industria de salazones y salsas tuviera también un corto período de funcionamiento, limitándose a la época estival, que es cuando se efectúa el paso de los bancos de los escómbridos por aguas del Estrecho (Belén y Fernández-Miranda, 1978, 197 ss.; Ponsich, 1975, 676; López, 1993, 358), aunque cada vez es más evidente que las factorías estuviesen en funcionamiento prácticamente todo el año, fuese o no época de pesca de túnidos. Para solventar esa estacionalidad, la segunda modalidad de captura del pescado, los corrales, abría nuevas posibilidades, aunque su mecanismo de funcionamiento dependía del ciclo de las mareas (Moreno



Fig. 2 Muestra ictiológica de la factoría de salazones documentada en La Aduana (Málaga). Foto: María del Carmen Lozano Francisco

y Abad, 1971, 214 ss.). La existencia de estos depósitos no sólo aseguraría una provisión continua de materia prima para las factorías, sino que también conllevaría la utilización de una mayor variedad en cuanto a tipos de peces se refiere para la elaboración de estos productos industriales, teniendo como consecuencia por un lado, una gran variedad de salazones y salsas (Plin. H.N. XXXI, 31,43-44; Gp. XX, 46, 1; Garg. Mart. 62) y, por otro, que las factorías trabajaran prácticamente todo el año.

En este sentido, los análisis ictiológicos (Fig. 2) que se han ido realizando indican que estas salsas se fabricaron con una gran variedad piscícola: desde el famoso atún rojo citado por la Fuentes, pasando por escómbridos intermedios como el bonito y la caballa, a otras especies como sardinas, arenques, barracudas, sardos, boquerones... Así lo corroboran los estudios realizados recientemente en las factorías malacitanas mostrando que son muchas las ocasiones en las que nos encontramos una considerable mezcla de especies piscícolas de pequeño tamaño desde época tardorrepública hasta las producciones bajoimperiales, acorde con lo que se ha podido documentar en otras zonas del mundo romano (Corrales, Compañía *et alii*, 2011, 38 ss.).

En otros casos, son los moluscos las especies predominantes en estas factorías, especialmente en las onubenses, como se desprende de los estudios de la del Eucaliptal (Punta Umbría, Huelva) (Campos y Vidal, 2004, 56) y quizás El Terrón (Lepe) (Campos y Vidal, 2004, 67), o los restos documentados en la calle San Nicolás en Algeciras (García y Bernal, 2009, 147) o en las excavaciones de la calle Puerto, 19 (Puerto de Santa María) (Gutiérrez, 2000, 29).

Productos variados a base de pescados, aunque en ocasiones la carne pasa a tener un papel relevante en instalaciones como las de Gijón, en cuyas piletas de época bajoimperial se constata la presencia mayoritaria de ganado vacuno, ovicáprido, con presencia también de cerdos, lo que se ha interpretado como evidencias de consumo de carne en las propias fábricas o como parte de la dieta alimenticia (Morales *et al.*, 1994, 177-178, tabla 1; Morales y Liesau, 1994), hecho que también está documentado en la factoría de la calle San Nicolás en Algeciras, donde hay abundante fauna terrestre (vaca, oveja, ciervo, cabra y el cerdo) (Bernal, 2006, 100), o la abundante cantidad de mandíbulas de ovicápridos y restos óseos de diversas especies de mamíferos especialmente bóvidos y cerdos documentadas en la factoría de la calle Alcazabilla (Málaga), similar

a lo que ocurre en otros contextos. Parece lógico pensar que no estamos sólo ante carne destinada al consumo de los trabajadores de la factoría, si no que estas instalaciones bien pudieron mantener su actividad a lo largo del año salando carne (Curtis, 2001, 397). En este sentido, desconocemos el alcance de la realización de salsas mixtas a base de carne y pescado, tal y como se ha documentado en ánforas grecoitalicas de imitación del siglo II a.C. aparecidas en *Baelo Claudia* (Bernal *et al.* 2004, 88), hasta ahora un hecho puntual.

El otro producto fundamental en este proceso es la sal, un elemento básico para el ser humano que, entre sus múltiples posibilidades (Martínez, 2005, 113-117), sirve para la conservación de alimentos. La salazón de carnes y pescados era imprescindible en la dieta romana por lo cual el control sobre la venta de sal no tardó en convertirse en un importante recurso estratégico para la Administración (Ponsich, 1988, 46; Alonso *et alii*, 2003, 317-318). Incluso parece existir relación entre el culto empórico de Heracles con la sal y el ganado, su vinculación con asentamientos fenicios y la configuración de lugares adecuados para la existencia de salazones y estos lugares empóricos (Plácido, 2005, 57-64).

El régimen de explotación que debieron tener las salinas pudo ser, desde los años finales de la República, según se desprende del Digesto (*Dig.* 39.4.13) similar al de las minas. Lo lógico es esperar una explotación generalizada por medio de privados y una participación de las compañías de publicanos tan sólo en el cobro de los preceptivos derechos de explotación y/o comercialización debidos al estado, pero no en la explotación en sí. La forma *censualis* de Ulpiano (*Dig.* 50.15.4.7) recoge las salinas entre los bienes que los privados deben declarar en el censo, mientras que *Dig.* 33.2.32.2 se refiere a la herencia del usufructo de unos fundos y unas salinas (García y Bernal, 2009, 172-173).

Evidentemente, este producto se configura como uno de los recursos necesarios para el establecimiento de una *cetaria* ya que las piletas de las factorías deben ser rellenadas con capas consecutivas de sal y pescado hasta su completa colmatación, de manera que la actividad en las factorías requeriría un volumen productivo que únicamente se podría dar en determinadas zonas con una geomorfología y condiciones climáticas determinadas (López Vázquez, 2001), condiciones que debía cumplir el entorno de las áreas salarias, a pesar de los pocos datos existentes al respecto en zonas como *Baelo* o *Malaca*.

En estas zonas, a pesar de la falta de datos actuales, no cabe duda de que la abundante presencia de instalaciones salarias serían un testimonio indirecto de la presencia de salinas. Sólo investigaciones geoarqueológicas, como las que se están realizando en la bahía malacitana, podrán determinar la existencia de áreas con las condiciones adecuadas para la existencia de salinas en la Antigüedad. Este desconocimiento de la producción de sal marina es extensible al litoral hispanorromano durante la Antigüedad, por lo que en realidad desconocemos la producción de sal marina en el litoral hispanorromano durante la Antigüedad por lo que los investigadores actualmente trabajan, principalmente, bajo el supuesto de la tradición y la continuidad de las actuales áreas salineras y su relación con las antiguas conserverías arqueológicamente localizadas. Tampoco contamos con descripciones en las Fuentes sobre este tipo de instalaciones en nuestro litoral; de las zonas de las que si se han conservado, se deduce una gran semejanza entre las salinas antiguas y las que aún emplean los métodos tradicionales. En esta similitud física una de las características es el empleo de materiales constructivos perecederos y de estructuras edilicias que poco se diferencian del terreno natural, lo que dificulta su reconocimiento arqueológico (Lagóstena, 2005, 78). Ponsich (1988, 44) afirmaba hace años que no se habían podido encontrar vestigios arqueológicos claros que se pudieran identificar con depósitos de sal. En este sentido, últimamente se han publicado varios estudios que pretenden llenar este vacío (véanse en Alonso *et alii*, 2003) pero continua siendo un tema complejo de documentar por los escasos testimonios que deja una explotación de este tipo.

Cabría la posibilidad de salinas en llanuras litorales a partir de una red de canales que hacen entrar el agua del mar hasta unos estanques de muy poca profundidad donde la acción del sol y de la brisa marina provocarían la evaporación del agua y la aparición de la sal, pero la documentación arqueológica de estas estructuras no es fácil y se ha cuestionado que este método fuera suficiente para abastecer a las factorías de la sal necesaria para su actividad (Ponsich y Tarradell, 1965, 2, fig. 1. Cfrs. Pérez, 2004; Lagóstena, 2007, 279) aspecto con el que coincidimos.

Es, por tanto un tema aún complejo de resolver pero el significativo volumen de salazones que debieron salir de las costas meridionales hispanas apuntan a que, de una u otra manera, la cantidad de

sal con la que contaron estas instalaciones debió ser la suficiente para satisfacer sus necesidades.

DESARROLLO HISTÓRICO DE LAS *CETARIAE* SUR-HISPANAS

Diversos factores fueron los que se conjugaron para que las colonias fenicias occidentales se desligaran, a partir del siglo VI a.C. de Oriente, culminando un proceso que se venía gestando desde etapas anteriores. Con ello, la economía descansaría a partir de ese momento en la potenciación de la explotación de los recursos agropecuarios y en su posterior industrialización con vistas a la comercialización de estos productos, de manera que, si hasta ahora el puerto de Cádiz había canalizado el tráfico comercial de metales, a partir de ahora el producto estrella pasarán a ser las salazones de pescado y otros derivados agrícolas (Niveau, 2001, 325). A partir de aquí se originará toda una industria de larga tradición que irá progresivamente alcanzando una gran fama y prosperidad, adquiriendo un carácter industrial convirtiéndose en una excelente alternativa económica de exportación, con numerosos testimonios tanto de factorías como de alfares anfóricos que, desde el siglo VII a.C., se pueden documentar por las costas peninsulares (Ramon, 2004, 63-100; Muñoz y Frutos, 2009, 81-132). Un gran trasiego comercial desarrollado en estos años por las aguas del Mediterráneo y Atlántico que tuvieron en estos productos un pilar fundamental, constituyendo una actividad especializada que generaba importantes riquezas y una gran fama, productos que gozaron de una extraordinaria demanda en los principales circuitos comerciales de la época tanto fenicio-púnica como romana.

Será en el marco de la Segunda Guerra púnica cuando se registrará un incremento en estas producciones fenicio-púnicas del Extremo Occidente, tanto a las ciudades de la costa andaluza, las situadas al sur del estrecho de Gibraltar e Ibiza (Ramón, 2006, 64-65). Esta producción y su comercialización en ánforas tardo-púnicas por el Mediterráneo occidental y Atlántico no se vería afectada tras la anexión a Roma de una amplia zona costera peninsular, es decir ésta no sólo consintió la continuidad de esta industria y la comercialización de los productos en el Occidente tardo-púnico, en la propia Cartago y su territorio, si no que acabaría potenciándola al quedar incluidos en los circuitos comerciales romanos (Montero *et alii* 2004, 415; García Vargas, 2004, 110).

Quizás el verdadero interés itálico en la participación de la industria conservera meridional se inicie a mediados del siglo II a.C., con novedades significativas documentadas en las plantas de los hornos gaditanos durante esta centuria y la siguiente, con evidentes influencias del ámbito itálico. No será realmente hasta el siglo I a.C. cuando empiecen a apreciarse transformaciones significativas en las estructuras económicas y productivas tardo-púnicas o cambios significativos en la tipología anfórica que, en ocasiones, parecen mantenerse al menos hasta época augustea (especialmente la T-7.4.3.3) o incluso julio-claudia (Ramon, 2006, 87). Esta participación se realiza sobre centros productores consolidados, especialmente aquellos situados en ámbitos urbanos, sin que se documente una fractura del modelo productivo (Lagóstena, 2002-2003, 234).

Incluido en las estructuras comerciales romanas, un elemento dinamizador de este comercio debió ser el abastecimiento de las tropas, tanto si se encontraban en campaña, como asentadas en campamentos permanentes. Sin duda, esto contribuyó a que en el transcurso de apenas una generación, las salsas y salazones béticas se distribuyeran por las principales ciudades del Occidente del Imperio romano, un cambio importante tanto en volumen como en circuitos de distribución, que suponía abrir nuevos mercados que apenas consumían este tipo de productos (Carreras, 2006, 215): Sin duda, el potencial que suponía la demanda que hacían decenas de miles de soldados, incluidos las propias tropas asentadas en *Hispania* (Morillo, 2006, 48), de productos como grano, vino, aceite y salazones, debió potenciar las zonas agrícolas productoras hispanas favorecidas por su mayor proximidad geográfica, que reducía significativamente los costes de transporte, y por la presencia de amplias extensiones de tierra inculta, factibles para ser explotadas o reorientadas desde un punto de vista productivo.

El área económica más dinámica en época republicana y comienzos del Imperio parece centrarse en la costa atlántica para ir cobrando cada vez mayor relevancia la vertiente mediterránea. En el ámbito gaditano se advierte una separación espacial entre los alfares y las zonas ocupadas por las *cetariae* (Lagóstena, 1996; García Vargas, 1998), mientras que en la Bahía de Algeciras, los alfares tienen un carácter rural. Esta zona se incorpora en el siglo I a.C. a estas actividades, mientras que a medio camino, *Baelo Claudia* se presenta como un núcleo de cierta importancia en el siglo II a.C. aunque el



Fig. 3 Factoría de salazones de *Baelo Claudia* (Bolonia, Cádiz)

llamado “barrio industrial” se fecha en la siguiente centuria (García Vargas y Bernal, 2009, 152) (Fig. 3).

En el área Occidental destacan las estrechas relaciones que parecen existir entre las factorías situadas al oeste del Guadiana y la de la costa onubense al igual que los repertorios anfóricos de ambas orillas (Campos y Vidal, 2004), documentándose una reactivación económica durante la época bajoimperial (García Vargas y Bernal, 2009, 152). Desde el punto de vista de la elaboración de ánforas, la zona del Guadiana está claramente vinculada al área gaditana en época republicana y altoimperial, aunque los datos que se tienen sobre la producción anfórica no son relevantes hasta época flavia, observándose cambios a finales del siglo II o comienzos del III d.C. al establecerse contactos con la zona lusitana del Algarbe (García Vargas y Bernal, 2008, 671).

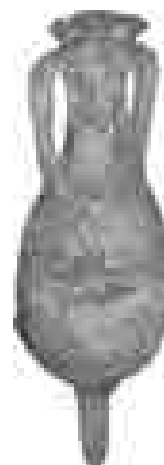


Fig. 4 Ánfora salsaria Dressel 7/11

El litoral malagueño parece incorporarse masivamente a esta industria en época tardorrepública (Mora y Corrales, 1997, 27-59; Corrales, 1008, 157-180; Corrales y Corrales, 2012, 361-400) aunque hay constancia de la actividad salazonera desde mucho tiempo atrás (Aubet, 1993). Los datos, tanto de la producción de ánforas como las noticias dadas por Estrabón, dejan clara la existencia de producciones tempranas de salazones y salsas de pescado en *Malaca* al menos para el siglo III a.C. (Arancibia, Chacón y Mora, 2012 391-412).

En este contexto, la etapa altoimperial es una fase de auge de estos productos, que pasan a ser prioritarios en el comercio bético a partir de Augusto (Chic, 1985, nota 128). En líneas generales, los estudios de distribución anfórica evidencian un notable impulso a finales del siglo I a.C. o comienzos del I d.C. con la difusión de ánforas Dressel 7/11 (Fig. 4), 12, 14, 17, Beltrán II A y B que se han localizado tanto en el *limes*, en el eje renanodanubiano (Marimon, 2002, 379-388), como en la Península Itálica con un segundo eje comercial hacia Puteoli y, posteriormente, a *Portus* para llegar desde aquí a Oriente (Bernal, 2001, 935-988). A partir de mediados del siglo I d.C. el objetivo militar se centrará en *Britannia*. Sin duda, el abastecimiento de estos productos al ejército, tanto el que estaba en *Hispania* (Morillo, 2006, 48), como el que se encontraba en otras regiones, favorecía el comercio tanto a media como a larga distancia.

Los datos procedentes de *Castra Pretoria* reflejan una imagen compleja de la propiedad y la dirección de las industrias conserveras béticas a mediados del siglo I d.C.; aunque con las limitacio-



Fig. 5 Factoría de salazones de El Majuelo (Almuñécar, Granada)

nes propias, estos documentos aluden a los posibles *possessores* de época Julio-Claudia (Lagóstena, 2002-2003, 232): Posiblemente a partir de esta época o la flavia, las familias locales de la Bética irán acaparando las actividades productivas y comerciales situadas en sus áreas de influencia, controlando el conjunto de actividades económicas que eran potenciadas por las necesidades del suministro imperial, por su propia actividad evergética y por el mercado libre. Estos primeros datos sobre *possessores*, muchos pertenecientes a familias de clara raigambre republicana (Dardaine, 2001, 21), muestran que habían logrado un ascenso fulgurante a lo largo del siglo I d.C. gracias, entre otros, a los negocios marítimos, incluso antes de que sus ciudades obtuvieran la promoción municipal. Estas familias y sus libertos se encontraban detrás de los negocios comerciales vinculando ámbitos tan distintos como la pesca, producción de sal, salazones y envases para la comercialización (García y Martínez, 2009, 146). Los beneficios obtenidos por estas familias, pudieron ser reinvertidos en la participación en el tráfico estatal de aceite (García Vargas, 2003, 79).

El análisis de las cargas de los pecios del Mediterráneo muestra que el periodo de máximo volumen de la exportación del aceite bético, se iniciaría cuando comienza el descenso de los salazones y del vino de la región gaditana, en época de Trajano, consolidándose la producción y exportación de aceite en cantidades considerables. En el caso de la región malagueña, sin embargo, la explotación del aceite tiene una relación directa con la producción de salazones, no sólo en el hecho de que el desarrollo fue casi paralelo si no en que la elaboración de las ánforas destinadas a contener ambos productos se elaboraban en los mismos alfares situados en la costa (Mora y Corrales, 1997, 27-59; Corrales, 2008, 157-180; Corrales, Compañá, *et alii*, 2011, 30-36). Hacia mediados del siglo I d.C. el valle del Guadalquivir tomará el relevo productivo y comercial: La desembocadura del Guadalquivir estaba estrechamente ligada a la dinámica de la costa y la periferia minera, en un periodo crucial para ésta (Chic, 2007) pero el derrumbe de la minería en época flavia favorecerá el peso productivo del valle medio del río acorde con la intervención estatal en la distribución del aceite bético. Esto se traducirá en una significativa reducción de alfares destinados a abastecer las factorías salsarias a partir de mediados del siglo II d.C. y, con ello, una reestructuración tipológica (García Vargas y Lavado, 1995, 215-288).

Pero, como hemos dicho, en estas fechas debemos enmarcar la consolidación de la industria salaria en las costas malacitanas que experimenta una notable expansión, especialmente en el entorno de la Bahía malagueña. A las producciones anfóricas tempranas debemos sumarles la continuidad en la producción con las Dressel 7/11 en los hornos del Teatro y Puente Carranque, el inicio de otro alfar, el de Haza Honda y su prolongación hacia el Cerro de los Cañahones (Suárez *et alii*, 2005, 42); en definitiva toda una serie de alfares situados entre los ríos Guadalmedina y Guadalhorce dispuestos de manera regular siguiendo el eje de la línea de costa (Beltrán y Loza, 1997, 107-146), que no parecen estar asociados directamente a factorías de salazones, siguiendo un esquema similar al observado en la zona gaditana (Lagóstena, 2001, 276). La consolidación de esta industria no sólo se documenta en *Malaca*, si no también en otras zonas de la costa malagueña, como en el Faro de Torrox (Torrox-coste) y en Torremuelle (Benalmádena), establecimientos asociados a embarcaderos (Corrales, 2008, 164 ss.). En líneas generales podemos hablar de un notable auge en estas explotaciones marítimas durante el siglo II d.C. de la mano de la integración de este territorio en el marco municipal flavio. Es ahora cuando se ven los cambios que se han ido dibujando desde la época julio-claudia, con una administración imperial consolidada que promueve la promoción social de individuos y grupos sociales como los *negotiatores ex Baetica* (García y Martínez, 2009, 139) y que, sin duda, propició el ascenso social de personajes como *P. Clodius Athenio* (CIL VI, 9677), *negotians salsarius* y *quinquennalis corporis negotiantium malacitanorum*, el patrono malacitano *L. Valerius Proculus* (CIL II, 1970), *Procurator* de la *Baetica*, Prefecto de la *Annona* y de Egipto, *Iunius Puteolanus* (CIL II, 1944), establecido en *Suel* (Fuengirola, Málaga), quizás un comerciante itálico de salazones de pescado afinchado en *Hispania* (Haley, 1990, 76).

Pocas dudas existen sobre el hecho de que buena parte de la riqueza de estos personajes estuvo basada en la producción y comercialización de los productos piscícolas, hecho que llevó a residir en *Malaca* a *mercatores*, *negotiatores* y *navicularii* dedicados a comerciar, entre otros, con productos tan lucrativos como estas salsas de pescado salado. Así lo muestran los *negotiatores* presididos por *T. Clodius Iulianus* (IG XIV, 2540) en esta ciudad, o aquellos oriundos de ella que se marchan a realizar

sus negocios a otros puertos del Imperio como el de Ostia, donde nos encontramos a *M. Aemilius Malacitanus*. Debieron mantenerse estrechas relaciones comerciales entre los puertos de Ostia y Puteoli con otros del Mediterráneo Occidental como el de *Malaca*, un ir y venir de mercancías que debió prolongarse en el tiempo tal y como lo atestigua la presencia en Puteoli de comerciantes hispanos controlando los almacenes especializados en la estibación de ánforas salarias, según cuenta Claudio Eliano (Ael. N.A. XIII, 6) en época severiana (Rovira, 2007, 1263-1268). Es con esta ciudad con la que ya guardaba relación los *Meuui*, una familia de comerciantes que se movió entre Cádiz y Roma, relacionados a finales del siglo I a.C. con el comercio salsario y oleario bético (García Vargas y Bernal, 2009, 169).

Todo parece indicar que, al menos en el caso de la provincia de Málaga, las transformaciones jurídicas de la etapa flavia no hicieron mas que culminar el largo proceso iniciado tiempo atrás, desarrollo que continuó, sin dudas, al menos durante la primera parte del siglo II, momento en el que las villas de esta costa experimentan un notable desarrollo arquitectónico y decorativo, fiel reflejo del buen nivel de vida alcanzado por sus ocupantes.



Fig. 6 Alfar de la Finca El Secretario (Fuengirola, Málaga).

Hacia el este, destacan las factorías urbanas de *Sexi* (Fig. 5) y *Selambina* en la provincia de Granada, mientras que en la actual Almería el número y tamaño de este tipo de instalaciones desciende: en Adra responden al modelo urbano mientras que los de Guardías Viejas y Roquetas-Almería parecen relacionarse con los puertos de *Murgi* y *Turaniana*, ya fuera de la Bética. De la significativa factoría de El Majuelo (Almuñécar) desconocemos, sin embargo, muchos datos significativos de su estructura interna y sus fases constructivas (Molina y Jiménez, 1983, 279-290; Molina y Jimñenez, 1984, 185-204). Posiblemente el abastecimiento anfórico de *Sexi* haya que situarlo en el alfar de Cañada de Vargas a los pies de Cerro Maraute (Torrenueva) en las proximidades de Motril, activo entre los siglos I y III d.C. (Ruiz y Serrano, 2009, 118). Los alfares de Los Matagallares (Salobreña), Loma de Ceres (Molvizar) y Los Barreros muestran un panorama tipológico renovado en el siglo III d.C. con predominio de los tipos vinarios así como tipos anfóricos salsarios tardíos (García Vargas y Bernal, 2008, 670).

También hacia la zona occidental contamos con una significativa producción anfórica salsaria que denota la buena actividad comercial de las factorías que debieron situarse en ella (Campos y Vidal, 2004).

Desde época severiana, las notables reestructuraciones en el aparato annonario y en general la notable recesión comercial que vive el Imperio, debieron afectar a Cádiz, que dejó de ser una gran ciudad con una importancia comercial excepcional aunque la ciudad continuaría a pleno rendimiento en estas fechas (Bernal, 2008, 296; Cobos, Muñoz y Perdigones, 1997). Sin embargo, en el litoral onubense, los datos muestran un gran relanzamiento de las factorías pesqueras a partir de mediados del siglo III d.C., (Campos y Vidal, 2004, 71) momento a partir del cual se asiste a la intensificación en la ocupación del litoral a partir de *cetariae*, además de la continuación y florecimiento de las que ya estaban en funcionamiento desde época altoimperial, evidenciando la enorme importancia que este sector productivo adquirió en el funcionamiento económico del Bajo Imperio onubense, dato que parece confirmado por los nuevos descubrimientos realizados en la costa portuguesa en relación a la producción y envase de productos de estas factorías -piletas, hornos de ánforas, etc.- (Mayet y Alarçao, 1990).

Todo apunta a que los ecos de las vicisitudes político-económicas que sufre el Imperio tras los Severos

no debieron afectar de forma significativa a estas producciones litorales, si acaso una cierta inseguridad económica en la zona manifestada de manera puntual. Por otra parte, nos parece más significativa la consolidación de nuevos centros productores tanto en la costa atlántica como en la catalano-levantina, amén de la importancia que adquieren los centros africanos, un fenómeno que, sin duda, viene a avalar la demanda de los productos salsarios en estas fechas tan complicadas para el Imperio. En el ámbito malacitano, la continuidad de la elaboración de envases de El Secretario (Fuengirola), Almansa/Cerrojo (Málaga), probablemente Torrox, incluso la posibilidad de que la fecha dada de finalización de los de Manganeto pueda ampliarse al existir todavía hornos sin excavar (Serrano, 2004, 171 ss.) máxime cuando la ocupación de la zona del Cerro del Mar está al menos hasta mediados del siglo III, confirman esa continuidad aunque también es cierto que se documenta la finalización de algunos centros malagueños como el de la calle Carretería, Puente Carranque y Haza Honda que habían concluido su producción ya en momentos tempranos del siglo I d.C. (Beltrán y Loza, 1997, 109-115). Durante los primeros años del siglo III d.C. se aprecian algunos cambios, quizás por los ecos de estas vicisitudes político-económicas que sufre el Imperio pero se trata de una reestructuración económica que lleva a la consolidación de la industria salsaria en todo el litoral malagueño durante los últimos siglos del Imperio, a pesar de que la modificación provincial de Diocleciano incluiría dentro de la *Diócesis Hispaniarum* a una provincia tradicionalmente salazonera como fue la Tingitana. Amén de transformaciones de espacios domésticos en factorías, como en la Villa de San Luis de Sabinillas (Manilva) o las termas de Torreblanca del Sol (Posac, 1979, 141-142; Puertas, 1986-1987, 145-200) (Fig. 6), una buena muestra de estas reformas la tenemos documentada en la amortización en estos años de la prensa de aceite localizada en Los Molinillos (Benalmádena) que se verá sustituida por una factoría de salazones, iniciándose igualmente la producción anfórica del alfar cercano, en el que se elaboraron, como en buena parte de los centros costeros, tanto ánforas salsarias como oleícolas (Pineda de las Infantas, 2007, 306-7).

Sin embargo, tan sólo se han documentado hasta el momento dos alfares gaditanos activos durante el siglo III d.C.: el de la calle Albaldonero en San Fernando y Puente Melchor, con producción de

ánforas tardías para el aceite y vino en este alfar (García Vargas y Lavado, 1995, 215-288). Mientras tanto, en la Bahía de Algeciras, el alfar de Puente Grande elaborará durante los siglos IV y comienzos del V ánforas Keay XIX, un tipo no documentado en la gaditana, junto a la olearia Dressel 23 (García Vargas y Bernal, 2008, 670).

Los cambios acaecidos durante esta centuria impulsarán un renacimiento productivo de las áreas costeras frente a las del valle del Guadalquivir, de manera que ya durante siglo IV d.C. serán la costa onubense, la malacitana y granadina las que presentarán una mayor actividad, manteniéndose en general hasta el siglo VI d.C., mientras que la Lusitania intensificará su producción, compartiendo con *Onuba* y *Malaca* dicho auge (García Vargas y Bernal, 2008, 661). Hasta mediados del siglo V d.C. contamos con numerosas factorías a lo largo de toda la costa malacitana, así como abundantes alfares anfóricos, como los de Torrox, La Cizaña, Huerta del Rincón, los Molinillos, El Secretario y los de la misma Málaga (Corrales, 2008, 174) plenamente activos para el envasado de estos productos destinado a su venta a través de amplios circuitos comerciales tanto con Italia, como con el Norte de África o los mercados orientales (Rodríguez Oliva, 1987, 95-100; 1982-1983, 243-250; Padilla, 2001, 413 ss.). El aspecto de la Málaga bajoimperial se transformaba, dando paso a la invasión de todo el espacio público con lucrativas factorías de salazones que se superponen en los que hasta ahora eran los espacios ciudadanos, configurando un barrio industrial ya en la segunda mitad del siglo III o comienzos del IV d.C. vinculado con el puerto. Se documentan, por tanto, cambios urbanísticos de la ciudad bajoimperial, mientras que, por el contrario, la producción de salazones y salsas de pescado se afianza, invadiendo toda la zona urbana y suburbana que se verán ocupadas por cientos de instalaciones que elaboran unos productos comercializados a través de un puerto que continuaría teniendo un activo papel en la economía de la zona (Rodríguez Oliva, 1987, 95-100; 1982-1983, 243-250), favorecido además por la reactivación de las rutas comerciales terrestres.

Aunque parece documentarse un descenso significativo en la comercialización tanto de aceite como de salazones a la zona del *limes* durante la etapa bajoimperial, en la zona germana podría deberse en el hecho de que en las etapas anteriores el ejército se había mostrado como el principal consumidor

de productos envasados en ánforas, seguido por las élites ciudadanas, una situación que cambiaría completamente a raíz de las reorganizaciones militares que se llevaron a cabo en época de los Tetrarcas y de Constantino, dado que a partir de este momento el grueso de las tropas pasaba a ser reclutada *in situ*, entre las capas rurales más desfavorecidas de la sociedad germanorromana o en su defecto de los territorios galos más cercanos poco habituados a consumir productos que llegaban en ánforas quedando restringido a las élites provinciales (González, 2010).

Sea como fuera, el siglo V d.C. supone un punto de inflexión en este proceso: distintos indicios indican el abandono de una buena parte de los alfares y las instalaciones salarias. Coincidiría esta fase con el fin del Imperio de Occidente desde el punto de vista político, abriéndose un periodo de incertidumbre e inestabilidad en el que debemos entender las incursiones de germanos en la Península que, aunque de manera menos dramática que en otras áreas del Imperio, pudieron dejar algo de huella. No supone esto, sin embargo, el abandono total de esta industria ni en el solar malacitano ni en el gaditano (Bernal, 2008, 26), con la continuidad de instalaciones en el primer caso como la de calle Afligidos núm. 3, o calle Especerías núm. 8, las piletas aparecidas entre las calles Cañón y Postigo de los Abades, con colmataciones que podría llevarnos a mediados del VI (Mora y Martínez, 2008, 143-204) y probablemente las halladas recientemente en calle Granada, núms. 57, 59 y 61, ejemplos que documentarían el mantenimiento de esta actividad hacia momentos más avanzados del Imperio, circunstancia que pudo darse también en otros puntos muy concretos del litoral como la Villa de Sabinillas (Ponsich, 1988; Bernal, 2008: 29) y probablemente Torreblanca del Sol donde el material cerámico y anfórico tardío avalan esa posibilidad (Puertas, 1986-1987, 145-200, fig. III, 35-36; XXIV, 4, 18, 35-36).

Ante estos datos, las salazones fueron, junto con la producción de aceite de oliva, elementos fundamentales en el comercio bético durante prácticamente toda la etapa romana peninsular, superando incluso en el tiempo el significativo comercio oleícola, contribuyendo al enriquecimiento de un buen número de propietarios y comerciantes que tuvieron en esta actividad, no sujeta al comercio annuario, una excelente fuente de enriquecimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso et alii (2003), "Las salinas de la Bahía de Cádiz durante la Antigüedad: visión geoarqueológica de un problema histórico", *Spal*, 12, 317-332
- Arancibia Román, A., Chacón Mohedano, C. y Mora Serrano, B. (2012), "Nuevos datos sobre la producción anfórica tardopúnica en Malaca: el sector alfarero de la margen derecha del río Guadalmedina (Avda. Juan XXIII)", *La etapa neopúnica en Hispania y el Mediterráneo centro occidental: identidades compartidas* (Mora y G. Cruz, Coords.), Sevilla, 391-412
- Aubet Semmler, M.E. (1993), "Cerro del Villar, Guadalhorce (Málaga). El asentamiento fenicio y su interacción con el hinterland", *Investigaciones arqueológicas en Andalucía 1985-1992, Proyectos*, Huelva, 471-479
- Belén, M. y Fernández Miranda, M. (1978), "La Tiñosa (Lepe, Huelva)", *Huelva Arqueológica*, 4, 97-287
- Beltrán Fortes, J. y Loza Azuaga, M^a L. (1997), "Producción anfórica y paisaje costero en el ámbito de la Málaga romana durante el Alto Imperio", *Figlinae malacitanae. La producción de cerámica romana en los territorios malacitanos*, Málaga, 127-129
- Bernal Casasola, D. (2001), "Las ánforas béticas en los confines del Imperio. Primera aproximación a las exportaciones a la Pars Orientalis", *Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio romano*, Écija, 935-988
- Bernal Casasola, D. (2006), "Algo más que garum. Nuevas perspectivas sobre la producción de las cetariae hispanas al hilo de las excavaciones en C/ San Nicolás (Algeciras, Cádiz)", *Salsas y salazones de pescado en Occidente durante la Antigüedad*, Actas del Congreso Internacional Cetariae, B.A.R. Oxford, 93-107
- Bernal Casasola, D. (2008), "Gades y su bahía en la Antigüedad. Reflexiones geoarqueológicas y asignaturas pendientes", *Rampas*, 10, 267-308
- Bernal Casasola, D. et alii (2004), "Garum y salsas mixtas: análisis arqueozoológico de los paleocontenidos de ánforas procedentes de Baelo Claudia (s. II a.C.)", *Avances en arqueometría*, 2003, Cádiz, 85-90
- Campos Carrasco, J. y Vidal Teruel, N. de la O (2004), "Las salazones del litoral onubense: La Cetaria de "El Eucaliptal", *Huelva en su historia*, 11, 51-82
- Carreras Monfort, C. (2006), "Consumo de salazones béticos desde época de Augusto a los julio-claudios: mercados emergentes en Asturica Augusta (Astorga), Barcino (Barcelona) y oppidum Cugernorum (Xanten)", *Salsas y salazones de pescados en Occidente durante la Antigüedad*, Actas del Congreso Internacional Cetariae, Oxford, 215-220
- Chic García, G. (1985), Aspectos económicos de la política de Augusto en la Bética", *Habis*, 16, 277-300
- Chic García, G. (2007), "La zona minera del Suroeste de Hispania en época julio-claudia", *Las minas de Riotinto en época julio-claudia* (Pérez Macías, J.A. y Delgado Domínguez, A., eds.), Huelva, 11-34
- Cobos, L., Muñoz, A. y Perdignes, L. (1997), "Intervención arqueológica en el solar del antiguo Teatro de Andalucía: la factoría de salazones y la representación gráfica del faro de Gades", *Boletín del Museo de Cádiz*, VII, 115-132
- Corrales Aguilar, P. y Corrales Aguilar, M. (2012): «Malaca: de los textos literarios a la evidencia arqueológica», *Hispaniae Urbes. Investigaciones arqueológicas en ciudades históricas* (J. Beltrán y O. Gutiérrez, Eds.), Sevilla, 361-400
- Corrales Aguilar, P. (2008), "El litoral malacitano y el Mar de Alborán, una intensa relación económica en época romana", *Mainake*, XXX, 157-180
- Corrales Aguilar, P., Compañía Prieto, J.M. et alii (2011), Salsamenta malacitano. Avances de un proyecto de investigación», *Italica*, 1, 29-50
- Curtis, R.I. (2001), *Ancient food Technology*, Leiden-Boston-Colonia
- Dardaine, S. (2001), "La naissance des elites hispano-romaines en Bétique", *Elites hispaniques* (M. Navarro, M. y Demouguin, S., Eds.), Bourdeaux, 23-44
- García Vargas, E. (1998), *La producción de ánforas en la Bahía de Cádiz en época romana* (ss. IIa.C.-IV d.C.), Écija
- García Vargas, E. (2003), "Las ánforas olearias béticas del tipo Dressel 20 y sus sellos. A propósito del un libro reciente del profesor Genaro Chic García", *Gerion*, 21/2, 73-81
- García Vargas, E. (2004), "Las pesquerías de la Bética durante el Imperio romano y la producción de púrpura", *Purpurae Vestes. Textiles y tin-*

- tes del Mediterráneo en época romana* (C. Alfaro, J.P. Wild, y B. Costas, Eds.), Valencia, 219-236
- García Vargas, E. y Bernal Casasola, D. (2008), “Ánforas de la Bética”, *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión* (Bernal, D. y Ribera i Lacomba, A., Eds.), Cádiz, 661-688
- García Vargas, E. y Bernal Casasola, D. (2009), “Roma y la producción de garum y salsamenta en la costa meridional de Hispania. Estado actual de la investigación”, *Arqueología de la pesca en el Estrecho de Gibraltar. De la prehistoria al fin del mundo antiguo*, Cádiz, 133-182
- García Vargas, E. y Lavado Florido, M.L. (1995), “Ánforas alto, medio y bajoimperiales producidas en el alfar de Puente Melchor (=Villanueva, Paso a nivel: Puerto Real, Cádiz)”, *Spal*, 4, 215-228
- García Vargas, E. y Martínez Maganto, J. (2009), “Fuentes de riqueza promoción social de los *negotians salsarii* béticos durante el Alto Imperio romana. Una aproximación diacronica”, *Archivo español de Arqueología*, 82, 133-152
- González Cesteros, H. (2010), “La llegada de ánforas hispanas a Germania durante los últimos siglos de la dominación romana. Una cuestión para el futuro”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 36, 107-129
- Gutiérrez López, J.M. (2000), “Aportaciones a la producción de salazones de Gadir: la factoría púnico-gaditana Puerto 19”, *Revista de Historia de El Puerto*, 24, 11-46
- Haley, E.W. (1990), “The fish-sauce trader Iumius Puteolanus”, *ZPE*, 80, 72-78
- Lagóstena Barrios, L. (1996), *Alfarería romana en la Bahía de Cádiz*, Universidad de Cádiz.
- Lagóstena Barrios, L. (2001), *La producción de salsas y conservas de pescado en la Hispania romana*, *Collecció Instrumenta* 11, Universidad de Barcelona.
- Lagóstena Barrios, L. (2002-2003), “Aportación al conocimiento de la sociedad de la costa de la Ulterior en época republicana y Julio-Claudia. El registro en los tituli picti de las ánforas salsarias de Castra Praetoria”, *Lucentum*, XXI-XXII, 227-236
- Lagóstena Barrios, L. (2005), “Pesquerías en la Hispania altoimperial. Reflexiones y perspectivas para su estudio”, *III Congreso Internacional de Estudios históricos. El Mediterráneo: la cultura del mar y la sal* (Molina, J. y Sánchez, M.J., Eds.), Santa Pola, 77-88
- Lagóstena Barrios, L. (2007), “Sobre la elaboración de garum y otros productos piscícolas en las costas béticas”, *Mainake*, XXIX, 73-289
- López Castro, J.L. (1993), “La producción fenicia occidental de salazón de pescado”, *II Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Coimbra, 353-362
- Marimon Ribas, P. (2002), “La importancia de la Gallia Lugdunensis en la distribución de los productos béticos hacia el Norte del Imperio”, *Vivre, produire et échanger: refletes méditerranéens. Mélanges offerts à Bernard Liou. Archéologie et histoire romaine*, 8, 379-388
- Martínez Maganto, J. (1992), “Las técnicas de pesca en la Antigüedad y su implicación económica en el abastecimiento de las industrias de salazón”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 19, 219-244
- Martínez Maganto, J. (2005), “La sal en la Antigüedad: Aproximación a las técnicas de explotación y comercialización. Los salsamenta”, *El Mediterráneo: La cultura del mar y la sal* (Molina, J. y Sánchez, M. J., coords.), III Congreso Internacional de Estudios Históricos, Santa Pola, 113-117
- Mayet, F. y Alarçao, A. (1990), *As ânforas romanas. Tipologia, Produção, comercio*, París
- Molina Fajardo, F. y Jiménez Contrera, S. (1983), “La factoría de salazones de El Majuelo”, *Almuñécar, Arqueología e Historia*, Granada, 279-290
- Molina Fajardo, F. y Jiménez Contrera, S. (1984), “Estado actual de las excavaciones en la factoría de salazones El Majuelo”, *Almuñécar, Arqueología e Historia*, II, Granada, 185-204
- Montero, A.I. et alii (2004), “Innovaciones, transformaciones y pervivencias de la alfarería gaderita durante los siglos III-II a.n.e.”, *Talleres, alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d.C.)*, Actas del Congreso Internacional Figlinae Baeticae, II (Lagóstena, L. y Bernal, D., Eds.), BAR International Series 1266, Oxford, 413-426
- Mora Serrano, B. y Corrales Aguilar, P. (1997),

- “Establecimientos salsarios y producciones anfóricas en los territorios malacitanos”, *Figlinae malacitanae. La producción de cerámica romana en los territorios malacitanos*, Málaga, 27-59
- Mora Serrano, B. y Martínez Ruiz, C. (2008): “Un nuevo hallazgo de moneda bizantina en Málaga (Málaga): El conjunto monetario de calle Cañón-Postigo de los Abades”, *Saguntum*, 40, 143-204.
- Morales, A. *et alii* (1994), “La fauna del yacimiento de la Plaza del Marqués”, *Una industria de salazones de época romana en la Plaza del Marqués* (Fernández Ochoa, C., Dir.), Gijón, 175-180
- Morales, A. y Liesau, C. (1994), “Los mamíferos de la factoría romana de la Plaza del Marqués (Gijón)”, *Una industria de salazones romana en la Plaza del Marqués* (Fernández Ochoa, C., Dir.), Gijón, 181-187
- Moreno, A. y Abad, L. (1971), “Aportaciones al estudio de la Pesca en la Antigüedad”, *Habis*, 2, 209-222
- Morillo Cerdán, A. (2006), “Abastecimiento y producción local en los campamentos romanos de la región septentrional de la Península Ibérica”, *Arqueología militar romana en Hispania II: producción y abastecimiento en el ámbito militar* (Morillo Cerdán, A., coord.), León, 33-74
- Muñoz Vicente, A. y Frutos Reyes, A. de (2009), “La pesca y las conservas en la Bahía de Cádiz en época fenicio-púnica”, *Arqueología de la pesca en el Estrecho de Gibraltar. De la Prehistoria al fin del Mundo antiguo* (Bernal, D., Ed. Cient.), Cádiz, 81-132
- Niveau de Villedary y Mariñas, A.M. (2001), “El espacio geopolítico gaditano en época púnica. Revisión y puesta al día del concepto de Círculo del Estrecho”, *Gerión*, 19, 313-354
- Padilla Monge, A. (2001), “Comercio y comerciantes en el mundo tardorromano en Málaga”, *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a. C.- año 711 d.C.)*, Actas del II Congreso de Historia Antigua de Málaga (Wulff, F., Cruz, G. y Martínez, C., Eds.), Málaga, 385-418.
- Pérez Hurtado de Mendoza, A. -Coord.- (2004), *Las salinas de Andalucía*, Sevilla.
- Pineda de las Infantas Beato, G. (2007), “Villas romanas de Benalmádena costa”, *Mainake*, XXIX, 291-314
- Plácido Suárez, D. (2005), “El viaje de los héroes, los riesgos del mar y los usos de la sal en el extremo occidente”, *El Mediterráneo: la cultura del mar y la sal* (Molina, J. y Sánchez, M.J., Coord.), III Congreso internacional de Estudios históricos, Santa Pola, 57-63
- Ponsich, M. (1975), “Pérennité de relation dans le circuit du Détroit de Gibraltar”, *ANRW*, 2, 3, 655-684
- Ponsich, M. (1988), *Aceite de oliva y salazones de pescado. Factores geoeconómicos de Bética y Tingitania*, Madrid
- Ponsich, M. y Tarradell, M. (1965), *Garum et industries antiques de salaisons dans la Méditerranée Occidentale*, París
- Posac Mon, C. y Rodríguez Oliva, P. (1979), “La villa romana de Sabinillas (Manilva, Málaga)”, *Mainake*, I, 29-146
- Puertas Tricas, R. (1986-1987), “Los hallazgos arqueológicos de Torreblanca del Sol (Fuengirola)”, *Mainake*, VIII-IX, 145-200
- Ramón Torres, J. (2004), “La producción anfórica gaditana en época fenicio-púnica”, *Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la Bahía de Cádiz*, XVI Encuentros de Historia y Arqueología, Córdoba, 63-100
- Ramon Torres, J. (2006), “El comercio púnico en Occidente en época tardorrepública (siglos II-I). Una perspectiva actual según el tráfico de productos envasados en ánforas”, *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*, Murcia, 63-97
- Rodríguez Oliva, P. (1982-1983), “Testimonios epigráficos de los contactos entre Málaga y los territorios africanos”, *Mainake*, IV-V, 243-250
- (1987), “Contactos entre las tierras malacitanas y el Norte de África en época Clásica”, *Actas del Primer Congreso Hispano-Africano de la culturas mediterráneas*, I, Granada, 95-100
- Rovira Guardiola, R. (2007), “El Archivo Sulpicio y los tituli Picti β: circulación de comerciantes en el Mediterráneo”, *Acta XII Congressus Internationalis epigraphiae Graecae et Latinae (Barcelona, 2002)*, Barcelona, 1263-1268
- Ruiz Montes, P. y Serrano Arnáez, B. (2009), “La Cañada de Vargas (Torrenueva, Granada), un nuevo centro productor de ánforas en la costa oriental de Andalucía”, *Antiquitas*, 21, 115-124

- Serrano Ramos, E. (2004), “Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Málaga: balances y perspectivas”, *Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a.C.-VII d. C.)*, Actas del Congreso Internacional Figlinae Baeticae, 1 (Lagóstena, L. y Bernal, D., Eds.), BAR International Series, Oxford, 161-194
- Suárez Padilla, J. *et alii* (2005), “Memoria de la prospección arqueológica de urgencias desarrollada sobre la traza de la línea AVE Córdoba-Málaga, tramo XXI Apeadero de los Prados-Arroyo de las Cañas (Málaga)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía/2002, III.2*, 35-49.

LA *FODINA* DE AGUAS TEÑIDAS (ALMONASTER LA REAL, HUELVA)

JUAN AURELIO PÉREZ MACÍAS
Universidad de Huelva

DIEGO GONZÁLEZ BATANERO
AGUSTÍN GARCÍA GONZÁLEZ
ALEJANDRA ECHEVARRÍA SÁNCHEZ
Anfora G.I.P.

Recibido: 18/03/2013
Revisado: 20/03/2013

Aceptado: 19/04/2013
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

En este trabajo se presentan los resultados de las intervenciones arqueológicas preventivas realizadas en la mina de Aguas Teñidas (Almonaster la Real, Huelva). Se describen los restos romanos asociados a su explotación, un pequeño escorial de cobre y un edificio de grandes dimensiones, y se estudian los materiales muebles asociados a estos restos, que permiten plantear que la explotación se centró en la primera mitad del siglo I d. C. Como conclusión se propone que Aguas Teñidas representa un modelo de explotación minera muy corriente en las minas de la Faja Pirítica ibérica, un distrito minero en el que sólo las grandes minas de Riotinto, Tharsis, Sotiel Coronada, y Aljustrel continuaron con la producción de metal en la segunda mitad del siglo I d.C. y el siglo II d.C.

PALABRAS CLAVE

Faja Pirítica Ibérica, Mina de Aguas Teñidas, Minería Romana, cobre.

ABSTRACT

This paper presents the results of archaeological preventive interventions carried out at Aguas Teñidas mine (Almonaster la Real, Huelva). We describe the Roman remains associated with its exploitation, a small heaps of copper slag and a large building, and the study of archeological materials associated with these remains (pottery, glass, iron tools, etc.), which allow to state that the operation concentrated on the first half of the first century a.C. In conclusion Aguas Teñidas represent a model mine very common in the mines of the Iberian Pyrite Belt, a mining district in which only large mines of Rio Tinto, Tharsis, Sotiel Coronada, and Aljustrel continued with the metal production in the second half of the first century and the second century a.C.

KEYWORDS

Iberian Pyrite Belt, Aguas Teñidas mine, Roman Mining, Copper.

LA MINA DE AGUAS TEÑIDAS (ALMONASTER LA REAL, HUELVA).

Conocemos la minería desarrollada en época romana en los cotos mineros del Suroeste ibérico gracias fundamentalmente a los trabajos de geólogos como J. Gonzalo y Tarín (1888) e ingenieros de minas como I. Pinedo Vara (1963). Sus obras tratan de la geología y de la minería desarrollada en estas minas en época contemporánea, pero la espectacularidad de los restos romanos encontrados durante el laboreo de la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, contribuía a ensalzar el desarrollo industrial que habían alcanzado estas minas en la antigüedad, un argumento sobre la bondad mineralúrgica de sus masas minerales que abría la esperanza para encontrar nuevas zonas no exploradas y explotadas. Esto no era extraño, pues desde fines del siglo XIX el capitalismo europeo había invertido en la puesta en explotación de la mayor parte de estas minas (Rio Tinto Company Limited, Tharsis Sulphur and Copper Company, Societé Française de Pirites de Huelva, Companhia Portuguesa das Minas de Huelva, etc.), y se estaba demostrando que las mineralizaciones no habían quedado agotadas en época romana. Fue el ingeniero francés E. Deligny (1863) el verdadero impulsor de esta fiebre del cobre. Había recorrido la región y se percató de que las mineralizaciones se extendían por las provincias de Sevilla, Huelva, y la región portuguesa del distrito de Beja (Baixo Alentejo), lo que hoy se denomina la Faja Pirítica Ibérica. Abrió el camino para que se fueran formalizando los consorcios que pusieron en explotación estos enormes yacimientos minerales, entre los que enseguida destacaron Tharsis, Sotiel Coronada, Cueva de la Mora, Castillo de Buitrón, São Domingos, y Aljustrel. En Riotinto la explotación había comenzado antes, desde el siglo XVIII, unas veces en manos de arrendatarios y otras por la corona, aunque finalmente fue enajenada a una compañía británica (Rio Tinto Company Limited).

Aunque se habían abierto nuevas posibilidades de beneficio, como el aprovechamiento del sulfuro para la producción de ácido sulfúrico, muy demandado por el impulso que estaba adquiriendo la industria química, el cobre era aún el metal de referencia para alimentar el proceso de electrificación que se llevaba a cabo. Incluso los análisis demostraban que existían cantidades de oro y plata que podían ser aprovechadas, pero por el momento no

se conocían procesos que permitieran recuperarlos. Si se extrajeron algunas cantidades de plata en minerales que presentaban una concentración de este metal en proporciones similares a como se habían explotado en época romana. La mayor parte de la plata rentable de estas minas había sido sistemáticamente explotada en época romana, pero no así el cobre, cuyas reservas tenían todavía la suficiente entidad como para que se desencadenara una verdadera fiebre minera. En estos años de relanzamiento de la actividad minera se va a hacer realidad la frase de “minero de cobre, minero pobre”, y comienza la proletarización de las masas de campesinos que acudieron a las minas para mejorar unas condiciones de vida que la industria minera favorecía.

A partir del enorme esfuerzo de la minería decimonónica se pudo ir descubriendo la riqueza arqueológica que atesoraban estas minas, y a las exposiciones universales de la época se llevaron los materiales e ingenios mineros más interesantes. Las empresas mineras eran consorcios capitalistas que precisaban inversiones, y los hallazgos arqueológicos eran un buen reclamo publicitario para mostrar los rendimientos que podían obtenerse de estas minas. Sin embargo, no todas las minas tenían las mismas posibilidades, los tonelajes de los minerales variaban enormemente de unas a otras.

En este resurgir de la minería contemporánea participó también un pequeño yacimiento de sulfuros, la mina de Aguas Teñidas, situado a escasa distancia de otras minas que habían alcanzado renombre, las de Cueva de la Mora y Monte Romero. La mina de Aguas Teñidas se encuentra en un sector de la Faja Pirítica Ibérica donde se concentran un buen número de masas polimetálicas, muy próximas unas a otras. Entre otras a este conjunto se pueden adscribir las minas de La Joya, Lomero-Poyatos, Lancha-Roma, San Telmo, El Carpio, Herrerías de los Confesionarios (Valdelamusa), Cueva de la Mora, Monte Romero, y Angelita, y muy cerca se encuentran también otros yacimientos de fama, las minas de San Miguel y La Zarza-Perrunal (figura 1). Aunque las minas más intensamente explotadas de este grupo han sido las minas de San Telmo y Valdelamusa, el resto de las minas alcanzaron fama por sus leyes de cobre (Monte Romero y Aguas Teñidas) y oro (Lomero y Poyatos). La explotación romana fue significativa en Cueva de la Mora, Aguas Teñidas, San Telmo, y la Joya (Pérez Macías, 1998).

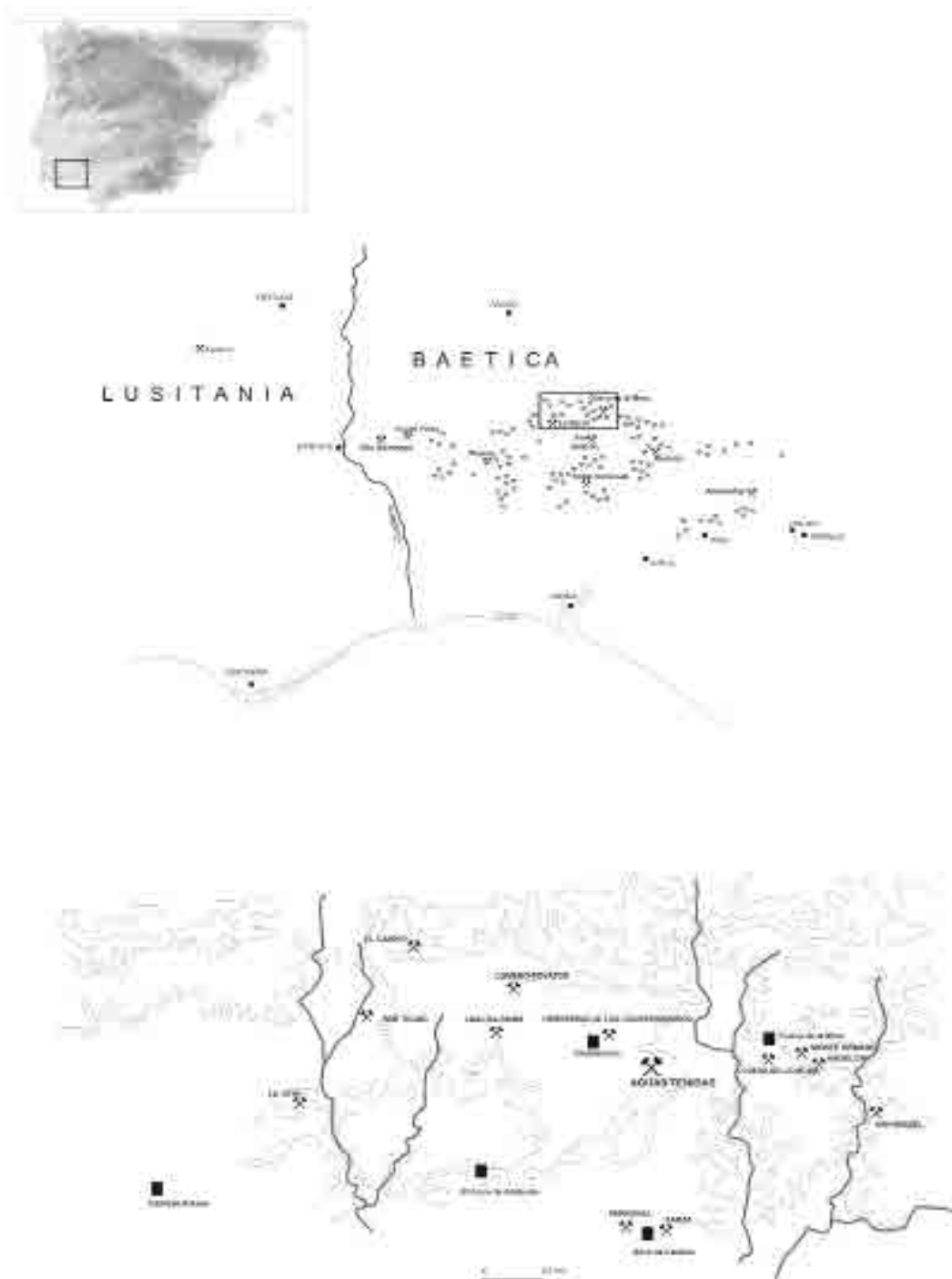


Figura 1. Situación de la Mina de Aguas Teñidas.

La mina de Aguas Teñidas está formada por varias concesiones, Calañesa, Bella Holandesa y Aguas Teñidas. Los primeros trabajos de exploración se realizaron a partir del informe del ingeniero Arthur Penelet, y en 1883 se constituyó la sociedad minera *Compagnie de Cuivre de Aguas Teñidas*, que desde 1886 realizó labores de explotación en Aguas Teñidas y la apertura de la Corta de Confesionarios en Valdelamusa.

Al no alcanzarse un óptimo rendimiento, en 1886 se traspasaron sus propiedades a una nueva empresa, la *Société Française des Pyrites de Huelva*. Esta sociedad explotó también las minas de El Perrunal, Lomero-Poyatos y el Carpio. En las concesiones del grupo Aguas Teñidas y Herreritos se trazan algunos pozos de exploración, pero solo se encontraron minerales completos.

Dadas las dificultades de tratamiento de estos minerales, en 1916 se arrendaron las concesiones de Calañesa y Bella Holandesa a una compañía anglo-francesa, *The Huelva Copper and Sulphur Mines Limited*, que ya explotaba desde 1904 las minas de Angelita, Monte Romero, y Cueva de la Mora, donde construyó una fundición. Desde 1922 la fundición solo se alimentó del laboreo intensivo de la concesión Calañesa de Aguas Teñidas, y hasta 1933 se llegaron a tratar unas 600.000 toneladas de mineral de cobre con unas leyes medias de 5% Cu. Las leyes de sus minerales eran ricas en general, y se han considerado unas medias de 7% Cu, pero también eran abundantes los tenores de 5 y 6% Cu. En 1925 se arrancaban unas 100 toneladas de mineral al día, y la compañía tenía a su cargo unos 240 obreros, alojados en el poblado de Valdelamusa, donde *Huelva Copper* había construido oficinas, carpintería, almacenes, una cooperativa, y una casa dirección. La fundición de Cueva de la Mora, con hornos de cuba *Water-Jacket* y convertidores *Bessemer*, producía 2.200 toneladas de cobre blíster al año, con una ley de 99,00% de Cu. La caída de los precios del cobre ese año obligó a la paralización de las actividades. El Sindicato Minero de Huelva intentó mantener la explotación, pero tuvo que abandonar el intento un año más tarde. En estos años *Huelva Copper* había centrado sus trabajos en las concesiones de Calañesa y Bella Holandesa.

Los primeros datos geológicos de estas mineralizaciones se deben a J. Gonzalo y Tarín (1888), quien consideró que los afloramientos de la mineralización se extendían sobre una franja de terreno de 5 km de largo y 240 m de ancho, en los que se

encontraban cuatro indicaciones de masas de sulfuros ricas en cobre. Defendía la importancia de tales indicios, pero la explotación moderna sólo pudo detectar la mineralización gracias a los pozos antiguos (romanos), la mayor parte atorados, y por los escoriales que existían junto a ellos. La corrida de la masa pudo seguirse por unas hondonadas largas y estrechas que seguían el sentido de la estratificación. De las cuatro indicaciones del yacimiento del Barranco de Aguas Teñidas, la zona más intensamente explotada fue la septentrional, donde se encuentran la mayor parte de los trabajos romanos, entre ellos un pozo inclinado que al desatorarlo todavía conservaba en excelente estado de conservación toda la entibación. En el resto de las indicaciones de la mineralización destaca la zona número 3, en la que se encontró un pozo antiguo atorado en su mayor parte, y sobre la parte más meridional, en la zona número 4, se localizaron tres pozos antiguos y algunas excavaciones superficiales. Como testimonio de la explotación romana se descubrieron también diferentes restos de entibaciones de ejecución muy cuidada, lo que le llevó a catalogar esta minería como una explotación muy esmerada. Junto a las entibaciones romanas se recogieron algunas muestras de calcosina, que demostraban que el laboreo romano estuvo destinado al minado de minerales de cobre de alta concentración de la zona de enriquecimiento supergénico. Las muestras tomadas en estos trabajos romanos arrojaron una riqueza de 7,82% Cu, 179 gramos de plata y dos gramos de oro a la tonelada. En los sulfuros se presentaban también piritas y aglomerados discontinuos de calcopirita y blenda.

Los escasos datos de su geología que aporta I. Pinedo Vara (1963) nos señalan que la masa se encontraba empaquetada entre pizarras y forma una estructura de tendencia filoniana con escasa e irregular potencia, que se delata al exterior por pizarras y cuarzos impregnados de óxidos de hierro.

LA ACTIVIDADES ARQUEOLÓGICAS PREVENTIVAS EN AGUAS TEÑIDAS.

Al descubrirse otra masa de sulfuros más al Este de las anteriores, entre 300 y 700 metros de profundidad, la mina ha recuperado su actividad en el año 1985. El nuevo yacimiento de sulfuros masivos presentó en los sondeos unas leyes de 0,8% Cu, 7,1% Zn y 1,5% Pb. Las campañas de exploración y sondeos desde esa fecha han logrado definir la envergadura del nuevo yacimiento, una longitud al

menos de 2800 m en dirección Este-Oeste, y una potencia que alcanza en algunos lugares los 110 m. Esta nueva masa, de origen vulcano sedimentario como todas las de la Faja Pirítica Ibérica, encaja en tufitas, pizarras y lavas a techo, y riolitas a muro. La masa está formada por sulfuros de cinc (esfalerita), sulfuros de cobre (calcopirita) y sulfuros de plomo (galena). Por debajo de los sulfuros masivos se sitúa una mineralización de tipo stockwork, con una importante riqueza en minerales de cobre, que se ha investigado en 500 m aproximadamente. La compañía que explota esta nueva masa de sulfuros polimetálicos complejos, Minas de Aguas Teñidas S.A. (Matsa), realiza la explotación por contramina, por un sistema de cámaras de 30x20x60 m, con relleno de pasta, y extracción mediante grandes rampas de acceso (Santa Eulalia y Santa Bárbara). Actualmente se procesan unas 1,7 millones de toneladas al año para la producción de concentrados de mineral cobrizo y polimetálicos.

La puesta en marcha del nuevo proyecto minero por la compañía Matsa llevó consigo la construcción de instalaciones industriales, y se fijaron una serie de cautelas arqueológicas que garantizaran la conservación del patrimonio mina, para que en su caso fuera documentado e investigado antes de su afección por los trabajos de minería. Entre estas instalaciones se encontraba la planta de tratamiento del mineral, que motivó la realización de una primera intervención arqueológica de carácter preventivo en 2006, para localizar posibles yacimientos arqueológicos que pudieran ser afectados por estas obras. Para ello se programó una Prospección Arqueológica Superficial en el área donde iba a ser construida la planta de tratamiento y el depósito de minerales estériles, y un Control de Movimientos de Tierra durante la realización de las obras.

La información sobre los restos romanos de la mina de Aguas Teñidas no era mucha, pues salvo las menciones de J. Gonzalo y Tarín e I. Pinedo Vara, la mina sólo había merecido la atención por nuestra parte (Pérez Macías, 1998), documentándose desde ese momento el escorial romano, cuyo análisis demostraba que la mina estuvo en explotación en época romana para la producción de cobre. El escorial no tenía las proporciones de los de otras minas, pero en el conjunto de las minas de esa área fue la segunda mina en volumen de producción después de Cueva de la Mora, en la que la minería romana alcanzó mayores rendimientos en plata y cobre. En otras minas cercanas, como Herrerías de

los Confesionarios, Angelita o Monte Romero la explotación romana no fue tan continuada como para que se formara un definido vaciadero de escorias. Debido a su escasa entidad el escorial romano de Aguas Teñidas pasó inadvertido en otros trabajos de estudio de estas minas, como la Exploración Arqueometalúrgica de Huelva (Blanco y Rothenberg, 1980). No obstante, la mina presentaba todavía un buen potencial arqueológico, aunque en estas prospecciones anteriores al proyecto Matsa no se identificaran restos del asentamiento romano, del que no quedaban huellas aparentes por la inexistencia de materiales constructivos o de otros materiales de cronología romana en las inmediaciones del escorial romano. Este asentamiento podía encontrarse oculto bajo las escombreras de materiales generados por las explotaciones de la segunda mitad del siglo XIX o comienzo de siglo XX.

Durante la prospección arqueológica superficial y el control de movimientos de tierra no se registraron evidencias arqueológicas en la zona afectada, y se pudo verificar que estas obras no afectaban al escorial romano de cobre, que se definió con seis puntos de coordenadas Utm para favorecer su conservación. A partir de esta delimitación se estimó que ocupaba una extensión de unos 6115 m cuadrados y que en algunos puntos alcanzaba una potencia de unos 30 cm (Romero Bomba y Rivera Jiménez, 2010).

Con estos precedentes, en el año 2011 se ha realizado una nueva intervención ante la ampliación de las instalaciones de la compañía Matsa. Esta segunda intervención tuvo como objetivo ofrecer un diagnóstico sobre la existencia de restos arqueológicos en el subsuelo, evaluar el impacto de las obras y proponer medidas correctoras. Se planteó en primer lugar una delimitación planimétrica de las zonas de dispersión de restos arqueológicos dentro de la concesión minera, con propuestas de intervención en las zonas catalogadas para la correcta documentación de los restos, y la intervención arqueológica se realizó en dos fases.

La primera fase consistió en una Prospección Arqueológica Superficial del área que se vería afectada por el proyecto de obras y del entorno de la mina, con la finalidad de obtener una visión general de la zona, y la realización en segundo lugar de una serie de sondeos mecánicos en el área de escoriales romanos del Barranco Herrerito, en los que se pretendía documentar la potencia y la posible estratigrafía de los mismos.



Figura 2. Intervención Arqueológica en Aguas Teñidas: 1, Corte 1; 2, Sondeo 1; 3, Sondeo 2; y 4, Limpia de escoria romana del Escorial 2.

La prospección arqueológica superficial identificó cuatro zonas con vertidos de escorias de época romana, siendo especialmente significativas la zona de escoriales 1 y 2 (figura 2: 4), ya catalogados en los trabajos anteriores (figura 3).

Los sondeos mecánicos se plantearon como cuatro zanjas junto a estos dos escoriales romanos (figura 3). La Zanja 1 se trazó en el escorial número 1, con una dirección E-O 270° , junto a un pequeño barranco que discurre perpendicular al Barranco de Herrerito. La Zanja 2 se planteó en el límite Este de este mismo escorial, con una orientación de S-N 355° y unas dimensiones de 36,60 por 3,10 m. La Zanja 3 se situó en la zona Oeste del escorial número 2, atravesándolo en una dirección SE-NO, con unas dimensiones de 23 por 2 m. Y la Zanja 4 fue una pequeña limpieza mecánica al Sur de la zanja 1, con unas dimensiones de 14 por 5,30 m, abierta para descartar la existencia de estructuras en la zona. También se realizaron dos perfiles en una nueva zona de escorias identificada en la prospección arqueológica superficial (escorial 3), ubicada en el comienzo del Barranco de Herrerito, de resultados negativos en cuanto a su sucesión estratigráfica.

Además, con el fin de delimitar el Escorial 2 se realizó una limpieza superficial que se denominó Corte 1 (figura 2:1), con unas medidas de 7 m por 6 m. Durante esta limpieza comenzaron a detectarse estructuras de habitación o trabajo, y para poder definir mejor el carácter de las estructuras aparecidas se decidió ampliar la limpieza mecánica en los lados Norte, Este y Oeste del Corte 1. Todo el nuevo área de limpieza superficial fue denominada Corte 1A, y en él se fueron identificando y registrando las diferentes unidades estratigráficas constructivas y un número de espacios o estancias que quedaban delimitadas por las mismas.

Ante la aparición de estos restos constructivos de época romana se programó una segunda fase de intervención. El arqueólogo inspector de la Delegación de Cultura de la Junta de Andalucía en Huelva, decidió que se realizara una segunda fase de intervención a fin de obtener la planta lo más completa posible de estas estructuras. La intervención consistió en la realización de dos sondeos estratigráficos y nuevas limpiezas mecánicas y manuales (figura 2: 2 y 3). Uno de estos sondeos se situó en la parte Sur (Sondeo 1), con unas medidas de 6 por 6 m, sobre cuatro estancias bien delimitadas por unidades estratigráficas murarias, y otro en la parte Norte

(Sondeo 2), con unas medidas de 8 por 3 m, sobre otras tres estancias bien definidas por sus unidades constructivas.

En resumen, en el transcurso de las intervenciones en la zona del Corte 1A se han registrado un total de 40 estructuras murarias que forman parte de un solo edificio relacionado con la explotación minera de época romana. Del total de estas estructuras solo han sido excavadas 10 de ellas en el Sondeo 1 y

Sondeo 2, el resto únicamente fueron delimitadas en su desarrollo superficial.

Finalmente, tras la topografía de detalle de todas las estructuras, se procedió al soterramiento con la protección de un geotextil especial de mayor grosor, que se cubrió con una capa de arena limpia de río con unos 10 cm de espesor, y sobre ella otra capa de tierra vegetal procedente de la limpieza mecánica y de los sondeos estratigráficos.

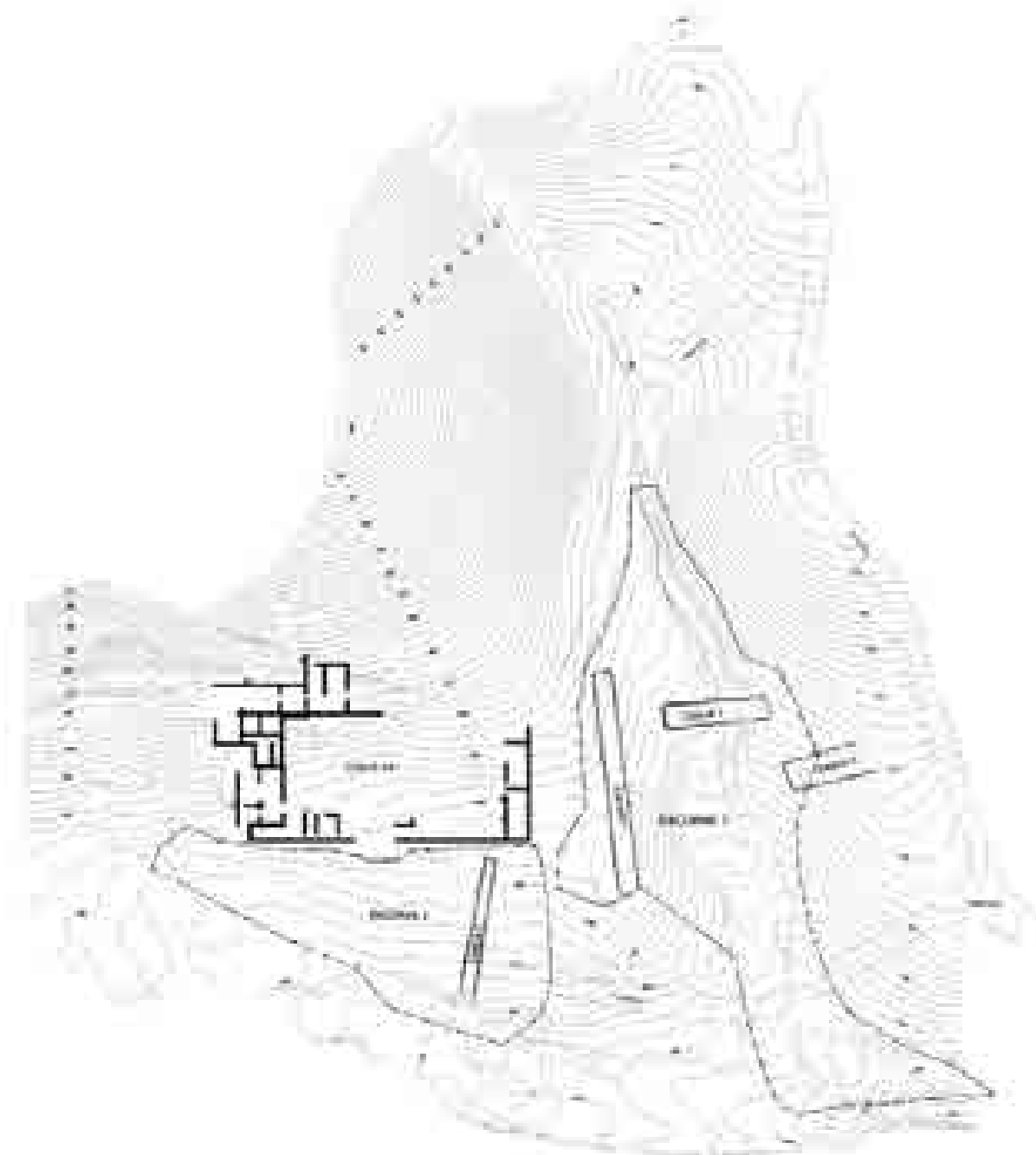


Figura 3. Situación de los escoriales, cortes y edificio de Aguas Teñidas.

LA *STATIO* MINERA DE AGUAS TEÑIDAS.

Aunque no ha podido excavarse totalmente el edificio, se ha puesto al descubierto en su mayor parte (figura 4). Se encontraba arrasado desde época, ya que en algunas zonas los muros no tienen continuidad por haber sido destruidos para aprovechar los materiales o por la propia erosión posterior al abandono. La limpieza superficial ha puesto al descubierto una edificación de planta rectangular con unas dimensiones aproximadas de unos 51 metros de longitud y 31 metros de anchura.

Para su análisis hay que partir en primer lugar de su situación. Se encuentra rodeado en dos de sus lados por los escoriales de cobre, es decir el tratamiento metalúrgico de los minerales se llevaba a cabo en el exterior del edificio, donde se fueron acumulando incluso las escorias. En este sentido conviene señalar que la única entrada/salida del edificio se sitúa precisamente en esta zona en la que se encuentra el escorial, que como es corriente en las escombreras de escorias de época romana se extienden siempre que es posible junto a un cauce de agua, en este caso el Barranco de Herrerito. Parece evidente que la funcionalidad del edificio está relacionada con la minería y tratamiento de los minerales, ya que el último paso de la producción metálica que se llevaba a cabo a pie de mina, la obtención de lingotes de cobre que pudieran exportarse, se desarrollaba en el exterior de este edificio.

Conservamos muy pocas estructuras de reducción de época romana porque los hornos eran destruidos para recuperar el metal del crisol situado en la solera del horno, y lo más que puede detectarse de ellos son los hoyos de sangrado de las escorias o las paredes de arcilla refractaria que formaron las cámaras de reducción. Estos hornos eran capaces de resistir hasta unas diez operaciones de carga para que se obtuviera un buen régulo de cobre, y de ahí que las lupias de escorias que se encuentran en el escorial alcancen el metro de longitud. Por otro lado, no importaba que la fundición de los minerales se efectuara junto a las paredes del edificio, a pesar de las molestias que podían causar la combustión de minerales sulfurosos, que desprendían gases que podían afectar a la respiración. En el poblamiento romano de Aguas Teñidas no se habían diseñado áreas de vivienda y almacenamiento apartadas de las zonas nocivas de tratamiento de minerales, todos los trabajos se concentraron en esta edificación y en sus exteriores se llevaban a cabo las labores de trata-

miento metalúrgico. No quedan restos de zonas de tostación y calcinación del mineral en las limpiezas realizadas en las zanjas de comprobación, por lo que parece que este primer paso no se efectuaba en la zona donde se reducía el mineral, en las zonas de escorial ni en las inmediaciones. A pesar de la riqueza de cobre de los minerales de Aguas Teñidas la calcinación de los minerales era precisa para que estos pudieran reducirse posteriormente en metal con la adición de fundentes de sílice y óxidos de hierro, que eliminaban los elementos no deseados de la ganga al separarlos en una fase de silicato de hierro (fayalita, escoria).

Una característica de este edificio es que se va rebajando el substrato geológico sobre el que se asienta, de pizarra, para ir ubicando las distintas estancias, aterrazando de este modo la pendiente en los suelos por estar construido en una superficie inclinada que termina en los escoriales, situados en la margen del Barranco Herrerito.

Para poder determinar áreas funcionales de la edificación hemos dividido la estructura en una serie de sectores, el espacio abierto de corral o patio (A), el testero Este (B), la zona Sur (C), el área Oeste (D), y la parte Norte (E). En las zonas D y E son las que tienen una mayor compartimentación de los espacios (figura 4).

La arquitectura del edificio está presidida por un área descubierta central (A), a la que se abre un vano desde el escorial. Esta zona de corral (*cohors*) tiene unas dimensiones aproximadas de 36 m de largo por 16 m de ancho, más de un tercio de la extensión total del edificio (figura 4). Aunque no ha podido excavarse, la funcionalidad de este espacio abierto puede relacionarse con la entrada de partidas de mineral, combustible, y fundentes para el proceso de fundición, y con todas las tareas de carga y descarga que ello conllevaba.

El espacio cerrado delimitado por el edificio era también una forma de mantener a buen recaudo el mineral que procedía del interior de las galerías, puesto que en las leyes de Aljustrel se indica que había que salvaguardarlo para que no se produjeran hurtos nocturnos (VIP II, 10). De esta forma el mineral podía ser amontonado en el patio, pero en el estadio en el que ha quedado la excavación de esta estructura, con sólo la limpieza superficial para delinear la trayectoria de las cabezas de los muros, las posibilidades para identificar estas áreas de apiles de mineral se reducen.

En el ala Este (B) se disponen dos estancias de planta rectangular (21 y 22), con los lados mayores con orientación Norte-Sur, y de lo conservado delante de ellas arrancan dos pequeños muros perpendiculares que no cierran, y forman espacios adosados a ellas en batería. Los módulos de estas estancias son idénticos, de 3 por 7 m (figura 4). Tampoco ha podido exhumarse al completo todo este lado Este del edificio, pero la duplicidad del modelo de estancias documentada es un argumento a favor de que todo este ala estaría formada por un mismo módulo de habitaciones con un espacio bipartito delante de ellas formado por dos muros transversales.

Estas estructuras recuerdan extraordinariamente a una de las partes de la *officina* metalúrgica de Azinhal en Aljustrel (Cauuet, Domergue, Dubois, Pulou, y Tollon, 1999). En este caso se conservaban todavía los restos de los materiales tratados, cenizas de pirritas producto de la calcinación al aire libre de los minerales. Es un tipo de estructura de tostación que, como han demostrado las investigaciones de la Universidad de Toulouse, continuaron en uso hasta bien entrada la Edad Moderna, según muestran los ejemplos aportados por G. Agrícola. Coincide con esa estructura de Azinhal una habitación rectangular adosada a uno de los muros de cierre del edificio, con unos pequeños muros transversales a ella, dos en cada estancia, que nos delimitan a su vez otros dos apartados, uno de ellos, el que no tiene comunicación con la estancia rectangular que lo antecede, donde se llevaría a cabo la tostación de mineral. Tal como hemos propuesto después de los últimos trabajos en este taller metalúrgico de Azinhal (Pérez, Martins, Bustamante, y Lagares, 2012), se diferencian de este modo tres ámbitos, uno cubierto y cerrado formado por la estancia rectangular, y dos abiertos por delante de ella, uno donde se calcina el mineral, que no tiene comunicación con la estancia cerrada, y otro donde se estría el resultado de la tostación para seleccionar los núcelos de óxidos que pasarían a la segunda operación de tratamiento, la reducción, que como hemos indicado anteriormente se realizaba fuera del edificio. La estancia cerrada se comunica por un estrecho vano con esta área de selección de óxidos que se recogían para la fundición. Es una habitación cerrada y cubierta porque el almacenamiento de estos materiales evitaría que estuvieran en contacto con la atmósfera y sobre todo para que no pudieran ser afectados por el agua de lluvia, pues al ser los minerales solubles podía disminuir la ley en cobre de los mismos. La

estrechez del vano entre la zona de estriado y la de almacenamiento, como también sucede en nuestro sector B, evitaría la entrada de humos sulfurosos y su concentración en el interior de la estancia.

En otros asentamientos mineros de Sierra Morena se han estudiado también edificios en los que predominan estos muros paralelos formando pequeños espacios en batería, como sucede en el asentamiento de Valderreprima en Ciudad Real (Fernández y García, 1993), donde se han interpretado como almacenes. Son, al igual que el edificio que estamos describiendo, instalaciones presididas por un patio abierto central, de planta aproximadamente rectangular, y con esos muros en batería en uno o varios testeros de la edificación. En nuestra opinión nos encontramos en edificios que siguen de cerca el modelo del taller de tostación de Azinhal en Aljustrel, cuyos restos metalúrgicos no dejan lugar a dudas de que eran compartimentos de tostación. Ya hemos tenido ocasión de comentar que este mismo modelo de hogares de tostación perduraron a lo largo de la Edad Media (Pérez, Martins, Bustamante, y Lagares, 2012), como es patente en los muros de tapial de los escoriales del asentamiento islámico de Saltés (Bazzana y Trauht, 2005).

En el lado Sur (C) no se han localizado estancias tan definidas (figura 4). Esta zona está dividida en dos por el vano que da acceso al escorial, y en la parte Sureste el muro de cierre no tiene adosada ningún tipo de estructura. Desconocemos si ello se debe a que la limpieza superficial no ha rebajado tanto como para descubrir posibles habitaciones o si, como parece más probable, era un espacio libre de compartimentos. En la zona Suroeste pueden distinguirse dos sectores, uno que se encuentra adyacente al vano que da acceso al escorial y otro que forma una de las esquinas del edificio con el testero Oeste.

En la zona Sureste quedan restos de un muro con otros transversales, que recuerdan la forma de las estructuras de la zona B (figura 4). La existencia de varios espacios de tostación puede explicarse con el sistema de tratamiento de los sulfuros, en los que difícilmente se alcanza un producto apto para la fundición después de una sola tostación. Estas operaciones son más eficaces cuando menos cantidad de sulfuro tienen los minerales, y es claro que sería menos complicado el tratamiento de una calcosina, un sulfuro secundario de cobre, que una calcopirritas o cubanita, sulfuros de cobre y hierro. A veces era precisa más de una operación de tostación

hasta conseguir un buen óxido que pudiera tratarse en fundición, e incluso de estas tostaciones podían obtenerse matas de cobre fácilmente fusibles. En la obra de G. Agricola (1556) estos hogares de tostación aparecen formando series de tres, en otras ocasiones aparecen aislados, y su clasificación nos aclara que en estos hornos se trataban los minerales que salían de la mina previa trituración y los que habían sido tratados en otras operaciones de tostación (*fornax in qua venae excoquantur*), unos hornos de tostación cuya forma era distinta de los hornos de fundición (*fornax in qua panes aerei torrefacti coquantur*). Si nuestras consideraciones son acertadas tendríamos que el área B y parte de la C corresponderían a zonas de tostación de mineral. Su situación alrededor de una zona abierta tendría sentido para que no hubiera concentración de humos sulfurosos.

En la zona Suroeste se encuentran junto a la puerta de entrada del patio una serie de unidades estratigráficas murarias que forman un compartimento estrecho transversal al muro (1), con unas dimensiones de 3,5 m de largo y 1,20 de anchura. Los dos muros paralelos no parecen cerrar en el muro maestro del edificio y dejan un pequeño hueco (figura 4). Junto a ellos se encuentra un espacio que comparte ciertas similitudes con él (3), tampoco muere en el muro perimetral del edificio, aunque su desarrollo en ángulo le confiere un aspecto de habitación al que se entraba por un pequeño vano, de dimensiones parecidas a los registrados en las estancias 21 y 22 del sector B. Este cubículo tiene unas dimensiones de 3 m de ancho y 3,5 m de largo. En el lado opuesto nos encontramos con otro espacio cerrado de forma acodada, de 2,75 m de ancho. En esta zona del edificio el Sondeo 1 nos ha aportado materiales que indican que eran espacios domésticos, en especial la estancia 3, en la que han aparecido cerámicas finas de mesa, cerámicas comunes, y vidrios.

Los lados Norte y Oeste del edificio son en los que se agrupan el mayor número de estancias (figura 4). A pesar del estado fragmentario en que han llegado hasta nosotros cada una de las estancias, pueden proponerse una serie de observaciones de cara a intentar diseccionar estos espacios. En primer lugar, si hemos defendido que el lado Este y parte del Sur del patio no presentan esos apiñamientos de habitáculos y su funcionalidad a partir de los paralelos sugieren un uso relativo a la concentración de los minerales que salían en bruto de las galerías, por

sus características habría que considerar que estas áreas sirvieron de unidades de almacenamiento y vivienda.

Cabe hacer una distinción en estas crujías del edificio, pues un muro puede hacer las veces de medianía entre los sectores Norte y Oeste. Por otra parte, en ambos sectores existen recorridos distintos desde el área abierta del patio (17).

La entrada al ala Oeste del edificio (D) se realiza por un vano próximo a la esquina Suroeste, cerca de la puerta del lado Sur. Esta entrada da acceso a una habitación de planta rectangular (4) de 10 m por 3,5 m, desde la que se abren dos vanos, uno a una estancia de 3 m por 2,75 m (13) y otra más amplia de 6 m por 3 m (14). No hay un espacio vertebrador de los ejes de esta parte del edificio, como pudiera ser una estancia que a modo de atrio sirviera para articular la comunicación de los espacios. Son comunes los espacios dobles que parecen formar parte de un mismo ambiente. Así se presentan las ya reseñadas estancias 13 y 14, separadas, pero comunicadas por un pequeño vano y ambas en conexión con una estancia que las precede (4). Este mismo esquema adoptan las estancias 5 y 6, separadas por un muro, pero unidas por un vano, y que acaban en un pequeño pasillo ciego a modo de *ala*. La estancia 5 tiene unas dimensiones de 4,50 m por 1,30 m, y la habitación 6 tiene mayores proporciones, 4,50 m de largo por 3 m de ancho. El pasillo al que se accede desde la estancia 6 tiene una anchura de 0,90 m. Otras estancias que parecen tener una relación espacial son la 7 y la 8, que tienen formas más cuadrangulares y dimensiones muy parecidas. La estancia 7 tiene unas medidas de 2,90 m por 3,00 m, y la 8 2,80 m por 2,50 m. Del resto de las estancias poco puede comentarse, salvo que están muy destruidas y los muros no tienen continuidad para completar su desarrollo.

En el sector D se encuentra un pequeño sistema de canalización o de evacuación de aguas, que llega al patio después de atravesar las estancias 14 y 4. En algunos tramos esta cloaca está construida con mampuestos de pizarra u en otros tramos se excavó directamente sobre el substrato.

No pensamos que esta canalización tenga que ver con el tratamiento del mineral, sino con los usos domésticos que le hemos asignado a esta parte del edificio. Es evidente que el agua representa un elemento de suma importancia en las operaciones mineralúrgicas en los yacimientos mineros (Domergue, 2008), pero no creemos que en este caso pueda

sostenerse que el agua formó parte del proceso de tratamiento de los minerales.

El agua puede afectar a los minerales por su composición, que es un elemento oxidante y tiene capacidad de transformación de los minerales al facilitar su paso desde una fórmula de sulfuros hasta otra de óxido. Este proceso de transformación de los minerales es, sin embargo, una transformación lenta que debe desdenarse como método de concentración de los metales dentro de la cadena productiva. El agua de las minas que ha tenido contacto con los minerales se transforma en agua ácida, que tiene una gran capacidad de disolución o lixiviación de minerales aptos para ello, como el cobre o el cinc entre otros, y éste es el principio que da origen a la formación del enriquecimiento supergénico en los yacimientos minerales. Con la oxidación de los minerales el agua se convierte así en un agente transportador de los minerales, que pueden precipitarse en condiciones favorables naturales (cementación natural) o artificiales, cuando algún elemento favorece la sedimentación, como el óxido de hierro (ce-

mentación artificial). En los dos casos el agua debe finalizar su recorrido en unos depósitos de almacenamiento donde pueda precipitarse, por lo que hay que descartar que esta canalización tenga que ver con un proceso mineralúrgico relacionado con la metalurgia del cobre, pues no se han documentado tanques de lixiviación ni de precipitación.

El agua también puede ser empleada simplemente en un proceso de lavado para eliminar elementos no deseados de la ganga, pero esto también supone un proceso de concentración que debe tener en consideración que hay elementos que pueden desecharse si no se emplea un proceso de selección. Este proceso de selección tiene en cuenta la gravimetría de los distintos componentes arcillosos de nulo interés metalúrgico y minerales terrosos de buen tenor metálico. La diferencia de peso de ambos componentes puede ser útil para que en un proceso de decantación los elementos más pesados, los metales, queden retenidos en el fondo, mientras los más ligeros sigan la corriente del agua. Esta manera de decantación por gravimetría es muy empleada



Figura 4. Estructura romana de Aguas Teñidas.

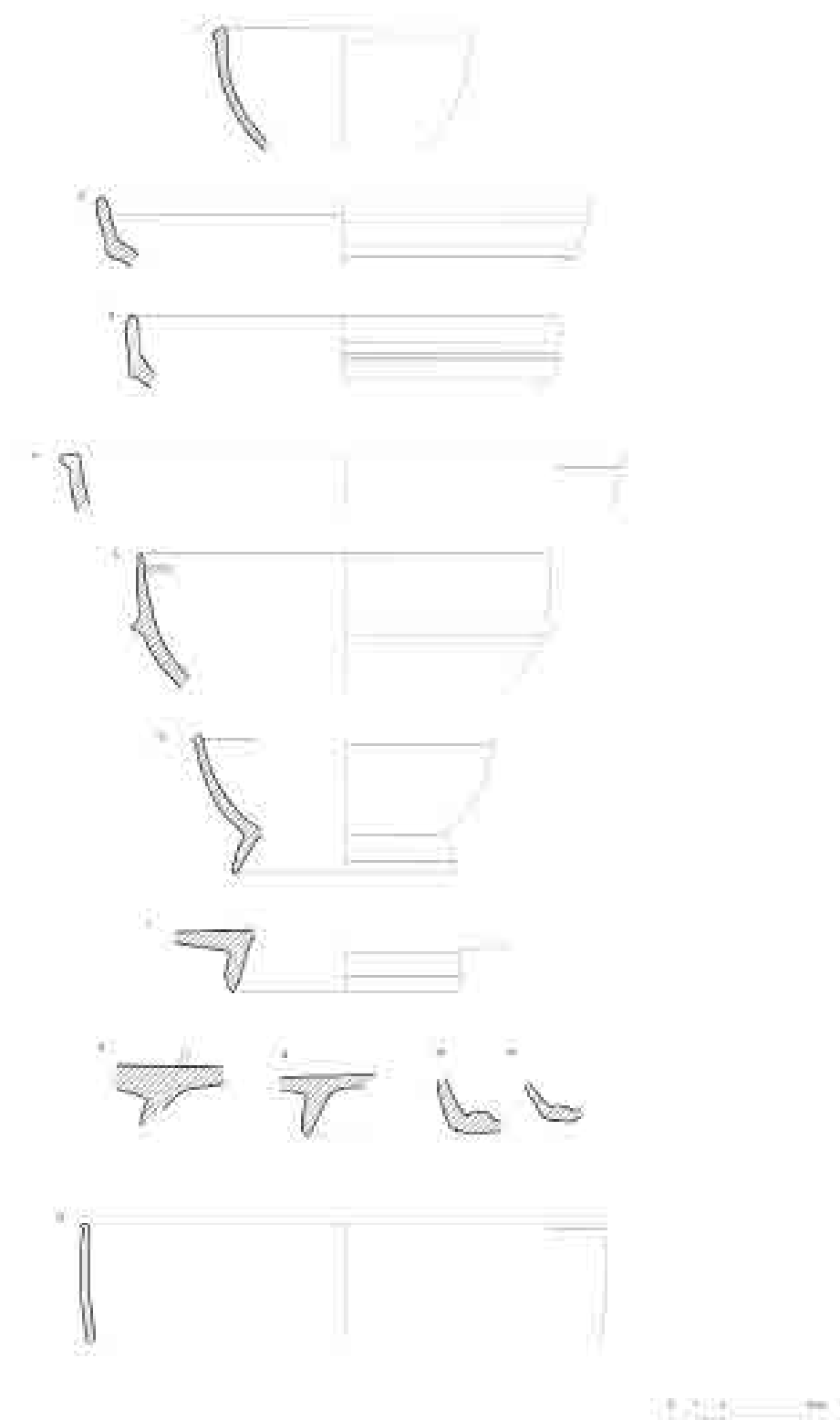


Figura 5. Sigillatas y Paredes Finas.

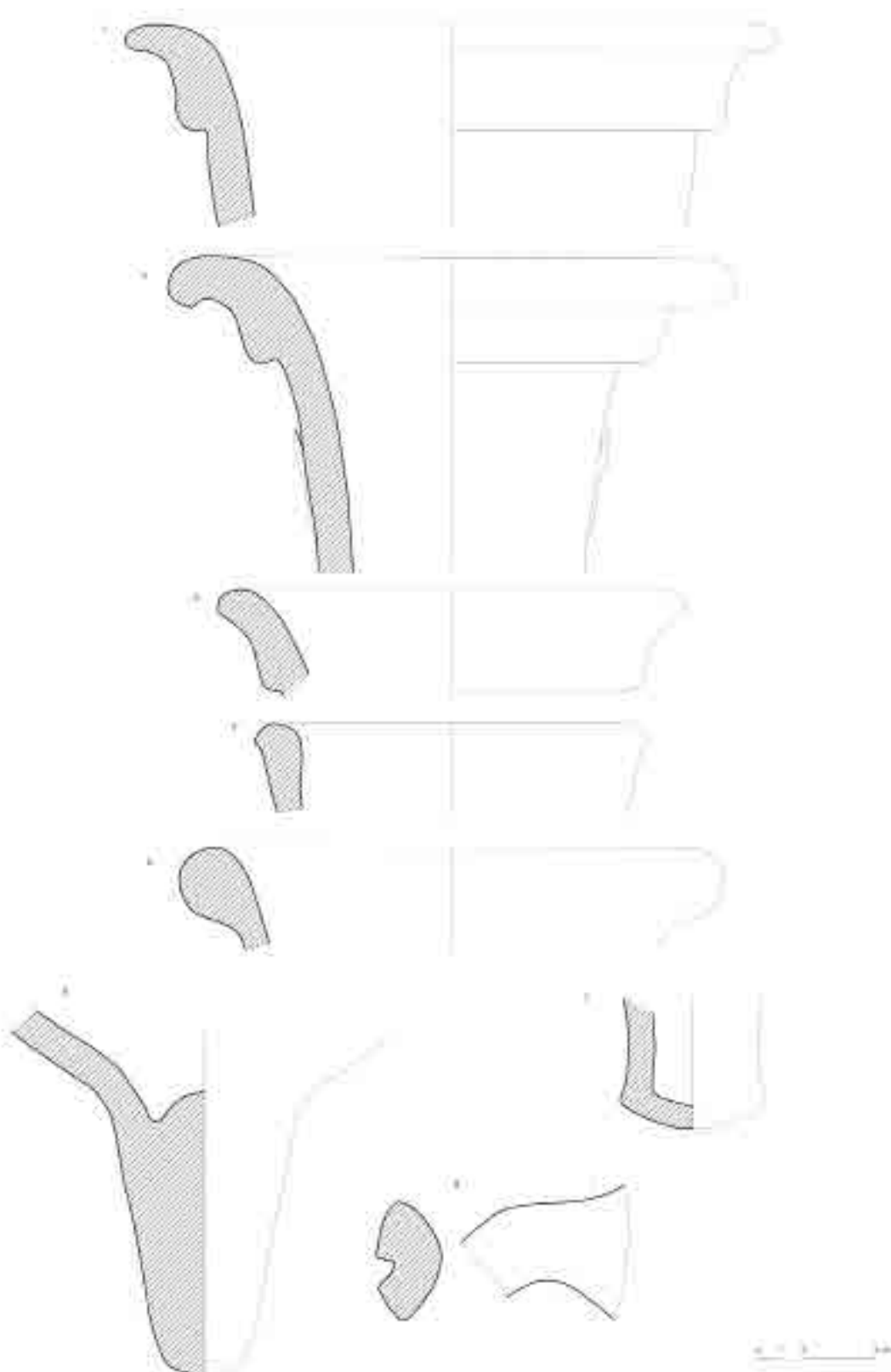


Figura 6. Ánforas.

en la minería para la concentración de los minerales, pero necesita, como los procesos de precipitación/cementación, de depósitos de decantación, y ello nos lleva a desechar de nuevo la relación de esta canalización y el edificio de Aguas Teñidas con una oficina metalúrgica en la que se emplearon procesos hidrometalúrgicos en el tratamiento de los minerales de cobre.

La disposición cercana de los escoriales romanos puede servir de argumento a este propósito, ya que es un hecho cierto que el agua es un elemento que siempre aparece asociado a los escoriales romanos en las minas de la Faja Pirítica, cuyas instalaciones de fundición y vertederos de escorias se sitúan en época romana, siempre que es posible, junto a cauces de agua, en arroyos y barrancos. Pero esta circunstancia tiene que ver con el enfriamiento más rápido de las lupias de escorias, para que pueda continuar el proceso de fundición con la construcción de nuevas estructuras de reducción y la eliminación de las tortas de escorias alojadas en el hoyo de las escorias. Los hornos constan de dos partes fundamentales, la cámara de reducción y el hoyo donde se va alojando la escoria de sangrado. La estructura del horno es una cámara de mampostería con una

capa interior de arcilla refractaria (camisa del horno), que debe destruirse después de una operación de reducción para poder extraer el lingote que se encuentra en su base (crisol del horno), donde se ha ido depositando el metal por gravimetría, mientras el hoyo de las escorias, situado a una cota inferior a la cámara de reducción, para facilitar la salida de la escoria, se construye excavando la cavidad en el substrato, y la eliminación de la escoria es necesaria para que al construir una nueva cámara de reducción vuelva a acoger la escoria de una nueva fase de reducción. Por eso los escoriales romanos de Aguas Teñidas se encuentran en la margen izquierda del Arroyo de Herrerito, pues con ello se facilitaba un enfriamiento rápido para extraer la lupia.

En los ámbitos de viviendas estas canalizaciones tienen que ver con la eliminación de las aguas pluviales de los patios, atrios o peristilos, y ésta es la funcionalidad que atribuimos a este canal en el edificio de Aguas Teñidas. Esto validaría que esta zona oeste donde se encuentra sea de vivienda, que como es habitual en la edilicia doméstica romana tendría un pequeño patio de luces o atrio que quedaría fuera de la zona intervenida. La canalización evacuaría el agua de lluvia desde ese patio hacia el corral central de la edificación (17).

En la zona Norte del edificio (E) la planta de las estancias está menos completa, pero tiene una más fácil lectura (figura 4). Desde una habitación rectangular de grandes dimensiones (20), se establece un eje longitudinal que va relacionando toda una serie de estancias comunicadas por un vano central. En primer lugar se encuentra otra estancia doble, con dos cuartos, la estancia 19 de 7 m por 3 m, contigua a otro espacio similar, la estancia 10, de 4,30 m por 5,70 m, y finalmente la estancia 18, de 3,90 m por 4,40 m, que parece formar parte de ese mismo espacio en forma acodada con la estancia 12, de 3,40 m de ancho, pues no existen vanos entre ellas. En una zona no excavada se delimita también una gran estancia bipartita (15), de 3,30 m de ancho, con dos tramos, uno de 9 m de largo y otro de 5 m. en esta zona es donde estaba situado el Sondeo 2, sobre las estancias 9 y 16.

Extraña que no hayan aparecido en esta zona Oeste o en los alrededores del patio ningún elemento relacionado con el tratamiento de hierro. Este tipo de instalaciones de carburación y reparación de las herramientas de hierro eran indispensables en los asentamientos mineros, ya que en esta época todo el instrumental minero era de hierro y su re-

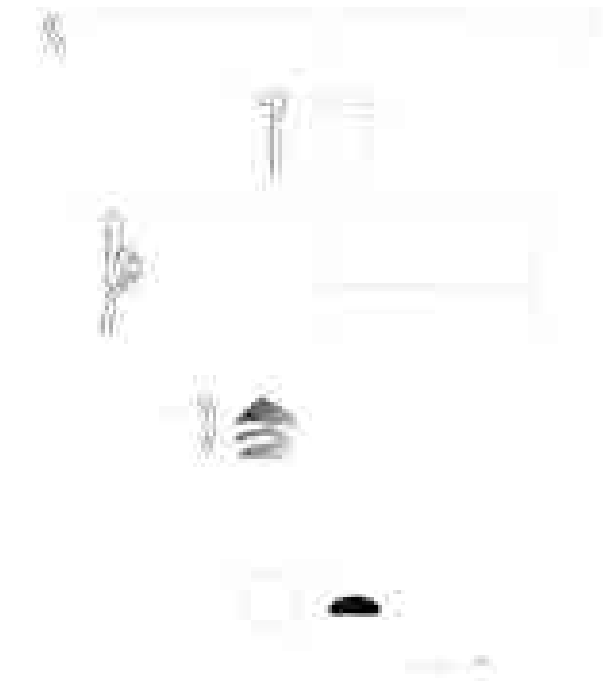


Figura 7. Vidrios.

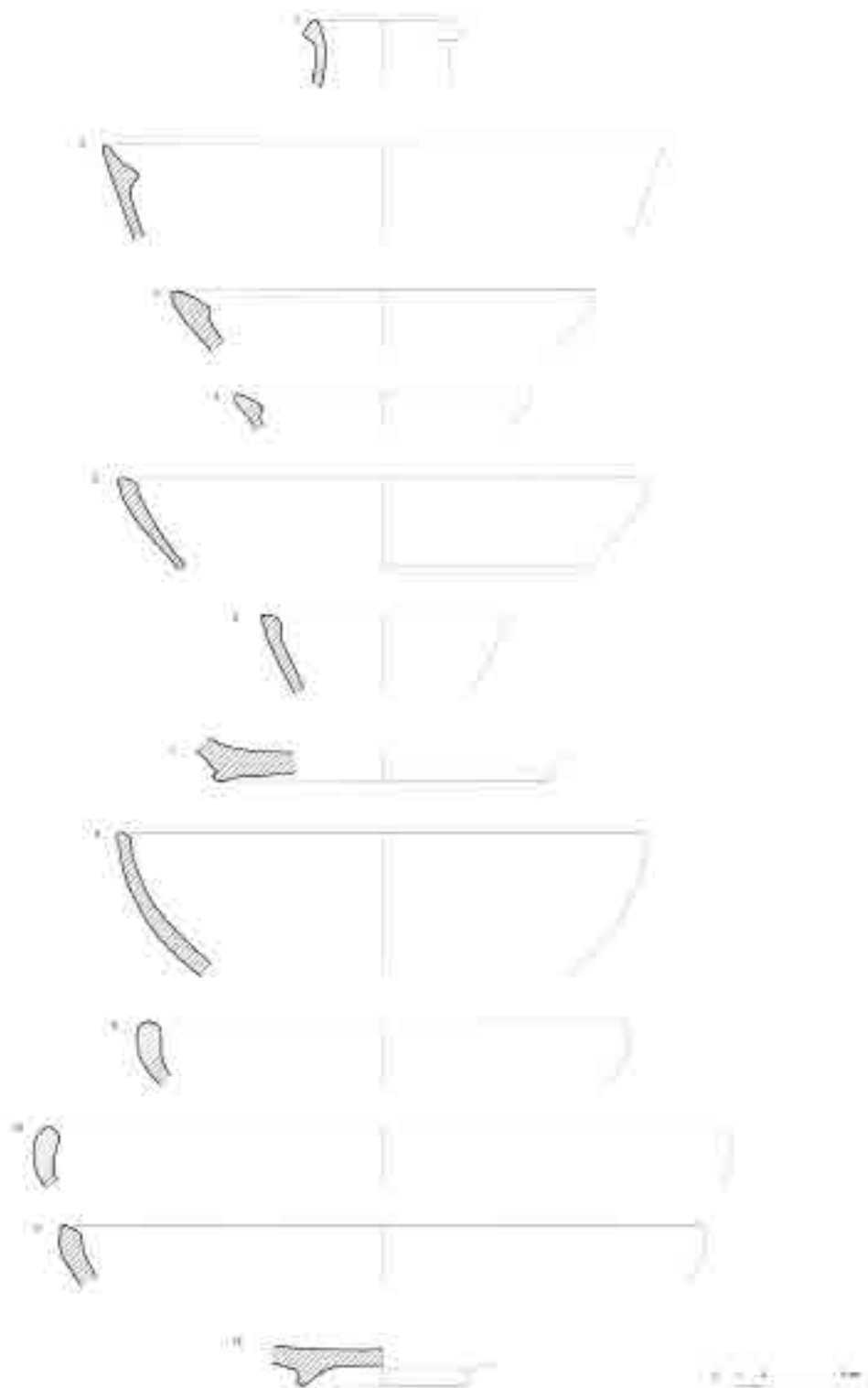


Figura 8. Cerámicas comunes de mesa.

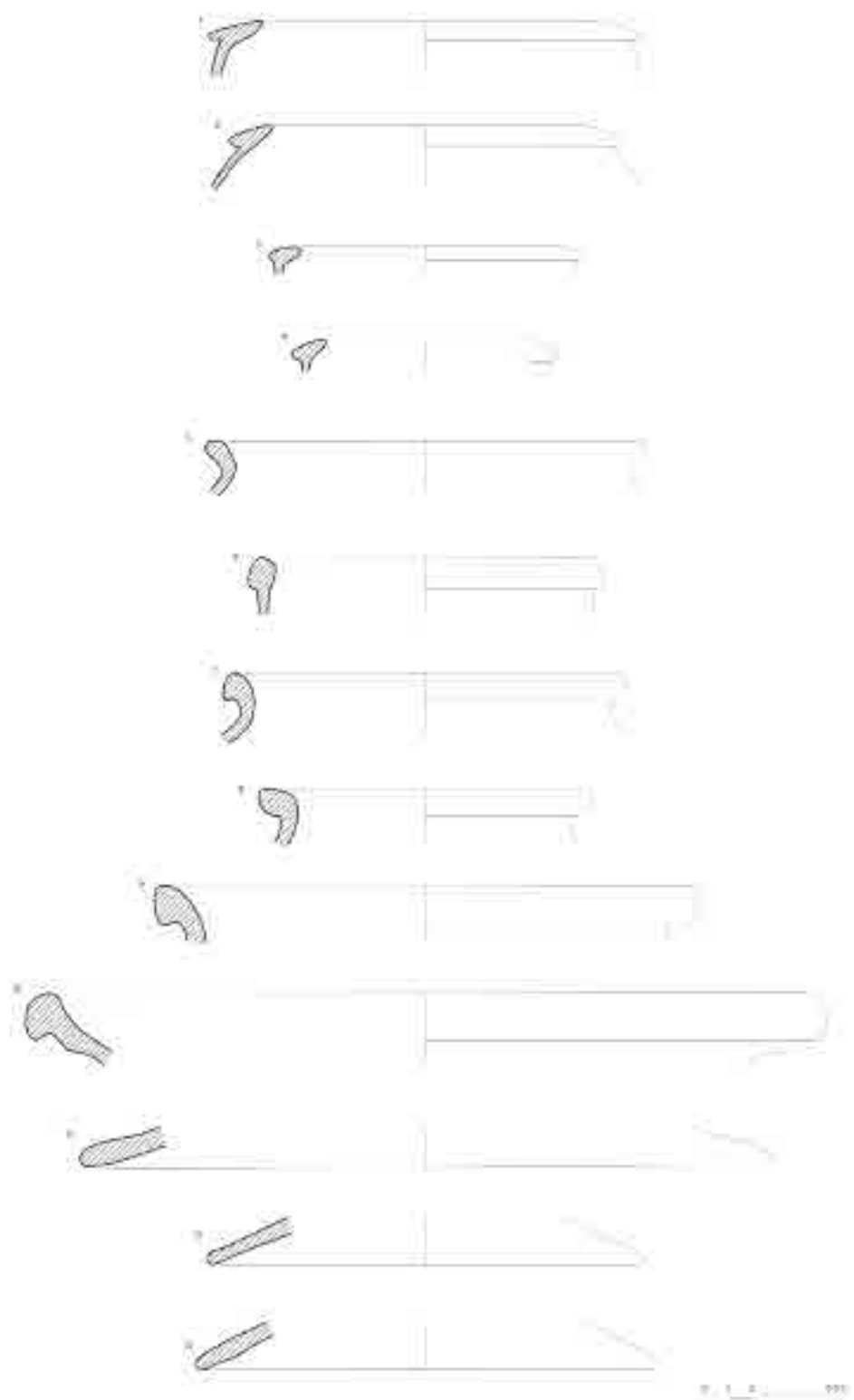


Figura 9. Cerámicas comunes de cocina.



Figura 10. Instrumental de hierro.

paración obligaba a que en los asentamientos mineros proliferaran las forjas. Así sucede, por ejemplo, en el asentamiento de La Loba (Blázquez, Domergue y Sillières, 2002). La proximidad de mina de Aguas Teñidas al asentamiento minero de Cueva de la Mora, en el que los análisis de las escorias confirman una pequeña producción de hierro (Blanco y Rothenberg, 1980), aseguraría el abastecimiento de las herramientas que se necesitaban en la mina.

Las estructuras no han aportado gran cantidad de materiales arqueológicos, por lo que el abandono del edificio por la paralización de la explotación supuso el transporte o el traslado de todo el menaje doméstico e industrial, y la escasa presencia de material acumulado a lo largo del período de ocupación induce a proponer un corto período de habitación, como así se desprende además de la estrecha franja cronológica de los materiales cerámicos recuperados en la intervención.

El registro material recogido a lo largo de la intervención ha ayudado a clarificar la funcionalidad de los diferentes sectores y la cronología de la explotación romana en la mina de Aguas Teñidas. Sobre la primera cuestión las cerámicas se encuentran en las áreas Oeste y Suroeste, en las que hemos definido el espacio de vivienda. Entre las estancias en las que se han recogido las especies finas de mesa se encuentran la 1, 2, 3 y 4. Esta disposición de las cerámicas de mesa que se recogieron en el transcurso de la limpieza superficial no debe servir de orientación, ya que los fenómenos postdeposicionales han podido afectar a la posición originaria de estos materiales. Esta aclaración es indispensable puesto que este tipo de cerámicas han aparecido hasta en la zona abierta de patio, en la que en principio no deberían aparecer. La limpieza superficial se detuvo en cuanto aparecieron las partes superiores de los muros, es decir tras el decapado de las unidades estratigráficas formadas tras la destrucción del edificio. Sólo pueden considerarse los hallazgos de estas cerámicas en los rellenos de las estancias, y eso solo ha podido investigarse en el área reservada a los dos sondeos. De esta forma únicamente tenemos constancia del uso de cerámicas de mesa en las habitaciones 1 y 3.

Más allá de estas cuestiones de contexto, problemáticas dado el carácter de la intervención, las cerámicas son muy útiles para situar el período de laboreo romano en la mina, y en ello las cerámicas finas de mesa y las ánforas nos permiten aproximaciones bastante fiables. En las primeras se encuen-

tran representadas las Sigillatas Itálicas (Ettlinger *et al.*, 2002) y las Sigillatas Sudgálicas (Bemont y Jacob, 1986). Entre las Sigillatas Itálicas se documentan las formas Compectus 19 de época augusto-tiberiana (figura 5: 2 y 3), y algunas producciones tardoitálicas, como Compectus 36 (figura 5: 1) y Conspectus 37 (figura 5: 4). En las Sigillatas Sudgálicas se encuentran formas claudio-neronianas, Drag. 24/25 y Drag. 26/27 (figura 5: 5 y 6), y faltan por completo formas de época Flavia (Vernhet, 1976). Estas cerámicas nos ofrecen una primera aproximación cronológica al asentamiento romano de Aguas Teñidas, entre los principados de Tiberio y Nerón, un momento de explotación que está en consonancia con los tonelajes de escorias de las escombreras romanas de fundición. A esta cronología remite también la cerámica de Paredes Finas, de la que se ha recogido un fragmento de copa de la forma Mayet XXXVII con decoración exterior de arenilla (figura 5: 12), de producción bética y cronología claudia (Mayet, 1975).

Las ánforas son de los tipos que aparecen en los contextos mineros del Suroeste ibérico en esos años, las ánforas salsarias de la Bahía de Cádiz (García Vargas, 1998), de la familia Dressel 7/11 (figura 6: 1, 2, 3, y 7), de defruto de la Baja Andalucía (Carreiras Monfort, 2003), las ánforas Haltern 70 (figura 6: 4, 6 y 8), y de aceite del valle del Guadalquivir (García Vargas, 2001), la forma Dressel 20 antigua (figura 6: 5).

Dentro de las cerámicas comunes se encuentran las especies de mesa y cocina. En las de mesa abundan algunas formas de cuencos hemisféricos de borde engrosado o indicado (figura 8: 8 a 11), y jarras de boca abocinada de borde escalonado al interior (figura 8: 2 a 4), unas formas corrientes en el siglo I d.C. (Vegas, 1969) y con paralelos en el cercano asentamiento minero de Cerro del Moro (Nerva) en el distrito de Riotinto (Pérez y Delgado, 2007). En las especies de cocina predominan las ollas de borde de martillo (figura 9: 1 a 4), las ollas de borde saliente (figura 9: 5), las ollas de borde vuelto (figura 9: 7 a 9), y no faltan los *mortaria* (figura 9: 10) y los *opercula* (figura 9: 11 a 13).

En estos materiales domésticos se incluyen también vasos de vidrio, formas 32 (figura 7: 1), 28 (figura 7: 2), y 37 (figura 7: 3) de la tipología de Isings (1957), un fragmento de vidrio con pintura blanca (figura 7: 4), y una ficha de juego de pasta vítrea (figura 7: 5).

En la excavación del Sondeo 1 aparecieron objetos de hierro muy corroídos. Entre ellos varios en forma de espuela, que podrían ser abrazaderas para maderas de portajes o ventanas (figura 10: 6 y 7), posibles gubias (figura 10: 3 y 4), una *dolabra* (figura 10: 5), herramienta muy apropiada para las tareas de entibación y fortificación de las labores, y otros objetos de difícil clasificación (figura 10: 1 y 2). Entre los objetos metálicos se encuentran asimismo un fragmento de pesa de plomo, un pequeño aro de bronce, y parte de una espátula de bronce.

No encontramos ningún elemento que nos haga sospechar que esta edificación tuvo un carácter industrial, y debemos plantear que, a la falta de otras estructuras que lo acompañen, este edificio cumplía las funciones de vivienda y almacén junto a las zonas de tratamiento metalúrgico. Si relacionamos la extensión del edificio con la cantidad de personas que pudieron vivir en él resulta complicado llegar a la conclusión que todas las labores de la mina pudieron haberse efectuado por un grupo reducido de operarios, ya que en ningún caso este edificio podía albergar a más de 20 personas, incluso en el caso de que en cada instancia pudieran convivir más de dos, como ocurre en las barracas de los acuartelamientos. Desde este punto de vista es evidente que nos encontramos ante un tipo de hábitat minero completamente diferente al conocido en las grandes minas de la Faja Pirítica, como el de Cortalago/Llano de los Tesoros de Riotinto, Pueblo Nuevo de Tharsis, o Casa do Procurador/Lavaría en Aljustrel. Estos poblados son grandes aglomeraciones urbanas, con unas dimensiones que en todos los casos superan casi los 2 km de longitud.

Estas estructuras ocupan un área mínima de unos 1513 metros cuadrados, que corresponden a una sola edificación en la que se han delimitado al menos 23 estancias. A pesar de que una parte del edificio ha podido estar destinado a uso como vivienda, para los funcionarios encargados de la gestión de la *fo-dina*, el espacio que estaría dedicado a esta función no es suficientemente amplio como para pensar que todo el personal que trabajaba en la puesta en explotación de esta mineralización tendría cabida en el edificio. Entre este personal se encontrarían los mineros que trabajaban y arrancaban el mineral, los técnicos en las operaciones metalúrgicas que permitían la producción de cobre metálico, y aquellos funcionarios que se encargaban de la administración diaria de estas operaciones, de anotar los cargamentos de metal, de asegurar el abasteci-

miento y de la seguridad de las instalaciones. Todo ello hubiera obligado a la construcción de cuarteles mineros junto a la mina, pero de ello no queda ninguna huella. Es posible que dada la cercanía del poblado de Cueva de la Mora, los trabajadores se trasladaran desde allí a la mina de Aguas Teñidas, y que por esto ella solo se construyera este edificio para satisfacer las necesidades de tratamiento y almacenamiento de los productos. Hay que partir del hecho de que el sistema de administración romano en la mina permitía una gestión indirecta de la producción metálica, que se dejaba en manos de concesionarios particulares (*socii* o *conductor*), que solo estaban sujetos a las condiciones exigidas por la administración imperial, el respeto y mantenimiento de las obras de infraestructuras comunes, como las galerías de desagüe y las entibaciones, y a satisfacer los pagos en mineral que correspondían al fisco.

La arquitectura de este edificio, con estructuras en torno a un área abierta, es corriente en los talleres metalúrgicos, tanto en las *officinae* urbanas o periurbanas (Gralfs, 1988), como en las *fabricae* de los acuartelamientos militares (Bishop, 1985). Sus paralelos se encuentran también en el mundo rural, donde está presente en las villas de gran patio rodeadas por espacios de producción, almacenamiento y vivienda, que se hacen corrientes a partir de época tardorrepública (Gros, 2001). Incluso el corral en torno al cual se levantan los distintos sectores del edificio es el elemento fundamental de las *stationes* de los caminos (Chevallier, 1997). No es por tanto un tipo de edificación específico de la explotación minera, tiene paralelos en todos los sectores de la economía del mundo romano. Es una edificación de grandes proporciones en la que debían reunirse todos los espacios que eran precisos para el tratamiento del mineral, el almacenamiento, y la vivienda.

La mina de Aguas Teñidas no tuvo una producción tan importante como para que se pudiera fijar población en sus alrededores, más aún estando tan cerca el poblado de Cueva de la Mora, desde el que se aseguraba el abastecimiento, y con este edificio se cubrían las necesidades a pie de mina. El mineral podía estar a resguardo a la espera de su tratamiento, seleccionarse y apartarse en razón de su calidad, y se fundía fuera de la instalación, evitando de este modo el traslado de las lupias de escoria incandescentes. El edificio tenía también capacidad para ser la residencia de los funcionarios que gestionaban la marcha de los trabajos, y servía de almacén para los

instrumenta que se utilizaban en la mina, desde el arranque hasta el transporte y la iluminación, y como depósito de aquellos productos alimenticios que llegaban desde el vecino poblado de Cueva de la Mora.

Una cuestión importante es conocer si este edificio fue construido por iniciativa de la administración imperial, para asegurar la correcta fiscalización a pie de mina de la producción del metal, o si por el contrario se levantó por los concesionarios que se hicieron cargo de la mina y la pusieron en explotación. Nuestra opinión es que este tipo de instalaciones debieron ser construidas por los técnicos imperiales en el momento en el que se intuía que la mineralización tenía posibilidades de rendir una buena producción de cobre, y que posteriormente, cuando se concedía la explotación a concesionarios privados, el edificio era la sede de los funcionarios que aseguraban los intereses del fisco en la concesión.

CONCLUSIONES

Este edificio romano de Aguas Teñidas define a nuestro modo de ver la diversidad de modelos de explotación en las minas romanas de la Faja Pirítica Ibérica, en la que se han contabilizado más de 100 yacimientos de sulfuros con señales de explotación de este período. Este hecho ilustra claramente la capacidad de la ingeniería romana en la exploración de los yacimientos a partir de evidencias superficiales, en ocasiones mínimas, como es el caso de Aguas Teñidas, cuya delación solo pudo llevarse a cabo por leves coloraciones ferruginosas o por los sulfatos de hierro disueltos en las aguas, que acabaron por dar nombre a la mineralización.

A grandes rasgos pueden establecerse dos grupos dentro de estos yacimientos de sulfuros, aquéllos que estaban formados por varias masas y aquellos otros con un solo depósito de sulfuros. La idea general que se obtiene cuando se repasa la historiografía de la minería romana en la Faja Pirítica es que son minas con inmensas reservas, y ello es cierto si comparamos a estos yacimientos con las estructuras filonianas de sulfuros de plomo o de cobre de la zona Ossa Morena. En esta última zona geológica la potencia de los filones en raras ocasiones sobrepasa el metro de espesor, y dentro de la veta la ley de mineral todo-uno es baja. Por el contrario, en las minas de la zona Surportuguesa (Faja Pirítica) los minerales se presentan formando grandes masas polimetálicas que en ocasiones pueden alcanzar más

de un km de extensión y cubicajes de miles de toneladas. En todo caso, aunque la proporción de minerales sea de mayor envergadura en estos grandes depósitos, también hay que tener presente que los rendimientos y posibilidades de beneficio no eran iguales en minas que contaban con una sola masa de mineral y en aquellas otras en las que el *metallum* estaba formado por más de una masa.

A modo de ejemplo pueden señalarse los cotos mineros más importantes de la zona, Riotinto, Tharsis o Aljustrel. En el primero fueron explotadas las siguientes masas, Lago, Salomón, Dehesa y Mal Año en el costado Norte de la Sierra del Mineral, y Filón Sur, San Dionisio y Planes en el costado Sur. La minería romana fue más intensa en las masas de la zona norte, donde existían mayores enriquecimientos en minerales de plata, y este metal fue la verdadera guía de la explotación romana. En Filón Sur y masa Planes, sin esos niveles de minerales jarosíticos ricos en plata, la minería no alcanzó esas cotas de extracción y se centró en la explotación de los minerales de cobre, de menor interés a juzgar por la diferencia de toneladas entre los escoriales de plata de la zona Norte y los escoriales de cobre de la zona Sur. Con estas perspectivas se entiende que el principal asentamiento minero, Llano de los Tesoros/Cortalago (Jones, 1980; Luzón y Ruiz, 1975; Blanco y Rothenberg, 1980), se extendiera a lo largo de las masas de la zona Norte, desde la de Mal Año y Dehesa hasta la de Lago, mientras en las otras masas solo existieron pequeños poblados relacionados con la explotación de una masa, como sucede en el caso del poblado de Marismilla junto a la masa Planes (Pérez y Delgado, 2012). Pero incluso en este último ejemplo estamos ante un asentamiento de cierta extensión, al que corresponde un área de necrópolis bien definida. Un modelo similar es el que nos muestra la mina de Tharsis, con las masas de Filón Sur, Filón Norte, Poca Pringue, Filón Centro, y Sierra Bullones, y el hábitat centrado en la masa con minerales de plata, la de Filón Sur, aunque no se descuidó la producción de cobre (Sierra Bullones y Filón Norte) y plata (Filón Centro) en el resto de las masas (Domergue, 1990; Pérez, Martins, Bustamante, y Delgado, 2009). En Aljustrel la masa más beneficiada fue la de Algarés para la explotación de los minerales de cobre, pero la minería se prolongó a lo largo de toda la época imperial (ss. I al V d.C.), en la que se fue configurando un extenso hábitat a uno y otro lado del Morro de Algarés (Domergue, 1983; Parreira, 1982; Martins, Pérez, Baptista, Bus-

tamante, y Lagares, 2012), completamente rodeado, como en los casos de Riotinto y Tharsis, por inmensos escoriales.

Estos tres asentamientos debieron ser grandes aglomeraciones, en las que se centralizaba la vida de los territorios de los alrededores, el lugar donde residían los funcionarios imperiales, donde se encontraban algunas *officinae* que elaboraban productos para todo su distrito minero, y desde los cuales se mantendría abastecidos a los diferentes poblados de la zona. A esto hay que sumar que en sus alrededores, a veces a menos de 5 km de distancia, se encontraban otros yacimientos mineros que dependían administrativamente de ellos. Próximas a Riotinto se encuentran las minas de Peña de Hierro, Poderosa, etc., y a las de Tharsis las minas de Vulcano, Almagrera, Prado Vicioso, Lapilla, etc. En todas estas pequeñas minas se encuentran huellas de la actividad romana en forma de minados de exploración y explotación, y escoriales que demuestran que el laboreo romano acabó generando producción metalúrgica. Pero las evidencias de poblamiento son más reducidas, no alcanzan las manifestaciones de los grandes poblados de Riotinto, Tharsis o Aljustrel, y en muchas ocasiones no se han documentado restos de hábitat. Esto es una prueba de que sus lugares de habitación eran simples viviendas con cubiertas de ramajes y que el período de ocupación fue tan corto que no han dejado acumulaciones estratigráficas con suficiente potencia como para ser detectadas.

No se conocen muchos poblados de estas características debido a que la investigación se ha centrado preferentemente en los grandes yacimientos, donde las excavaciones y prospecciones arqueológicas han ido en casi todas las ocasiones a remolque de la minería contemporánea, bajo la fórmula de actividades de urgencia o preventivas. Determinar así la fisonomía y las características urbanísticas de los asentamientos de estas pequeñas minas es una tarea de dudoso éxito, aunque pueden plantearse algunas cuestiones generales, de las que el yacimiento romano de Aguas Teñidas nos ofrece nuevas luces.

Estas pequeñas minas destacan por sus cortas ocupaciones, una conclusión que puede obtenerse tanto del análisis de los escasos restos constructivos, que reflejan que fueron yacimientos muy efímeros, como de la envergadura de los escoriales, que son el resultado de una explotación que no se extendería más allá de una decena de años. Son, por otro lado, asentamientos que surgieron en la época en la que se

desencadenó la fiebre minera del cobre, sobre todo a partir del principado de Augusto y en la primera mitad del siglo I d.C. Tras una intensa explotación que benefició los niveles más rentables de la zona de enriquecimiento supergénico, una vez agotados se abandonó la explotación sin invertir más capital para llevar a cabo una exploración geológica sistemática de las masas minerales y de sus posibles ramificaciones y potencia. Era, como en otros muchos aspectos de la minería romana, un sistema de explotación que primaba el rendimiento rápido, y si no había grandes volúmenes de mineral las inversiones en exploración no se consideraban rentables. La minería de época imperial era una actividad fundamentalmente privada, sometida a las reglas que imponía la legislación minera imperial (Mateo, 2001), pero que anteponía el enriquecimiento a la explotación integral de los yacimientos, y esto se observa en que una vez que se paraliza la explotación de una mina, rara vez volvían a emprenderse trabajos de exploración, pues ningún concesionario de minas veía ya posibilidades de éxito en una explotación que había cesado por falta de expectativas de rendimiento. Todo parece indicar que sólo en los grandes yacimientos, con masas minerales que se extendían en centenares de metros, podían arriesgarse nuevas inversiones.

En este esquema de poblamiento de las minas del Suroeste ibérico es en el que podemos insertar la explotación de la *statio* excavada en la mina de Aguas Teñidas. En un área de menos de 20 km alrededor de esta mina se encuentra un grupo de concesiones, ya explotadas en época romana (Pérez Macías, 1998), que ilustran el interés que mostró Roma en la explotación sistemática de este territorio. Las más cercanas son las de Herrerías de los Confesionarios (Valdelamusa), Cueva de la Mora, la principal mina de la comarca si atendemos al volumen de escorias que se depositaron en los alrededores (Blanco y Rothenberg, 1980), la de Monte Romero, que había sido una importante explotación para plata y cobre en época protohistórica (Blanco y Rothenberg, 1980), y Angelita. Algo más alejadas se encontraban las minas de San Telmo, El Carpio, Lomero, Poyatos, Lancha-Roma, y La Joya. La proximidad de unas minas a otras facilitaba que se pudiera formalizar un distrito a parte de los de Riotinto y Tharsis. Desde el punto de vista de los materiales, en este grupo destaca, como acabamos de señalar, la mina de Cueva de la Mora, cuya producción estaba diversificada para la producción de plata y cobre.

Monte Romero y Angelita no tuvieron una producción significativa si hemos de ponderar sus escoriales. Es decir, la única mina que interesó para su explotación fue la de Aguas Teñidas, apenas a 2 km de Cueva de la Mora, de la que debía depender. Sería precisamente la explotación de Cueva de la Mora la que fijó la atención en estas minas, lo que favoreció la exploración de Monte Romero y Angelita, que no ofrecerían buenos resultados, y de Aguas Teñidas, donde se descubrieron buenos enriquecimientos en cobre que dieron lugar a su explotación. La exploración también tuvo éxito en San Telmo, donde existe un pequeño escorial de escorias de plata, El Carpio, con algunos mantos de escorias de cobre, y la Joya, con otro escorial de cobre, pero tendría poca fortuna en Roma y Lomero-Poyatos, en las que solo existen algunos montones de escorias producto de fundiciones de bondad para conocer la calidad de sus minerales. Lo curioso es que Lomero-Poyatos es una mina que se ha destacado por sus proporciones de oro, de 2 a 4 gramos a la tonelada, una mena que puede rentabilizarse en la actualidad, pero imposible de detectar y separar para la ingeniería romana. Salvo en Cueva de la Mora, en la que la masa mineral tenía mayor envergadura, en el resto de las minas no parece que la explotación romana fuera muy prolongada, y los asentamientos romanos son difíciles de detectar debido a la precariedad de las instalaciones. En Cueva de la Mora los restos del hábitat romano se extendieron entre el Arroyo de la Juliana y la masa mineral, y al fin y al cabo fue el único asentamiento que perduró en el tiempo, después de que la exploración consideró agotadas y paralizó el trabajo en las pequeñas masas minerales que se encontraban en los alrededores.

Desde esta perspectiva, el asentamiento de Aguas Teñidas puede ser considerado como un modelo de lo que ocurrió en otras minas del Suroeste peninsular. Hasta el momento centrábamos nuestra investigación en los restos de minería que se habían descrito por J. Gonzalo y Tarín e I. Pinedo Vara, en la analítica de las escorias para conocer a qué proceso productivo estaban asociadas, y al estudio de los materiales cerámicos que aparecían en estos escoriales, que nos ofrecían las pautas cronológicas del período de laboreo metalúrgico de las minas. Asumimos que en todas las minas la explotación romana se ajustaba a los mismos parámetros o bien no considerábamos que la explotación no siempre siguió el mismo ritmo. El asentamiento de Aguas Teñidas nos demuestra que cada mina, por sus ca-

racterísticas geológicas, debió representar un modelo particular. Si bien parecen intuirse comportamientos generales en todos estos distritos mineros del Suroeste, como es la escasa atención que merecieron de la minería republicana, sólo testimoniada en Riotinto. Después de la exploración minera que se desencadenó a partir de época tardorrepública, la historia de cada mina parece adaptarse a sus posibilidades. Unas fueron intensamente exploradas y no se consiguió localizar la masa de mineral, como nos muestra el caso de la mina de Cabezas de los Pastos (Puebla de Guzmán). En otras se descubrieron enormes masas que dieron lugar a una explotación más continuada en el tiempo, entre las que cabe destacar las de Tharsis, Sotiel Coronada, Castillo de Buitrón, Cueva de la Mora, y Aljustrel. Y finalmente en otras se generaron buenas expectativas por la riqueza de sus minerales, pero al cabo de unos años esas zonas de altas leyes estaban agotadas al no haberse volcado la exploración minera en la búsqueda de la continuidad de los yacimientos.

Es en este último modelo en el que debemos encuadrar la mayor parte de las minas de la Faja Pirítica Ibérica explotadas en época romana, pues después de la segunda mitad del siglo I d. C., pasado el esplendor de la explotación julio-claudia, la minería solo tuvo continuidad en las grandes minas. Riotinto, Tharsis, y Aljustrel son por ahora los únicos yacimientos mineros que continuaron a buen ritmo de producción después de mediados del siglo I d.C. Aunque lógicamente la exploración minera pudo continuar en otras comarcas, el resultado nunca fue el esperado. Debemos centrar, pues, el momento álgido de la minería romana en la Faja Pirítica Ibérica en la estrecha franja temporal de último cuarto del siglo I a.C. y mediados del siglo I d.C., y este momento es el que está perfectamente representado en el modelo de ocupación de la mina de Aguas Teñidas.

BIBLIOGRAFÍA

- Agricola, G. (1556), *De re metallica*, Edición de Explosivos Rio Tinto y traducción de C. Andreu, Madrid (1972).
- Bazzana, A. y Trauht, N. (2005), "El sector 7, los talleres y los vestigios de una metalurgia medieval", *Excavaciones en la isla de Saltés (Huelva), 1988-2001* (A. Bazzana y J. Bedia García, Drs.), Sevilla, 199-211.
- Beemont, C. y Jacob, J.P.-Eds. - (1986), *La terre sigillée gallo-romaine. Lieux de production*

- du Haut Empire, implantation, produits, relations*, Documents d'Archeologie Française, 6, Paris.
- Bishop, M.C. (1985), "The military fabrica and the production of arms in the principate", *The Production and Distribution of Roman Military Equipment* (M.C. Bishop, Ed.), British Archaeological Report, 275, Oxford, 1-42.
- Blanco, A. y Rothenberg, B. (1980), *Exploración Arqueometalúrgica de la provincia de Huelva*, Barcelona.
- Blázquez, J. M^a, Domergue, C. y Sillières, P. (2002), *La Loba (Fuente Obejuna, province de Cordoue, Espagne). La mine et le village minier antiques*, Bordeaux.
- Carreras Monfort, C. (2003), Geografía de la producción de les Haltern 70, *Culip VIII i les àmfores Haltern 70*, Monografies del Casc, 5, Barcelona, 75-81.
- Cauuet, B., Domergue, C., Dubois, C., Pulou, R. y Tollon, F. (1999), "La production de cuivre dans la province romaine de Lusitanie. Un atelier de traitement du minerai à Vipasca", *Économie et territoire en Lusitanie romaine*, Collection de la Casa de Velázquez, 65, Madrid, 279-306.
- Chevallier, R. (1997), *Les voies romaines*, Paris.
- Deligny, E., (1863), Apuntes históricos sobre las minas cobrizas de la Sierra de Tharsis (Tharsis Baetica), *Revista Minera*, XIV, 111-121.
- Domergue, C. (1983), *La mine antique d'Aljustrel (Portugal) et les Tables de Bronze de Vipasca*, Paris.
- Domergue, C. (1990), *Les mines de la Peninsule Ibérique dans l'antiquité romaine*, Collection de l'École Française de Roma, 127, Roma.
- Domergue, C. (2008), *Les mines antiques. La production des métaux aux époques grecque et romaine*, Paris.
- Ettlinger, E., Hedinger, B., Hoffmann, B., Kenrick, P.H. M., Pucci, G., Roth-Rubi, K., Schneider, G., Schnurbein, S., Wells, C.M., y Zabehlicky-Scheffenegger, S. (2002), *Conspectus Formarum Terra Sigillatae Italico Modo Confectae*, Bonn.
- Fernández, M. y García, C. (1993), "La minería de época romana en Sierra Morena, el poblado de Valderreprima (Fuencaliente, Ciudad Real)", *Melanges de la Casa de Velázquez*, XXXIX-1, 25-50.
- García Vargas, E. (1998), *La producción de ánforas en la Bahía de Cádiz en época romana* (siglos II a.C.-IV d.C.), Écija.
- García Vargas, E. (2001), "Producción de ánforas romanas en el sur de Hispania, República y Alto Imperio" *Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae*, I, Écija, 57-174.
- Gonzalo Tarín, J. (1888), *Descripción física, geológica y minera de la provincia de Huelva*, Memorias de la Comisión del Mapa Geológico de España, Madrid.
- Gralfs, B. (1988), *Metallverarbeitende Produktionsstätten in Pompeji*, BAR International Series 433, Oxford.
- Gros, P. (2001), *L'architecture romaine. 2, Maisons, palais, villas et tombeaux*, París.
- Isings, C. (1957), *Roman Glass from Dated Finds*, Groningen.
- Jones, B. (1980), "The Roman Mines at Río Tinto", *Journal of Roman Studies*, 70, 146-165.
- Luzón, J. M^a y Ruiz, D. (1970), "El poblado minero romano de Riotinto", *Habis*, 1, 125-138.
- Martins, A., Pérez, J.A., Baptista, H., Bustamante, M., y Lagares, M. (2012), "Novos achados em Algaes (Aljustrel, Portugal). Reflexões sobre o vicus Viapscense", *V Encontro de Arqueologia del Sudoeste*, Almodôvar, 393-412.
- Mateo, A. (2001), *Observaciones sobre el régimen jurídico de la minería en tierras públicas en época romana*, Santiago de Compostela.
- Mayet, F. (1975), *Les céramiques a parois fines dans la Península Ibérique*, Paris.
- Parreira, R. (1982), "O salvamento arqueológico de Vipasca. Nota preliminar sobre a campanha de escavações de 1981", *Arquivo de Beja*, 1/2^a serie, 83-106.
- Pérez Macías, J.A. (1998), *Las minas de Huelva en la Antigüedad*, Huelva.
- Pérez, J.A., Martins, A., Bustamante, M. y Delgado, A. (2009), "De Praesidium a Vicus Metallum, el poblado minero en el suroeste peninsular", *Andalucía Romana y Visigoda. Ordenación y vertebración del territorio*, Roma, 37-64.
- Pérez, J. A. y Delgado, A. (2007), "Los metales de Riotinto en época julio-Claudia", *Las minas de Riotinto en época julio-claudia* (J.A. Pérez y A. Delgado, Eds.), Huelva, 37-185.
- Pérez, J.A. y Delgado, A. (2012), "El asentamiento romano en el paraje de Marismilla (Riotinto-Nerva, Huelva)", *Paisajes, tiempos y memoria* (J.A. Pérez Macías, J.L. Carriazo Rubio y B. Gavilán Ceballos, Eds.), Huelva, 45-82.
- Pérez, J.A., Martins, A., Bustamante, M. y Lagares,

- J. (2012), *In Abditas Terras. Investigações Arqueológicas em Aljustrel*, Huelva.
- Pinedo Vara, I. (1963), *Piritas de Huelva. Su historia, minería, y aprovechamiento*, Summa, Madrid.
- Romero, E. y Rivera, T. (2010), "Análisis de la intervención arqueológica en la explotación minera de Aguas Teñidas (Almonaster la Real, Huelva)", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2006*, 1969-1973.
- Vegas, M. (1969), "Römische Keramik des 1. Jahrhunderts n. Chr.", *Madrider Mitteilungen*, X, 199-250.
- Vernhet, A. (1976), "Création flavienne de six services de vaiselle á la Graufesenque", *Figlina*, 1, 13-27.

LA ALMUNIA CORDOBESA, ENTRE LAS FUENTES HISTORIOGRÁFICAS Y ARQUEOLÓGICAS

FERNANDO LÓPEZ CUEVAS
Universidad de Córdoba

Recibido: 09/02/2013
Revisado: 14/03/2013

Aceptado: 16/03/2013
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

Las crónicas árabes referidas al periodo omeya están repletas de lugares denominados *almunia*, como las célebres al-Ruṣāfa, al-Nā'ūra o al-'Amiriyya. Sorprendentemente sabemos muy poco sobre el propio concepto que se esconde detrás de este término *munya*, con un significado particular en el contexto de la capital omeya. En este artículo sistematizamos la información disponible de cada una de las *almunias* conocidas, para buscar un marco coherente en el que insertar el variado conjunto de palacetes que la arqueología ha puesto a la luz en el entorno de Córdoba. Al mismo tiempo analizamos dichas fuentes para comprender como se forma el paisaje del entorno de Córdoba y cómo el círculo del soberano omeya mantiene un férreo control sobre todo este espacio tan simbólico.

PALABRAS CLAVE

Almunia, Munya, Córdoba, Califal, Emiral

ABSTRACT

In Arab chronicles referring to Umayyad period we found plenty of places called *munya/munān*, as the famous al-Ruṣāfa, al-Nā'ūra or al-'Amiriyya. Surprisingly, we do not know much about the concept that lies behind that term, that have a particular meaning in the context of the Umayyad capital. In this paper, we systematize the available information about each one of the known *munān*, in order to find a framework for the varied repertory of palaces that archaeology have unearth in the surroundings of the city. At the same time we analyze those references, trying to understand how the landscape that surround Cordova is made and how the inner circle of the Umayyad sovereign retains strong control over that symbolic space.

KEYWORDS

Almunia, Munya, Córdoba, Califal, Emiral

JUTIFICACIÓN Y OBJETIVOS

Aunque una multitud de lugares son denominados almunia en el entorno de la Córdoba emiral y califal, estamos ante un concepto muy mal conocido. Una *munya* (pl. *munān*) fue definida por García Gómez como “un ‘cortijo’: una casa de campo, rodeada de un poco o un mucho de jardín y de tierras de labor, que servía de residencia ocasional, y era, al mismo tiempo, finca de recreo y explotación” (García Gómez, 1965, 334). Poco más sabemos sobre la morfología de estas almunias, ya que sólo una de ellas (al-Rummaniyya, 2 km al oeste de Madīnat al-Zahrā') ha podido ser identificada con certeza. Sólo está claro que un buen número de estas *munān* está estrechamente ligado a la familia gobernante y que cumplen un papel clave en la propaganda de los omeyas cordobeses.

El gran número de restos que han visto la luz en las últimas décadas es difícil de encajar en el marco conceptual con que contábamos. Por ello pretendemos reflexionar sobre la información disponible en las fuentes árabes para poder afrontar un estudio coherente de estas almunias y residencias singulares periurbanas. Para ello analizaremos tanto las construcciones mencionadas en época omeya como las anteriores. Buscamos una visión de conjunto, tratando de comprender a qué realidad material aluden estos términos en el marco de la capital andalusí. Así, incluimos una breve descripción de cada una de las almunias y palacios citados en las fuentes medievales. El objetivo final de esto es poder poner en relación toda esta información procedente de fuentes historiográficas con la realidad arqueológica surgida las últimas décadas, posibilitando una mejor comprensión del espacio periurbano de Madīnat Qurṭuba.

LAS FUENTES

La realización de este catálogo de referencias textuales implica un problema al tener que trabajar con traducciones de calidad muy desigual. Para algunas obras clave como el *Nafh al-Ṭīb* (GALLANOS 1840 y 1843) o los *Ajbār Maʿmū'a* (Lafuente, 1867) contamos solo con traducciones muy antiguas, con unos criterios poco adaptados a las necesidades de la investigación actual. Esto es importante por cuanto estas obras, junto con el *Muqtabis* y el *Bayān al-Mugrib*, incluyen la mayor parte de información disponible para reconstruir la topografía de la Córdoba del momento.

Trabajar con estas fuentes conlleva problemas específicos. Un mismo edificio es denominado simultáneamente de diferentes formas (incluso en el mismo pasaje) y es imposible, por lo tanto, encontrar un sentido unívoco y preciso a cada palabra que nos permitiera asignar unas características concretas. En estas fuentes, cada término hace alusión “a una función, a una característica del edificio, más que a su sentido global” (Juez, 1999, 201). Incluso el mismo vocablo puede aludir a un edificio o a una de sus partes, pudiendo inducir a errores¹. De allí que hayamos tomado un criterio amplio al seleccionar las edificaciones mencionadas por los textos, incluyendo algunos que no son denominados almunia.

También debemos tener en cuenta que dichos vocablos no son ni mucho menos inmutables, y su significado puede cambiar enormemente con el paso del tiempo o incluso en el mismo momento, según en qué lugar nos encontremos. Así, el término *munya* aparece con un sentido radicalmente distinto según la región de al-Andalus y el periodo histórico al que se refiera. Por ello, el significado que tendrá Madīnat Qurṭuba en época omeya será específico y tenemos que huir de extrapolaciones de otra cronología como las almunias de las cortes taifas, muy bien descritas en la literatura.

LAS ALMUNIAS MENCIONADAS POR LA HISTORIOGRAFÍA ÁRABE.

LOS ANTECEDENTES.

En las fuentes escritas aparecen una serie de palacios en las afueras de la ciudad vinculados a los primeros años de la conquista (fig.1). Es interesante cómo son denominadas *balāt*, término derivado de *palatium*. Este término se aplica también al palacio visigodo *Balāt Rudrīq*, lugar en que décadas después se construirá el alcázar omeya.

El más antiguo de estos palacios extramuros es el de *Balāt Mugīt*. Toma su nombre de *Mugīt al-Rumī*, subalterno de Ṭāriq bn. Ziyād y personaje al que las distintas crónicas atribuyen la conquista de Córdoba. La descripción del *Balāt Mugīt* es incluida por varios autores, aunque sin aportar nueva información.

Los *Ajbār Maʿmū'a* nos cuentan como el palacio se denominaba también *Dār al-Yussāna*, y que

¹ Un buen ejemplo es el Alcázar de Córdoba. El *Nafh al-Ṭīb III* enumera los diferentes espacios como *qaṣr*, por lo que en su momento se identificó el listado como diferentes palacios, error que aún aparece en algunas publicaciones.

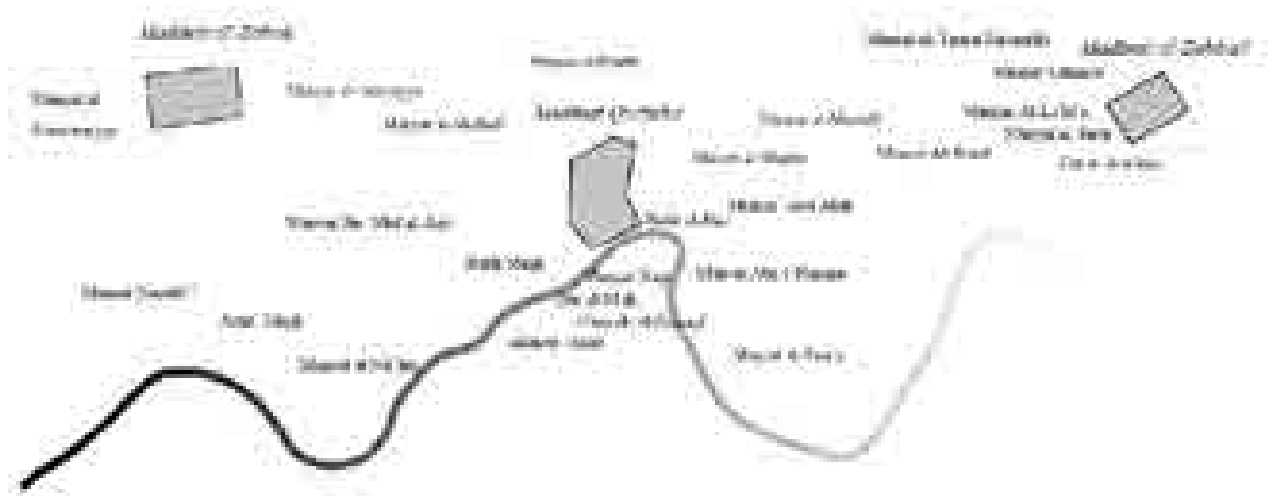


Fig. 1: Ubicación orientativa de las diferentes almunias y palacios periurbanos citados por los textos. Solo de al-Rummaniyya y al-Ruṣāfa tenemos una localización precisa.

había pertenecido al “rey a quien hizo cautivo” (Lafuente, 1867, 33). Este Balāt Mugīt se encontraba al exterior de la muralla, a occidente de la ciudad. Sobre su morfología sólo sabemos que contaba con “gran cantidad de terreno y olivares” (Santiago, 1973, 25).

Mugīt muere en Ifrīqiya en 741 (Chalmeta, 2003, 39), aunque los Banū Mugīt siguen viviendo en la ciudad siendo una familia de cierta importancia. No sabemos si el edificio sigue existiendo, pero está claro que el nombre pervive, ya que las dos relaciones de arrabales tan célebres que nos han llegado a través de al-Maqqarī (la de Ibn Baṣkuwāl y la de Ibn al-Jaṭīb), mencionan un Rabaḍ Balāt Mugīt en la parte occidental (al-ḡiḥa al-garbiyya) de Córdoba.

Si Balāt Mugīt es una edificación previa seguro, otra de estas construcciones es más difícil de saber. Balāt al-Ḥurr toma nombre del tercer gobernador de al-Andalus, al-Ḥurr bn. ‘Abd al-Raḥmān al-Ṭaqafī. El *Fath al-Andalus* (Penelas, 2002, 34), sólo nos cuenta como se instaló aquí al trasladar la capitalidad de Sevilla a Córdoba. Este conjunto se ubicaba en la parte oriental de la ciudad.

Tampoco sabemos qué ocurre en 719 cuando al-Ḥurr abandona el país al ser destituido, pero algo más adelante Yūsuf al-Fihri, el último gobernador, residía aquí. El *Ajbār Maḡmū’a* nos transmite que “Dicen algunos que Yoçuf levantó un falso testimonio a un hijo de Al-Ḥorr y le mató, usurpando su palacio, y otros aseguran que lo compró” (Lafuente, 1867, 90). El conjunto desaparecerá en este momento de las fuentes.

También de esta época es la casa de al-Ṣumayl, poder a la sombra durante el gobierno de al-Fihri. Sabemos por el *Bayān al-Mugrib* que ésta se encontraba en el Arrabal, al otro lado del río (Fernández, 1860, 108-109). Debió ser una construcción de entidad ya que en estos momentos se trata del personaje más poderoso de al-Andalus.

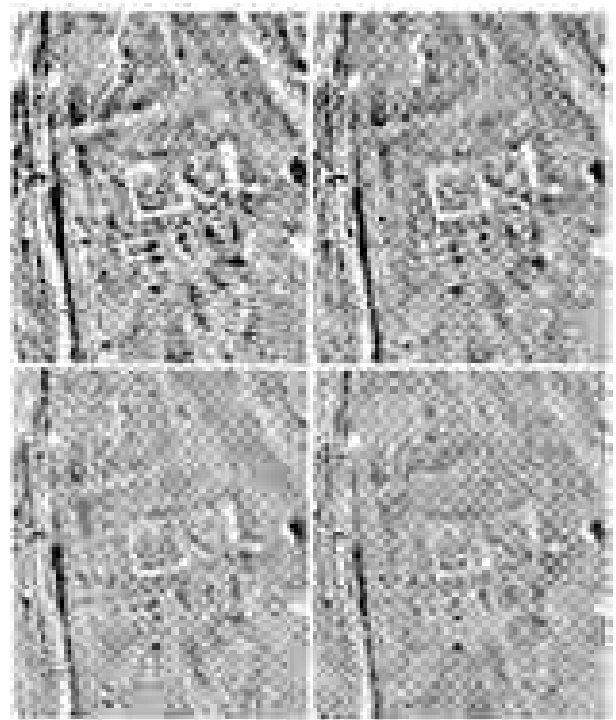


Fig. 2: Posibles restos de al-Ruṣāfa visibles en la prospección geofísica (Murillo, 2009, 460)

El *Fath al-Andalus* nos cuenta también (Penelas, 2002, 51) como esta casa tenía un célebre olivar de cien hileras con cien árboles cada una, regados por una gran acequia que llevaba el agua desde un abundante manantial. Lo más probable es que se trate de una confusión con el Cortijo de los Olivos ('Uqdat al-zaytūn) que al-Ṣumayl poseía en Almodóvar con 10.000 árboles (Chalmeta, 2003, 332).

MUNYAT AL-RUṢĀFA

De todo el repertorio, Munyat al-Ruṣāfa es la almunia más conocida debido a su importancia capital en la biografía del primer soberano de la dinastía, 'Abd al-Raḥmān al-Dajīl y por lo tanto, en el "*mito fundacional*" del estado omeya occidental. Es la primera construcción denominada *munya* y las demás parecen tenerla como inspiración. Se ubicaba al norte de la ciudad, a cierta distancia, y su entorno pronto será objeto de urbanización con la creación de un arrabal y una almacabra homónimas. La ubicación ha sido confirmada por la arqueología² (Murillo, 2009, 449-482 y Murillo *et alii*, 2010, 565-614). 'Abd al-Raḥmān la construye a principios de su reinado, llamando "a esta almunia al-Ruṣāfa en recuerdo de la Ruṣāfa de su abuelo Hišām en Siria" (Gayangos, 1843, 211).

Las descripciones de esta edificación nos hablan de un recinto nivelado³, con abundancia de agua⁴ y una frondosa vegetación. Un tal Razīn al-Burnusī, un bereber que entra con Ṭāriq en la península aparece como *mujatitt*, proyectista del palacio (Souto, 1998, 91-104) según Ibn Ḥayyān, quedando un olivo frente a la almunia como recuerdo (Arjona, 2001, 380). Respecto a la variedad de plantas, un par de anécdotas nos hablan de especies exóticas introducidas aquí, como la famosa palmera a la que dedica unos versos el emir (Gayangos, 1843, 211; Fernández, 1860, 128; Arjona, 1982, 24), tópico literario que veremos reproducido en otras ocasiones, o como la granada ṣafarī (Gayangos, 1840, 209-211), traída por un embajador enviado a Siria (personaje

que le da su nombre) tras aclimatarla. Esta variedad de la fruta, que recordaba 'Abd al-Raḥmān de su infancia, será distribuida por todo al-Andalus. Ambas historias podrían leerse como una alusión a la llegada de técnicas y cultivos orientales, como puso en su día de relieve Glick, o también al mismo tiempo, como una alegoría del paraíso, al buscarse para el palacio variedades de todas las plantas conocidas, tal y como aparece descrito en el Corán.

La almunia de al-Ruṣāfa aparecerá en multitud de episodios durante el emirato de 'Abd al-Raḥmān I (Lafuente, 1867, 106 y 116; Ribera, 1985, 67; y Fernández, 1860, 122). De hecho, las fuentes nos la presentan como lugar de residencia habitual hasta que en 784/785 traslada su residencia al Alcázar (Penelas, 2002, 93). De estos episodios apenas sacamos de utilidad la alusión a unos baños (Lafuente, 1867, 11) y jardines. Al-Ruṣāfa será también el lugar al que se dirija Hišām I a la muerte de su padre para heredar el emirato (Fernández, 1860, 130-131).

En el resto del califato aparecerá en diferentes ocasiones (Makki y Corriente, 2001, 138-139 y 213; Souto, 1995, 239; y Ribera, 1926, 67), dos de ellas como lugar de partida para cacerías. Más interés tiene el dato de que la almunia es reformada en tiempos de Muḥammad I. Su visir Hāšim bn. 'Abd al-'Azīz es el encargado de una gran remodelación. En esta, se construye un nuevo *maḥlis* (salón de recepción) y según el *Muqtabis*, Ibn 'Abd al-'Azīz costea toda la obra, por valor de 10.000 dinares de su propio bolsillo, invitando además a un gran banquete con motivo de la inauguración (Arjona, 2000, 162).

Desde este momento, la almunia prácticamente desaparece de las fuentes. Sólo tenemos un episodio en 962 en que se acoge aquí a Ordoño IV de León (Gayangos, 1843, 165). La almunia volverá a aparecer con motivo de su destrucción en 1010 durante la *fitna* (Maillo, 1993, 94) cuando Wāḍiḥ al-'Amirī manda talar los árboles e incendiar el palacio. De todos modos la memoria de Munyat al-Ruṣāfa sobrevivirá a su destrucción. El topónimo se ha mantenido hasta hoy día⁵, en un lugar en que las prospecciones geofísicas localizan un enorme edificio cuadrangular (fig. 2). La almunia será evocada por multitud de poetas a lo largo del siglo XI como Ibn Zaydūn (Pérès, 1983, 135-136; y Sobh, 2005, 102 y 106), simbolizando el esplendor pasado del califato.

² En esta ubicación se ha documentado mediante prospecciones geofísicas un gran edificio cuadrangular de 50 por 48,5 m.

³ El detectado por las prospecciones aéreas y geofísicas cuenta con unos 150 metros de lado.

⁴ Esta abundancia de agua de las fuentes tiene su reflejo en aquello que Juan F. Murillo denomina un sistema hidráulico milenario, con diferentes infraestructuras de riego en uso desde época altoimperial hasta casi el presente en todo el entorno del palacio.

⁵ El Parador Nacional de la Arruzafa, justo al norte de los restos citados, se construyó en el solar que ocupó el antiguo Convento de San Francisco de la Arrizafa, fundado en 1417.

DĀR AL-MULK

No sabemos si este palacio respondía a una tipología similar a al-Ruṣāfa, pero se trata del siguiente conjunto en aparecer cronológicamente en los textos. Aunque parece ser un edificio de importancia, sólo conocemos un par de referencias suyas (Corriente y Viguera, 1981, 22-23 y 24-25). Se ubica al otro lado del río, en las proximidades del Alcázar y nos cuenta Ibn Ḥayyān cómo pertenecía al príncipe heredero al-Ḥakam, aunque éste vivía en el Alcázar⁶, por lo que lo utilizaba como biblioteca y almacén. En el texto se nos transmiten los anteriores inquilinos de esta residencia, Hišām I y al-Munḍir, ambos en vida de sus padres. Así, parece que desde tiempos de ‘Abd al-Raḥmān al-Ḍajīl se configura como la residencia del heredero. No sabemos hasta qué punto este estatus estuvo oficializado, pero el nombre de la residencia, Dār al-Mulk (el mismo que el de la residencia del califa en Madīnat al-Zahrā’), parece apuntar en esta línea⁷.

MUNYAT ‘ĀYAB

Avanzando en el tiempo hemos de esperar a tiempos del sucesor de ‘Abd al-Raḥmān I. Resulta curioso ver los ríos de tinta que ha hecho correr esta almunia de la que apenas tenemos un par de referencias. Su excepcionalidad reside en que sabemos que fue establecida como *waqf*⁸ para el cuidado de enfermos. Debe su fundación a ‘Āyab, concubina de al-Ḥakam I, quien también funda una mezquita (Corriente y Viguera, 1981, 93). Se sitúa en la orilla izquierda del Río, en las proximidades del Arrabal, aunque no sabemos absolutamente nada de la realidad material detrás de este nombre. Tampoco sabemos la relación temporal con la revuelta del arrabal de 818⁹.

6 Siendo el único de los hijos al que permitió, por su condición de heredero, vivir en el Alcázar.

7 De todos modos es problemático el hecho de que el *Muqtabis* nos explica que el califa la había comprado para su heredero: “llevaba aquel nombre por haber servido de morada a varios califas que de allí se trasladaron al alcázar califal, el último de los cuales fue al-Munḍir bn. Muḥammad, de cuyos herederos pasó por venta a al-Nāṣir, el cual se la regaló a su primogénito al-Ḥakam” (Corriente y Viguera 1981, 22-23)

8 Estos bienes habices son donaciones religiosas o de beneficencia inalienables.

9 Tras esta revuelta, única hasta la *fitna* en que el poder omeya corre riesgos serios, el emir al-Ḥakam I ordena arrasarse el principal foco, ubicado en este arrabal meridional, prohibiéndose la posterior edificación y conservándose este gran solar como recuerdo. La zona sin edificar se respetó y ha sido documentada arqueológicamente en diversas intervenciones (CA-

Este *waqf* sigue, evidentemente, manteniendo su función a mediados del siglo X. El Calendario de Córdoba nos habla de una fiesta que se celebra en el arrabal de Munyat ‘Āyab, donde está la leprosería. La versión latina de la obra se refiere a este lugar como *orto mirabile*, al traducir literalmente el nombre de ‘Āyab. Los repertorios biográficos nos reseñan varios personajes nacidos en este suburbio, que aparece también en los dos listados de arrabales conocidos.

MUNYAT NAṢR

Las fuentes nos la describen como creación personal de un eunuco, el *fatā* Naṣr (Makki y Corriente, 2001, 132), con lo que debió realizarse durante los emiratos de al-Ḥakam I o Abd al-Raḥmān II. Según Ibn Ḥayyān, “lindaba con la orilla del río en la orilla del arrabal hacia el lado del cementerio antiguo del arrabal” (Arjona, 1982, 63). Precisamente esta ubicación de un palacio de recreo junto al primer cementerio de la ciudad es censurada en un par de poemas¹⁰ por Yaḥyā al-Gazāl (Vallvé, 1985, 179-189).

A la muerte de Naṣr, la propiedad vuelve a manos de los omeyas, que la mantendrán desde entonces en poder. Así el emir la utilizará para alojar a Ziryāb. Sabemos por Ibn Ḥayyān que años después, el emir ‘Abd Allāh la reformó y “mejoró la construcción, introdujo nuevos ornamentos en los edificios y aumentó el caudal de agua en las cisternas” (Arjona, 1982, 63).

Durante el califato el conjunto parece estar vinculado a usos oficiales como “desfiles militares” (Corriente y Viguera, 1981, 333; y Ribera, 1985, 235) o alojamiento de invitados. De este aspecto sabemos que en 949 será utilizado para la recepción de un embajador bizantino, y se nos especifica que la almunia pertenecía a al-Ḥakam, el príncipe heredero (Gayangos, 1843, 140-141). También se usará con idénticos fines en 971 alojando en dos ocasiones a Bon Filio, enviado de Borrell II, conde de Barcelona (García Gómez, 1967, 44-46). Sobre su desaparición, no conocemos nada. Al-Ḥimyarī,

SAL et alii 2004 y 2006).

10 *ioh tú, que te diviertes en el alcázar, cerca de las tumbas! Tú ves cada día a uno que viene, pero que no vuelve*

Como si estuvieras seguro de no estar entre ellos el día de mañana en una de esas fosas.

Es interesante señalar que este enfrentamiento entre ambos se debe a que Naṣr, al contrario que al-Gazāl no pertenecía a la aristocracia tradicional.



Fig. 3: Restos de Vado de Casillas (Galeano y Gil, 2004, 288)

denomina a este lugar “Alquería de Naṣr”, lo que tal vez hable de continuidad de ocupación una vez desaparecida la función primigenia.

MUNYAT AL-MUGĪRA

Aunque existe alguna discrepancia respecto a la identidad de este al-Mugīra, parece ser que se trata, como afirma Ibn Hazm en el *Yamaharat al-Ansab*, del hijo del emir al-Ḥakam I (Terés, 1957, 55-112; Mazzoli-Guintard, 2003, 217). Se situaría en la zona oriental de la ciudad, posiblemente a poca distancia de la muralla de la medina. Poco más sabemos sobre esta almunia, salvo que pronto da nombre a un arrabal y que aparece en varias ocasiones como topónimo.

MUNYAT KINTUŠ

Situada en la zona occidental de Córdoba, su nombre parece ser una corrupción de un topónimo latino que aludiera a la quinta milla (al igual que Šaqūnda al sur de la ciudad). La otra posibilidad de etimología (más interesante y problemática), es relacionarla con el quinto reservado a la *umma*¹¹. Fue creada según Ibn Ḥayyān durante el emirato de Muḥammad, estando situada a poniente de Córdoba a orillas del Guadalquivir (Arjona, 1999, 175). La proyectó el visir Ḥāšim bn. ‘Abd al-‘Azīz. Descartamos la identificación de esta almunia con la de Ibn ‘Abd al-‘Azīz, propuesta por Arjona por no contar con argumentos de peso. Es posible que el actual cortijo de Quintos fosilice el topónimo.

¹¹ Según Juan Zozaya (1998, 83-142), este topónimo proviene del romance, siendo común en la España y Portugal con ocupación andalusí, pero inexistente en el resto del ámbito latino.

MUNYAT AL-NĀ’ŪRA

Al igual que al-Ruṣāfa cumpliría el papel de símbolo dinástico, siendo las crónicas pródigas en alusiones. Esta “Almunia de la Noria” o “Alcázar de la Noria” se situaría a orillas del río en la parte occidental de la ciudad, “contigua a la *musalla* del *fahs* antiguo de la *musara*” (Arjona, 1982, 63). Parece ser una ubicación aislada aún a principios del siglo X, paulatinamente cercada por el desarrollo urbano. Los únicos detalles que conocemos sobre su arquitectura son que contaba con un salón en una planta superior y que existía una puerta monumental, conocida como Bāb al-Mansaba (García Gómez, 1967, 252).

Según el *Muqtabis III*, el emir Muḥammad compra a un tal Jalid al-Baītar en 867-868 los terrenos, para que años después ‘Abd Allāh construyera la única almunia que edificó (Arjona, 1982, 63). Se trata por lo tanto de un edificio que las fuentes vinculan intencionadamente a varias generaciones de la familia omeya. Este mismo fragmento nos indica que la propiedad no incluía solo a la almunia, sino también las vegas de los alrededores.

Sabemos que esta almunia será uno de los enclaves privilegiados de representación del estado omeya (Castilla, 1992, 203 y 212; Corriente y Viguera, 1981, 67-68, 168, 212 y 271), con escenificaciones cada vez más espectaculares, como la ejecución de 100 prisioneros ante una multitud de espectadores en 939.

Esta almunia será remodelada en 942. Al-Maqqarī nos cuenta como se construye un acueducto desde la Sierra que desembocaba en una gran alberca a través de una estatua surtidor con forma de león (Rubiera, 1988, 100-101 y 112). Evidentemente dicha canalización debió ser uno de los ramales del acueducto romano restaurado como en el abastecimiento de Madīnat al-Zahrā’. Parte de este trazado podría haber sido exhumado en la zona de Huerta de Sta. Isabel (Pizarro y Moreno, 2010, 165-182).

Con la fundación de Madīnat al-Zahrā’, parece cambiar el papel de la almunia, pasando a estar algo más subordinado a las funciones de la ciudad palatina, manteniéndose estrechamente vinculadas. El llamado “Camino de las Almunias”, el protocolo entre Córdoba y Madīnat al-Zahrā’, pasaría por al-Nā’ūra y fue pavimentado en la temprana fecha de 942 (Corriente y Viguera, 1981, 359). Ese camino será empleado por multitud de desfiles militares

desde la almunia a la ciudad palatina, al igual que hacia el alcázar de Córdoba (García Gómez, 1967, 87, 102, 180 y 234-245). Esta almunia se utilizará también para el hospedaje de personajes de la importancia de Ordoño IV de León¹². Salvo por alguna referencia dudosa (Pérès, 1983, 209), parece seguro que el conjunto no sobrevive a la *fitna*. En nuestras fuentes desaparece tras el califato de al-Ḥakam II.

Desde la arqueología ha habido intentos de vincular diversos restos con al-Nā'ūra. En primer lugar se identificaron con ella las estancias plagadas de ataurique excavadas en el Cortijo del Alcaide (Castejón, 1960, 163-166). Se trata de una serie de recintos (cuya planimetría desapareció¹³), decorados con labra de ataurique datada por Ewert como tardocalifal, con una fuerte vinculación formal con los motivos del Salón Rico (Ewert, 1999, 111-132). Posteriormente se ha relacionado también con los restos excavados en Vado de Casillas (Galeano, 2002, 133-136; Galeano y Gil, 2004, 285-290). Aquí apareció un conjunto de enormes dimensiones en el que destaca un potente muro exterior (fig. 3), así como numerosas estancias interiores. La ubicación y escala de los restos invitarían a decantarse por este emplazamiento, pero por desgracia la información publicada es escasa y de difícil interpretación.

MUNYAT AL-BUNTIL O AL-BUNTI

Sobre esta almunia de al-Buntīl o al-Buntī tenemos poca información. El nombre ha sido interpretado como vocablo de origen latino, Alpontiello (Corriente y Viguera, 1981, 54; y Ruggles, 2003, 123). Se situaba al este de Córdoba y la primera referencia data de 913, cuando al-Nāṣir se dirige allí a cazar. En 940 y 972 sirve para acomodar invitados a la capital (Corriente y Viguera, 1981, 54; y García Gómez, 1967, 94).

Con toda probabilidad es la almunia que menciona Ibn Ḥayyān (Corriente y Viguera, 1981, 44) en otro pasaje como Almunia del Huerto (Munyat al-Ŷanna) ya que se habla de una importante cárcel a oriente de la ciudad y coincide la fecha de primeros de ḡummāda II del año 300 (enero 913).

¹² Que como señalamos antes, también se había alojado en al-Ruṣāfa.

¹³ Félix Hernández se encontraba inmerso en el estudio y restitución de estos atauriques cuando muere en 1975. Las pocas notas publicadas posteriormente (Hernández, 1985, 176-182), aluden a unos planos e imágenes que desgraciadamente no pudieron ser incluidos en el trabajo.

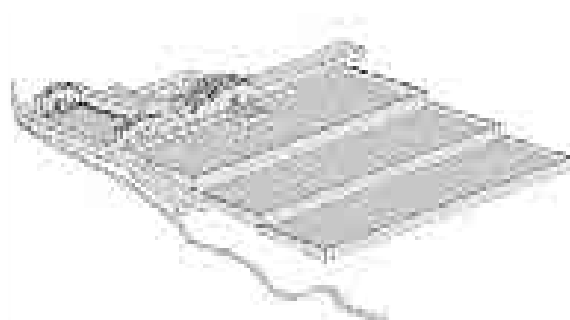


Fig. 4 Restitución volumétrica de al-Rummaniyya según Arnold (2008, 202)

MUNYAT AL-MUṢḤAFĪ O QAṢR AL-DIMAṢQ

Esta almunia debió ser una de las más célebres a finales del califato, si juzgamos como se nos describe en poemas transmitidos por Al-Maqqarī con “sus jardines llenos de frutos deliciosos y fragantes flores, hermosas perspectivas, límpidas corrientes de agua y aromáticas nubes de rocío” (Arjona, 1982, 229). La construyó el poderoso ḡayyib Ŷa'far bn. Utman al-Muṣḥafī, mano derecha de al-Ḥakam II y se encontraría en las proximidades de al-Ruṣāfa. Poco podemos decir de su aspecto, salvo señalar lo sugerente de la vinculación con Siria del nombre, que tal vez hable de una inspiración oriental o trate de trazar algún paralelismo con al-Ruṣāfa.

Con su llegada al poder, al-Manṣūr logrará arrancarle esta propiedad obligándolo a malvenderla (Gayangos, 1843, 183). Aquí acogerá al poderoso Zirī bn. 'Atiyya en 992 (Gayangos, 1843, 191). En 1008 'Abd al-Raḡmān Ṣan'ūl, hijo de al-Manṣūr, convencerá al califa de nombrarlo heredero precisamente en esta almunia, a la Ibn 'Idārī que denomina Munyat Ŷa'far, “la morada de su predecesor” (Maillo, 1993, 47).

MUNYAT AL-RUMMANIYYA

Debemos esta almunia al poderoso *fatā* Durri al-Ṣagīr, tesorero del califa al-Ḥakam II. La almunia de Durri es una de las más interesantes de nuestro repertorio. Aunque sólo aparece una vez, se trata de la única de las citadas en las fuentes que ha sido identificada con unos restos materiales (fig. 4), un enorme complejo de más de 4 ha¹⁴ situado a occidente de Madīnat al-Zahrā'. Este complejo,

¹⁴ Vallejo (2010, 77) interpreta el fragmento del *Muqtabis* con un matiz diferente, ya que considera que el texto alude a un espacio de aprovechamiento productivo mucho mayor, con decenas de hectáreas fuera del citado recinto. Hay que señalar que efectivamente el arroyo Guadalromán, que da nombre al conjunto, se encuentra a un par de kilómetros a occidente.

organizado en cuatro, contaba con un gran espacio edificado en la superior, en el que destaca una enorme alberca rodeada de pabellones con unas dimensiones de casi 50 metros de largo por cerca de 30 en su lado mayor y una capacidad superior a 4.000 m³ (Arnold *et alii*, 2008, 187).

La epigrafía del conjunto arroja una posible fecha de construcción de 355 H. (965/966 d.C.), ocho años antes de que cambie de manos (Ocaña, 1984, 380-381). En los textos sólo aparece mencionada cuando Durrī al-Ṣagīr regala su almunia al califa (tras un conflicto con él un mes antes). Se nos dice que era frecuentemente utilizada para el descanso por el *fatā* y por el propio califa. Los huertos y jardines irrigados descritos en el texto tienen su correlato en la realidad material con las tres terrazas irrigadas documentadas y esta vinculación con la figura del califa se plasma en la enorme similitud formal del salón principal con la Dār al-Mulk de Madīnat al-Zahrāʾ.

ARHĀʾ NĀṢIḤ (MOLINOS DE NĀṢIḤ)

De esta almunia no conocemos ni la fecha de fundación ni a qué debe su nombre. Se encontraría a occidente de la ciudad, en el camino de las almunias entre al-Nāʾūra y al-Madīnat al-Zahrāʾ. Posiblemente se crearía a finales del califato de al-Nāṣir o a comienzos del de su hijo, ya que sólo tenemos referencias de 972, 974, 975 y del tramo final del califato de Hišām II. Da la impresión de ser una propiedad califal, y los episodios acaecidos en ella se circunscriben al ámbito privado. Ibn Ḥayyān en que habla de “su almunia preferida de Arhāʾ Nāṣiḥ” (García Gómez, 1967, 252), refiriéndose a al-Ḥakam II. Al igual que otras almunias, tras la *fitna* pervive el topónimo dando nombre a un paraje frecuentado por cordobeses, mencionado en algún poema de Ibn Zaydūn como Haḥabas de Nāṣiḥ.

MUNYAT ABU-L-ḤAKAM

Sin lugar a dudas este “hermano” Abū-l-Ḥakam (tal y como nos cuenta Ibn Ḥayyān) es Abū-l-Ḥakam al-Mundir, hijo de al-Nāṣir y por lo tanto tío del califa. Es también conocido en las fuentes como ‘el hijo de la coreichita’. La almunia se sitúa sobre el Guadalquivir en un lugar denominado al-Šāmāt o al-Šamāmat. El único episodio que la menciona narra la partida de un ejército en 975, que acampa en la explanada de la almunia tras el desfile (García Gómez, 1967, 270). No sabemos si la casa de este Abū-l-Ḥakam, mencionada en otro texto es la

misma almunia o una residencia urbana, aunque es más probable que se refiera a una casa de la medina¹⁵.

MUNYAT ʿABD ALLĀH

Poco sabemos de esta almunia. Ibn Baškuwal denomina con este nombre a un arrabal situado en la zona al este de la medina. Resulta imposible identificar su constructor. Por Ibn Ḥayyān sabemos que en 974 el califa ordena detener a Muhammad bn. Saʿīd bn. Abī-l-Qāsim, primo de al-Nāṣir, quien vivía aquí, aunque en este momento se encontraba visitando unas propiedades rurales (García Gómez, 1967, 195).

MUNYAT IBN ʿABD AL-ʿAZĪZ

Esta Munyat Ibn ʿAbd al-ʿAzīz es un misterio, ya que no conocemos al personaje que le da nombre¹⁶ ni la fecha de construcción. De todos modos, parece tratarse de una edificación de cierta importancia, aunque sólo contemos con un par de menciones a ella.

La primera referencia (García Gómez, 1967, 64-72) data de 971, y consiste en un espectacular desfile militar que implica a 16.000 cordobeses y que recorre Córdoba desde la parte oriental a esta almunia en la zona occidental, y de aquí a Madīnat al-Zahrāʾ. De 974 data otra mención de Ibn Ḥayyān (García Gómez, 1967, 209-211) que no aporta nueva información.

MUNYAT AL-RAMLA

Se ubicaría a oriente de la ciudad en la zona homónima, el Arenal, en un meandro del río en la orilla derecha. Poco sabemos sobre esta almunia que aparece en su primera referencia en 938 como propiedad califal. En este fragmento, ʿAbd al-Raḥmān III pavimenta el camino desde el Alcázar hasta esta

15 “La casa de Abū l-Ḥakam al-Mundir, hijo de al-Nāṣir, conocido por ‘el hijo de la coreichita’, había originariamente sido de al-ʿĀṣī, hijo del quinto califa Muḥammad bn. ʿAbd al-Raḥmān: al-Nāṣir le añadió las casas de su hermano reunidas y tomó el total para su hijo al-Mundir” (Corriente y Viguera, 1981, 24-25).

16 Arjona propone identificar a este Ibn ʿAbd al-ʿAzīz con Hāsim bn. ʿAbd al-ʿAzīz, el visir y caíd de Muḥammad I, pariente de Yaḥyā al-Gazāl. Así esta almunia sería Munyat Kintuš, proyectada por este visir. No creemos que exista ninguna base para esta identificación, ya que se trataría simplemente del personaje que ejecutó la obra para el emir. Otra posibilidad, también sin evidencias, sería ʿAbbās bn. ʿAbd al-ʿAzīz, caíd de linaje omeya-marwaní, muerto en 913, aunque suponemos más probable una fecha de construcción de mediados del siglo X.

almunia con motivo de una solemne cabalgata (García Gómez, 1967, 316-317). Años más tarde volverá a aparecer cuando en 1008 el ḥāyib ‘Abd al-Malik se la regala al visir ‘Isā (Maillo, 1993, 37). Las otras apariciones son meras referencias topográficas. Sólo interesa un texto de al-Ḥimyarī en que nos describe el entorno, hablando de un monte desde el que se ven “todos los jardines de al-Ramla de Córdoba” (Arjona, 1982, 212).

MUNYAT NAÛDA O MUNYAT AQRA’ (DEL CALVO)

Identificamos el nombre de NaÛda con Abū-l-Walīd NaÛda bn. Husayn¹⁷, *mawla* de al-Nāṣir e importante miembro de su corte. Contamos con una sola aparición en las fuentes, en 973 (García Gómez, 1967, 124), cuando el califa al-Mustansir recibe a una serie de bereberes norteafricanos que se pasan a filas omeyas. El lugar que se utiliza como aposento es dicha almunia.

RABANALIS

Sólo conocemos esta almunia por una alusión de Ibn Baṣkuwāl que habla de “la ḡanna conocida por Rabanališ”, que regaló Hišām II a al-Muẓaffar bn. Abī ‘Amir (Ocaña, 1984, 373-374). Lo interesante en este caso es que se ha excavado recientemente en la zona conocida como Rabanales, en las proximidades del actual Campus Universitario, una *villa* romana cuya infraestructura hidráulica sorprende por su enorme duración en el uso, con una importante fase islámica. La posibilidad de relacionar estos restos con el topónimo es más que interesante, aunque es necesario un estudio más profundo del entorno.

MUNYAT AL-MUNTALĪ

El único episodio en que dicha construcción aparece ocurre en 973 y se lo debemos a Ibn Ḥayyān (García Gómez, 1967, 140). Narra la circuncisión del hijo de unos personajes norteafricanos a los que el califa ha alojado en este lugar. La celebración incluye a un gran número de personajes de la élite cordobesa. El texto indica que la almunia se encontraba a oriente de Córdoba. Respecto al tema del nombre, Emilio García Gómez sugiere (García Gómez 1965, 323) que tal vez estuviera en relación con el romance Montiel o Montel, diminutivos de monte.

17 La identificación ya sugerida por García Gómez.

AL-‘AMIRIYYA

Al-‘Amiriyya se ubicaría en la zona occidental de la ciudad, entre Córdoba y Madīnat al-Zahrā’, aunque algunas fuentes la sitúan junto a al-Zahīra. La mayor parte de la información que tenemos sobre Al-‘Amiriyya proviene del *Nafḥ al-Ṭīb* de al-Maqqarī. Este, describe la almunia como “surrounded by fields and plantations, in which one thousand mudd of barley were yearly sowed, to supply food for a stud of horses which Al-mansur kept in it” (Gayangos, 1843, 218-129). Junto a esto, al-Maqqarī nos describe cómo aquí se fabricaban 12.000 armas y escudos cada año, empleando para ello un gran número de hombres. Este texto es increíblemente problemático, fruto de la libre interpretación de Gayangos, agrupando informaciones inconexas como un todo armónico (Ocaña, 1984, 369-370). Se trata sin duda de una fundación de al-Manṣūr, pero el nombre no se especifica *ex profeso* en ninguna parte del texto árabe.

También contamos con un episodio poético transmitido por varios autores en un jardín de al-‘Amiriyya y algún poema de Ibn Ṣuhayd añorando los días de gloria de la almunia. Aparte de esto hay una problemática noticia en la que se cuenta que dicha almunia fue regalada por Hišām II a al-Manṣūr, y que ‘Abd al-Malik realiza uno de sus casamientos allí. La referencia es Conde (1820, 129-130) quien no indica de dónde la toma, aunque Ocaña (1984, 372-374) le otorga verosimilitud.

Por su disposición, ubicación y cronología, varios autores han sugerido la posible identificación de esta almunia con el enorme recinto de Turruñuelos, de 470 metros de lado y aún sin excavar. La cronología de lo poco excavado en una intervención de urgencia confirma la datación califal (Vallejo, 2010, 79-80), aunque la funcionalidad del recinto sigue sin estar clara.

DAT AL-WADIYAYN, MUNYAT URṬANIYYA, MUNYAT AL-SURŪR Y MUNYAT AL-LU’LU’A

Este grupo de almunias se situaban en los alrededores de Madīnat al-Zahīra. Las tres primeras aparecen en una mención del Bayān al-Mugrib que habla de las edificaciones que realizó al-Manṣūr en las proximidades de Madīnat al-Zahīra (Arjona, 1982, 197). Munyat al-Surūr tiene una mayor presencia en las fuentes (Bariani, 2002, 330). En ella se citan un jardín y un estanque.

Al margen tenemos una Munyat al-Lu’lu’a (almunia de la perla) desde la que se observaba la ciu-

dad (Bariani, 2002, 330). La Qubbat al-Lu'lu'a que aparece en algún texto posiblemente sea una parte de dicha almunia.

ARMILĀT

Por último lugar tenemos la única de estas almunias que se encuentra a una cierta distancia de Córdoba. El topónimo de Armilāt aparece en innumerables ocasiones en las fuentes árabes, ya que dicho enclave se encontraba a un día de Córdoba en el camino que conducía hacia la meseta. A mediados del siglo IX, el *Memorialis Santorum* de San Eulogio nos habla de un monasterio de San Zoilo Armilatensi ubicado aquí.

Poco después, su presencia empezará a ser frecuente como punto de parada de expediciones militares. A finales del califato diferentes citas ya nos hablan de una almunia, así como un “*funduq* de Ibn Abī al-Aṣḡag” (Maillo 1993, 84) y de la posada de Umm Hānī (Maillo 1993, 12).

En Armilāt muere en 1008 el ḥāyib al-Muẓaffar (Maillo, 1993, 43) y en 1009 su hermano ‘Abd al-Raḥmān Ṣanḡūl utiliza su alcázar como último escondite huyendo con su harén (Maillo, 1993, 55).

REDEFINIENDO LAS ALMUNIAS EN LOS TEXTOS MEDIEVALES.

Al ver todo este conjunto de edificaciones, destaca su enorme heterogeneidad. El concepto de *munya* cambia mucho en el estrecho marco de Córdoba a lo largo de este periodo. De todos modos, es posible obtener algunas conclusiones sobre cómo se articulan y sobre todo cómo se perciben estas construcciones.

En las primeras edificaciones del siglo VIII que citan las fuentes (incluyendo aquellos precedentes denominados *balāt*), destaca especialmente el énfasis con que son descritos los espacios cultivados. Se trata de unos recintos que parecen (al menos en el caso de al-Ruṣāfa) haber contado con un tamaño considerable. Es reseñable el hecho de que abundan las menciones a olivares durante todo el emirato¹⁸. Durante el siglo IX veremos que varias almunias que aparecen dan la impresión de encontrarse en buena parte alejadas del núcleo urbano o parecen contar igualmente con una superficie considerable (como

al-Nā’ūra, Kintuš, ‘Aḡab). Asociado con las posibles explotaciones agrícolas tenemos el riego, factor clave en la descripción de muchas de ellas como Munyat Naṣr, al-Nā’ūra o al-Ruṣāfa. En estas últimas se habla de los que parece ser un reaprovechamiento de infraestructura hidráulica más antigua, algo que en varios puntos del espacio periurbano de Córdoba está siendo constatado por la arqueología¹⁹.

Estas alusiones a espacios cultivados no van perdiendo protagonismo, aunque sólo para algunos casos. En algunas grandes almunias sigue teniendo un papel destacado en las descripciones, como en Munyat al-Rummaniyya, en las reformas acaecidas en al-Nā’ūra o en al-‘Amiriyya, este caso algo más problemático.

También es interesante ver como las almunias mantienen su separación respecto al entorno. En las descripciones del S. X es mucho más clara la presencia de los muros exteriores. En ocasiones se intuyen, al hablarnos de la puerta, como en Munyat Ibn ‘Abd al-‘Azīz. Especialmente llamativa es la puerta de al-Nā’ūra, que debió poseer cierta monumentalidad. En el célebre relato del traslado al-Ḥakam II, estando enfermo, se nos habla de “la gran Bāb almansaba de dicho palacio”. La importancia de estos límites externos está confirmada por la arqueología²⁰. Parece claro que determinados espacios abiertos son una parte clave del concepto de almunia.

Sobre los elementos del sector construido, prácticamente no tenemos información. Sólo sabemos algunas pinceladas en diferentes almunias. Por ejemplo, comentamos como al-Nā’ūra contaba con un “salón superior”, una especie de mirador abierto al Río, o en Munyat Lu’lu’a, aparece una *qubba*, tal vez algún tipo de mirador. Respecto a los baños, de los que por analogía con otras tipologías palatinas siempre se ha supuesto existencia, sólo con-

19 Buenos ejemplos serían el sistema hidráulico del entorno de la Arruzafa, perfectamente analizado por Juan F. Murillo, el antes aludido de Rabanales o la gran cisterna de *caementicium* forrada de sillares medievales excavada en Huerta de Santa Isabel. Otros muchos casos son visibles en todo el entorno de Córdoba, aunque no han sido estudiados en profundidad, como la curiosa alberca del Cañito de María Ruíz, romana de *caementicium*, uno de cuyos lados se forra con una arquería entrelazada decorativa de ladrillo en época islámica.

20 En diferentes conjuntos excavados aparece un elemento distintivo muy peculiar. Los muros externos del edificio o los que delimitan el recinto están edificados con una técnica particularmente cuidada alternando los tradicionales tizones y sogas y presentan en numerosos casos una serie de contrafuertes distribuidos a intervalos regulares, dando apariencia torreada.

18 Glaire Anderson analiza la aparición de los diferentes cultivos en los manuales de agronomía, basándose en el *Kitāb fi Tartīb*. Según ella destacan con mucha diferencia la higuera, la vid y el olivo (Anderson, 2005, 86-89).

tamos con una alusión en los textos, referida a un episodio acaecido en Munyat al-Ruṣāfa (Lafuente, 1867, 11) durante el emirato de ‘Abd al-Raḥmān I.

En lo relativo a la evolución de los usos citados en los textos, contamos con un panorama mucho menos claro. Resulta patente como van aumentando las referencias a episodios protocolarios al mismo ritmo que los hábitos cortesanos van ganando en complejidad, especialmente desde el emirato de ‘Abd al-Raḥmān II. Durante el califato buena parte de estos edificios parecen exclusivamente destinados a esta serie de acontecimientos oficiales.

RELEYENDO EL PATRONAZGO DE LAS ALMUNIAS SEGÚN LOS TEXTOS ESCRITOS.

Al ver el catálogo aquí presentado, resulta patente que dos almunias destacan respecto a las demás. No solo por la cantidad de veces que son citadas en la historiografía²¹ o por las resonancias posteriores de ambas. Munyat al-Ruṣāfa y Munyat al-Nā’ūra se conciben como “obras dinásticas” en la que diferentes generaciones dejan su huella, con un papel clave en el imaginario omeya. Así, no sorprende que sean las únicas (junto con Munyat Kintuš) en que se nos especifica su construcción a manos de emires cordobeses. Aunque evidentemente muchas otras cuentan con la iniciativa del soberano detrás, sólo en estas dos se haya juzgado importante conservar detalles sobre la fundación.

De las almunias de nuestro catálogo, exactamente la mitad son propiedad del soberano o pasan a sus manos en algún momento. Pero no aclaran mucho las fuentes sobre si dichas almunias están vinculadas al tesoro real, el “*mustajlas*” o a la comunidad, es decir, al *emir/califa* como cargo. Además, resulta interesante comprobar cómo se produce la apropiación de alguna de estas almunias, ya que percibimos una cierta planificación en el modo en que son repartidos espacios que luego revierten a las manos del emir. Un buen ejemplo son las dos construidas por eunucos, Munyat Naṣr y al-Rummaniyya. No olvidemos que aunque las fuentes utilicen eufemismos como *fatà*, este todopoderoso Durrī al-Ṣagīr no deja de ser un esclavo propiedad del califa²², como igualmente lo son las propiedades del *fatà*. Así, cuando Durrī regala su almunia a al-Ḥakam,

no hacía otra cosa sino entregar al califa algo que indirectamente le pertenecía. Además, tenemos el hecho de que al estar incapacitados para la descendencia, se reduce cualquier tipo de posible fricción legal por la herencia. Más lógico aún es que Munyat Naṣr pase a manos del emir ‘Abd Allāh tras ejecutar al eunuco (que había intentado asesinarle), ya que ciñéndonos a la estricta legalidad, no tendría otro heredero que su patrón.

Este férreo control del terreno no sólo se lleva a cabo cediéndolo a eunucos directamente ligados al soberano. Otras grandes propiedades pertenecieron a personajes de orígenes oscuros aupados al poder por el califa al margen de las grandes familias tradicionales de Córdoba²³. Conocemos los ejemplos de Ÿa’far bn. Uṭmān al-Muṣḥafī y de Na’da bn. Ḥusayn. Del primero sabemos que tenía oscuros orígenes. Ibn Bassām decía que provenía de origen bereber y “de un árbol carente hasta entonces de notoriedad y de gloria” y que “se elevó a un rango que poco tenía que ver con el de su familia”, haciendo que los miembros de las familias tradicionales del poder cordobés “se vieran confundidos por su felicidad” (Manzano, 2006, 489). Del segundo sabemos que tal vez ascendió meteóricamente en la administración debido a que su hermana, zurradora de telas, se casó con el califa (Manzano, 2006, 486). A estas personas corresponden las *munān* de al-Muṣḥafī y de Na’da. Lo interesante de la aparición de estos personajes es precisamente la ausencia de las grandes familias “tradicionales” de Córdoba²⁴ en nuestro repertorio. Estos advenedizos aupados a la administración cuentan con la ventaja de carecer de lazos importantes fuera de palacio. Su destino está ineludiblemente ligado al del califa. No extraña que Munyat Na’da sea ya en la única referencia que tenemos, propiedad de al-Ḥakam II. Munyat al-Muṣḥafī acabará en un momento más tardío en manos de al-Manṣūr, cuando éste actúa ya como cabeza del estado.

Junto con estas almunias, tenemos un buen repertorio de propiedades pertenecientes al emir/califa de las que no conocemos el origen. Un cierto número de ellas cuentan con nombre latino, como Munyat Rabanališ, al-Buntīl (o Buntī) y Munyat al-Muntalī. Esta fuerte impronta mozárabe en el

21 Suman entre ambas más de un tercio de las referencias que hemos manejado para este análisis.

22 Cristina de la Puente (2003, 171-173) sostiene esto, otorgando a Durrī el carácter de eunuco.

23 Muy bien retratadas por Eduardo Manzano en diferentes trabajos (*vid.* 2004, 9-29 y 2006).

24 Los Banū Abī ‘Abda, los Banū Ḥudayr, los Banū Ṣuhay o los Banū Fuṭais, una docena de linajes que hasta el califato ocupa la mayor parte de puestos de la Administración.

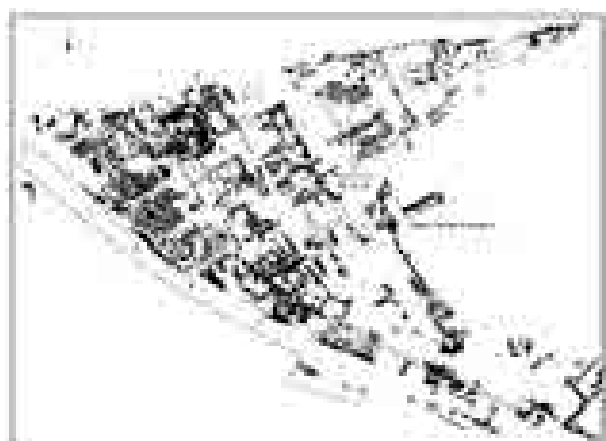


Fig. 5: Planta de la almunia de C/ Sta. Mª de Trassierra, según Rodero y Asensi (2006, 305).

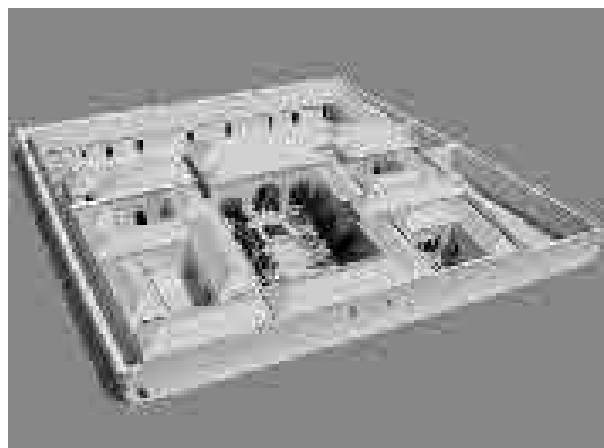


Fig. 6: Restitución del edificio de Vial Norte según Arnold (2010, 262)

entorno de Córdoba ya ha sido apuntada por otros autores (Acien y Vallejo 1998, 107-136). También con nombre romance, encontramos un Munyat Urṭaniyya, construida por al-Manṣūr según las fuentes. Resulta curioso ver cómo la mayor parte de almunias con nombre romance se sitúan en la zona a oriente de Córdoba. A occidente de la ciudad sólo tenemos con raigambre latina el nombre de Munyat Kintuš, topónimo de identificación problemática como señalamos.

Además de estas almunias pertenecientes al emir/califa, existen también varias almunias posiblemente vinculables con la familia extensa omeya. Tal caso sería la de Abū-l-Ḥakam al-Mundir, un hijo de al-Nāṣir, conocido en las fuentes como ‘el hijo de la coreichita’. También se constata en la Munyat ‘Abd Allāh, que estaba ocupada por Muḥammad bn. Sa’īd al-Quraṣī, primo de al-Nāṣir o Munyat al-Mugīra, habitada por este hijo de al-Ḥakam I.

Al margen de esto contamos con el célebre ejemplo de Munyat ‘Aṣṣab, creada por una esposa de al-Ḥakam I y convertida en *waqf* para costear una leprosería. En esta zona al otro lado del Río, también otra mujer del emir, Ṭarūb, la favorita de ‘Abd al-Raḥmān II, da nombre a un lugar citado en 852 como Huerto de Ṭarūb, del que no sabemos nada (Arjona, 1982, 45).

Más complicado es saber hasta qué punto se cumplió en realidad lo que nos narra Ibn Ḥayyān: “no le nació varón entre sus hijos a quien no construyese en la ciudad un alcázar, al que unía una almunia en las afueras en buenos lugares amenos” (Corriente y Viguera, 1981, 20-22). Procedimiento de alejar a los hijos de palacio que según él, había seguido también

su Muḥammad y que supondría varias decenas de almunias dispersas por los alrededores de la ciudad.

En definitiva, en las fuentes manejadas, una absoluta mayoría de palacios citados están estrechamente ligados con los omeyas, sus cercanos parientes, sus “esclavos” y los personajes humildes que ascienden a la cima de la mano del soberano. A ello habría que sumar los palacios que al-Manṣūr y sus hijos crean en el entorno de Madīnat al-Zāhira.

Evidentemente estas crónicas cortesanas cuentan con un importante sesgo y mencionarán sobre todo almunias pertenecientes al soberano, pero la tendencia es clara. Ello nos hace cuestionarnos dónde se encuentran las grandes familias cordobesas de raigambre. ¿Participan en esta dinámica constructora? ¿Se trata sólo de un tratamiento diferencial de las fuentes crónicas?

Se documentan algunos casos en que diferentes “aristócratas” parecen contar con una casa en la medina y algún lugar de esparcimiento, llámese almunia o jardín, en las afueras de la ciudad. Ibn Jalikan e Ibn al Qutiyya (Arjona, 1982, 187)²⁵, el príncipe Abū Bakr Hišām (Maillo, 1993, 41), o incluso algún cadí (Ribera, 1985, 234). El caso es que no sabemos si existe para estos personajes la dualidad casa en la medina y almunia en los alrededores que se nos consigna para los hijos de los emires. La mayor parte de alusiones a residencias de estos linajes están referidas al interior de la medina.

Lo único claro es que el territorio que circunda Qurṭuba parece un elemento estratégico que no se deja al azar. El soberano reparte el espacio disponi-

²⁵ Antonio Arjona, *Anales de la Córdoba musulmana (711-1008)*. Córdoba, 1982, p. 187.



Fig. 7: Muro exterior con contrafuertes del conjunto de Túnel de la Almunia (Camacho et. Alii, 2009, 781)

ble en esta codiciada franja de terreno, pero buscando no perder nunca el control estrecho sobre este espacio con un carácter simbólico tan importante. En la forma en que dichas tierras son asignadas, parece implícita la intención de mantenerlas atadas a largo plazo. Ya que, como vemos con los repartos de propiedades a los diferentes príncipes, subyace la intención de crear un paisaje con una fuerte impronta ideológica.

CONFRONTANDO CON LA ARQUEOLOGÍA.

La arqueología nos aporta mucha información, aunque muy desigual, de la que se pueden obtener algunas ideas generales. Parece claro que no es factible la identificación arqueológica de la mayor parte de almunias citadas, pero sí podemos contrastar una parte importante de las ideas sugeridas por el análisis de los textos.

Dentro del repertorio de restos excavados podemos distinguir tres grandes grupos de palacetes y almunias²⁶ en el entorno de la ciudad de Córdoba. El primero sería el que equivaldría a la tradicional acepción historiográfica de almunia, en la que encajarían los restos de al-Rummaniyya (Velázquez, 1912; Ocaña, 1984; y Arnold, 2008, 181-204) (Fig. 4), así como algunos ejemplos peor conocidos²⁷. A continuación tendríamos un conjunto de edificaciones²⁸ que mantienen un espacio abierto articulado

26 Desgraciadamente, la mayor parte de las intervenciones son muy parciales y en algunos casos, han sido realizadas con una metodología deficiente. Ya que no conocemos bien la evolución diacrónica de los conjuntos, hemos huido de pretender una verdadera tipología.

27 Como los restos muy mal conocidos de Vado de Casillas (*vid.* Galeano, 2002, y Galeano y Gil, 2004).

28 Un ejemplo perfecto sería la posible almunia de C/ Sta. M^a de Trassierra (Rodero y Asensi, 2006).



Fig. 8: Arcos de ladrillo de la alberca de Cañito de María Ruiz

con el bloque construido, aunque el espacio al aire libre tenga unas proporciones mucho más modestas (Fig. 5). Por último existe un grupo heterogéneo con un buen número de palacetes, con la característica común de contar con una planta en la que no existen espacios abiertos al margen de los patios (Fig. 6). Si estas residencias privilegiadas fueron llamadas almunias o no, es difícil de saber. Queda claro que en esta enorme densidad de palacetes de diverso tipo del entorno periurbano de Córdoba coexisten realidades de escala muy diversa, y no todas ellas tendrían plasmación en los textos.

Esta realidad está además muy condicionada por la imagen final que tenemos de estos edificios, posiblemente muy alejada en algunos casos de su concepción original. La expansión urbanística hace que las manzanas de arrabal terminen cercando estas almunias y residencias privilegiadas dificultando comprender el diseño original²⁹. Tenemos ejemplos como Fontanar de Cábaro o la residencia privilegiada de Cercadilla (a esta última incluso se le adosa una casa). Va más allá el citado caso de la almunia de Sta. M^a de Trassierra cuya estructura aparece totalmente desdibujada al haber sido recortada parte de su planta a favor del arrabal circundante. Suponemos que quizás la progresiva densificación del espacio periurbano conlleve un cambio en el modelo de almunia, perdiendo peso la zona no construida, aunque necesitaríamos conocer mejor la secuencia y sobre todo a aquellas almunias más alejadas que no sufrieron la “presión urbanística”.

Entrando en el aspecto físico de estas construcciones, cuentan con una serie de características comunes a todo el repertorio de restos. La estructura

29 En la mayor parte del repertorio de almunias y palacetes excavados, las intervenciones arqueológicas se detuvieron mucho antes de agotar la secuencia estratigráfica, teniendo solo una imagen final.

de todas ellas está, como es previsible, basada en la forma de la casa con patio tradicional. Así, todas ellas se articulan mediante diferentes espacios abiertos de distinto tamaño. En varios casos son visibles esquemas circulatorios principales de patio a patio, así como largos corredores secundarios con una presumible función auxiliar.

Los espacios con vocación representativa de estos conjuntos contarán igualmente con una tipología poco variada. En casi todos ellos se presentan los modelos que se verán en las casas de los arrabales, aunque a una escala y monumentalidad mucho mayor. Así, en el lado norte de los patios principales (casi siempre sin pavimentar, previsiblemente ajardinados), tendremos una alberca en eje con un andén, pórtico y salón (este último con naves paralelas a la fachada). Poco que poner en relación con los textos, en los que se hablaba con cierta frecuencia de salones con vistas y miradores. Algún ejemplo como al-Rummaniyya se escapa a esta tónica, mostrando planteamientos arquitectónicos muy originales como el salón abierto por un lado a la gran alberca y por el otro a un mirador orientado al valle, pero sorprende la homogeneidad frente a la multitud de soluciones arquitectónicas, que se pueden encontrar en Madīnat al-Zahrā', verdadero "laboratorio arquitectónico" (Almagro Vidal, 2008, 171).

El aspecto externo nos confirma la impresión de que muchas fueron concebidas como un referente visual en su entorno próximo. Por lo general muestran unos potentes paramentos exteriores con un cuidado aparejo de sillería a sogá y tizón y en numerosas ocasiones una serie de contrafuertes exteriores que dan un aspecto torreado al exterior de estas residencias (fig. 7). Un aspecto que remite sin duda a una variada tipología de edificaciones estatales, empezando por la propia aljama cordobesa y el Alcázar Omeya, y que en última instancia podría remitir a los propios castillos omeyas del desierto sirio que habían inspirado a 'Abd al-Raḥmān I en la edificación de la primera de las almunias.

CONCLUSIONES

La principal conclusión es que, si bien siguen existiendo muchas lagunas en nuestro conocimiento, vamos concretando cada vez más la imagen y función social de estas almunias. En primer lugar, el aspecto productivo parece quedar relegado a un plano secundario frente al sentido de prestigio. Por mucho que aceptemos el enorme tamaño de algunas

de estas extensiones cultivadas como en al-Rummaniyya o en otras conocidas sólo por los textos, todo induce a conceder un papel marginal de ellas en la verdadera economía de esta "aristocracia", que dependería más de la redistribución de rentas desde palacio y sobre todo de la posesión de propiedades rurales por todo al-Andalus³⁰. Así pues, se infiere de la información disponible un sentido más vinculado con el prestigio que con una verdadera importancia económica. Una sensación reforzada por el hecho de que es el soberano el que gestiona el modo en que son asignadas estas tierras, volviendo a sus manos en muchas ocasiones.

Este tema de la propiedad de la tierra que asigna el emir es igualmente problemático, ya que resulta difícil explicar los mecanismos legales de la adquisición de estas tierras. Siguiendo estrictamente la legalidad son muy precisos los requisitos para que una tierra pueda ser apropiada por vivificación (*iḥyā*), ya que no solo tiene que estar libre sino además debe carecer de cualquier tipo de uso comunal³¹. Un factor complicado de encuadrar en el relativamente denso entorno de la capital omeya, donde se aprecia un uso continuo de todo el espacio suburbano, tanto en los textos como en el registro arqueológico. Cabría esperar más información de compras de tierra, pero sólo hay una alusión en las fuentes a ello³².

En este sentido, posiblemente tenga mucho que decir la arqueología. Hemos mencionado ya a varios enclaves de la ciudad en que se constata la continuidad de uso de grandes elementos de infraestructura hidráulica desde época romana. Un buen ejemplo es el sistema hidráulico de origen altoimperial de las inmediaciones de Munyat Ruṣāfa o el gran depósito del entorno de Rabanales, aunque no son ni mucho menos las únicas constatadas. Así, de un tamaño

30 Existen multitud de ejemplos de esto. El más claro es el del célebre texto de Ibn Ḥayyān en que contaba que al-Nāṣir entregaba a sus hijos un alcázar y una almunia "*doblándole además las subvenciones mensuales y gratificaciones anuales y dándoles amplias fincas rentables e inmuebles que tributasen*" (Corriente y Viguera, 1981, 20-22).

31 Ibn Mas'ūd Kāṣānī hablaba en el *Kitāb al-arāḍī* de dos categorías, la de tierras apropiadas (*mamlūka*) y la de tierras *mubāḥa*. Sólo se consideran susceptibles de vivificación las tierras *mawāt*, aquellas de las *mubāḥa* que no tuvieran ningún tipo de uso comunal (Lagardère, 1993, 114).

32 Se trata además de la compra por parte de Muḥammad I de los terrenos donde se ubicaría al-Nā'ūra en tiempos de su sucesor. La comprometida situación de las finanzas del emir 'Abd Allāh, que ha perdido el control de casi la totalidad de al-Andalus, es el único motivo de esta aclaración de las fuentes.

igual de impresionante se conservan restos de grandes depósitos romanos de *caementicium* reparados en época medieval en la zona de Huerta de Santa Isabel (Pizarro y Moreno, 2010, 165-182), quizás relacionados con la posible almunia de Turruñuelos. Estas reutilizaciones se aprecian en otros lugares como en Vallehermoso (Vallejo, 2010, 99-100) o en Cañito de María Ruiz, donde destaca la decoración en ladrillos con arcos entrelazados (fig. 8) que recuerda mucho a la gran alberca de la almunia de al-Rummaniyya. Quizás comprendiendo mejor la evolución de este tipo de grandes espacios irrigados en todo el entorno de Córdoba podremos entender como se produce la transmisión de la propiedad, comprobando si existe o no solución de continuidad.

En definitiva, cada vez son más los interrogantes que se abren ante nosotros, mostrándonos que estas almunias tienen muchas de las claves que nos ayudarán a comprender un territorio tan singular y complejo como los alrededores de la capital andalusí.

BIBLIOGRAFÍA

- Acién Almansa, M. y Vallejo Triano, A. (1998), "Urbanismo y Estado islámico: de Córdoba a Qurtuba-Madinat al-Zahra", *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental* (Cressier, P. y García-Arenal, M., Eds.), 107-136.
- Almagro Vidal, A. (2008), *El concepto del espacio en la arquitectura palatina andalusí. Un análisis perceptivo a partir de la infografía*, Madrid.
- Anderson, G. (2005), *The Suburban Villa (munya) and Court Culture in Umayyad Cordoba (756-976 CE)*, Boston, Tesis doctoral inédita.
- (2007), "Villa (munya) architecture in Umayyad Córdoba: preliminary considerations", *Revisiting al-Andalus: perspectives on the material culture of Islamic Iberia and beyond*, Leiden-Boston.
- (2012), "Concubines, eunuchs and patronage in early islamic Córdoba" en *Reassessing the Roles of Women as 'Makers' of Medieval Art and Architecture* (Martin, T., Ed.), Leiden-Boston.
- Arjona Castro, A. (1982), *Anales de la Córdoba musulmana (711-1008)*, Córdoba.
- (2000), "La Almunia "Al Rusafa" en el yacimiento arqueológico de Turruñuelos", *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 138, 153-184.
- (2003), "Toponimia de Córdoba islámica: el Cerro de Abu' Abda, hoy colina del Parque Cruz Conde y el itinerario de Al-Razi a través de Córdoba en el año 972", *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 145, 171-176.
- (2006), "Restos de un alcázar de la almunia Dar al-Na'ura (Casa de la Noria), en el vado de Casillas", *Al-Mulk: anuario de estudios arabistas*, 6, 129-144.
- Arjona Castro, A., Marfil Ruiz, P. y Ramírez Laguna, A. (1998), "Los restos de la famosa almunia Dar ar-Nau'ra en el Cortijo del Alcaide y Huerta del Caño María excluidos del "Plan especial de Madinat al-Zahra"', *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 35, 245-258.
- Arnold, F. (2008), "La almunia de al-Rummaniyya. Resultado de una documentación arquitectónica", *Cuadernos de Madinat al-Zahra*, 6, 181-204.
- (2010), "El edificio singular del Vial Norte del Plan Parcial RENFE. Estudio arquitectónico", *Anejos de Anales de Arqueología Cordobesa*, 2, 247-274.
- Ballestín Navarro, X. (2004) *Al-Mansur y la dawla 'amiriya. Una dinámica de poder y legitimidad en el occidente musulmán medieval*, Barcelona.
- Barceló, M. (1997), *El Sol que salió por occidente. Estudios sobre el estado Omeya en al Andalus*, Jaén.
- Bariani, L. (2002), "al-Madina al-Zahira según el testimonio de las fuentes árabo-andalusíes", *Actas del II Congreso Internacional La ciudad en al-Andalus y el Magreb*, Granada, 237-342.
- (2003), *Almanzor*, San Sebastián.
- Bermúdez Cano, J. M., Rodero Pérez, S. y Asensi Llácer, M^a J. (2006), "Elementos arquitectónicos sustentantes en la almunia del "arrabal" de la carretera de Trassierra III", *Romula*, 5, 337-368.
- Cabrera Muñoz, E. (1998), "Aproximación a la imagen de la Córdoba islámica", *Historia, Instituciones, Documentos*, 25, 73-94.
- Camacho Cruz, C. (2010), "La almunia de la Ronda Oeste. Un hito en la arqueología cordobesa", *Arte, Arqueología e Historia*, 17, 173-182.
- Camacho Cruz, C. y Haro Torres, M. (2007), "Dos formas de almacenar el agua. Ronda Oeste",

- Arte, Arqueología e Historia*, 14, 197-204.
- Camacho Cruz, C., Haro Torres, M., Lara Fuillerat, J. M., y Pérez Navarro, C. (2009), "Intervención arqueológica de urgencia en yacimiento Carretera del Aeropuerto. Almunia (Campaña 2003-2004). Ronda Oeste de Córdoba", *Anuario Arqueológico Andalucía/2004*, 1, 778-788.
- Casal García, M^a. T. *et alii.* (2004), "Informe-memoria de la intervención arqueológica de urgencia en el S. G. SS-1 (Parque de Miraflores y Centro de Congresos de Córdoba) primera fase", *Anuario Arqueológico Andalucía/2001*, 258-274.
- (2006), "Informe-memoria de la I.A.U. en el S.G. SS-1 (Parque de Miraflores y Centro de Congresos de Córdoba). Segunda fase", *Anuario Arqueológico Andalucía/2003*, 343-356.
- Castejón y Martínez de Arizala, R. (1929), "Córdoba califal", *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 25, 254-339.
- (1954), "Alamiría", *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 70, 150-158.
- (1960), "Los Monumentos árabes de Córdoba: Excavaciones en el cortijo El Alcaide. Dar al-Nau-ra?", *al-Mulk*, 1, 163-166.
- (1965), "Los hallazgos de Turruñuelos", *al-Mulk*, 4, 167-168.
- Castillo Pérez de Siles, F. (2010), "Arqueología preventiva en el plan parcial 0-1 'Ciudad Jardín de Poniente', de Córdoba", *Anuario Arqueológico Andalucía/2006*, 986-995.
- Castro del Río, E. (2001), "La arquitectura doméstica en los arrabales de la Córdoba califal: la Zona Arqueológica de Cercadilla", *Anales de Arqueología Cordobesa*, 12, 241-281.
- Chalmeta Gendrán, P. (2003), *Invasión e islamización: la sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus*, Jaén.
- Conde, J. A. (1820), *Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias árabigas*, Madrid.
- Ewert, Ch. (1999), "El arte omeya andalusí en su última fase: el Cortijo del Alcaide", *Codex aquilarensis: Cuadernos de investigación del Monasterio de Santa María la Real*, 4, 111-132.
- Fernández González, F. -Trad.- (1860), *Historias de al-Andalus, Ibn Idari al-Marrakusi*, Granada.
- Fuertes Santos, M^a. (2007), "El sector nororiental del arrabal califal del yacimiento de Cercadilla: análisis urbanístico y arquitectónico", *Arqueología y territorio medieval*, 14, 49-68.
- Galeano Cuenca, G. (2002), "La I.A.U. efectuada en el yacimiento de "Casillas" (T.M. de Córdoba)", *Arte, arqueología e historia*, 9, 133-136.
- Galeano Cuenca, G. y Gil Fernández, R. (2004), "Intervención arqueológica de urgencia en Casillas (término municipal de Córdoba)", *Anuario Arqueológico Andalucía/2001*, 285-290.
- García Gómez, E. (1965), "Notas sobre la topografía cordobesa en 'Anales palatinos del califa de Córdoba Al-Hakam II, por Isa Razi", *al-Andalus*, 30/2, 319-379.
- García Gómez, E. -Trad.- (1967), *Anales palatinos del califa de Córdoba Al-Hakam II: el califato de Córdoba en el "Muqtabis" por Isa Ibn Ahmad al-Razi*, Madrid.
- Gayangos y Arce, P. (1840-1843), *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, London.
- Glick, T. F. (1991), *Cristianos y musulmanes en la España medieval (711-1250)*, Madrid.
- Hernández Giménez, F. (1985), *Madinat Al-Zahra': arquitectura y decoración*, Granada.
- Juez Juarros, F. (1999), *Símbolos de poder en la arquitectura de Al-Andalus*, Madrid, Tesis doctoral inédita.
- Lagardere, V. (1993), *Campagnes et paysans d'Al-Andalus (VIII-XVème siècle)*, París.
- Lafuente y Alcántara, E. (1867), *Ajbar machmúa, Crónica anónima del s. XI*, Madrid.
- León Muñoz, A. (2006), "Pervivencias de lo clásico en la "Qurtuba" islámica", *El concepto de lo provincial en el mundo antiguo: homenaje a la profesora Pilar León Alonso, II* (Vaquerizo Gil, D. y Murillo Redondo, J. F., Coords.), 409-438.
- Lévi-Provençal, E. (2000), *España musulmana, hasta la caída del Califato de Córdoba (711-1031 de J. C.)*, Madrid.
- Levi-Provençal, E. y García Gómez, E. (1950), *Una crónica anónima de Abd al-Rahman III al-Nasir*, Madrid-Granada.
- López Pereira, J. E. (1980) *Crónica Mozárabe de 754*, Zaragoza.
- Manzano Moreno, E. (2004), "El círculo de poder de los califas omeyas", *Cuadernos de Madinat al-Zahra*, 5, 9-29.

- (2006), *Conquistadores, emires y califas. Los omeyas y la formación de al-Andalus, Barcelona*.
- Marfil Ruiz, P. (2001), "Córdoba de Teodosio a Abd al-Rahmán III", *Visigodos y omeyas: un debate entre la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media*, 117-142.
- Maíllo Salgado, F. (1991), *Crónica anónima de las Reyes de Taifas*, Madrid.
- Makki, M. y Corriente, F. -Trad.- (2001), *Crónica de los emires Alhakam I y Abdarrahan II entre los años 796 y 847 (Almuqtabis II-I), de Ibn Hayyan*, Zaragoza.
- Mazzoli-Guintard, C. (2003), *Vivre à Cordoue au Moyen Âge. Solidarités citadines en terre d'Islam aux X^e-XI^e siècles*, Rennes.
- Molina, L.-Trad.- (1983), *Una descripción anónima de al-Andalus*, Madrid.
- Moreno Garrido, M^a J. y Costa Palacios, M. (1989), "Excavación de urgencia en el yacimiento 'Llanos del Castillo'", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1987*, 182-186.
- Murillo Redondo, J. F. (2009), "La almunia de al-Rusafa en Córdoba", *Madriditer Mitteilungen*, 50, 449-482.
- Murillo Redondo, J. F., León Muñoz, A., Castro, E., Casal, M^a T., Ortiz, R., González, A. J. (2010), "La transición de la civitas clásica cristianizada a la madina islámica a través de las transformaciones operadas en las áreas suburbanas", *El Anfiteatro Romano de Córdoba y su entorno urbano. Análisis Arqueológico (ss. I-XIII d.C.)*, II (Vaquerizo, D. y Murillo, J. F., Eds.), Córdoba, 503-546.
- Murillo Redondo, J. F., Castillo, F., Castro, E., Casal, M^a T., Dorte, T. (2010), "La almunia y el arrabal de al-Rusafa, en el Yanib al-Garbi de Madinat Qurtuba", *El Anfiteatro Romano de Córdoba y su entorno urbano. Análisis Arqueológico (ss. I-XIII d.C.)*, II (Vaquerizo, D. y Murillo, J. F., Eds.), 565-614.
- Murillo Redondo, J. F., Casal García, M^a T. y Castro del Río, E. (2004), "Madinat Qurtuba. Aproximación al proceso de formación de la ciudad emiral y califal a partir de la información arqueológica", *Cuadernos de Madinat al-Zahra*, 5, 257-290.
- Murillo Redondo, J. F. et alii. (2003), "Informe memoria de la intervención arqueológica de urgencia en el aparcamiento bajo el vial norte del Plan Parcial Renfe (Segunda fase)", *Anuario Arqueológico Andalucía/2000*, 356-369.
- Ocaña Jiménez, M. (1984), "Las ruinas de Almiria, un yacimiento arqueológico erróneamente denominado", *al-Qantara*, 5, 367-382.
- Penelas, M. -Trad.- (2002), *La conquista de al-Andalus*, Madrid.
- Péres, H. (1983), *Esplendor de al-Andalus: la poesía andaluza en árabe clásico en el siglo XI: sus aspectos generales, sus principales temas y su valor documental*, Madrid.
- Pizarro, G. y Moreno Rosa, A. (2010) "La continuidad de los sistemas hidráulicos. Nuevos testimonios en Córdoba", *Actas del Congreso Aquam Perducendam Curavit. Captación, usos y administración del agua en las ciudades de la Bética*, Cádiz, 165-182.
- Puente González, C. (2003), "Sin linaje, sin alcurnia, sin hogar: eunucos en al Andalus en la época omeya", *Estudios onomástico-biográficos de al Andalus (Identidades marginales)*, XIII, 147-193.
- Ribera y Tarragó, J. (1926), *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el Cor-dobés*, Madrid.
- (1985), *Historia de los jueces de Córdoba por Al-joxani*, Sevilla.
- Rodero Pérez, S. y Asensi Llácer, M^a J. (2006), "Un sector de la expansión occidental de la Córdoba islámica: el arrabal de la carretera de Trassierra (II): sector central", *Romula*, 5, 295-336.
- Rubiera Mata, M^a J. (1988), *La arquitectura en la literatura árabe*, Madrid.
- Ruggles, F. D. (2003), *Gardens, landscape, and vision in the palaces of Islamic Spain*, Pennsylvania.
- Sánchez-Albornoz, C. (1973), *La España musulmana, según los autores islamitas y cristianos medievales*, I, Madrid.
- Souto Lasala, J. A. (1995), "El emirato de Muhammad I en el "Bayân al-Mugrib" de Ibn 'Idârî", *Anaquel de estudios árabes*, 6, 209-248.
- (1995), "Obras Constructivas en Al-Andalus durante el Emirato de Muhammad I según el Bayan Al-Mugrib", *Arqueología Medieval*, 3, 27-32.
- (1998), "Obras constructivas en al-Andalus omeya según el Muyam al-buldan de Yaqut" *Al-Andalus Magreb: Estudios árabes e islámicos*, 6, 91-104.
- Valdés Fernández, F. (2004), *La Córdoba de Ibn Hazm: una lectura arqueológica de "El Collar de la Paloma"*, *Antigüedad y Cristianismo*:

- Monografías históricas sobre la Antigüedad tardía*, 21, 583-594.
- Vallejo Triano, A. (2010), *La ciudad califal de Madinat al-Zahra'*. *Arqueología de su arquitectura*, Córdoba.
- Vallvé Bermejo, J. (1985), "Nasr el valido de 'Abd al-Rahman II", *al-Qantara: Revista de estudios árabes*, 6/1-2, 79-198.
- (2001), "La primera década del reinado de al-Hakam I (796-806), según el Muqtabis de Ben Hayyan", *Anaquel de estudios árabes*, 2, 769-778.
- Viguera, M^a J. y Corriente, F. (1981), *Crónica del califa 'Abdarrahman III An-Nasir entre los años 912 y 942: (al-Muqtabis V) por Ibn Hayyan*, Zaragoza.
- Zozaya Stabel-Hansen, J. (1998), "771-856: los primeros años del Islam andalusí o una hipótesis de trabajo", *Cuadernos Emeritenses*, 15, 83-142.

ALGUNAS NOTAS SOBRE ARQUEOLOGÍA Y COLONIALISMO. LA ZONA ESPAÑOLA DEL PROTECTORADO MARROQUÍ, 1912-1945

ENRIQUE GOZALBES CRAVIOTO
Universidad de Castilla-La Mancha

MANUEL J. PARODI ÁLVAREZ
Universidad de Cádiz

JAVIER VERDUGO SANTOS
Consejería de Cultura, Junta de Andalucía

Recibido: 16/11/2012
Revisado: 22/11/2012

Aceptado: 26/11/2012
Publicado: 17/06/2013

RESUMEN

A lo largo de la primera mitad del siglo XX se desarrollaron en el Norte de Marruecos y en el seno de la administración conjunta hispano-marroquí del Protectorado ejercido por España sobre dichos territorios las estructuras de gestión del Patrimonio Arqueológico de dicha Zona. En los párrafos de este artículo abordaremos el paulatino proceso de construcción de dichas estructuras, que marchó en paralelo al desarrollo de los trabajos de investigación de campo y, en buena medida, de forma subsiguiente a los mismos.

PALABRAS CLAVE

España, Marruecos, Protectorado, Arqueología, Patrimonio, Investigación.

ABSTRACT

Through the several decades belonging to the first half of the XXth Century, the territories of North Morocco, placed under the Spanish Protectorate since the Conference of Algeciras in 1906, experienced the development of real public structures devoted to the management of that area's Archaeological Heritage. We shall focus on this phenomenon, which is closely related to the development of archaeological research in itself as well.

KEYWORDS

Spain, Morocco, Protectorate, Archaeology, Heritage, Research.

Marruecos habría de constituir uno de los últimos capítulos del reparto colonial del Norte de África (junto a Libia y el especial caso egipcio). Pese a su situación permanente de crisis, causada por la debilidad de su Estado, el Imperio Cherifiano arrastraba una larguísima tradición, varias veces centenaria, de organización nacional, por lo que no podía asimilarse sin más como simple colonia. Este hecho histórico, más mal que bien, también había influido de alguna manera en la arqueología, si bien de forma bastante marginal. Aunque la organización de la arqueología, como todos los sistemas de un país moderno, fue implantada por la administración del Protectorado, por los franceses y los españoles en sus respectivas zonas, lo cierto es que alguna muy débil tradición existía al respecto en el país.

No vamos a remontarnos en el tiempo, por ejemplo a los permisos concedidos a diferentes viajeros en el siglo XVIII para la visita de restos romanos en *Volubilis* (Euzennat, 1956). El inicio de la arqueología de campo, más allá de las percepciones de los viajeros y datos sueltos de diplomáticos, se produjo con las actuaciones del cónsul francés Charles Tissot, un personaje muy importante (era también doctor en Historia) que previamente había realizado una relevante labor arqueológica en Túnez. Entre 1870 y 1874 el gobierno del Sultán protegió al diplomático francés Charles Tissot, dotándolo además de una guardia para su seguro, en los distintos recorridos en busca de restos romanos (Rebuffat, 2000).

En la misma época, por el contrario, otro diplomático, el español Teodoro de Cuevas, en sus recorridos arqueológicos y geográficos por el Norte del país, donde también localizó bastantes vestigios antiguos, tenía que contratar en cada caso una guardia armada, y se veía muchas veces ante el peligro (Gozalbes, 2005; 2008a). Ello imposibilitaba la realización de los estudios, más allá de Tánger, puerto de entrada en el país, que era abierto y seguro para los europeos.

Década y media más adelante otro diplomático francés, Henry de la Martinière, siguió la estela de Charles Tissot, pero como el grado de seguridad había mejorado algo, pudo desviarse algo más (no mucho) de la ruta principal. En sus memorias sobre Marruecos, Martinière recordaba que en los desplazamientos por el país precisaba de llevar una carta del Sultán que era un pasaporte para los “pachas” o gobernadores, ordenando se le atendiera y diera facilidades para su misión, pero aclaraba que ese do-

cumento, precioso en unas zonas, era absolutamente inútil donde se hallaban “tribus insumisas”. Lo principal fue que terminó por conseguir del Sultán una orden escrita (un *Firman*), el único de su género, que autorizaba la realización de excavaciones arqueológicas, y facilitaba la contratación de trabajadores y la seguridad de los trabajos. Dichas excavaciones oficiales se realizaron en 1891 y 1892 en *Volubilis* y en *Lixus* (Martinière, 1919, 302 y ss.).

En los primeros años del siglo XX el Gobierno francés, previendo la futura colonización de Marruecos, decidió crear la *Mission Scientifique du Maroc*, con centro en la ciudad de Tánger. Primero pondrá al frente de la misma al geólogo Gaston Buchet, que mostrará muchísimo interés por la arqueología, y más tarde (a partir de 1906) al sociólogo Edouard-Leon Michaux-Bellaire. La Misión realizará una gran labor en el terreno de la arqueología, con la metodología propia de la época, excavará en las grutas de Achacar (Neolítico y Prehistoria Reciente), en necrópolis de cistas de la Edad del Bronce (sobre todo en El Mries), así como en tumbas púnicas (Magoga Srira), de época mauritana (necrópolis de Marshan), así como en la necrópolis romana de Tánger, con resultados espectaculares para aquella época, y que dieron origen a las publicaciones científicas de arqueología de Marruecos (Gozalbes, 2008b).

En el resto del país, la descomposición del Estado, producida por implosión pero sobre todo derivada de las intervenciones europeas, alejaba de toda preocupación por los restos arqueológicos. Es obvio que la mentalidad estaba muy alejada de la atención, que seguía anclada naturalmente en la visión de los “tesoros”. Antigüedades que salían al mercado en Tánger o Larache, no digamos ya los millares de monedas antiguas (en Tánger en los siglos XIX y XX muchísimos europeos y norteamericanos formaron colecciones), salían irremisiblemente del país. En *Volubilis* y en *Lixus* había hornos de cal que aprovechaban los mármoles antiguos.

En todo caso, en estos últimos años el Sultán promulgó una orden en la que prohibía la realización de excavaciones y de búsquedas arqueológicas en el Imperio Cherifiano. Fuera de la excepción de Tánger, ello impidió la realización de estudios, problemáticos por las condiciones, pero no la actuación de buscadores clandestinos. En estos momentos salieron al mercado dos tesorillos de monedas, de características bien diferentes. El primero hacia 1906, de moneda cartaginesa de la época de la Se-

gunda Guerra Púnica, conocido como “Tesoro de Tánger”, y que tan sólo sería publicado en 1999 por Leandre Villaronga. El segundo muy poco tiempo más tarde, un tesoro de varios miles de monedas del rey Juba II, de los primeros años de la era cristiana, y que aunque se difundiera como “tesoro de Alcazar(quivir)”, hoy sabemos que el hallazgo se produjo en los alrededores de *Banasa*.

LOS PRIMEROS PASOS: 1912-1939

En 1912 se establece el Protectorado en Marruecos. Se trataba inicialmente de un Protectorado francés, aunque a España se le garantizaba una “zona de influencia” en el Norte, entre las ciudades españolas de Ceuta y Melilla, rápidamente convertida por los españoles de hecho en “Zona de Protectorado de España”. El hecho iba a sobrevalorar siempre en los recelos mutuos, pues mientras España consideraría que había un Protectorado doble, que exigía la puesta en común de las decisiones importantes, Francia iba a mirar con desdén lo que consideraba una especie de “subcontrata” otorgada a los generalmente despreciados militares españoles. Por el contrario, la ciudad de Tánger y su territorio (el Fahs) quedaba al margen, como “ciudad internacional”, un estatus que mantendría a lo largo del tiempo (con la excepción de 1940-1945 en que fue ocupada por España). Aún quedarían otros terrenos, los españoles del “Protectorado Sur” en Tarfaya y Cabo Juby, pero por sus condiciones deben considerarse para el caso parte del Sahara Español.

Las premisas administrativas de la administración conjunta hispano-marroquí habrían de sentar las bases de la naturaleza jurídica de los territorios sujetos al protectorado ejercido por España en el Norte de Marruecos, así como, por extensión, de las relaciones entre España y Marruecos como sujetos (activo y pasivo, respectivamente) de dicho protectorado. El sistema administrativo y legal del protectorado hispano-marroquí sentaba sus bases en el respeto integral de la personalidad jurídica internacional de Marruecos así como en la plena soberanía marroquí sobre el territorio protegido (de las dos Zonas, la francesa y la española). El régimen establecido entre ambas naciones mostraba, pues, la dualidad de la naturaleza jurídica del *status quo*: dos Estados soberanos, con dos administraciones que funcionaban de forma complementaria. De una parte, una administración marroquí con el Jalifa al frente, máxima autoridad marroquí (miembro de la familia del rey, con tratamiento

de “alteza imperial”) que ejercía sus poderes como representante del Sultán (y en especial la facultad legislativa), expresándolos mediante decretos (dahires). Al mismo tiempo se encontraba al servicio del *Jalifa* su propio aparato gubernamental, el *Majzen*, conformado por diversos departamentos (*sic*) todo bajo la coordinación de un *Visir*; igualmente existía un consejo consultivo formado por representantes de los territorios de la Zona, y que era designado por el Sultán contando con la propuesta que en este sentido hicieran las autoridades españolas (Verdugo y Parodi, 2010).

En suma, y entrando en materia, a partir de 1912 y hasta 1956 (independencia de Marruecos), deben consignarse tres realidades en la arqueología. Las mismas van a ser absolutamente independientes, y en muy buen parte estancas. Nunca existirán, ni por aproximación, planes de organización, no digamos de investigación, que fueran comunes. Los arqueólogos, o practicantes de la arqueología, desarrollarán sus actividades sin apenas contacto alguno, y con influencias casi nulas. En la zona francesa de Marruecos el gran momento de la arqueología será desde 1916 hasta 1940, por el contrario, en la zona española el papel de la arqueología será mediocre (en calidad) hasta esa última fecha, comenzará a tener cierta relevancia inmediatamente después, y será estelar entre 1949 y 1956. Finalmente, en Tánger nunca existirá un desarrollo arqueológico propiamente dicho, y de hecho, en la última década del Protectorado, los estudios arqueológicos estarán en manos de la Sociedad de Historia y Arqueología de Tánger, organización privada (aunque con apoyo de la administración internacional).

En teoría no debía haber sido así. Las dos potencias coloniales debían asesorar y ayudar a una organización moderna en el país. De hecho, en principio la legislación que se aprobó para la salvaguarda del Patrimonio fue prácticamente común. Y también es una excepción irónica que fuera la administración española la que se adelantara a la francesa en la aprobación del primer texto legal al respecto (en la zona francesa se aprobó el 13 de febrero de 1914).

En la zona española, el *Dahir* (Orden Real) de 15 de *Ramadán* de 1331 (es decir, 18 de agosto de 1913), relativo a la conservación de los monumentos y objetos artísticos e históricos (publicado en el Boletín Oficial de la Zona de Protectorado Español, nº 13, de 1913), auguraba todas las buenas intenciones para la preservación del legado dejado *por nuestros mayores*.

El artículo 1º se dirigía a los bienes patrimoniales inmuebles: *quedan bajo la salvaguardia del Majzen, que atenderá a su conservación, las construcciones anteriores al Islam, las de los palacios de nuestros antepasados cherifianos, los monumentos religiosos, mezquitas, kubbas, medarsas, etc., las ruinas de las viejas ciudades del Imperio, las fortalezas y las murallas, y en general todas cuantas edificaciones tengan carácter histórico o artístico.*

El artículo 2º indicaba que el Majzen podría ejecutar por su cuenta todos los trabajos necesarios para la conservación de monumentos. Y en el artículo 3º se incluían los bienes del patrimonio mueble: *quedan también bajo la salvaguardia del Majzen todo objeto de arte o antigüedad, como por ejemplo: estatuas, ánforas, columnas, piezas de cerámica, mosaicos, maderas labradas, pinturas, inscripciones históricas y, en general, cuantos tengan un carácter artístico o histórico, quedando prohibida su destrucción, traslado de lugar y su venta con destino al Extranjero, salvo autorización especial.* Por todo ello, se encargaba a las autoridades la puesta en ejecución de esta real orden (Valderrama, 1956, 734-735).

En cualquier caso, la implantación de esta legislación de protección del Patrimonio, en Tetuán y su zona en el año 1913, en la zona francesa y más amplia de Marruecos en 1914, significa una novedad y un avance que no pueden menos que ser destacados. Al Magreb más cercano, en el trabajo “civilizador” se llevaba la normativa más moderna. Por hacer legislación comparada, en Alemania hasta el año 1904 no se había creado el instrumento (*Heimatschutz*) encargado a nivel estatal de la protección, en Francia la ley de protección del Patrimonio tan sólo se hizo efectiva en ese mismo año de 1913 (Ballart, 1997, 54-55). Y en España, esa misma legislación se encontraba vigente en una primera ley inmediatamente anterior, la Ley de Excavaciones arqueológicas de 1911, a la que seguiría en 1915 la primera Ley más completa, la de Monumentos Históricos y Artísticos (Díaz-Andreu, 2002).

En este punto acabó el valor innovador de la administración española. El Alto Comisario francés, el General Liautey, desde el principio fue plenamente consciente del valor de las antigüedades, y de la exposición del Patrimonio, como justificante de la actuación protectora en la que creía firmemente. Por esta razón le dio prioridad a la investigación en el mundo clásico en la Zona Francesa del Protecto-

rado. De este modo, desde el mes de mayo de 1915 tuvo presencia en Marruecos un miembro de la *Commission de l'Afrique du Nord*, Louis Chatelain. Los franceses crearon el *Service des Antiquités, Beaux-Arts et Monuments Historiques*, y en el mismo Chatelain estuvo al frente hasta 1941.

Inicialmente el Servicio se instaló en *Volubilis* en unas condiciones precarias, en las que carecía incluso de tendido eléctrico. En todo caso, la marcha de los trabajos de Louis Chatelain comenzó a ofrecer resultados espectaculares, en especial en la propia ciudad de *Volubilis*, en la limpieza y presentación de las ruinas fueron utilizados los prisioneros alemanes de la Primera Guerra Mundial, y después de agosto de 1916 por parte de trabajadores beréberes. La reconstrucción del arco del triunfo, la restauración del trazado de las calles, vino acompañada del hallazgo de una colección importante de obras de arte, en especial de estatuas, algunos mosaicos, y muchísimas inscripciones latinas. En la exposición colonial de Casablanca, con orgullo de la administración, las antigüedades pudieron mostrarse como muestra de las ventajas del Protectorado, y Chatelain desarrolló una cantidad importante de publicaciones: 4 en 1915, 6 en 1916, 2 en 1917, 6 en 1918, 5 en 1919, 7 en 1920, 10 en 1921, 2 en 1922, etc., (Brouquier-Reddé y Lenoir, 2000).

En los años siguientes continuarían los trabajos de Chatelain, extendidos a *Sala* (Rabat) y *Banasa* principalmente. En 1935 el Servicio de Antigüedades llegaba de una forma definitiva a su mayoría de edad mediante la creación de una revista propia, la serie de *Publications du Service des Antiquités du Maroc*. En cualquier caso, pese a la importancia de sus trabajos, Chatelain en sus estudios se mostró principalmente como un estudioso de las Bellas Artes, en la tradición francesa al respecto (esculturas, mosaicos, construcciones), y como un reputado epigrafista, lo cual quedará bien de manifiesto en sus trabajos, y en sus monografías definitivas (Chatelain, 1942; 1944). Así pues, los trabajos de esta época tendrán también fuertes limitaciones (cerámicas, monedas, distinción de niveles, hipótesis de trabajo), y en el terreno de la interpretación histórica quedarán en manos de Carcopino (1943).

Así pues, pese a lo espectacular de las novedades, lo cierto es que la arqueología francesa en Marruecos hasta las vísperas de la Segunda Guerra Mundial se benefició de la experiencia previa en Túnez y Argelia, con la escuela de Gsell, pero tuvo resultados mucho más limitados. Aún y así, los

mismos eran absolutamente inalcanzables para los españoles, que carecían de esa experiencia, y sobre todo, de un personal universitario suficientemente formado. Después del *Dahir* de 1913 la administración española se centró en una labor importante, la organización de la enseñanza, en la que ocupó sus limitados impulsos. Esa labor regeneradora fue destacable, con resultados apreciables, y a ella dedicó lo más granado de la intelectualidad oficial española, pero agotó las fuerzas del débil aparato cultural español.

La única actividad en esta época consistió en parar en *Lixus* la actuación devastadora de una empresa alemana, que para obtener piedra y emplearla en la construcción del puerto de Larache, utilizaba como cantera la zona de necrópolis Norte de la época romana. Por otra parte, la “limpieza” o desbroce del impracticable campo de ruinas que hacía imposible su visualización y dificultaba la visita, tuvo unos resultados bastante agresivos, como denunció con notable exageración Martinière en una estancia en el lugar: *je me suis représenté ce qui serait passé si Lixus avait eu la fortune d’être compris dans le territoire de notre protectorat*, donde consideraba que existía una *administration éclairée* que desarrollaba juiciosos trabajos científicos (Martinière, 1919, 324). Debe tenerse en cuenta que el autor pertenecía desde antiguo al sector que se oponía a que España pudiera tener presencia en Marruecos.

Pasaban los años, y mientras los franceses presumían de labor arqueológica, los españoles no podían enseñar nada. En abril de 1919 se creó la *Junta Superior de Monumentos Históricos y Artísticos de Marruecos* (*JSMHAM*), siguiendo el modelo de la metrópoli, que era el organismo encargado de velar por el cumplimiento del *Dahir* de 1913 (iseis años antes!). Mientras la administración había emprendido la restauración de mezquitas, que iba por su cuenta como edificios religiosos marroquíes en uso, y de algunas zonas de murallas, en concreto en Arcila y en Tetuán. En 1921 la *JSMHA de Marruecos* realizó la primera iniciativa de carácter arqueológico: encargo a un explorador, César Luis de Montalbán y Mazas, la exploración arqueológica del valle de Tetuán.

Por mucho que Montalbán hubiera visitado Troya, Micenas o el Machu Picchu, en sus recorridos por el Mundo desde 1902, y que su amigo Roso de Luna lo hubiera aficionado a la “arqueología”, era totalmente lego en ciencia arqueológica. Aún

y así logró reconocer algunos restos importantes, y sobre todo localizó la ciudad antigua de *Tamuda*, en la que desarrolló excavaciones en 1921 y 1922. El ambiente en el que se desarrollaron las excavaciones es narrado por un viajero, que estuvo un par de semanas en el campamento (Cabrera, 1924), y refleja la inseguridad del momento, época del desastre de Annual, y un Tetuán batido por el cañón de los rifeños, solo salvado por la defensa de la posición de Kudia Tahar, a escasos kilómetros de las ruinas, todo ello aderezado con los relatos continuos y apasionados de Montalbán sobre sus estancias en diversos lugares de todo el mundo.

Montalbán escribía de sus excavaciones unas Memorias, que distaban en todo de ser lo que entendemos por una Memoria Arqueológica, siempre repletas de detalles, anécdotas y digresiones que remotamente vienen al caso. Pero no las publicó porque, en realidad, no eran presentables. Si conocemos la realidad de los primeros hallazgos realizados es sobre todo por el doctísimo informe que realizó en una visita Manuel Gómez Moreno (1922), y de forma subsidiaria, por algunos detalles recogidos por un erudito portugués poco tiempo más tarde (Fomtes, 1924; Gozalbes, 2009). En el año 1923 Montalbán inició las excavaciones en *Lixus*, que en años sucesivos dirigió en la zona del Foro romano (después identificado por Ponsich como “zona de templos), en las necrópolis, y sobre todo, en el formidable conjunto industrial de las fábricas de salazón de pescado de época romana que, por cierto, durante la mayor parte del tiempo identificó como almacenes del puerto.

Montalbán fue primero nombrado Asesor de la Junta, en 1922, y a partir del año 1926 “Inspector de Excavaciones”. En 1927 se benefició de la prospección de vestigios paleolíticos realizada por Hugo Obermaier (que identificó una quincena de estaciones de superficie con materiales desde el Paleolítico Inferior al Epipaleolítico), de quien aprendió algo de tipología de sílex y cuarcitas, y en esos años realizó otras exploraciones. La *JSMHAM* estableció una primera exposición permanente, a la que tuvo tendencia de llamar Museo Arqueológico de Tetuán (*avant la lettre*), primero con los restos de *Tamuda*. En realidad el Museo Arqueológico de Tetuán, en un local propio, fue inaugurado en noviembre de 1931, ya bajo la Segunda República, y cuando de forma definitiva se recogieron en el mismo los materiales de *Lixus*. No puede extrañar en la medida en la que el Museo Arqueológico de Rabat no se

creó hasta esa misma época (1931-1932), por traslado del *Service des Antiquités* desde Volúbilis.

En lo que respecta a la arqueología prehistórica, en principio la misma estuvo al margen del interés de las autoridades, por cuanto presentaba un menor interés colonial en la propaganda francesa y subsidiariamente española. Existieron no obstante algunos pioneros, como Louis Siret (que aprovechó alguna estancia como ingeniero de minas para realizar prospecciones), o el referido Obermaier en actividad puntual en la zona de Larache-Arcila y Tetuán. Pero sobre todo debe tenerse en cuenta la actuación de dos aficionados muy entregados a la labor, el sacerdote castrense Henry Koehler (que también publicó muchos trabajos sobre el cristianismo en Marruecos), y el entomólogo Maurice Antoine.

Ambos participaron junto a otros aficionados en la creación de la *Société de Préhistoire du Maroc* (1926), que comenzó a publicar un *Bulletin* en el que se darían a conocer infinidad de estaciones de superficie. Pese a todo, como diría en broma Antoine, en esas fechas había en Marruecos una Sociedad de Prehistoria, pero sin la sombra de un prehistoriador. Esta primera época de la *Société de Préhistoire du Maroc* entraría en el descrédito científico, salvado sólo después de la Segunda Guerra Mundial, por la asunción de muchos de sus integrantes de las creencias en la existencia de los Atlantes (que por cierto, Montalbán también compartía).

En todo caso, Antoine prospectó determinadas regiones de Marruecos, con el hallazgo de decenas de estaciones de superficie prehistóricas, teniendo especial potencia los estudios realizados en la Chaouia (región de Casablanca). El P. Koehler también prospectó en superficie, identificó industrias en unos momentos en los que se estaba produciendo su sistematización definitiva en el Magreb (no se produjo hasta los años treinta), y actuó de forma importante al respecto en el territorio de Rabat, y en el de Tánger a Larache (que no publicó, pero donde localizó 18 estaciones). Lo más importante de su actuación fue, sin duda, el estudio de algunas tumbas de la prehistoria reciente en la zona de Tánger, y sobre todo, la excavación en una de las grutas de Achacar, que le permitieron por vez primera identificar la existencia del Neolítico Antiguo (cerámica cardial).

No obstante, la importancia de los hallazgos en Argelia, las dimensiones que la Prehistoria más antigua estaba tomando en el África central de coloni-

zación inglesa, relanzó el reconocimiento de la Prehistoria, puesto que la misma comenzaba primero a abrirse un hueco, y luego a ocupar una posición estelar en las disciplinas colonialistas (Robertshaw, 1990). El cambio fue drástico y la administración francesa del Protectorado decidió reconocer y dar estatus oficial a la prehistoria, con lo que precedía los grandes descubrimientos de Cuaternario magrebí.

Fue en 1932 cuando se produjo en Marruecos ese reconocimiento con el nombramiento de Armand Ruhlmann como *inspecteur des antiquités préhistoriques* del *Service des Antiquités*. En realidad, cuando llegó a Marruecos, en plena juventud, Ruhlmann sólo había trabajado en el mundo protohistórico y en el de la época romana (Antoine, 1951, 89-90). Desde sus primeros trabajos en Marruecos lograría el reconocimiento como especialista en Prehistoria (recién creado en Francia), y la primera tesis doctoral sobre prehistoria marroquí con la investigación sobre las grutas de El Khenzira en la zona de Mazagán, publicada en 1936.

Su trabajo era el característico de la época, por lo que aportó como novedad fundamental el trabajar siempre con geólogos (más adelante lo haría con René Neuville, llegado en 1940 del destino consular en Gibraltar), con lo que superaba la etapa de sus contemporáneos aficionados: hizo prospecciones en las que localizó cantidad de estaciones de superficie, sistematizó por vez primera el Paleolítico y Epipaleolítico de Marruecos, excavó en las grutas de El Khenzira y en Dar es Soltane, y terminaría de forma trágica muriendo en accidente en acto de servicio, en la excavación de la cueva de El Aouïn en el Marruecos oriental (1948).

Por la parte española, nada hay que pueda compararse en relación con la prehistoria. En cualquier caso, en la época de la Segunda República, después de la inauguración del Museo Arqueológico de Tetuán, y de la publicación del primitivo *Mapa arqueológico* de Montalbán (1933), se diseña un proyecto estelar que va ser la excavación en el monumento protohistórico de M'Zora (Chouahed, en la zona de Arcila). Se trata de una actividad que cierra la etapa anterior (en resultados), pero abre la siguiente (en lo que respecta a objetivos). Se trataba de explorar y hacer visitable el monumento con vistas a su conversión en una especie de "parque arqueológico", para hacerlo centro de atracción del turismo. Sus condiciones eran innegables: un círculo de monolitos de unos 54 metros de diámetro, con

un corredor interior enlosado, y con un túmulo de tierra en su interior que llegaba hasta los 6 metros de altura.

Los trabajos se inician en 1932-1933 con la limpieza, que dio resultados positivos, pues dejó al descubierto las características del monumento, con su número exacto de monolitos, y la existencia del enlosado, y del muro de contención de la tierra del túmulo (con aparejo de tipo helenístico). Pero los problemas se acumularon a partir del proceso de excavación en el túmulo artificial, fuertemente afectado por resultados inesperados (no era un sepulcro de corredor como se esperaba) y por la impericia de Montalbán. Para rematar la desgracia, perdiéndose los datos (hallazgo de una cista con algún objeto metálico en forma de puñal o pequeña espada, a partir de diversos testimonios orales), en julio de 1936 Montalbán fue detenido, a punta de fusil, por las tropas franquistas, produciéndose después el saqueo y destrucción de lo descubierto, y el deterioro de las paredes, todo ello en la búsqueda de tesoros.

El periodo posterior en la arqueología marroquí se caracteriza por la coincidencia con las guerras. Primero con la guerra civil española que, obviamente, imposibilita los estudios por parte de los españoles. Después por la Guerra Mundial, que obviamente afectará a Francia, en la evolución de su situación, desde la guerra con Alemania, el régimen de Vichy (en el que Carcopino fue ministro), el paso a la Francia libre y a los Aliados. También en Tánger se producen novedades puesto que por vez primera desde la época inicial del siglo se van a producir estudios, y la ciudad, como veremos, atraerá la atención de los investigadores, pero se verá afectada por la ocupación española en 1940.

Por la parte francesa esta nueva etapa se iniciará con la ya referida creación de la revista especializada: *Publications du Service des Antiquités du Maroc*. Desde el primer número vemos la presencia de los pesos pesados de la arqueología marroquí (Chatelain y Rulhmann, pero con la aparición de una nueva figura: Raymond Thouvenot. Después de sus trabajos en Roma, Thouvenot había sido miembro del *Institut des Hautes Études Hispaniques* (posterior *Casa de Velázquez*; a todo lo largo de los años treinta había estado presente en España, donde consiguió su especialización, y en 1936 tenía ya terminada su tesis doctoral, que publicaría cuatro años más tarde, dedicada a una síntesis sobre la Bética romana, convertida en emblemática en la bibliografía.

Thouvenot ya había tenido presencia y había realizado trabajos en Marruecos, cuando desde época de la guerra civil española llegó destinado como adjunto de Chatelain, a quien sustituiría en 1941. Sus excavaciones inicialmente se centrarían en *Banasa*, colonia romana creada por Augusto, acerca de la que publicaría pronto una síntesis (Thouvenot, 1941). El volumen de publicaciones de Thouvenot sobre Marruecos era muy similar al del citado Chatelain, incluso en las circunstancias de la guerra: 9 en 1935, 3 en 1936, 2 en 1937, 4 en 1938, 5 en 1939, 2 en 1940, 7 en 1941, 2 en 1942, 0 en 1943, 2 en 1944, 10 en 1945 (Brouquier-Reddé y Lenoir, 2000).

Pero lo más importante es que el investigador ya representaba una nueva generación respecto a Chatelain, y su trabajo mostraba que el arqueólogo debía rebasar el terreno de las Bellas Artes, o la mera especialización epigráfica. De esta forma, Thouvenot va a mostrar en sus múltiples publicaciones un dominio bastante mayor de las fuentes literarias, algunos trabajos serán específicos al respecto, y sobre todo también del uso y estudio de las monedas, en parte de la cerámica siempre olvidada por Chatelain, o de las ánforas. Así pues, Thouvenot fue un arqueólogo mucho más completo que Chatelain, porque su formación ya había sido más específica, y porque el concepto de arqueología ya había cambiado.

En cualquier caso, si es cierto que Thouvenot era un historiador que consideraba la arqueología una magnífica fuente de documentación, desde la perspectiva de la interpretación histórica, representó una cierta regresión colonialista en relación con Chatelain. Éste, al igual que Carcopino, observaban la antigua Tingitana romana con un valor por sí misma, con unas transformaciones importantes de las sociedades indígenas que, en una buena parte, habían colaborado y auspiciado la conquista romana y la romanización. Se trataba de una visión optimista sobre las propias potencialidades de la colonización francesa, que después del enfrentamiento armado no tendría resistencias hasta los años treinta.

Por el contrario, Thouvenot procedía del estudio de “su” querida Bética, y ante ella, la Tingitana no podía tener sino el contraste de un territorio bárbaro. Así Thouvenot dio un par de vueltas de tuerca a la imagen de militarización de la Tingitana, con base en estudios suyos como las incursiones de moros en la Bética, o Roma y los “bárbaros” africanos. De esta forma, para Thouvenot, más allá

de algunas producciones culturales brillantes, no era sino un guardaespaldas avanzado de la Bética, único justificante de ocupación para evitar las incursiones de los moros. Una imagen que tan sólo Miguel Tarradell, años más tarde, lograría superar al incidir en los componentes económicos (agricultura, salazones de pescado), que Michel Ponsich en los años sesenta terminaría por remachar.

Estos años anteriores a la ocupación española de 1940, en la Guerra Mundial, la arqueología de Tánger había cobrado cierto protagonismo. La colección arqueológica existente desde la época de la *Mision Scientifique* en el año 1928 se convirtió de forma definitiva en Museo de la Kasba. El Museo siguió dependiendo del Consulado francés, dependiente del Servicio de Enseñanza Francesa en Tánger. En los años treinta aparecieron algunas estatuas romanas, en especial la de la mujer con túnica aparecida en 1935 en el Zoco Grande, y que motivaron una estancia de Chatelain, que en esos años publicó algunos trabajos sobre estas obras.

En Tánger confluyeron dos aficionados norteamericanos, el médico Ralph Nahon, que desde al menos 1936 recorría el territorio tangerino, y poseía una colección de piezas de sílex, y Hooker A. Doolittle, encargado de negocios de los EE.UU. Estos dos personajes en 1938 y 1939 realizaron algunas excavaciones por su cuenta. De ellas tenemos en general muy pocas noticias, circunscritas a que en esos años excavaron en la cueva grande o alta de las grutas de Hércules, de nombre indígena Mugharet el Aliya, gruta que años más tarde (a partir de 1947) alcanzaría gran fama por los descubrimientos realizados en la misma.

En 1939 se sumó a las excavaciones, ya más científicas, el profesor Coon, que a la profundidad de 6 metros extrajo restos fósiles humanos; en 1940 Nahon y Doolittle continuaron las excavaciones, conectados por radio con las instrucciones de Coon, y en 1941 los restos salieron para el *Peabody Museum* de la Universidad de Harvard. Las excavaciones se retomaron, en plan ya más científico, a partir de 1947 y ofrecerían ciertamente resultados muy importantes para el Paleolítico y Neolítico. Las peculiares circunstancias y cautela con la que deben tomarse los resultados, han sido expuestas por uno de nosotros en otra ocasión (Gozalbes, 2007), pero en todo caso al entrar en la ciudad los españoles en 1940 clausuraron las búsquedas e instalaron una batería antiaérea en el lugar.

LA CONSOLIDACIÓN DE LAS ESTRUCTURAS (1939-1946)

El período contemporáneo al desarrollo de la II Guerra Mundial estaría marcado, en lo relativo a la arqueología en la Zona Española del Protectorado, por las figuras de Pelayo Quintero Atauri (nacido en Uclés, provincia de Cuenca, en 1867, y fallecido en Tetuán, en 1946) y de Tomás García Figueras (Jerez de la Frontera, 1892-1981), quien, desde sus diversos cargos de responsabilidad en el ámbito de la Alta Comisaría Española (García Figueras, militar de formación, ejercería, entre otras funciones, como delegado de Economía, de Educación y Cultura y de Asuntos Indígenas, o como Secretario General de la Alta Comisaría, permaneciendo en puestos de responsabilidad de forma ininterrumpida desde los años de la Guerra Civil hasta la desaparición del Protectorado, en los años 50, siendo una de las figuras clave en la administración española del Norte de Marruecos).

Sería Tomás García Figueras quien diseñase y llevase a la práctica la puesta en funcionamiento de las estructuras de gestión cultural en el seno de la administración española del Norte de Marruecos desde 1936, fruto de lo cual sería la rehabilitación de Montalbán, la reintegración en el servicio de Bellas Artes de Mariano Bertuchi (como responsable del mismo), la creación del Servicio de Antigüedades (de Arqueología) o la puesta en marcha del nuevo Museo Arqueológico, instituciones al frente de las cuales García Figueras -no sin contar con la complicidad y ayuda del entonces Alto Comisario, Juan Beigbeder- habría de situar a Pelayo Quintero de Atauri. Nacido en los estertores del reinado de Isabel II y formado en la España de la Restauración, sobrino del histórico excavador de Segóbriga Román García Soria, alineado políticamente con los liberales de Sagasta y Moret, y miembro, luego, de la Unión patriótica de Primo de Rivera, reunía un perfil poliédrico en el que se unían sus facetas de historiador, arqueólogo, profesor, director de Museos, gestor de Patrimonio, y los no pocos cargos -todos, a excepción de su puesto como profesor de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz, no remunerados, que fue acumulando a lo largo de su vida.

No nos extenderemos en el perfil profesional y personal de Quintero, por haberlo abordado en ocasiones anteriores (Parodi, 2007; 2008; 2008b; 2008c; Parodi y Gozalbes, 2011; Verdugo y Parodi, 2010; Zouak y Parodi, 2011). Señalaremos que, alejado ideológicamente del golpe de estado de julio

de 1936, este arqueólogo y gestor público acabaría sus días en Tetuán falleciendo en 1946, debiendo abandonar la provincia de Cádiz (donde había desempeñado buena parte de sus responsabilidades desde los primeros años del siglo XX y hasta 1939) por instigación de determinados personajes afectos al régimen franquista y siendo acogido (a sus más de 70 años, en 1939) en las estructuras de gestión del Patrimonio Cultural del Norte de Marruecos bajo coadministración hispano-marroquí, contando como sus valedores a los ya mencionados Juan Beigbeder Atienza y Tomás García Figueras, verdadero “hombre fuerte” de la administración española en el septentrión marroquí.

El trabajo de campo del Servicio de Excavaciones de la Alta Comisaría Española contando con Pelayo Quintero al frente como responsable, y especialmente el trabajo del propio Quintero como arqueólogo (con un Montalbán rehabilitado y reincorporado al trabajo, al frente del sector occidental del territorio, con sede en la ciudad de Larache y bajo la autoridad directa de Quintero y de García Figueras), habría de centrarse casi exclusivamente en el yacimiento arqueológico de *Tamuda*, resultante de una unión de factores entre los que se contarían la escasa capacidad presupuestaria del momento (una constante en la realidad de la arqueología de la época, de acuerdo con los testimonios a este respecto del propio Quintero ya antes de su llegada a Marruecos, en ámbito gaditano), la proximidad de este sitio arqueológico a la ciudad de Tetuán y la existencia de trabajos previos (los desarrollados antes de la guerra civil por Montalbán), que podrían hacer más atractiva la continuación de las labores de investigación en este yacimiento, así como (ya en un plano humano) la propias circunstancias vitales de un Pelayo Quintero anciano (que emprende su primera campaña de campo en el verano marroquí de 1940, a la edad de 73 años), enfermo y progresivamente agotado. Se emprendieron entonces (entre 1940 y 1945, en plena Segunda Guerra Mundial –que no afectó directamente al territorio de la Zona Española, pero que es la “envolvente general”, por así decirlo, en que se enmarcan los trabajos y la realidad del momento) seis campañas de investigación arqueológica en el yacimiento de Tamuda, estando las de los años 1940 y 1941 bajo la dirección de Quintero Atauri, y las de 1942, 1943, 1944 y 1945 bajo la dirección conjunta de Quintero y su secretario en el Museo, Giménez Bernal; estos trabajos sirvieron para ampliar la zona ya excavada

en dicho yacimiento por César Luis de Montalbán, al tiempo que se enriquecían los fondos del Museo Arqueológico tetuaní con los materiales procedentes de estas excavaciones.

Además de las mencionadas campañas arqueológicas llevadas a cabo por Quintero Atauri entre los años 1940 y 1945 (que cerrarían cronológicamente este capítulo) es conveniente hacer mención igualmente de la del año 1946, que se desarrollaría ya definitivamente postrado Quintero (precisamente poco tiempo antes de su fallecimiento, en octubre de dicho año), y que fuera dirigida por el sacerdote agustino César Morán junto al referido Cecilio Giménez. César Morán Bardón, antropólogo, etnólogo, estudioso de las lenguas y tradiciones populares castellanas y arqueólogo aficionado, sería la persona en quien Quintero habría depositado su confianza para sucederle en las responsabilidades arqueológicas en el Norte de Marruecos, aunque otras circunstancias –fundamentalmente los conflictos de intereses y las luchas de poder en el seno de la Arqueología española de la época, entre la Comisaría General de Martínez Santaolalla y sus adversarios del campo universitario, que se sumarían a las debilidades académicas y de salud de Morán) resolverían la situación a favor de Miguel Tarradell (Díaz-Andreu, 2002; Gozalbes y Parodi, 2011).

Quintero centraría sus esfuerzos en los sectores meridionales y occidentales del yacimiento en su *facies* romana, en las murallas, los torreones, la puerta y la zona habitacional interior del espacio interior del *castrum*, aunando los trabajos de campo con la publicación anual de las correspondientes “Memorias” de los mismos en las que aparecen publicados los resultados de sus investigaciones. Los estudios de campo tenían así un vehículo de expresión y un paralelo en la publicación y divulgación de los mismos (una constante vital en la rutina de trabajo de Quintero sería precisamente la de publicar lo que investigaba, no dejando nada al olvido), algo que el de Uclés llevaría a cabo mediante el empleo de todos los recursos a su alcance (en una época de especial penuria económica), tales como los medios de prensa existentes en el ámbito de la Zona Española del Protectorado, revistas divulgativas como *Mauritania* (editada por los franciscanos), o las *Memorias* de los Museos provinciales, en las que el Museo de Tetuán no estaba inicialmente incluido y que desde 1943 albergarían la Memoria anual del tetuaní por iniciativa de Quintero, con lo que se insertaba a esta institución del Patrimonio y centro

de investigación en un circuito mucho más amplio, dado que se entraba en una dinámica general, de ámbito estatal español, lo que permitiría una mayor difusión de las investigaciones desarrolladas en el norte de África entre estudiosos nacionales y extranjeros, reflejo de lo cual, quizá, serían las visitas de estudios a Tetuán como las llevadas a cabo por la entonces directora del Museo de Granada, una joven Josefina Egvarás).

Los trabajos de investigación efectuados por César L. de Montalbán desde principios de los años 20 del siglo pasado (en yacimientos como los de *Lixus*, Mezora o Tamuda) hacían necesario disponer de un Museo para albergar los materiales fruto de dichos trabajos (hasta entonces almacenados en instalaciones de Larache y Tetuán). Así, ya en la década de los 20 del siglo XX se habría contado con depósitos o almacenes que habrían servido a estos fines. Finalmente, y como consecuencia de varios factores entre los que cabe contar la propia y paulatina puesta en funcionamiento de las estructuras administrativas y de gestión del Patrimonio Histórico en el Protectorado, así como del desarrollo de los trabajos de campo (igualmente ligados al desarrollo de las referidas estructuras) que inicialmente echaron a andar a principios de los años 20 del siglo pasado, y ampliamente superadas las posibilidades de los depósitos y almacenes existentes, en la ciudad de Tetuán se habilitaron unas dependencias de un edificio de la calle Mohammed Torres (en el nº. 7), en las que habría quedado establecido el Museo en el mes de noviembre de 1931; el responsable de dicho Museo debió ser César L. de Montalbán.

Andando el tiempo, pocos años más tarde, en 1938 (mismo año de la inauguración de otros dos señeros equipamientos culturales de Tetuán: la Biblioteca General y la Hemeroteca), se decidiría trasladar el Museo (cuyas instalaciones eran ya insuficientes, lo que lleva a pensar que lo fueran ya desde inicio), comenzando las obras de la nueva sede en 1939, en la calle Mohammed ben Hossain, junto al Bajalato de la ciudad, justo fuera de la Medina y cerca de una de sus Puertas; el nuevo Museo se situaba (y se sitúa) en una zona axial, de confluencia entre las dos áreas urbanas bien identificadas de la Tetuán histórica: la Medina medieval y el Ensanche español, y se convertiría en el vehículo articulador de la gestión del Patrimonio Arqueológico en el territorio del Norte de Marruecos desde el mismo momento de su puesta en funcionamiento, en el verano de 1940 (el 19 de julio de dicho año, fecha no

dejada al azar), merced al impulso de su director, Pelayo Quintero, quien habría de ejercer una doble responsabilidad: inspector de excavaciones y director del Museo Arqueológico de Tetuán; Quintero Atauri vino a ser la figura de máxima autoridad en materia de gestión pública del Patrimonio Arqueológico en el Norte de Marruecos bajo administración conjunta hispano-marroquí, bajo la dirección de las autoridades de la Alta Comisaría Española (donde el ya mencionado Tomás García Figueras jugaría un papel esencial) y del Majzén (la administración marroquí bajo la autoridad del Jalifa) entre 1939 (año de su entrada en Marruecos) y 1946 (año de su fallecimiento en Tetuán).

Este Museo de la calle Ben Hossain habría de convertirse desde su puesta en marcha, como hemos adelantado, en el eje articulador y en el elemento nuclear del trabajo de investigación arqueológica de campo, y funcionaría como elemento rector de la investigación y el trabajo sobre el terreno, gracias, además, a la labor de su director, Quintero, al frente del servicio de la Inspección General de Excavaciones del Protectorado, lo que se conjugaba con sus responsabilidades al frente del propio Museo, una institución del Patrimonio que habría de ser mucho más de un mero “depósito de colecciones” (como habría sido el caso de las instalaciones precedentes, de los años 20 y de 1931), alejándose definitivamente del perfil de “almacén de piezas” (procedentes de las excavaciones de yacimientos arqueológicos del territorio) que sí habrían tenido sus precedentes, y que se convertiría en un núcleo activo de la investigación, la gestión y la difusión del Patrimonio Arqueológico del territorio bajo su responsabilidad.

La figura de Quintero Atauri en el marco de la Arqueología del Norte de Marruecos marcaría el ocaso de una época, la de la Arqueología como una realidad academicista y voluntarista, aún impregnada de anticuarismo, y el principio de otra, la de la Arqueología académica, científica y considerada como una rama de la administración pública, de la gestión del Patrimonio Histórico. Tras un breve lapso (comprendido entre la muerte de Quintero, en 1946 y la llegada de quien habría de sucederle en sus responsabilidades, Miquel Tarradell, en 1948) se abriría paso a una nueva etapa, con la que se alcanzaría la consolidación de una Arqueología “nueva”, profesional, universitaria e imbricada en la gestión pública del Patrimonio en el Norte de Marruecos (de manera pareja y paralela a lo que vendría sucediendo en España).

Los difíciles años de la II Guerra Mundial habrían de representar en el Norte de Marruecos, en la Zona Española del Protectorado, y en lo relativo a la Arqueología en el territorio bajo gestión conjunta hispano-marroquí, un momento de establecimiento y de construcción de estructuras de gestión del Patrimonio Arqueológico del territorio (si bien es de señalar que esto no sería algo exclusivamente orientado a la materia arqueológica). Mientras el resto del mundo se hacía la guerra, en el Norte de Marruecos, pese a las dificultades propias del momento y al propio cariz de la situación del territorio, se estaban sentando las bases de la gestión del Patrimonio Histórico desde el prisma de una administración a la, que no podemos considerar sino en su contexto histórico, social, económico y político. Quintero, primero, y Tarradell inmediatamente después, sentarían los cimientos (sin pasar por alto a García Figueras, “motor remoto” de esta acción) de la conservación, la investigación, la difusión y la aplicación de la protección del Patrimonio Arqueológico del Norte de Marruecos en los años 40 y 50 del siglo pasado.

BIBLIOGRAFÍA

- Antoine, M. (1951), “Le développement des études préhistoriques au Maroc”, *Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc*, 2, 3/4, 85-99.
- Ballart, J. (1997), *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*, Barcelona.
- Brouquier-Reddé, V. (2000), “Les brigades topographiques au Maroc (plaine du Gharb et région de Volubilis)”, *L’Africa Romana*, XIII, 959-989.
- Brouquier-Reddé, V. y Lenoir, E. (2000), “Bibliographie du Maroc Antique”, *L’Africa Romana*, XIII, 991-1072.
- Cabrera, A. (1924), *Magreb el Aksa. Recuerdos de cuatro viajes por Yebala y por el Rif*, Madrid.
- Carcopino, J. (1943), *Le Maroc Antique*, París.
- Chatelain, L. (1942), *Inscriptions Latines du Maroc*, Rabat.
- (1944), *Le Maroc des romains*, París.
- Díaz-Andreu, M. (2002), *Historia de la Arqueología. Estudios*, Madrid.
- Euzennat, M. (1956), “Deux voyageurs anglais à Volubilis (1721)”, *Hespéris*, 43, 325-334.
- Fontes, J. (1924), “Impressões duma visita a Tamuda e Tetuão”, *Arqueologia e Historia*, 3, 75-87.
- Ghottes, M. y Parodi Álvarez, M.J. (2011), “Le fleuve Tamuda”, *Pelayo Quintero en el primer centenario de 1912* (Parodi, M.J. y Gozalbes, E., Eds.), Cádiz, 423-454.
- Gómez Moreno, M. (1922), *Descubrimientos y antigüedades en Tetuán*, Suplemento del número de 10 de noviembre del *Boletín Oficial de la Zona de Protectorado español en Marruecos*, Madrid.
- Gozalbes Cravioto, E. (2002), “Las excavaciones arqueológicas de 1921-1922 en Tamuda (Tetuán, Marruecos)”, *Cuadernos del Archivo Central de Ceuta*, 14, 325-342.
- (2005), “Los pioneros de la Arqueología española en Marruecos (1880-1921)”, *El nacimiento de la Prehistoria y la Arqueología científica* (Cabrera, V. y Ayarzagüena, M., Eds.), Madrid, 110-117.
- (2007), “Algunos avatares de la arqueología colonial en el Norte de Marruecos (1939-1942)”, *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 42, 77-95.
- (2008a): “Los españoles y las antigüedades de Marruecos: de Ali Bey el Abbasi al inicio del Protectorado (1800-1936)”, *Historia de la Arqueología en el Norte de Marruecos durante el periodo del Protectorado y sus referentes en España* (Beltrán, J. y Habibi, M., Eds.), Sevilla, 63-95.
- (2008b): “Los primeros pasos de la arqueología en el Norte de Marruecos”, *En la orilla africana del Círculo del Estrecho. Historiografía y proyectos actuales*, Colección de Monografías del Museo Arqueológico de Tetuán II (Bernal, D., Raissouni, B., Ramos, J., Zouak, M. y Parodi, M.J., Eds.), Cádiz, 33-61.
- (2008c), “La Arqueología española en Marruecos (1921-1936). Memorias y desmemorias”, *Documentos inéditos para la Historia de la Arqueología* (Mora, G. y Ayarzagüena, M., Eds.), Madrid, 183-195.
- (2008d), “Notas de historiografía arqueológica: la visita de Joaquim Fontes a Tetuán y Tamuda (Marruecos) en 1923”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 11/1, 285-295.
- Gozalbes Cravioto, E. y Parodi Álvarez, M.J. (2011), “Miguel Tarradell y la Arqueología del Norte de Marruecos”, *Actas del III Seminario Hispano Marroquí. Arqueología y Turismo*, Colección de Monografías del Museo Arqueológico de Tetuán III (AA.VV.), Cádiz, 105-127.

- La Martinière, H. (1919), *Souvenirs du Maroc. Voyages et missions*, París.
- Montalbán, C.L. (1933), *Mapa arqueológico de la Zona de Protectorado Español en Marruecos*, Madrid.
- Parodi Álvarez, M.J. (2006), “La Razón de la Sinrazón. Cayo César, el obelisco y las lentejas”, *Economía de prestigio versus Economía de mercado* (G. Chic García, Ed.), Sevilla, 89-101.
- (2007), “Arqueología española en Marruecos, 1939-1946. Pelayo Quintero de Atauri”, *Spal*, 15, 9-20.
- (2008), “Notas sobre Historiografía Arqueológica Hispano-Marroquí. 1939-1946, Pelayo Quintero”, *En la orilla africana del Círculo del Estrecho. Historiografía y proyectos actuales*, Colección de Monografías del Museo Arqueológico de Tetuán II (Bernal, D., Raissouni, B., Ramos, J., Zouak, M. y Parodi, M.J., Eds.), Cádiz, 63-92.
- (2008b), “Pelayo Quintero: Arqueología en las dos orillas del *Fretum Gaditanum*”, *L’Africa Romana*, XVII, 2517-2526.
- (2008c): “Pelayo Quintero de Atauri. Apuntes de Arqueología hispano-marroquí, 1939-1946”, *Historia de la Arqueología en el Norte de Marruecos durante el Protectorado y sus referentes en España* (Beltrán, J. y Habibi, M., eds.), Sevilla, 97-119.
- (2009), “Notas sobre la organización administrativa de las estructuras de gestión del Patrimonio Arqueológico en el Marruecos Septentrional durante el Protectorado (1912-1956)”, *Herakleion*, 2, 117-141.
- (2011), “Pelayo Quintero. Crepúsculo en Tetuán”, *Pelayo Quintero en el primer centenario de 1912* (Parodi, M.J. y Gozalbes, E., Eds.), Cádiz, 309-322.
- (e.p.), “El admirable crepúsculo: Pelayo Quintero y la Arqueología en el Norte de Marruecos”, *Actas de las Jornadas “Pelayo Quintero Atauri. El Sabio de Uclés”*, (Gozalbes, E. y Parodi, M.J., Eds.).
- Parodi Álvarez, M.J. y Gozalbes Cravioto, E. -Coords. ed.- (2011), *Pelayo Quintero en el primer centenario de 1912*, Cádiz.
- (2011), “La Arqueología en el Norte de Marruecos (1900-1945)”, *Actas del III Seminario Hispano Marroquí. Arqueología y Turismo* (AA. VV.), Cádiz, 137-159.
- Rebuffat, R. (2000), “Histoire de l’identification des sites urbaines antiques du Maroc”, *L’Africa Romana*, XIII, 865-914.
- Souville, G. (1973), *Atlas préhistorique du Maroc. 1. Le Maroc Atlantique*, París.
- Thouvenot, R. (1941), *Une colonie romaine de Maurétanie Tingitane: Valentia Banasa*, París.
- Valderrama, F. (1956), *Historia de la acción cultural de España en Marruecos (1912-1956)*, Tetuán.
- Verdugo Santos, J. y Parodi Álvarez, M.J. (2010), “La gestión del Patrimonio Arqueológico en el antiguo Protectorado español en el Norte de Marruecos. Gestión, administración, normativas”, *Spal*, 17, 9-25.
- Verdugo, J., et alii (2011), “Tamuda. De la arqueología colonial a la Cooperación Internacional”, *Pelayo Quintero en el primer centenario de 1912*, (Parodi, M.J. y Gozalbes, E., Eds.), Cádiz, 355-420.
- Zouak, M. y Parodi Álvarez, M.J. (2011), “Pelayo Quintero y el Arqueológico de Tetuán”, *Pelayo Quintero en el primer centenario de 1912*, (Parodi, M.J. y Gozalbes, E., Eds.), Cádiz, 325-352.

SECCIÓN V ARIA

A DATAÇÃO PELO RADIOCARBONO DE ELEMENTOS DE RODAS ROMANAS DE MADEIRA PARA ELEVAÇÃO DE ÁGUA NAS MINAS DE RIO TINTO

AQUILINO DELGADO DOMÍNGUEZ

Fundación Riotinto

ANTÓNIO M. MONGE SOARES

ITN/IST Instituto Superior Técnico. Universidade Técnica de Lisboa

PAULA F. QUEIROZ

Terra Scenica. Centro para a criatividade partilhada das Ciências, Artes e Tecnologias

Recibido: 24/01/2013

Aceptado: 07/02/2013

Revisado: 06/02/2013

Publicado: 17/06/2013

RESUMO

Fragmentos de madeira dos raios das rodas utilizadas no sistema de drenagem das minas romanas de Rio Tinto e que se encontram depositados no Museu Mineiro de Rio Tinto foram datados pelo radiocarbono. Todos os fragmentos datados foram identificados como de madeira de sobreiro (*Quercus suber*) e as datas obtidas foram consideradas como *terminii post quem* para o fabrico e utilização das referidas rodas. Assim, estas serão atribuíveis aos Sécs. I a III d. C.

ABSTRACT

Wood remains from spokes of Roman water wheels discovered in the Rio Tinto mines (Southern Spain) and currently deposited at the Mines Museum of Rio Tinto were radiocarbon dated. Five samples identified as wood from cork-oak (*Quercus suber*) were processed providing *post quem* dates for the manufacture and use of the wheels. In this way, these Roman wheels must be ascribed to a period between the first and the third century A.D.

PALAVRAS CHAVE

Rodas romanas de elevação de água, Minas de Riotinto, Sobreiro, Datação pelo radiocarbono.

KEYWORDS

Roman water wheels, Rio Tinto mines, Cork-oak, Radiocarbon dating.

La noria (*rota aquaria*) fue una de las máquinas más empleadas en época romana para desaguar el interior de las minas (Luzón Nogué, 1968). Restos de estos artilugios se han documentado en *Britania* (Davies, 1935; Jones *et al.*, 1960; Lewis, 1977), en *Dacia* (Wollmann, 1996; Slotta *et al.*, 2002), y en *Hispania*, donde los hallazgos han sido numerosos en los distritos mineros del suroeste, en São Domingos (Domergue *et al.*, 1999), Tharsis (Stevenson, 1875; Domergue y Bordes, 2004), y Riotinto (Delgado y Regalado, 2010). Sólo en Riotinto se han registrado una cincuentena de ruedas hidráulicas (Ver plano 1), de las que actualmente se conserva una completa y tres mitades de discos y algunos ejes de bronce en el Museo Provincial de Huelva, y un tercio de otra en el Museo Británico de Londres (Weisberger, 1979). En el Museo Minero de Riotinto se conservan también un eje de madera y 387 fragmentos de madera de noria de los ejemplares hallados en Filón Sur en 1922. Las analíticas que se presentan en este trabajo se han realizado sobre una muestra de estas maderas.

Estas maderas fueron depositadas tras su hallazgo en el Museo de Bella Vista, propiedad de Río Tinto Co. Ltd., en la artesa nº 3 bajo la vitrina central, donde gracias al trabajo de William conocemos que ya estaban ubicadas en 1932. Con la creación del Museo Provincial de Huelva en 1973 muchos de los materiales de esta colección fueron trasladadas a Huelva, entre ellos la noria encontrada en masa Planes en 1928, los ejes de bronce plomado hallados en Filón Sur, etc., pero estos fragmentos de madera



Figura 1 Norias romanas halladas en Filón Sur (Río Tinto) en 1910. Foto A-3/277. Archivo de Fundación Río Tinto (AFRT).

permanecieron en Riotinto, hasta que en 1987 fueron trasladados al Museo Minero de Riotinto, junto con el resto de materiales que permanecían en el Museo de Bellavista (Delgado y Regalado 2010, 670).

EL HALLAZGO DE NORIAS ROMANAS EN EL FILÓN SUR DE RIOTINTO.

A fines de 1910, durante los trabajos mineros que se llevaban a cabo en la zona centro del Filón Sur o Nerva, se documentó un sistema de 14 parejas de norias, es decir 28 (Palmer 1926-1927) (Fig. 1). Presentaban tan mal estado de conservación que no se pudo “recuperar” ninguna. Sus tamaños variaban entre los 4,648 metros y los 4,52 metros.

En una zona cercana, a una cota superior, se produjo otro hallazgo entre 1919 y 1921, ocho parejas de norias según Palmer (Palmer, 1926-1927, 299-336), y once según Williams (Williams, 1932, 18), quien corrobora la situación, “...During the year 1919 to 1921, a whole nest of similar wheels was uncovered in the South Lode...” (Williams 1932, 3), y nos aporta el dato de que fueron halladas en la zona próxima a la galería de desagüe de San Luís (Williams, 1932, 18). Tenían unas dimensiones medias de 4,65 metros y disponían de treinta cangilones. Estaban ubicadas de forma escalonada, cada pareja elevaba el agua desde el fondo de la cámara donde se encontraba hacia los canales en la parte superior que comunicaban con la cámara superior, donde se encontraba la siguientes norias del sistema, y así de muro a techo.

R. E. Palmer calculó que una *rota* como éstas halladas en Filón Sur podría elevar estaría en torno a los 18,9 galones de agua por minuto, equivalentes a 0,083 m³ u 83,252 litros por minuto, y que la fuerza necesaria para moverla sería de 2270 pies libras por minuto, equivalentes a 0,07 caballos de vapor métricos (Palmer 1926-1927, 299-336).

Estas cadenas de norias halladas entre 1910 y 1921 formarían parte de un mismo sistema, como se recoge en el plano de Williams (Williams 1932, 18 plate 1), en el que se señala que “Chain of 14 wheels feeding to lowest Wheel of Chain ‘A’”. Es decir, el sistema 28 ruedas hidráulicas halladas en el último trimestre de 1910 subiría el agua desde los 256.2 metros sobre el nivel del mar hasta la cota 308 metros, donde la parte inferior del la cadena de 14 norias documentadas entre 1919 y 1921 subía el agua 29,6 metros, hasta la galería romana de desagüe de San Luís, al pie del Cerro de las Vacas. De esta forma este sistema desagaba la zona central de

Filón Sur elevando el agua 81,4 metros (Fig. 2), desde los niveles inferiores de la zona de laboreo minero romano hasta la galería inclinada del Cerro de las Vacas (Delgado y Regalado, 2010a), desde donde el agua caía por su propio peso hacia el valle del río Agrio, que desagua tras un corto trecho en el río Tinto. Esta galería de desagüe romana fue empleada desde 1725 hasta el último tercio del siglo XIX como punto de aprovisionamiento de agua para las labores hidrometalúrgicas de cementación natural (Ezquerro del Bayo, 1852, 31).

La construcción de un sistema de desagüe como éste, con más de cuarenta norias para subir el agua a una altura de ochenta metros, hasta alcanzar la galería inclinada de San Luis, precisaría una fuerte inversión en trabajo y capital, para la maquinaria de madera, para el trazado de las labores de las cámaras y de los canales y su fortificación, y para el mantenimiento, que sería más costoso que la construcción, ya que las labores de desagüe no podían detenerse, pues se inundarían las zonas de arranque y ello podía ocasionar el fin de la extracción.

Este sistema de norias fue el primero documentado en las zonas de explotación de cobre de época romana. En 1928 se hallaron dos ruedas hidráulicas más en otro de los sectores de minería romana de cobre, en masa Planes (Pérez *et al.*, 2012, 53 y 57). Antes de estas fechas los restos de norias sólo habían aparecido en Filón Norte, el sector de minería romana argentífera, a una profundidad de 12 metros. Los minerales que contenían cantidades de plata beneficiables se ubicaban en la zona de oxidación (gossan), por lo que no era necesario un trabajo de desagüe a tanta profundidad.

En época Julio-Claudia la minería había estado dirigida preferentemente a la producción argentífera, y esto nos lleva a pensar que las norias de Filón Sur, que suponen un interés especial en la minería del cobre, pueden reflejar una importante potenciación de la minería cuprífera a partir de época trajano-hadrianana. A esta época pertenece también una regulación que expresa ese impulso a la minería del cobre, las tablas de bronce de *Vipasca* (Aljustrel, Portugal), un coto minero que se encuentra entre las minas de cobre más importantes del Imperio.

IDENTIFICAÇÃO BOTÂNICA DE AMOSTRAS DE MADEIRA.

Foi analisado um conjunto de cinco amostras de madeira que foram, posteriormente, objecto de datação pelo radiocarbono. Todas estas amostras eram fragmentos de raios de rodas de elevação de água

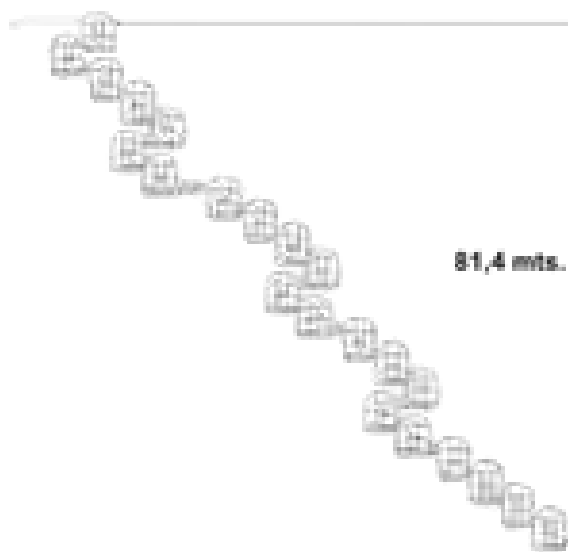


Figura 2 Recreación del sistema de 44 norias de Filón Sur con los datos aportados por Palmer y el plano de WILLIAMS, D. 1932, Plate 1, Pag. 18.

das minas romanas de Rio Tinto e encontravam-se depositadas no Museu Mineiro de Rio Tinto que foram tomados nos anos 90 do século XX.

Os fragmentos de madeira foram hidratados com água fervente durante várias horas, sendo, em seguida, realizados cortes finos com bisturi, segundo as três secções de diagnóstico – transversal, radial e tangencial – e observados e diagnosticados com microscopia óptica de transmissão. Não foi, no entanto, possível a realização de cortes finos da secção transversal, dado que implicaria a utilização de técnicas de impregnação e consolidação da madeira (o que não era admissível tendo em conta a sua utilização posterior como amostras a datar pelo radiocarbono). Assim, a observação e o diagnóstico dos padrões de porosidade e frequência/dimensão de raios multiseriados foram realizados com o auxílio da lupa binocular. A identificação da madeira constituinte das amostras foi auxiliada por material de referência e bibliografia especializada (Schwein-gruber, 1990a; 1990b).

O resultado das análises encontra-se descrito a seguir (Fig. 3):

Secção transversal – camadas de crescimento distintas; porosidade semidifusa; poros pouco frequentes (ocasionalmente mais frequentes em Muestra 2 e Muestra 5), dispostos em filas radiais, com um ou dois poros maiores concentrados no início do anel de crescimento. Os poros vão diminuindo gradualmente de diâmetro do início

para o fim da camada de crescimento. Poros com tilos. Raios multisseriados muito largos e muito frequentes.

Secção tangencial – raios unisseriados abundantes, homogêneos, formados por células circulares a elípticas.

Secção radial – raios homogêneos, formados exclusivamente por células prostadas. Vasos grandes, densamente pontuados, com tilos. Pontuações intervasculares grandes, circulares. Pontuações ra-

diovasculares grandes, opostas, alongadas radialmente. Placas de perfuração simples.

Todos os fragmentos observados foram identificados como madeira de sobreiro (*Quercus suber*). Embora dois fragmentos apresentassem uma frequência de poros mais elevada que o padrão típico de *Q. suber* (aproximando-se, assim, da morfologia apresentada pela madeira de azinheira – *Q. rotundifolia*), a clara variação de diâmetro dos poros ao longo da camada de crescimento e a presença de

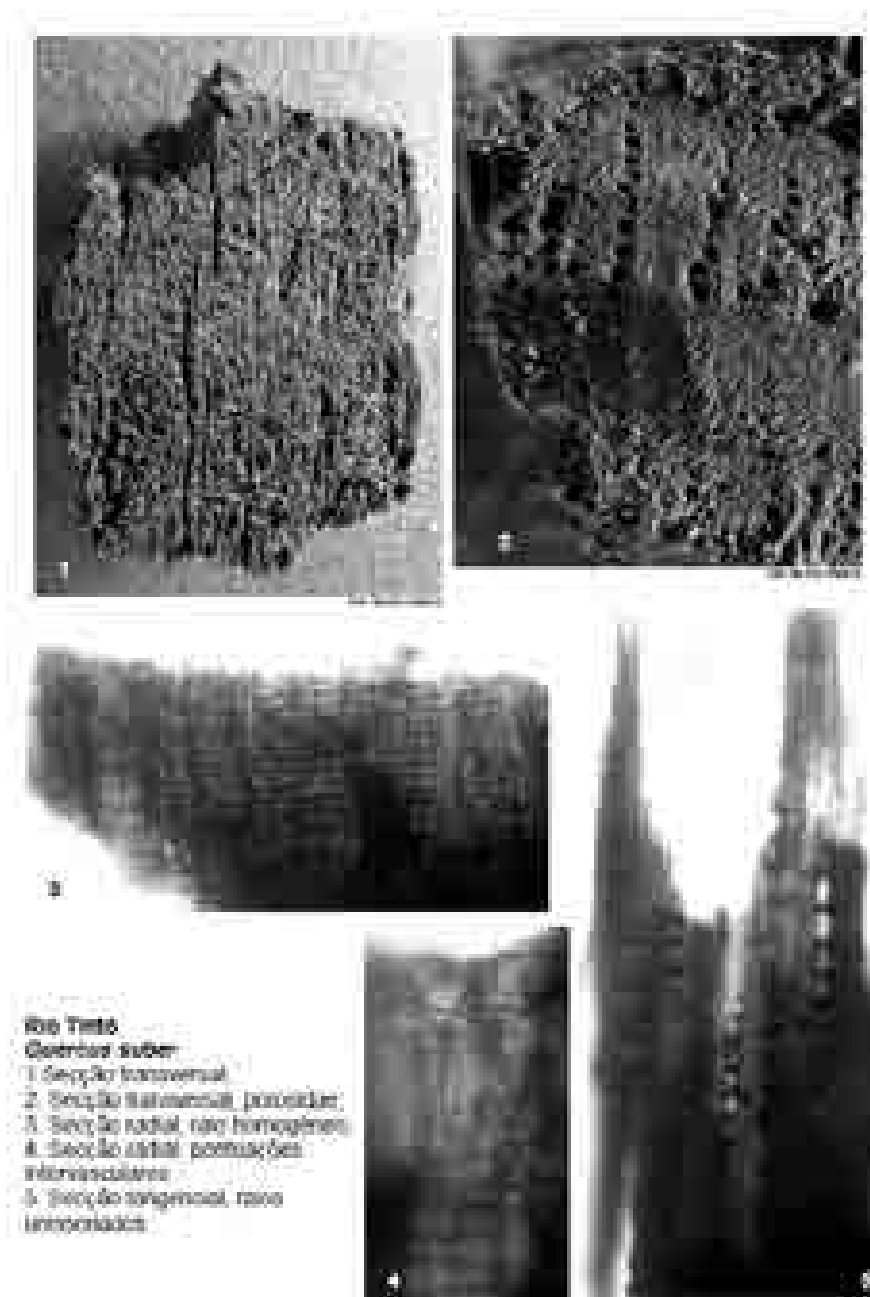


Figura 3 Muestras de madera de Riotinto.

uma zona terminal, na madeira de Verão, praticamente sem poros indica tratar-se também de madeira de sobreiro.

O sobreiro é, como se sabe, uma árvore abundante em todo o sudoeste da Península Ibérica, com uma madeira muito dura e resistente, frequentemente utilizada em elementos construtivos. Em trabalho anterior (Rodríguez Trobajo, 2006) esta madeira já tinha sido identificada como uma das utilizadas neste tipo de rodas, designadamente em rodas encontradas nas minas de Rio Tinto e de S. Domingos. Além da madeira de sobreiro, também as madeiras de carvalho, de pinheiro bravo (*Pinus pinaster*) e silvestre (*Pinus sylvestris*), de abeto (*Abies sp.*), de lariço (*Larix sp.*), de freixo (*Fraxinus angustifolia*) e de faia (*Fagus sylvatica*), têm sido identificadas como utilizadas na ma-

nufatura de elementos constituintes destas rodas romanas de elevação de água. Deverá notar-se que as madeiras de abeto e de lariço foram identificadas em peças soltas e em raios da roda depositada no Museu de Huelva (Rodríguez Trobajo, 2006, 46).

DATAÇÃO PELO RADIOCARBONO.

As cinco amostras de madeira de sobreiro atrás referidas foram datadas fazendo uso do isótopo ^{14}C no Laboratório de Radiocarbono do Instituto Superior Técnico/Instituto Tecnológico e Nuclear, em Sacavém. As mostras eram constituídas por sequências de menos de 10 anéis (Fig. 4). Foram todas sujeitas a um processo de descontaminação pela utilização sequencial de tratamentos com ácido (HCl), base (NaOH), ácido (HCl), intercalados com lavagens com água desionizada até pH neutro (Soa-

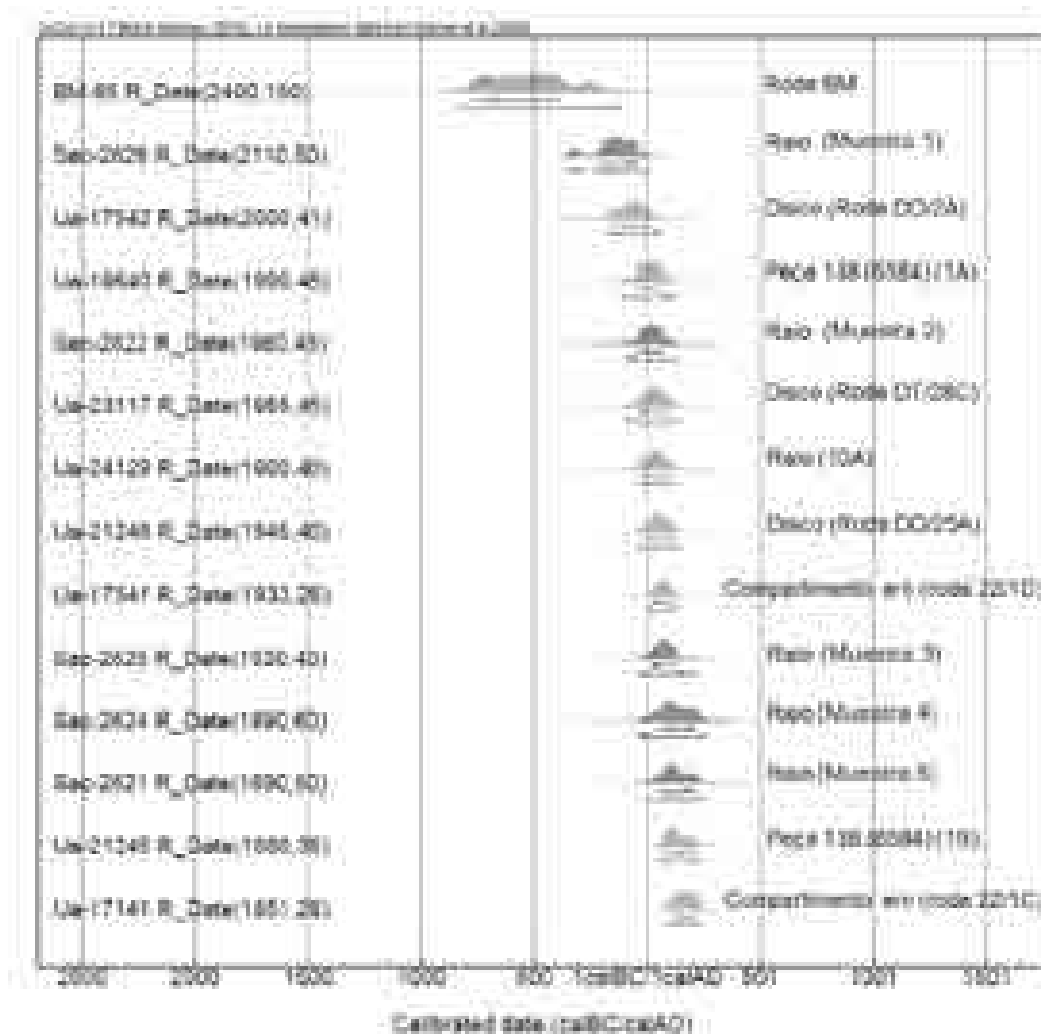


Figura 4 Datações de madeiras de Norias de Riotinto.

Ref. do Lab.	Ref. da Amostra	$\delta^{13}C$ (‰)	Data (BP)	Data Calibrada (cal BC/AD)	
				1 σ	2 σ
Sac-2626	Muestra 1	-25,9	2110±50	197-86 cal BC (0,838952); 79-54 cal BC (0,161048)	354-291 cal BC (0,112179); 231 cal BC-1 cal AD (0,887821)
Sac-2622	Muestra 2	-26,0	1980±45	38-27 cal BC (0,102188); 25-9 cal BC (0,142188); 1 cal BC-65 cal AD (0,755624)	91-69 cal BC (=0,26748); 60 cal BC-126 cal AD (0,973252)
Sac-2623	Muestra 3	-25,9	1930±40	27-41 cal AD (0,151332); 48-93 cal AD (0,561462); 97-125 cal AD (0,282506)	39 cal BC-159 cal AD (0,922363); 155-169 cal AD (0,013796); 195-209 cal AD (0,01384)
Sac-2624	Muestra 4	-26,2	1890±60	59-178 cal AD (0,859472); 188-211 cal AD (0,140528)	37-28 cal BC (0,008137); 24-10 cal BC (0,012276); 1 cal BC-252 cal AD (0,979587)
Sac-2621	Muestra 5	-26,2	1890±50	61-143 cal AD (0,744267); 147-177 cal AD (0,149582); 193-210 cal AD (0,106152)	7-11 cal AD (0,005409); 17-239 cal AD (0,994591)

QUADRO I. Datação pelo radiocarbono raios de rodas romanas de elevação da água em madeira das minas de Rio Tinto.

res, 2005). As datas convencionais de radiocarbono obtidas, fazendo uso da técnica da espectrometria de cintilação líquida (Soares, 2005) e calculadas segundo as recomendações de Stuiver e Polach (1977), encontram-se no Quadro I, acompanhadas de alguns dados julgados pertinentes, designadamente da sua identificação e do valor do fraccionamento isotópico em ^{13}C . Além disso, as datas convencionais de radiocarbono foram calibradas fazendo uso da curva de calibração IntCal09 (Reimer et al., 2009) e do programa CALIB 6.0.1 (Stuiver e Reimer, 1993), encontrando-se as datas calibradas com os respectivos intervalos de confiança (com indicação da respectiva probabilidade) também no Quadro I.

DISCUSSÃO DOS RESULTADOS.

Já anteriormente ocorreram tentativas de datação pelo radiocarbono das rodas de madeira romanas encontradas nas minas de Rio Tinto. A primeira tentativa ocorreu ainda nos primórdios da divulgação do método de datação pelo radiocarbono e teve lugar no laboratório do British Museum. Foi colhida uma amostra de madeira da roda que se

encontra depositada naquele Museu e o resultado obtido, 2400±150 BP, com uma incerteza muito grande (= 150 anos), permitiu atribuir a sua manufatura à época romana (“allowing for probable age of timber before fabrication, radiocarbon result is quite consistent with a Romano-Spanish origin”), uma vez que “doubts had been cast as to its antiquity” (Barker and MacKey, 1961).

Mais recentemente, uma investigação sólida foi levada a cabo por Rodríguez Trobajo (2006), o qual não se limitou simplesmente a datar algumas amostras de diversos elementos constituintes das rodas, dado que as sujeitou a um estudo dendrocronológico prévio, o que originou uma fiabilidade acrescida para os resultados obtidos. Além disso, as datações foram determinadas fazendo uso da técnica de AMS, no laboratório de Uppsala, o que lhe permitiu não só utilizar amostras constituídas por um único anel e mais do que uma amostra do mesmo anel (maior precisão nos resultados), mas também datar dois anéis da mesma peça de madeira, separados por um número conhecido de anos (de anéis). Faz-se notar que Rodríguez Trobajo, a par-

tir de dois discos de roda (rodas DD e DT), obteve sequências de 280 e 180 anéis (anos). No entanto, como em qualquer das peças amostradas/datadas se ignora quantos anéis (anos) existiriam entre o anel mais externo identificado na peça amostrada e o último anel de crescimento da árvore que originou a peça em causa, as datas obtidas, tal como a determinada pelo British Museum, não passam de *terminii post quem* para o fabrico e utilização das rodas das minas de Rio Tinto.

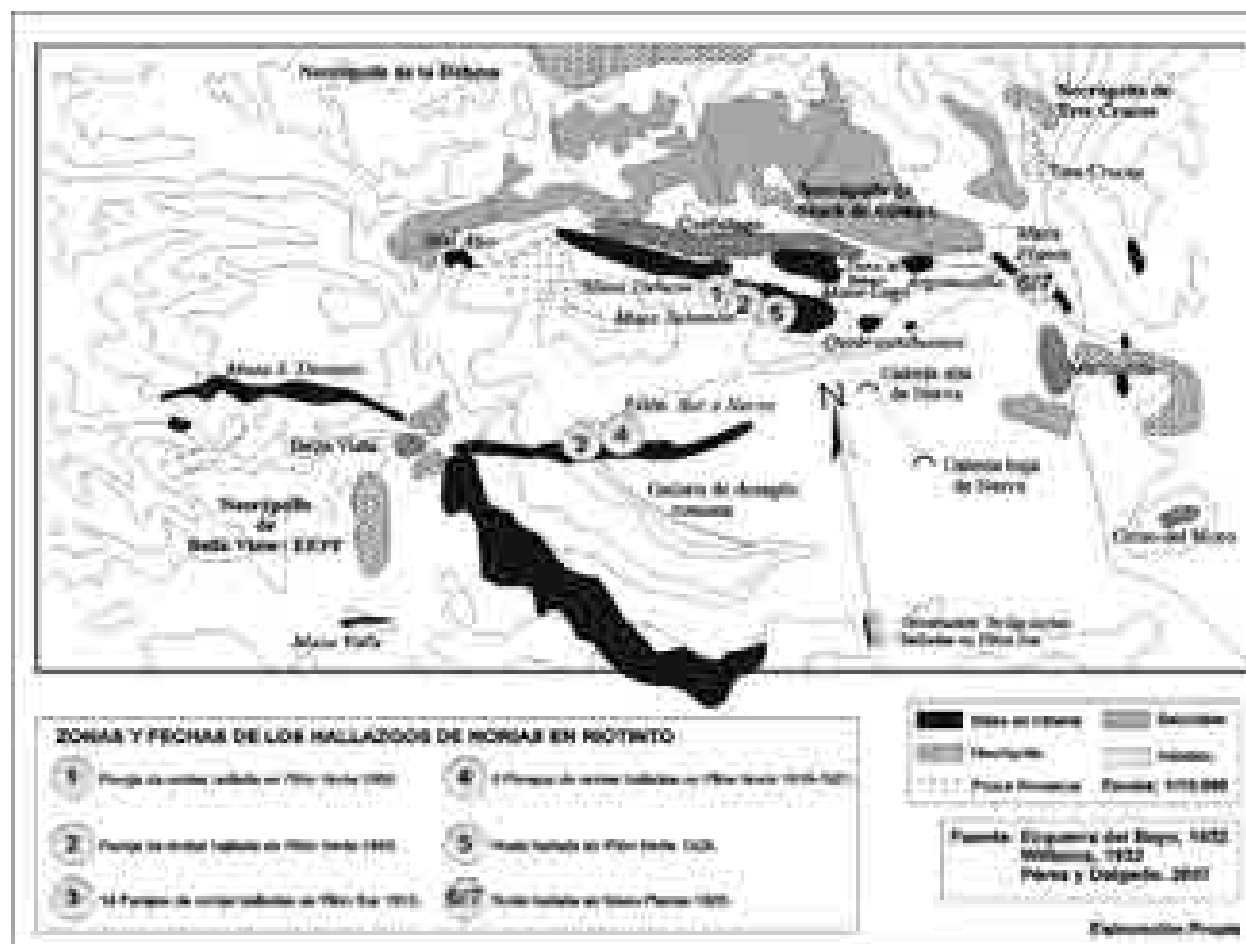
Também as datas por nós obtidas não se podem considerar, pelos motivos atrás expostos, senão como *terminii post quem*.

No Quadro II e na Fig. 4 encontram-se todas as datas conhecidas, obtidas até agora, sobre amostras

de madeira de constituintes das rodas elevadoras de água das minas romanas de Rio Tinto. Para a calibração das datas convencionais de radiocarbono utilizou-se a mesma metodologia referida atrás, embora no Quadro II, apenas se indique o intervalo de calibração de maior probabilidade (para um intervalo de confiança de 2σ) e se corrija esse intervalo, para o caso das datas obtidas no laboratório de Uppsala, somando o número de anos (anéis) existentes entre o anel datado e o anel exterior da peça de madeira amostrada determinado por Rodríguez Trobajo (*op. cit.*, p. 50). Por outro lado, a Fig. 4 foi construída fazendo uso do programa OxCal v4.1.7 (Bronk Ramsey, 2009), mas utilizando a mesma curva de calibração (IntCal09).

Ref. de Lab.	Prov. da Amostra	Data (BP)	Data Calibrada (2σ)	Anos a Somar	Idade (<i>Terminus post quem</i>)
BM-85	Roda BM	2400±150	833-154 cal BC	-	833-154 cal BC
Sac-2626	Raio Muestra 1	2110±50	231 cal BC-1 cal AD	-	231 cal BC-1 cal AD
Sac-2622	Raio Muestra 2	1980±45	60 cal BC-126 cal AD	-	60 cal BC-126 cal AD
Sac-2625	Raio Muestra 3	1930±40	39 cal BC-139 cal AD	-	39 cal BC-139 cal AD
Sac-2624	Raio Muestra 4	1890±60	3 cal BC-252 cal AD	-	3 cal BC-252 cal AD
Sac-2621	Raio Muestra 5	1890±50	17-239 cal AD	-	17-239 cal AD
Ua-24129	Raio (10A)	1960±40	43 cal BC-94 cal AD	38	5 cal BC-132 cal AD
Ua-23117	Disco (Roda DT/28C)	1965±45	54 cal BC-130 cal AD	85	31-215 cal AD
Ua-17542	Disco (Roda DD/2A)	2050±41	174 cal BC-28 cal AD	149	25 cal BC-177 cal AD
Ua-21246	Disco (Roda DD/25A)	1945±40	40 cal BC-130 cal AD	58	18-188 cal AD
Ua-19640	Peça 138 (6584) (1A)	1990±45	106 cal BC-90 cal AD	108	2-198 cal AD
Ua-21245	Peça 138 (6584) (1B)	1880±35	60-129 cal AD	38	98-267 cal AD
Ua-17141	Compartimento aro (roda 22/1C)	1851±28	116-234 cal AD	23	139-257 cal AD
Ua-17541	Compartimento aro (roda 22/1D)	1933±26	17-128 cal AD	79	96-207 cal AD

QUADRO II. Datas de radiocarbono para elementos de rodas romanas de madeira para elevação da água nas minas de Rio Tinto.



Plano 1: Labores mineras romanas en Ríotinto, indicando el lugar y fecha de donde fueron halladas las ruedas hidráulicas. Los números 3 y 4 corresponden a las norias referidas en el presente trabajo.

Pela observação dos anéis de crescimento das amostras por nós datadas e sabendo que os raios, tem dimensões de comprimento um pouco menores que 2 metros, então estes teriam de ser obtidos a partir de secções longitudinais das árvores utilizadas. Além disso, segundo Rodríguez Trobajo (2006, p. 49), a madeira utilizada na sua manufatura, seria obtida num sector do cerne da árvore afastado do seu centro, a fim de evitar tensões que poderiam provocar a sua rotura. Embora se saiba que os sobreiros podem viver algumas centenas de anos, a análise das datas agora obtidas indiciam dois momentos ou, pelo menos, a utilização de madeiras com duas idades algo distintas – uma representada pela amostra Muestra 1 e outra pelas restantes amostras (a data obtida a partir da amostra Muestra 2 é estatisticamente distinta das restantes). Também a data obtida pelo British Museum, apesar do seu elevado desvio padrão, afasta-se das restantes.

A homogeneidade do desenho de construção das várias *rotas* encontradas nas minas romanas da faixa piritosa ibérica indiciam um mesmo momento para a sua construção ou momentos pouco afastados no tempo. De qualquer modo e uma vez que, como foi referido, as datas determinadas constituem *terminii post quem* para a construção das várias rodas que foram amostradas, não é possível afirmar, com os dados disponíveis se assim aconteceu ou se a sua construção se realizou em momentos diferenciados ao longo dos sécs. I a III d.C.

REFERÊNCIAS

- Barker, H. y Mackey, J. (1961), “British Museum Natural Radiocarbon Measurements III”, *Radiocarbon*, 3, 39-45.
- Bronk Ramsey, C. (2009), “Bayesian analysis of radiocarbon dates”, *Radiocarbon*, 51/1, 337-360.
- Davies, O. (1935), *Roman Mines in Europe*, Oxford.
- Delgado, A. y M^a C. Regalado (2010a), “Musealiza-

- ción del Patrimonio Minero en Riotinto (Huelva)", *Patrimonio Geológico y Minero. Una apuesta por el desarrollo local sostenible*, Huelva, 659-676.
- (2010b), "Musealización del Patrimonio Minero de Riotinto (Huelva)", *Patrimonio Geológico y Minero. Una apuesta por el desarrollo local sostenible*, Huelva, 677-693.
- Domergue, C. (1987), *Catalogue des mines et fontaines antiques de la Peninsule ibérique*, Madrid.
- Domergue, C.; Binet, C., y Bordes, J.H. (1999): "La roue de São Domingos", *La revue. Musée des Arts et Métiers*, 27, 49-59.
- Domergue, C. y Bordes, J.H. 2004: "La roue élévatrice de la mine romaine de Tharsis (Huelva, Espagne). Étude archéologique et technique de ce type de roue", *Problema de macchinismo in ambito romano. Machina idraulica nella letteratura tecnica, nelle fonti storiografiche e nelle evidenze archeologiche di età imperiale*, Como, 87-105.
- Ezquerro Del Bayo, J. (1852), *Memoria sobre las minas de Río Tinto*, Madrid.
- Jones, G. D. B., Blakey, I. J.Y y Macpherson, E. C. F. (1960): "Dolaucothi: the Roman aqueduct", *Bulletin of the Board of Celtic Studies*, 19, 71-84 and plates III-V.
- Luzón Nogué, J. M. (1968): "Los sistemas de desagüe en minas romanas del suroeste peninsular", *Archivo Español de Arqueología*, XLI, 101-120.
- Lewis, P. R. (1977), *The Ogoth Roman gold mines at Dolaucothi*, The National Trust Year Book.
- Ojeda Calvo, R. (2006): "La Rota del Museo de Huelva: apuntes sobre el origen, adscripción, uso y funcionalidad de una rueda de evacuación de agua hallada en Minas de Riotinto", *Rueda elevadora de agua de las minas de Riotinto: Memoria de Intervención*, Cuadernos PH, 18, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 10-39.
- Palmer, R. E. (1927): "Notes on some ancient mining equipments and systems", *Transactions Institution of Mining and Metallurgy*, XXXV, 299-336.
- Pérez, J.A., Delgado, A. y Regalado, M.C. (2012): "Asentamiento romano de Marismilla (Riotinto-Nerva, Huelva)", *Paisajes, Tiempos y Memoria* (Pérez, J.A., Carriazo, J.L., y Gavilán, B., Eds), Huelva, 45-82.
- Reimer, P.J., Baillie, M.G.L., Bard, E., Bayliss, A., Beck, J.W., Blackwell, P.G., Bronk Ramsey, C., Buck, C.E., Burr, G.S., Edwards, R.L., Friedrich, M., Grootes, P.M., Guilderson, T.P., Hajdas, I., Heaton, T.J., Hogg, A.G.; Hughen, K.A., Kaiser, K. F., Kromer, B., McCormac, G., Manning, S., Reimer, R.W., Richards, D.A., Southon, J.R., Talamo, S.; Turney, C.S.M., Van Der Plicht, J., y Weyhenmeyer, C. E. (2009), "IntCal09 and Marine09 Radiocarbon Age Calibration Curves, 0-50,000 Years cal BP", *Radiocarbon*, 51/4, 1111-1150.
- Rodríguez Trobajo, E. (2006) "Material y cronología de las rotas del Museo de Huelva", *La rueda elevadora de agua de las minas romanas de Riotinto: memoria de intervención*, Sevilla, 41- 61.
- Schweingruber, F.H., (1990a), *Anatomy of European Woods*, Haupt.
- (1990b), *Mikroskopisch Holzanatomie*. 3 Auflage. Eidgenössische Forschungsanstalt für Wald, Schnee und Landschaft, Birmensdorf.
- Slota, R., Wollmann, V., y Dordea, I. 2002: *Silber und Salz in Siebenbürgen*, Bochum.
- Stevenson, A.S. (1875): "Observations on a roman water Wheel from the ancient working of the mines of Tharsis in Southern Spain", *Archaeologia Eliana*, VII, 276-281.
- Soares, A.M.M. (2005), *Variabilidade do "Upwelling" Costeiro durante o Holocénico nas Margens Atlânticas Ocidental e Meridional da Península Ibérica*, Tese de Doutoramento, Faculdade de Ciências do Mar e do Ambiente, Universidade do Algarve, Faro.
- Stuiver, M. y Polach, H.A. (1977), "Discussion. Reporting of ¹⁴C Data", *Radiocarbon*, 19/3, 355-363.
- Stuiver, M. y Reimer, P.J. (1993), "Extended 14C database and revised CALIB radiocarbon calibration program", *Radiocarbon*, 35, 213-230.
- Weisberger, G. (1979), "Das römische Wasserhebe-rat aus Río Tinto in Spanien im British Museum London", *Anschnitt*, 2-3, 37-80.
- Williams, D. (1932), *Notes on Ancient History, and Museum exhibits at Río Tinto*, Archivo Fundación Riotinto, Inédito.
- Wollmann, V. (1996), "Mineritul metalifer, extragerea sării și carierele de piatră în Dacia romană", *Der Erzbergbau, die Salzgewinnung und die Steinbrüche im römischen Dakien*, Cluj-Napoca.

ONOA

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA Y ANTIGÜEDAD

Onoba, Revista de Arqueología y Antigüedad, con ISSN 2340-3047, es una publicación del Área de Arqueología de la Universidad de Huelva, de periodicidad anual y editada desde el año 2013. Esta revista utiliza el sistema de revisión externa por expertos (peer-review) en el conocimiento de los objetos investigados y en las metodologías utilizadas en las investigaciones. Adopta y se adhiere a las normas de publicación establecidas por la APA.

Onoba, Revista de Arqueología y Antigüedad, tiene como objeto la difusión de los resultados de la investigación teórica y técnica sobre arqueología y mundo antiguo. Los trabajos deben ser originales, no publicados, ni estar siendo considerados en otra revista para su publicación. Serán considerados para publicación los siguientes tipos de trabajos: investigaciones originales, novedades recientes, y reseñas críticas sobre textos recién publicados.

Las aportaciones pueden estar escritas en español, portugués, italiano, inglés, alemán y francés.

Los trabajos de investigación tendrán la siguiente estructura: resumen, palabras clave, texto, y bibliografía. La extensión máxima del texto será de aproximadamente 9.000 palabras (en formato Word), escritas a espacio simple, cuerpo de letra 12, tipo Times New Roman, sin maquetar. Las figuras y láminas se enviarán en formato jpg o tiff, con una resolución mínima de 300 ppp. Los pies de figuras y láminas se presentarán aparte, en archivo Word.

Las novedades tendrán entre 3.000 y 4.000 palabras incluidas las referencias bibliográficas. Seguirán las mismas normas que los trabajos de investigación. Formarán parte de la sección Varia.

Las reseñas a publicar tendrán un máximo de 1.000 palabras y seguirán los criterios de redacción ya indicados. Deberán estar encabezadas por el título de la obra a comentar, la editorial, el nombre completo de los autores, el ISBN, las páginas, y el lugar y año de edición. Formarán parte de la sección Recensiones.

ENVÍO DE ORIGINALES.

Los manuscritos deben ser enviados únicamente a través de la plataforma de revistas científicas del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva (<http://www.uhu.es/publicaciones/ojs/>). Estarán mecanografiados por una sola cara, márgenes amplios, y con sus hojas numeradas correlativamente. Los autores deben subir tres archivos, el primero de ellos es el texto principal del trabajo; en el segundo se incluirán todos los datos de identificación personal y filiación institucional de los autores; y el tercero se enviará un texto con la cesión de derechos al editor.

El Archivo Principal contendrá las páginas dedicadas al texto del manuscrito. Los trabajos deben ajustarse en la medida de lo posible a los criterios que siguen: Título (español e inglés), Resumen y Palabras claves (español e inglés). El Resumen del trabajo será de una extensión entre 150 y 250 palabras. Se describirá de forma concisa, respectivamente, el motivo y el objetivo de la investigación, la metodología empleada, los resultados más destacados y las principales conclusiones. Se enfatizarán los aspectos novedosos y relevantes del trabajo. Debajo del resumen se especificarán 5 Palabras Clave o frases cortas que identifiquen el contenido del trabajo para su inclusión en los repertorios y bases de datos nacionales e internacionales. Se procurará poner el mayor número posible hasta un máximo de cinco. Se deben utilizar términos controlados de referencia.

En el segundo archivo se indicará:

- Título del artículo (conciso pero informativo), en castellano e inglés, conformado con el mayor número de términos significativos posibles (a ser posible tomados de un vocabulario controlado de la especialidad). Si es necesario se añadirá un subtítulo no superior a 40 letras y espacios, en castellano e inglés.
- Nombre y dos apellidos de cada uno de los autores teniendo en cuenta la forma de firma

para indexación en bases de datos internacionales (véanse recomendaciones formuladas en <http://www.recyt.fecyt.es/>).

- Nombre completo del centro de trabajo de cada uno de los autores, el cual tendrá su referencia al lado del nombre del autor con números arábigos entre paréntesis (o en superíndice).
- Nombre y dirección completa, del responsable del trabajo o del primer autor como responsable de correspondencia, incluyendo número de teléfono y correo electrónico.
- Información sobre becas, ayudas o soporte financiero con el que se ha contado (Proyectos de Investigación) para la subvención del trabajo y otras especificaciones, cuando sea el caso.

En el Tercer Archivo se enviará documento firmado por todos los autores en el se especifique la Cesión de Derechos a la revista.

NORMAS DE REDACCIÓN

El texto se adaptará a las siguientes normas de redacción:

- El sistema de cita bibliográfica deberá realizarse en el texto, entre paréntesis, con apellido o apellidos del autor en minúscula, separando por comas el autor o autores, año de la obra, y página o figura. En el caso de más de dos autores se utilizará el apellido del primer autor seguido de la expresión *et alii*. (por ej.: Beltrán Lloris, 1970, 25).
- En las citas de autores clásicos se emplearán abreviaturas y se separarán los párrafos con comas (por ej.: Estr., 7, 32).
- Sólo se utilizarán notas a pie de página para realizar alguna aclaración.
- Las mayúsculas irán acentuadas, los años y cifras sin puntuar (p. ej.: 1980).
- Los términos latinos, árabes y hebreos irán en cursiva. Los términos árabes y hebreos se transcribirán respectivamente según el sistema de las revistas *Al-Qantara* y *Sefarad*.
- Los términos m, cm, km, irán en singular, abreviados y sin punto detrás.
- Los puntos cardinales se escribirán abreviados en mayúscula, sin punto detrás.
- No se utilizarán subrayado, negrita o cursiva

para resaltar párrafos o palabras.

- Cuando se pretenda acortar un término frecuentemente empleado, sólo deberán ser empleadas abreviaturas estándar universalmente aceptadas. Consultar *Units Symbols and Abbreviations*.
- La bibliografía de referencia se incluirá completa al final del trabajo, ordenada alfabéticamente según los apellidos de los autores en minúscula, y a continuación el año de publicación entre paréntesis, separado por coma del título. En el caso de que un autor tenga más de una obra en un año, se distinguirán añadiendo al año una letra minúscula (a,b,c,...). Para los distintos tipos de obras se seguirán los criterios que siguen.
- En las monografías se indicará el título en cursiva y se separará mediante coma del lugar de edición:
Beltrán Lloris, M. (1970), *Las ánforas romanas en España*, Zaragoza.
- En los capítulos de libro, obras conjuntas o actas de congresos se indicará el título entrecorillado, la obra en cursiva, el lugar de edición, y los números de página:
Beltrán Fortés, J. (1994), "Consideraciones sobre algunos tipos de soportes epigráficos romanos del suroeste de la Península Ibérica", *Arqueología en el entorno del Bajo Guadalquivir* (Campos, J.M., Pérez, J.A., y Gómez, F. Eds.), Sevilla, 503-520.
- En los artículos de revista se indicará el título del trabajo entre comillas, el título de la revista en cursiva, número o volumen en cursiva, y los números de página:
Belén, M^a. y Fernández-Miranda, M. (1989), "La Tiñosa (Lepe, Huelva)", *Huelva Arqueológica*, IV, 197-297.
- En los trabajos dentro de una serie se indicará el trabajo en cursiva, separado por coma del título de la serie, y del lugar de edición:
Orejas Saco del Valle, A. (1996), *Estructura social y territorio. El impacto romano en la cuenca Noroccidental del Duero*, Anejos Archivo Español de Arqueología XV, Madrid. Las referencias a Internet incluirán la dirección Web y entre paréntesis la fecha de consulta:
Gómez Bellar, C. y Van Dommlen, P. (2008),

“Paisajes rurales del Mundo Púnico”, *International Congress of Classical Archaeology. Meetings between cultures in the ancient mediterranean. Bolletino di Archeologia*, Roma,
http://151.12.58.75/archeologia/index.php?option=com_content&view=article&id=11&Itemid=11 (Consulta 15-II-2011).

PROCESO EDITORIAL

Los trabajos se remitirán acompañados de un texto de presentación en el que se solicitará la evaluación de los mismos para su publicación en alguna de las secciones de la Revista, con indicación expresa de tratarse de un trabajo que no ha sido difundido ni publicado anteriormente. Así mismo, se declarará aceptar, si procede, la introducción de cambios en el manuscrito por parte de la redacción de la revista.

La Redacción pasará a considerar el trabajo para su publicación por el Comité Editorial, para comprobar si se adecua a la cobertura de la revista y cumple las normas de publicación. En tal caso se procederá a su revisión externa.

Los manuscritos serán revisados de forma anónima (doble ciego) por dos expertos en el objeto de estudio y/o metodología empleada. La redacción de la Revista, a la vista de los informes externos, se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos para su publicación, así como el de introducir modificaciones de estilo y/o acortar los textos que sobrepasen la extensión permitida, comprometiéndose a respetar el contenido del original.

En el caso de juicios dispares entre los dos evaluadores, los trabajos serán remitidos a un tercer evaluador. Serán sometidos a revisión pareada externa los artículos originales. Los trabajos que sean revisados y pudieran ser considerados para publicación previa modificación, deberán ser devueltos en el plazo de 20 días, tanto si se solicitan correcciones menores como mayores. Los autores recibirán los informes de evaluación de los revisores, de forma anónima, para que éstos puedan realizar las correcciones o réplicas oportunas.

En general, una vez vistos los informes externos, los factores en los que se funda la decisión sobre la aceptación o rechazo de los trabajos por par-

te de la redacción de la Revista son los siguientes: a) originalidad: totalmente original, información valiosa, repetición de resultados conocidos; b) actualidad y novedad; c) relevancia: aplicabilidad de los resultados para la resolución de problemas concretos; d) significación: avance del conocimiento científico; e) fiabilidad y validez científica: calidad metodológica contrastada; f) presentación: buena redacción, organización (coherencia lógica y presentación material).

Si del proceso de evaluación externa se derivaran cambios a realizar en los textos de los artículos presentados, los autores de los mismos deberán realizar un pequeño informe justificando la aplicación de estos cambios al manuscrito original.

Los autores/as de artículos aceptados recibirán las pruebas de imprenta para su corrección por correo electrónico en formato PDF. Deberán devolverlas corregidas a la redacción de la revista mediante correo electrónico dentro de las 72 horas siguientes a su recepción. Únicamente se pueden realizar mínimas correcciones sobre el contenido del manuscrito original, sin incurrir en un coste extra.

Los autores recibirán separatas electrónicas del artículo después de su publicación.

INFORMACIÓN ADICIONAL

La Revista acusa recepción de todos los trámites realizados para tener informados a los autores de la situación en que se encuentra su manuscrito.

Los juicios y opiniones expresados en los artículos y comunicaciones publicados en *Onoba*, Revista de Arqueología y Antigüedad son del autor(es) y no necesariamente del Comité Editorial.

Tanto el Comité Editorial como la Universidad de Huelva declinan cualquier responsabilidad sobre el material publicado.

Salvo indicación contraria, todos los contenidos de la edición electrónica se distribuyen bajo una licencia de uso y distribución “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial 3.0 España” (CC- by-nc).

Los autores podrán difundir su artículo, tanto la versión post print como la versión del editor, a través de repositorios institucionales, académicos

y temáticos de manera gratuita y en acceso libre. Deberá indicar siempre la fuente y deberá utilizar el número DOI asignado al artículo dentro de la citación del mismo.

INTERCAMBIOS

Onoba, Revista de Arqueología y Antigüedad, se intercambia con todas las publicaciones de Arqueología y de Historia Antigua.

La solicitud de intercambios debe realizarse a:
Revista Onoba.

Servicio de Publicaciones. Universidad de Huelva

Campus del Carmen.

Avda. Tres de Marzo, s/n.

21071 Huelva.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Deseo suscribirme a **ONoba** Revista de Arqueología y Antigüedad, a partir del volumen nº: _____

Nombre y Apellidos / Institución: _____

NIF / CIF: _____

Domicilio: _____

Población: _____

Código postal: _____ Provincia: _____

Teléfono: _____ e-mail: _____

Forma de pago:

☐ Cheque-talón a nombre de Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva

☐ Transferencia bancaria a cc. La Caixa 2100 9166 76 2200051527

PRECIO SUSCRIPCIÓN ANUAL

30 € Instituciones

18 € Particulares

GESTIÓN DE SUSCRIPCIONES

Servicio de Publicaciones. Universidad de Huelva

Revista ONoba

Campus El Carmen. Avda. Tres de Marzo, s/n.

21071 Huelva

Tl. 959 219326

